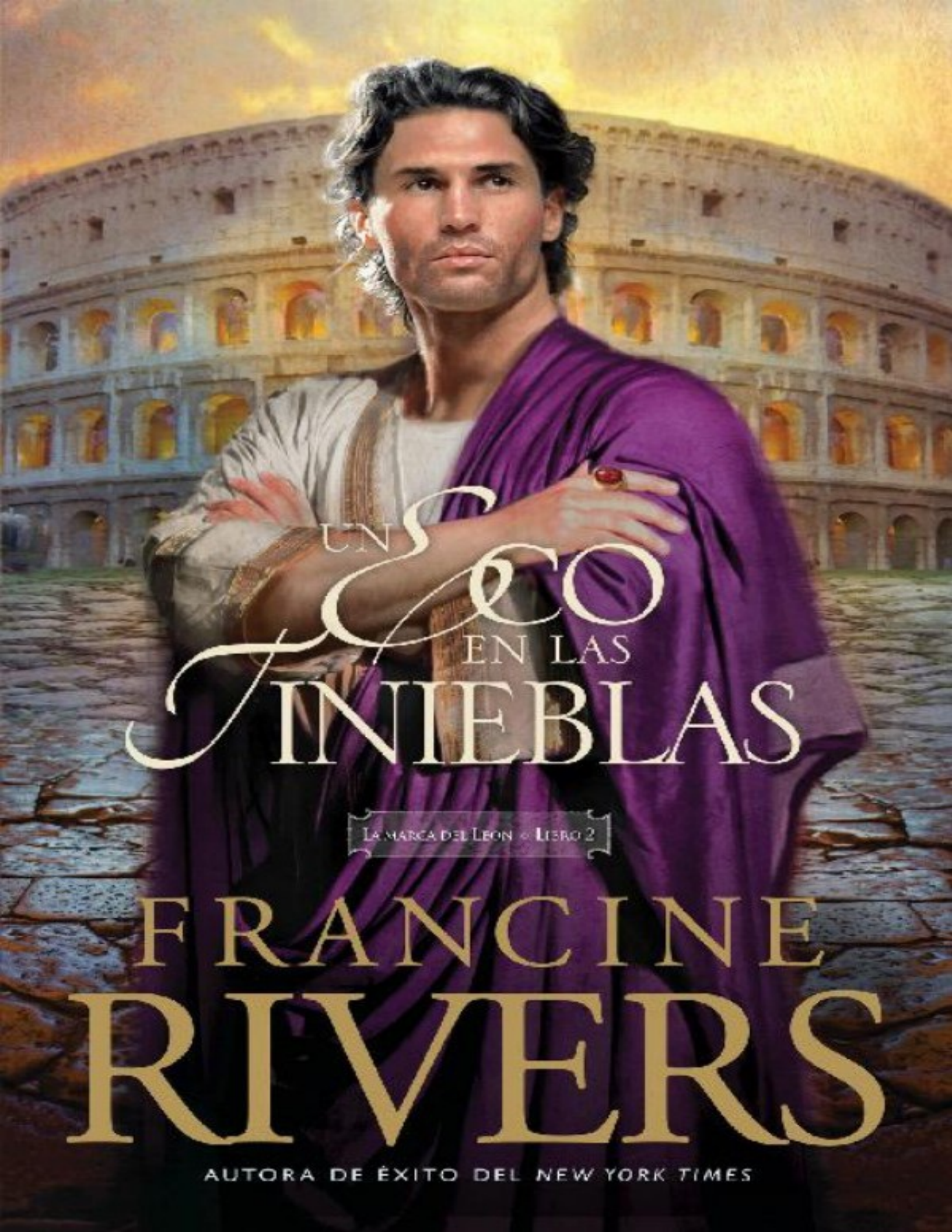
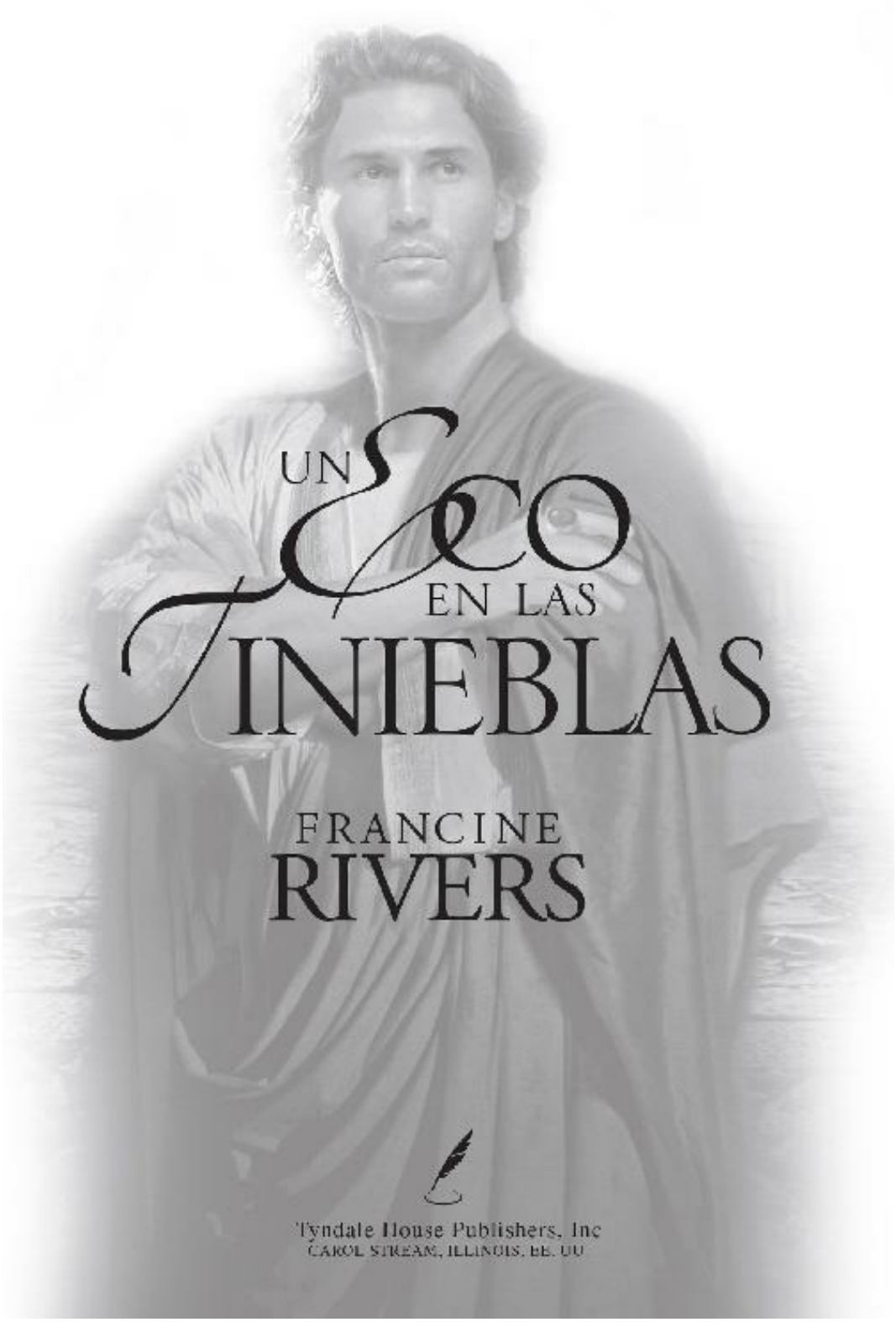

UN ECO EN LAS NIEBLAS
LA MARCA DEL LEÓN • LIBRO 2
FRANCINE RIVERS
AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



UN ECO EN LAS TINIEBLAS

FRANCINE RIVERS

Tyndale House Publishers, Inc
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com .

Visite la página de Francine Rivers: www.francinerivers.com .

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Un eco en las tinieblas

© 2018 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés como *An Echo in the Darkness* por Francine Rivers © 1994, 2002 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

An Echo in the Darkness by Francine Rivers. Copyright © 1994, 2002 by Francine Rivers. All rights reserved.

Guía para la discusión por Peggy Lynch.

Ilustración de la portada © 2008 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Ilustraciones del interior © Leen Ritmeyer. Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Ron Kaufmann

Diseño del interior: Zandrah Maguigad

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Publicado bajo acuerdo con Browne & Miller Literary Associates, LLC.
Published by arrangement with Browne & Miller Literary Associates, LLC.

La mayoría de las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia* , Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Los versículos de los capítulos 14, 18 y 27 y los marcados con LBLA han sido tomados de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Utilizada con permiso.

Un eco en las tinieblas es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com .

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date
Title: Un eco en las tinieblas / Francine Rivers
Other titles: Echo in the darkness. Spanish
Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, 2018. | Series: La marca del león ; 2
Identifiers: LCCN 2017040203 | ISBN 9781496426383 (sc)
Subjects: LCSH: Church history—Primitive and early church, ca. 30-600—Fiction. | Rome—History—Empire, 30 B.C.-476 A.D.—Fiction. | Women slaves—Fiction. | LCGFT: Historical Fiction. | Religious fiction.
Classification: LCC PS3568.I83165 E2418 2018 | DDC 813/.54—dc23 LC record available at https://lccn.loc.gov/2017040203

Build: 2018-01-30 15:28:43 EPUB 3.0.1



Este libro está dedicado a PEGGY LYNCH y LYNN MOFFETT, amigas amadas y guerreras de oración.

C O N T E N I D O

Prólogo
Prefacio
Reconocimientos

Preámbulo

El eco

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

El barro

Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

El moldeado

Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

El horno

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

El recipiente de oro

Capítulo 51
Capítulo 52

Capítulo 53
Epílogo

Una vista previa de Tan cierto como el amanecer
Glosario
Guía para la discusión

P R Ó L O G O

En 1992, Tyndale House tomó la decisión deliberada de comenzar a publicar excelentes libros de ficción que nos ayudarían en nuestro propósito empresarial: «Atender las necesidades espirituales de las personas, principalmente mediante literatura consecuente con los principios bíblicos». Antes de aquella época, Tyndale House había sido conocida durante muchos años como una editorial de Biblias y libros de no ficción de autores muy conocidos como Tim LaHaye y James Dobson. Habíamos incursionado en la ficción antes de que la «ficción cristiana» se popularizara, pero no era una parte importante de nuestro plan de publicaciones.

No obstante, comenzamos a reconocer que podíamos llevar adelante nuestro propósito con mucha eficacia por medio de la ficción, ya que esta habla al corazón más que a la mente.

La ficción es entretenida. La ficción bien escrita es apasionante. Como lectores, nos quedamos despiertos hasta las dos de la mañana para terminar de leer una buena novela. Pero Tyndale tiene una meta más grande que simplemente entretener a nuestros lectores. ¡Queremos ayudarlos a crecer!

Reconocemos que los autores tienen una especie de púlpito magnífico para comunicar su cosmovisión y sus valores a sus lectores. Pero con esa oportunidad viene también un peligro. ¿Exactamente cuál cosmovisión y qué valores está comunicando un autor? En el mejor de los casos, la mayoría de los novelistas contemporáneos presentan una cosmovisión un tanto sentimental y blanda. En el peor, siembran valores negativos y actitudes poco saludables en el corazón de sus lectores. Nosotros queríamos establecer un patrón totalmente nuevo para la ficción.

Comenzamos entonces a buscar novelistas que tuvieran un mensaje para el corazón que ayudara a nuestros lectores a crecer. Y nos encontramos con Francine Rivers.

Francine había sido sumamente exitosa como autora de novelas románticas para el mercado general al principio de su carrera. Pero cuando se hizo cristiana, quería utilizar su talento para comunicar valores de fe a sus lectores. Uno de sus primeros proyectos fue la trilogía La marca del León.

Cuando leí el manuscrito del primer libro de la serie, *Una voz en el viento* , me impresioné mucho por el poder del relato. Me sentí transportado al primer siglo: a Jerusalén, Germania, Roma y Éfeso. Viví con Hadasa mientras luchaba por vivir su fe en medio de un ambiente romano pagano. Sentí el terror del gladiador cuando enfrentaba a sus enemigos en la arena. Sobre todo, aprendí lecciones de coraje por medio de sus experiencias.

Nos enorgullece presentar esta nueva edición de La marca del León. Confío en que hablará a su corazón, como lo ha hecho al mío y al de cientos de miles de otros lectores.

Mark D. Taylor
Director ejecutivo de Tyndale House Publishers

P R E F A C I O

Cuando me convertí en una cristiana nacida de nuevo en 1986, quería compartir mi fe con otros. No obstante, no quería ofender a nadie ni arriesgarme a «perder» viejos amigos y miembros de la familia que no compartían mi fe en Jesús como Señor y Salvador. Me encontré dudando y guardando silencio. Avergonzada de mi cobardía y frustrada por ella, comencé la misión de buscar la fe de un mártir. El resultado fue *Una voz en el viento* .

Mientras escribía la historia de Hadasa, aprendí que el valor no es algo que se puede producir con nuestro propio esfuerzo. Pero cuando nos rendimos sinceramente a Dios, él nos da el valor para enfrentar todo lo que venga. Él nos da las palabras para hablar cuando se nos llama a ponernos de pie y expresar nuestra fe.

Todavía me considero una cristiana que lucha, llena de fallas y fracasos, pero Jesús me ha dado la herramienta de comunicación escrita que utilizo en mi búsqueda de respuestas de él. Cada uno de mis personajes representa un punto de vista diferente mientras busco la perspectiva de Dios, y cada día encuentro en las Escrituras algo que me habla a mí. Dios me tiene paciencia, y por medio del estudio de su Palabra estoy aprendiendo lo que él quiere enseñarme. Cuando oigo de un lector que ha sido conmovido por alguna de mis historias, sé que únicamente Dios merece ser alabado por ello. Todo lo bueno viene del Padre en lo alto, y él puede usar cualquier cosa para alcanzar y enseñar a sus hijos... incluso una obra de ficción.

Mi mayor deseo al comenzar a escribir ficción cristiana era encontrar respuestas a mis preguntas personales, y compartir esas respuestas con otros en forma de relatos. Ahora quiero mucho más. Deseo que el Señor utilice mis relatos para provocar sed de su Palabra, la Biblia. Espero que leer la historia de Hadasa le produzca hambre de la Palabra hecha realidad, Jesucristo, el Pan de Vida. Oro para que al terminar mi libro usted abra la Biblia con nuevo entusiasmo y la expectativa de un encuentro real con el Señor mismo. Que busque las Escrituras por el puro gozo de estar en la presencia de Dios.

Amados, ríndanse de todo corazón a Jesucristo, quien los ama. A medida que usted beba de la profunda fuente de las Escrituras, el Señor lo refrescará y lo limpiará, lo formará y lo volverá a crear por medio de su Palabra viva. Porque la Biblia es el mismo aliento de Dios, que da vida eterna a todos los que lo buscan.

Francine Rivers

AGRADECIMIENTOS

Quiero reconocer y agradecer a dos editores muy especiales, quienes han trabajado hasta altas horas de la noche en mis obras, pasadas y presentes: mi esposo, Rick Rivers, quien ha contribuido a mi escritura desde el comienzo, y a Karen Ball, editora de Tyndale House. Rick me ayuda a ir directo al punto. Karen pule. Ambos se han enfrentado a las tierras salvajes de capítulos sin título, han caminado por los pantanales de oraciones mal construidas y se han abierto paso en los matorrales de la puntuación inusual y de la ortografía original.

Que el Señor los bendiga a ambos.

P R E Á M B U L O

Alejandro Democedes Amandinus estaba parado en la Puerta de la Muerte con la esperanza de aprender más sobre la vida. Como jamás había disfrutado de los juegos, había venido a regañadientes. Pero ahora estaba fascinado por lo que veía, estupefacto por la sorpresa. Miró fijamente a la muchacha caída y sintió un triunfo inexplicable.

La intensidad enloquecida de la turba siempre lo había inquietado. Su padre había dicho que algunas personas sentían cierta liberación cuando veían la violencia ejercida hacia otros, y Alejandro pensaba en eso cuando veía, de vez en cuando, un alivio casi enfermizo en algunos rostros de la multitud. En Roma. En Corinto. Aquí, en Éfeso. Quizás los que contemplaban las aberraciones agradecían a los dioses que no eran ellos los que enfrentaban a los leones, a un gladiador entrenado o a alguna otra forma más grotesca y obscena de morir.

Era como si miles de personas vinieran en busca de una catarsis en ese baño de sangre, como si participar en el caos programado los protegiera a cada uno de ellos del caos creciente de un mundo cada vez más corrupto y caprichoso. Nadie parecía notar que el hedor de la sangre no era menos fuerte que el de la lujuria y el miedo que impregnaban el aire que respiraban.

Las manos de Amandinus se aferraron a los barrotes de hierro mientras miraba hacia la arena, donde yacía la joven mujer. Se había apartado de las otras víctimas (quienes iban camino a su muerte), con calma y extraño gozo. No había podido apartar la mirada, porque había visto en ella algo extraordinario, algo imposible de describir. Ella había cantado y, por un breve instante, su dulce voz había flotado en el aire.

La multitud había ahogado ese dulce sonido, levantándose en masa mientras ella seguía avanzando serenamente a través de la arena, directamente hacia Alejandro. El corazón de Alejandro había latido más fuerte con cada paso que ella daba. Se veía bastante sencilla en apariencia y, sin embargo, en ella había un resplandor, un aura de luz que la rodeaba. ¿O había sido algo que él había imaginado? Cuando la leona la atacó, Alejandro había sentido como si hubiera chocado contra él.

Ahora, dos leonas se peleaban por su cuerpo. Alejandro hizo una mueca de dolor cuando una de las bestias hundió los colmillos profundamente en el muslo de la muchacha y comenzó a arrastrarla. La otra leona saltó, y las dos rodaron y se arañaron la una a la otra.

Una niñita vestida con una túnica harapienta y manchada corrió gritando por la puerta con los barrotes de hierro. Alejandro apretó los dientes, intentando hacerse insensible al sonido de esos gritos de terror. Mientras trataba de protegerla, la madre de la niña fue derribada por una leona que tenía un collar con joyas. Las manos de Alejandro empalidecieron sobre la puerta con las rejas de hierro mientras otra leona perseguía a la niña. *Corre, niña. ¡Corre!*

La vista de tanto sufrimiento y muerte lo atacó y lo hizo sentir náuseas. Presionó su frente contra los barrotes, con el corazón latiendo con fuerza.

Había escuchado todos los argumentos a favor de los juegos. Las personas enviadas a la arena eran criminales y merecían la muerte. Los que ahora estaban frente a él pertenecían a una religión que alentaba el derrocamiento de Roma. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si una sociedad que asesinaba a niños indefensos no merecía ser destrozada.

Los gritos de la niña le produjeron un escalofrío. Se sintió casi agradecido cuando las mandíbulas de la leona se cerraron sobre la pequeña garganta, apagando el sonido. Soltó el aire, apenas dándose cuenta de que lo había estado conteniendo, y escuchó que el guardia detrás de él se reía con dureza.

«Apenas un bocado en esa pequeña».

Un músculo se tensó en la mandíbula de Alejandro. Quería cerrar los ojos para no ver la matanza que tenía enfrente, pero el guardia ahora lo observaba. Podía sentir el frío destello de esos duros ojos oscuros a través del visor del lustroso casco. Observándolo a *él* . No se humillaría a sí mismo mostrando debilidad. Si iba a convertirse en un buen médico, tenía que superar sus susceptibilidades y aversiones. ¿No se lo había advertido lo suficiente su maestro Flegón?

«Tienes que rechazar esos sentimientos delicados si quieres tener éxito —le había dicho más de una vez, con un tono que sonaba a desdén—. Al fin y al cabo, ver la muerte es una parte de lo que le toca en la vida a un médico».

Alejandro sabía que el hombre mayor tenía razón. Y sabía que, sin estos juegos, él no tendría la oportunidad de hacer avances en su estudio de la anatomía humana. Había llegado tan lejos como le había sido posible estudiando dibujos y escritos. Únicamente realizando una vivisección podría aprender más. Flegón conocía muy bien su aversión por dicha práctica, pero el viejo médico había insistido, acorralando a Alejandro en una trampa de razonamiento.

«¿Dices que quieres ser médico? —lo había desafiado—. Entonces, dime, buen alumno, ¿preferirías que un médico practicara una cirugía sin conocer la anatomía humana a través de su propia experiencia? Los gráficos y las láminas no son lo mismo que trabajar sobre un ser humano. ¡Deberías estar agradecido de que los juegos te den semejante oportunidad!»

Agradecido. Alejandro observó mientras las víctimas caían, una por una, hasta que los espantosos sonidos de terror y de dolor fueron sofocados por la relativa quietud de los leones que comían. ¿Agradecido? Sacudió la cabeza. No, eso era algo que él nunca sentiría por los juegos.

De pronto, otro sonido, más peligroso que el de los leones, comenzó a resonar. Alejandro lo reconoció rápidamente: era el ondeo del aburrimiento, la oleada creciente del descontento entre los espectadores. La competencia había terminado. Que las bestias se dieran el atracón en el interior oscuro de sus jaulas, en lugar de imponerle a la multitud un tedioso festín. Una agitación oscura recorrió las tribunas como un incendio en una vecindad.

El editor de los juegos rápidamente tomó nota de la advertencia.

Las bestias escucharon que se abrían los portones y clavaron con mayor ferocidad sus garras y dientes, mientras los adiestradores armados salían a conducirlas de vuelta a sus jaulas. Alejandro le rogó a Marte que los hombres trabajaran rápidamente y a Asclepio que hubiera algún destello de vida en al menos una de las víctimas. De lo contrario, tendría que quedarse aquí hasta que se presentara otra oportunidad.

A Alejandro no le interesaba el momento dramático de separar de sus presas a los animales que comían. Su mirada recorrió la arena buscando algún sobreviviente, cualquiera, con pocas esperanzas de que hubiera alguno. Sus ojos volvieron a caer sobre la mujer joven.

Cerca de ella no había ningún león. Eso le pareció raro, porque estaba lejos de los hombres que llevaban a los animales hacia las puertas. Vio un pequeño movimiento. Inclinándose hacia adelante, entrecerró los ojos contra el resplandor. ¡Sus dedos se movían!

—Ahí —le dijo rápidamente al guardia—. Cerca del centro.

—Fue la primera que atacaron. Está muerta.

—Quiero darle un vistazo.

—Como guste. —El guardia dio un paso al frente, se llevó dos dedos a los labios y lanzó dos chiflidos rápidos y nítidos. El guardia hizo una señal al semblante plúmeo del Caronte, que danzaba entre los muertos. Alejandro observó al actor disfrazado, que brincó y giró hacia la joven caída. El Caronte inclinó un poco su cabeza emplumada y picuda, como si buscara algún sonido o señal de vida, mientras revoloteaba teatralmente su mazo por el aire, preparado para

dejarlo caer si había alguno. Al parecer, satisfecho de que la muchacha estuviera muerta, agarró su brazo y la arrastró toscamente hacia la Puerta de la Muerte.

En ese mismo momento, una leona se volvió en contra del adiestrador de animales que la conducía a un túnel. La multitud se puso de pie, gritando con entusiasmo. El hombre apenas pudo escapar del ataque del animal. Usó expertamente su látigo para obligar a la leona enfurecida a retroceder de la niña que había estado comiendo y dirigirla al túnel que llevaba a las jaulas.

El guardia aprovechó la distracción y abrió completamente la reja de la Puerta de la Muerte.

«¡Apúrate!», siseó, y el Caronte corrió, arrastrando a la muchacha hacia las sombras. El guardia chasqueó los dedos y dos esclavos la agarraron rápidamente de los brazos y las piernas y la cargaron al interior del corredor tenuemente iluminado.

«¡Con cuidado!», dijo Alejandro, furioso, cuando la lanzaron sobre una mesa sucia y ensangrentada. Los apartó de su lado, seguro de que esos patanes habían acabado con la vida de la muchacha al transportarla de una manera tan ruda.

La mano dura del guardia aferró firmemente el brazo de Alejandro.

—Seis sestercios antes de que la abra —le dijo fríamente.

—Eso es un poco caro, ¿no?

El guardia sonrió.

—No demasiado caro para un alumno de Flegón. Sus cofres deben estar llenos de oro para poder costearse su tutela. —Le tendió la mano.

—Se están vaciando muy rápido —dijo Alejandro secamente, abriendo la bolsa que llevaba en la cintura. No sabía cuánto tiempo tenía para trabajar en la muchacha antes de que muriera y no iba a desperdiciarlo regateando por unas monedas. El guardia tomó el soborno y se retiró, reservando tres monedas para el Caronte.

Alejandro volvió a prestarle atención a la muchacha. Su rostro era una masa en carne viva de piel hecha pedazos y arena. La túnica estaba empapada de sangre. A decir verdad, había tanta sangre, que tenía la seguridad de que estaba muerta. Inclinándose hacia adelante, acercó su oreja a los labios de la muchacha y se asombró al sentir el tibio y suave aliento de vida. No tenía mucho tiempo para trabajar.

Haciéndoles señas a sus propios esclavos, tomó una toalla y se limpió las manos.

—Muévanla hacia allá atrás, lejos del ruido. *¡Suavemente!* —Los dos esclavos se apuraron a obedecer. Troas, el esclavo de Flegón, también estaba parado allí, observando. Alejandro apretó la boca. Admiraba las habilidades de Troas, pero no sus modales fríos—. Denme un poco de luz —dijo Alejandro, chasqueando los dedos. Le acercaron una antorcha mientras se inclinaba sobre la muchacha acostada en la mesa en el recoveco sombrío del corredor.

Era para esto que había venido, su único propósito para soportar los juegos: despegar la piel y los músculos de la zona abdominal y estudiar los órganos al descubierto. Reforzando su determinación, desató el estuche de cuero y lo volteó para abrirlo, desplegando sus instrumentos de cirujano. Eligió un cuchillo fino y muy afilado del sitio donde yacía.

La mano le transpiraba. Peor aún, le temblaba. La transpiración también comenzó a brotar de su frente. Podía sentir a Troas observándolo con ojos críticos. Alejandro tenía que moverse con rapidez y aprender todo lo que pudiera en el término de los pocos minutos que tendría hasta que la muchacha muriera por sus heridas o por el procedimiento médico.

Silenciosamente, maldijo la ley romana que prohibía la disección de los muertos y que lo obligaba a esta práctica siniestra. ¿Pero de qué otra manera iba a aprender lo que tenía que saber sobre el cuerpo humano? ¿De qué otra manera podía adquirir la habilidad que debía tener para

salvar vidas?

Se limpió la transpiración de la frente y, en silencio, maldijo su propia debilidad.

«No sentirá nada», dijo Troas en voz baja.

Apretando los dientes, Alejandro cortó el escote de la ropa de la muchacha y le arrancó la túnica ensangrentada, abriéndola cuidadosamente y exponiendo a la muchacha a su evaluación profesional. Después de un momento, Alejandro retrocedió, frunciendo el ceño. Desde los pechos hasta la ingle, estaba marcada solo por heridas superficiales y moretones que estaban poniéndose oscuros.

«Acerquen la antorcha», ordenó, inclinándose sobre las heridas de la cabeza y reevaluándolas. Los cortes, profundos como surcos, iban desde el nacimiento del cabello hasta el mentón. Otro corte le había marcado la garganta, apenas esquivando la arteria carótida. Miró lentamente hacia abajo, notando las profundas perforaciones que tenía en el antebrazo derecho. Los huesos estaban rotos. Sin embargo, mucho peores eran las heridas del muslo, donde la leona le había clavado los colmillos y había intentado arrastrarla. Alejandro abrió grande los ojos. La muchacha hubiera muerto desangrada si la arena no hubiese obstruido las heridas, deteniendo eficazmente la hemorragia.

Alejandro retrocedió. Con un corte rápido y diestro, podría comenzar su estudio. Con un corte rápido y diestro, la mataría.

Las gotas de transpiración le corrían por sus sienes; el corazón le latía fuertemente. Observó la subida y la bajada del pecho, el pulso débil en la garganta, y se sintió mareado.

—Ella no sentirá nada, mi señor —volvió a decir Troas—. No está consciente.

—¡Eso puedo verlo! —dijo Alejandro bruscamente, lanzándole una mirada funesta al sirviente. Se acercó a la mujer y puso el cuchillo en posición. El día anterior había trabajado en un gladiador y había aprendido más sobre la anatomía humana en esos pocos minutos, que en muchas horas de clases. Afortunadamente, el hombre moribundo nunca había abierto los ojos. Pero sus heridas habían sido mucho peor que estas.

Alejandro cerró los ojos, armándose de valor. Había visto trabajar a Flegón. Aún podía escuchar al gran médico hablando mientras cortaba expertamente.

«Debes trabajar con rapidez. Así. Están casi muertos cuando te los dan y, en ese estado, el choque puede llevárselos en un instante. No pierdas tiempo en preocuparte por si sienten algo. Debes aprender todo lo que puedas en ese escaso tiempo que te den los dioses. En el momento que se detenga el corazón, deberás retirarte, o te arriesgas a la ira de las deidades y de la ley romana». El hombre sobre el que había trabajado Flegón había vivido solo unos minutos antes de morir desangrado sobre la mesa a la cual estaba atado. Sin embargo, sus alaridos todavía resonaban en los oídos de Alejandro.

Echó un vistazo a Troas, el inestimable siervo de Flegón. El hecho de que Flegón lo hubiera enviado era una clara muestra de las esperanzas que tenía el médico maestro en el futuro de Alejandro. En el pasado, Troas había asistido muchas veces a Flegón y sabía más de medicina que muchos médicos libres practicantes. Era un egipcio, de piel oscura y párpados gruesos. Quizás él dominaba los misterios de su raza.

Alejandro se dio cuenta de que le hubiera gustado no recibir una honra tan grande.

—¿Cuántas veces has supervisado cómo se hace esto, Troas?

—Unas cien veces, tal vez más —dijo el egipcio, arqueando la boca con un aire burlón—. ¿Desea hacerse a un lado?

—No.

—Entonces, proceda. Lo que aprenda hoy aquí salvará a otros mañana.

La muchacha gimió y se movió sobre la mesa. Troas chasqueó los dedos y los dos servidores de Alejandro avanzaron. «Tómenla de las muñecas y los tobillos y manténganla quieta».

Profirió un grito áspero cuando le levantaron el brazo fracturado. «Yeshúa», susurró, y sus ojos parpadearon al abrirse.

Alejandro miró fijamente sus ojos marrón oscuro llenos de dolor y confusión, y no pudo moverse. Ella no era solamente un cuerpo en el cual trabajar. Era un ser humano que estaba sufriendo.

—Mi señor —dijo Troas más firmemente—. Tiene que trabajar rápido.

Ella balbuceó algo en un idioma extranjero y su cuerpo se relajó. El cuchillo cayó de la mano de Alejandro y sonó estrepitosamente contra el suelo de piedra. Troas rodeó la mesa, lo recuperó y se lo extendió nuevamente.

—Se desmayó. Puede trabajar sin preocupaciones.

—Tráiganme un cuenco con agua.

—¿Qué pretende hacer? ¿Revivirla de nuevo?

Alejandro miró de reojo ese rostro burlón.

—¿Te atreves a cuestionarme?

Troas vio la arrogancia en el rostro joven e inteligente. Cierto que Alejandro Democedes Amandinus era solo un alumno, pero era *libre* . Sin importar la propia experiencia o la capacidad del egipcio, reconocía con resentimiento que todavía era un esclavo y no se atrevía a seguir desafiando al joven. Tragándose el enojo y el orgullo, Troas retrocedió.

—Mis disculpas, mi señor —dijo sin entonación—. Solamente quería recordarle que está condenada a morir.

—Pareciera que los dioses le han perdonado la vida.

—Para *su uso* , mi señor. Los dioses la dejaron para que usted pueda aprender lo que necesita para convertirse en un médico.

—¡No seré yo el que la mate!

—Sea razonable. Por orden del procónsul, ya está muerta. No es cosa suya. No fue por las palabras de su boca que fue enviada a los leones.

Alejandro tomó el cuchillo y volvió a colocarlo entre los otros instrumentos de su estuche de cuero.

—No me arriesgaré a la ira de cualquiera sea el dios que le perdonó la vida, quitándosela ahora. —La señaló con un gesto de la cabeza—. Como claramente puedes ver, las heridas no han afectado ninguno de sus órganos vitales.

—¿Preferiría condenarla a morir lentamente de una infección?

Alejandro se puso tenso.

—Preferiría que no muriera de ninguna forma. —Sus pensamientos corrían frenéticos. Seguía viéndola mientras caminaba atravesando la arena, cantando, con los brazos extendidos como si estuviera abrazando el mismo cielo—. Debemos sacarla de aquí.

—¿Está loco? —siseó Troas, mirando hacia atrás para ver si el guardia lo había escuchado.

—No tengo lo que necesito para curar sus heridas o para arreglarle el brazo —masculló Alejandro. Chasqueó los dedos, impartiendo órdenes en voz baja.

Propasándose, Troas agarró el brazo de Alejandro.

—¡No puede hacer esto! —le dijo en un tono de voz firme, apenas contenido. Señaló enfáticamente al guardia—. Nos arriesga a todos a morir si intenta rescatar a una prisionera condenada.

—Entonces, lo mejor sería que todos le rogáramos a su dios que nos proteja y nos ayude.

Ahora, deja de discutir conmigo y sácala inmediatamente de aquí. Ya que pareces tenerle miedo al guardia, yo me ocuparé de él y los seguiré tan pronto como pueda.

El egipcio se quedó mirándolo fijamente con sus oscuros ojos llenos de incredulidad.

— *¡Muévete!*

Troas vio que no tenía sentido discutir con él e hizo un gesto rápido a los demás. Susurró las órdenes en voz baja, mientras Alejandro hacía rodar el estuche de cuero. El guardia los observaba con curiosidad. Levantando la toalla, Alejandro se limpió la sangre de las manos y caminó con calma hacia él.

—No puedes sacarla de aquí —dijo el guardia con tono funesto.

—Está muerta —mintió Alejandro—. Están deshaciéndose del cuerpo. —Se inclinó contra la puerta enrejada y miró afuera, hacia la arena caliente—. No valió los seis sestercios. Estaba demasiado cerca de la muerte.

El guardia sonrió con frialdad.

—Usted la eligió.

Alejandro emitió una risa distante y fingió interés por un par de gladiadores.

—¿Cuánto durará este enfrentamiento?

El guardia evaluó a los contrincantes.

—Treinta minutos, tal vez más. Pero esta vez no habrá sobrevivientes.

Alejandro frunció el ceño con una impaciencia fingida y arrojó a un costado la toalla manchada de sangre.

—En ese caso, iré a comprarme un poco de vino.

Al pasar caminando junto a la mesa, recogió su estuche de cuero. Recorrió los corredores iluminados por antorchas, refrenando el deseo de apresurarse. El corazón le latía más rápido a cada paso. Cuando salió a la luz del sol, una suave brisa le rozó el rostro.

— *¡Apresúrate! ¡Apresúrate!* —Sobresaltado, miró hacia atrás. Había escuchado las palabras con claridad, como si alguien le susurrara con urgencia al oído. Pero no había nadie a su alrededor.

Con el corazón golpeándole el pecho, Alejandro dobló la esquina hacia su casa y empezó a correr, urgido por una voz en el viento suave y tranquila.

El eco

1

UN AÑO DESPUÉS

Marcus Luciano Valeriano caminaba por un laberinto de calles en la Ciudad Eterna, esperando encontrar un refugio de paz dentro de sí mismo. No podía. Roma era deprimente. Se había olvidado del hedor del contaminado Tíber y de la multitud opresiva y desordenada. O quizás nunca antes lo había notado por estar demasiado interesado en su propia vida y en sus actividades. En las últimas semanas, desde que había vuelto a su ciudad natal, se había pasado horas deambulando por las calles, visitando los lugares que siempre había disfrutado en el pasado. Ahora, las risas de los amigos sonaban huecas, los frenéticos banquetes y las borracheras eran agotadores en vez de placenteros.

Abatido y necesitado de distracción, había aceptado asistir a los juegos con Antígono. Su amigo ahora era un senador poderoso y tenía un lugar de honor en el podio. Marcus trató de apaciguar sus emociones mientras ingresaba a las tribunas y se ubicaba en su asiento. Pero no podía negar que se sintió incómodo cuando las trompetas comenzaron a sonar. El pecho se le tensó y se le hizo un nudo en el estómago cuando empezó la procesión.

No había estado en los juegos desde Éfeso. Se preguntaba si ahora toleraría verlos. Le pareció penosamente claro que Antígono estaba más obsesionado por ellos ahora que cuando Marcus se había ido de Roma, y estaba apostando una gran suma de dinero por un gladiador proveniente de Galia.

Varias mujeres se sumaron a ellos debajo del toldo. Hermosas y voluptuosas, dejaron en claro a los pocos minutos de haber llegado que estaban tan interesadas en Marcus como en los juegos. Marcus sintió cierta provocación mientras las miraba, pero la sensación desapareció tan pronto como llegó. Eran mujeres superficiales, como agua contaminada frente al vino puro y embriagador que era Hadasa. Su conversación frívola y vana no le resultaba entretenida. Incluso Antígono, que siempre lo había divertido, empezaba a sacarlo de quicio con su colección de chistes vulgares. Marcus se preguntó cómo pudo pensar alguna vez que esas historias tan obscenas fueran divertidas o cómo pudo compadecerse alguna vez de la letanía de problemas económicos de Antígono.

—Cuenta otra —rió una de las mujeres, disfrutando visiblemente la historia grosera que Antígono acababa de relatarles.

—Te arderán los oídos —le advirtió Antígono con una mirada traviesa.

—¡Otra! —coincidieron todos.

Todos excepto Marcus. Él se mantuvo en silencio, lleno de repulsión. *Se visten como pavos reales vanidosos y ríen como cuervos chillones* , pensaba mientras observaba a cada uno.

Una de las mujeres se cambió de lugar para recostarse a su lado. Presionó su cadera seductoramente contra él. «Los juegos siempre me estimulan», dijo, ronroneando suavemente, con ojos oscuros.

Repugnado, Marcus la ignoró. Ella empezó a hablar de uno de sus muchos amantes, buscando señales de interés en el rostro de Marcus. Lo único que logró fue asquearlo más. La miró sin hacer ningún esfuerzo por ocultar sus sentimientos, pero ella no se dio cuenta. Simplemente siguió sus intentos de seducirlo, con toda la sutileza de una tigresa fingiendo ser una gatita doméstica.

Mientras tanto, los juegos sangrientos seguían ininterrumpidamente. Antígono y las mujeres reían, se burlaban de las víctimas en la arena y las insultaban. Los nervios de Marcus se ponían cada vez más tensos al mirar a sus acompañantes... al darse cuenta de que disfrutaban del sufrimiento y de la muerte que se desenvolvía ante ellos.

Asqueado por lo que veía, recurrió a la bebida como escape. Vació una copa tras otra de vino, desesperado por ahogar los gritos de los que estaban en la arena. Aun así, ninguna cantidad de líquido adormecedor podía ahuyentar la imagen que seguía apareciendo en su mente... la imagen de otro lugar, de otra víctima. Había tenido la esperanza de que el vino lo dejara insensible. Pero solo lo había hecho más consciente.

Alrededor de él, la gran multitud estaba cada vez más frenética de entusiasmo. Antígono agarró a una de las mujeres y se enredaron. Espontáneamente, una imagen vino a Marcus... una visión de su hermana, Julia. Recordó cómo la había llevado a los juegos por primera vez y se había reído al ver la emoción apasionada en sus ojos oscuros.

«No te avergonzaré, Marcus. Lo juro. No me desmayaré cuando vea sangre». Y no lo hizo.

No en ese momento.

Ni después.

Sin poder soportarlo más, Marcus se levantó .

Abriéndose paso a empujones a través de la masa eufórica, subió las escaleras. Tan pronto como pudo, corrió tal como había hecho en Éfeso. Quería alejarse del ruido, lejos del olor de la sangre humana. Haciendo una pausa para recuperar la respiración, apoyó su hombro contra un muro de piedra y vomitó.

Horas después de que los juegos habían terminado, todavía seguía escuchando el clamor de la multitud ansiosa pidiendo más víctimas a gritos. El sonido retumbó en su mente, atormentándolo.

Por otro lado, era lo único que había experimentado desde la muerte de Hadasa. Tormento. Y un vacío terrible y sombrío.

—¿Has estado evitándonos? —le dijo Antígono unos días después, cuando fue a visitar a Marcus —. Anoche no fuiste al banquete de Craso. Todos estaban ansiosos por verte.

—Tenía que trabajar. —Marcus había pensado volver a Roma de manera permanente, aferrándose a la esperanza de encontrar la paz que anhelaba desesperadamente. Ahora se daba cuenta de que sus esperanzas habían sido en vano. Miró a Antígono y negó con la cabeza—. Estaré en Roma solamente unos cuantos meses más.

—Pensé que habías vuelto para quedarte —dijo Antígono, evidentemente sorprendido por su declaración.

—Cambié de parecer —replicó Marcus secamente.

—Pero ¿por qué?

—Por motivos de los que prefiero no hablar.

La mirada de Antígono se volvió sombría y su voz denotó sarcasmo al hablar:

—Bueno, espero que encuentres el tiempo para asistir al banquete que organicé en *tu* honor. ¿Y por qué pareces tan molesto? Por los dioses, Marcus, has cambiado desde que te fuiste a Éfeso. ¿Qué te sucedió allá?

—Tengo trabajo por hacer, Antígono.

—Necesitas distraerte para cambiar ese sombrío humor tuyo. —Se puso tan zalamero, que Marcus supo que pronto estaría pidiéndole dinero—. He organizado un entretenimiento que con seguridad espantará cualquier pensamiento negro que te acose.

—¡Está bien, está bien! Iré a tu condenado banquete —dijo Marcus, impaciente porque

Antígono se fuera. ¿Por qué nadie podía entender que solo quería que lo dejaran en paz?—. Pero hoy no tengo tiempo para charla improductiva.

—Lo has dicho con gentileza —dijo Antígono con burla; luego se puso de pie para irse. Se acomodó la toga y se dirigió a la puerta; entonces, hizo una pausa y miró a su amigo, molesto—. Realmente espero que mañana en la noche estés de mejor humor.

Marcus no lo estuvo .

Antígono no le había dicho que Arria estaría allí. A instantes de haber llegado, Marcus la vio. Miró irritado a Antígono, pero el senador solo sonrió con un aire petulante y se inclinó hacia él con una expresión pícara.

—Fue tu amante durante casi dos años, Marcus. —Se rió en voz baja—. Es mucho más de lo que ha durado cualquier otra desde entonces. —Ante la expresión de Marcus, levantó una ceja, inquisitivamente—. Pareces disgustado. Tú mismo me dijiste que te separaste de ella en buenos términos.

Arria aún era hermosa, aún intentaba recibir la adoración de todo hombre en el lugar, aún era amoral y ansiosa por cualquier nueva forma de excitación. Sin embargo, Marcus percibía algunos cambios sutiles. El suave encanto de la juventud había cedido a una mundanidad más dura. Su risa no contenía entusiasmo ni placer; más bien, transmitía una dosis de audacia y vulgaridad que resultaba desagradable. Varios hombres la rondaban y ella coqueteaba alternativamente con cada uno, burlándose de ellos y susurrándoles comentarios insinuantes. En ese momento, dio un vistazo al otro lado del salón y miró interrogativamente a Marcus. Él sabía que se preguntaba por qué no se había dejado atrapar por la sonrisa que ella le lanzó cuando llegó. Pero él conocía esa sonrisa tal cual era: el anzuelo para un pez hambriento.

Lamentablemente para Arria, Marcus no tenía hambre. Ya no más.

Antígono se inclinó más cerca.

—Fíjate cómo te mira, Marcus. Podrías tenerla de vuelta contigo con solo chasquear los dedos. El hombre que la mira como una mascota es su actual conquista, Metrodoro Cratero Mérula. Lo que le falta de chispa, lo compensa ampliamente en dinero. Es casi tan rico como tú, pero sucede que nuestra pequeña Arria tiene su propio dinero estos días. Su libro ha causado bastante furor.

—¿Libro? —dijo Marcus y se rió con aire burlón—. No sabía que Arria supiera escribir su propio nombre, mucho menos entrelazar suficientes palabras para formar una oración.

—Obviamente no sabes nada de lo que escribió, o no estarías restándole importancia al asunto. No es para reírse. Nuestra pequeña Arria tenía talentos secretos desconocidos por nosotros. Se ha vuelto una mujer de letras o, más precisamente, del arte erótico. Una recopilación de historias que cuentan todo tipo de intimidades. Por los dioses, que ha causado líos en las altas esferas. Un senador perdió a su mujer debido a él. No es que le importara quedarse sin esposa, pero los contactos familiares que ella tiene se lo hicieron pagar caro. Dicen que puede que lo obliguen a suicidarse. Arria nunca ha sido lo que se dice discreta. Pero ahora me parece que es adicta al escándalo. Tiene copistas trabajando noche y día para reproducir ejemplares de su pequeño libro. El precio de cada ejemplar es exorbitante.

—Precio que, indudablemente, pagaste —dijo Marcus secamente.

—Pero por supuesto —dijo Antígono, riéndose—. Quería ver si me había mencionado. Lo hizo. En el capítulo once. Muy a mi pesar, fue una mención bastante superficial. —Miró a Marcus con una sonrisa divertida—. Sobre ti escribió con lujo de detalles. No me sorprende que Sarapais estuviera loca por ti en los juegos el otro día. Quería saber si eras todo lo que Arria

contó acerca de ti. —Sonrió ampliamente—. Deberías comprar un ejemplar para ti mismo y leerlo, Marcus. Podría evocar algunos recuerdos agradables.

—A pesar de su exquisita belleza, Arria es vulgar y es mejor olvidarla.

—Una apreciación bastante cruel cuando se trata de la mujer que una vez amaste, ¿no? —dijo Antígono, tanteándolo.

—Nunca amé a Arria. —Marcus enfocó su atención en las bailarinas que ondulaban delante de él. Las campanillas que colgaban de sus tobillos y muñecas tintineaban, crispándole los nervios. En lugar de excitarse por el descarado baile sensual y por sus cuerpos ocultos por velos transparentes, se sentía incómodo. Deseaba que la danza terminara y que se marcharan.

Antígono se estiró para agarrar a una de las mujeres y la sujetó sobre su regazo. A pesar de que la muchacha forcejeó, la besó apasionadamente. Cuando se echó hacia atrás, rió y le dijo a Marcus:

—Elige una para ti.

La muchacha esclava gritó y el sonido provocó una revulsión instintiva en las entrañas de Marcus. Anteriormente, había visto esa misma mirada de la muchacha... en los ojos de Hadasa, cuando él dejó que sus propias pasiones se desataran fuera de control.

—Suéltala, Antígono.

Otras personas observaban a Antígono, riendo y alentándolo. Ebrio y enfadado, Antígono se puso más hostil en su determinación de hacer lo que quería. La muchacha dio un alarido.

Marcus se puso de pie de golpe.

—¡Suéltala!

El salón quedó en silencio; todos miraron sorprendidos a Marcus. Riendo, Antígono levantó la cabeza y lo miró un poco asombrado. Su risa se apagó. Alarmado, rodó hacia un lado, soltando a la muchacha.

Llorando histéricamente, la muchacha se puso de pie y se alejó tan rápido como pudo .

Antígono contempló socarronamente a Marcus.

—Discúlpame, Marcus. Si la deseabas tanto, ¿por qué no lo dijiste antes?

Marcus sintió los ojos de Arria sobre él como dos brasas encendidas, ardiendo de celos. Por un instante, se preguntó qué castigo recibiría la muchacha de parte de Arria por algo que no tenía nada que ver con ella.

—No la quería —dijo a secas—. Ni a ninguna otra en este salón.

Los murmullos ondularon por el salón. Varias mujeres miraron a Arria y sonrieron con satisfacción.

El semblante de Antígono se oscureció.

—Entonces, ¿por qué interrumpiste mi placer?

—Estabas a punto de violar a la muchacha.

Antígono rió sin emoción.

—¿Violar? Si le hubieras dado un momento más, lo habría gozado.

—Lo dudo.

El humor de Antígono se esfumó y sus ojos destellaron ante el insulto.

—¿Desde cuándo te importan los sentimientos de una esclava? Te he visto disfrutar de tu placer de manera similar un par de veces.

—No necesito que me lo recuerdes —dijo Marcus amargamente, terminando lo que le quedaba de vino en la copa—. Lo que *realmente* necesito es tomar un poco de aire fresco.

Salió a los jardines, pero no encontró alivio allí porque Arria lo siguió, con Mérula a su lado. Marcus apretó los dientes y soportó su presencia. Ella habló de su amorío como si hubiera

terminado el día anterior y no cuatro años antes. Mérula miró con furia a Marcus, quien sintió compasión por el hombre. Arria siempre había disfrutado atormentando a sus amantes.

—¿Has leído mi libro, Marcus? —dijo ella con una voz melosa.

—No.

—Es bastante bueno. Lo disfrutarías.

—Ya no me gusta la basura —dijo, su mirada vacilando sobre ella.

Los ojos de ella chispearon. —Mentí sobre ti, Marcus —dijo con el rostro contraído por la rabia—. ¡Fuiste el peor amante que he tenido!

Marcus le sonrió fríamente.

—Eso es porque soy el único que se apartó de ti cuando aún le quedaba sangre en las venas. —Dándole la espalda, se alejó caminando.

Ignorando los insultos que ella le lanzaba, abandonó el jardín. Regresó al banquete y buscó distraerse charlando con viejos conocidos y amigos. Pero sus risas lo irritaron; la diversión que disfrutaban siempre era a costa de otro. Percibía la mezquindad detrás de los comentarios graciosos, el deleite mientras volvían a contar nuevas tragedias.

Dejando al grupo, se recostó en un sillón, bebió de mal humor y miró a la gente. Observó la manera en que jugaban unos con otros. Fingían ser civilizados, al mismo tiempo que lanzaban su veneno. Y, entonces, se dio cuenta de golpe. Las reuniones y los banquetes como este alguna vez habían sido una gran parte de su vida. Él se había *deleitado* en ellos.

Ahora se preguntaba por qué estaba aquí... por qué siquiera había regresado a Roma.

Antígono se acercó a él; abrazaba a la ligera a una muchacha pálida que estaba ricamente vestida. Su sonrisa era sensual. Tenía las curvas de Afrodita y, por un instante, su carne reaccionó a la oscura intensidad de sus ojos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado con una mujer.

Antígono notó la apreciación de Marcus y sonrió satisfecho consigo mismo.

—Te gusta. Sabía que te gustaría. Es muy atractiva. —Retirando su brazo de alrededor de la mujer, le dio un empujoncito, aunque ella no necesitaba que lo hiciera. Chocó suavemente contra el pecho de Marcus y levantó los ojos hacia él, con los labios separados. Antígono sonrió, obviamente orgulloso de sí mismo—. Se llama Dídima.

Marcus tomó a Dídima por los hombros y la apartó de él, sonriéndole irónicamente a Antígono. La mujer dirigió la mirada interrogativamente hacia su amo, y Antígono se encogió de hombros.

—Al parecer, no te quiere, Didi. —Agitó descuidadamente la mano en despedida.

Marcus dejó la copa firmemente sobre la mesa.

—Agradezco el gesto, Antígono...

—Pero... —dijo él con reparo y sacudió la cabeza—. Me desconciertas, Marcus. No te interesan las mujeres. No te interesan los juegos. ¿Qué te sucedió en Éfeso?

—Nada que pudieras entender.

—Inténtalo.

Marcus le sonrió sarcásticamente.

—No le confiaría mi vida privada a un hombre tan público.

Los ojos de Antígono mostraban desdén.

—Tus palabras son muy mordaces últimamente —dijo en voz baja—. ¿En qué te ofendí para que tengas ese aire tan condenatorio?

Marcus negó con la cabeza .

—No eres tú, Antígono. Es todo esto.

—¿Todo *qué* ? —dijo Antígono, confundido.

—La vida. ¡La condenada *vida* ! —Los placeres sensuales que Marcus alguna vez había saboreado ahora le parecían basura. Cuando Hadasa murió, algo murió dentro de él. ¿Cómo podía explicarle los cambios dolorosos y profundos que había sufrido a alguien como Antígono, un hombre devorado y obsesionado por las pasiones carnales?

¿Cómo podía explicarle que todo había perdido sentido para él el día que una esclava común había muerto en el anfiteatro efesio?

—Te pido disculpas —dijo inexpresivamente, poniéndose de pie para irse—. Soy una pésima compañía en estos días.

Durante el mes siguiente le llegaron otras invitaciones, pero las rechazó, prefiriendo enfrascarse en sus empresas. Pero allí tampoco encontró paz. Por mucho que trabajara, seguía sintiéndose atormentado. Finalmente, supo que tenía que alejarse del pasado, de Roma, de todo.

Vendió la cantera y los contratos de construcción que le quedaban, ambos con ganancias considerables, aunque no se sintió orgulloso ni satisfecho por los beneficios. Se reunió con los administradores de las bodegas Valeriano en el Tíber y revisó las cuentas. Sexto, un antiguo socio de su padre, había demostrado ser leal a los intereses de los Valeriano durante muchos años. Marcus le ofreció el puesto de superintendente de los bienes de la familia Valeriano en Roma, con un generoso porcentaje de las ganancias brutas.

Sexto estaba anonadado.

—Jamás ha sido tan generoso, mi señor. —El tono de sus palabras era sutilmente desafiante y desconfiado.

—Puedes distribuir el dinero como te parezca, sin rendirme cuentas.

—No me refería al dinero —dijo Sexto sin rodeos—. Hablo del *control* . A menos que haya entendido mal, me está entregando las riendas de sus negocios en Roma.

—Es correcto.

—¿Se olvida de que alguna vez fui esclavo de su padre?

—No.

Sexto lo evaluó con los ojos entrecerrados. Había conocido bien a Décimo y sabía desde mucho tiempo atrás que Marcus no le había causado salvo aflicciones a su padre. La ambición del joven era como una fiebre que corría por su sangre y arrasaba con su conciencia. ¿A qué estaba jugando ahora?

—¿No era su objetivo controlar las empresas de su padre, así como las suyas ?

La boca de Marcus se curvó en una sonrisa fría.

—Hablas con franqueza.

—¿Preferiría que no lo hiciera, mi señor? Entonces, desde ya, dígamelo para que pueda adularlo.

Marcus se puso tenso, pero dominó su temperamento. Se obligó a recordar que este hombre había sido un fiel amigo de su padre.

—Mi padre y yo hicimos las paces en Éfeso.

El silencio de Sexto reveló su incredulidad.

Marcus miró al viejo directamente a los ojos y le sostuvo la mirada.

—La sangre de mi padre corre por mis venas, Sexto —dijo con frialdad—. No te hago esta propuesta a la ligera ni tengo motivos ocultos que te pongan en peligro. En las últimas semanas he pensado mucho en este tema. Has manejado los cargamentos que se han entregado en estos depósitos durante diecisiete años. Conoces personalmente a cada uno de los hombres que descargan los barcos y almacenan las mercancías. Sabes cuáles son los vendedores confiables y

cuáles no. Y siempre has rendido cuentas responsablemente de cada una de las transacciones. ¿En quién más podría confiar? —Le entregó el pergamino. Sexto no se movió para recibirlo.

—Acéptalo o recházalo, como te convenga —dijo Marcus—, pero entiende esto: he vendido mis otras empresas en Roma. El único motivo por el que no vendí los barcos y los almacenes es porque fueron una parte muy importante de la vida de mi padre. A él le costó sangre y sudor levantar esta empresa; no a mí. Te ofrezco este puesto porque eres capaz pero, principalmente, porque fuiste amigo de mi padre. Si rechazas mi propuesta, los venderé. No tengas ninguna duda de ello, Sexto.

Sexto lanzó una risa áspera.

—Aunque tuviera la seria determinación de vender, no podría. Roma lucha por sobrevivir. En este momento, ninguna persona que yo conozca tiene el dinero para comprar una empresa de este tamaño y magnitud.

—Lo sé perfectamente. —Los ojos de Marcus eran fríos—. No veo mal disponer de mi flota barco por barco, y de las propiedades de los muelles, edificio por edificio.

Sexto vio que hablaba en serio y se asombró por su tremenda mentalidad oportunista. ¿Cómo era posible que este joven fuera hijo de Décimo?

—¡Tiene casi quinientas personas trabajando para usted! Hombres libres, en su mayoría. ¿No le importa nada de ellos ni el bienestar de sus familias?

—Tú los conoces mejor que yo .

—Si usted vende ahora, recibirá una fracción de todo lo que vale —dijo, aludiendo al bien conocido amor de Marcus por el dinero—. Dudo que lo haga.

—Ponme a prueba. —Marcus lanzó el pergamino a la mesa que había entre los dos.

Sexto lo estudió durante un largo rato, alarmado por la insensibilidad en el rostro del joven y la firme determinación de su mandíbula. No mentía.

— *¿Por qué?*

—Porque no dejaré que esta pesada carga siga reteniéndome en Roma.

—¿Y llegaría tan lejos? Si lo que dice es verdad y sí hizo las paces con su padre, ¿por qué destruiría lo que a él le llevó toda una vida construir?

—Eso no es lo que quiero hacer —respondió Marcus sencillamente—, pero te diré esto, Sexto: al final, padre se dio cuenta de que todo era vanidad y ahora estoy de acuerdo con él. —Hizo un ademán hacia el pergamino—. ¿Cuál es tu respuesta?

—Necesitaré tiempo para pensarlo.

—Tienes el tiempo que tarde en salir por esa puerta.

Sexto se puso rígido frente a tal arrogancia. Luego se relajó. Curvó ligeramente la boca. Suspiró y sacudió la cabeza con una risa suave.

—Usted se parece mucho a su padre, Marcus. Aun después de haberme dado la libertad, siempre supo cómo salirse con la suya.

—No en todo —dijo Marcus, enigmáticamente.

Sexto percibió el dolor de Marcus. Quizás *había* hecho las paces con su padre, después de todo, y ahora se arrepentía de los años perdidos en rebeldía. Levantó el pergamino y lo golpeteó contra la palma de su mano. Recordando al padre, Sexto analizó al hijo.

—Acepto —dijo—, bajo una condición.

—La que sea.

—Negociaré con usted de la misma manera que negocié con su padre. —Arrojó el pergamino a las brasas que ardían en el brasero y extendió su mano.

Con la garganta cerrada, Marcus se la estrechó.

A la mañana siguiente, al amanecer, Marcus zarpó hacia Éfeso.

Durante las largas semanas del viaje, pasó horas parado en la proa del barco, con el viento salado golpeándole el rostro. Allí, finalmente, se permitió volver a pensar en Hadasa. Recordó que había estado con ella en una proa como esta, observando los suaves rizos de su cabello oscuro ondeando sobre su rostro, su expresión seria mientras hablaba de su dios invisible: « *Dios habla... una tranquila y suave voz en el viento* » .

De la misma manera que su voz parecía hablarle ahora a él, tranquila y suave, susurrándole en el viento... llamándolo.

Pero ¿a qué? ¿A la desesperanza? ¿A la muerte?

Se debatía entre el deseo de olvidarla y el temor de hacerlo. Y ahora era como si, por haber abierto sus pensamientos a ella, no pudiera volver a cerrarlos.

Su voz se había convertido en una presencia insistente, un eco que resonaba a través de las tinieblas en las que ahora vivía.

2

Al desembarcar en Éfeso, Marcus no sintió que había vuelto a casa ni sintió alivio por el fin del viaje. Dejando sus pertenencias en las manos de sirvientes, fue directamente a la villa de su madre, erigida en la ladera de una colina que no quedaba lejos del centro de la ciudad.

Lo recibió un sirviente sorprendido, quien le informó que su madre había salido, pero que volvería a la brevedad. Agotado y deprimido, salió al patio interno para sentarse y esperar.

La luz del sol se derramaba del cielo abierto hacia el atrio, arrojando una claridad intermitente sobre el agua que ondeaba en el estanque decorativo. El agua destellaba y danzaba, y el sonido reconfortante de la fuente resonaba por los pasillos de la planta baja. Pero no había consuelo para él, sentado en las sombras de un pequeño rincón.

Reclinó su cabeza contra la pared, tratando de dejar que el sonido musical lo invadiera y aliviara su espíritu lleno de dolor. En lugar de ello, torturado por sus recuerdos, su aflicción fue en aumento, hasta casi sentirse sofocado por ella.

Habían pasado catorce meses desde la muerte de Hadasa, pero la angustia arrasaba con él como si hubiera sucedido el día anterior. Ella se había sentado muchas veces en esta misma banca, orando a su dios invisible y hallando una paz que seguía esquivándolo a él. Casi podía escuchar su voz: tranquila, dulce, tan purificadora como el agua. Ella había orado por su padre y su madre. Había orado por él. ¡Había orado por *Julia* !

Cerró los ojos, deseando poder cambiar el pasado. Si eso fuera lo único que se necesitara para revivir a Hadasa. Desear hacerlo. Si, por medio de un toque mágico, fuera posible que la agonía de los meses pasados desapareciera y ella pudiera estar sentada aquí, junto a él, sana y salva. Si tan solo pudiera pronunciar su nombre como un conjuro y hacer que, por el poder de su amor, ella se levantara de los muertos.

—Hadasa... —susurró con voz ronca—, *Hadasa* . —Pero, en lugar de verla a ella levantándose en medio de la penumbra de su imaginación, aparecieron las imágenes obscenas y violentas de su muerte, seguidas de la turbulencia de su alma: el horror, el dolor y la culpa, y todo eso estaba transformándose en una ira profunda e implacable que ahora parecía su fiel compañera.

¿De qué le sirvió orar? se preguntó con amargura, tratando de borrar de su mente la imagen de su muerte. Se había quedado parada tan serena mientras la leona la atacaba. Si había gritado, él no la había escuchado por la estridencia de las ovaciones de los efesios... entre los cuales estaba su propia hermana.

Antes de irse a Roma, su madre le había dicho que el tiempo lo cura todo, pero lo que él había sentido ese día mientras veía morir a Hadasa solamente se había vuelto más pesado y más difícil de soportar, no más fácil. Ahora su dolor era una masa sólida y constante dentro de él, agobiándolo.

Suspirando, Marcus se puso de pie. No podía permitirse vivir en el pasado. No hoy, cuando estaba tan cansado, agotado del viaje largo y monótono por mar. La ida a Roma no había hecho nada para eliminar la inercia que sentía; solo había empeorado su vida. Ahora estaba aquí, de vuelta en Éfeso, nada mejor que el día que se había marchado.

De pie en el peristilo de la villa de su madre ubicada en la ladera, se sintió lleno de una tristeza dolorosa e inexpresable. La casa estaba en completo silencio, aunque había sirvientes en

el hogar. Él sentía su presencia, pero eran lo suficientemente prudentes como para mantener su distancia. La puerta principal se abrió y se cerró. Escuchó voces suaves y, después, pasos apurados que venían hacia él.

—¡Marcus! —dijo su madre, corriendo hacia él y abrazándolo.

—Madre —dijo, sonriendo y separándola a un brazo de distancia para ver cómo le había ido durante su ausencia—. Te ves bien. —Se agachó para besarla en ambas mejillas.

—¿Por qué regresaste tan pronto? —preguntó ella—. Pensé que no iba a verte por varios años.

—Concluí mis negocios. No había motivo para quedarme allá.

—¿Todo está como esperabas?

—Soy más rico de lo que era un año atrás, si eso es a lo que te refieres.

La sonrisa de Marcus era superficial. Febe lo miró a los ojos y su expresión se suavizó. Dulcemente levantó la mano hacia la mejilla de su hijo, como si fuera un niño herido.

—Oh, Marcus —dijo, llena de compasión—. Tu viaje no te hizo olvidar.

Se apartó de ella, preguntándose si todas las madres podían ver dentro del alma de sus hijos como lo hacía la suya.

—Le entregué el manejo de los almacenes a Sexto —dijo rápidamente—. Es capaz y de confianza .

Febe le siguió la conversación.

—Siempre tuviste el instinto de tu padre acerca de las personas —dijo tranquilamente, observándolo.

—No siempre —dijo pesadamente y desvió sus pensamientos lejos de su hermana—. Iulius me informó que tuviste fiebre durante varias semanas.

—Sí —dijo ella—. Ahora estoy bien.

Marcus la analizó más detenidamente.

—Dijo que todavía te cansas con facilidad. Estás más delgada que la última vez que te vi.

Ella se rió.

—No tienes que preocuparte por mí. Ahora que has vuelto a casa, tendré más apetito. —Le tomó la mano—. Sabes que siempre me preocupaba cuando tu padre se iba en uno de sus largos viajes. Supongo que ahora me pasará lo mismo contigo. El mar es tan impredecible.

Se sentó en el banco, pero él permaneció de pie. Ella vio que estaba inquieto y más delgado, su rostro tenía líneas de preocupación y estaba más duro.

—¿Cómo encontraste Roma?

—Prácticamente igual. Vi a Antígono con su séquito de aduladores. Lloriqueando por el dinero, como siempre.

—¿Y le diste lo que te pedía?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque quería trescientos mil sestercios y cada moneda iría para patrocinar los juegos. —Él miró hacia otro lado. En otra época, él habría accedido sin reparos y, ciertamente, habría disfrutado de verlos personalmente. Por supuesto, Antígono habría mostrado su gratitud consiguiéndole contratos para construir edificios gubernamentales y referencias de aristócratas ricos que querían villas más grandes y opulentas.

Un político como Antígono tenía que ganarse el favor del pueblo. La mejor manera de hacerlo era financiando los juegos. Al populacho no le importaba qué defendían los senadores, siempre y cuando les dieran diversión y distracción de los verdaderos problemas de la vida: el

desequilibrio comercial, la agitación social, el hambre, las enfermedades, la cantidad de esclavos que llegaban de las provincias y ocupaban los trabajos de los hombres libres.

Pero Marcus ya no quería seguir siendo parte de todo aquello. Se avergonzaba de haberle dado cientos de miles de sestercios a Antígono en el pasado. En lo único que había pensado en esos días era el beneficio comercial de tener un amigo en las altas esferas. Nunca había pensado qué representaban sus actos en términos de vidas humanas. A decir verdad, no le había importado. Financiar a Antígono había sido oportuno. Ambicionaba los contratos para construir en los sectores incendiados de Roma, los más ricos, y forrar de sestercios los bolsillos de Antígono había sido el camino más rápido hacia el éxito económico. Los sobornos le habían comprado oportunidades y las oportunidades le habían dado riqueza. Su diosa: Fortuna.

Ahora, como si se mirara en un espejo, se vio a sí mismo tal como había sido: aburrido y bebiendo vino con sus amigos mientras clavaban a un hombre en una cruz; comiendo manjares que le servía un esclavo, mientras hombres eran obligados a enfrentarse unos contra otros para a pelear hasta morir. ¿Y por qué motivo? Para entretener a una multitud aburrida y hambrienta, la muchedumbre de la que había sido un miembro efectivo. Ahora estaba pagando un precio aún más alto: el saber que él había sido tan partícipe de la muerte de Hadasa como todos los demás.

Se recordó riéndose mientras un hombre corría aterrorizado, tratando de escapar de una manada de perros, cuando no había ningún escape posible. Todavía podía escuchar a miles gritando y aclamando bárbaramente cuando la leona rasgó la carne de Hadasa. ¿Cuál había sido el delito de Hadasa, más que el de tener una dulce pureza que había carcomido la consciencia y despertado los celos de una infame ramera? Una ramera que era la hermana de Marcus...

Febe se sentó silenciosamente en el banco a la sombra y estudió el rostro amargo de su hijo.

—Julia preguntó cuándo volverías.

Los músculos de su mandíbula se tensaron ante la mención del nombre de su hermana.

—Quiere verte, Marcus.

Él no dijo nada.

—Necesita verte.

—No me importan sus necesidades.

—¿Y si está buscando arreglar las cosas?

—¿Arreglar las cosas? ¿Cómo? ¿Puede devolverle la vida a Hadasa? ¿Puede deshacer lo que hizo? No, madre. No hay arreglo posible para lo que hizo.

—Sigue siendo tu hermana —dijo ella suavemente.

—Puede ser que tengas una hija, madre, pero te juro que yo no tengo ninguna hermana.

Ella vio la furia en su mirada, la empecinada dureza en su boca.

—¿No puedes dejar de lado el pasado? —suplicó ella.

—No.

—¿Ni perdonarla ?

—¡Jamás! Te aseguro que ruego que toda maldición bajo los cielos caiga sobre su cabeza.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas.

—Quizás si pudieras tratar de recordar cómo vivió Hadasa, en lugar de cómo murió.

Las palabras golpearon su corazón y se dio vuelta levemente, enojado por el hecho de que ella se lo recordara.

—Me acuerdo perfectamente de todo —le dijo con voz ronca.

—Quizás no la recordamos bajo la misma luz —dijo Febe en voz baja. Levantó la mano para tocar el colgante que llevaba escondido debajo de su palla. En él estaba el emblema de su nueva fe: un pastor que llevaba sobre sus hombros a una oveja perdida. Marcus no lo sabía. Dudó,

preguntándose si era el momento de contárselo.

Era extraño que, observando a Hadasa, Febe había descubierto claramente frente a ella el rumbo que su propia vida debía tomar. Se había convertido al cristianismo, había sido bautizada en el agua y en el Espíritu del Dios vivo. Para ella no había sido una lucha como lo había sido para Décimo, quien había esperado hasta el mismo final para aceptar al Señor. Ahora Marcus, que era tan parecido a su padre, era quien se resistía al Espíritu. Marcus, quien no quería tener ningún amo sobre su vida y no reconocería a ninguno.

Al ver su actitud, apretando y aflojando la mano, Febe supo que no era el momento para hablar de Jesús y de su fe. Marcus se enojaría. No lo entendería. Tendría miedo por ella, miedo de perderla de la misma manera que había perdido a Hadasa. Ah, si tan solo pudiera ver que Hadasa no estaba perdida en absoluto. *Él* lo estaba.

—¿Qué te hubiera pedido Hadasa que hicieras?

Marcus cerró los ojos.

—Si ella hubiera hecho las cosas de otra manera, todavía estaría viva.

—Si ella hubiera sido de otra manera, Marcus, nunca la habrías amado como la amas, con todo tu corazón, tu mente y tu alma. —Como amaría a Dios, pero él no podía ver que era el Espíritu que estaba en Hadasa lo que lo había atraído.

Al ver su dolor, sufría por él. Levantándose del banco, Febe caminó hacia su hijo.

—¿Dejarás que tu monumento a Hadasa sea el odio implacable hacia tu hermana?

—Déjalo así, madre —dijo él con voz ronca.

—¿Cómo puedo hacerlo? —dijo ella con tristeza—. Tú eres mi hijo y, a pesar de lo que Julia haya hecho, sigue siendo mi hija. Los amo a *los dos* . Amo a Hadasa .

—Hadasa está *muerta* , madre. —Le lanzó una mirada furiosa—. ¿Murió por un delito que había cometido? ¡No! Murió por los celos ruines de una mujerzuela.

Febe puso su mano sobre su hombro.

—Hadasa no está muerta para mí. Ni para ti.

—No está muerta —dijo él desoladamente—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso está aquí con nosotros? —Se apartó de ella y se sentó en el banco donde Hadasa solía sentarse en el silencio de la tarde y en la quietud previa al amanecer. Marcus se veía exhausto, con su espalda apoyada contra la pared.

Ella se acercó, se sentó en el banco, junto a él, y le tomó la mano.

—¿Recuerdas qué le dijo ella a tu padre justo antes de que muriera?

—Él me agarró la mano y la puso sobre la de Hadasa. Ella me pertenecía. —Aún podía ver la mirada en sus ojos oscuros cuando él cerró firmemente su mano sobre la de Hadasa, tomando posesión de ella. ¿Sabía su padre en ese momento que ella estaba en peligro? ¿Había estado diciéndole que la protegiera? Debería habérsela quitado a Julia inmediatamente y no esperar el momento que más le conviniera a ella. En aquel tiempo, Julia estaba embarazada y su amante se había ido. Se había compadecido de su situación y nunca se dio cuenta del peligro. Si hubiera sido prudente, Hadasa aún estaría viva. Sería su esposa.

—Marcus, Hadasa dijo que si crees y aceptas la gracia de Dios, estarás con el Señor en el paraíso. Ella nos dijo que todo el que crea en Jesús no se perderá, sino que tendrá vida eterna.

Él le apretó la mano.

—Palabras para consolar a un moribundo que creía que su vida no tenía sentido, madre. No hay vida después de la muerte. Solamente polvo y tinieblas. Todo lo que tenemos está aquí. Ahora. La única clase de vida eterna que alguien puede esperar es en el corazón de otro. Hadasa está viva y seguirá estándolo mientras yo viva. Ella vive en mí. —Su mirada se endureció—. Y

por mi amor por ella, nunca olvidaré cómo murió y quién la llevó a morir.

—¿Alguna vez comprenderás por qué murió? —dijo Febe con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Yo *sé* por qué. Fue asesinada por celos y por resentimiento. Su pureza ponía de manifiesto la inmoralidad de Julia. —Apartó su mano de la de su madre, tenso y luchando contra las emociones que corrían dentro de él. No quería desquitarse con su madre. Ella no tenía la culpa de haber parido a una víbora venenosa. Pero ¿por qué tenía que hablar ahora de estas cosas, cuando él se sentía tan vulnerable?

—A veces me gustaría poder olvidar —dijo él, hundiendo la cabeza entre sus manos y masajeándose la frente como si le doliera la cabeza por los recuerdos—. Una vez, Hadasa me dijo que su dios le hablaba en el viento, pero yo no escucho nada, excepto el débil eco de *su* voz.

—Entonces, escucha.

—¡No puedo! No lo soporto.

—Tal vez lo que necesitas hacer es buscar a su Dios para recibir la paz de la que Hadasa hablaba.

Marcus levantó la cabeza bruscamente y lanzó una risotada dura.

—¿Buscar a su dios?

—La fe que tenía en él era la esencia de Hadasa, Marcus. Seguramente lo sabes.

Él se puso de pie y se apartó de ella.

—¿Dónde estaba ese dios todopoderoso cuando ella se enfrentó a los leones? Si existe, ¡es un cobarde porque la abandonó!

—Si realmente crees eso, tienes que averiguar por qué fue así.

—¿Cómo lo hago, madre? ¿Les pregunto a los sacerdotes de un templo que ya no existe? Tito destruyó Jerusalén. Judea está en ruinas.

—Debes acercarte a su Dios y preguntar.

Él frunció el ceño con una mirada penetrante.

—No estarás empezando a creer en ese detestable Jesús, ¿no? Ya te dije lo que pasó con él. No era más que un carpintero que se puso del lado equivocado de los judíos. Ellos lo entregaron para que fuera crucificado.

—Tú amabas a Hadasa.

—Todavía la amo.

—Entonces, ¿no es digna de tus preguntas? ¿Qué hubiera deseado ella que hicieras, Marcus? ¿Qué era lo único que le importaba más que la misma vida? Debes buscar a su Dios y preguntarle por qué murió. Solo Él puede darte las respuestas que necesitas.

La boca de Marcus se torció con una sonrisa sarcástica.

—¿Cómo puede uno buscar el rostro de un dios que nadie ha visto?

—Así como lo hacía Hadasa. *Ora* .

El dolor lo llenó, seguido por la amargura y la ira.

—Por los dioses, madre, la oración no le sirvió a ella para nada.

Al ver la mirada sorprendida y decepcionada de su madre, se dio cuenta de que la había herido profundamente. Se obligó a relajarse, a ser razonable.

—Madre, sé que estás tratando de consolarme, pero no hay consuelo. ¿No lo entiendes? Tal vez el tiempo cambie las cosas. No lo sé. Pero ningún dios me hará bien. —Negó con la cabeza ante ella y su voz volvió a llenarse de enojo—. Desde que era un niño, te recuerdo poniendo tus ofrendas ante los dioses familiares en el *lararium* . ¿Salvó eso a tus otros hijos de la fiebre? ¿Sirvió para mantener vivo a padre? ¿Escuchaste siquiera una vez una voz en el viento? —Su

enojo se desvaneció, dejándole solamente una sensación terrible de vacío—. No existen los dioses.

—Entonces, todo lo que Hadasa dijo fue mentira.

Él hizo un gesto de dolor.

—No. Ella creía en cada palabra que decía.

—¿Ella creía en una mentira, Marcus? ¿Murió por nada? —Vio que él apretaba la mano a su costado y supo que sus preguntas le causaban dolor. Pero era mejor el dolor ahora que la muerte para siempre.

Ella se levantó, volvió a acercarse a él y apoyó suavemente la mano sobre su mejilla.

—Marcus, si realmente crees que el Dios de Hadasa la abandonó, pregúntale por qué le hizo algo así a alguien como ella.

—¿Qué importa eso ahora?

—Importa. Es más importante de lo que te imaginas. ¿De qué otra forma estarás en paz con lo que sucedió?

El rostro de Marcus se puso pálido y frío.

—La paz es una ilusión. No existe la verdadera paz. Si alguna vez busco al dios de Hadasa, madre, no será para alabarlo como ella lo hacía, sino para maldecirlo en su propia cara.

Febe no dijo nada más, pero su corazón clamó angustiado. *Oh, Señor Dios, perdónalo. No sabe lo que dice* .

Marcus se apartó del consuelo, creyendo que lo único que le quedaba era el dulce eco de la voz de Hadasa en las tinieblas que se habían cerrado a su alrededor.

3

—Esa de allá —dijo Julia Valeriano, señalando a una pequeña cabra marrón en el puesto que estaba justo a las afueras del templo—. La marrón oscuro, por favor. ¿Es perfecta?

—Todas mis cabras son perfectas —dijo el vendedor, abriéndose paso entre el rebaño amontonado en el redil y sujetando la cabra que ella había solicitado. Le pasó una soga alrededor del cuello—. Estos animales no tienen defectos —dijo, levantando al animal que forcejeaba y caminando de vuelta hacia ella, mientras le decía el precio.

Los ojos de Julia se achicaron con furia. Su mirada pasó de la bestia escuálida al vendedor codicioso.

—¡No te pagaré esa cantidad por una cabra tan pequeña!

Él miró deliberadamente la delicada palla de lana, y se detuvo en las perlas que adornaban su cabello y en el collar con la piedra rojiza que lucía en el cuello.

—Parece que usted puede pagarla, pero si busca alguna oferta, que sea en su cabeza. —Bajó la cabra y se incorporó—. No perderé mi tiempo regateando, mujer. ¿Ve esta marca que tiene en la oreja? Este animal fue ungido para sacrificio por uno de los arúspices. Esta concesión se la otorgan los adivinos para su beneficio. El dinero que paga por este animal va para el arúspice y al templo. ¿Entiende? Si quiere comprar una cabra más barata en alguna otra parte y tratar de llevarla ante los dioses y los representantes que ellos han dispuesto, hágalo bajo su propio riesgo. —Sus ojos oscuros la provocaron.

Julia se estremeció con sus palabras. Era plenamente consciente de que la estaba estafando, pero no tenía alternativa. El desagradable hombre tenía razón. Solo un tonto trataría de engañar a los dioses (o a los arúspices, a quienes los dioses habían escogido para leer las señales sagradas ocultas en los órganos vitales de los animales sacrificados). Miró con repulsión a la pequeña cabra. Había venido a descubrir qué le producía malestar y, si eso significaba que tenía que comprar un animal sacrificial a un precio abusivo, lo haría.

—Mis disculpas —dijo—. Me la llevaré .

Julia se quitó el brazalete y abrió el compartimiento integrado. Contó los tres sestercios y los puso en la mano del vendedor mientras intentaba ignorar su pedantería. Él restregó las monedas entre sus dedos y las deslizó dentro del morral que llevaba en la cintura.

—Es suya —dijo, entregándole la soga —, y que la ayude a mejorar su salud.

—Agárrala —le ordenó secamente Julia a Eudemas y se apartó para que su esclava pudiera arrastrar al animal que balaba y forcejeaba, fuera del atestado puesto. El vendedor la observó y se rió.

Mientras Julia ingresaba al templo con Eudemas y con su cabra, se sintió débil. El aroma pesado y empalagoso del incienso no lograba mitigar el olor a sangre y a muerte. Se le revolvió el estómago. Ocupó su lugar en la fila, detrás de otras personas que esperaban. Cerrando los ojos, soportó las náuseas. Tenía la frente salpicada de sudor frío. No podía dejar de pensar en la noche anterior y en la discusión que había tenido con Primus.

—Te has vuelto bastante aburrida, Julia —dijo Primus—. Impones tu pesadumbre en cada banquete al que asistes.

—Qué amable de tu parte, *querido* esposo, que pienses en mi salud y en mi bienestar. —Ella

miró a Calabá buscando un poco de solidaridad, pero la vio haciéndole señas a Eudemas para que le acercara la bandeja con hígados de ganso. Después de seleccionar uno, sonrió de una manera que hizo sonrojar y luego empalidecer a la esclava. Haciéndole un ademán para que se retirara, Calabá observó a la muchacha llevándole la bandeja a Primus. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que Julia estaba mirándola. Cuando lo hizo, se limitó a arquear una ceja, sus fríos y oscuros ojos vacíos e indiferentes.

—¿Qué pasa, querida?

—¿No te importa si estoy enferma?

—Por supuesto que me importa —dijo Calabá con una voz tranquila teñida de impaciencia—. Eres tú a quien parece no importarle. Julia, mi amor, hemos hablado de esto tantas veces ya, que se está volviendo tedioso. La respuesta es tan simple que te niegas a aceptarla. Concentra tu mente en estar sana. Deja que tu voluntad te cure. Cualquier cosa que te propongas hacer en tu mente, podrás lograrla por tu propia voluntad.

—¿No te parece que lo he intentado, Calabá?

—No lo suficiente, mi querida, o estarías sana. Debes centrar tus pensamientos en ti misma cada mañana y meditar como te enseñé a hacer. Vacía tu mente de todo, salvo del pensamiento exclusivo de que eres tu propio dios, que tu cuerpo es simplemente el templo en el que habitas. Tienes poder sobre tu templo. Se hará tu voluntad, Julia. El problema es que te falta fe. *Tienes* que creer y, cuando creas, llevarás a cabo cualquier cosa que quieras.

Julia apartó la mirada de los ojos oscuros de la mujer. Día tras día, había hecho exactamente lo que Calabá decía. A veces, la fiebre la rondaba en medio de las mismas meditaciones y temblaba, débil y llena de náuseas. Agobiada por una sensación de desesperanza, habló en voz baja.

—Algunas cosas están más allá de la voluntad de control de cualquiera.

Calabá la miró con desdén.

—Si no tienes fe en ti misma y en tu poder interior, tal vez deberías hacer lo que sugiere Primus. Ve al templo y haz un sacrificio. En cuanto a mí, no tengo fe en los dioses. Todo lo que he logrado fue gracias a mis propios esfuerzos y mi intelecto, no por confiar en algún poder sobrenatural e invisible. Pero si verdaderamente crees que no tienes ningún poder propio, Julia, ¿qué otro curso lógico hay, salvo el de tomar prestado lo que necesitas en alguna otra parte?

Después de meses de intimidad, Julia estaba pasmada por el menosprecio de Calabá y por su cruel indiferencia ante su sufrimiento. Observó a Calabá comer otro hígado de ganso y luego pedirle a Eudemas que le trajera el agua aromatizada para enjuagarse las manos. La muchacha hizo lo que le ordenó, mirando a Calabá con adoración extasiada y sonrojándose cuando esos largos dedos llenos de joyas le acariciaron el brazo, antes de despedirla. Julia vio la oscura especulación en los ojos de Calabá mientras observaba a la sirvienta retirarse. Una sonrisa leve y rapaz jugueteó en los labios de la mujer mayor.

Julia se sintió enferma. Sabía que la engañaba delante de sus propios ojos, y de la misma manera sabía que no podía hacer nada al respecto, salvo hervir de ira. Primus también lo notó y le pareció cruelmente divertido hacérselo saber.

—El procónsul va con frecuencia a los arúspices para consultar a los dioses —dijo, interrumpiendo el silencio opresivo—. Ellos sabrán si hubo un rebrote de la enfermedad. Al menos sabrás si lo que te aqueja es algo que te mandan los dioses.

—¿Y de qué manera me ayudará saber eso? —dijo ella enojada. Era demasiado evidente que ni a Calabá ni a Primus les importaba de verdad qué le sucedía a ella.

Calabá suspiró pesadamente y se levantó.

—Me aburre esta conversación.

—¿Dónde vas? —dijo Julia, preocupada.

Suspirando, Calabá le dedicó una mirada sufrida.

—A los baños. Le dije a Safira que la vería esta noche.

Julia se consternó más aún ante la mención de la joven. Safira era joven, hermosa y provenía de una familia romana prominente. Después de su primer encuentro, Calabá había dicho que le parecía «prometedora».

—No tengo ganas de ir a ninguna parte, Calabá.

El ceño de Calabá volvió a arquearse.

—No te invité.

Julia le clavó los ojos.

—¿No tienes ninguna consideración por mis sentimientos?

—He *tenido* en cuenta tus sentimientos. Sabía que dirías que no y no vi ninguna razón para incluirte. Nunca te ha gustado Safira, ¿verdad?

—Pero a ti sí —dijo Julia en un tono acusador.

—Sí —dijo Calabá con una sonrisa fría, y su respuesta fue como la estocada de un cuchillo —. Safira me gusta *mucho* . Tienes que entender, querida mía. Ella es natural, inocente, llena de un mundo de posibilidades.

—Como alguna vez dijiste que era yo —dijo Julia amargamente.

La sonrisa de Calabá se volvió más burlona.

—Tú sabías en qué te metías, Julia. *Yo* no he cambiado.

Los ojos de Julia brillaron con lágrimas de ira.

—Si yo cambié, es porque quería complacerte.

Calabá se rió suavemente.

—Ah, Julia, querida. Hay una sola regla en este mundo. Complácete a ti misma. —La fría mirada de Calabá recorrió el rostro de Julia y bajó hacia su cuerpo delgado—. Significas tanto para mí ahora como siempre.

Julia no halló ningún consuelo en esas palabras. Calabá inclinó la cabeza levemente hacia un costado y la evaluó con sus ojos oscuros e imperturbables, desafiándola a responderle. Julia permaneció callada, sabiendo que el desafío tenía que quedar sin respuesta. A veces, tenía la sensación de que Calabá simplemente esperaba que hiciera o dijera algo que le diera la excusa para abandonarla en definitiva.

—Realmente te ves pálida, querida mía —dijo Calabá con una despreocupación irrefutable—. Descansa esta noche. Quizás mañana te sientas mejor sobre todo esto. —Salió caminando con gracia de la sala e hizo una breve pausa para rozar suavemente con sus dedos la mejilla de Eudemas y decir algo que solo pudo escuchar la sirvienta.

Incapaz de impedirle que se fuera, Julia apretó las manos. Había pensado que podía confiar de corazón en Calabá. Ahora estaba llena de ira.

Toda su vida había sufrido en manos de los hombres. Primero, su padre había organizado y controlado su vida, dictándole cada uno de sus movimientos hasta que la casó con Claudio, un intelectual romano dueño de tierras en Capua. Claudio la había aburrido hasta la enajenación con sus búsquedas intelectuales sobre las religiones del Imperio y, afortunadamente, se había salvado de una vida monótona porque él había muerto en un accidente.

Se había enamorado locamente de su segundo esposo, Cayo, convencida de que esta unión le traería todo lo que había soñado: placer, libertad, adoración. Luego, descubrió que él era mucho peor de lo que Claudio hubiera podido ser en su vida. Cayo abrió las arcas de la herencia de Julia

y gastó miles de sus sestercios en las carreras y en otras mujeres, a la vez que desahogaba su mala suerte y su mal humor sobre ella. Julia soportó el abuso tanto como pudo. Finalmente, con la guía de Calabá, se aseguró de que Cayo nunca más volviera a lastimarla. Recordó con un escalofrío su muerte lenta a consecuencia del veneno que ella le había puesto en la comida y en la bebida.

Luego, vino Atretes... ¡su única y gran pasión! Le entregó su corazón y se volvió completamente vulnerable; lo único que le pidió fue que no la hiciera renunciar a su libertad. Y él la abandonó porque ella había rechazado su propuesta matrimonial y se había casado con Primus para asegurarse el ser económicamente independiente. Atretes no quiso entender por qué era necesario hacer las cosas de esa manera. El dolor de su último y furibundo encuentro la apuñaló por un momento, y Julia sacudió la cabeza con enojo. Atretes no era más que un esclavo capturado en la revuelta germana, un *gladiador* . ¿Quién era él para darle órdenes a ella? ¿Pensaba que ella se casaría con *él* y renunciaría a todos sus derechos por un bárbaro inculto? Casarse por *usus* con Primus había sido su opción más inteligente: le había dado la libertad de ser una mujer casada, pero ninguno de los riesgos, pues Primus no tenía ningún derecho sobre sus finanzas ni sobre su herencia. Pero Atretes había sido demasiado primitivo para entenderlo.

Finalmente, aun Marcus, su hermano amado y adorado, la había traicionado al final, maldiciéndola en los juegos porque ella lo salvó de hacer el ridículo por una esclava. El dolor de su defección fue el golpe más grande de todos. Todavía podía escuchar sus palabras llenas de repulsión y odio. Todavía podía ver la fría ferocidad en su rostro cuando le dio la espalda y miró a Calabá.

—¿Tú la quieres, Calabá?

—Yo siempre la he querido.

—Puedes tenerla.

Desde entonces, él no había querido volver a hablar con ella ni verla.

Su padre, sus maridos y su hermano le habían fallado. Así que se había entregado al cuidado de Calabá, confiando completamente en ella. Al fin y al cabo, ¿no fue Calabá quien le juró amor eterno? ¿Acaso no había sido ella la que le mostró y, finalmente, le abrió los ojos a las debilidades e infidelidades de los hombres? ¿No fue Calabá quien la apoyó, la consintió y la guió?

Y ahora Julia descubría que Calabá no era más digna de confianza que los demás, y su traición fue la más profunda y la más increíble.

Fue arrancada de sus pensamientos cuando Primus se sirvió más vino en la copa y la levantó hacia ella.

—Quizás ahora comprendas mejor cómo me sentí cuando Prometeo volcó su afecto en otra persona —dijo irónicamente, recordándole a su bello *catamito* , quien se había escapado—. ¿No te acuerdas? Estaba cautivado por cada palabra que Hadasa le decía y ella finalmente le robó el corazón.

Los ojos de Julia destellaron.

—Calabá es libre de hacer lo que le plazca —dijo, simulando indiferencia a pesar de que su tono de voz era crispado—. Al igual que yo. —Quería lastimarlo por haberle recordado a Hadasa. El solo nombre de la esclava, como una maldición, siempre despertaba en Julia una soledad y un temor incomprensibles—. Además, Primus, el afecto de Calabá no puede compararse con el de Prometeo. Él no vino a ti por su propia cuenta, ¿o sí? Tuviste que *comprarlo* en una de esas casetas nauseabundas debajo de las tribunas de la arena. —Al ver que sus palabras habían cumplido su objetivo, sonrió e hizo un gesto de desdén—. No tengo de qué

preocuparme. Safira no es más que una diversión temporal. Calabá se cansará de ella bastante rápido.

—¿Como ya está cansada de ti?

Julia levantó bruscamente la cabeza y vio que los ojos de Primus brillaban con malicioso triunfo. Se puso furiosa, pero se obligó a calmarse y habló tranquila:

—Eres demasiado atrevido, considerando tu propia posición precaria en *mi* casa.

—¿De qué hablas?

—Mi padre está muerto. Mi hermano ha desistido de todos los derechos que tiene sobre mí y mis posesiones. Ya no te *necesito* más como esposo, ¿verdad? Lo mío es mío, contigo —sonrió fríamente—, o *sin* ti.

Sus ojos parpadearon cuando entendió la amenaza de ella y su comportamiento cambió tan rápido como un camaleón cambia de color.

—Siempre me malinterpretas, Julia. Tus sentimientos son lo más importante en cada uno de mis pensamientos. Lo que quise decir es que si hay alguien que entiende lo que estás pasando, ese soy yo. Yo *empatizo* contigo, mi querida. ¿Acaso no he sufrido? ¿Quién fue que te consoló después de que Atretes te dejó? Yo. ¿Quién fue que te advirtió que tu esclava estaba robándote el amor de tu hermano y que estaba envenenándole la mente contra ti, como lo había hecho con Prometeo?

Julia dio vuelta a su rostro, no queriendo pensar en el pasado y detestándolo por recordárselo.

—Me importas —dijo Primus—. Soy el único amigo verdadero que tienes.

Amigo , pensó con amargura. La única razón por la que Primus se quedaba era porque ella pagaba la villa, la ropa y las joyas que él usaba, la comida espléndida y deliciosa que le encantaba y los placeres carnales que aprovechaba. Él no tenía dinero propio. El poco dinero que obtenía provenía de los mecenas que temían que él volviera su humor cruel sobre ellos y divulgara sus secretos. Sin embargo, esa manera de mantenerse había demostrado ser cada vez más peligrosa en los últimos tiempos, porque sus enemigos se multiplicaban. Actualmente, él dependía mucho de su apoyo financiero. La mutua necesidad era lo que había marcado la conveniencia de este matrimonio al principio. Él necesitaba su dinero; ella necesitaba vivir con él para seguir controlando su dinero.

O lo había sido.

Ahora, a nadie le importaba qué hiciera con su dinero. O con su vida.

Primus se acercó y le tomó la mano; la suya estaba fría.

—Tienes que creerme, Julia.

Ella lo miró a los ojos y vio su miedo. Sabía que él fingía preocupación simplemente para protegerse, pero estaba desesperada por alguien que se preocupara por ella.

—Claro que te creo, Primus —dijo. Quería tener a alguien a quien le importara.

—Entonces, ve al arúspice y averigua qué te causa esas fiebres y esos ataques de debilidad.

Y, por ese motivo, Julia estaba ahí, en este santuario oscuro e iluminado por antorchas, viendo un ritual nefasto. Después de estudiar los textos y las tablillas, el arúspice degolló el cuello de la pequeña y agitada cabra. Julia volteó su rostro mientras se apagaban en gorjeos los balidos aterrorizados; se balanceó e hizo un esfuerzo por no desmayarse. Con otro golpe experto, el sacerdote abrió el vientre del animal y le sacó el hígado. Los sirvientes retiraron el cadáver mientras el sacerdote colocaba con reverencia el órgano sangriento en una bandeja de oro. Lo investigó con sus dedos regordetes, estudiándolo con la certeza de que en esa superficie lisa y oscura encontraría las respuestas a cualquier enfermedad que tuviera Julia.

El sacerdote emitió su dictamen y la despachó con un escaso entendimiento de lo que la aquejaba. Sus frases veladas daban a entender innumerables posibilidades y le dio pocas recomendaciones. Habría sido igual de provechosa su visita si el sacerdote hubiera dicho: «Los dioses se negaron a hablar» y la hubiera despedido. Cuando ella miró alrededor, vio a otros, más importantes, que estaban esperando: funcionarios del gobierno preocupados por posibles brotes de enfermedades o desastres futuros. Y, entonces, comprendió. ¿Qué le importaba a nadie el destino de una mujer joven, enferma, asustada y sola? Lo importante eran las monedas de oro que había entregado a cambio de la cabra.

«Quizás una ofrenda votiva ayude», dijo un sacerdote novato mientras la conducía a la salida.

¿A qué dios? se preguntó, desesperada. ¿Cómo podía saber cuál deidad entre las del panteón podía interceder a favor de ella? ¿Y a quién apelaría ese dios? Y, si ella había ofendido a algún dios entre todos ellos, ¿cómo sabría a cuál apaciguar con la ofrenda? ¿Y qué ofrenda sería suficiente?

Las infinitas posibilidades le hacían doler la cabeza.

«Todo saldrá bien, señora», le dijo Eudemas, y su consuelo irritó más los nervios ya crispados de Julia. Sabía perfectamente que la compasión de Eudemas no era sincera. La esclava fingía preocupación porque su propia supervivencia dependía de la buena voluntad de su ama. Era culpa de Prometeo la manera en que la trataban los esclavos. Antes de huir, él les había contado a todos los sirvientes que Julia había mandado a Hadasa a la arena.

Las lágrimas escocieron los ojos de Julia cuando apartó la mirada de la muchacha. Debió haber vendido a todos los esclavos domésticos y comprar otros nuevos de los barcos que llegaban de los rincones más remotos del Imperio. Estúpidamente, había escogido vender solamente algunos, sin tener en cuenta que los nuevos pronto se enterarían de lo que les había sucedido a los anteriores. A los pocos días de que llegaron, Julia pudo sentir el temor de ellos como una fuerza palpable a su alrededor. Nadie la miraba a los ojos jamás. Le hacían reverencias, se agachaban y obedecían cada orden que daba, y ella los odiaba.

A veces, contra su voluntad, se acordaba de cómo era ser servida por amor. Recordaba la sensación de seguridad que había sentido al confiar plenamente en otro ser humano, sabiendo que esa persona estaba dedicada a ella, aun cuando se enfrentaba con la muerte. En esos momentos, su soledad era peor que nunca; su desesperación la dejaba sin fuerzas.

Calabá decía que el miedo era un sentimiento sano que el esclavo tenía que sentir por su ama. «La persona que es sabia en los caminos de este mundo debería aprender a cultivar el temor. Nada te da más poder y ventaja sobre los demás. Solo cuando tienes poder eres realmente libre».

Julia sabía que tenía poder sobre la vida y la muerte de otros, pero eso ya no le daba ninguna ventaja ni seguridad. ¿No había odiado a su padre cuando él controlaba su vida? ¿No había odiado a Claudio, y después a Cayo, por el mismo motivo? Incluso cuando se enamoró de Atretes, tuvo miedo del control que él tenía sobre ella.

El poder no era la respuesta.

En los últimos seis meses, Julia había empezado a preguntarse si la vida tenía acaso algún sentido. Tenía dinero y una posición social. No le rendía cuentas a nadie. Calabá le había mostrado cada uno de los placeres que el Imperio tenía para ofrecer y ella los había acogido impúdicamente. Sin embargo, algo clamaba en su interior, y ese vacío abismal permanecía, insatisfecho. Tenía mucha hambre; hambre de algo que ni siquiera podía definir.

Y, ahora, estaba enferma y a nadie le importaba. Nadie la amaba lo suficiente como para interesarse.

Estaba sola.

Esta enfermedad persistente y miserable solo había empeorado las cosas, pues la hacía vulnerable. Cuando las fiebres la invadían, se veía obligada a recurrir a otros: como Calabá, cuya lujuria por la vida estaba llevándola hacia otras personas. Como Primus, que nunca se había interesado por ella, en primer lugar. Como Eudemas y todos los demás que la servían por miedo.

Julia salió del templo. Ansiaba el calor de la luz del sol. Janes, un esclavo escultural proveniente de Macedonia que le gustaba a Primus, la ayudó a subir a la litera. Luego de enviar a Eudemas al mercado a comprarle un frasquito de pócima para dormir, le dio instrucciones a Janes para llegar a la villa de su madre. Él y los otros tres la levantaron y la transportaron a través de las calles concurridas.

Agotada por la terrible experiencia vivida en el templo, Julia cerró los ojos. El bamboleo de la silla la mareaba y el sudor empezó a brotar en su frente. Las manos le temblaban. Las apretó sobre su regazo, esforzándose por sofocar la enfermedad creciente. La vez que miró hacia afuera vio que la llevaban por la calle Kuretes. No estaba lejos de la villa de su madre y la sensación de esperanza hizo que se mordiera el labio. Seguramente su propia madre no se negaría a verla.

En los últimos meses, su madre solo había ido dos veces a su villa. La primera vez, la charla había sido tensa y forzada. Las anécdotas de Primus acerca de los altos funcionarios y los personajes más conocidos habían incomodado a su madre. Julia se había acostumbrado a sus insinuaciones de mal gusto y a su humor ácido, pero, en presencia de su madre, sus palabras la avergonzaron. También había notado las sutiles reacciones de su madre a las actitudes abiertamente posesivas y cariñosas de Calabá. Julia empezó a preguntarse si Calabá se comportaba así a propósito y le lanzó una mirada suplicante. Se sorprendió al ver la ira venenosa que destellaba en esos ojos oscuros.

En la segunda visita, Calabá no hizo ningún esfuerzo por ser discreta ni respetuosa. Cuando la madre de Julia fue guiada al *triclinium* , Calabá se puso de pie, levantó el mentón de Julia y la besó apasionadamente en la boca. Irguiéndose, le dirigió una sonrisa burlona y despectiva a la madre de Julia y se retiró sin ninguna excusa. Julia nunca había visto a su madre tan pálida ni asqueada y se sintió avergonzada por el comportamiento de Calabá. La escena había causado la primera ruptura en la pasión de Julia con su mentora.

—¡La escandalizaste a propósito! ¡Fuiste grosera! —le dijo después, en el apartamento de la planta alta que compartían.

—¿Por qué debería preocuparme por los sentimientos de una tradicionalista?

—¡Es mi *madre* !

Calabá arqueó el ceño ante el tono altanero de Julia.

—No me importa quién es ella.

Julia miró fijamente la fría oscuridad de los ojos de Calabá, tan insondables como un hoyo sin fondo.

—¿Es que no te importo nada y tampoco te importan mis sentimientos sobre este tema?

—Haces preguntas ridículas y exiges cosas injustificadas. No toleraré su presencia para complacerte. Ya te consiento lo suficiente, así como son las cosas.

—¿Me consientes? ¿Consentirme es mostrar un poco de cortesía habitual al único pariente que tengo que me dirige la palabra?

—¿Quién eres tú para cuestionarme? No eras más que una niña tonta e ingenua cuando te conocí en Roma. Ni siquiera te dabas cuenta de tu potencial. Yo te guié y te enseñé. Te abrí los ojos a los placeres de este mundo y te has embriagado de ellos desde entonces. ¡Soy *yo* la que merece tu lealtad, no la mujer que, por un accidente biológico, te trajo al mundo! —Calabá la fulminó con una mirada intensamente escalofriante—. ¿Quién es esta *madre* ? ¿Qué tan

importante es si la comparas *conmigo* ? Es una tonta de mentalidad cerrada y retrógrada que nunca aprobó nuestro amor. Me mira como si yo fuera una criatura repugnante y anómala que ha pervertido a su hija. Me soporta solo para verte a ti. Te digo algo: ella contamina el aire que respiro, de la misma manera que lo hacía tu esclavita cristiana. La desprecio a ella y a todos los que son como ella, y tú también deberías hacerlo. Deberían ser obligados a inclinarse ante mí.

Julia tembló ahora al recordar el rostro de Calabá, grotesco por el odio y la furia. Calabá recobró la compostura rápidamente, pero Julia quedó conmocionada, preguntándose si el rostro calmado y sonriente de Calabá no era más que una máscara de su verdadera naturaleza.

Mientras depositaban la silla sobre el suelo, Julia descorrió la cortina y miró hacia el muro y la escalinata de mármol. No había vuelto a la villa desde la muerte de su padre. Al pensar en él, la invadió una oleada de añoranza y pestañeó para ahogar sus lágrimas. «Necesito ayuda», dijo con voz ronca y extendió una mano. Inexpresivo, Janes la ayudó a salir de la silla.

Levantó la mirada a las escalinatas de mármol, sintiéndose cansada. Se quedó parada allí un largo rato, juntando fuerzas, y entonces comenzó a subir hacia la villa de su madre. Cuando llegó a lo alto, se secó el sudor del rostro antes de tirar de la cuerda.

«Puedes volver y esperar con los demás», le dijo a Janes y se sintió aliviada cuando la dejó sola. No quería que un esclavo estuviera presente si iba a ser humillada y abandonada por su propia familia.

Iulius abrió la puerta y su rostro familiar adquirió una expresión de sorpresa.

—Señora Julia, su madre no la esperaba.

Julia levantó el mentón.

—¿Necesita una hija una cita para ver a su madre? —dijo, y pasó al lado de él hacia el interior del frío vestíbulo.

—No, mi señora, por supuesto que no. Pero su madre no está.

Julia se dio vuelta y lo miró.

—¿Dónde está? —dijo, con un dejo de impaciencia en la voz por la desilusión que sentía.

—Está llevándole ropa a varias viudas que conoce.

—¿Viudas?

—Sí, mi señora. Sus maridos trabajaban para su padre y para su hermano. La señora Febe asumió la responsabilidad de sostenerlas económicamente.

—¡Que sus hijos las mantengan !

—Dos de ellas tienen hijos demasiado pequeños para trabajar. El hijo de otra está con el ejército romano en Galia. Y los demás...

—Olvídalo —dijo Julia—. No me interesan. —Lo último a lo que había venido era a escuchar problemas de otros, cuando los suyos eran tan complicados—. ¿Cuándo volverá?

—Generalmente, vuelve al anochecer.

Completamente desalentada, Julia sintió ganas de llorar. No podía esperar tanto. Todavía faltaban horas para el anochecer y Calabá querría saber por qué tardaba tanto en volver del arúspice. Si confesaba que había ido a ver a su madre, se arriesgaba a que Calabá se disgustara aún más.

Se apretó las sienes palpitantes con los dedos.

—Se ve pálida, mi señora —dijo Iulius—. ¿Le gustaría algo fresco?

—Vino —dijo ella—, y lo tomaré en el peristilo.

—Como desee.

Caminó por el corredor de mármol y se detuvo bajo uno de los arcos. Se sentó en el pequeño rincón del sitio más alejado. El corazón le latía rápido, como si hubiera estado corriendo. Se

había sentado aquí el día que su padre murió y había llorado desconsoladamente, mientras los demás se reunían alrededor de él. No había podido soportar verlo tan macilento por la enfermedad, con los ojos hundidos, llenos de dolor y pena. No había podido enfrentarse a su desilusión de la vida. De ella.

Lágrimas de autocompasión llenaron sus ojos. De todas maneras, al final no había importado. Durante los últimos momentos preciosos de su vida, él llamó a *Hadasa* y no a su propia hija. Le dio su bendición a una esclava, en vez de dársela a Julia, que era sangre de su propia sangre.

Apretó la mano, nuevamente enojada. Ninguno de ellos la entendía. Nunca la habían entendido. Había pensado que Marcus comprendía. Él había tenido la misma avidez por la vida que ella, y todavía la tendría, si no hubiera sido tan tonto como para enamorarse de una esclava cristiana de poco atractivo. ¿Qué le había visto?

Julia suspiró. Quizás Calabá tenía razón. Quizás nadie sería capaz de entenderla, de comprender el ansia que la impulsaba, la desesperación que sentía, el terrible anhelo y el temor que la acompañaban constantemente. Ellos estaban satisfechos con su vida simple y tranquila, cómodos con su rutina aburrida, creyendo en sus propias buenas costumbres convencionales. Las expectativas de ellos la habían aplastado.

De la misma manera que Calabá y Primus están aplastándome ahora bajo las suyas.

El pensamiento involuntario la impactó, y Julia luchó contra la oleada de náusea y mareo que la inundó. Tanto Calabá como Primus profesaban que la querían. Pero ¿era así? ¿Cómo le habían demostrado amor últimamente?

« *Te has vuelto bastante aburrida, Julia. Impones tu pesadumbre en cada banquete que asistes*» .

« *Hay una sola regla en este mundo. Complácete a ti misma*» .

Julia cerró los ojos y suspiró con poca energía. Tal vez era su enfermedad lo que le provocaba pensamientos tan traicioneros.

¿O era así?

Su frente se cubrió de sudor y se lo secó con el dorso de la mano.

Había creído que estaba a salvo con Calabá, que era su única amiga verdadera. Creía que Calabá, y solo Calabá, la amaba por quien era. Pero, en los últimos tiempos, Julia se preguntaba si Calabá era siquiera capaz de amar, y esa duda hizo que se sintiera insegura y asustada. ¿Y si había cometido un error terrible?

Desde la pelea por su madre, Julia se había vuelto más consciente de cómo Calabá y Primus miraban a todo el mundo, incluyendo el uno al otro, incluyéndola a ella. Era como si siempre estuvieran a la caza de esa palabra o esa expresión descuidada que revelara algún rechazo oculto sobre su modo de vida. Y, cuando surgía algo, real o en su fértil imaginación, el ataque era inmediato y feroz. Primus soltaba palabras tan mordaces y corrosivas que los que lo escuchaban se estremecían, agradecidos de no ser el objetivo que él destruía. Calabá usaba su intelectualismo para abrumar a quienes cuestionaban su ética y su moral, y cuando no lo lograba, usaba su desprecio, descartando a cualquiera que tuviera un punto de vista distinto, diciendo que era obtuso o arcaico. Siempre a la defensiva, Primus y Calabá estaban armados para atacar. ¿Por qué necesitaban hacerlo, si realmente tenían razón?

La mente de Julia estaba confundida con temores indescriptibles. *¿Y si ellos estaban equivocados...?*

Iulius entró en el peristilo, rescatándola de sus sombrías especulaciones.

—Su vino, mi señora.

Julia tomó la copa de plata de la bandeja y lo miró.

—¿Ha recibido mi madre alguna novedad de Marcus?

—Él la visita varias veces por semana, mi señora. Estuvo aquí ayer.

Julia sintió como si le hubiera dado un golpe en el estómago.

—Pensé que se había ido a Roma —dijo, forzando la voz para que sonara normal.

—Ah, sí lo hizo, mi señora, pero volvió después de algunos meses. Fue una agradable sorpresa para su madre. Ella no esperaba verlo por varios años .

Julia apretó la copa entre sus manos frías y miró hacia otro lado.

—¿Cuándo llegó?

Iulius dudó, plenamente consciente de la dimensión de la pregunta de Julia Valeriano.

—Hace varias semanas —dijo, preguntándose cuál sería su reacción. Ella tenía la costumbre de descargar su ira sobre el portador de malas noticias.

Julia no dijo nada. *Varias semanas* . Marcus había regresado hacía varias semanas y ni siquiera se había molestado en hacérselo saber. Su silencio era una fría declaración de que no había olvidado nada. Tampoco la había perdonado. Las manos de Julia temblaban cuando levantó la copa para llevársela a los labios y beber.

Sorprendido y aliviado, Iulius se quedó allí. Julia parecía enferma.

—¿Puedo traerle alguna otra cosa, señora Julia? Esta mañana compré cerezas de Ponto Ceraso y algunos duraznos de Armenia. —Siempre habían sido sus favoritos.

—No —dijo Julia, momentáneamente animada por su consideración. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que un sirviente le había hablado con semejante amabilidad?

No desde Hadasa .

El recuerdo traicionero fue como un golpe doloroso que recorrió su cuerpo.

—No quiero nada.

Él tomó una campanita de la bandeja y la puso en el banco, al lado de ella.

—Si necesita cualquier cosa, llámeme —dijo, y se retiró.

Julia bebió su vino y deseó no haber venido. El vacío de la villa hacía que su soledad le pareciera mucho más insoportable. Con la garganta apretada, parpadeó para despejar las lágrimas.

Marcus estaba aquí en Éfeso.

Antes de que él volviera a Roma, ella le había enviado un mensaje tras otro, y cada uno había sido devuelto con el sello intacto. Ella incluso había ido a su villa una vez. Uno de sus sirvientes se acercó a ella. Le dijo: «El amo dijo que no tiene ninguna hermana», y le cerró la puerta en la cara. Ella había golpeado fuertemente y gritado que Marcus sí tenía una hermana, que había habido un malentendido y que debía hablar con él. La puerta permaneció cerrada. Todos sus esfuerzos por ver a Marcus y hablar con él habían sido inútiles.

Se preguntó si sería diferente si Marcus sabía que estaba enferma. Podía buscar a alguno de sus amigos y hacerle llegar un mensaje de esa manera. Quizás, entonces, se acercaría a ella. Le suplicaría que lo perdonara por rechazar sus cartas y por no querer verla. Le diría que era su hermana nuevamente, que la cuidaría, que todavía la adoraba. Ella lo haría sufrir brevemente antes de perdonarlo, y luego él le haría bromas y se reiría con ella y le contaría historias divertidas como siempre había hecho cuando estaban en Roma.

Las lágrimas se deslizaron por las pálidas mejillas de Julia.

Un sueño maravilloso, pero ella sabía cuál era la verdadera situación. Marcus lo había dejado bastante claro. Si él se enteraba de su enfermedad, diría que era ni más ni menos lo que ella merecía. Diría que se la había causado a sí misma. Volvería a decir: «¡Que los dioses te maldigan!».

Y así lo habían hecho.

Lo único que podía hacer era tratar de olvidar todo. Tenía que borrar el pasado de su mente. Era más que suficiente tener que soportar el presente. No era capaz de contemplar el mañana.

Sus manos se cerraron apretadamente alrededor de la copa. Volvió a beber el vino de a sorbos, esperando que le diera fuerzas. Mientras bajaba la copa, miró dentro del líquido color rubí. Parecía sangre. Arrojándola lejos de ella, se levantó con paso vacilante y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Iulius escuchó la copa estrellarse y entró en el peristilo.

—¿Está bien, mi señora? —Miró el vino salpicado en las baldosas de mármol y se agachó para levantar la copa.

—No debería haber venido —dijo ella; sus palabras estaban dirigidas a sí misma en vez de a él. Janes le contaría a Primus, y Primus se lo diría a Calabá.

Y, sin Calabá, a Julia le aterraba que su vida se hiciera añicos para siempre.

4

Marcus despachó a su sirviente y quitó el sello del pergamino que había llegado esa mañana. Lo leyó rápidamente, frunciendo el ceño. La epístola era de Ismael, un egipcio con el que había hecho negocios muchas veces en el pasado. Todo lo que el hombre decía en su carta seguía siendo cierto. La arena tenía más demanda ahora que nunca, ya que la adicción por los juegos crecía. Ismael le recordaba a Marcus que había ganado su primer millón de áureos de oro transportando arena de Egipto a los anfiteatros romanos. En Éfeso, Corinto y Cesarea también había mercados para la arena. De manera respetuosa y con una sutileza admirable, Ismael preguntaba cuál era el motivo del largo silencio de Marcus.

Arrugando el pergamino con la mano, Marcus lo arrojó al brasero. La voz de su padre resonaba en sus recuerdos. « *Roma necesita trigo* ». Ah, pero él, Marcus Luciano Valeriano, con su codicia juvenil y su entusiasmo por los placeres de la vida —y con la arrogancia de creer saber más que su padre— había importado, en cambio, lo que Roma *quería* : arena para absorber la sangre.

La imagen de la muchacha dulce yaciendo en su propia sangre sobre la arena que él había vendido lo hizo pasarse las manos por su cabello corto. Se levantó de la silla y fue hacia la ventana que tenía vista hacia el muelle.

Uno de sus barcos había llegado desde Sicilia cargado con mercancías. Observó a los *sacrarii* cargando al hombro los costales de trigo, los atados de cueros y las cajas de finos trabajos en madera. Uno de sus supervisores, un esclavo macedonio llamado Orestes, quien había sido entrenado por su padre, estaba observando y revisando las cantidades y los productos contra el conocimiento de embarque. Orestes sabía tanto de las idas y vueltas de los barcos de Valeriano como él mismo, y era tan confiable y leal a la memoria de Décimo Valeriano como Sexto en Roma. Así también estaban los otros que habían trabajado bajo el estandarte Valeriano, incluido Silus, que estaba junto a las balanzas con los *mensores* supervisando el peso del trigo. Su padre había sido bueno para juzgar el carácter .

El muelle era un hervidero de actividad; los barcos llegaban y partían, los hombres subían y bajaban las rampas de desembarco cargando y descargando la mercadería. Dos de sus barcos tenían programado partir antes del fin de semana, uno hacia Corinto y el otro a Cesarea. Marcus sintió el llamado a embarcarse en el último. Tal vez su madre tenía razón. Debería ir en busca del dios de Hadasa. Ella había dicho que su dios era amoroso y misericordioso. Marcus apretó la mano. Él quería descubrir por qué un dios supuestamente amoroso permitiría que una fiel devota sufriera una muerte tan cruel y humillante.

Golpeando el enrejado de hierro con el puño, Marcus abandonó la ventana y volvió a su mesa de trabajo.

Miró los pergaminos desparramados sobre la mesa, cada uno un registro de las mercancías traídas a Éfeso en uno de sus barcos durante los últimos meses: de Grecia eran artículos de bronce; de Tarsis, plata, hierro, estaño y plomo; de Damasco, vino y lana; de Rodas, marfil y ébano. Prendas hermosas, tela azul, piezas bordadas y alfombras coloridas eran transportadas por las caravanas desde el Oriente y cargadas en sus navíos rumbo a Roma. Arabia producía corderos, carneros y cabras; Bet Togarma, caballos para las carreras y caballos de guerra y mulas para el ejército romano.

Enojado, pasó su mano sobre los documentos y los desparramó por el piso. Lo que él necesitaba era ruido y actividad, cualquier cosa que ahogara sus pensamientos sombríos. Descartó la idea de subirse a una litera que lo llevara a los baños privados que frecuentaba y, en cambio, se dirigió a pie a unos que solía usar el pueblo. Esos estaban más cerca de los muelles y eran algo distinto a su experiencia habitual. Cualquier cosa que lo distrajera.

Después de pagar los diminutos cuadrantes de cobre, Marcus entró en el ruidoso vestuario, ignorando las miradas sorprendidas de los trabajadores. Dejó en un estante su túnica doblada, preguntándose si la encontraría allí cuando volviera. Estaba hecha de la mejor lana y tenía ribetes de hilos dorados y púrpura, una prenda sin duda deseada por varios de los clientes de este establecimiento caótico de plebeyos. Tomó una toalla y se la colgó al hombro, entrando en el *tepidarium* .

Entrecerró los ojos al ver que los baños eran comunitarios. No estaba acostumbrado a bañarse con mujeres, pero supuso que en un ámbito lleno de gente como este daba igual. Marcus arrojó la toalla a un costado y entró en la primera piscina, enjuagándose en el agua tibia y esperando su turno debajo de la fuente que era parte del sistema de circulación.

Salió de la primera piscina y entró en la segunda. Los murales estaban descascarados, y crecía moho en las grietas. El agua era un poco más caliente que la primera y se quedó el tiempo suficiente para que su cuerpo se acostumbrara, antes de entrar en la tercera piscina del tepidarium. Todo tipo de ciudadanos disfrutaba de los baños, y la cacofonía de acentos y temas mezclados llenaba la cámara. El ruido era casi ensordecedor, pero él estaba contento por eso, agradecido de que el caos que lo rodeaba ahogara sus propios pensamientos oscuros.

Marcus se hundió y reclinó su cabeza contra los azulejos. Varios hombres y mujeres jóvenes estaban teniendo una competencia de salpicaduras. Un niño que corría por las baldosas mojadas se cayó y lanzó un grito penetrante y tembloroso. Dos hombres mantenían un debate acalorado sobre política, mientras varias mujeres se reían y contaban chismes.

Cansado del ruido, Marcus entró en el pequeño *calidarium* . La sala tenía bancos a lo largo de las paredes y, en el centro, había una fuente con piedras calientes. Un esclavo nubio vestido con un taparrabos vertía agua sobre las piedras para mantener la cámara llena de vapor. Solo había otras dos personas en la sala, un hombre mayor con la coronilla calva y un hombre más joven que Marcus. El sudor brillaba sobre el cuerpo musculoso del hombre, y se lo retiraba con un estrígil mientras hablaba con su compañero mayor en un tono de voz bajo y confidencial.

Ignorándolos, Marcus se estiró en uno de los bancos y cerró los ojos, esperando que el calor intenso del lugar aflojara su tensión. Necesitaba dormir una noche sin tener sueños.

Sin invitación, las palabras serias del hombre más joven, su voz susurrante cargada de una frustración desdichada, entraron a la consciencia de Marcus.

—Fui con la mejor de las intenciones, Calixto, y Vindacio se *burló* de mí. Usó ese tono mordaz que adopta cuando cree que sabe más que el resto. “Dime, querido Estacio”, me dijo, “¿cómo puedes creer en un dios que se sienta en lo alto de un trono sin techo, cuyo centro está en todas partes, pero que no puede ser medido? ¿Cómo puede un dios llenar los cielos y, al mismo tiempo, ser tan pequeño como para morar en el corazón del hombre?”. ¡Y entonces se *rió* de mí! Preguntó por qué alguien que tuviera la mínima inteligencia querría adorar a un dios que dejó que su propio hijo fuera crucificado.

Marcus se puso tenso. ¡Por los dioses! ¡Ni siquiera aquí podía escapar!

—¿Cómo le respondiste? —dijo el viejo.

—No lo hice. Después de padecer su burla, estaba demasiado enojado para decir algo. ¿Por qué habría de exponerme a que siguiera humillándome? Fue lo único que pude hacer para no

meterle el puño hasta la garganta. ¡Y yo que fui para salvar su alma!

—Tal vez, el problema no era de Vindacio.

—¿Qué quieres decir? —dijo Estacio, notablemente desalentado por la reprobación de su anciano.

—Cuando yo acepté a Jesús como mi Señor, estaba desbordado con el deseo de convertir a todos los que conocía. Llevaba mi nueva fe por el mundo como si fuera un garrote, dispuesto a apalear a todos los que conocía para que creyeran en la Buena Noticia. Tenía la motivación equivocada.

—¿Cómo puede ser equivocada la motivación de querer salvar a las personas?

—¿Qué trajo al Señor del cielo a la tierra, Estacio?

—Vino a salvarnos.

—Me has hablado muchas veces de Vindacio. Ahora, quiero saber esto. ¿Fuiste hasta este hombre, a quien siempre consideraste intelectualmente superior a ti, para vencerlo con el debate y la razón? ¿Quisiste que viera tu rectitud en Cristo? ¿O fuiste a él en amor, para ganar su corazón para el Señor por su propio bien?

Hubo un largo silencio y, entonces, el hombre más joven respondió sombríamente:

—Entiendo.

Calixto lo consoló.

—Nosotros conocemos la Verdad. Es evidente para todos en la creación de Dios. Pero es la bondad del Señor la que lleva al hombre a arrepentirse. La próxima vez que hables con Vindacio, recuerda que tu lucha no es contra él. Es contra las fuerzas espirituales de las tinieblas que lo mantienen cautivo. Ponte la armadura de Dios...

El esclavo nuevamente derramó agua sobre las piedras calientes y el siseo ahogó las siguientes palabras de Calixto. Cuando el siseo se apagó, Marcus solo escuchó silencio. Se levantó y se dio cuenta de que los hombres se habían ido de la cámara. Tomando el estrígil, Marcus se quitó furiosamente la transpiración del cuerpo.

La armadura de Dios, había dicho el anciano. *¿Qué armadura?* , se preguntó Marcus con amargura. Si el dios invisible de Hadasa le había dado una armadura para que se pusiera, no la había salvado de una muerte horrorosa. Tampoco los salvaría a ellos. Quería advertirle al joven que no predicara una fe que lo llevaría a la muerte.

¿Qué beneficio les traía este dios a sus seguidores? ¿Qué protección ofrecía? Marcus se levantó del banco, decidido a ir a buscar a Estacio y a confrontarlo con la verdad. ¡Este dios de bondad y misericordia abandonaba a sus creyentes cuando más lo necesitaban!

Marcus salió del calidarium y entró en el *frigidarium* . La diferencia de temperatura era sorprendente. Parado contra un mural de baldosas, recorrió la piscina con la mirada, buscando a los dos hombres. Se habían ido. Fastidiado, Marcus se zambulló en el agua fría y nadó hasta el final de la piscina. Se levantó con la ágil gracia de un atleta. Se sacudió el agua del cabello, tomó una toalla de un estante y la envolvió alrededor de su cintura mientras se dirigía a una de las mesas de masajes.

Tendiéndose sobre la mesa, trató de vaciar su mente de todo y dejar que el vigoroso golpeteo y el amasamiento de sus músculos lo relajaran. El masajista vertió aceite de oliva sobre la palma de su mano y lo trabajó en la espalda y los muslos de Marcus, indicándole que se diera vuelta. Cuando terminó, Marcus se puso de pie y un esclavo le raspó el aceite sobrante con otro estrígil.

Pasando junto a unos hombres que hacían ejercicios y a unas mujeres reunidas alrededor de unas mesas de juego, Marcus se dirigió a los vestuarios. Para su sorpresa, su ropa estaba donde la había dejado. Se puso la túnica y se ajustó el cinto de bronce. Salió de los baños tan inquieto

como cuando había entrado.

Los tenderetes bordeaban la calle, con vendedores que proclamaban una variedad de productos y servicios a los clientes que entraban y salían de los baños. Marcus se abrió paso a través de la multitud. Más temprano, había ansiado el ruido caótico del populacho para ahogar sus propios pensamientos, pero ahora deseaba la soledad y el silencio de su villa, donde podría darles rienda suelta.

Un joven gritó un nombre y corrió para alcanzar a alguien. Mientras lo hacía, chocó contra Marcus, quien cayó un paso hacia atrás y masculló un insulto al dar contra otra persona que venía detrás de él. Al escuchar el suave grito de dolor de una mujer, se dio vuelta y miró a la pequeña silueta cubierta por unos gruesos velos color gris. Ella trastabilló hacia atrás y su mano pequeña se aferró a un bastón mientras trataba de recuperar el equilibrio.

Él la agarró del brazo y la sujetó. «Discúlpeme», dijo inmediatamente. Ella levantó la cabeza bruscamente y él pudo sentir, más que ver, cómo lo miraba fijamente. Él no podía divisar el rostro detrás de la túnica gris oscuro que la cubría desde la parte superior de su cabeza hasta los pies. Ella rápidamente bajó la cabeza, como para esconderse de él, y Marcus se preguntó qué deformidad terrible ocultaban sus velos. Incluso podría ser una leprosa. Le quitó la mano del brazo.

Pasando por su costado, se alejó caminando entre la multitud. Sintió que ella lo observaba y miró hacia atrás. La mujer envuelta en los velos se había volteado hacia él y permanecía parada en medio del río de personas. Hizo una pausa, perplejo. Ella se dio la vuelta y rengueó cautelosamente calle abajo, entre la multitud, alejándose de él.

Marcus se sintió curiosamente traspasado por la vista de esa pequeña figura cubierta que se abría camino a través de la multitud de gente que se apiñaba en la calle angosta antes de los baños. La observó hasta que entró en la caseta del médico, sin duda en busca de alguna cura. Él se dio la vuelta y se encaminó a su villa.

Lico, su esclavo corintio, lo recibió y tomó su manto.

—Su madre lo ha invitado a cenar con ella esta noche, mi señor.

—Envía un mensaje que no podré verla. Mañana pasaré por allá y la visitaré. —Entró en su recámara privada y abrió el enrejado de hierro de su terraza privada. La vista hacia el Artemision era impresionante. Por eso había pagado una fortuna por esta villa, cuando tenía la intención de traer aquí a Hadasa como su esposa. Se había imaginado pasando cada mañana con ella en esta terraza soleada, mirando la indescriptible belleza de Éfeso.

Lico le trajo vino.

—¿Qué sabes de los cristianos, Lico? —dijo Marcus sin mirarlo. Había comprado a Lico cuando volvió a Éfeso. El corintio había sido vendido como criado y supuestamente había sido educado por su amo anterior, un griego que se había suicidado cuando tuvo que enfrentar su ruina económica. Marcus se preguntaba si la educación de su sirviente incluía cuestiones religiosas.

—Creen en un solo dios, mi señor.

—¿Qué sabes acerca de su dios?

—Solamente lo que he escuchado, mi señor.

—Dime qué has escuchado.

—El dios de los cristianos es el Mesías de los judíos.

—Entonces son uno solo y el mismo.

—Es difícil de decir, mi señor. No soy judío ni cristiano.

Marcus se dio vuelta y lo miró.

—¿Qué religión profesas?

—Creo en servir a mi amo.

Marcus rió irónicamente.

—Una respuesta precavida, Lico. —Lo miró solemnemente—. No estoy poniéndote a prueba. Respóndeme como un hombre, no como un esclavo.

Lico se quedó callado durante tanto tiempo, que Marcus pensó que no iba a contestarle nada.

—No lo sé, mi señor —dijo con franqueza—. A lo largo de mi vida he adorado a muchos dioses, pero nunca a este .

—¿Y alguno de ellos te ha ayudado?

—Me ayudó pensar que tal vez podrían hacerlo.

—¿En qué crees ahora?

—Creo que cada hombre debe aceptar su propia vida y su situación y sacarle el mayor provecho a lo que le toque ser, esclavo o libre.

—Entonces, no crees en la vida después de la muerte, como los que veneran a Cibeles, o como los que se inclinan ante este Jesús de Nazaret.

Lico percibió el tono crispado en la voz de su amo y respondió cautelosamente.

—Sería un consuelo creer en eso.

—Esa no es una respuesta, Lico.

—Quizás yo no tenga las respuestas que usted busca, mi señor.

Marcus suspiró, sabiendo que Lico no sería del todo sincero con él. Era una simple cuestión de supervivencia que un esclavo mantuviera en secreto sus verdaderos sentimientos. Si Hadasa hubiera mantenido su fe en secreto, aún estaría viva.

—No —dijo Marcus—, tú no tienes las respuestas que necesito. Quizás nadie las tenga. Supongo, como insinúas, que cada persona tiene su propia religión. —Bebió su vino—. Para algunos, los lleva a la muerte —dijo y dejó su copa—. Puedes irte, Lico.

El sol se puso antes de que Marcus abandonara la terraza. Había cambiado de parecer acerca de la visita a su madre. Le parecía imperioso hablar con ella esa misma noche.

Iulius abrió la puerta cuando él llegó.

—Mi señor, nos llegó un mensaje de que no vendría esta noche.

—Supongo que mi madre ha salido —dijo consternado, entrando en el vestíbulo. Se quitó la capa de lana y la arrojó descuidadamente sobre una banca de mármol.

Iulius la recogió y se la puso sobre el brazo.

—Está en su lararium. Por favor, mi señor, póngase cómodo en el triclinium o en el peristilo y yo le avisaré que usted está aquí. —Dejó a Marcus y se alejó por el corredor de baldosas que conducía al peristilo. El lararium estaba enclavado en la esquina occidental, ubicado allí para tener privacidad y silencio. La puerta permanecía abierta, y Iulius vio a la señora Febe sentada en una silla con la cabeza inclinada. Ella lo escuchó y lo miró.

—Disculpe por interrumpir sus oraciones, mi señora —le dijo sinceramente.

—Está bien, Iulius. Esta noche estoy simplemente demasiado cansada para concentrarme. —Se puso de pie y, a la luz de la lámpara, Iulius vio nuevas arrugas de agotamiento en su bonito rostro—. ¿Qué pasa?

—Su hijo está aquí .

—¡Oh! —Sonriendo, salió apresuradamente.

Iulius la siguió y observó a Febe abrazada por su hijo. Esperaba que Marcus se diera cuenta de su agotamiento y hablara con ella acerca de dedicarle tanto de su energía a atender a los pobres. Esta mañana había salido desde el alba hasta pocas horas atrás. Una vez, él se había

extralimitado tratando de sugerirle que le permitiera a él o a los otros sirvientes entregar los alimentos o la ropa que quería llevarles a los pobres. Febe había insistido que para ella era un placer hacerlo.

—El hijo de Atenea no estaba bien cuando la vi esta mañana. Quiero ver si mañana está mejor —ella había dicho, refiriéndose a una mujer cuyo esposo había navegado durante muchos años en uno de los barcos de Décimo Valeriano y se había caído por la borda durante una fuerte tormenta. Desde la muerte del amo, Febe Valeriano se había hecho amiga de todas las familias que habían perdido a sus esposos o padres mientras trabajaban en los barcos o en los muelles Valeriano.

Iulius siempre la acompañaba cuando visitaba a las varias familias necesitadas. Una mujer joven, que había enviudado recientemente y que estaba aterrada de no encontrar cómo mantener a sus hijos, se postró ante Febe cuando llegó a su inhóspita vecindad. Conmocionada, Febe rápidamente hizo que se levantara y la abrazó. Febe, siendo una viuda ella misma, comprendía su dolor. Se quedó varias horas conversando con la joven, compartiendo su angustia y consolándola.

Iulius admiraba a su ama, porque ella daba por amor, más que por un sentido de responsabilidad o por miedo al populacho. Las viudas y los huérfanos que vivían en las vecindades plegadas de ratas cerca de los muelles de Éfeso sabían que ella los quería, y ellos también la querían a su vez.

Ahora Iulius observaba cómo el cariño por su hijo iluminaba su rostro agotado.

—Tu sirviente envió el mensaje de que no vendrías esta noche, Marcus. Pensé que estabas ocupado —dijo Febe.

Efectivamente, Marcus notó su fatiga, pero no hizo ningún comentario. La última vez que la visitó, la había animado a que descansara más, y no había servido de nada. Además, tenía otras cosas en mente esta noche.

—Tenía algunas cosas sobre las que quería reflexionar.

Ella no lo presionó para que le contara más. Entraron en el triclinium y Marcus la llevó a su sillón antes de recostarse en otro. Declinó el vino que Iulius le ofreció. Febe le dio instrucciones en voz baja a Iulius para que le trajera pan, frutas y carne en rebanadas, y luego esperó pacientemente que Marcus hablara, sabiendo que él esquivaría sus preguntas. Marcus siempre había odiado que lo interrogaran sobre su vida. Se enteraría de más cosas escuchando. Por ahora, parecía contento con pasar tiempo con las noticias de barcos que estaban llegando y con los cargamentos que traían.

—Uno de nuestros barcos arribó de Cesarea y trajo algunas telas azules hermosas y prendas bordadas de una caravana de Oriente. Puedo traerte lo que quieras.

—Ya no necesito piezas bordadas, Marcus, pero me gustaría un poco de tela azul, y lana, si tienes. —Con eso podía hacer vestidos para sus viudas.

—Algo llegó esta mañana desde Damasco. De la más fina calidad.

Lo observó picotear la comida mientras hablaba de importaciones y exportaciones, de su rutina, de las personas que había visto. Pero, mientras lo escuchaba, sabía que no hablaba de lo que realmente estaba pensando.

Entonces, sorprendiéndola, dijo:

—¿Te habló Hadasa alguna vez de su familia?

Seguramente, él sabía más que ella. Había estado profundamente enamorado de la joven esclava.

—¿Nunca hablaste con ella sobre su familia?

—Nunca me pareció importante. Supuse que habían muerto en Jerusalén. ¿Alguna vez te contó algo acerca de ellos?

Febe hizo memoria durante un largo rato.

—Si recuerdo bien, su padre era alfarero. Nunca me dijo su nombre, pero dijo que la gente iba de otros lugares para verlo trabajar y hablar con él. Tenía un hermano y una hermana más pequeña, también. Su hermana se llamaba Lea. Lo recuerdo porque me pareció un nombre muy bonito. Hadasa dijo que murió cuando las llevaron a las ruinas del templo judío y las mantuvieron prisioneras en el Patio de las Mujeres.

—¿Su padre y su madre también murieron durante el cautiverio?

—No. Hadasa me contó que su padre salió a la ciudad para enseñar sobre Jesús. Nunca volvió. Su madre murió después, de hambre, y luego su hermano fue asesinado por un soldado romano cuando la ciudad cayó.

Marcus recordó lo delgada que estaba Hadasa la primera vez que la vio. Su cabeza había sido afeitada y el cabello recién empezaba a crecerle nuevamente. Le había parecido fea. Tal vez, hasta lo había dicho.

—La hija de un alfarero de Jerusalén —dijo, preguntándose si esa información lo ayudaría de algún modo.

—Su familia era de Galilea, no de Jerusalén .

—Si eran de Galilea, ¿qué estaban haciendo en Jerusalén?

—No estoy segura, Marcus. Creo recordar que Hadasa dijo algo de que su familia volvía a Jerusalén una vez al año durante la Pascua judía. Habían ido a celebrar la Santa Cena con otros creyentes del Camino.

—¿Qué es la Santa Cena?

—Es una comida de vino y pan en la que participan los que reciben al Cristo como su Señor. Se hace en memoria de Él. —Era mucho más que eso, pero Marcus no lo entendería. Vio la interrogante que crecía en sus ojos y cómo se ensombrecía su expresión. ¿Sospechaba algo?

—Pareces saber mucho sobre las prácticas cristianas, madre.

No quería alarmarlo y, por eso, optó por el camino más fácil.

—Hadasa estuvo en nuestro hogar durante cuatro años. Llegué a quererla mucho.

—Puedo entender que padre haya querido aferrarse a la inmortalidad con su último aliento, pero...

—Tu padre buscaba paz, Marcus, no inmortalidad.

Marcus se levantó inquieto. Había percibido el cambio en su madre y tenía miedo de lo que eso significaba. No quería preguntar. Ya había perdido a Hadasa por su fe inflexible en su dios invisible. ¿Qué pasaría ahora si su madre era devota del mismo dios? El estómago se le hizo un nudo al solo pensarlo.

—¿Por qué me haces todas estas preguntas, Marcus?

—Porque estoy pensando en aceptar tu recomendación e ir en busca del dios de Hadasa.

Febe soltó un suave suspiro y su corazón se iluminó de alegría.

—¿Vas a orar?

—No, me voy a Judea.

—¡A Judea! —dijo ella, anonadada por su respuesta—. ¿Por qué debes ir tan lejos?

—¿Qué mejor lugar para encontrar al dios judío que en la tierra judía?

Trató de recuperarse de la conmoción de su anuncio y se aferró a la pequeña llama de esperanza en lo que implicaban sus palabras.

—Entonces, sí crees que el dios de Hadasa existe.

—No sé si creo en algo —dijo él, inexpresivo, destrozando los sentimientos de Febe—. Pero, quizás, logre entenderla más y sentirme más cerca de ella en Judea. Quizás descubra por qué abrazó esta religión con tanta tenacidad. —Se recostó contra una columna de mármol y se quedó mirando fijo hacia el peristilo, donde había hablado con Hadasa tantas veces en el pasado—. Antes de la primera vez que dejé Roma y vine aquí contigo y con padre, mis amigos y yo solíamos sentarnos durante horas a beber vino y conversar .

Se volteó para mirarla de nuevo.

—Había dos temas que garantizaban un debate apasionado: la política y la religión. La mayoría de mis amigos adoraban a los dioses que les daban rienda suelta a sus placeres. Isis. Artemisa. Baco. Otros adoraban por miedo o por necesidad.

Comenzó a caminar de un lado a otro mientras hablaba, como si caminar lo ayudara a meditar en las distintas ideas, mientras buscaba alguna conclusión fugaz que estuviera esquivándolo.

—Parece lógico, ¿no? Los soldados se inclinan ante Marte. Las embarazadas apelan a Hera para tener su protección en el parto. Los médicos y sus pacientes levantan sus manos a Asclepio para que les dé sanación. Los pastores se vuelven a un dios de las montañas y de los lugares solitarios, como Pan.

—Entonces, ¿qué estás diciendo, Marcus? ¿Que el hombre crea a los dioses de acuerdo con sus necesidades y sus deseos? ¿Que el dios de Hadasa nunca existió, salvo para ella porque necesitaba un redentor que la liberara de la esclavitud?

Las preguntas de su madre, dichas en voz baja, lo pusieron a la defensiva.

—Digo que la tierra en la que el hombre habita le da forma a su manera de vivir. ¿Es tan inconcebible, entonces, que el hombre moldee un dios que satisfaga sus necesidades?

Febe escuchó sus teorías con el corazón destrozado. Sus dos hijos estaban perdidos, ambos atormentados, y parecía que ella no podía hacer nada, más que dejarlos encontrar su propio camino. Los esfuerzos de Décimo por controlar el temperamento impulsivo de Julia habían causado un desastre y había sido Hadasa quien había acercado a Marcus al hogar familiar. Ahora, sentada aquí, en el triclinium, aparentando estar calmada mientras escuchaba a su hijo, Febe quería llorar, gritar y arrancarse el cabello. Sentía que estaba parada en tierra firme, mientras que su hijo se ahogaba ante sus ojos en un mar oscuro y turbulento.

¿Qué le digo, Señor? Su garganta se cerró completamente y no pudo pronunciar una sola palabra.

¿Qué sería de su hijo si seguía por este rumbo? Si Hadasa, con toda su sabiduría y su amor, no había podido llegar a él, ¿cómo podría ella? *¡Oh, Dios!* clamó en su corazón, *mi hijo es tan terco como su padre, tan apasionado e impetuoso como su hermana menor. ¿Qué hago? Oh, Jesús, ¿cómo lo salvo?*

Marcus vio la angustia de su madre y se acercó a ella. Se sentó en su sillón y tomó una de sus manos entre las suyas.

—No era mi deseo causarte más dolor, madre.

—Lo sé, Marcus. —Lo había visto volver a Roma, pensando que no lo vería durante varios años, y él había regresado más angustiado que cuando se fue. Ahora, estaba diciéndole que tenía que irse nuevamente y, esta vez, a un país asolado por la guerra, que odiaba a Roma—. Pero Judea, Marcus. *Judea* ...

—La patria de Hadasa. Quiero saber por qué murió. Tengo que descubrir la verdad y, si hay un dios, lo encontraré allí. No tengo respuestas, madre, y parece que no puedo encontrar las que necesito aquí, en Éfeso. Siento como si estuviera parado sobre arenas movedizas. Todavía puedo escuchar el clamor de la multitud.

Vio el dolor en sus ojos antes de que él agachara la cabeza y quiso consolarlo desesperadamente, sostenerlo en sus brazos y acunarlo como cuando era un niño pequeño. Pero ahora era un hombre y algo más importante que eso la refrenó y le dijo que ya había dicho suficiente.

Sus manos apretaron las de ella.

—No puedo explicar lo que siento, madre. Quiero que lo entiendas, pero ni yo mismo puedo hacerlo. —Volvió a mirarla a los ojos—. Añoro la paz de unas laderas por las que nunca caminé y el aroma de un mar interior que jamás vi. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Porque *ella* estuvo allí.

Febe creyó entender lo que estaba diciéndole su hijo. Sabía cómo le habría dolido a Hadasa enterarse de que Marcus la había puesto en un pedestal, como si fuera un ídolo. Hadasa había sido la luna que reflejaba la luz del sol en todo lo que decía y hacía; no era la luz en sí misma, y nunca había afirmado que lo fuera. Y, sin embargo, en eso se había convertido para Marcus. Su vida se había elevado en su amor por ella. ¿Se pondría allí, también?

Febe quería revelar algo de sabiduría que lo hiciera abandonar la senda en la que estaba, pero no se le ocurrió nada. ¿Qué alternativa tenía, más que dejarlo ir y confiar en que el Señor lo guiaría? El apóstol Juan le había dicho a la congregación que Jesús había prometido: *Sigan buscando y encontrarán* .

Jesús lo dijo.

Jesús.

Febe apoyó tiernamente su mano sobre la mejilla de Marcus, tratando de contener sus lágrimas e invocando las palabras de esperanza de Cristo para que la rodearan como un escudo protector contra las tinieblas que mantenían prisionero a su hijo.

—Marcus, si crees que solo hallarás tus respuestas en Judea, entonces debes ir a Judea. —Se abrazaron. Febe lo retuvo por un largo rato y luego lo soltó, orando con un fervor silencioso:

Oh, Jesús, bendito Salvador, te entrego a mi hijo. Por favor, cuídalo y protégelo del maligno. Oh, Señor Dios, Padre de toda la creación, vence el miedo que tengo por mi hijo y enséñame a descansar y a confiar en ti.

Aferrándose a eso, besó a Marcus en la mejilla a modo de bendición y susurró: «Haz lo que tengas que hacer». Solo ella sabía que las palabras no estaban dirigidas a su hijo, sino al Dios invisible en el que confiaba con todo su corazón.

5

Alejandro Democedes Amandinus se recostó en el banco del calidarium mientras sus dos amigos seguían con su debate sobre la práctica médica. No había visto a ninguno desde que había dejado la tutela de Flegón, donde los tres estudiaban a los pies del médico maestro. Vitruvio Plauto Musa siempre había tenido dificultades para mantenerse al día con las tareas escritas que requería Flegón, mientras que Celso Fedro Timalción consideraba que cada palabra que decía el médico maestro era la máxima autoridad. Después de estudiar un año con Flegón, Vitruvio determinó que era un empírico y buscó un médico maestro que compartiera sus puntos de vista. Al parecer, Cletas era más a su gusto. Alejandro se reservó sus comentarios sobre él, sabiendo que, de todos modos, cualquier cosa que dijera caería en oídos sordos.

Y, ahora, Vitruvio estaba sentado frente a él, con la espalda contra la pared y sus fuertes piernas estiradas hacia adelante, declarando que los verdaderos médicos recibían sus capacidades sanadoras directamente de los dioses, una opinión indudablemente promovida por Cletas. Alejandro sonrió para sí mismo, preguntándose si el joven Celso ya se había dado cuenta de que Vitruvio fanfarroneaba por su propio sentido de inferioridad. Flegón tenía la costumbre de felicitar a Celso por su rapidez para captar los conceptos médicos, especialmente, los que él personalmente prefería.

—Así que ahora piensas que eres un regalo de los dioses —dijo Celso desde donde estaba parado, cerca de la fuente de vapor. Estaba pálido, la transpiración le chorreaba por el cuerpo, y no estaba de humor para los alardes de Vitruvio—. Ruégales a los dioses todo lo que quieras, pero yo estoy de acuerdo con lo que enseña Flegón. Él ha demostrado que la enfermedad proviene del desequilibrio de los humores y los elementos, todos los cuales tienen su raíz en el fuego, el aire, la tierra y el agua.

—¡Demostrado! Solo porque Flegón dice que la salud viene de equilibrar los fluidos corporales, tú lo aceptas como si fuera un hecho —dijo Vitruvio—. ¿No tienes razonamiento propio?

—Ciertamente tengo mi propio razonamiento. Razono lo sufi ciente como para no aceptar tus disparates —dijo, acercándose al vapor caliente que subía de las piedras.

—Si el viejo tuviera razón sobre cómo tratar a los pacientes, podrías superar esas fiebres recurrentes que has padecido desde tus días de estudiante en Roma. Has estado “equilibrando los humores” desde que nos conocimos. Si sus teorías sirvieran, ¡serías el hombre más sano del Imperio!

—Tengo menos fiebre que ayer —dijo Celso con frialdad.

—Ah, entonces sirvieron las sangrías y los eméticos —dijo Vitruvio con un bufido burlón—. Si realmente fuera así, ¡no estarías parado ahí, tiritando con este calor!

Celso lo miró sintiéndose cada vez más frustrado.

—Si estás tan seguro de tus habilidades divinas, ¡dame una demostración! Según la lógica de Cletas, ¡lo único que tendría que hacer un médico sería enunciar las palabras correctas y hacer algún truco con sus manos para producir una cura! Entonces, susurra tus conjuros, Vitruvio, y veamos si puedes curar a alguien que está *realmente* enfermo. ¡Veamos este *don* tuyo en acción!

—Los conjuros mágicos son solo el principio —dijo Vitruvio con altivez—. Los remedios animales y vegetales...

Celso levantó la mano.

—Si estás a punto de sugerir que me trague una poción como la última que preparaste con estiércol de león y la sangre de un gladiador moribundo, ahórrate el esfuerzo. ¡Casi me mata!

Vitruvio se inclinó hacia adelante.

—¡Quizás lo que te falta sea el debido respeto por los dioses!

—Si te hubiera besado los pies, ¿habría hecho alguna diferencia?

Al ver que lo que había empezado como un intercambio interesante de ideas se había convertido en una discusión, Alejandro intercedió.

—Lo que te aqueja, Celso, es una plaga que tienen muchas personas que viven en Roma. Creo que tiene algo que ver con las inundaciones mefíticas que se producen allí.

Vitruvio puso los ojos en blanco y se reclinó otra vez.

—¿Otra de tus teorías, Alejandro? ¿La compartiste con Flegón? ¿O todavía no te habla porque lo desafiaste por esa esclava que sacaste de contrabando de la arena?

Alejandro lo ignoró y siguió hablándole a Celso.

—Estudié en Roma antes de venir a Éfeso y escribí notas exhaustivas sobre mis observaciones. Las fiebres vienen y van; a veces, pasan semanas o meses entre los ataques. A veces, empeoran...

Celso asintió con la cabeza.

—Esos son los síntomas exactos que tengo.

Vitruvio miró a Celso .

—Alejandro ahora te dirá otra vez que la enfermedad es propagada por unas diminutas semillas invisibles y que, si los casos médicos fueran registrados de una manera lógica y metódica, se podría descubrir una característica en común. —Hizo un ademán a la ligera con la mano—. Por la experimentación, el método de prueba y error, por así decirlo, se podría encontrar una cura viable casi para cualquier enfermedad.

Alejandro le sonrió.

—Lo resumiste primorosamente, Vitruvio. Se podría decir que te persuadí a una nueva manera de pensar.

—A veces, puedes ser persuasivo —concedió Vitruvio—, pero se necesita una lógica mejor que la tuya para convencerme. Tus teorías no tienen ningún sentido, Ale, especialmente partiendo de la base de que *toda* enfermedad está oculta del hombre y está en las manos de los dioses. Por lo tanto, es lógico que uno tenga que pedirles ayuda a los dioses.

Alejandro arqueó el ceño.

—Si lo que dices es verdad, ¿para qué tomarse la molestia de entrenar a los médicos?

—Porque los médicos deben conocer qué complace a los dioses.

Alejandro sonrió.

—Tienes las profesiones confundidas, amigo mío. No deberías estar preparándote para ser un médico. Con el fervor que tienes por la religión, deberías estar usando la sotana de un sacerdote novicio. Un arúspice, tal vez. Podrías aprender la manera correcta de destripar a las cabras indefensas y a leer las señales de sus entrañas.

—¿Te burlas de los dioses?

Alejandro torció la boca, arrepintiéndose.

—Yo venero a Apolo y a Asclepio igual que tú, además de a otra multitud de deidades sanadoras como Higía y Panákeia. Y aun *con* todo eso, sigo sin creer que el hombre pueda manipular a un dios para que haga lo que él quiera, simplemente proclamando un conjuro y quemando un poco de incienso.

—Estoy de acuerdo —dijo Celso, cubriéndose los hombros con una toalla y acurrucándose—. Pero ¿cuál es la respuesta?

—Estudiar más profundamente la anatomía humana.

Vitruvio hizo una mueca.

—Por "estudiar más profundamente", Alejandro quiere decir la práctica que Flegón apoya con un deleite aterrador. La vivisección.

—Yo detesto la vivisección —dijo Alejandro.

—Entonces, ¿por qué estudiaste con Flegón alguna vez?

—Porque es un cirujano brillante. Puede quitarle una pierna a un hombre en menos de cinco minutos. ¿Alguna vez lo observaste trabajar ?

—Más veces de las que me interesa recordar —dijo Vitruvio, estremeciéndose—. Todavía escucho en mis oídos los gritos de sus pacientes.

—¿Quién es tu médico maestro actualmente? —le preguntó Celso a Alejandro.

—Nadie.

—¿Nadie?

—He instalado mi propia práctica.

—¿Aquí, en los baños? —dijo Celso, sorprendido. Era bastante habitual que los médicos comenzaran sus prácticas en los baños, pero no para uno del talento y la capacidad de Alejandro. Él había sido preparado para salones más importantes que estos.

—En una caseta que está justo afuera.

—Eres demasiado talentoso para estar practicando en una caseta —dijo Vitruvio—. Habla con Cletas. Yo te recomendaré.

Alejandro se esforzó por ser diplomático.

—Cletas no practica la cirugía y promueve teorías que a mí me parecen... inquietantes —dijo, sintiendo que su respuesta no era satisfactoria, pero no tenía ganas de decir abiertamente que pensaba que Cletas era un fraude. El hombre se autodenominaba *médico maestro* , pero era más un mago ataviado con túnicas impresionantes y dotado con una voz de orador. Era verdad que tenía éxito, pero su éxito residía en el hecho de que siempre elegía pacientes muy ricos y sin enfermedades graves. A Vitruvio, un joven bien parecido, de acento aristocrático y carente de ética, probablemente le iría muy bien practicando el mismo tipo de medicina.

—Por muy desagradable que pueda ser —dijo Celso—, la vivisección es necesaria, si vas a ser médico.

—No veo cómo el hecho de torturar y matar ciudadanos sea un avance para la medicina —dijo Vitruvio con desdén.

—Flegón nunca sugirió el uso de cualquier hombre que pase caminando —replicó Celso con enojo—. Solo he practicado la vivisección en los criminales sacados de la arena.

—¿Esos gritan más bajo que una persona común y corriente?

Celso se puso tenso.

—¿De qué otra manera desarrolla un médico sus habilidades en la cirugía, si no practica sobre alguien? ¿O piensas que una persona con una pierna gangrenosa debería ser tratada con conjuros y con una poción repugnante de alas de murciélago y lenguas de lagartijas?

El sarcasmo de Celso dio en el blanco. Vitruvio se puso colorado.

—Yo no uso alas de murciélago.

—¡Ja! Entonces, tal vez deberías preparar un poco y ver si funciona mejor que tu última poción... ¡que no sirvió para nada !

Al ver que el rostro de Vitruvio se ponía aún más colorado, la boca de Alejandro se arqueó en

una sonrisa burlona.

—Tal vez deberíamos ir al frigidarium para que los dos puedan enfriar sus ánimos.

—Buena idea —dijo Vitruvio y salió ofendido de la pequeña cámara.

Celso maldijo. Se sentó en el banco más cercano a la fuente de vapor. Estaba pálido y temblaba, y de su rostro manaba sudor.

—Yo antes lo admiraba. Ahora me doy cuenta de que es un tonto pretencioso.

—Lo que admirabas eran sus contactos familiares. —Alejandro tomó otra toalla y se la dio a Celso. Comprendía la sensación de inferioridad que tenía Celso. Él mismo la había sentido cuando ingresó a la escuela de medicina de Roma. Era el único estudiante cuyo padre había sido esclavo alguna vez, hecho que importaba menos en Roma, donde todavía tenía fondos ilimitados, que ahora en Éfeso, donde había gastado la mayor parte de su herencia. Las personas tendían a pasar por alto el linaje cuando uno tenía un depósito de riquezas. Que Alejandro ya no tenía.

Volvió a pensar en Celso.

—Quizás este calor húmedo no sea bueno para ti —dijo, y le entregó otra toalla.

Celso la tomó y se secó el rostro con ella.

—¿Aprendiste cómo tratar esta fiebre mientras estudiabas en Roma?

—El maestro allí prescribía descanso, masajes y controles dietarios, pero no tenía un éxito rotundo. Las fiebres seguían apareciendo. —Dudó—. Al revisar las historias de los casos, me pareció que las fiebres siempre empeoraban cuando el paciente estaba cansado y no tenía una buena condición física. Algunos pacientes han acudido a mi caseta, y a los tres les aconsejé que procuraran fortalecerse entre los ataques. Tan pronto como puedas, empieza la dieta de los hombres de cebada y su régimen de ejercicios.

—¿Quieres decir que entrene como un gladiador? —dijo Celso con una carcajada sin alegría.

—No exactamente —dijo Alejandro, sin ofenderse—. Está claro que las purgas y los eméticos que te prescribió Flegón solo han servido para debilitar tus fuerzas.

—Tenían el propósito de purificar mi cuerpo.

—Entonces, ya fuiste purificado. Necesitas desarrollar tus fuerzas.

—Ya no sé a quién creerle, Alejandro. Vitruvio tiene sus razones. Quizás no venero lo suficiente a los dioses y están castigándome. Flegón dice que es una cuestión de equilibrio. Y ahora tú me dices otra cosa. —Celso suspiró y apoyó la cabeza entre sus manos—. Lo único que sé es que cuando me siento así, solo quiero morirme y terminar con esto.

Alejandro puso la mano en el hombro de Celso.

—Ven conmigo a mi caseta y descansa un rato antes de regresar.

Salieron del calidarium. Alejandro se zambulló en el frigidarium y se enfrió, mientras que Celso lo evitó y fue a secarse y vestirse en el vestuario. Cuando Alejandro salió de la piscina, le hizo señas a Vitruvio de que estaba yéndose. Vitruvio apenas lo saludó con la mano y se extendió en una de las mesas para recibir un masaje.

Celso estuvo callado mientras caminaban la corta distancia desde los baños públicos hasta la caseta donde Alejandro ejercía la medicina a diario. En el frente había colocado un pesado biombo de madera. Colgando del biombo había un pequeño letrero que decía que el doctor no volvería hasta las últimas horas de la tarde. Dos soldados pasaron caminando y saludaron a Alejandro inclinando la cabeza, mientras él empujaba una parte del biombo para dejar entrar a Celso delante de él, antes de cerrarlo tras ellos.

Una pequeña lámpara de aceite estaba encendida sobre una mesa de trabajo en la esquina de atrás.

—Bueno —dijo Alejandro, observando a Celso, que contemplaba lo que lo rodeaba—. ¿Qué

opinas de esto?

Tomando asiento en un banquillo, Celso se ciñó más la capa a su alrededor, mientras miraba el interior tenuemente alumbrado. Comparado con las instalaciones que tenía Flegón, este era un lugar tosco y pequeño, casi rudimentario. El piso era de tierra compacta, en lugar de mármol. Pero, a pesar de lo rudimentario del toldo de cuero y de las paredes de argamasa, estaba sorprendentemente bien equipado para tratarse de un médico joven que recién estaba comenzando su práctica.

Una mesa angosta para examinar y un biombo para dar privacidad estaban colocados contra la pared occidental y cada centímetro cuadrado de espacio parecía eficientemente aprovechado. Contra la pared de atrás, había un pequeño mostrador. Sobre él había un mortero con su pilón, finas básculas, balanzas y pesas, y paletas de mármol para hacer pastillas. Los estantes sobre el mostrador exhibían botellas, ánforas pequeñas, viales de vidrio, frascos chatos, vasijas cuentagotas; cada uno meticulosamente etiquetado y catalogado como astringente, cáustico, limpiador, erosivo y emoliente. En la pared opuesta y acomodadas con esmero, había varias herramientas de su profesión: cucharones, cucharas, espátulas, cuchillas, fórceps, ganchos, catéteres, escalpelos, espéculos y cauterios.

Celso levantó un escalpelo y lo estudió .

—De la provincia alpina de Nórico —dijo Alejandro con orgullo.

—Flegón dice que hacen los mejores instrumentos quirúrgicos de acero —comentó Celso y dejó con cuidado la herramienta en su sitio.

—Y cuestan una verdadera fortuna —dijo Alejandro con seriedad, alimentando las brasas encendidas del brasero.

—¿Cuánto hace que tienes esta caseta? —dijo Celso, acercando un banquillo al calor.

—Dos meses —dijo Alejandro—. Antes de eso, dediqué la mayor parte del tiempo a atender a mi única paciente.

—Escuché los rumores —reconoció Celso—. Una esclava, ¿verdad?

—Sí. Una cristiana que fue arrojada a los leones.

—¿La curaste?

Alejandro titubeó.

—No exactamente, pero está curada.

Celso frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo no tenía los medios para frenar la infección. Las heridas de su pierna derecha se habían infectado. Tenía que amputársela, pero, cuando la preparé, vi que las heridas estaban limpias. Ella dijo que Jesús la sanó.

Celso sacudió la cabeza y miró nuevamente a su alrededor.

—Es una lástima que hayas perdido tu puesto con Flegón para salvar a alguien que ni siquiera valora tu sacrificio.

—No quise decir que la muchacha no fuera agradecida —dijo Alejandro.

—Pero no te reconoció el mérito de salvarle la vida.

—Bueno, no exactamente —sonrió—. Dijo que yo había sido solo un instrumento en la mano de Dios.

—He oído que se cree que los cristianos están locos.

—Ella no está loca. Solamente un poco extraña.

—Sea lo que sea, te costó una carrera prometedora. Si te disculparas con Flegón, estoy seguro de que te aceptaría nuevamente. Una vez dijo que fuiste el alumno más brillante que había

tenido.

—No veo necesario pedirle disculpas, y yo estaba en desacuerdo con Flegón en muchos puntos. ¿Por qué debería volver?

—Pasaste tres años en Alejandría estudiando los Tratados hipocráticos. Luego estudiaste en Roma bajo la tutela de Cato. Cuando aprendiste todo lo que podía enseñarte, viniste a Éfeso en busca de la enseñanza de Flegón por la reputación que tenía en todo el Imperio. Pero ahora, aquí estás, en una caseta afuera de los baños públicos.

Alejandro se rió .

—Suenas consternado. Yo elegí estar aquí.

—Pero ¿por qué? Podrías tener un prestigioso consultorio en cualquier parte, hasta en la misma Roma, si quisieras. Ser médico de los hombres más importantes del Imperio. En cambio, desafiaste a Flegón, tomaste tu propio camino y terminaste aquí, de esta manera. No lo comprendo.

—He tratado a más pacientes en los últimos seis meses que los que vi en un año bajo Flegón, y no tengo a Troas vigilándome de cerca —dijo Alejandro, refiriéndose al esclavo egipcio del médico maestro, un cirujano talentoso y sanador por mérito propio.

—Pero ¿qué clase de pacientes viene a verte?

Alejandro levantó una ceja.

—Personas que tienen condiciones que no son gota ni *mentagra* ni enfermedades debilitantes causadas por la vida de los ricos —dijo, inclinando la cabeza hacia una pila de pergaminos cuidadosamente enrollados sobre un estante en la esquina—. ¿Qué mejor lugar para aprender medicina que tratando a la plebe?

—Pero ¿pueden pagar?

Alejandro lo miró con una expresión de ironía.

—Sí, me pagan. Por supuesto, no les exijo los mismos honorarios que Flegón, pero no vine aquí para hacerme rico, Celso. Mi propósito al estar aquí es aprender todo lo que pueda y aplicar ese conocimiento para beneficiar a los demás.

—¿Y no podrías haber hecho eso con Flegón?

—Bajo sus condiciones, no. Él es demasiado inflexible en su manera de pensar.

Alguien empezó a abrir el biombo y luego retrocedió.

—Alguien está intentando entrar —dijo Celso, sobresaltado.

Alejandro se levantó rápidamente y apartó de un empujón el pesado biombo.

—Debería haberlo dejado abierto para ti —le dijo a quienquiera que estuviera afuera y le dio un vistazo a Celso cuando la silueta cubierta de velos pasó rengueando por la abertura—. Esta es la mujer de la que estábamos hablando antes —dijo.

Celso no se puso de pie cuando la mujer lisiada vestida con velos gruesos entró en la pequeña caseta. Alejandro cerró el biombo detrás de ella.

—¿Conseguiste la mandrágora? —le preguntó, tomando el pequeño cesto que ella llevaba colgado de un brazo y descubriendo el contenido.

—Sí, mi señor —fue la suave respuesta—. Pero mucho menos de la que usted quería. Tétrico acaba de recibir un poco de opobálsamo y, en vez de eso, usé el dinero que usted me dio para comprarlo .

Celso frunció el ceño, escuchando con atención. Su habla tenía un leve impedimento, pero no ocultaba su fuerte acento judío.

—Hiciste bien —dijo Alejandro, complacido. Tomó el frasco chato que contenía el preciado bálsamo y dejó el canasto en el mostrador de trabajo. Acercó cuidadosamente el pequeño frasco

a la llama titilante para ver el color profundo. El opobálsamo estaba hecho con las secreciones de diversos árboles balsámicos; el más conocido era el bálsamo de la Meca o «bálsamo de Galaad». La droga tenía docenas de usos, desde limpiar heridas como un erosivo y hacer supurar el pus que salía de las heridas infectadas, hasta actuar como un emoliente.

—¿Estás haciendo mitridato? —dijo Celso en alusión al antiguo antídoto que tenía fama de contrarrestar los venenos introducidos en el cuerpo a través de las mordeduras, la comida o la bebida. Había recibido ese nombre por su inventor, el brillante e instruido rey del Ponto, Mitrídates VI, quien había tomado veneno a diario después de tomar los remedios para hacerlo inocuo. Cuando le ordenaron que se suicidara, el veneno demostró no ser eficaz y, en vez de eso, murió por la espada.

—El mitridato sería muy solicitado si fuera el médico del procónsul o de algún otro alto funcionario —dijo Alejandro, divertido—. Como yo trato a trabajadores y esclavos, prefiero usar el opobálsamo para algo mucho más útil. Es uno de los componentes de varias cataplasmas que hago y también sirve como pomada analgésica para aliviar la neuralgia. También he visto que es eficaz como ungüento para los ojos. —Le dirigió una mirada a la esclava—. ¿Es resina?

—No, mi señor —dijo la esclava en voz baja—. Es una reducción de hojas, semillas y ramas.

—¿Eso hace alguna diferencia? —dijo Celso.

Alejandro bajó una caja de bronce y le quitó la tapa corrediza.

—Solo en el precio, no en su eficacia —dijo, colocando con cuidado el frasco dentro de uno de los compartimientos internos, antes de volver a cerrar la tapa. Colocó la caja en su lugar en el estante, que estaba colmado de otras drogas e ingredientes medicinales.

Dándose la vuelta, Alejandro notó que Celso se había olvidado de las molestias de sus escalofríos y de la fiebre por la curiosidad que le causaba la muchacha de los velos. Muchas personas se quedaban mirándola de la misma manera, preguntándose qué escondía debajo del velo. Le echó un vistazo a la muchacha. Estaba un poco encorvada, con su pequeña mano aferrada al bastón. Tenía los nudillos blancos por el esfuerzo. Alejandro agarró el banquillo que estaba junto a su mesa de trabajo y lo puso cerca del brasero, frente a Celso .

—Siéntate y descansa, Hadasa. Compraré un poco de pan y vino y volveré enseguida.

Celso se sintió alarmado por quedarse a solas con la muchacha: los velos lo ponían incómodo. Ella se dejó caer sobre el banquillo y él escuchó su suave suspiro de alivio. Ella dejó el bastón a un costado y se masajeó la pierna derecha. Su mano era pequeña y delicada, con uñas limpias y ovaladas: era agradable, muy femenina y joven. Celso se sintió sorprendido.

—¿Por qué usas ese velo? —dijo él abruptamente.

—Mis cicatrices incomodan a los demás, mi señor.

—Soy médico. Déjame verlas.

Ella dudó y luego se levantó lentamente los velos, dejando ver su rostro. Celso hizo una mueca. Asintiendo una vez, le hizo un gesto para que se cubriera. Alejandro había sido cruel al rescatar a esta muchacha. Habría estado mejor si hubiera muerto. ¿Qué clase de vida normal podría llevar con el aspecto que tenía y lisiada como estaba? ¿Y cuánto servía como criada, tan lenta y torpe?

Celso empezó a tiritar otra vez y se envolvió con la capa, tratando de sobreponerse a los escalofríos. Maldijo en voz baja, deseando haber contratado una litera que lo llevara de vuelta a su propio departamento.

La esclava se levantó con cierto esfuerzo. Celso la vio renguear hacia la parte de atrás de la caseta e inclinarse para tomar una colchoneta de debajo de la mesa de trabajo. Soltando la gruesa manta de lana, la trajo para él y se la puso alrededor de los hombros.

—¿Estaría más cómodo si se acostara, mi señor?

—Probablemente no. —La observó caminar hasta el pequeño mostrador. Ella echó agua en una olla pequeña y la puso sobre el brasero para calentarla. Luego, bajó algunos recipientes del estante de los medicamentos. Midió meticulosamente cierta cantidad de los ingredientes y volvió a poner los recipientes en el estante antes de triturar con el mortero y el pilón los elementos que había sacado. El agua había empezado a hervir. Rociando dentro de ella el contenido del mortero, lo mezcló con un palo delgado.

—Inhale esto, mi señor.

Su voz y sus modales eran muy reconfortantes y lo sorprendieron sus conocimientos.

—¿Te corresponde utilizar libremente las cosas de tu amo? —dijo él y se inclinó hacia adelante.

—Él no se opondrá —fue su respuesta suavemente ronca.

Mientras se llenaba los pulmones con un aroma sorprendentemente agradable, sintió que ella sonreía.

—¿Te aprovechas de su carácter amable ?

—No, mi señor. El amo usó este tratamiento en otros pacientes con fiebres. Él querría que usted se sintiera cómodo.

—Ah —dijo, sintiéndose un poco avergonzado por haberla criticado cuando ella había procurado servir a su amo... y a él también. Respiró el vapor aromático y sus músculos se relajaron. El peso de la manta lo hizo sentirse más a gusto. El calor del calidarium lo había agotado y, ahora, el calor del brasero y el vapor dulce que subía de la ollita lo hicieron sentir soñoliento. Empezó a adormecerse y, de pronto, se sacudió, despertándose, cuando se tambaleó sobre el banquillo.

La muchacha se levantó y tomó otra colchoneta de debajo de la mesa de trabajo y la tendió sobre el piso de tierra compacta. Celso sintió que el brazo de ella se posaba sobre su hombro y la escuchó susurrar: «Venga y descanse, mi señor. Se sentirá mucho mejor». Era más fuerte de lo que aparentaba y lo ayudó a ponerse de pie, pero cuando se apoyó contra ella, escuchó la respiración entrecortada.

Debe dolerle la pierna , pensó, y luego se hundió en la colchoneta que le había preparado. Mientras ella volvía a acomodar la manta sobre él, le sonrió.

—Nadie ha hecho eso por mí desde que era un niño.

Ella le pasó suavemente la punta de sus dedos por la frente y él tuvo una peculiar sensación de bienestar.

Levantándose con rigidez, Hadasa caminó rengueando hasta el banquillo y se sentó con cuidado. Suspiró y se masajeó los músculos adoloridos de la pierna derecha. Cerrando los ojos, deseó poder hacerse un masaje para aliviar también el dolor de su corazón.

Las lágrimas vinieron inesperadamente y luchó por contenerlas, sabiendo que Alejandro volvería pronto y sabría que había estado llorando. Entonces querría saber si la pierna le dolía de nuevo. Si decía que sí, insistiría en hacerle masajes. Si decía que no, indagaría con preguntas que ella no tenía valor para responder.

¡Había visto a Marcus!

Había chocado contra ella justo allí afuera, en la calle. Tantas veces la había empujado la multitud que se dirigía a los baños, que no le había dado importancia. Pero luego él habló. Anonadada al escuchar su voz, levantó la mirada y vio que *era* él, y no solo su memoria que estaba engañándola nuevamente.

Seguía siendo tremendamente guapo, aunque parecía de alguna manera más viejo y más duro.

La boca que ella recordaba como llamativamente sensual ahora formaba una línea severa. El corazón le había latido tan rápido... de la misma manera que se le aceleraba ahora al recordarlo. Cuando la tomó del brazo para estabilizarla, casi se desmayó .

Era asombroso cómo más de un año podía borrarse en un instante. Había mirado a Marcus a los ojos y cada momento vivido con él había vuelto a ella en una oleada de añoranza. Estuvo a punto de estirar la mano para tocarle el rostro, pero él retrocedió un poco, con la misma desconfianza que tantas veces veía en las personas cuando la miraban. Una mujer cubierta de velos era una imagen desconcertante. Ladeando la cabeza, se quedó mirándola, frunciendo el ceño, perplejo. Aun sabiendo que no podía hacerlo, instintivamente sintió miedo de que él pudiera ver su rostro desfigurado y bajó la cabeza rápidamente. En ese momento, él se volteó.

Ella se había quedado parada allí, en medio de la muchedumbre que se arremolinaba a su alrededor, y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo veía alejarse. Se iba de su vida como lo había hecho antes.

Ahora, sentada en la seguridad de la caseta de Alejandro, Hadasa se preguntó si Marcus Luciano Valeriano siquiera la recordaba.

«Señor, ¿por qué permitiste que me sucediera esto?», murmuró en el silencio de la caseta apenas iluminada. A través de sus lágrimas y sus velos, se quedó mirando fijamente la leña que ardía en el brasero, con todo el amor que había sentido por Marcus brotando nuevamente y colmándola de una tristeza dolorosa por lo que pudo haber sido. «Me siento vinculada a él, Señor», continuó en voz baja, golpeándose el pecho suavemente con el puño. «Vinculada...».

Bajó la cabeza.

Ella sabía que Marcus no tenía la costumbre de entrar en los baños públicos. Siempre se había bañado en los establecimientos exclusivos reservados para quienes podían pagar altas cuotas de membresía.

Entonces, ¿por qué había ido allí?

Suspiró. ¿Qué importaba? Dios la había quitado de su vida y la había puesto aquí, en esta pequeña caseta, con un médico joven que tenía hambre por salvar al mundo de todo. Es decir, de todo, menos de la oscuridad espiritual. Era como el primer marido de Julia, Claudio, con un deseo insaciable de conocimiento, mientras permanecía ciego a la sabiduría.

Le dolía el corazón. *¿Por qué no me dejaste morir, Señor? ¿Por qué?* Lloró en silencio, clamando a Dios para que le diera una respuesta. No recibió ninguna. Creía que sabía cuál era el propósito de Dios para ella: morir por él. Sin embargo, estaba viva y soportaba sus cicatrices ocultas bajo sus velos oscuros. Toda la serenidad y la aceptación que había encontrado en el último año se habían hecho añicos. ¿Y por qué? Porque había vuelto a ver a Marcus. Un encuentro casual que había durado menos de un minuto.

El biombo se movió y Alejandro entró a la caseta. Hadasa levantó la vista hacia él, aliviada por su presencia. En los meses de su convalecencia, su rostro había llegado a ser muy estimado para ella. En aquella época, estaba demasiado enferma y sufría demasiado dolor como para darse cuenta del sacrificio que él había hecho al sacarla de contrabando de la arena. No fue sino hasta mucho después que se enteró de que él había renunciado al puesto que tenía junto a un renombrado médico maestro y que se había ganado el menosprecio de muchos de sus amigos por haber tirado tanto por la borda por una simple esclava.

Hadasa no tenía ninguna duda de que Dios había puesto su mano sobre Alejandro aquel día, en las sombras de la Puerta de la Muerte. Él había sido el instrumento de Dios. Ahora, mientras lo miraba, reconocía que, a veces, sus sentimientos por él eran muy confusos. Le estaba agradecida, pero había algo más. Le gustaba y lo admiraba. Su deseo por curar era sincero, no lo

hacía por conveniencia ni por ganar dinero. Cuando perdía un paciente, le importaba hasta el punto de duelo. Recordaba la primera vez que lo había visto llorar: había sido por un muchachito que murió de fiebre, y ella había sentido que la inundaba el amor por Alejandro. Sabía que no quería a este hombre como seguía amando a Marcus... pero no podía negar que estaban profundamente conectados.

Él la miró y sus ojos se encontraron. Una sonrisa cansada atravesó su rostro.

—Calienta un poco más de agua, Hadasa —le dijo.

—Sí, mi señor.

Ella obedeció y lo vio meter varios ingredientes al agua; luego, él se agachó y despertó a Celso.

—Ven, incorpórate, amigo —dijo, y Hadasa se conmovió por el tono compasivo en la voz de Alejandro. Él acercó la infusión a los labios de Celso. Al primer sorbo, Celso hizo una mueca y retrocedió con sospecha. Alejandro se rió—. No tiene alas de murciélagos ni lenguas de lagartijas —dijo, y Hadasa se quedó preguntándose qué significaba eso, mientras Celso tomaba el vaso y tragaba el contenido.

Alejandro se levantó.

—Contraté una litera para que te lleve a tu casa.

—Te lo agradezco —dijo Celso y, al levantarse, dejó caer las mantas, que se apilaron a sus pies. Cuando se alejó, Hadasa levantó las mantas, las dobló y volvió a guardarlas debajo de la mesa de trabajo. Celso volvió a ceñirse la capa arrugada—. Necesitaba descansar un poco —dijo. Miró de reojo a Hadasa y, luego, a Alejandro nuevamente—. Quizás me dé una vuelta por aquí otra vez y lea algunos de tus casos.

Alejandro le puso una mano reconfortante en el hombro.

—Entonces, hazlo por la mañana. Durante el resto del día, prácticamente no tengo tiempo para tomar un descanso. —Hizo a un lado el biombo y dejó las dos partes unidas para que el frente de la caseta quedara completamente abierto, indicando que estaba listo para recibir a los pacientes.

Varios ya estaban esperando afuera.

Celso salió y se subió a la litera.

—Esperen —dijo cuando los dos esclavos lo levantaron—. ¿Qué había en la bebida que me diste? —le gritó a Alejandro, que estaba colocando una mesita en el frente de la caseta, donde Hadasa estaba ordenando un tintero y varios pergaminos.

Alejandro se rió.

—Un poco de esto y de aquello. Cuéntame si funciona.

Celso les dio instrucciones a los portadores y se recostó entre los pliegues de su capa. Miró hacia atrás mientras se alejaban y vio que los pacientes ya estaban avanzando; frunció el ceño porque, en vez de apiñarse alrededor de Alejandro, el médico, se acercaban a la silenciosa mujer de los velos.

Hadasa, sin saber que era objeto de escrutinio, echó en el tintero media docena de granos de hollín desecado y le añadió agua. Lo mezcló cuidadosamente y tomó el estilo de hierro.

—Nombre, por favor —le dijo al hombre que se sentó en el banquillo junto al escritorio en el que ella trabajaba. Metió el estilo en la tinta y presionó la punta sobre la tablilla encerada en la que escribía la información más básica: el nombre y la afección. La información luego sería trasladada a los rollos de pergaminos y la tablilla encerada sería borrada para ser usada al día siguiente. En la parte de atrás de la caseta ya había muchos pergaminos guardados, que incluían largas listas de pacientes a quienes Alejandro había tratado, junto con sus enfermedades físicas y

síntomas, los tratamientos prescritos y sus resultados.

—Boeto —le dijo el hombre sin expresión—. ¿Cuánto me falta para ver al médico? No tengo mucho tiempo.

Ella anotó su nombre.

—Estará con usted tan pronto como pueda —le dijo con delicadeza. Todos tenían necesidades urgentes y era difícil precisar cuánto tiempo se tomaría Alejandro con cada paciente. Algunos tenían enfermedades que lo fascinaban y dedicaba más tiempo a interrogarlos y examinarlos. Dio un vistazo al hombre a través de sus velos. Estaba muy delgado y bronceado, y tenía las manos ásperas y manchadas por el trabajo duro. Su cabello corto tenía mechones grises y las arrugas alrededor de los ojos y de la boca eran profundas—. ¿De qué trabaja?

—Era un *stuppator* —dijo con aire sombrío.

Hadasa anotó la ocupación al lado del nombre. Un calafateador de barcos. Un trabajo tedioso y agotador.

—¿Cuál es su padecimiento? —Él estaba sentado en silencio, mirando fijo a la nada—. Boeto —dijo Hadasa, tomando el estilo con ambas manos—, ¿por qué vino a ver al médico?

Le devolvió la mirada, estiró los dedos y los clavó en sus muslos, como si tratara de mantener la entereza.

—No puedo dormir. No puedo comer. Y, en los últimos días, he tenido un dolor de cabeza constante.

Hadasa volvió a embeber el estilo y escribió meticulosamente. Sentía que él observaba cada trazo que hacía, como fascinado.

—Trabajé hasta hace pocas semanas —dijo él—, pero últimamente no ha habido trabajo para mí. Están entrando pocos barcos y los capataces contratan a los hombres más jóvenes para que hagan el trabajo.

Hadasa levantó la cabeza.

—¿Tiene familia, Boeto?

—Una esposa, cuatro hijos. —Los surcos de su rostro se le marcaron más y se puso aún más pálido. Frunció el ceño cuando ella dejó la pluma—. Encontraré una manera de pagarle al médico por sus servicios. Lo juro.

—No necesita preocuparse por eso, Boeto.

—Para usted es fácil decirlo, pero si yo me enfermo de muerte, ¿qué les sucederá a ellos?

Hadasa comprendía su temor. Había visto a una infinidad de familias viviendo en las calles, mendigando un pedazo de pan, mientras que solo a unos metros de ellos había un suntuoso templo y palacios edificados en las laderas.

—Háble me de su familia.

Comenzó diciéndole los nombres y las edades de su hijo y de sus tres hijas. Habló de su trabajadora esposa. Por sus palabras, era obvio el profundo amor que sentía por ella. La manera amable y las preguntas tranquilas con interés de Hadasa lo animaron, hasta que se encorvó hacia adelante, abrió su corazón y le contó sus temores más profundos sobre lo que les pasaría a sus hijos y a su esposa si él no lograba encontrar un trabajo pronto. El propietario estaba reclamándole la renta del pequeño departamento de vecindad donde vivía la familia y Boeto no tenía dinero para pagarle. No sabía qué iba a hacer. Y ahora, agregándose a sus otras cargas, estaba enfermo y cada día empeoraba .

—Los dioses están en contra mía —dijo con desesperación.

La cortina divisoria fue apartada hacia un costado y una mujer salió de la caseta. Le pagó a Hadasa la moneda de cobre por los honorarios. Hadasa se levantó y puso su mano sobre el

hombro de Boeto, pidiéndole que se quedara adonde estaba.

El hombre la vio hablar con una mujer joven que se mantenía a la distancia. Notó los ojos maquillados de la mujer y las pulseras en los tobillos con unas campanitas que tintineaban suavemente ante el mínimo movimiento, lo que anunciaba su profesión: la prostitución.

Boeto siguió observando con interés cómo la asistente del médico, envuelta en velos, tomaba la mano de la prostituta entre las suyas y volvía a hablarle. La joven asintió lentamente y la asistente entró para hablar con el médico.

Corriendo un poco la cortina, Hadasa trató de resumir lo que había averiguado de la siguiente paciente de Alejandro.

—Se llama Severina y tiene diecisiete años. —Sin interés en la información personal, Alejandro le pidió los detalles—. Ha tenido flujos de sangre durante varias semanas.

Alejandro asintió, enjuagando uno de sus instrumentos y secándolo.

—Hazla pasar.

Hadasa vio que estaba cansado y distraído. Quizás todavía estaba meditando en lo que había descubierto sobre la condición del paciente anterior. Solía preocuparse por sus pacientes; en las noches, se quedaba varias horas levantado, repasando sus registros y anotando cosas meticulosamente. Nunca contaba sus éxitos, que eran muchos, sino que veía a cada persona como un desafío con una enfermedad que él tenía que vencer con su conocimiento.

—Era una prostituta del templo, mi señor. Dijo que le practicaron una ceremonia de purificación y, cuando eso no funcionó, la echaron.

Él colocó el instrumento en el estante.

—Otra paciente que no podrá pagar.

El comentario cortante la sorprendió. Alejandro rara vez hacía mención al dinero. No había establecido qué honorarios debían pagar los pacientes y solamente aceptaba lo que podían darle a cambio de su ayuda. A veces, el pago no era más que una moneda de cobre. Hadasa sabía que el dinero le importaba menos de lo que había aprendido, y de lo que podía hacer por los demás con ese conocimiento. ¿No había gastado toda su herencia viajando y aprendiendo todo lo posible para la profesión que había elegido?

No, no era el dinero lo que le molestaba.

Él la miró fugazmente y ella vio frustración en sus ojos .

—Estoy quedándome sin provisiones, Hadasa. Y el alquiler de esta caseta vence mañana en la mañana.

—Alejandro —dijo ella, poniéndole la mano en el brazo—. ¿Acaso el Señor no proveyó el alquiler el mes pasado?

Que ella usara su nombre lo animó, y le sonrió con remordimiento.

—Ciertamente, ¿pero este dios tuyo tiene que esperar siempre hasta el último momento?

—Quizás esté tratando de enseñarte que confíes en él.

—Lamentablemente, no tenemos tiempo para una discusión esotérica —dijo, y señaló con la cabeza hacia la cortina—. Afuera tenemos una cola de pacientes esperando ser vistos. Ahora, ¿qué estabas diciendo de la próxima? ¿Es una prostituta? —Las enfermedades venéreas eran muy comunes entre ellas.

— *Era* , mi señor. La expulsaron del templo y está viviendo en la calle. Tiene otros problemas, además del problema físico...

Levantó la mano para hacerla callar y su boca tomó la forma de una sonrisa irónica.

—Problemas de los que no podemos preocuparnos. Hazla pasar e intentaré tratar lo que pueda. Que sus dioses hagan el resto.

—Sus otros problemas repercuten sobre su condición física.

—Si hacemos que se ponga bien, esos otros problemas desaparecerán.

—Pero...

— *Ve* —dijo él un poco impaciente—. Después podemos discutir tus teorías, en un momento menos caótico.

Hadasa hizo lo que le ordenó y volvió a sentarse a la mesa, luchando contra la frustración. ¿Veía Alejandro a estas personas únicamente como seres físicos que necesitaban una cura rápida? Las necesidades de las personas eran complejas. No podían resolverse con una droga, un masaje o algún otro tratamiento prescrito. Alejandro solo tomaba nota de las manifestaciones físicas de sus diversas enfermedades, pero no de la causa más profunda y oculta. Cada día que pasaba desde que había comenzado a ayudar a Alejandro, Hadasa se convencía de que muchos de los pacientes que veían podían ser curados por la presencia del Espíritu Santo morando en ellos.

Pero... ¿cómo podía convencer a Alejandro de eso, cuando él mismo recurría a sus dioses de sanación solamente como último recurso y veía al Dios todopoderoso con cautela respetuosa?

Vio que Boeto la miraba expectante. Sintió esa mirada en lo más profundo de su ser y los ojos le ardieron por las lágrimas. Bajó la cabeza, orando en silencio, desesperada. *Señor, ¿qué debo decirle a este hombre? Él y su familia necesitan comida, no palabras* .

Sin embargo, fueron palabras lo que surgió.

Soltó la respiración. Inclinando un poco la cabeza, analizó el rostro cansado de Boeto.

—Una vez, mi padre se sentó en una ladera en Judea para escuchar a su Maestro. Muchas personas habían ido a escuchar qué tenía para decir el Maestro; habían recorrido grandes distancias y se habían quedado todo el día. Tenían hambre. Algunos de los seguidores del Maestro estaban preocupados. Le dijeron al Maestro que debía enviar a la gente a su casa. Él les dijo que les dieran de comer, pero ellos le respondieron que no tenían nada para darles.

Sonrió debajo de su velo, una sonrisa que le iluminó los ojos.

—Un muchachito tenía pan y pescado. Dio un paso adelante y se lo entregó al Maestro y, con eso, el Maestro los alimentó a todos.

—¿Quién era este maestro?

—Se llama Jesús —dijo ella. Tomó la mano de Boeto entre las suyas—. También dijo algo más, Boeto. Dijo que el hombre no vive solamente de pan. —Inclinándose hacia él, le habló de la Buena Noticia. Hablaron en voz baja mientras la prostituta estaba con Alejandro.

La mujer salió y le entregó una moneda de cobre a Hadasa.

—Guarde los dos cuadrantes para usted —le dijo. Sorprendida, Hadasa le dio las gracias.

Boeto vio que la mujer se fue apresuradamente.

—A veces —dijo Hadasa sonriendo de nuevo—, el Señor contesta las oraciones de manera rápida e inesperada. —Él la miró de reojo cuando ella se levantó y volvió a dejarlo para hablar brevemente con un joven que tenía una tos muy fuerte. Nuevamente, se fue detrás de la cortina.

—¿Qué tenemos a continuación? —dijo Alejandro mientras se lavaba las manos en una tinaja con agua fría.

—Se llama Ariovisto y tiene veintitrés años. Es batanero y tiene una tos que no se le va. Está en lo profundo de su pecho y suena espesa. —Tomó una caja con dinero de un pequeño estante oculto debajo de la mesa de trabajo de Alejandro—. Severina nos dio un cobre. Quería que yo me quedara con los dos cuadrantes de cambio.

—Probablemente, se sintió agradecida de que alguien hablara con ella —dijo él y asintió con la cabeza. Dándole gracias a Dios, ella tomó los dos pequeños cuadrantes de la caja y volvió a

ponerla debajo de la mesa de trabajo.

Boeto todavía estaba sentado en el banquillo junto a la mesita de afuera. La miró cuando salió de atrás de la cortina .

—Se me fue el dolor de cabeza —le dijo, perplejo—. Creo que no necesitaré ver al doctor, después de todo. Solo quise esperar y agradecerle por hablar conmigo. —Se puso de pie.

Tomándole la mano, Hadasa giró su palma hacia arriba y le puso las dos pequeñas monedas.

—De parte del Señor —dijo, cerrando sus dedos alrededor de ellas—. Pan para su familia.

Alejandro salió de la caseta porque necesitaba un momento de descanso, una bocanada de aire fresco. Estaba cansado y hambriento, y se estaba haciendo tarde. Miró a los pacientes que todavía esperaban verlo y deseó ser más que un humano, que pudiera ordenarle al tiempo que se detuviera. Tal como estaban las cosas, no podía ver a todos los que lo necesitaban. Personas como estas, que tenían muy poco dinero y menos esperanzas aún, recurrían al médico como su último recurso. Despacharlos sin el cuidado que necesitaban desesperadamente lo incomodaba. Pero ¿qué más podía hacer? El día tenía determinada cantidad de horas... y él no tenía un doble de sí mismo.

Vio que Hadasa había puesto su banquillo delante de una mujer con una niña que lloraba sobre su regazo. El rostro de la madre estaba pálido y absorto mientras hablaba; lo miraba furtivamente con nerviosismo. Alejandro sabía que los pacientes a menudo le tenían miedo, porque estaban seguros de que cualquier cura que él pudiera dispensarles implicaría un gran dolor. Lamentablemente, muchas veces eso era cierto. No se podía suturar heridas ni arreglar extremidades sin dolor. Luchó contra la sensación de frustración que lo acompañaba. Si tuviera dinero, les daría dosis de mandrágora antes de hacer su trabajo. Como iban las cosas, no tenía otra alternativa que dejar la droga para utilizarla durante las cirugías.

Suspiró y le sonrió a la mujer, tratando de aliviar su temor, pero ella pestañeó y rápidamente miró hacia otra parte. Sacudiendo la cabeza, giró su atención al rollo sobre la mesita. Pasó su dedo por los nombres escritos con esmero en el pergamino y encontró a la persona que acababa de atender. Anunció al siguiente paciente.

—Boeto —dijo, y miró a las personas paradas y sentadas alrededor del frente de la caseta. Había cuatro hombres y tres mujeres esperando, sin contar a la mujer con la niña que lloraba. Ya había visto a diez pacientes y sabía que no tendría tiempo para ver a más de dos o tres antes de que necesitara cerrar y descansar.

Hadasa se apoyó con fuerza sobre su bastón y se levantó.

—¡Boeto! —volvió a decir Alejandro, impaciente.

—Lo siento, mi señor. Boeto se fue. Agripina es la próxima, pero aceptó dejar pasar primero a Eficaris. Helena, la hija de Eficaris, tiene un forúnculo en el pie que le está causando un dolor terrible.

Él miró a la madre y le hizo un gesto.

—Hazla pasar —dijo abruptamente y se fue detrás de la cortina.

Mientras la madre se levantaba para seguirlo, su hija gritó, forcejeando en sus brazos. La madre trató de tranquilizarla, pero su propio temor era evidente: tenía los ojos bien abiertos y brillantes, y le temblaba la boca. Hadasa caminó hacia ella y vaciló, sabiendo que Alejandro no querría que interfiriera con lo que él tenía que hacer. Eficaris llevó a su hija detrás de la cortina.

Hadasa quiso taparse los oídos cuando los gritos aterrorizados cortaron el aire. Escuchó la voz de Alejandro, no muy paciente.

—¡Por los dioses, mujer! Tienes que sujetarla o no puedo trabajar. —Entonces la mujer habló y Hadasa supo que estaba llorando mientras trataba de hacer lo que el médico le había dicho. Los

alaridos aumentaron.

Apretando las manos, Hadasa recordó el dolor que sintió cuando revivió después de haber sido atacada por la leona. Alejandro había trabajado en ella con todo el cuidado posible, pero el dolor igualmente había sido atroz.

De pronto, Alejandro corrió la cortina hacia un costado y le ordenó a Hadasa que entrara en la caseta.

—Fíjate si puedes hacer algo con ellas —dijo con el rostro tenso y pálido—. Cualquiera pensaría que estaba practicando una vivisección —masculló en voz baja.

Ella lo rodeó para acercarse a la niña que chillaba. Las lágrimas corrían por el rostro pálido de la madre, que apretaba a su hija, tan aterrorizada por Alejandro como la niña.

—¿Por qué no busca algo para comer, mi señor? —le sugirió Hadasa amablemente y le señaló la cortina.

Tan pronto como se fue, los sonoros gritos de la niña se calmaron y se convirtieron en sollozos atragantados. Hadasa puso dos banquillos cerca del brasero caliente. Le indicó a la madre que se sentara en uno mientras ella se sentaba a duras penas en el otro. Había sido un día largo y la pierna le dolía mucho; cada movimiento que hacía enviaba un dolor que le subía por la cadera y bajaba hacia la rodilla. Sin embargo, estaba segura de que su dolor era mucho menor al que estaba sufriendo la pobre niña. Había que hacer algo. Pero ¿qué?

Alejandro era muy vehemente con su cuchillo.

De pronto, recordó cómo su madre había tratado un forúnculo en la mano de un vecino. Quizás el mismo método serviría ahora.

Por favor, Señor, que esto obre para tu gloria .

Primero, la niña tenía que estar tranquila y cooperar. Hadasa se levantó nuevamente y le preguntó a la mujer sobre su familia, mientras vertía agua fresca en una palangana y la ponía sobre el piso, frente a los pies de Eficaris. La niña miró hacia abajo con desconfianza y luego escondió su rostro en el pecho de su madre. Hadasa siguió hablando dulcemente, alentando a la madre para que le contestara. Mientras Eficaris hablaba, se relajó. Cuando lo hizo, la niña se tranquilizó con ella, se sentó sobre una rodilla y observó a Hadasa, que estaba añadiendo cristales de sal al agua que humeaba en la olla sobre el brasero.

—¿Por qué no le quitas el vendaje del pie? —dijo Hadasa—. Estará más cómoda. Pondré un poquito de agua caliente en la palangana y ella podrá poner el pie en remojo. Eso calmará su dolor.

La niña se quejó cuando la madre hizo lo que Hadasa le había dicho.

—Pon el pie en el agua, Helena. Así es, mi amor. Sé que te duele. Lo sé. Por eso vinimos al médico. Para que te cure el pie.

—¿Te gustaría que te cuente una historia? —le preguntó Hadasa y, cuando la niña asintió con timidez, le habló de una pareja joven que viajó a un pueblo lejano para registrarse para los impuestos. La mujer estaba esperando un bebé y, cuando llegó el momento de que el bebé naciera, no había lugar para ellos en la posada. Desesperados, la madre y el padre se albergaron en una cueva donde guardaban a las vacas, a los burros y a otros animales, y allí nació el bebito.

—Cuando el bebé nació, José y María lo envolvieron en pañales y lo pusieron en un pesebre.

—¿Tenía frío? —preguntó la pequeña Helena—. A veces, yo tengo frío.

La madre le acarició el cabello rubio para quitárselo de la cara y besó su mejilla.

—Las ropas y el heno lo mantuvieron calentito —dijo Hadasa. Vertió un poco de agua de la palangana, luego agregó más agua caliente y volvió a poner la olla sobre el brasero—. Era primavera y, por ese motivo, los pastores habían llevado a las ovejas a pastar en las laderas de las

montañas. Esa noche, en lo alto del cielo oscuro, vieron una hermosa estrella nueva. Una estrella que brillaba más que todas las demás. Y, entonces, sucedió algo maravilloso. —Hadasa les contó sobre los ángeles enviados por Dios para que les hablaran a los pastores acerca del bebé y, cuando Helena preguntó, le explicó qué eran los ángeles—. Los pastores vinieron a ver al bebé y se postraron ante él, reconociéndolo como su Mesías, que significa “el ungido de Dios” .

—¿Qué sucedió luego? —preguntó Helena, ansiosa por saber más.

—Bueno, la nueva familia se quedó en Belén por un tiempo. José era un buen carpintero, así que pudo trabajar y mantener a su familia. Algunos meses después, unos hombres llegaron desde otro país para ver al niño que había nacido bajo la nueva estrella. Reconocieron que este niño era muy especial, que era más que un simple ser humano.

—¿Era un dios? —dijo Helena, con los ojos bien abiertos.

—Él *era* Dios, quien vino a vivir entre nosotros, y los hombres del país lejano le llevaron regalos: oro porque era el Rey; incienso porque era el Sumo Sacerdote de todos los hombres y mirra porque Él moriría por los pecados del mundo.

—¿El bebé iba a morir? —dijo la niña, desilusionada.

—Shhh, Helena. Escucha la historia... —dijo la madre, cautivada por el relato.

Hadasa agregó más agua caliente a la palangana.

—Había un rey malvado que se enteró de que el niño crecería y sería el Rey; entonces, lo buscó para matarlo. —Volvió a apoyar la olla sobre el brasero—. Los hombres del país lejano supieron de los planes de este rey y les avisaron a José y a María. Ellos no sabían qué hacer, y esperaron que el Señor se los dijera. Un ángel se le apareció a José y le dijo que llevara a la madre y al niño a Egipto, donde estarían a salvo.

Mientras contaba la historia, siguió vaciando un poco de agua fría de la palangana y agregando cada vez más agua caliente, hasta que comenzó a salir vapor del recipiente donde la niña tenía el pie. El aumento gradual de la temperatura no causó un incremento en el dolor y pasó desapercibido.

—El rey malvado murió y El Roi, “El Dios que ve”, les envió un mensaje por medio de otro ángel...

La pequeña Helena dio un grito ahogado y gimió suavemente. El agua de la palangana se puso roja cuando el forúnculo se reventó y se vació.

Hadasa acarició la pantorrilla de la niña.

—Bien hecho. Deja tu pie en el agua para que drene el forúnculo —dijo y le dio gracias a Dios por su misericordia—. ¿No lo sientes mejor? —Apoyándose pesadamente en su bastón, se levantó y preparó una cataplasma de hierbas como las que hacía Alejandro para los pacientes que tenían heridas supurantes. Cuando terminó, las miró—. Tu madre te pondrá en la mesa y yo te vendaré el pie —le dijo a Helena, y Eficaris se levantó e hizo lo que le había indicado.

Hadasa enjuagó con suavidad el pie de Helena y lo secó, asegurándose de que había salido todo el fluido amarillento y sanguinolento. Le aplicó con cuidado la cataplasma y le envolvió firmemente el pie con un lienzo limpio. Se lavó las manos y las secó. Dándole un golpecito en la nariz a Helena, le dijo en broma:

—Nada de andar corriendo por ahí por uno o dos días.

Incorporándose, Helena soltó una risita. Sus ojos parpadearon y su menudo rostro se puso serio.

—¿Qué le sucedió al niñito?

Hadasa dobló el lienzo que había sobrado.

—Creció y proclamó su reino y el gobierno descansó en sus hombros; y fue llamado

Consejero Maravilloso, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz. —Volvió a poner el lienzo en el estante.

—Ahí lo tienes, Helena. El muchachito escapó de todo peligro —dijo Eficaris.

—No —dijo Hadasa, negando con la cabeza—. El niño creció y se hizo fuerte. Creció en sabiduría y en estatura, y en el favor de Dios y de toda la gente. Pero los hombres lo traicionaron. Dijeron mentiras sobre él y lo entregaron para que fuera crucificado.

La expresión de Helena se alteró y Eficaris pareció consternada; obviamente habría preferido que Hadasa no hubiera contado esa parte de la historia.

Hadasa levantó el mentón de Helena.

—Verás, ni sus propios seguidores entendían quién era Jesús realmente. Ellos pensaban que era solamente un hombre, Helena. Sus enemigos creyeron que si lo mataban, su poder terminaría. Colocaron su cuerpo en una tumba prestada y sellada, y pusieron guardias romanos para custodiarla. Pero, tres días después, Jesús se levantó de la tumba.

El rostro de Helena se iluminó con una sonrisa.

—¿Lo hizo?

—Oh, sí. Lo hizo. Y todavía está vivo hoy.

—¡Cuéntame más!

Eficaris se rió.

—Tenemos que irnos, Helena. Otras personas están esperando. —Sonriendo, le dio dos cuadrantes a Hadasa y luego levantó a su hija Helena—. Gracias por ocuparte de su pie... y por la historia.

—No fue solo una historia, Eficaris. Es verdad. Mi padre fue testigo.

Eficaris la miró fijamente y sorprendida. Se acercó más a Helena y dudó, como si quisiera quedarse y seguir conversando. Pero tenía razón. Había otros necesitados esperando afuera. Hadasa puso su mano sobre el brazo de la mujer .

—Si regresan cualquier mañana, les contaré todas las cosas que hizo Jesús.

—Oh, por favor, mamá —dijo Helena. Eficaris asintió. Apartó la cortina y se sobresaltó al ver a Alejandro sentado en el banquillo del otro lado. Con voz entrecortada, pidió disculpas, avergonzada, y pasó por delante de él. Helena volteó su cabeza y se aferró con más fuerza a su madre. Inclinándose ligeramente, Eficaris se alejó rápidamente de la caseta. Alejandro la observó irse a toda prisa. Había visto el miedo en sus ojos —y en los de su hija— cuando lo miró. Sin embargo, ambas confiaron completamente en Hadasa.

—¿Dónde están los demás? —dijo Hadasa.

—Les dije que vuelvan mañana.

—¿Está enojado conmigo?

—No. Soy yo el que te dijo que vieras qué podías hacer con ellas. Solo que no esperaba que... —Se rió con contrición y sacudió la cabeza. Se levantó y la miró—. Tendré que estar más atento contigo o me robarás los otros pacientes delante de mis propias narices. —Le dio un tirón suave y amistoso a su velo.

Entrando en la caseta, cerró la cortina y tomó la caja de dinero de su escondite.

—A propósito, ¿por qué se fue Boeto? ¿Lo curaste mientras estaba esperando?

Hadasa decidió contestar su pregunta con seriedad.

—Me parece que sus afecciones eran a causa del temor.

Alejandro se quedó mirándola, interesado.

—¿Por temor? ¿De qué manera?

—La preocupación, mi señor. No tiene trabajo y tiene una familia que alimentar y proteger.

Me dijo que sus dolores de estómago empezaron hace unas cuantas semanas. Cuando trabajó por última vez en los muelles. Y el dolor de cabeza le comenzó hace pocos días, casi al mismo tiempo que el propietario le dijo que si no tenía dinero para pagarle, echaría a su familia a la calle.

—Un problema bastante grande y nada raro. ¿Lo resolviste?

—No, mi señor.

—Entonces, ¿todavía estaba sufriendo sus dolencias cuando se fue? —Suspiró—. Probablemente se cansó de esperar. —Tomó algunas monedas de la caja y cerró de un golpe la tapa—. No lo culpo —añadió, empujándola de nuevo a su lugar—. Si pudiera trabajar más rápido, podría atender a más pacientes...

—Dijo que se le había pasado el dolor de cabeza.

Alejandro la miró sorprendido. Enderezándose, frunció el ceño, incómodo. No era la primera vez que se sentía así en su presencia. Se había sentido casi sobrecogido de miedo de tocarla después de que sus heridas infectadas quedaran limpias sin ninguna explicación lógica. Seguramente había intervenido su dios, y un dios con semejante poder no debía ser tomado a la ligera.

—¿Invocaste el nombre de tu Jesús?

—¿Invocar? —dijo ella y se enderezó un poco—. Si me está preguntando si proferí algún conjuro, la respuesta es *no* .

—Entonces, ¿cómo le suplicaste a tu dios para que hiciera tu voluntad?

—¡No fue así! Es la voluntad de Dios la que prevalece en todo.

—Tú hiciste *algo* . ¿Qué fue?

— *Escuché* a Boeto.

—¿Y nada más?

—Oré y le hablé de Jesús a Boeto. Luego, el Señor obró en el corazón de Severina y ella me dio los dos cuadrantes para él.

Alejandro negó con la cabeza, completamente desconcertado por la explicación de la muchacha.

—Eso no tiene ningún sentido lógico, Hadasa. En primer lugar, Severina te dio el dinero porque fuiste amable con ella. En segundo lugar, ella no sabía nada acerca de los problemas de Boeto.

— *Dios lo sabía* .

Alejando se quedó perplejo.

—Hablas con demasiada libertad sobre tu dios y su poder, Hadasa. Pienso que después de todo lo que sufriste, tú, de todas las personas, deberías saber que el mundo es como el rey malvado de tu historia. No conoces a ninguna de las personas que vienen a esta caseta y, sin embargo, les hablas de Jesús sin ningún reparo.

Ella se dio cuenta de que él había estado sentado lo suficientemente cerca como para escuchar cada palabra que le había dicho a Eficaris y a Helena.

—Sea lo que sea que parezca, el mundo le pertenece al Señor, Alejandro. ¿A qué tengo que tenerle miedo?

—A la muerte.

Ella negó con la cabeza.

—Jesús me dio la vida eterna en Él. Que me quiten la vida aquí, pero Dios me sostiene en la palma de su mano y nadie puede sacarme de allí. —Extendió sus manos—. ¿No puede verlo, Alejandro? Boeto no necesitaba ninguna advertencia de mi parte. Tampoco Severina ni Eficaris

ni Helena. Todos necesitan saber que Dios los ama del mismo modo que me ama a mí. Y a usted.

Alejandro dio vueltas a las monedas en su mano. A veces, tenía miedo de sus convicciones. Ella ya había demostrado hasta qué punto mantenía su fe, una fe tan profunda como para dar su vida por ella. Se preguntó si, algún día, esa fe se la llevaría de su lado...

Rápidamente, rechazó el pensamiento, sin detenerse a analizar esa punzada de temor que lo atravesaba. Perderla no era algo que estuviera dispuesto a plantearse.

Tenía más miedo todavía del poder que percibía en ella. ¿Era solamente de ella, o era un don de su dios que podía ser revocado en cualquier momento? Cualquiera que fuera la respuesta, a veces, ella decía cosas que le ponían la piel de gallina.

—Necesito pensar —murmuró y pasó junto a ella.

Dejándose llevar por la corriente de personas que salían de los baños, Alejandro consideró lo que sabía sobre la medicina y lo que había dicho Hadasa acerca de cómo la preocupación causaba enfermedad. Cuanto más pensaba en eso, más curiosidad le producía ver si lo que había sugerido Hadasa podía ser demostrado mediante un adecuado registro. Compró pan y vino y regresó, ansioso por hablar con ella.

Alejandro tomó el biombo y cerró la caseta por esa noche. Tomó su colchoneta de debajo de la mesa de trabajo y se sentó en ella. Arrancando una porción de pan, se lo dio a Hadasa, quien estaba sentada en su colchoneta, frente a él. Bajó el odre de cuero de cabra y sirvió vino para los dos.

—Quiero escuchar más acerca de tus teorías —le dijo mientras comían—. Primero, el forúnculo. ¿Cómo supiste qué hacer?

—Mi madre trató el forúnculo de un vecino. Probé su método. Por la gracia de Dios, funcionó.

— *Por la gracia de Dios* . —Decidió recordar esas palabras. Quizás fuesen más importantes de lo que ella se daba cuenta. Quizás en ellas residiera algo de su poder.

—Te he visto sanar a varias de las personas que han venido a la caseta.

—Nunca sané a nadie.

—Claro que lo hiciste. Boeto, por ejemplo. Lo sanaste. El hombre vino con todo tipo de síntomas y se fue sano. Obviamente, yo no hice nada con él. Ni siquiera hablé con el hombre.

Hadasa estaba perturbada.

—Lo único que le ofrecí a Boeto fue esperanza.

—Esperanza —dijo Alejandro, y arrancó un pedacito de pan y lo mojó en el vino—. No veo de qué manera pueda cambiar las cosas, pero continúa. Explícame. —Se metió el pan a la boca.

Señor, Señor , oró Hadasa, *es tan parecido a Claudio, y Claudio nunca tuvo oídos para escuchar* . Con su vaso de madera entre las manos, oró para que Alejandro no solo la escuchara, sino que comprendiera.

—Dios creó a la humanidad para que viviera en una relación de amor con él y para que reflejara su carácter. Las personas no fueron creadas para vivir independientes de Dios .

—Continúa —dijo él haciendo un ademán con la mano, impaciente por escuchar.

Le habló de Adán y Eva en el Jardín y de cómo Dios les había dado el libre albedrío; le dijo que habían pecado al creerle a Satanás, en vez de a Dios. Le contó cómo habían sido expulsados del Jardín. Le habló de Moisés y de la Ley y de que, cada día, durante todo el día, se quemaban ofrendas para cubrir el pecado. Sin embargo, ninguno de todos esos sacrificios pudo limpiarlo del todo. Únicamente Dios pudo hacerlo al enviar a su Hijo unigénito para que muriera como el supremo sacrificio redentor por toda la humanidad. A través de Jesús, las paredes fueron derribadas y el hombre pudo volver a estar con Dios por medio de la presencia permanente del

Espíritu Santo.

—"Pues Dios... dio a su único Hijo, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna" —citó—. Sin embargo, y a pesar de todo esto, la mayoría de las personas todavía viven en un estado de separación.

—¿Y es este estado de separación lo que causa la enfermedad? —dijo Alejandro, intrigado.

Ella sacudió la cabeza.

—Usted ve las cosas únicamente en el plano físico, Alejandro. La enfermedad puede llegar cuando el hombre rechaza vivir dentro del plan de Dios. Severina, por ejemplo. El Señor advirtió contra la práctica de la prostitución. Advirtió contra la promiscuidad. Advirtió contra muchas cosas, y las personas que las practican soportan las consecuencias de su pecado. Tal vez muchas enfermedades sean solo eso: las consecuencias de la desobediencia.

—Entonces, si Severina obedeciera las leyes de tu dios, volvería a estar bien, ¿es así?

Hadasa cerró los ojos detrás de su velo. *Señor, ¿por qué me permitiste vivir, cuando siempre fallo en todo lo que me das? ¿Por qué no puedo encontrar las palabras para hacerlo entender?*

—¿Hadasa?

Los ojos le ardían con lágrimas de frustración. Habló muy lentamente, como a un niño pequeño.

—La Ley fue dada para que el hombre pudiera reconocer su pecaminosidad y se apartara de la maldad hacia el Señor. Usted ve a la humanidad según lo físico y busca soluciones en ese plano, pero el hombre también es un ser espiritual, creado a la imagen de Dios. ¿Cómo podría entender quién y qué es usted, sin entender quién es Dios? —Su voz se quebró suavemente y vio que él fruncía el ceño.

Se mordió el labio antes de proseguir.

—Nuestra relación con Dios repercute sobre nuestro cuerpo, sí. Pero también repercute en nuestras emociones y en nuestra mente. Afecta a nuestro espíritu mismo. —Sus manos se tensaron sobre el vaso de madera mientras bajaba la cabeza—. Yo creo que la verdadera sanación solo puede producirse cuando la persona es restaurada a Dios mismo.

Alejandro se quedó en silencio, reflexivo. Arrancó otro pedazo de pan y lo mojó en el vino, dándose más tiempo para pensar en lo que ella acababa de decir. El corazón comenzó a latirle rápidamente, como sucedía siempre que se le ocurría una idea. Comió apurado el pan, vació su copa y la puso a un costado. Poniéndose de pie, se limpió las migas de las manos y despejó un espacio en su mesa de trabajo. Mezclando hollín con agua, preparó tinta para escribir. Eligió un pergamino limpio, se sentó y lo abrió, acomodando unas pesas para mantenerlo plano.

—Dime algunas de estas leyes —le ordenó, escribiendo *Por la gracia de Dios* como su primera anotación.

¿Acaso no escuchó nada, Señor? ¿Nada en absoluto?

—La salvación no está en la Ley.

—No estoy hablando de la salvación. Hablo de tratar a los pacientes.

—¡Dios! ¿Por qué me dejaste aquí? ¿Por qué no me llevaste a casa? —Fue un grito de pura angustia y frustración; a Alejandro se le erizó el cabello de la nuca. Ella estaba llorando, apretándose la cabeza con las manos, y era por su culpa. ¿Qué le haría ahora su dios a él?

Se levantó del banquillo y se arrodilló delante de ella.

—No invoques la ira de tu dios sobre mí antes de que escuches qué tengo que decir. —Le tomó las manos y puso su frente en ellas.

Ella le arrebató las manos y lo empujó hacia atrás.

—¡No se arrodille delante de mí! ¿Acaso soy Dios para que se postre ante mí?

Asombrado, retrocedió.

—Tu dios te ha puesto aparte. Él te escucha —dijo, poniéndose de pie y sentándose nuevamente en su banquillo—. Como me dijiste una vez, yo no te salvé la vida. Ni puedo explicar cómo sucedió. Tus heridas se estaban pudriendo, Hadasa. Según todas las leyes de la naturaleza y de la ciencia que conozco, tú *deberías* estar muerta. Sin embargo, estás aquí.

—Desfigurada y tullida...

—Por lo demás, sana. ¿Por qué te salvaría tu dios a ti, y no a los demás?

—No sé —dijo ella desoladamente. Negó con la cabeza—. No sé en absoluto por qué salvó mi vida. —Había creído que sabía cuál era el propósito de Dios para ella: morir en la arena. Pero parecía que Dios tenía otra misión .

—Tal vez te salvó para que pudieras enseñarme sus caminos.

Ella levantó la cabeza y lo miró a través de sus velos.

—¿Y cómo hago eso, cuando no tiene oídos para escuchar una sola palabra de lo que digo?

—Yo escucho.

—Entonces, escuche esto. ¿Qué importa el cuerpo si el alma está muerta?

—¿Y cómo restauras el alma si el cuerpo se está descomponiendo por la enfermedad? ¿Cómo se arrepiente una persona, sin saber qué pecado ha cometido? —Su mente daba vueltas con pensamientos más complicados de lo que podía comprender a la vez.

Hadasa frunció el ceño y recordó a su padre hablándole de Josías, el rey de Judá, cuyo siervo había encontrado el libro de la Ley y se lo había leído. Al escucharlo, Josías se rasgó las vestiduras, reconociendo su propio pecado y el pecado de su pueblo contra Dios. El arrepentimiento había llegado por medio del conocimiento. Pero ella no tenía ningún ejemplar escrito de la Torá. Tampoco tenía una copia de las Memorias de los Apóstoles. Lo único que tenía era su memoria.

—A partir de ahora, ya no me asistirás, Hadasa —dijo Alejandro, dejando a un lado la pluma —. Trabajaremos juntos.

Ella se alarmó.

—No tengo experiencia como médico.

—No como la mía, quizás, pero estás más preparada de lo que piensas. Yo soy docto en la naturaleza física del hombre y tu dios te ha dado conocimiento del reino espiritual. Es lógico que debamos trabajar juntos para tratar a los pacientes cuyas afecciones son más complicadas que una herida que necesita ser atendida inmediatamente.

Hadasa se quedó muda.

—¿Estás de acuerdo?

Ella sintió que algo más profundo de lo que ella o Alejandro entendían estaba en marcha. ¿Era una proposición de Dios o del diablo? —No lo sé —tartamudeó—. Necesito orar...

—Bien —dijo Alejandro, complacido—. Es exactamente lo que quiero que hagas. Pregúntale a tu dios y luego dime...

—¡No! —dijo ella apresuradamente cuando las palabras de Alejandro dispararon una alarma dentro de ella—. Hablas como si yo fuera un médium, como esos que están en los tenderetes cerca del Artemision.

—Entonces yo le haré una ofrenda a tu dios.

—La única ofrenda que Dios aceptará es a *usted mismo* .

Alejandro se echó ligeramente hacia atrás y no dijo nada por un largo rato. Sonrió con ironía .

—Me temo que no soy tan sacrificado, Hadasa. No me gustan los leones.

Ella rió suavemente.

—Yo tampoco siento una predilección especial por ellos.

Él se rió con ella y después se puso serio nuevamente.

—Sin embargo, estuviste dispuesta a dar tu vida por lo que crees.

—No comencé mi camino con Dios en una arena.

Él torció la boca.

—¿Dónde comenzaste?

Las lágrimas aparecieron cuando la inundó el afecto. Le agradaba este hombre. El deseo que tenía de saber y aprender se originaba en su profundo deseo de ayudar a las personas. Tal vez *era* el propósito de Dios que ella lo instruyera en lo que ella sabía del Señor. Quizás en las leyes hubiera respuestas que Dios le había dado a Moisés para los israelitas. Jesús había dicho que Él había venido a cumplir la Ley, no a abolirla.

Ella estiró la mano. Alejandro la tomó con la suya, grande y fuerte, cerrándola firmemente alrededor de la de Hadasa. Ella se levantó cuidadosamente de su colchoneta, haciendo una mueca de dolor cuando se arrodilló sobre el piso de arcilla. Tomando la otra mano de él, lo jaló hacia abajo para que ambos estuvieran de rodillas, con las manos unidas, uno frente al otro.

—Comenzamos aquí.

Imitándola, Alejandro inclinó la cabeza, concentrándose en cada palabra que ella decía.

Las anotaría después.

6

Eudemas entró en el triclinium y le entregó a Julia un pequeño pergamino con un sello de cera. El rostro de Julia se puso visiblemente pálido mientras lo tomaba, y le hacía una seña con la mano para que se fuera. Primus, sentado frente a ella, sonrió con sarcasmo cuando ella lo escondió rápidamente entre los pliegues de su túnica de seda china.

—¿Estás ocultando algo, Julia?

—No estoy ocultando nada.

—Entonces, ¿por qué no lees tu carta ahora?

—Porque no tengo ganas —dijo secamente, sin mirarlo. Se ciñó el chal de seda carmesí al cuerpo y toqueteó el brazalete de oro y adamante que tenía en la muñeca. Primus notó cómo se perturbaba ante su escrutinio. Torció la boca mientras seguía analizándola. Ella se quedó tensa y callada, fingiendo no prestarle atención. Los colores alegres que había elegido para vestirse no hacían más que intensificar su palidez y resaltar las profundas ojeras que tenía por el insomnio. Julia, que alguna vez había resplandecido de lujuria y ganas de vivir, ahora estaba ciertamente demacrada por la enfermedad. Temblando, se sirvió más vino y se quedó mirando el interior de la copa de oro con ojos apagados.

Después de un rato, lo miró.

—¿Por qué me estás mirando fijamente?

—¿Eso estaba haciendo? —La sonrisa de Primus se volvió más burlona—. Estaba viendo lo encantadora que te ves esta noche.

Ella volteó la cabeza, sabiendo que sus cumplidos eran vacíos y maliciosos.

—Qué amable de tu parte que lo digas —dijo amargamente.

Él tomó una exquisitez de la bandeja.

—Pobre Julia. Todavía estás tratando de defender tu caso ante Marcus, ¿no es así?

Levantó la cabeza con altanería, sus ojos oscuros relampaguearon.

—No necesito defender mi caso ante nadie. No tengo que disculparme por lo que hice.

—Entonces, ¿por qué insistes? —Se comió el bocado .

—¡No lo hago!

—Ja. Has implorado y suplicado el perdón de Marcus desde que te dejó en el anfiteatro. Él te devuelve cada mensaje que le envías. —Hizo un ademán a la ligera—. Igual que ese con el sello intacto.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Y cómo sabes qué mensajes envío yo y a quién?

Riéndose suavemente, él escogió una ubre de vaca rellena de la bandeja de manjares.

—Siempre me ha parecido sumamente divertido observar a las personas que me rodean. —Movió su corpulencia para ponerse más cómodo—. A ti, en particular, dulce mía.

—¿Eudemas te contó que le escribí?

—No tuvo que hacerlo. Pude ver las señales. Anoche, estabas ebria y sentimental. Cuando estás sentimental, te retiras a tu alcoba temprano y le escribes a tu hermano. Todo es demasiado predecible, Julia. Predecible al punto de ser aburrido. Sabes muy bien que nunca te perdonará, y sin embargo persistes. Ese odio implacable suyo me resulta revigorizante, pero, sinceramente, querida, tu búsqueda incansable de su perdón se ha vuelto patética.

Ella se quedó callada por un instante, tratando de dominar su extrema sensibilidad.

—Él no me odia. Solo cree que me odia.

—Oh, sí te odia, Julia. Te odia por completo. Nunca lo dudes, ni por un minuto.

Sus palabras la hirieron profundamente y trató de contener las lágrimas que le ardían en los ojos.

—Te desprecio —dijo ella con el oscuro caudal de sus sentimientos.

Él se dio cuenta de su lastimoso intento de contraatacarlo y se burló abiertamente de ella.

—Ah, ya lo sé, querida mía, pero soy lo único que te queda, ¿no? Calabá te abandonó y zarpó hacia Roma con la preciosa Safira. Tus amigos te evitan por tu enfermedad. La semana pasada recibiste solamente una invitación y lamento informarte que Cretaneo se sintió indudablemente aliviado cuando le enviaste tus disculpas. Entonces, querida, ¿a quién tienes, aparte de mí, para que te haga compañía? —Chasqueó la lengua—. Pobre Julia. Todos te dejan. Qué lástima...

—Siempre puedo contar con tu comprensión, ¿no es así, Primus? Por cierto, ¿alguno de tus mercenarios ha encontrado alguna pista de tu amado Prometeo? —Ella ladeó su cabeza, apoyando un dedo en su mentón, parodiando a una musa meditabunda—. Veamos, ¿por qué crees que te está resultando cada vez más difícil encontrar amantes? —Extendió sus manos e hizo una expresión de comprensión fingida—. ¿Será por tu creciente corpulencia?

El rostro de Primus se ensombreció.

—Podríamos haber evitado tus problemas y los míos si hubieras escuchado a Calabá y hubieras hecho matar *antes* a esa muchachita judía.

Ella sujetó la copa de vino y se la lanzó, errando por poco su cabeza. Respirando con dificultad por su frustración, lo insultó con una palabra grosera y se levantó del sillón, lanzándole una mirada asesina.

—¡Habría podido evitar mis problemas si nunca hubiera hecho una alianza *contigo* !

Él se sacudió las gotas de vino de la cara, sus ojos brillaban.

—Échame la culpa a mí si quieres, pero todos saben que la decisión la tomaste *tú* . —Rió con humor negro—. Y ahora tienes que vivir con eso. O morir...

—¡Eres un gusano despreciable!

—¡Y tú eres una cerda estúpida!

—Debería haber escuchado a Marcus —dijo ella, aguantándose las lágrimas—. Él sabía cómo eras tú.

Primus sonrió con suficiencia, viendo que casi había logrado llevarla a la histeria.

—Él lo sabía, ¿verdad? Pero, entonces, también lo sabías tú, Julia. Te metiste en esto con los ojos bien abiertos, creyendo que todo sería exactamente como tú querías. Y, durante un tiempo, fue así, ¿verdad, dulce mía? Exactamente como *tú* querías. El dinero, la posición, Atretes, Calabá... y yo.

Ella quería destruirlo, borrarle del rostro para siempre esa sonrisa presumida. Pero él era lo único que le quedaba y lo sabía. Estrechó los ojos.

—Quizás cambié de manera de pensar en cuanto a lo que quiero.

—Ay, querida. Otra amenaza vacía. Estoy temblando.

—Algún día descubrirás que mis amenazas no son tan vacías.

Primus sabía cuán enferma estaba: tan enferma que él dudaba que sobreviviera. Entrecerró los ojos fríamente, abrazando su ira secreta y sintiéndose reconfortado con ella.

—Para cuando cambies de opinión, habrás desperdiciado todo tu dinero y dará igual, ¿verdad? —dijo con una tranquilidad engañosa—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué permanezco contigo? ¿Piensas que es porque te *amo* ? —Vio el mínimo parpadeo de temor en

sus ojos y se sintió satisfecho. Sabía que el mayor miedo de Julia era estar sola, y sola se quedaría cuando llegara el momento. Él se vengaría por cada insulto, por cada desprecio que había soportado de ella. Se vengaría por el abandono de Prometeo .

Pero, por el momento, fingió remordimiento por hacerla sentirse vulnerable. Levantó la mano.

—Perdóname por haber dicho eso —dijo con un arrepentimiento fingido, contento de haber logrado parte de su propósito—. ¿Por qué discutimos tanto, mi amada? No lleva a ninguna parte. Tienes que crecer, Julia. Aceptar lo que eres. Has bebido del mismo pozo que yo, y lo has hecho por tanto tiempo que ya no puedes echarte atrás. Soy el único amigo que te queda.

—Si me disculpas —dijo ella con ácida amabilidad y le dio la espalda.

—Como gustes, querida mía. Supongo que tendré que dejar las novedades para otro momento —dijo suavemente, riéndose en silencio—. Algo que escuché anoche en el banquete de Flavio. Sobre Marcus.

Ella giró su rostro hacia él, estrechando los ojos.

—¿De qué se trata esta vez?

—Olvídalo —dijo él, haciendo un gesto con la mano. Que transpire. Que se le retuerza el estómago. Que sienta un poco de *esperanza* —. Esto puede esperar hasta otro momento, cuando estés más dispuesta.

—¿Qué chisme horrible escuchaste esta vez, Primus?

—¿Chisme? ¿Sobre tu hermano? Se ha vuelto bastante aburrido, según lo que dicen todos. Nada de mujeres. Nada de *hombres* . —Se rió burlonamente, sabiendo que tenía toda su atención —. Pobre Marcus. Ya no sabe cómo disfrutar la vida, ¿verdad? Trabaja, va a los baños y vuelve a casa. Día tras día tras día. Su gran pasión es odiarte y lo hace muy bien, ¿verdad? Qué determinación. Qué dedicación.

Julia tenía una expresión imperturbable, sin ningún indicio de la angustia que le causaban sus palabras. Sabía muy bien que Primus disfrutaba de sus crueldades mezquinas. La única manera de resguardarse era aparentar que no sentía nada en absoluto, pero tenía el estómago apretado por el esfuerzo y el corazón le latía fuertemente.

Lo odiaba tanto que un sabor metálico le llenaba la boca. Nada le daría mayor placer que clavarle un cuchillo en el voluminoso vientre y escucharlo gritar. Lo mataría, si eso no significara su propia muerte en el proceso. Pero, tal vez valiera la pena. Después de todo, ¿qué motivo tenía ahora para vivir? ¿Por qué había nacido, en primer lugar?

Torció la boca con amargura.

—No escuchaste nada, ¿verdad? Nada de importancia. Odias a Marcus porque no eres, ni jamás podrás ser, siquiera la mitad del hombre que él es. Es admirado. Es *respetado* . En cambio, ¿tú? No eres más que un insecto que vive de las mentiras y las calumnias de los que son mejores que tú.

Los ojos de Primus centellearon.

—¿Acaso no guardé todos *tus* secretos, amada Julia? —dijo suavemente—. Cómo tu primer marido murió por tu culpa, cómo mataste al segundo. ¿Y qué hay de tus hijos? ¿Siguen gritando sobre las rocas? ¿Cuántos más te arrancaste del vientre antes de desechar al descendiente de Atretes? —Vio que el rostro de ella palidecía aún más y sonrió—. Yo guardé tus secretos a buen recaudo, ¿verdad?

Se llevó los dedos a la boca, hizo un puchero y le sopló un beso a Julia.

Ella temblaba. ¿Cómo sabía esas cosas? Nadie sabía que ella había envenenado a su segundo marido... nadie, por supuesto, excepto Calabá. Calabá, su amante y amiga de confianza, debía

habérselo contado.

Primus desplazó su corpulencia sobre los cojines, acercándose a la bandeja cargada de comida.

—Es cierto que escuché algo de gran importancia que me dejó pensando. La pregunta es si debería compartir este descubrimiento contigo, ¡ah! la mujer más ingrata de todas.

Julia dominó su furia. Estaba provocándola de nuevo, pero no se atrevía a irse por miedo a que él realmente supiera algo. Quería ordenarle que se fuera de la villa, pero sabía que al hacerlo se expondría a su lengua astuta y maliciosa. Peor aún, divulgaría la vileza de la enfermedad que estaba devorando sus partes íntimas.

—Muy bien, Primus. — *Vomita tu veneno, víbora miserable. Algún día, alguien te arrancará la cabeza del cuerpo* —. Te escucho. ¿Qué tienes que decirme acerca de mi hermano?

—Marcus se va de Éfeso. Eso debería alegrarte, querida mía. —Torció la boca al ver que el poco color que le quedaba desaparecía de su rostro—. Piensa en las ventajas. Ya no tendrás que buscar excusas creíbles cuando los demás te pregunten por qué tu hermano tan amado y altamente cotizado rechaza las invitaciones a las reuniones donde tú pudieras estar presente.

Ella inclinó el mentón, fingiendo que sus palabras no la habían afectado en lo más mínimo.

—Así que volverá a Roma. ¿Y qué con eso?

—Lo que se rumorea es que navegará en uno de sus propios barcos. Pero no a Roma.

Apretando las manos, miró mientras Primus escogía otra ubre de vaca y la devoraba con un deleite desagradable. Él se chupó la grasa de los dedos y tomó otra, mientras ella esperaba.

Primus sintió la impaciencia que irradiaba ella desde el otro lado de la sala. La disfrutaba casi tanto como el banquete que estaba comiendo. Tenía toda su atención, y eso era lo que quería. Casi podía escuchar el fuerte latido de su corazón resonando atemorizado. Toqueteó los ricos alimentos, acariciándolos, eligiendo otro manjar.

Asqueada de tener que verlo comer, Julia se esforzó por dominar sus fuertes emociones.

—¿Navegará hacia *dónde* , Primus? —dijo con una calma calculada—. ¿A Rodas? ¿A Corinto?

Se llenó la boca con otra ubre y se pasó los dedos grasosos por un pliegue de la túnica.

—A Judea —dijo con la boca llena de comida.

—¡A Judea!

Él tragó y se lamió los gruesos labios.

—Sí, a Judea, la tierra natal de su adorada judía. Y parece que planea quedarse mucho, mucho tiempo.

—¿Cómo podrías saber tú cuánto tiempo planea quedarse?

—Deducción. Me enteré de que Marcus vendió sus intereses en Roma, excepto la villa de tu familia, que ha dejado en manos de tu madre para que disponga de ella. ¿Sabes qué hizo ella? Ordenó que la pusieran en alquiler y que se utilice la ganancia para darles de comer a los pobres de la zona. ¿Te imaginas todo ese dinero yendo a alimentar a la sucia plebe harapienta? ¡Qué desperdicio! Hubiera sido mejor aprovechado si lo usaba para reponer nuestros menguantes cofres.

— *Mis* cofres.

—Como gustes. *Tus* cofres —dijo él con un gesto de desdén y mojó una tira de lengua de avestruz en la salsa de miel y especias. Poco sabía Julia, pensó él con suficiencia, que la mayor parte de su dinero ya se había filtrado a sus propias manos y estaba guardado en secreto para el futuro. Y todo se había hecho sin que se diera cuenta. La enfermedad lo había ayudado en ese proceso; ella estaba tan obsesionada con sus diversas dolencias, que le había prestado escasa

atención a su situación económica. Confiaba en que sus agentes la protegían.

Es asombroso el poder que te puede dar un soborno , pensó, sonriendo para sí mismo. *Y un poco de saber que podría resultar bochornoso si saliera a la luz* .

Pero su agente le había avisado esta mañana que ella estaba exigiendo que realizara una rendición de cuentas completa. Primus sabía que le convenía darle a Julia algo más que mantuviera ocupada su mente, además de la situación de su herencia.

Con ese fin, siguió tejiendo su telaraña.

—Regalar todo ese dinero... —volvió a decir y sacudió la cabeza—. Es inimaginable. A menos... ¿Crees que tu madre fue corrompida por esa pequeña judía tuya y que se ha convertido en una *cristiana* ?

Julia se estremeció interiormente ante la insinuación. ¿Su madre, una cristiana? De ser así, sabía que se le había cerrado otra puerta.

Primus vio que su expresión cambió sutilmente y supo que estaba hiriéndola, poco a poco, cada vez más profundamente. Quería abrirla por completo y dejar que las aves carroñeras hicieran un festín con su cuerpo.

—En cuanto a los intereses de tu hermano aquí en Éfeso, los barcos y las bodegas, los ha puesto bajo la administración de los sirvientes de confianza de tu padre. Ha dejado todos sus bienes en manos de dos administradores, Orestes y Silas.

Masticó el costoso manjar y, con una mueca, lo escupió en una fuente. Se sirvió vino falerno, el más fino de Capua, y lo pasó por su boca para borrar el otro sabor. Lo tragó y continuó.

—Todo indica que tu hermano no tiene planes de volver pronto, si es que piensa regresar alguna vez. Supongo que está haciendo un peregrinaje a la memoria de su amada y fallecida Hadasa. —Levantando la copa de oro en un brindis, se burló de Julia con una sonrisa—. Que su partida te alivie de tu culpa, querida mía —dijo, disfrutando el tormento de ella. Se deleitó en el dolor que veía en sus ojos. Su noticia la había herido profundamente. Ya no podía seguir escondiéndolo.

Julia abandonó el triclinium. Cuando llegó a su recámara, se hundió en el diván y tomó el pequeño pergamino de entre los pliegues de su túnica refulgente. Con todo el cuerpo tembloroso, toqueteó el sello. Estaba firme en su lugar. Los ojos se le nublaron por las lágrimas. Era probable que Marcus ni siquiera hubiera tocado la epístola.

¡Judea! ¿Por qué se iría tan lejos y a un lugar tan terrible, a menos que Primus tuviera razón y el viaje tuviera algo que ver con esa despreciable esclava?

Respiraba de manera irregular. ¿Por qué Marcus no podía olvidar a Hadasa? ¿Por qué no podía olvidar lo que había sucedido? Se mordió el labio, con ganas de clamar de angustia. Pero ¿a quién? A nadie le importaba lo que le ocurría.

Si hubiera sabido lo que sucedería, no habría hecho lo que hizo. ¿Por qué no podía perdonarla Marcus? Ella era su hermana, su propia carne y sangre. ¿No sabía él cuánto lo había amado siempre y cuánto lo amaba todavía? Solo había querido que las cosas fueran como cuando eran niños, cuando parecía que iban a estar juntos contra el mundo. ¿Había olvidado él lo unidos que eran, cómo podían hablar el uno con el otro sobre cualquier cosa? Ella nunca había confiado en nadie como en él.

A excepción de Hadasa , susurró una tenue voz dentro de ella.

El pensamiento inoportuno la hirió dolorosamente. Cerró los ojos con el deseo de borrar los recuerdos que la invadían... recuerdos de cómo había sido sentirse amada, realmente amada. «No. *No* . No pensaré en ella. ¡No lo haré!».

El silencio se cerró sobre ella y trajo consigo la oscuridad.

Apretó el pergamino que tenía en la mano. «Oh, Marcus —susurró entrecortadamente—. Una vez prometiste que me amarías, sin importar lo que yo hiciera. —El silencio solitario de su recámara se convirtió en un peso aplastante—. Lo prometiste, Marcus». Llena de desesperanza, arrugó la última súplica a su hermano y la arrojó al brasero. El pergamino se encendió y quedó rápidamente reducido a cenizas.

Julia se quedó sentada observando cómo se desintegraba la última esperanza que tenía de recibir el perdón de su hermano.

«Lo prometiste...». Se cubrió el rostro y, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, lloró.

El barro

7

—Es un gran honor para nosotros tenerlo a bordo, mi señor —dijo Sátiro, estudiando al hombre más joven mientras le indicaba que ocupara el lugar de honor en el sillón. Pusieron en la mesita que había entre ambos una comida sencilla pero deliciosamente preparada.

—El honor es mío, Sátiro —dijo Marcus, asintiendo para que el criado del capitán le sirviera vino—. Te consideran una leyenda de los mares. Pocos sobreviven a un naufragio. —Arrancó un pedazo de pan y volvió a poner la hogaza en la bandeja de plata.

Sátiro asintió solemnemente.

—Se refiere al naufragio de Malta. En ese entonces, yo todavía no era capitán, sino un simple marinero en ese barco. Y no fui solo yo el que sobrevivió. Había 276 personas a bordo de ese barco. Ninguna se perdió.

Alguien llamó a la puerta del capitán. El criado respondió y habló brevemente con uno de los marineros. Le transmitió a Sátiro el mensaje concerniente a los vientos, y este le dio instrucciones para que se las pasara al timonel. El Minerva estaba avanzando bien.

Sátiro volvió a prestarle atención a Marcus y le pidió disculpas por la interrupción. Hablaron de la carga; la bodega estaba llena de mármol y madera de las islas griegas, materiales destinados para uso en Cesarea, que estaba expandiéndose. Abajo también había muchos otros cajones, algunos comprados por Marcus especulativamente; otros, cumpliendo con pedidos enviados por varios comerciantes de Judea. En cada espacio disponible había cueros de Bretaña, plata y oro de España, cerámica de Galia, pieles de Germania, vinos finos de Sicilia y drogas de Grecia. La mayoría de los productos serían descargados en Cesarea.

—Permaneceremos en Cesarea solo el tiempo necesario para dejar el cargamento y luego subir a los pasajeros que van a Alejandría —dijo Sátiro.

Marcus asintió. En Alejandría, la *corbita* atracaría y sus representantes recibirían la nave. El Minerva cargaría productos valiosos para el mercado romano: carey y marfil de Etiopía; aceite y especias del este de África; perlas, tinturas y cítricos de Oriente. En pocos meses, el Minerva navegaría de regreso a Roma, el punto de partida de la ruta comercial que Décimo Vindacio Valeriano había establecido hacía más de veinte años.

Sátiro se rió con ironía.

—Eliab Mosad se tomará su tiempo para regatear por la mercadería. Siempre tardamos unas semanas en poner las cosas en orden en Egipto antes de poder volver a partir hacia Roma.

—Él querrá que aceptes esclavos —dijo Marcus—. No lo hagas. Ni la arena. No importa el precio. Ya me contacté con él y le informé que no seguiré comerciando esas materias primas.

—Necesitaremos balasto, mi señor.

—El cereal egipcio servirá como balasto.

—Como usted desee —dijo Sátiro. Había escuchado los rumores sobre el cambio en la manera de pensar de Marcus Valeriano, rumores que ahora quedaban confirmados. Analizó subrepticiamente al joven. ¿Qué había ocurrido para que cambiara el famoso axioma de Marcus Valeriano de darle a Roma lo que quería? Marcus había amasado una fortuna comerciando arena y esclavos. Ahora, no quería que ninguno de los dos fueran parte del cargamento. Tal vez, sentía lo suficiente como para compartir los escrúpulos de su padre... Pero ¿por qué ahora y no antes? ¿Qué había cambiado?

—Yo me bajaré del barco en Cesarea —dijo Marcus.

Nuevamente, Sátiro disimuló su sorpresa con esfuerzo. Había esperado que Marcus se quedaría a bordo hasta Alejandría o, tal vez, Roma. El viejo Valeriano a veces había viajado toda la ruta comercial para reunirse con sus representantes y recibir información de primera mano acerca de cómo estaban siendo dirigidas sus operaciones.

—Cesarea le parecerá muy diferente de Éfeso, mi señor. Aunque no cuenta con los mismos elementos de grandeza, tiene sus arenas y mujeres hermosas. —Marcus era bien conocido por disfrutar al máximo de ambas cosas.

—Tengo la intención de quedarme en Cesarea solo el tiempo suficiente para equiparme para viajar.

Las cejas grises de Sátiro se elevaron un poco.

—En Judea hay poco para recomendarle a un romano. ¿Qué es lo que quiere ver?

—Jerusalén.

Sátiro lanzó una suave exclamación.

—¿Por qué razón elegiría usted, entre todas las personas, visitar el lugar más deprimente de toda la tierra? —Demasiado tarde se dio cuenta de la grosera intromisión en su irreflexiva pregunta—. Según todo lo que me han contado, Jerusalén no es más que una pila de escombros, mi señor —agregó apresuradamente—. Es posible que las torres de Antonia y de Mariamne todavía estén en pie para fines defensivos, pero lo dudo. Tito ordenó que no dejaran piedra sobre piedra.

—Lo sé muy bien, Sátiro —dijo Marcus fríamente.

Sátiro frunció el ceño, dándose cuenta un poco tarde de que Marcus, desde luego, ya estaría al tanto de todo eso. Como dueño de los barcos y de las rutas comerciales Valeriano, tenía que mantenerse bien informado sobre la situación de todas las regiones del Imperio. El nivel de su éxito evidenciaba la medida de su astucia para esas cuestiones. Pero Sátiro no pudo contener su propia curiosidad frente a un anuncio tan sorprendente.

—¿Por qué le interesa un lugar tan desolado?

Marcus decidió responderle con franqueza.

—No es el lugar lo que me interesa, tanto como el dios que moraba allí. —Por encima de su copa, observó el rostro del hombre, esperando la pregunta inevitable que vendría. ¿Por qué le interesaría a un romano el dios de los judíos? No estaba seguro de qué respondería a eso. Él mismo no tenía plena consciencia de todos los motivos.

Sin embargo, Sátiro lo sorprendió.

—Tal vez, ahí esté la razón para el desastre que le ocurrió a la ciudad.

—¿A qué te refieres?

—Su Dios no puede ser contenido en un edificio.

Las palabras de Sátiro reflejaban tan fielmente lo que Hadasa le había dicho alguna vez, que el interés de Marcus aumentó.

—¿Qué sabes sobre el dios de los judíos?

—Solamente lo que escuché de un prisionero hace mucho tiempo, en el mismo barco del que usted hablaba hace un rato. Pero difícilmente eso puede interesarle.

—Me interesa muchísimo.

Sátiro consideró esto por un momento.

—El hombre era judío. Un insurgente, según lo que todos decían. Dondequiera que iba, causaba un disturbio. Cuando lo conocí, estaba bajo la custodia de un centurión de Augusto llamado Julio, e iba en camino a Roma para ser llevado ante el César por sus delitos. Después

escuché que fue decapitado. Se llamaba Pablo y era de Tarso. Quizás usted haya escuchado acerca de él.

Marcus lo había hecho, pero solo de quienes lo denigraban y se burlaban de sus declaraciones sobre un dios todopoderoso y amoroso .

—¿Qué te dijo este Pablo?

—Dijo que Dios había enviado a su Hijo unigénito a vivir entre los hombres y a ser crucificado por nuestros pecados para que pudiéramos ser restaurados y pudiéramos vivir en los cielos con el Padre-Dios. Por medio de este Cristo, como lo llamaba él, Pablo dijo que todos los hombres pueden ser salvos y tener vida eterna. Nadie lo escuchaba, hasta que el Euroclidón nos golpeó.

Marcus conocía los vientos tan temidos que habían hundido muchas embarcaciones.

—Pablo nos había advertido de antemano que sufriríamos una gran pérdida y daños, no solo del barco y el cargamento, sino también de vidas humanas —dijo Sátiro.

—Antes dijiste que no había muerto nadie.

—Es verdad, pero estoy convencido de que eso fue porque Pablo oró por nosotros. Creo que su Dios le dio lo que le había pedido: nuestra vida. —Se sirvió un poco de vino—. Estábamos atrapados en los violentos vientos e íbamos a la deriva. Logramos refugiarnos en Cauda lo suficiente como para levantar el barco y asegurarlo por debajo con sogas. Ni eso nos sirvió. Cuando volvimos a ponernos en marcha, la tormenta nos golpeó aún más fuerte. Echamos por la borda la carga. Al tercer día, lanzamos el aparejo por la borda. No podíamos ver ninguna estrella, así que no teníamos manera de navegar. No sabíamos dónde estábamos, navegábamos a ciegas. No había ningún marinero ni pasajero a bordo que no temiera por su vida. Excepto Pablo.

Sátiro se inclinó hacia adelante y arrancó un pedazo de pan.

—Fue durante el peor momento de la tormenta cuando él se puso de pie en medio de nosotros y dijo que solamente se perdería el barco. Tuvo que gritar para que lo escucháramos por encima de la tormenta, pero estaba absolutamente tranquilo. Dijo que un ángel de su Dios había sido enviado para garantizarle lo que estaba diciéndonos. Nos dijo que no tuviéramos miedo. Nos dijo que íbamos a encallar en una isla, pero que ninguno moriría.

Con una leve sonrisa, Sátiro sacudió la cabeza, perplejo.

—Parecía que su Dios quería que viviera para que hablara con el César y, en el proceso de salvarlo a él, su Dios decidió salvarnos al resto de nosotros también.

—Podría haber sido una coincidencia.

—Quizás, pero yo estoy convencido de que no lo fue.

—¿Por qué?

—Tendría que haber estado ahí para entenderlo, mi señor. Nunca antes ni después vi una tormenta como esa. Íbamos a una destrucción y a una muerte certera; sin embargo, Pablo estaba absolutamente calmado. No le temía a la muerte. Nos dijo que no tuviéramos miedo. Tomó pan, le dio las gracias a Dios y comió. ¿Puede imaginar algo así? *Comió* en medio del caos. —Sacudió la cabeza, aún sorprendido por lo que estaba recordando—. Nunca antes vi nada como su fe, y pocas veces la he visto después.

Sátiro mojó el pan en su vino.

Marcus recordó a Hadasa caminando tranquilamente por la arena, sin verse afectada por la plebe que gritaba o los rugidos de los leones.

Sátiro tomó una tajada de carne en salmuera.

—Cuando uno ve una fe como esa, tiene que creer que hay algo detrás.

—Quizás fueran solo sus propios delirios.

—Oh, fue algo más que eso. Pablo *sabía* . Dios le había revelado los acontecimientos. Pablo dijo que el barco sería destruido. Y así fue. —Comió la carne remojada.

—Continúa —dijo Marcus, cuyo apetito se había esfumado por sus ansias de escuchar más.

—El navío empezó a desintegrarse y los soldados estaban listos para matar a los prisioneros en lugar de ayudarlos a escapar —prosiguió Sátiro—. Perderían su propia vida si lo hacían. Julio los detuvo. Mientras eso estaba sucediendo, los que sabían nadar saltaron por la borda y el resto flotó sobre tablas o cualquier otra cosa que hubiera en el barco. La isla era Malta. Ninguna persona pereció. Ni una, mi señor. Eso es realmente sorprendente.

—Quizás —dijo Marcus—. Pero ¿por qué le dio el crédito a este Cristo judío de salvar a todos? ¿Por qué no le dio las gracias a Neptuno o a algún otro glorioso miembro del Panteón?

—Porque todos clamábamos a nuestros dioses pidiéndoles ayuda. ¡Brahma! ¡Visnú! ¡Váruna! Ninguno contestó. Y, luego, en Malta sucedieron cosas todavía más sorprendentes para confirmarme a mí y a todos los demás que Pablo era servidor de un Dios todopoderoso.

Vio el profundo interés de Marcus y trató de explicarlo.

—Los nativos nos recibieron amablemente. Nos hicieron una fogata, pero ni bien nos instalamos frente a ella, apareció una víbora y le clavó los colmillos a Pablo en la mano. Él se sacudió la serpiente y la arrojó al fuego. Todos sabían que era venenosa y que él pronto moriría por la mordida. La gente estaba convencida de que era un asesino y que la serpiente había sido enviada como un castigo de los dioses.

—Obviamente, no murió. Yo estaba en Roma cuando fue llevado allá bajo custodia.

—No. No murió. Ni siquiera se enfermó. La mano no se le hinchó. Nada. Los nativos esperaron toda la noche. Para la mañana siguiente, estaban convencidos de que era un dios y lo adoraron como tal. Pablo les dijo que no era un dios, sino un simple siervo de aquel a quien él llamaba Jesús, el Cristo. Les predicó lo que nos había dicho a nosotros.

Sátiro agarró varios higos secos de la fuente.

—Nuestro anfitrión, Publio, era el hombre principal de la isla. Él nos albergó durante tres días y, entonces, su padre se enfermó de gravedad. Pablo sanó al anciano simplemente poniendo sus manos sobre él. En un momento, el padre de Publio estaba a punto de morir y, al otro, estaba de pie y perfectamente sano. Se corrió la voz y los enfermos vinieron de todas partes de la isla.

—¿Los sanó a todos?

—A todos los que yo vi, sí. El pueblo nos honró a todos por la presencia de Pablo. Hicieron los arreglos para que continuáramos nuestro viaje y hasta nos proveyeron lo necesario. Pablo partió en un barco alejandrino que tenía a Cástor y a Pólux como mascarones. Yo zarpé en otro barco. Nunca volví a verlo.

La pregunta que había molestado a Marcus durante meses ahora consumía sus pensamientos como una fiebre. Levantó su copa y frunció el ceño.

—Si este dios era tan poderoso, ¿por qué no salvó a Pablo de morir ejecutado?

Sátiro negó con la cabeza.

—No lo sé. Me lo pregunté cuando me enteré de su destino. Pero esto es lo que sé: por muy oculto que haya estado, hubo un propósito.

Marcus se quedó mirando fija y seriamente su vino.

—Me parece que este Cristo destruye a todos los que creen en él. —Vació su copa y la dejó sobre la mesa—. Me gustaría saber por qué.

—No tengo la respuesta para eso, mi señor. Pero le diré lo siguiente: después de conocer a Pablo, sé que el mundo no es todo lo que aparenta ser. Los dioses que veneramos nosotros los romanos no se comparan con el Dios a quien él servía.

—Es Roma la que gobierna al mundo, Sátiro —dijo Marcus con sarcasmo—. No ese Jesús del que hablaba Pablo. Solo tienes que ver qué pasó en Judea para saber eso.

—Me queda la duda. Pablo decía que Jesús venció a la muerte y marcó el camino para todo el que crea en él.

—Yo no he visto a un solo cristiano vencer a la muerte —dijo Marcus con voz dura—. Todos enfrentan la muerte alabando a Jesucristo. Y todos mueren igual que cualquier otro hombre o mujer.

Sátiro estudió atentamente a Marcus, sintiendo que un profundo tormento lo estaba impulsando a cruzar los mares hacia una tierra rebelde.

—Si es a este Dios a quien busca, yo andaría con mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Él puede destruirlo.

Marcus torció la boca amargamente.

—Ya lo hizo —dijo enigmáticamente y se levantó. Le agradeció a Sátiro su hospitalidad y se marchó.

Los días pasaban lentamente, pese a que los vientos seguían siendo buenos y las condiciones del mar eran favorables.

Marcus caminaba por la cubierta a toda hora, luchando con sus profundas emociones. Finalmente volvía a su cuarto, una pequeña recámara privada amueblada con sencillez. Se tendía en el sillón estrecho empotrado en la pared y se quedaba mirando el techo de madera lustrada.

Dormía muy mal. Hadasa se le aparecía en sueños todas las noches. Ella clamaba a él y él luchaba contra unas manos que lo retenían. Julia también aparecía, y Primus. Calabá se regodeaba cuando los leones rugían. Él veía que uno corría hacia Hadasa y él forcejeaba desesperadamente contra sus ataduras y, entonces, la bestia saltaba y la derribaba.

Noche tras noche, se despertaba abruptamente, temblando y con el cuerpo bañado en sudor, con el corazón palpitando fuertemente.

Se sentó y se agarró la cabeza. Hundió los dedos en su cabello, maldijo y luchó contra el dolor que lo agobiaba.

Cerró los ojos y recordó a Hadasa arrodillada a la luz de la luna con las manos levantadas hacia su dios. Recordó cómo le sostuvo el rostro entre sus manos y la miró a los hermosos ojos marrones, esos ojos tan llenos de amor y serenidad. Cada parte de su ser la añoraba, la ansiaba con un hambre tan profunda que gimió.

«¿Qué clase de dios eres tú para matarla? —dijo con voz ronca y los ojos ardientes por las lágrimas—. ¿Por qué permitiste que pasara eso? —Se encendió de indignación y cerró los puños —. Quiero saber quién eres —susurró entre dientes apretados—. Quiero saber...».

Se levantó más temprano que todos los demás y se vistió para ir a la cubierta superior. Necesitaba el punzante aire frío del mar, pero, aun parado en la proa, sentía la presencia de Hadasa junto a él. Ella lo perseguía, pero él estaba agradecido. Los recuerdos que tenía de ella eran lo único que le quedaba.

Los pasajeros se despertaron y comenzaron a circular cuando salió el sol. Cruzó hacia el lado de sotavento para estar solo. La mayoría de los pasajeros eran árabes y sirios que habían terminado sus negocios en Éfeso y volvían a casa. Marcus hablaba el idioma de ellos solo de manera rudimentaria y no quería compañía. La corbita podía transportar hasta 300 en este barco solo iban 157 porque Marcus había ordenado que la mayor parte del espacio se utilizara para la carga. Estaba agradecido de que no hubiera más personas a bordo.

Los vientos eran favorables y la nave mantuvo un curso estable. Inquieto, Marcus paseaba la

cubierta todos los días hasta quedar exhausto. Cenaba con el capitán y volvía a su cuarto.

Cuando aún faltaban unos días para Cesarea, empezó a sentirse más calmado. Colocó sus antebrazos sobre una pila de cajones y miró fijamente hacia adelante, al mar azul verdoso que destellaba con el reflejo de la luz del sol. Sabía que pronto comenzaría su búsqueda por la tierra de Judea.

Los marineros se llamaban unos a otros mientras trabajaban las líneas. Las velas cuadradas se tensaron sobre Marcus. El barco se movía suavemente en el agua. El Minerva había hecho un buen tiempo hasta el momento, pero Marcus seguía impaciente, ansioso por llegar a su destino.

Un delfín saltó debajo de él.

Al principio, casi no lo notó; luego, apareció de nuevo. Se sumergió y luego salió, manteniendo un ritmo constante junto a la embarcación. Salió derecho hacia arriba una vez e hizo un raro charloteo antes de salpicar el mar al entrar nuevamente. Un hombre de la tripulación que se encargaba de las velas lo vio y clamó que los dioses estaban con ellos. Los pasajeros fueron apresuradamente a sotavento y se amontonaron para verlo. Un árabe vestido con un albornoz rojo con una banda negra avanzó a empujones para tener una vista mejor.

El delfín salió una y otra vez, justo debajo de Marcus. Arqueándose con gracia, saltó reiteradas veces y se deslizó elegantemente bajo la superficie del mar. Tres otros se unieron al animal juguetón y todos saltaron al unísono, deleitando a los pasajeros, quienes comenzaron a gritarles saludos en varios idiomas.

—¡Es un buen augurio! —dijo alguien con alegría.

—¡Oh, servidor de Neptuno! —gritó otro solemnemente—. ¡Te damos gracias por bendecir nuestro barco!

—¡Una ofrenda! ¡Una ofrenda! ¡Denles una ofrenda!

Varios pasajeros arrojaron monedas al mar. Una golpeó al primer delfín y lo asustó. Este se desvió y desapareció, seguido de los otros. La excitación se desvaneció con la partida de las criaturas. Los pasajeros empezaron a deambular y se alejaron de Marcus, buscando sitios y maneras de pasar el tiempo. Varios grupos se reunieron para jugar con unos dados pequeños, mientras otros dormitaban al sol.

Sátiro le entregó el timón al primer oficial y bajó para acompañar a Marcus.

—Es una buena señal para su viaje, mi señor.

—¿Me enviaría el Mesías judío un mensaje por medio de un símbolo pagano? —dijo Marcus secamente con los brazos todavía apoyados en la borda, mientras miraba fijamente los destellos de la luz del sol sobre el agua azul verdosa.

—Según Pablo, todas las cosas fueron creadas por este Dios al que usted busca. ¿No le parece lógico que pueda comunicarse con usted a través de cualquier medio que él elija?

—Y, por eso, un dios todopoderoso envía a un pez.

Sátiro lo miró fijamente.

—El delfín es un símbolo que todos reconocemos, mi señor, aun los que no tienen fe en ninguna religión. Quizás, Dios envió al delfín para darle esperanza.

—Yo no necesito esperanza. Necesito respuestas. —Su rostro se endureció. Desafiante y enojado, extendió las manos hacia el agua—. ¡Escúchame, mensajero del Todopoderoso! ¡No acepto ningún emisario!

Sátiro sintió el miedo que debía tener Marcus.

—¿Usted desafía a Dios sin pensar en las consecuencias?

Marcus se sujetó de la borda.

—Yo *quiero* las consecuencias. Por lo menos, así sabría si este dios existe realmente; que no

es una ilusión que alguien ideó para imponérsela a la humanidad crédula.

Sátiro se apartó.

—Él existe.

—¿Por qué piensas eso? ¿Porque sobreviviste a una tormenta y a un naufragio? ¿Porque una serpiente mordió a un hombre y él no murió por causa de eso? El Pablo del que hablas murió, Sátiro. De rodillas, con su cabeza sobre un tajo. Dime, ¿para qué sirve un dios que no protege a los suyos?

—No tengo las respuestas que usted busca.

—Nadie las tiene. Ningún hombre, al menos. Solamente este dios, si es que habla. —Levantó la cabeza y clamó en voz alta—. ¡Quiero saber!

—Usted se burla de Él. ¿Y si lo escucha?

—Que escuche —dijo, y luego lo repitió—. ¿ *Escuchas* ? —gritó las palabras sobre el mar, como un desafío, ignorante e indiferente de las miradas curiosas que atraía—. Quiero que me escuche, Sátiro. Lo desafío a escuchar .

Sátiro ahora deseó haber mantenido su distancia de Marcus Valeriano.

—Está poniendo en riesgo su vida.

Marcus lanzó una risa crispada.

—Mi vida, tal cual es, no significa nada para mí. Si el dios de los judíos decide tomarla, que lo haga. De todas maneras, está vacía y no tiene sentido. —Volvió a inclinarse sobre la borda con el cuerpo rígido y la mandíbula dura—. Pero que me mire a la cara cuando lo haga.

8

Alejandro entró en el patio del Asclepeion. Dos hombres con una litera vacía pasaron apurados junto a él hacia la puerta y desaparecieron al otro lado de los muros. Frunciendo el ceño, se inclinó hacia adelante evaluando la lúgubre escena que tenía por delante.

Cuando era niño, su padre lo había llevado hasta el Asclepeion de Atenas con la esperanza de que sus ofrendas y la vigilia de todo el día salvara de la fiebre al hermano menor y a la hermana mayor de Alejandro. Había estado oscuro cuando él y su padre llegaron, como lo estaba ahora; la única luz de las antorchas titilantes arrojaba sombras fantasmales sobre el mármol reluciente del gran patio. La escena que había visto entonces al entrar en las puertas le había estrujado el estómago con una angustia indecible...

Y ahora, mientras miraba el espectáculo trágico ante él, volvió a llenarse de esa misma angustia y de una sensación aplastante de impotencia.

En las escalinatas del templo había tendidas personas enfermas, adoloridas, agonizantes. Alejandro luchó contra sus emociones mientras recorría con los ojos las formas diseminadas a su alrededor; luego, se dio vuelta hacia Hadasa.

Su expresión estupefacta lo dejó helado y se le cayó el alma a los pies. Había temido la reacción de ella a lo que vería y, la noche anterior, había intentado prepararla.

«Mi padre fue un esclavo», le contó, mientras observaba su rostro a la luz titilante de la lamparilla de aceite que estaba sobre la mesa entre ellos. Pudo ver su mirada sorprendida por lo que acababa de decirle, porque Alejandro casi nunca hablaba de sí mismo ni de su pasado. Solamente lo había hecho ahora para ayudarla a entender qué tenía planeado hacer.

—Tuvo la suerte de pertenecerle a un amo bondadoso y, como tenía visión para los negocios, padre fue puesto a cargo de las finanzas de su amo. Recibió una parte de dinero para que hiciera sus propias inversiones y se las ingenió para ganar lo suficiente para comprar su libertad. Para retener sus servicios, Cayo Anco Herófilo, mi abuelo, le propuso que se casara con su hija Drusila. Mi padre había estado enamorado de mi madre durante mucho tiempo y aceptó con alegría. Cuando mi abuelo murió, mi padre heredó su patrimonio a través de mi madre. Tuvieron siete hijos...

Cuando hizo una pausa, los ojos de Hadasa habían escudriñado su rostro. Alejandro se dio cuenta de que ella había visto que no había terminado. Así que, simplemente, se quedó en silencio, esperando.

Alejandro la miró con ojos que reflejaban un antiguo dolor.

—Mis padres tenían propiedades, dinero y prestigio. Todos los beneficios que uno podría desear. Pero, a pesar de todo eso, yo soy el único hijo que sobrevivió. Uno por uno, mis hermanos y hermanas murieron aún pequeños. Y todo el dinero, todas las oraciones y las ofrendas en los templos, todas las lágrimas que derramó mi madre, no cambiaron las cosas.

—¿Es por eso que decidió hacerse médico?

—En parte. Vi morir a mis hermanos y hermanas a causa de diversas enfermedades y padecimientos infantiles, y vi el dolor que le costó a mis padres. Pero hubo otros motivos. También fue lo que sentía cada vez que mi padre me llevaba al Asclepeion a suplicar el favor del dios. Me sentía inútil frente a la miseria que veía allí. No había ninguna evidencia de poder. Solo sufrimiento. Y yo quería hacer algo al respecto. Desde entonces he aprendido que no se puede

cambiar mucho en este mundo. Yo hago lo que puedo y trato de conformarme con eso. —Luego estiró su mano para tomar la de ella—. Escúchame, Hadasa. Mañana verás cosas que te arrancarán el corazón. Pero podremos llevarnos un solo paciente.

Ella asintió.

—Sí, mi señor.

—Te aconsejo que no tengas expectativas. Cualquier persona a quien elijamos tiene pocas probabilidades de sobrevivir. Los esclavos que ves en el Asclepeion son inútiles para sus amos y los han dejado allí para que mueran. He fracasado más veces de las que he tenido éxito al tratarlos.

—¿Cuántas veces lo ha hecho?

—Una docena; tal vez, más. La primera vez, intenté atender a un esclavo abandonado en un templo de Roma. En ese momento, tenía más dinero y un alojamiento privado. Pero el hombre murió a la semana. Aun así, por lo menos murió con un poco de comodidad. Perdí a cuatro más después de eso y casi me doy por vencido.

Los ojos de ella habían brillado con compasión.

—¿Por qué no se dio por vencido?

—Porque parte de mi entrenamiento incluía la adoración formal a las deidades sanadoras. No podía pasar al lado de esas personas fingiendo que no estaban allí. —Suspiró, sacudiendo la cabeza—. No puedo afirmar que mis intenciones fueran completa mente altruistas. Cuando un estudiante de medicina pierde a un paciente abandonado en las escalinatas del Asclepeion, a nadie le importa. Pero si pierdes a un hombre libre de posición, despídete de tu futuro. —Una mueca le atravesó el rostro—. Mis motivaciones son buenas y malas a la vez, Hadasa. Quiero ayudar, pero también quiero aprender.

—¿Alguno de esos pacientes vive?

—Tres. Uno en Roma, un griego tan testarudo como mi padre. Y dos en Alejandría.

—Entonces, lo que hizo valió la pena —dijo ella con una certeza tranquila.

Ahora, sin embargo, viendo la expresión en el rostro de Hadasa, Alejandro se preguntaba si era correcto seguir haciendo esto... y si debería haber traído a Hadasa con él. A pesar de todo lo que le había dicho la noche anterior, se daba cuenta de que Hadasa estaba horrorizada al ver a tantos esclavos abandonados en las escalinatas del templo.

« *Oh* », susurró ella, deteniéndose junto a él. Esa simple palabra le atravesó el corazón con su caudal de compasión y pena.

Alejandro miró hacia otro lado; de repente tenía la garganta cerrada por la emoción. Luego de un instante, habló con una voz ronca.

—Vamos. No tenemos mucho tiempo.

Pasó al lado de un hombre canoso y esquelético y se agachó junto a uno más joven. Hadasa lo siguió hacia los escalones de mármol del Asclepeion, pero se detuvo al lado del hombre que él había pasado de largo. Se arrodilló y tocó la frente afiebrada del anciano. Él no abrió los ojos.

—Déjalo —le dijo Alejandro mientras cruzaba a grandes pasos el patio hacia los escalones del Asclepeion.

Hadasa levantó la vista y lo vio pasar rápidamente al lado de otros dos esclavos abandonados. Sus amos ni siquiera se habían tomado el tiempo de colocarlos en lo más alto de las escalinatas del templo, donde podían tener cierto refugio. Este pobre viejo había sido desechado apenas unos centímetros dentro de los propileos. Otros, allí cerca, yacían inconscientes, devastados por enfermedades desconocidas.

—Buscaremos uno que pueda ser curado y haremos lo que podamos —le había dicho

Alejandro varias veces la noche anterior, añadiendo una advertencia—: Verás a muchos que tienen enfermedades fatales o que, simplemente, están viejos y exhaustos. Debes endurecerte para pasar de largo, Hadasa. Solo podremos traer a uno con nosotros, un hombre que tenga una posibilidad de sobrevivir.

Hadasa miró hacia las escalinatas de mármol reluciente del templo pagano y contó más de veinte hombres y mujeres tendidos en ellas. Humanidad descartada. Volvió a mirar al anciano. Lo habían abandonado allí durante la noche y ni siquiera le habían dejado una manta para cubrirse.

—Déjalo —le dijo Alejandro severamente.

—Podríamos...

—Mira el color de su piel, Hadasa. No sobrevivirá el día de hoy. Además, es viejo. Uno más joven tiene mejores probabilidades.

Hadasa vio parpadear al anciano y sintió una pena irracional.

—Hay alguien que te ama —le dijo—. Su nombre es Jesús. —El anciano estaba demasiado débil y enfermo para hablar, pero cuando levantó la mirada y la vio con sus ojos vidriosos por la fiebre, ella le habló de las Buenas Nuevas de Cristo. Hadasa no sabía si él había entendido o había recibido consuelo, pero tomó su mano entre las de ella—. Cree y sé salvo —dijo—. Recibe consuelo.

Alejandro miró seriamente la selección de esclavos abandonados que tenía ante él. La mayoría estaba demasiado cerca de la muerte para justificar atención. Al mirar hacia atrás, vio a Hadasa todavía inclinada sobre el anciano moribundo.

—¡Hadasa! —gritó en tono de orden esta vez—. Aléjate de él. —Le hizo un gesto para que lo siguiera—. Revisa a los demás.

Presionó la mano débil del anciano contra su mejilla velada y oró:

—Padre, ten misericordia de este hombre. —Se quitó el chal y se lo puso encima con los ojos empañados por las lágrimas, mientras él le sonreía débilmente—. Por favor, Yeshúa, acéptalo para que esté contigo en el paraíso. —Se puso de pie con dolor, sin posibilidades de hacer más por él.

Apoyándose fuertemente en su bastón, cruzó el patio y subió las escalinatas detrás de Alejandro. Empezó a agacharse hacia otro hombre, pero el joven médico le dijo que no perdiera el tiempo con ese tampoco.

—Está muerto. Mira a esos otros que están por allá.

Mientras subía penosamente los escalones, miraba a cada hombre o mujer abandonados sobre las escalinatas resplandecientes del Asclepeion. Quería gritar de indignación. Más de veinte esclavos enfermos y moribundos habían sido dejados allí por sus amos desalmados. Algunos ya habían muerto y pronto serían retirados por los auxiliares del templo. Otros, como el anciano, yacían semiinconscientes, sin esperanza ni consuelo, esperando la muerte. Unos pocos se quejaban de dolor y delirio.

Los auxiliares del templo ya estaban moviendo a algunos, no porque les importaran, sino para retirarlos de la vista y no ofen der a los adoradores de las primeras horas de la mañana, algunos de los cuales ya habían llegado en sus literas afelpadas y cubiertas por velos, cargadas por esclavos. Mientras los devotos ricos descendían y subían a pie las escalinatas, mantenían la mirada fija hacia adelante, enfocándose en el magnífico templo, en lugar de en los humanos sufrientes que había frente a él. Tenían problemas propios por los cuales preocuparse y (a diferencia de los que estaban desparramados a sus pies) el dinero necesario para las ofrendas ceremoniales y las oraciones.

Hadasa se agachó delante de otro hombre. Lo giró cuidadosamente y vio que ya estaba muerto. Mientras se levantaba, se sintió débil y nauseosa. Tanto dolor y sufrimiento, y solo una de estas penosas criaturas recibiría toda la atención y los cuidados médicos de Alejandro.

Dios, ¿quién tiene que ser? ¿A quién le salvarás la vida hoy? Miró a su alrededor, confundida y desanimada. *¿A quién, Señor?*

Sintió que alguien la observaba y se dio vuelta. Varios escalones más arriba yacía un hombre de talla grande y piel oscura, con los ojos negros y febriles mirándola fijamente, sin pestañear. Era de rasgos aguileños y tenía puesta una túnica gris manchada.

Un árabe.

Le hizo recordar de manera desgarradora la larga marcha desde Jerusalén, cuando la habían encadenado a otras cautivas. Hombres muy parecidos a él les habían arrojado estiércol a ella y a las otras prisioneras judías. Hombres como él la habían escupido mientras pasaba caminando.

¿Este, Señor? Miró hacia otra parte; su mirada repasó otra vez a todos los demás y volvió al árabe que tenía cerca.

Este.

Hadasa subió con esfuerzo los escalones hasta él.

Sus dedos pasaban cuentas velozmente con cada oración que decía roncamente. A Visnú.

Hadasa bajó con dolor hasta el escalón de mármol justo debajo de él y dejó a un lado su bastón. Tomó la mano de él entre las suyas, silenciando sus plegarias vanas y repetitivas. «Shhh —dijo suavemente—. Dios escucha tus oraciones». Él aflojó los dedos y ella tomó la cadena de cuentas y la metió en su faja en custodia, en caso de que la quisiera después. Le tocó la frente tímidamente y evaluó sus ojos cuando levantó la mirada hacia ella. Le sorprendió el miedo que había en sus ojos. ¿Pensaría que ella era el espectro de la muerte, cubierta por sus velos? El hombre respiraba con dificultad.

Hadasa levantó la cabeza y le hizo un gesto a Alejandro.

—¡Aquí, mi señor !

Alejandro caminó apresuradamente hacia ella. Cuando los alcanzó, el hombre tosió. Fue una tos que venía de la profundidad de sus pulmones, estremeciéndole el cuerpo. Alejandro vio las pequeñas manchas de sangre en el mármol inmaculado.

—Fiebre pulmonar —dijo con gravedad y sacudió la cabeza.

—Este es el indicado —dijo Hadasa y deslizó su brazo debajo de los hombros anchos del hombre.

—Hadasa, la enfermedad ya le ha consumido los pulmones. No puedo hacer nada por él.

Ignorándolo, le habló al árabe.

—Te llevaremos a casa con nosotros. Te daremos medicina y comida. Tendrás cobijo y descanso. —Lo ayudó a incorporarse—. Dios me ha enviado a ti.

—Hadasa —dijo Alejandro con la boca tensa.

—Este —dijo ella y Alejandro la miró severamente. Nunca había visto en ella una determinación tan intensa.

—Muy bien —dijo él y puso la mano en el hombro de Hadasa—. Yo lo llevaré. —La ayudó a ponerse de pie y la apartó. Le entregó a Hadasa su bastón, luego buscó ayuda a su alrededor y llamó a dos auxiliares del templo. Impacientes por sacar del medio al hombre enfermo, lo levantaron con facilidad y lo llevaron a una litera alquilada.

Alejandro volvió a mirar al árabe. Desperdiciarían las medicinas y el tiempo con este.

Hadasa se resistía a irse, mirando a todos los otros que habían sido abandonados para morir.

—Ven, Hadasa. Debemos indicarles el camino a estos hombres —dijo Alejandro. Ella agachó

la cabeza de una manera que le indicó que estaba llorando en silencio detrás de sus velos. Frunció el ceño—. Debería haberte dejado en la caseta en lugar de traerte a ver esto.

La mano de ella se puso blanca sobre el bastón mientras caminaba con él.

—¿Es mejor esconderse de lo que pasa en el mundo que saberlo?

—A veces. Especialmente cuando no hay nada que puedas hacer para cambiarlo —dijo él, caminando más despacio para facilitarle el paso.

—Está cambiándolo para un hombre —dijo ella.

Alejandro miró al árabe que era llevado en la litera descubierta. Su piel morena tenía un leve matiz grisáceo y un brillo de sudor. Las ojeras debajo de sus ojos eran profundas.

—Dudo que viva.

—Vivirá.

Alejandro se sorprendió ante su convicción, pero, por experien cia previa, había aprendido a respetar lo que Hadasa decía. Ella tenía un conocimiento que él no podía descifrar.

—Haré lo que pueda por él, pero dependerá de Dios si vive o muere.

—Sí —dijo ella y se quedó en silencio. Por cómo caminaba y sostenía su bastón, Alejandro supo que todos los esfuerzos de Hadasa ahora estaban concentrados en caminar por las calles llenas de gente. Permaneció apenas adelante de ella con la litera a su izquierda para proteger su camino. Estaba cansada y adolorida. No necesitaba que un transeúnte descuidado la empujara, y él estaba decidido a asegurarse de que nadie lo hiciera.

Cuando llegaron a la caseta, Alejandro acostó al árabe en la mesa para examinarlo mejor. Hadasa tomó la botella de cuero de cabra del gancho en la pared y sirvió agua en un vaso de barro. Volvió a colgar la botella en su gancho y se acercó para poner su brazo debajo de los hombros del hombre, levantándolo lo suficiente para que pudiera beber.

—¿Debo marcar este vaso para que no lo usemos por error, mi señor?

Él se rió.

—¿Ahora que lograste lo que querías de traerlo aquí, soy “mi señor” nuevamente?

—Por supuesto, mi señor —volvió a decir y él escuchó la sonrisa en su tono de voz.

Bajó al árabe y Alejandro la observó acariciar el cabello del hombre hacia atrás como lo haría una madre. Conocía la ternura que había en su caricia y la compasión que irradiaba de sus ojos. De pronto, se sintió estremecido por el impulso de protegerla. La idea de que alguien hubiera podido desearle la muerte, que hubiera ordenado arrojarla a los leones, lo llenó de una furia que lo sorprendió.

Abruptamente, miró al árabe.

—Tu nombre —le dijo.

—Amrafel —dijo con voz ronca—. Rashid Qued-or-laomer —concluyó.

—Es demasiado nombre para cualquier hombre —dijo Alejandro—. Te llamaremos Rashid. —Tomó el paño húmedo que Hadasa le tendió y lo pasó por el rostro sudoroso del hombre—. Ahora no tienes amo, Rashid. ¿Me entiendes? Quien haya sido el que te dejó en las escalinatas perdió todos los derechos que tenía sobre ti. Yo no reclamo ninguno. Tu única obligación hacia mí es hacer lo que yo te diga hasta que estés bien. Entonces, tú decidirás si quieres irte o quedarte y trabajar conmigo.

Rashid tosió fuertemente. Alejandro se mantuvo al costado y lo observó con una expresión sombría. Cuando finalmente pasaron los espasmos, Rashid gimió de dolor y se echó débilmente hacia atrás sobre la mesa.

Hadasa se acercó y se paró nuevamente junto a la mesa. Apoyó su mano sobre el pecho de Rashid y sintió el latido fuerte y regular del corazón. *Él vivirá* . La voz suave y tranquila volvió

a asegurárselo. Dios sabía cómo. Dios sabía por qué.

Relajándose, Rashid puso su mano sobre la de ella y la miró con unos ojos hundidos y oscuros. Hadasa volvió a sacarle el cabello de la frente con suavidad.

—Dios no te ha abandonado.

Él reconoció el acento judío y frunció un poco el ceño. ¿Por qué una judía había tenido piedad de un árabe?

—Descansa. Te prepararemos una cama.

Cuando estuvo lista, Alejandro lo ayudó a echarse en ella. Se quedó dormido casi al instante en que lo cubrieron con las mantas de lana.

Alejandro se quedó parado con las manos apoyadas en las caderas, mirando hacia abajo a su paciente dormido.

—Cuando estaba sano, debe haber sido un hombre digno de tener en cuenta.

—Lo será nuevamente. ¿Cómo lo tratará?

—Con marrubio y llantén; no creo que le vayan a servir de mucho en este punto de la enfermedad.

—Prepararé una cataplasma de fenogreco —dijo ella.

—Francamente, sería más productivo que le supliques a tu Dios por su bien.

—Ya estuve orando, mi señor, y continuaré haciéndolo —dijo—. Pero también hay cosas que podemos hacer por él.

—Entonces, manos a la obra.

9

Rashid hizo muy poco más que dormir durante las semanas siguientes. Su estera estaba contra la pared trasera de la caseta, fuera del camino. Cuando estaba despierto, veía a Alejandro y a Hadasa cuidar a los pacientes. Escuchaba todo lo que se decía y observaba lo que se hacía.

Hadasa le dio pescado, verduras y pan remojado en vino dos veces al día. Aunque no tenía apetito, ella insistía que comiera.

—Recuperarás tus fuerzas. —Le hablaba con tanta seguridad, que él la obedecía.

Cuando el largo día terminaba, la miraba mientras ella preparaba la cena. Siempre le servía primero a él, luego al médico, lo cual lo sorprendía. Como consideraba apropiado, la mujer se servía solo después de que los hombres hubieran comido hasta saciarse.

Cada noche los escuchaba mantener largas charlas sobre cada uno de los pacientes. Pronto, Rashid tuvo la impresión de que la mujer con velos sabía más que el propio médico acerca de cada hombre, mujer y niño que llegaba a la caseta. El médico escuchaba las palabras; la mujer le prestaba atención a su dolor, su angustia y sus miedos. El médico veía a cada paciente como una dolencia física. La mujer conocía sus almas... de la misma manera que había conocido la suya desde el momento que lo miró a los ojos. Lo sintió cuando ella lo tocó.

Las personas venían más a menudo a verla a ella, pero Hadasa las guiaba amablemente al médico. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, Rashid no pudo evitar preguntarse si lo que hacía el médico serviría de algo sin la presencia de la mujer.

Miró a Alejandro sentado en su mesa de trabajo, trasfiriendo a los pergaminos todo lo que Hadasa había escrito en las tablillas y agregando lo que él había hecho por cada paciente. Cuando terminaba esta tarea, hacía el inventario vespertino de drogas y tomaba nota de las que se necesitaban. Preparaba los medicamentos.

Y, mientras él trabajaba, ella se sentaba, escondida debajo de sus velos, en el pequeño banquillo cerca del brasero, orando .

A Rashid le parecía que ella oraba constantemente. A veces, Rashid la escuchaba canturreando en voz baja. Otras veces, separaba sus manos y las extendía, con las palmas hacia arriba. Incluso durante el día, mientras estaba viendo a los enfermos, tenía un aire que a él le hacía pensar que estaba *escuchando* y contemplando algo invisible.

Verla lo llenaba de una sensación de paz, pues había visto suceder cosas asombrosas en esta caseta durante las últimas semanas. Estaba convencido de que el Dios de Abraham la había tocado con poder.

Cuando empezó a mejorar, pudo sentarse afuera en una esterilla y escuchar otras cosas. « *Ella tiene el toque sanador* ». Más de una persona le decía estas palabras a cualquiera que escuchara. La noticia sobre Hadasa y Alejandro estaba comenzando a difundirse porque algunos de los que iban a verlos no eran de las callejuelas cercanas al muelle ni a los baños, sino del otro lado de la ciudad.

Todas las mañanas, una pequeña multitud se amontonaba afuera de la caseta. Se les podía escuchar susurrando llenos de respeto, esperando que el biombo fuera retirado y la caseta abriera. Algunos venían porque estaban enfermos o lesionados y necesitaban cuidados médicos. Otros venían a escuchar las historias de Hadasa y a hacerle preguntas acerca de su dios.

Una mujer llamada Eficaris venía a menudo con su hija Helena. También, un hombre llamado

Boeto. A veces traía a su esposa y a sus cuatro hijos. Nunca se iba sin darle a Hadasa una moneda «para alguien que la necesite». Y siempre esa moneda era entregada a alguien antes de que el día hubiese concluido.

Una mañana, una mujer joven vino a la caseta. Rashid le prestó atención inmediatamente porque era como un bonito pinzón en medio de una bandada de simples gorriones parduscos. Aunque estaba vestida con una sencilla túnica marrón, un cinturón blanco y un chal recogido sobre su cabello oscuro, su belleza era cautivadora. Una mujer como esa estaba hecha para las sedas y joyas.

Hadasa estaba encantada de verla.

—¡Severina! Ven, siéntate. Cuéntame cómo estás.

Rashid miró fijamente a Severina, que se movía con gracia entre los demás. Poseía el resplandor de una estrella que brillaba en los cielos mientras tomaba asiento en el banquillo junto a la mesa de Hadasa. Entonces dijo:

—No creí que me recordarías. Estuve aquí hace mucho tiempo.

Hadasa cubrió la mano de la mujer con la suya.

—Te ves muy saludable.

—Lo estoy —dijo ella—. No volví al Artemision .

Hadasa no dijo nada, dándole la libertad para que contara más, si quería. Severina levantó la mirada.

—Me vendí como esclava doméstica. El amo que me compró es amable, así como su esposa. Ella me ha enseñado a tejer. Disfruto mucho ese trabajo.

—El Señor ha sido bueno contigo.

Los ojos de Severina se llenaron de lágrimas. Con manos temblorosas, tomó la de Hadasa y la apretó entre las suyas.

—Tú fuiste buena conmigo cuando vine aquí. Me preguntaste mi nombre. Te acordaste de mí. Es una cosa tan simple y, sin embargo, no te imaginas lo importante que es. —Se sonrojó. Soltando a Hadasa, se puso de pie—. Solo quería que lo supieras —susurró y se alejó rápidamente.

Hadasa se levantó torpemente.

—Severina, espera. Por favor. —Rengueó hasta el lugar donde la joven se había quedado, indecisa, al borde del círculo de pacientes que esperaban. Hablaron varios minutos mientras los demás las observaban. Hadasa la abrazó y Severina se aferró a ella; luego, se apartó y se alejó caminando aprisa.

Rashid le prestó atención al andar tieso y doloroso de Hadasa cuando volvió caminando hasta su banquillo. Se preguntó si ella se habría dado cuenta de que varios pacientes, que se habían sentado en la calle adoquinada a esperar al médico, habían tocado su dobladillo mientras pasaba.

Cada día traía mejoría para el árabe. Alejandro lo examinaba a diario y anotaba la dosis de marrubio y de llantén que le había dado, así como las cataplasmas de fenogreco que Hadasa le adhería al pecho. Quizás estas cosas, así como la comida nutritiva y el calor de las mantas y el refugio, habían tenido que ver con salvarlo de la muerte. Pero Rashid sabía que se trataba de algo más que la medicina o el refugio lo que le había devuelto la vida. A causa de su conocimiento, trataba a Hadasa con un respeto que rozaba en reverencia.

Sin embargo, una cosa lo preocupaba grandemente. Una noche se armó de valor y buscó la respuesta.

—¿Usted es su esclava, mi señora?

—No exactamente —dijo ella.

Alejandro estaba inclinado sobre un pergamino en el cual escribía. Levantó la mirada ante su respuesta.

—Ella es libre, Rashid. De la misma manera que tú.

Hadasa giró hacia Alejandro.

—Soy esclava, mi señor, y seguiré siéndolo hasta que sea legalmente liberada .

Rashid vio que la respuesta había molestado al médico, pues dejó su estilo y se dio vuelta completamente en su banquillo.

—Tus amos perdieron todos sus derechos sobre ti cuando te mandaron a la arena. Tu dios te protegió y *yo* te restituí nuevamente.

—Si se supiera que sobreviví, mi señor, mi ama tendría el derecho de exigirme que regresara.

—Entonces, no lo sabrá —dijo él con sencillez—. Dime su nombre para que pueda evitarla.

Hadasa se quedó callada.

—¿Por qué no se lo dice? —preguntó Rashid, perplejo.

Alejandro sonrió irónicamente.

—Porque es terca, Rashid. Tú ves todos los días lo terca que es.

—Si no fuera por ella, usted habría pasado de largo junto a mí en las escalinatas del Asclepeion —dijo Rashid sombríamente.

Las cejas de Alejandro se alzaron levemente.

—Reconozco que es verdad. Pensé que estabas al borde de la muerte.

—Lo estaba.

—Parecería que no lo suficientemente cerca. Cada día te pones más fuerte.

—Estuve más cerca de la muerte de lo que usted sabe. *Ella* me tocó.

Su intención había sido muy clara y Alejandro le sonrió irónicamente a Hadasa.

—Está claro que él cree que mi asistencia no tuvo nada que ver con su mejoría. —Volvió a sus pergaminos.

—No me atribuyas a mí el haberte sanado, Rashid —dijo Hadasa consternada—. No fui yo, sino Cristo Jesús.

—Usted le ha dicho a otros que este Cristo mora en usted —dijo Rashid.

—Como mora en todos los que creen en Él. Él moraría en ti, si decidieras abrirle tu corazón.

—Yo le pertenezco a Siva.

—Ambos somos hijos de Abraham, Rashid. Y solo hay un Dios, el Dios verdadero, Jesús, Dios el Hijo.

—La escuché hablar muchas veces de él, mi señora, pero no es el camino que Siva eligió para mí. Usted perdona a sus enemigos. Yo mato a los míos. —Sus ojos se oscurecieron—. Y lo juro ante Siva: mataré a los suyos si alguna vez vuelven a buscarla.

Se quedó estupefacta y en silencio, mirando fijamente a través de sus velos el rostro oscuro, orgulloso y rígido delante de ella.

Alejandro miró hacia atrás por encima de su hombro, tan sorprendido como ella por esa vehemencia tan feroz. Dándose vuelta, evaluó al árabe .

—¿Qué cargo tenías en la casa de tu amo, Rashid?

—Escoltaba a su hijo, hasta que la enfermedad me venció.

—Entonces eres un soldado preparado.

—Proveniente de una raza de guerreros —dijo Rashid, levantando su cabeza con orgullo.

Alejandro sonrió con ironía.

—Parece que, después de todo, Dios no me envió un discípulo a mí, Hadasa. Te envió un

protector a ti.

10

Julia estaba parada entre la multitud, dentro de los propileos del Asclepeion, y escuchaba el aparentemente interminable programa de poetas que competían en el festival trienal en honra al dios. El juego anterior, con actividades deportivas y acrobáticas, había resultado más de su agrado. Esta riada de palabras no tenía sentido para ella. No era poeta ni deportista. Y su salud era frágil. La razón por la que había asistido tan seguido al Asclepeion era para alcanzar la misericordia del dios. No podía complacer a la deidad mediante obras literarias ni proezas de fuerza y agilidad. Por eso, haría una vigilia durante la larga noche para honrarlo y apaciguarlo.

Cuando se puso el sol, entró al templo y se arrodilló frente al altar donde se realizaban los sacrificios. Oró al dios de la salud y el físico. Oró hasta que le dolieron las rodillas y la espalda. Cuando no pudo seguir arrodillada, apoyó su rostro sobre el mármol frío, con los brazos extendidos hacia la estatua de mármol de Asclepio.

Cuando la mañana llegó, le dolía cada parte de su cuerpo. Escuchó el coro que entonaba los himnos rituales. Se levantó y se quedó de pie con los demás que habían hecho la vigilia nocturna con ella. Un sacerdote dio un largo discurso, pero, en su estado exhausto, poco de lo que decía tenía sentido.

¿Dónde estaba la misericordia? ¿Y la compasión? ¿Cuántas ofrendas y vigilias tendría que hacer para ser sanada, para lograr recuperarse?

Debilitada por la larga vigilia, deprimida y enferma, se agachó y se apoyó pesadamente en una de las columnas de mármol. Cerró los ojos. El sacerdote siguió con su monótono discurso.

Se despertó sobresaltada: alguien la estaba sacudiendo. Levantó la mirada, confundida y aún semidormida.

—¡Este no es lugar para dormir, mujer! Levántese de aquí y vaya a su casa —dijo el hombre, visiblemente molesto con su presencia. Por la túnica que llevaba puesta, se dio cuenta de que era uno de los guardias del templo.

—No puedo.

—¿Qué quiere decir con que no puede ?

—Estuve aquí toda la noche orando —tartamudeó.

Él la agarró y la levantó bruscamente.

—¿No la acompaña ninguna sirvienta? —dijo con impaciencia, evaluando la fina túnica de lino y los velos que llevaba puestos.

Julia miró alrededor buscando a Eudemas.

—Debe haberme dejado en algún momento de la noche.

—Llamaré a un esclavo para que la lleve a su casa.

—No. Quiero decir, no puedo irme a casa. Estuve orando y orando durante horas. Por favor, déjeme entrar en el *abaton* y recibir sanación.

—Debe pasar por una ceremonia de purificación y luego bañarse en el Pozo Sagrado, antes de que podamos recibirla en el abaton, mujer. Debería saberlo. Y, aun después de eso, dependerá del dios si recupera la salud.

—Haré lo que usted me pida —dijo ella, desesperada.

Volvió a evaluarla.

—Es muy costoso —dijo en voz baja.

—¿Cuánto? —dijo rápidamente. Vio que él miraba sus aretes de oro. Se los quitó y se los entregó. Él los escondió velozmente entre los pliegues de su faja roja de seda y miró directamente su colgante de oro. Ella también se lo quitó y lo puso en su mano extendida. Los gruesos dedos del hombre se cerraron sobre el pendiente y lo deslizaron rápidamente entre los pliegues de la faja, junto con los aretes.

—¿Ahora me dejará entrar?

—¿No tiene nada más?

Ella miró sus manos blancas y temblorosas.

—Lo único que me queda es este anillo de lapislázuli y oro que mi padre me regaló cuando era una niña.

Él le tomó la mano y lo miró.

—Me lo quedaré —dijo y la soltó.

Con los ojos llenos de lágrimas, tironeó del anillo hasta que pudo sacárselo del dedo meñique de la mano derecha. Vio cómo lo guardó con los aretes y el colgante.

—Sígame —dijo él.

Dejó a Julia en la cámara de purificación, donde le dijeron que se quitara toda la ropa. Siempre se había sentido orgullosa de su cuerpo. Ahora, mientras una sirvienta la lavaba, limpiando su cuerpo para prepararlo para entrar en el Pozo Sagrado, se sintió avergonzada y cohibida. Quedaron al descubierto las úlceras supurantes y los raros moretones púrpura rojizo, evidencia de su enfermedad misteriosa y maligna. Cuando le entregaron la prenda blanca y suelta, la agarró y se la puso rápidamente para cubrirse de las miradas entrometidas y curiosas .

Julia entró en la cámara que protegía el Pozo Sagrado y vio a otros esperando delante de ella. Apartó la mirada de una mujer con mentagra, un terrible trastorno de la piel. Resistió la fuerte sensación de asco por las desagradables erupciones en la piel del rostro de la mujer y observó a un hombre que tenía las articulaciones inflamadas entrando en la piscina sagrada. Sufrió un espasmo de tos violenta cuando los auxiliares comenzaron a bajarlo, y tuvieron que esperar a que terminara.

La siguiente en entrar a la piscina fue una mujer obesa que temblaba violentamente. Los auxiliares cantaban himnos rituales y repetían conjuros a medida que cada solicitante del favor del dios descendía los escalones hacia el agua. Uno tras otro, cada uno con una enfermedad o deformidad distinta, entró en la piscina.

Cuando llegó el turno de Julia, no pudo concentrarse en las palabras que cantaban o coreaban. Lo único en lo que podía pensar era en la mujer con mentagra entrando en las aguas sagradas justo antes que ella. Había visto a los auxiliares bajar a la mujer hasta que quedó sumergida en el turbio estanque. Ahora, ella debía entrar en la misma agua que había lavado esas erupciones repugnantes.

Las manos de los auxiliares la tomaron firmemente, ayudándola a bajar los escalones resbaladizos. Luchó contra el pánico que sintió cuando la recostaron hacia atrás, con el agua fría contra su espalda y arrastrándose alrededor y por encima de ella, y cubriéndole el rostro. Quería gritar, pero mantuvo el pánico contenido en su interior, presionando fuertemente los labios y reteniendo la respiración. Hundiéndose, descendió en las aguas turbias del Pozo Sagrado, con el azufre haciéndole arder los ojos, aunque estaban cerrados.

Volvieron a sacarla a la superficie y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no soltarse de los auxiliares y trepar frenéticamente la escalinata del otro lado y salir de la piscina contaminada. Les sonrió falsa y vacilante a quienes la ayudaban, pero su atención ya estaba puesta en el hombre que estaba detrás de ella, que ahora estaba ingresando en las aguas sagradas.

Entró tiritando en la siguiente cámara, donde desechó la empapada bata blanca y se puso una túnica blanca suelta. Otro auxiliar la condujo hacia abajo por un largo pasillo abierto hacia el abaton, el dormitorio sagrado adyacente al Asclepeion, donde sería «incubada» durante la noche. Frente a él estaba el hoyo sagrado de las serpientes. Los sacerdotes derramaron libaciones sobre la masa de reptiles que se retorcían, cantando y orando en voz alta a los dioses y a los espíritus del inframundo.

Julia entró en el abaton. A pesar de que no tenía apetito, comió la comida y bebió el vino que le trajeron. Quizás tenía drogas que le provocarían sueños sanadores. Se acostó sobre el banco para dormir y volvió a rezar. Sabía que si soñaba que los perros la lamían o que las serpientes reptaban sobre ella, era una señal de que Asclepio la había favorecido y la sanaría. De manera que oró para que los perros y las serpientes vinieran a ella, aunque con solo pensar en ello, se sintió aterrada.

Sintió cada vez más pesados sus párpados y su cuerpo. Creyó que alguien había entrado a la sala, pero estaba demasiado cansada como para abrir los ojos y ver. Oyó la voz de un hombre que hablaba suavemente, invocando a los dioses y a los espíritus del inframundo para que vinieran a ella a sanarla de sus aflicciones. Su cuerpo se volvió cada vez más pesado, mientras se hundía en un hoyo oscuro...

Las serpientes estaban debajo de ella; había miles de ellas, de todos los tamaños, retorciéndose y dando vueltas juntas en una masa aterradora. Boas constrictoras y pequeñas áspides, diminutas serpientes inofensivas que había visto en el jardín de la villa de Roma y cobras venenosas con sus capuchones extendidos. Sus lenguas bífidas se movían rápidamente hacia adentro y afuera, adentro y afuera, más y más cerca, golpeando contra su carne, y sintió cada toque como un fuego, hasta que su cuerpo fue consumido por él.

Forcejeó, gritando, y se despertó.

Había alguien en las sombras de su pequeña celda hablándole en voz baja. Se esforzó por ver quién era, pero su visión estaba distorsionada y sus pensamientos eran confusos.

«¿Marcus?».

La silueta no respondió. Desorientada, cerró los ojos. ¿Dónde estaba? Respiró profunda y lentamente hasta que la mente se le aclaró un poco y pudo recordar. El abaton. Había venido en busca de sanación.

Comenzó a llorar. Debería estar feliz. Las serpientes habían reptado sobre ella en el sueño. Era una señal de los dioses de que se pondría bien. Sin embargo, no podía silenciar la voz de duda que resonaba en su mente. ¿Y si el sueño no significaba nada? ¿Y si los dioses se burlaban de ella? El pecho le dolía mientras trataba de dejar de sollozar.

Al girar la cabeza, vio la silueta borrosa que todavía estaba en el rincón oscuro de la celda. ¿Había venido Asclepio a ella?

«¿Quién eres?», susurró con voz ronca, temerosa, pero esperanzada.

Comenzó a hablar en un tono de voz bajo y extraño, y ella se dio cuenta de que estaba salmodiando. La voz se hizo monótona; las palabras no tenían sentido para ella. Volvió a adormecerse y luchó contra el sopor, porque no quería volver a soñar con el hoyo de serpientes. Pero no pudo soportar los efectos de las drogas que le habían dado y se hundió en la oscuridad...

Escuchó perros que ladraban y gimió. Se acercaban cada vez más, y más rápido a cada instante. Ella corría por una planicie caliente y rocosa. Al mirar hacia atrás, vio que los perros venían en jauría, corriendo por la tierra hacia ella. Tropezó y cayó, gateó para ponerse de pie, jadeando; los pulmones le ardían mientras trataba de correr más rápido. Los perros se acercaban ladrando salvajemente, mostrando los colmillos.

«¡Que alguien me ayude! ¡Que alguien me...!».

Volvió a tropezar y, antes de que pudiera levantarse, estuvieron sobre ella, no lamiendo su carne enferma, sino desgarrándola con sus colmillos afilados. Gritando, luchó contra ellos.

Se despertó con un grito y se irguió en la cama angosta. Pasó un momento antes de que su respiración se hiciera más lenta y se diera cuenta de que solo había sido un sueño. En el rincón oscuro no había ninguna silueta borrosa. Se tapó el rostro y lloró, con miedo de volver a dormirse. Y, así, esperó durante las largas y frías horas, hasta que la oscuridad empezó a levantarse.

Un guardia del templo vino a verla al alba y le preguntó qué había soñado. Se lo contó con todos los detalles que podía recordar y vio su mirada preocupada.

—¿Qué está mal? ¿Es un mal augurio? ¿No me pondré bien? —preguntó ella entrecortadamente, al borde del llanto. Su estómago se estremeció, una advertencia de que estaba próxima a la histeria. Apretando las manos, luchó contra ella.

—Asclepio ha enviado una buena señal —le aseguró el guardia con calma, con su rostro nuevamente libre de emoción—. Muchas serpientes, muchos perros. Es algo fuera de lo común. Sus oraciones han hallado gran favor ante nuestro dios supremo.

Julia se sintió levemente incómoda con su interpretación. Había visto algo en sus ojos, algo terrible e inquietante. Estaba segura de que le decía lo que ella deseaba escuchar. No obstante, no pudo evitar preguntar:

—Entonces, ¿recuperaré la salud?

Él asintió.

—Con el tiempo, Asclepio le devolverá la salud.

—Con el tiempo —dijo ella desoladamente—. ¿Cuánto tiempo?

—Debe demostrar más fe, mujer.

Y entonces se dio cuenta.

—¿Cómo le demuestro a Asclepio que tengo la fe suficiente para que él me sane? —dijo, tratando de esconder el amargo cinismo de su voz. Sabía qué venía a continuación. Lo había escuchado a menudo de parte de los sacerdotes de media docena de otros dioses cuyo favor había procurado y no había recibido.

El guardia levantó un poco la cabeza con los ojos entrecerrados.

—Con vigilias, oración, meditación y ofrendas votivas. Y, cuando esté bien, deberá demostrar la gratitud apropiada con regalos dignos.

Julia miró hacia otro lado y cerró los ojos. No tenía fuerzas para las vigilias largas y no tenía ánimo para la oración y la meditación. La riqueza que alguna vez pensó que le alcanzaría para vivir con lujos durante toda la vida se había reducido casi a nada, desviada por Primus. Él le había robado la mayor parte de su patrimonio y luego había desaparecido de Éfeso. Quizás, como Calabá, sencillamente se había subido a un barco y había zarpado hacia Roma, donde encontraría una vida mucho más fascinante que verla morir lentamente de alguna enfermedad sin nombre.

Pocos días atrás se había enterado de que tenía apenas el dinero suficiente para vivir con simples comodidades. Poco podía gastar en la clase de ofrendas votivas a las que aludía el guardia: reproducciones de oro de los órganos internos que le dolían. No era tanto el dolor, como la debilidad que se propagaba... las fiebres continuas, las náuseas y la sudoración, los períodos de temblores y las llagas supurantes en sus partes íntimas; todo la consumía al punto del agotamiento.

—¿Por qué no te suicidas y terminas con todo? —le dijo Primus durante lo que ella luego se

dio cuenta que había sido su última conversación antes de que la abandonara—. Ponle fin a tu desgracia.

¡Pero ella quería vivir! No quería morir y estar en tinieblas el resto de la eternidad. No quería morir y enfrentarse a cualquier horror desconocido que la aguardara.

Tenía miedo.

—Tengo muy poco dinero —dijo, volviendo a mirar al guardia, que se había quedado en silencio esperando que ella dijera algo—. Mi esposo me robó la mayor parte de mi fortuna y me dejó. No tengo lo suficiente para hacer ofrendas votivas de oro ni plata, ni siquiera de cobre.

—Qué lástima —dijo él sin emoción. Se levantó—. Su ropa está en el estante. Por favor, deje la túnica.

Estaba anonadada por su indiferencia.

Sola otra vez, se sentó en el sillón, demasiado cansada y abatida para sentir algo siquiera. Se levantó después de un largo rato, se quitó la prenda blanca que le habían dado y se puso su propia túnica de lino azul. Se llevó la mano a los lóbulos y a la garganta, donde habían estado sus últimas joyas de oro y dejó caer sus manos a los costados. Tomó su costoso chal azul, elegantemente adornado con una flor bordada, y se cubrió la cabeza y los hombros.

Levantando un poco el mentón, caminó por el pasillo. Varios auxiliares la detuvieron y le preguntaron cómo le había ido la noche anterior, si los dioses habían contestado su oración. Sonriendo, mintió y dijo que había sido curada de su aflicción.

—¡Asclepio sea alabado! —decían, uno tras otro.

Cruzó el patio y los propileos de prisa, hacia la calle atestada de gente. Quería estar en casa. No en su villa aquí en Éfeso. Quería volver a la villa de Roma, ser una niña otra vez. Quería volver a los tiempos cuando tenía toda la vida por delante, brillante y hermosa como los colores del amanecer, fresca y nueva, llena de potencial, llena de oportunidades.

Quería volver a empezar. Si pudiera hacerlo, cuán distintas haría las cosas, ¡cuán diferentes habrían resultado las cosas!

Había creído que Asclepio le daría eso. Había creído que sus ofrendas, sus vigilias, sus oraciones, se lo conseguirían. Y él le envió serpientes. Le envió perros.

Sin embargo, muy dentro de ella sabía que todo eso había sido en vano. Una ira inútil la llenó.

—¡Piedra! ¡Solo eso eres! ¡No puedes curar a nadie! ¡No eres más que una piedra fría y muerta! —Chocó contra alguien.

—¡Maldita seas, mujer! ¡Mira por dónde vas!

Julia rompió en llanto y corrió.

11

El Minerva atracó en Cesarea Marítima a comienzos de los días cálidos de la primavera. Aunque la ciudad había sido edificada por un rey judío, a Marcus le pareció tan romana, en aspecto como en atmósfera, como la Ciudad Eterna en la cual había crecido. Cuatro siglos antes, en este mismo sitio se habían instalado los fenicios, quienes habían construido un pequeño ancladero fortificado llamado la Torre de Estratos, en honor a uno de sus reyes. El ancladero fue ampliado y modernizado por Herodes el Grande, que nombró a su nueva ciudad en honor al emperador César Augusto. Cesarea se convirtió en uno de los puertos marítimos más importantes del Imperio y en la sede de los prefectos romanos que gobernaban Palestina.

Herodes había reconstruido la ciudad con los ojos puestos en Roma, tomando prestado en extremo de los griegos conquistados. La influencia helenística se veía fuertemente en el anfiteatro, el hipódromo, los baños y los acueductos. También estaba el templo en honor a Augusto, así como las estatuas de varios dioses romanos y griegos que seguían haciendo enfurecer a los judíos piadosos.

Marcus estaba al tanto de que a menudo estallaban conflictos entre la población judía y la población griega de la ciudad. La última rebelión sangrienta se había desatado diez años atrás, solo para ser doblegada por Vespasiano y su hijo Tito antes de que marcharan contra Jerusalén, el corazón de Judea. Vespasiano había sido declarado emperador aquí, en Cesarea, y rápidamente había elevado a la ciudad a colonia romana.

A pesar de la férrea opresión que ejercía Roma sobre la ciudad, Marcus sentía que seguía habiendo un trasfondo de agitación mientras caminaba por las callejuelas. Sátiro le advirtió que no entrara en determinadas partes de la ciudad, y precisamente a esas partes se dirigió Marcus. Este era el pueblo de Hadasa. Él quería saber qué los hacía tan tercos y determinados en su fe.

No perdió tiempo en considerar la violencia que podía acontecerle a manos de los zelotes o de los *sicarii* . Estaba en una misión para encontrar al dios de Hadasa y no lo encontraría en los baños y en las arenas romanas, ni en las casas de los comerciantes romanos. La información que necesitaba se hallaba en la mente de esos judíos patriotas que tenían la misma tozudez que había sentido en Hadasa.

A tres días de su llegada, Marcus había comprado un fuerte caballo del desierto, provisiones para la travesía por tierra y un itinerario que mostraba los caminos, las *stationes* y las *civitates* , con las distancias intermedias. Luego de un día de estudiar el mapa, partió de Cesarea a caballo y se dirigió al sudeste, hacia Sebaste, en la región de Samaria.

Marcus llegó a la ciudad en las primeras horas de la tarde del segundo día. Le habían contado que la antigua ciudad judía rivalizaba en grandeza con la Jerusalén previa a la destrucción. La vio mucho antes de llegar porque estaba en lo alto de una colina. De sus charlas con Sátiro mientras navegaban desde Éfeso en el Minerva, Marcus sabía que Sebaste era la única ciudad que habían fundado los antiguos hebreos. Erigida unos novecientos años atrás por el rey Omri, Samaria (como había sido llamada anteriormente) había servido como capital del reino de Israel, mientras que Jerusalén había sido la capital del reino de Judá.

La ciudad tenía una historia larga y sangrienta. Fue aquí que un profeta judío llamado Elías mató a doscientos sacerdotes de Baal. Tiempo después, la dinastía del rey Acab y su esposa fenicia, Jezabel, fue derrocada por un hombre llamado Jehú, quien masacró a los devotos de Baal

y transformó el templo del dios en una letrina. Pero el derramamiento de sangre no terminó ahí.

Con el paso de los siglos, Samaria fue conquistada por los asirios, los babilonios, los persas y los macedonios. Finalmente, un líder hasmoneo llamado Juan Hircano I volvió a incluirla como parte del reino judío. Pero, menos de dos siglos después, Pompeyo capturó a la ciudad para Roma. César Augusto le entregó Samaria a Herodes el Grande como regalo y el rey judío inmediatamente le cambió el nombre por «Sebaste», el término griego para «Augusto».

Cuando Marcus entró cabalgando por las puertas de la ciudad, vio nuevamente el firme sello de la influencia romana y griega. La población era una mezcla de razas: romanos, griegos, árabes y judíos. Encontró una posada cerca del mercado, o algo a lo que llamaban posada. En realidad, era apenas un patio protegido con tenderetes a lo largo de las paredes internas y un fogón en el centro. De todas maneras, era un refugio.

Después de una visita a los baños, volvió a la posada y le hizo unas preguntas al dueño, un delgado griego de ojos astutos llamado Malco.

—Es una pérdida de tiempo buscar al dios de los judíos. Ni siquiera ellos están de acuerdo acerca de cuál es *el* monte santo. Los de Sebaste dicen que el monte Gerizim es donde Abraham llevó a su hijo para sacrificarlo.

—¿Qué quiere decir con «sacrificarlo»?

—La raza de los judíos comenzó con un hombre llamado Abraham, a quien su dios le dijo que sacrificara a su único hijo, el hijo que había tenido en su vejez y que había sido prometido por ese mismo dios —dijo Malco, sirviendo vino en la copa de Marcus.

Marcus rió sin alegría.

—Es decir que mató a los suyos desde el principio.

—Ellos no lo ven así. Los judíos creen que su dios estaba poniendo a prueba la fe de su patriarca. ¿Elegiría este Abraham amar más a Dios que a su propio hijo? Pasó la prueba y el hijo conservó la vida. Está considerado como uno de los acontecimientos más cruciales de la historia de su religión. La obediencia de Abraham a su dios es lo que hizo a sus descendientes "el pueblo elegido". Uno pensaría que ellos deberían saben dónde sucedió, pero, al pasar los años, la ubicación entró en disputa. Puede que haya sido en Moria, al sur, o en Gerizim, a una distancia que puede hacerse a pie desde aquí. Para empeorar las cosas, los judíos de Jerusalén consideran a los de Samaria una raza impura.

—¿Impura por qué?

—Por los matrimonios interraciales con los gentiles. Usted y yo somos gentiles, mi señor. De hecho, todos los que no nacieron como descendientes directos de este Abraham son gentiles. Son inflexibles respecto a eso. Ni siquiera los que adoptan su religión son considerados judíos verdaderos, ni aun después de circuncidarse.

Marcus hizo una mueca. Había escuchado lo que implicaba la circuncisión.

—¿Qué hombre que esté en sus cabales aceptaría semejante práctica bárbara?

—Cualquiera que quiera cumplir con la ley judía —dijo Malco—. El problema es que los judíos ni siquiera se ponen de acuerdo entre ellos. Mantienen rencores más tiempo que cualquier romano. Los judíos de las regiones de Judea y Galilea odian a los de Samaria, y eso tiene que ver con lo que sea que sucedió hace siglos —dijo—. Aquí hubo un templo, alguna vez, pero fue destruido por un judío hasmoneo llamado Juan Hircano. Los samaritanos no han olvidado eso, tampoco. Se acuerdan de cosas muy lejanas. Hay mucho rencor entre ellos, y la grieta que los separa se hace más grande a medida que pasa el tiempo.

—Yo creí que adorar a un solo dios uniría al pueblo.

—¡Ja! Los judíos están fragmentados en toda clase de divisiones y sectas. Están los esenios,

los zelotes, los fariseos y los saduceos. Tiene a los samaritanos, que proclaman que el monte Gerizim es el monte santo, y a los judíos de Judea, que siguen orando en las ruinas de los muros de su templo. Luego, hay sectas nuevas que aparecen de la nada todo el tiempo. Esos cristianos, por ejemplo. Han durado más que la mayoría, aunque los judíos expulsaron de Palestina a casi todos. Todavía hay algunos decididos a quedarse y *salvar* al resto. Le diré, allí donde haya cristianos en Palestina, tenga la seguridad de que habrá un disturbio y alguien será apedreado.

—¿Hay cristianos aquí, en Sebaste? —dijo Marcus.

—Algunos. Yo no tengo nada que ver con ellos. No es bueno para el negocio.

—¿Dónde podría encontrarlos?

—No se acerque a ellos. Y, si lo hace, no traiga ninguno a mi posada. Los judíos odian a los cristianos más que a los romanos.

—Pensé que tenían puntos en común. El mismo dios.

—Le está preguntando al hombre equivocado. Casi lo único que sé es que los cristianos creen que el Mesías ya vino. Su nombre era Jesús. —Se rió burlonamente—. Este Jesús, que supuestamente era el Ungido de Dios, provenía de un pequeño estercolero de Galilea llamado Nazaret. Créame, de Galilea no sale nada bueno. Pescadores y pastores ignorantes, sí, pero definitivamente no el Mesías como el que esperan los judíos. Se supone que el Mesías es un rey guerrero que desciende del cielo con una legión de ángeles. Los cristianos adoran a un Mesías que era un carpintero. Y, encima, fue crucificado, aunque ellos aseguran que resucitó de entre los muertos. Según esta secta, Jesús cumplió y, de ese modo, abolió la Ley. Esa afirmación es suficiente para que la guerra continúe para siempre. Si hay algo que aprendí, luego de veinte años de vivir en este país miserable, es lo siguiente: un judío no es judío sin *la Ley* . Es el aire que respiran.

Malco sacudió la cabeza.

—Y le diré otra cosa. Tienen más leyes que Roma, y les agregan otras todo el tiempo. Tienen la Torá, escrita por Moisés. Después, tienen sus leyes civiles y morales. Hasta tienen leyes dietéticas. Después, tienen sus tradiciones. ¡Le juro que los judíos tienen leyes para todo, incluso para cuándo y dónde un hombre puede vaciar el vientre!

Marcus frunció el ceño. Algo que Hadasa le había dicho alguna vez sobre la Ley parpadeó como una llamita en su mente. Ella había resumido toda la Ley en pocas palabras para Claudio, el primer marido de Julia. Él lo había anotado en uno de sus pergaminos y luego le había leído las palabras a Marcus. ¿Cuáles eran ?

—Necesito descubrirlo —masculló Marcus para sí mismo.

—¿Descubrir qué? —dijo Malco.

—Cuál es la verdad.

Malco frunció el ceño sin entender.

—¿Cómo llego al monte Gerizim? —dijo Marcus.

—Salga por esa puerta y verá dos montañas, el monte Ebal, al norte, y el monte Gerizim, al sur. Entre ambos, está el desfiladero al valle de Nablus. Abraham entró por allí a su “Tierra Prometida”.

Marcus le dio una moneda de oro.

Malco arqueó ligeramente las cejas al hacerla girar entre sus dedos. El romano debía tener mucho dinero.

—El camino lo llevará a través de la ciudad de Sicar, pero le advierto claramente: en toda Palestina odian a los romanos, y el romano que viaja solo está buscando problemas. Especialmente si tiene dinero.

—Me dijeron que una legión romana vigila estos caminos.

Malco rió sin ganas.

—Ningún camino está a salvo de los sicarii. Ellos le abrirán la garganta antes de escucharlo suplicar por misericordia.

—Estaré alerta a los zelotes.

—Estos hombres no son zelotes. Los zelotes son como esos hombres que se suicidaron hace años en Masada. Prefirieron la muerte antes que la esclavitud. Uno puede respetar a esa clase de hombres. Los sicarii son algo completamente diferente. Se consideran patriotas, pero no son más que unos bandidos asesinos. —Se metió la moneda de oro en el pliegue de su cinturón mugriento —. Usted ha elegido un país horrible para viajar, mi señor. Aquí no hay nada para recomendarle a un romano.

—Vine a investigar sobre su dios.

Malco lanzó una risa sorprendida.

—¿Por qué alguien querría tener algo que ver con su dios? No puede verlo. No puede escucharlo. Y mire lo que les pasó a los judíos. Si me pregunta, debería mantenerse bien lejos de su dios.

—No le pregunté —dijo Marcus en una clara despedida.

—Es su vida —murmuró Malco por lo bajo y se fue a ver a sus otros clientes.

La esposa de Malco puso un cuenco de barro con guiso frente a Marcus. Lo comió con hambre y descubrió que la mezcla de lentejas, frijoles y cereales con miel y aceite le resultó agradable. Cuando terminó, Marcus se levantó y encontró su caseta contra la pared del patio abierto. Le habían dado heno y cereal a su caballo. Dándole un empujoncito al animal para que se hiciera a un costado, Marcus desenrolló su cama y se acostó a pasar la noche .

Se despertó cada vez que alguien se movía o se levantaba. Dos viajeros de Jericó bebieron vino, se rieron de chistes y hablaron hasta altas horas de la noche. Otros, como un soldado retirado, con su joven esposa y su hijo, se acostaron temprano.

Marcus se despertó al amanecer y partió hacia el monte Gerizim. Pasó por la ciudad de Sicar ya avanzada la tarde. Ansioso por llegar a su destino, no se detuvo, sino que siguió hasta el monte. Se detuvo en un santuario judío para hacer unas preguntas, pero al escuchar su acento y ver sus ropas, las personas lo evitaron. Cabalgó un poco más lejos, ató a su caballo y partió a pie para llegar a la cima.

Lo que descubrió allí fue una vista magnífica de las colinas de la Tierra Prometida judía.

Pero no había ningún indicio de un dios. No que él pudiera ver. Frustrado, gritó contra el vacío que lo rodeaba: «¿Dónde estás? ¿Por qué te escondes de mí?».

Pasó la noche mirando las estrellas y escuchando el aullido de un lobo, allá abajo, en alguna parte del valle. Hadasa le había dicho que su dios le hablaba en el viento, así que se esforzó por escuchar qué tenía para decirle el viento.

No escuchó nada.

Pasó todo el día siguiente esperando y escuchando.

Todavía nada.

Al tercer día, empezó a descender la montaña, famélico y sediento.

Un joven pastor estaba parado junto a su caballo, alimentándolo con espigas verdes que el animal comía de la palma de su mano. Dispersas por los alrededores de la ladera había ovejas pastando.

Marcus bajó la ladera dando pasos largos. Dirigiéndole una mirada fría al muchacho, desató de la montura la cantimplora de cuero de cabra que contenía agua y bebió con mucha sed. El

muchacho no se retiró, sino que lo miró con interés. Dijo algo.

—No entiendo arameo —dijo Marcus secamente, irritado porque el muchacho no se había ido a ocuparse de sus ovejas.

El pastorcito le habló en griego esta vez.

—Tiene suerte de que su caballo todavía esté aquí. Hay hombres que podrían robárselo.

Marcus torció la boca con sarcasmo.

—Pensé que los judíos tenían un mandamiento que les prohíbe robar.

El muchacho sonrió ampliamente.

—No de los romanos.

—Entonces, me alegro de que todavía esté aquí .

El muchacho acarició el suave hocico.

—Es un buen caballo.

—Él me llevará adónde voy.

—¿Adónde va?

—Al monte Moria —dijo y, entonces, después de una breve pausa, añadió—: para encontrar a Dios.

El muchacho levantó los ojos hacia él, sorprendido, y lo estudió con curiosidad.

—Mi padre dice que los romanos tienen muchos dioses. Con todos los que tiene para elegir, ¿por qué busca a otro?

—Para hacerle preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

Marcus miró hacia otra parte. Le preguntaría a Dios en la cara por qué había permitido que Hadasa muriera. Le preguntaría por qué, si era el Creador todopoderoso, había creado un mundo tan lleno de violencia. Sobre todo, quería saber si Dios siquiera existía.

—Si alguna vez lo encuentro, le preguntaré muchas cosas —dijo firmemente y volvió a mirar al muchacho. El pastorcito lo estudió con ojos oscuros y meditabundos.

—No encontrará a Dios en el monte Moria —dijo el muchacho con sencillez.

—Ya he buscado en el monte Gerizim.

—Él no está en la cima de una montaña, como el Júpiter de ustedes.

—Entonces, ¿dónde lo encontraré?

El muchacho se encogió de hombros.

—No sé si puede encontrarlo como usted quiere.

—¿Estás diciéndome que este dios nunca se muestra al hombre? ¿Qué pasó con el Moisés de ustedes? ¿Su dios no se le apareció a él?

—A veces, se les aparece a las personas —dijo el muchacho.

—¿Qué aspecto tiene?

—No siempre es igual. A Abraham se le apareció como un viajero común. Cuando los israelitas salieron de Egipto, Dios iba delante de ellos como una columna de nube durante el día y una columna de fuego durante la noche. Uno de nuestros profetas vio a Dios y escribió que era como una rueda dentro de una rueda y que tenía cabezas de bestias y brillaba como el fuego.

—Entonces cambia de formas, como Zeus.

El muchacho negó con la cabeza.

—Nuestro Dios no es como los dioses de los romanos.

—¿Crees que no? —Marcus se rió cínicamente—. Se parece más a ellos de lo que tú sabes. —El dolor aumentó, oprimiéndolo. Un dios que amara a su pueblo se habría inclinado desde los cielos para salvar a Hadasa. Solo un dios cruel podría haberla visto morir .

¿Cuál eres tú?

El muchacho lo miró solemnemente, pero sin temor.

—Usted está enojado.

—Sí —dijo Marcus de manera inexpresiva—. Estoy enojado. Y también estoy perdiendo tiempo. —Desató al caballo y lo montó.

El muchacho retrocedió cuando el caballo brincó.

—¿Qué quiere de Dios, romano?

Era una pregunta imperiosa para un muchacho tan joven y la había hecho con una curiosa mezcla de humildad y exigencia.

—Lo sabré cuando esté frente a él.

—Tal vez las respuestas que busca no las encuentre en algo que pueda ver y tocar.

Marcus sonrió, divertido.

—Tienes grandes pensamientos para un muchacho tan joven.

El muchacho sonrió.

—Un pastor tiene tiempo para pensar.

—Entonces, mi pequeño filósofo, ¿qué me aconsejarías?

La sonrisa del muchacho se desvaneció.

—Cuando esté frente a Dios, recuerde que Él es Dios.

—Recordaré lo que ha hecho —dijo Marcus fríamente.

—Eso también —dijo el muchacho, casi con amabilidad.

Marcus frunció un poco el ceño, estudiando atentamente al muchacho. Su boca se curvó con ironía.

—Eres el primer judío que habla conmigo de hombre a hombre. Qué pena. —Dio vuelta al caballo y comenzó a bajar la colina. Escuchó un tintineo de campanillas y miró hacia atrás. El muchacho iba caminando por la ladera cubierta de hierba, golpeando su báculo con campanillas contra la tierra. Las ovejas respondieron rápidamente, rodeándolo y siguiéndolo mientras caminaba hacia la ladera occidental.

Marcus se sintió extrañamente conmovido mientras observaba al muchacho con sus ovejas. Un hambre dolorosa. Una sed. Y, de repente, sintió una presencia inadvertida... el difuso indicio de algo, como un aroma dulce y prometedor a comida, justo más allá de su alcance.

Tirando de las riendas del caballo, se detuvo y se quedó mirando al joven pastor un rato largo, perplejo. ¿Qué había en él que era diferente? Sacudiendo la cabeza, Marcus se rió de sí mismo despectivamente y espoleó al caballo. Había pasado demasiado tiempo en la montaña sin comer ni beber. Estaba poniéndose fantasioso.

Siguió bajando la montaña a paso ligero y se dirigió al sur, hacia Jerusalén.

12

Hadasa se despertó por los fuertes golpes sobre el biombo exterior de la caseta. Alguien pedía ayuda.

—¡Mi señor doctor! ¡Mi señor! Por favor. ¡Lo necesitamos! —Hadasa se incorporó, haciendo un esfuerzo por despertarse.

—No —dijo Rashid, moviéndose velozmente para interceptarla—. Es tarde y usted debe descansar. —Pasó por su costado para abrir el biombo, decidido a hacer callar y ahuyentar a la intrusa—. ¿Qué quieres, mujer? El doctor y su ayudante están durmiendo.

—Mi amo me envió. Por favor. Déjeme hablarle. Mi ama está a punto de parir y nos enteramos que su doctor se fue de Éfeso, deshonrado. Mi ama está muy grave.

—Vete. Hay otros médicos en los baños. Esta caseta está cerrada.

—Morirá si no recibe ayuda. Debe despertarlo. Tiene que venir. Se lo ruego, por favor. Ella está sufriendo un dolor terrible y el bebé no nace. Mi amo es rico. Le pagará lo que usted le pida.

—Rashid —dijo Hadasa, acomodando los velos sobre su rostro—. Dile que iremos.

—Acaba de acostarse a descansar, mi señora —dijo él con protesta.

—Haz lo que ella dice —le dijo Alejandro, ya levantado y revisando sus instrumentos y añadiendo varios a su maletín—. Trae la mandrágora, Hadasa. Si está tan mal como dice, es posible que la necesitemos.

—Sí, mi señor. —Hadasa agregó varias drogas más a la caja, además de la mandrágora. Estuvo lista antes que él y, tomando su bastón, rengueó hacia el biombo. Rashid le impidió el paso y ella apoyó la mano en su brazo—. Déjame hablar con ella.

—¿No necesita descansar como cualquier otra persona? —dijo él y le lanzó una mirada fulminante a la esclava que estaba afuera—. Que se vaya a otro lado.

—Ella vino a nosotros. Ahora, hazte a un lado.

Con la boca apretada, Rashid jaló hacia atrás el biombo. Hadasa salió. La joven esclava retrocedió al verla, su rostro pálido a la luz de la luna. Hadasa entendía su temor porque lo había visto muy a menudo. Muchas personas se ponían nerviosas por los velos. Trató de tranquilizar la ansiedad de la muchacha.

—Ya viene el doctor —dijo dulcemente—. Él tiene mucho conocimiento y hará todo lo que pueda por tu ama. Está empacando lo que necesita.

—Oh, gracias, muchas gracias —dijo la muchacha, inclinando varias veces la cabeza y, entonces, rompió en llanto—. Los dolores de mi señora empezaron ayer en la tarde y cada vez son peores.

—Dime tu nombre.

—Livilla, mi señora.

—¿Y el nombre de tu ama?

—Antonia Estefanía Magoniano, esposa de Habinas Atalo.

Alejandro había aparecido.

—¿Magoniano? ¿Acaso es Magoniano, el platero?

—El mismo, mi señor —dijo Livilla, claramente angustiada ante el mínimo retraso—. Debemos apresurarnos. Por favor. ¡Debemos apurarnos!

—Muéstranos el camino —dijo Alejandro, y Livilla partió rápidamente.

Rashid cerró el biombo de un tirón con una mano y los siguió.

—No puede seguirles el paso —dijo, caminando junto a Hadasa.

Ella sabía que tenía razón, porque el dolor ya había comenzado a darle pinchazos en la pierna lisiada. Tropezó una vez y emitió un grito ahogado. Con el ceño fruncido, Rashid la fulminó con la mirada mientras extendía la mano para tomarla del brazo.

—¿Lo ve?

Alejandro miró hacia atrás y se dio cuenta de su dificultad. Se detuvo y esperó a que lo alcanzara.

—No —jadeó ella—. Vaya sin mí. Llegaré tan pronto como pueda.

—Ella no debería estar viniendo en lo absoluto —dijo Rashid, molesto.

Hadasa se liberó de su mano y rengueó detrás de Livilla, que estaba parada en una esquina pidiéndoles nuevamente que se dieran prisa. Alejandro caminó a la par de ella.

—Rashid tiene razón. Es demasiado rápido y difícil para ti. Regresa. Haré que Magoniano envíe una litera para llevarte.

Apretando los dientes por el dolor, Hadasa apenas lo escuchó. Toda su atención estaba en la joven esclava que les rogaba que se apuraran.

Rashid maldijo en su propio idioma y levantó a Hadasa en sus brazos. Subió la colina dando zancadas, todavía mascullando en voz baja .

—Gracias, Rashid —dijo Hadasa pasándole el brazo alrededor del cuello—. Dios la envió a nosotros por algún motivo.

Siguieron a Livilla por el laberinto de calles oscuras de la ciudad y llegaron a un gran taller frente al Artemision. De un vistazo, Hadasa supo a quién venían a ver. Magoniano. El platero. El fabricante de ídolos.

Rashid la cargó a través del taller hasta la residencia que estaba atrás.

—Por aquí —dijo Livilla, jadeando por el gran esfuerzo y corriendo hacia una escalera de mármol. En alguna parte, arriba de ellos, una mujer gritó—. *¡Rápido!* ¡Ay, por favor, apúrense!

Rashid la siguió hasta una habitación en el segundo piso y se quedó parado mirando a su alrededor, con Hadasa aún en sus brazos. Alejandro estaba justo detrás de él y se detuvo apenas entró por la puerta, con la misma reacción. El ambiente suntuoso era deslumbrante. El cuarto resplandecía con sus colores. El cristal de Murano fulguraba y unos tapices babilonios decoraban la pared oriental. Dos murales hechos a la medida eran señal de una riqueza muy lejana a la pequeña caseta en la calle de afuera de los baños públicos. Uno cubría la pared occidental y mostraba unos duendecillos que bailaban en el bosque, mientras dos amantes se entrelazaban en un lecho de flores. El otro, sobre la pared que daba al sur, exhibía una escena de caza.

Sin embargo, Hadasa no vio nada más que a la joven que se retorcía en la cama.

—Bájame, Rashid.

Rashid obedeció, mirando con asombro la evidente ostentación de la prosperidad de Magoniano.

Hadasa caminó rengueando hacia la cama.

—Antonia, estamos aquí para ayudarte —le dijo y apoyó su mano sobre la frente empapada de la muchacha. No era mayor que Julia cuando esta se casó por primera vez. Frente a ella había un hombre de cabello gris muy parecido a Claudio, que sostenía una de las pequeñas manos blancas entre las de él. Su rostro agotado estaba pálido y salpicado de gotas de sudor. Antonia gritó al sentir que venía otra contracción y en el rostro de él se esbozó una mirada de agonía.

—Haz algo por ella, mujer. ¡Haz algo!

—Tiene que estar calmado para ella, mi señor.

—¡Habinas! —gritó Antonia, con los ojos azules agrandados por el miedo al ver a Hadasa—. ¿Quién es ella? ¿Por qué está cubierta de velos?

—No tenga miedo, mi señora —dijo Hadasa suavemente, sonriéndole, aunque sabía que Antonia no podía ver su rostro. Era mejor que no pudiera, pues las espantosas cicatrices asustarían más aún a la muchacha—. Vine con el médico para ayudarla con el parto.

Antonia empezó a respirar entrecortadamente otra vez y luego gimió.

—Ay... ayy... aayyy... Hera, apiádate de mí.

Mientras Hadasa acariciaba delicadamente la frente de la muchacha, vio un amuleto alrededor de su cuello. Había visto muchos como ese en los últimos meses. Algunos, hechos de piedra o de cuajo de liebre, eran para facilitar el parto. Otros, como este, eran para estimular la fertilidad. Tomó en su mano la suave hematita ovalada y vio que tenía un grabado a un costado: una serpiente que se devoraba su propia cola. Sin necesidad de darle vuelta, sabía que al otro lado había un grabado de la diosa Isis y del escarabajo. También grabada con minucioso detalle había una invocación en griego y los nombres de Oroiut, Iao y Yahveh. La persona que lo llevaba creía que la combinación de los motivos y las palabras en griego, egipcio y semítico traería poderes mágicos. Desatándolo, Hadasa lo dejó a un costado.

—Me voy a morir —dijo la muchacha, girando la cabeza de un lado para otro—. Me voy a morir.

—No —dijo Habinas con dolor—. No. No vas a morir. No lo permitiré. En este mismo momento, los sacerdotes están haciendo sacrificios en tu nombre a Artemisa y a Hera.

Hadasa se acercó.

—¿Es tu primer hijo, Antonia?

—No.

—Perdió a otros dos —dijo Habinas.

—Y ahora, este no nacerá. —Ella volvió a jadear, una mano estrujaba la manta empapada, y la otra empalidecía sobre la mano de su esposo—. El bebé empuja y empuja, pero no sale. ¡Ay, Habinas, me duele! Haz que termine. ¡Haz que termine! —gritó con el cuerpo retorcido por la agonía.

Habinas le sostuvo la mano entre las suyas y lloró.

Todavía distraído por la opulencia que lo rodeaba, Alejandro atravesó la habitación y quitó los frascos de perfume y ungüentos de una mesa de marfil. Volvió a dar un vistazo a su alrededor, a la cama de bronce corintio reluciente con sus velos de seda china, a la decoración intrincada del piso de mármol de colores variados, al gran brasero ornamentado y a las lámparas de oro.

Mientras Alejandro desplegaba metódicamente el aceite, las esponjas marinas, los paños de lana, los apósitos para el recién nacido y los instrumentos quirúrgicos, se preguntaba por qué un hombre con la indudable riqueza de Magoniano había enviado a su esclava a los baños públicos en busca de un médico de plebeyos. Tras ese pensamiento, se le cruzó otro, una idea sombría que lo llenó de recelo. Si no lograba salvar a la joven y visiblemente amada esposa de Magoniano, lo echarían de la ciudad y su reputación como médico sería destruida.

—Debería haberte escuchado —le dijo en voz baja a Rashid.

—Diga que no puede hacer nada y váyase.

Alejandro rió tristemente para sí y dio un vistazo hacia la cama.

—No podría separar a Hadasa de ella ahora.

Los gritos de Antonia disminuyeron y Hadasa le habló en voz baja a ella y al afligido Habinas.

—Que Asclepio me guíe —dijo Alejandro y se acercó a la cama.

—Necesitaremos agua caliente, mi señor —le dijo Hadasa a Habinas.

—Sí. Sí, desde luego —dijo Habinas, liberando su mano de la de su esposa.

—No me dejes —dijo Antonia, sollozando—. No me dejes...

—Él no se irá, mi señora —dijo Hadasa, tomándole la mano—. Le ordenará a Livilla que traiga agua.

—¡Oh, ahí viene de nuevo! ¡Viene! —gimió Antonia, arqueando la espalda—. ¡No puedo soportarlo! No puedo soportarlo más...

Habinas no volvió a la cama, sino que se quedó con los puños apretados contra las sienes.

—Artemisa, diosa omnipotente, ten piedad de ella. Ten piedad.

Hadasa puso una mano sobre la frente de Antonia y se dio cuenta de que tenía la piel caliente. Antonia contuvo la respiración con los ojos llenos de lágrimas, mientras el rostro se le ponía colorado. Los nervios del cuello le sobresalían y las lágrimas se le escapaban de los ojos. Apretó los dientes y soltó un profundo gemido de dolor. Su mano apretó la de Hadasa hasta que Hadasa pensó que la trituraría.

Cuando la contracción aflojó, Antonia se hundió hacia atrás, exhausta, sollozando. Los ojos de Hadasa se llenaron de lágrimas y acarició la frente de la muchacha, deseando poder consolarla más. Miró a Alejandro nuevamente.

—¿Qué podemos hacer? —susurró, pero lo único que él hizo fue quedarse mirando con una expresión grave.

—Haga que se detenga —murmuró Antonia con la voz ronca—. Por favor, haga que se detenga.

Cuando Alejandro no dijo nada, Hadasa se inclinó hacia abajo.

—No te dejaremos —dijo suavemente y secó con una toalla el sudor de la frente de Antonia.

—Tengo que examinarla —dijo Alejandro finalmente. Cuando Antonia se puso tensa, él le habló con tranquilidad, explicándole qué iba a hacer y por qué. Antonia se relajó, pues sus manos eran amables. El alivio fue efímero, pues le sobrevino otra contracción. Antonia gimió en agonía cuando se hizo más fuerte. Alejandro no retiró sus manos de ella hasta que se recostó, llorando. Él se enderezó y su mirada llenó a Hadasa de preocupación.

—¿Cuál es el problema?

—El niño no está en la posición adecuada.

—¿Qué puede hacer?

—Puedo realizarle una operación, sacar al bebé a través del abdomen... pero es riesgoso. Necesito la autorización de Magoniano para hacerlo. —Se alejó de la cama.

Mientras Alejandro hablaba con Habinas Atalo Magoniano en un tono de voz demasiado bajo para que ella pudiera escuchar, Hadasa se llenó de dudas.

—¡No! —dijo de pronto Magoniano, alarmado—. Si no puede garantizarme que sobrevivirá, no lo permitiré. Ella es la que me importa, no el bebé. ¡No dejaré que ponga en riesgo la vida de ella!

—Entonces, solo queda una cosa que sé hacer... —dijo enojado Alejandro, mirando a Hadasa como si dudara de seguir adelante. Luego, con el rostro demacrado y tenso, volvió a mirar a Magoniano y le habló en voz baja. Hadasa vio que el hombre se ponía aún más pálido y que movía la cabeza como si estuviera aturdido.

—¿Está seguro? ¿No puede hacer nada más? —Alejandro negó con la cabeza y Magoniano asintió lentamente—. Entonces, haga lo que tenga que hacer. Pero, por los dioses, hágalo rápido para que no sufra más.

Con el corazón latiéndole fuertemente, Hadasa miró los instrumentos que Alejandro sacó de su estuche de cuero. El estómago se le hizo un nudo. Observó a Rashid, que movió la mesa a los pies de la cama. Alejandro levantó los ojos hacia ella.

—Dale un fuerte trago de mandrágora blanca y vete afuera. Rashid me asistirá.

—La mandrágora la hará dormir.

—Es mejor que esté dormida para lo que tengo que hacer. —Alejandro dejó a su alcance un cuchillo ganchudo, un decapitador, unos fórceps y un embriótomo.

Hadasa se levantó y le impidió el paso.

—¿Qué piensa hacerle, que quiere que me vaya de la habitación? —susurró, poniéndole una mano en el brazo mientras miraba los instrumentos aterradores.

Se inclinó hacia ella, hablándole al oído.

—Ella morirá si no le saco al niño.

—¿Sacarlo? —dijo ella débilmente. Miró los instrumentos quirúrgicos nuevamente y, con una fuerte impresión, se dio cuenta de que él tenía la intención de desmembrar a la criatura y extraerla del útero—. No puede hacer eso, Alejandro.

La tomó del brazo y la apartó firmemente. La sostuvo frente a él y le habló en un tono de voz susurrante y serio que solo ella pudo escuchar.

—¿Dejarías que ambos mueran, Hadasa? El niño está aprisionado dentro de ella. ¿Entiendes? En la posición que está, *no puede* nacer.

—Gira tú mismo al bebé.

—No puedo —dijo con firmeza. Extendió las manos frente a ella para que viera cuán grandes eran—. ¿Tú puedes?

—No puede hacer esto, Alejandro.

—La idea no me agrada más que a ti —dijo él en voz baja y férrea, con los ojos llenos de desesperación—. Pero no hay nada más por hacer. Además, es probable que el bebé ya esté muerto. El parto ya ha durado dos días. La madre es más importante que el niño.

—Ambos son importantes a los ojos de Dios.

—Ve afuera y espera hasta que te llame. Sé que no podrías soportar esta parte de la medicina. Será mejor que no te quedes mirando. Luego podrás atenderla.

Él empezó a pasar por su costado, pero Hadasa lo agarró del brazo con una fuerza sorprendente.

—¡Por favor, Alejandro!

—Si tienes una sugerencia, Hadasa, te escucharé. De lo contrario, quítate de en medio. Ella no puede esperar. —Como para confirmar sus palabras, Antonia volvió a gritar.

Hadasa se dio cuenta de que Alejandro no quería hacer lo que había dicho, pero estaba decidido a hacer lo que creía que tenía que hacer para salvar a Antonia. Ella sacudió la cabeza.

—Debemos orar.

—¡La oración no va a salvar a la muchacha! Yo sé lo que se debe hacer.

Hadasa conocía demasiado bien el ínfimo valor que se le daba a la vida de un bebé. Aunque el niño naciera, tenía altas probabilidades de morir. De hecho, las probabilidades eran tan altas que no había ninguna ley que prohibiera el entierro de los niños dentro de las murallas de la ciudad, ni se le daba un nombre durante la primera semana de vida. Los niños eran desechados en los jardines de las residencias y arrojados en las pilas de basura. ¡Incluso existía la costumbre de colocar a un bebé recién nacido en los cimientos de un edificio nuevo!

Hadasa le dio un vistazo a Habinas y supo que no recibiría ninguna ayuda de él. Lo único que le preocupaba era su joven esposa .

Al ver cómo Hadasa miraba al fabricante de ídolos, Alejandro la agarró dolorosamente del brazo.

—No puedo dejar que la muchacha muera, Hadasa. ¿Tienes idea de quién es este hombre? Es uno de los hombres más ricos de Éfeso. Se sienta a la mesa del procónsul. Si su esposa muere a mi cuidado, mi profesión como médico estará *acabada* . ¿Entiendes? *¡Acabada!* Terminará antes de haber comenzado siquiera. Tendré que irme de la ciudad y esperar poder volver a empezar en alguna otra parte.

Hadasa lo miró a los ojos resueltamente.

—No esté tan impaciente por destruir una vida humana. Pídale ayuda a Aquel que creó a Antonia *y* a su hijo.

Alejandro retrocedió. No podía verle el rostro a través de los velos, pero escuchó la convicción que había en sus palabras.

—Entonces le suplico a él, y a ti. Invoca a tu dios. Te ruego que lo hagas —dijo con voz susurrante—. Pero ora firme y *rápidamente* , y que él te escuche rápido, porque no puedo darte más tiempo que el que me llevará tener todo listo para la cirugía. —Se apartó de ella con un miedo frío aferrado a su corazón. Si hubiera alguna otra manera de salvar a Antonia, él la aceptaría. Pero el tiempo no le dejaba alternativa. Iba a tener que cortar al niño a la mitad y aplastarle el cráneo para poder extraerlo del cuerpo de la muchacha... y si no lo hacía con sumo cuidado y pronto, ella podía morir. A nadie le importaría que lo hubieran traído aquí a último momento. Toda la culpa recaería en él.

Cuando Alejandro volvió a prestarle atención a sus instrumentos, el corazón de Hadasa clamó angustiado. Toda la fe de Alejandro estaba puesta en su propio conocimiento, en lo que otros maestros le habían enseñado. Y eso no era suficiente.

Hadasa se acercó a Antonia. Había comenzado otra contracción y lloriqueaba lastimosamente, con las manos retorciéndose sobre las sábanas empapadas mientras el dolor aumentaba. No tenía fuerzas ni para gritar.

—Mi bebé —gimió—. Salva a mi bebé.

—Oh, Dios, por favor... —dijo Hadasa y puso las manos sobre el vientre dilatado de Antonia. Sus labios se movieron, aunque no salió ningún sonido mientras clamaba al Señor para que interviniera.

Oh Dios, Tú eres el Creador de esta mujer y de su hijo. ¡Sálvalos a ambos! Transforma las cosas para bien, para que ambos puedan vivir. Transforma las cosas para bien, para que Alejandro no haga lo que tiene en mente y no traiga pecado sobre sí. Por favor, Jesús, déjalos ver Tu poder y Tu amor.

Antonia profirió un gemido profundo, y Habinas se acercó a la cama .

—¡Déjala en paz! ¡Estás lastimándola más!

Rashid lo frenó. Habinas forcejeó para liberarse y Rashid lo estrelló contra el mural de duendecillos, sin importarle que fuera rico y poderoso.

Al escuchar el sonido de los gemidos de Antonia, Hadasa sollozó.

—Por favor, Jesús, oh, por favor —susurró, moviendo sus manos en una suave caricia encima del vientre donde estaba el niño atrapado—. Por favor, Señor, escúchanos. Por favor, ten misericordia de ella y de su hijo. Gira al bebé en la posición correcta y hazlo nacer.

El bebé se movió.

Hadasa dejó sus manos suavemente sobre Antonia y sintió que el bebé se movía lentamente, suavemente, como si unas manos invisibles lo hubieran tomado con cuidado. Lloró más fuerte, llena de gozo, y sus lágrimas cayeron sobre la piel tirante.

Antonia volvió a gritar, pero de una manera diferente esta vez, y Alejandro, que estaba parado cerca con el cuchillo ganchudo, vio lo que estaba sucediendo y lo dejó caer.

Habinas había dejado de gritar y forcejear contra la sujeción de Rashid.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—El bebé se dio vuelta —dijo Alejandro, incapaz de contener la emoción en su voz. No había tiempo para poner a Antonia en la silla de parto. Se puso en posición con una rodilla en el extremo de la cama y se inclinó hacia adelante. Otra contracción ya había comenzado y, cuando vino, el bebé se deslizó suavemente del cuerpo de Antonia hacia las manos del médico. Ella exhaló fuertemente y se recostó.

Alejandro rió mirando al niño que tenía entre sus manos.

—¡Tiene un varón, Magoniano! —dijo con una mezcla de asombro y alivio—. Venga a verlo —lo animó mientras cortaba el cordón y lo ataba.

Hadasa dio un paso atrás, temblando violentamente, cautivada por lo que veía.

Rashid soltó a Habinas; el fabricante de ídolos se quedó inmóvil por un instante, escuchando el llanto de su hijo recién nacido. Livilla estaba allí para recibirlo de las manos de Alejandro.

—Un hijo, Habinas —dijo Antonia con voz ronca, exhausta—. Te he dado un hijo... —Trató de levantarse lo suficiente para ver a su bebé, pero no tenía las fuerzas para hacerlo. Se hundió en la cama empapada; su respiración se desaceleró y se relajó mientras cerraba los ojos.

Después de echarle un vistazo al niño que berreaba en los brazos de Livilla, Habinas se arrodilló al lado de la cama. Al ver la sangre en las sábanas, ocultó la cabeza en el cuello de su esposa. Sus hombros se sacudieron.

—Nunca más. Lo juro. Nunca más volverás a pasar por esto.

—Ocúpate del niño —le dijo Alejandro a Hadasa, masajeando el abdomen de Antonia para que su cuerpo expulsara la placenta—. Yo me encargaré de ella.

Livilla puso al bebé en sus brazos y se apartó de ella con los ojos bien abiertos. Temblaba visiblemente y Hadasa frunció el ceño, preguntándose qué le pasaba a la esclava.

Hadasa lavó al bebé cuidadosamente en una palangana con agua tibia. Luego, lo puso con delicadeza en una tela suave y frotó todo su cuerpo con sal para prevenir cualquier infección. Recordando cómo su madre había envuelto a Lea, hizo lo mismo. Hablándole con murmullos, envolvió apretadamente al bebé para que estuviera bien firme y derecho, como una momia pequeña. Tomó una tira de paño blanco de lino y ató su cabeza, pasándole el chal por debajo del mentón y encima de la frente en pequeños pliegues. Luego lo levantó, asegurado y abrigado en sus pañales, y se lo llevó a su madre.

Habinas se puso de pie cuando ella se acercó.

—Livilla lo llevará con su nodriza.

—No será entregado a una nodriza. Él necesita a su madre —dijo Hadasa y se agachó—. Antonia —dijo dulcemente, acariciando la frente de la muchacha—. Tu hijo. —Sonriendo adormilada, Antonia se movió un poco y Hadasa recostó al bebé al lado de ella. Antonia lanzó una risa suave y jadeante de alegría cuando la boca del bebé se prendió a su pezón. Luego de un momento, su expresión se desvaneció.

—No tengo leche —dijo Antonia, esforzándose por contener las lágrimas y luchando contra su agotamiento.

Hadasa le acarició la mejilla con ternura.

—No te preocupes. Ya tendrás. —Los ojos de Antonia ya se estaban cerrando lentamente.

La habitación estaba muy quieta. Hadasa seguía acariciando la mejilla de Antonia, dándole gracias a Dios por salvar su vida y la del bebé. Sintió un gozo creciente dentro de ella y añoró

cantar alabanzas como lo hacía antes, pero las marcas que llevaba del ataque de la leona en la arena habían hecho algo más que desfigurarla. Las infecciones resultantes le habían quitado gran parte de la voz. Sin embargo, sabía que eso no importaba. Dios había escuchado su oración y ahora escuchaba el canto de su corazón.

Tratando de contener las lágrimas, levantó la cabeza. Habinas Atalo Magoniano estaba parado al otro lado de la cama, mirán dola fijamente. Vio en sus ojos lo mismo que había visto en los de Livilla un momento atrás: miedo.

Alejandro se apartó de la cama porque había terminado de vendar a Antonia. Le dio instrucciones a Livilla acerca del cuidado de su señora. Apartándose de la mirada de Magoniano, Hadasa se acercó y Livilla hizo una reverencia profunda ante ella. Hadasa le dijo que cambiara los pañales del bebé una vez al día.

—Lávalo con mucho cuidado y frótalo nuevamente con sal. Luego, envuélvelo como me viste hacerlo. No se lo des a una nodriza, sino deja que su madre lo cuide.

—Será como usted diga, mi señora —dijo Livilla haciendo nuevamente una reverencia.

Habinas le habló a otro sirviente. Se apartó de la cama de su esposa y se acercó a Alejandro y a Hadasa mientras empacaban los instrumentos y los medicamentos sin usar.

—Ni siquiera sé su nombre.

Alejandro se presentó, pero dudó cuando Habinas miró enfáticamente a Hadasa.

—Mi asistente —dijo, reteniendo el nombre por una razón que no podía captar del todo. Miró a Rashid—. Hemos terminado aquí —dijo—. Puedes llevarla de regreso.

Cuando Rashid se agachó y levantó a Hadasa en sus brazos, Alejandro se dio vuelta hacia Magoniano, ignorando las sumisas protestas de Hadasa mientras el árabe la sacaba de la habitación.

—¿Cómo es que un hombre de su posición mandó a buscar a un médico que tiene su consultorio afuera de los baños públicos? —dijo Alejandro, curioso, pero también queriendo distraer la atención de Habinas, que estaba puesta en Hadasa.

—Catulo se fue de Éfeso —dijo Magoniano, y Alejandro reconoció el nombre de un médico prominente. Catulo tenía la fama de ser uno de los mejores médicos de la ciudad y de atender solamente a personas ricas e importantes—. Me enteré de su desgracia cuando ya era demasiado tarde para hacer otros preparativos —dijo Habinas seriamente—. Envié a la esclava de mi esposa a buscar ayuda. Cómo lo encontró ella a usted, no lo sé, pero le doy gracias a los dioses porque lo hizo.

«Dios la envió a nosotros», había dicho Hadasa mientras venían hacia aquí. Alejandro frunció el ceño. *¿Él lo había hecho?*

—Asegúrese de que esté abrigada —dijo, señalando a Antonia—. Necesitará descansar. Volveré mañana y veré cómo sigue.

—¿Ella volverá con usted? —dijo Habinas, haciendo una seña hacia la puerta por la que había pasado Rashid llevando en andas a Hadasa .

—No, a menos que usted lo desee —dijo Alejandro con cautela.

—Sí. Me gustaría saber más de ella.

Alejandro se incorporó con su maletín de cuero firmemente bajo el brazo.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Vi lo que hizo con mis propios ojos. La mujer tiene un gran poder. ¿Quién es? ¿A qué dios sirve?

Alejandro dudó nuevamente, inseguro por la intranquilidad que sentía en su interior. ¿Era posible que este hombre se moviera en los mismos círculos sociales que los amos de Hadasa? De

ser así, ¿revelar su identidad podría ponerla en peligro? Sus dueños la habían enviado a morir en la arena. Si se enteraban de que todavía estaba viva, ¿tomarían posesión de ella y la enviarían otra vez?

—¿Quién es ella? —volvió a preguntar Habinas.

—Si ella desea revelarle quién es, lo hará —dijo Alejandro y se dirigió a la puerta. Un sirviente se ubicó al lado de él con una pequeña caja de cedro en las manos.

—Espere —dijo Habinas. Tomó la caja que tenía el sirviente y se la entregó a Alejandro—. El pago por sus servicios —le dijo.

La caja era pesada.

—Encárgate de que el médico llegue a su casa a salvo —le dijo Habinas al esclavo y luego le ordenó a otro que trajera a la habitación un sillón para poder quedarse a dormir cerca de su esposa y de su hijo.

Alejandro salió, les indicó a los cuatro portadores de la litera de Habinas cómo llegar a la caseta y se subió al lujoso camastro. Cuando los esclavos levantaron la litera, cerró las finas cortinas de privacidad y se recostó pesadamente en los almohadones mullidos. Aunque estaba exhausto, los pensamientos zumbaban en su cabeza.

¡Esta noche había sido trascendental! Tan trascendental que lo llenaba de intranquilidad.

Llegó a la caseta antes que Hadasa y Rashid. Con la consciencia remordiéndole, se dio cuenta de que ni siquiera los había buscado durante el camino de regreso. Entró en la caseta y guardó los instrumentos y las medicinas. Sentándose en su escritorio, mezcló hollín y agua y escribió en sus pergaminos los acontecimientos que acababan de suceder. Recostándose un poco hacia atrás, leyó con insatisfacción lo que había escrito:

> *Hadasa puso sus manos sobre el vientre de Antonia y lloró. Mientras lo hacía, sus lágrimas se derramaron sobre la mujer, y el bebé se dio vuelta y salió .*

Las lágrimas en botella solían usarse como remedio. ¿Tenían algún poder sanador las de Hadasa? ¿O había sido su toque lo que había producido el milagro? ¿O habían sido las palabras que le dijo silenciosamente a su dios?

Alguien pateó el biombo, y Alejandro se levantó y lo descorrió. Rashid entró con Hadasa en sus brazos. Estaba dormida. Rashid la bajó con delicadeza hacia el lecho que estaba en el piso, cerca de la parte trasera de la caseta, y la tapó con cuidado. Se levantó y se dio vuelta hacia Alejandro.

—Ella necesita descansar.

—Es casi el amanecer —dijo Alejandro—. Los pacientes pronto se amontonarán afuera.

Apretó la mandíbula.

—Tendrá que decirles que se vayan.

Alejandro torció la boca al escuchar el tono de voz con el que le habló.

—¿Estás seguro de que eras esclavo y no amo, Rashid? —Levantó la mano y agregó—: Tienes razón. —Tomó una pizarra y escribió un mensaje breve en ella—. Colócala afuera, en la repisa. Esperemos que los que vengan sepan leer.

Rashid lo leyó.

—¿Cuenta con tu aprobación? —dijo Alejandro secamente.

—Sí, mi señor.

Cuando Rashid volvió a entrar, Alejandro le hizo una seña hacia la caja pequeña de cedro que estaba en el mostrador.

—Mira adentro —dijo, esparciendo arena sobre sus notas.

Rashid la abrió. Tomó una de las monedas de oro y le dio vueltas entre sus dedos. Un áureo.

—Una fortuna —dijo.

—Habinas cotiza muy cara la vida de su esposa. Ahí hay suficiente para alquilar un departamento y comprar más suministros. —Apretó los labios—. Tengo la sensación de que pronto necesitaremos ambas cosas.

Rashid volvió a poner la moneda en la caja y la cerró.

—Sí, mi señor. Esta noche abrió un nuevo camino. Hadasa tocó a esa mujer e hizo nacer a su niño. Magoniano lo vio. Se lo contará a otros... y esos otros vendrán.

Alejandro asintió con una expresión grave.

—Lo sé. —Vació la arena de regreso a un recipiente pequeño—. Mientras su compasión se limitara a los plebeyos o a los esclavos como tú, no teníamos mayor problema que el hecho de tener más pacientes de los que podíamos atender. Ahora hay peligro.

La mirada de Rashid se oscureció.

—Magoniano se mueve en círculos muy elevados .

—Sí, así como los amos que enviaron a Hadasa a morir en la arena —dijo Alejandro, y vio que Rashid comprendía perfectamente la amenaza. Enrolló el pergamino y lo metió en un cubículo encima del escritorio—. Como dijo Hadasa: legalmente, todavía le pertenece a quienes la compraron.

—Usted también está en peligro por ampararla, mi señor.

Alejandro no había pensado en eso.

—También está esa cuestión, supongo. El problema es ¿qué hacemos ahora? Ella tiene un don valioso y hay muchos que lo necesitan. —La idea de lo que podía sucederle a Hadasa si sus dueños descubrían que todavía estaba viva impulsó a Alejandro a levantarse de su banquillo. Comenzó a caminar de un lado al otro, frustrado—. ¡No se la devolveré a nadie que la haya enviado a morir a la arena, no me importa por qué motivos!

—Averigüe sus nombres y los mataré.

Alejandro se quedó mirándolo, estupefacto, y vio una oscura ferocidad en los ojos del árabe.

—No me dejas ninguna duda de que serías capaz de semejante cosa —dijo, alarmado. Sacudió la cabeza—. Tu carácter tiene unas facetas que me preocupan, Rashid. Soy un médico, no un asesino. Yo lucho para salvar vidas, no para tomarlas. En eso, Hadasa y yo somos similares.

—Yo la protegeré, cueste lo que cueste.

—Hadasa no aprobaría tu manera de protegerla. De hecho, le causaría un dolor tremendo.

—No es necesario que lo sepa.

—Se enteraría igual. No sé cómo, pero lo haría. —Miró a Hadasa, acostada y dormida en el lecho—. Es una muchacha rara. Puede ver el interior de las personas y saber cosas de ellos. Dice que eso se debe solamente a que escucha y ve, pero yo creo que hay algo más. Creo que su dios le revela cosas. —Se había acurrucado de costado como una niña. Alejandro se acercó y le retiró suavemente los velos, dejando a la vista las cicatrices que la desfiguraban. Tocó con delicadeza su rostro marcado, con cuidado para no despertarla—. El hecho de que esté viva es un testimonio del poder de su dios. Mis habilidades como médico no habrían sido suficientes. —Se incorporó y miró a Rashid—. Quizás deberíamos dejar que su dios siga protegiéndola.

Rashid no dijo nada.

Alejandro miró el rostro insondable.

—¿Sabes por qué se cubre a sí misma?

—Tiene vergüenza.

Alejandro negó con la cabeza.

—No tiene ni una pizca de vanidad. Se cubre porque las cicatri ces perturban a los demás. Nada más que por eso. La gente ve la marca del león en ella. No ven lo que esa marca significa.

Se agachó y alisó hacia atrás los mechones del cabello de Hadasa. El corazón le dolía por ella. Desde el momento que la había visto caminar hacia el centro de la arena, se había sentido atraído por ella. Era como los esclavos del Asclepeion: desechada y olvidada, su vida no tenía importancia en el panorama general de la vida. Y, sin embargo, su dulzura y su humildad eran como un faro para el corazón de Alejandro, y para muchos otros. Desfigurada y quebrantada, Hadasa tenía una resistencia que desafiaba la razón. A veces, el amor que le demostraba a un paciente tocándolo con ternura o diciéndole una palabra cariñosa lo atravesaba. Era el amor que él quería mostrar... el amor que parecía no tener.

Él se preocupaba. Hadasa *amaba* .

Sacudió la cabeza con asombro. ¿Cómo podía ser que alguien que hubiera pasado por las cosas que ella había sufrido fuera como ella era?

—Jamás conocí a alguien como ella, Rashid —dijo, frotando un mechón del cabello oscuro entre sus dedos—. No haré nada que le desagrade. —Se sorprendió al darse cuenta de que la voz le temblaba por la intensidad de las emociones que sentía, y rápidamente se puso de pie. Miró fijamente los ojos oscuros del árabe—. Ni lo harás tú.

—Yo juré protegerla, mi señor.

—Entonces, protégela, pero hazlo de una manera que le agrade a Hadasa, no a ti mismo.

—Mi vida le pertenece. Por eso no puedo permitir que alguien se la quite a ella.

Alejandro torció la boca.

—Ella diría que tu vida le pertenece a su dios, así como la suya. —Suspiró y se frotó el cuello con cansancio—. No me pidas respuestas. No tengo ninguna. Tal vez solo estamos viendo un problema donde no lo hay. Es probable que nada pase esta noche, ni oportunidades ni amenazas. Descansemos un poco. Después podremos enfrentar mucho mejor cualquier cosa que venga.

Pero el descanso era esquivo.

Alejandro se quedó acostado y despierto, pensando, repasando mentalmente los acontecimientos de la noche. Tenía una mezcla de asombro por lo que había sucedido, y se sentía inquieto y confundido cuando tenía en cuenta la intensidad de sus emociones ante la idea de que Hadasa corriera peligro. Trató de decirse a sí mismo que era natural que estuviera preocupado. Después de todo, Hadasa era una ayudante capaz y valiosa. Pero algo en lo profundo de su ser le decía que se trataba de algo mucho más importante que eso.

Finalmente, alguien golpeó el biombo y dijo un apelativo en hebreo. Alejandro reconoció algunas palabras y supo que no era a él a quien llamaba el hombre, sino a Hadasa. Aparentemente, Rashid tenía la misma dificultad para dormir que él, porque se levantó rápidamente y abrió el biombo lo suficiente para decirle al intruso que estaban durmiendo.

—¡Tonto! ¿No sabes leer?

—Tengo que hablar con Rafa.

—El doctor se fue de la ciudad y volverá mañana.

—Rafa. Yo quiero hablar con Rafa.

—No está aquí. ¡Vete! Hay otros médicos en los baños. Llévales tu problema a ellos. —Cerró firmemente el biombo y volvió a acostarse en su cama; el rostro se le puso rígido cuando vio que Hadasa se había despertado.

Se incorporó, frotándose la cara. Hizo una mueca cuando vio la rendija de luz que entraba a través del biombo.

—Ya es de día.

—No —mintió Rashid—. Nada más es el brillo de la luna.

—¿Tan brillante?

—Vuelva a dormir, mi señora. No hay nadie que la moleste.

—Escuché a alguien...

—No escuchó a nadie —la exhortó amablemente—. Estaba soñando que estaba en Judea.

Ella se frotó el rostro y levantó una ceja hacia él.

—Si estaba soñando, ¿cómo supiste que estaban hablando en hebreo? —Se estiró para agarrar sus velos.

Alejandro se levantó.

—Yo me fijaré —dijo, sabiendo muy bien que ella no podía ignorar a alguien que suplicaba ayuda, sin importarle cuánto necesitara descansar. Pasó por encima de ella y fue hacia el biombo. Mirando a través de la rajadura, vio a un hombre que se marchaba caminando desalentado—. No hay nadie parado ahí afuera —dijo sinceramente.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. —Fue hacia la parte de atrás de la caseta, donde bajó una cantimplora de piel. Sirvió agua en el pequeño vaso de arcilla de Hadasa, le agregó una porción de mandrágora y se la dio a beber—. Bebe esto —dijo llevándole el vaso a los labios—. Tienes que descansar, o no podrás hacerle bien a nadie. Te despertaré antes de abrir la caseta.

Sedienta y exhausta, bebió.

—¿Qué hay de Antonia ?

—Antonia está durmiendo, como deberías estar haciéndolo tú. Mañana iremos y la visitaremos. —Volvió a taparla y se quedó acuclillado junto a ella hasta que la droga hizo efecto. Tan pronto como ella se dejó llevar por el sueño, él volvió a su propia esterilla.

Rashid seguía sentado observando a Hadasa.

—Descansa, Rashid. No se despertará en varias horas.

El árabe se recostó.

—¿Escuchó cómo la llamó el judío?

—Lo escuché. ¿Qué significa? —Rashid se lo dijo. Alejandro pensó durante un rato largo y, entonces, asintió satisfecho—. Creo que tenemos nuestra respuesta.

—¿Respuesta a qué?

—A cómo protegerla. A partir de ahora, Hadasa no será conocida por su nombre, Rashid. La llamaremos por el título que acaba de recibir. Será conocida como Rafa.

La sanadora.

13

Marcus cabalgó hacia el sur, a Jerusalén, siguiendo el camino a través de Mizpa. Siguió hacia Ramá, donde se detuvo a comprar almendras, higos, pan sin levadura y un odre de vino. Las personas se apartaban al verlo. Vio que una mujer juntaba a sus hijos alrededor de ella y los hacía entrar aprisa a una casita de adobe, como una gallina cuando protege a sus polluelos de algún depredador.

Lo entendió cuando vio Jerusalén.

Mientras cabalgaba hacia ella, sintió el manto de la muerte sobre la tierra. Toda Roma había hablado sobre la conquista y la destrucción de Jerusalén. Solo había sido otro levantamiento, aplastado con total éxito por las legiones romanas. En ese momento, vio por sí mismo la capacidad de aniquilación que tenía Roma.

Mientras cruzaba el valle árido, quedó abrumado por lo que vio. Donde alguna vez se había levantado una gran ciudad, había murallas y edificios destruidos, ruinas ennegrecidas de casas incendiadas: era una tierra despojada de vida. En un cauce detrás de un monte había marañas de huesos blanqueados, como si hubieran arrojado descuidadamente miles de cuerpos a la fosa y hubieran quedado sin sepultura. Dos torres estratégicas habían sobrevivido a la demolición y permanecían como dos solitarios entre los escombros.

Jerusalén, la «morada de paz», ciertamente estaba en paz. Había quedado reducida a un cementerio al aire libre.

Marcus acampó en una pequeña ladera, debajo de un olivo desgarbado. Cuando recorrió con la vista el pequeño valle, pudo ver los vestigios diseminados de las antiguas murallas de Jerusalén. Durmió muy mal, perturbado por el eco del silencio de tantos muertos.

Se despertó al escuchar sobre las rocas el sonido de sandalias remachadas. Se levantó y vio a un legionario romano acercándose.

—¿Quién es usted y por qué está aquí? —le exigió el soldado.

Marcus contuvo su enojo y le dijo su nombre.

—He venido a ver la casa del dios de los judíos .

El legionario se rió una vez.

—Lo que quedó de ella, está allá, en esa colina. Lo llaman monte Moria, pero no tiene punto de comparación con el Vesubio. Y no va a encontrar gran cosa de lo que quedó del templo. Lo hemos demolido y arrasado para sacar materiales para reconstruir las barracas y el pueblo que puede ver allá.

—¿Usted estuvo con Tito durante el asedio?

El legionario lo miró enigmáticamente.

—Yo estaba en Germania. Bajo las órdenes de Civilis.

Marcus analizó más de cerca al hombre. Civilis se había rebelado contra el César y peleó con las tribus germanas durante aquel breve levantamiento. Domiciano comandó a las legiones que habían vuelto a imponer el orden en la frontera. Civilis fue llevado a Roma a morir y uno de cada diez de los hombres bajo sus órdenes murieron a espada en el campo. Al parecer, el resto fue enviado a puestos de servicio a lo largo de todo el Imperio. Judea era considerado el peor.

—La aniquilación es una manera de devolverlo a uno a la lealtad —dijo el soldado, mirando a Marcus directamente a los ojos—. Al enviarme aquí, se aseguraron de ello. —Su boca dibujó una

sonrisa amarga.

Marcus se quedó mirándolo fijamente, sin miedo.

—Vine a ver el templo.

—Ya no hay ningún templo. Las órdenes de Tito fueron destruirlo, piedra por piedra, hasta que no quedara nada. —Torció la boca—. Dejamos una parte del muro. —Miró a Marcus otra vez—. ¿Por qué está tan interesado en el templo?

—Se suponía que su dios moraba en él.

—Si alguna vez hubo un dios aquí, ya no queda nada de él. —El soldado recorrió rápidamente con la mirada toda la zona devastada—. No que Roma logre convencer algún día a los judíos. Todavía vienen por aquí. Algunos simplemente deambulan por las ruinas. Otros se quedan al lado del condenado muro y lloran. Nosotros los echamos, pero ellos vuelven. A veces, pienso que deberíamos derribarlo todo y hacer polvo cada piedra que queda. —Resopló fuertemente y volvió a mirar a Marcus—. No les servirá de nada. En toda Judea no quedan suficientes hombres que puedan causarle un problema serio a Roma. No durante varias generaciones.

—¿Por qué me dijo que formó parte de la rebelión de Civilis? —preguntó Marcus.

—Como una advertencia.

—¿Una advertencia contra qué?

—Luché en una campaña tras otra durante veintitrés años para que hombres como usted pudieran recostarse en sus cómodos sillones en Roma y vivir una vida de reposo y seguridad. —Su boca dura esbozó una sonrisa sarcástica, sus ojos severos recorrieron la túnica costosa y el cinturón de cuero trabajado de Marcus—. Usted lleva el sello de romano por todas partes. Se lo advierto. No levantaré un dedo por salvarle el pellejo. No aquí, en este lugar. No ahora.

Marcus lo vio marcharse caminando. Sacudiendo la cabeza, levantó su manto y se lo puso alrededor de los hombros.

Dejó a su caballo atado en la pequeña ladera y se metió en las ruinas. Mientras se abría paso entre las piedras caídas y los edificios destruidos, sus pensamientos estaban completamente concentrados en Hadasa. Ella había estado aquí cuando la ciudad fue asediada. Había tenido hambre y miedo. Estuvo aquí cuando Tito entró en la ciudad. Había visto a miles morir a espada y crucificados.

Sin embargo, ni una sola vez vio en los ojos de Hadasa la mirada que acababa de ver en el soldado romano.

Ella le había dado las moneditas insignificantes de su *peculio* a la mujer romana que no tenía dinero para comprar pan. Y lo había hecho libremente, sabiendo que el hijo de la mujer era un legionario que había participado en la destrucción de su tierra natal.

Aquí había perdido a todos: padre y madre, hermano y hermana. En algún lugar entre estos edificios destruidos y los escombros ennegrecidos, yacían los huesos olvidados de las personas a las que había amado.

Los judíos creían que su dios les había prometido que los descendientes de Abraham llegarían a ser tan numerosos como las estrellas del cielo. La multitud había quedado reducida a unos miles, y esos habían sido dispersados por todo el Imperio, bajo el yugo de Roma.

Marcus miró alrededor de él y se preguntó cómo había sobrevivido Hadasa.

«Dios no me ha abandonado». Sus palabras resonaban en su mente.

«Aquí está la evidencia, Hadasa», susurró; el viento cálido y seco revoloteando el polvo alrededor de él.

«Dios no me ha abandonado».

Marcus se sentó sobre un bloque de granito. Recordó claramente la primera vez que la había visto en Roma. Ella estaba de pie entre los otros esclavos que Enoc había traído del mercado: hombres de Judea de cuerpos esqueléticos y espíritu quebrantado. Y Hadasa estaba entre ellos, pequeña, delgada, con la cabeza afeitada, los ojos demasiado grandes para su rostro... esos ojos des pojados de animosidad, pero llenos de miedo. En ese momento lo había impactado su fragilidad, pero no había sentido lástima. Era una judía, ¿no? ¿No había causado su pueblo su propia destrucción mediante la guerra civil y la insurrección?

Ahora, en este lugar, él veía el castigo romano.

¿Merecía cualquier pueblo una devastación tan grande como esta? En ese entonces no le había importado. Sin pensar en lo que había soportado la muchacha esclava, la miró y no vio nada que le interesara. Dijo que era fea, sin conocer la belleza que había en su interior, su espíritu dulce, su capacidad para amar y para ser leal.

Ella había sido una niña durante la caída de Jerusalén. Siendo una niña, había visto a miles de personas morir por una sangrienta guerra civil, el hambre, la aniquilación. Hombres. Mujeres. Niños. ¿Cuántos miles había visto clavados a cruces alrededor de esta ciudad? ¿Cuántos más habían caminado con ella hacia el norte, a las arenas y los mercados de esclavos?

Y aun así, con la evidencia del trauma físico que había padecido y el yugo de la esclavitud que llevaba alrededor del cuello, su rostro denotaba dulzura aquel día en el jardín de la villa. Una dulzura que permaneció inalterable hasta el día en que salió caminando bajo la luz del sol de la arena, con los brazos extendidos.

«Dios nunca me abandonará...».

Marcus gimió y dejó caer su cabeza entre sus manos.

Sentado allí, en ese lugar desolado, pudo creer que su dios la había librado de la muerte segura durante su infancia. Entonces, ¿por qué la había abandonado después, cuando el amor que ella tenía por él era aún más fuerte?

Levantando la vista hacia lo alto del monte santo, la mente de Marcus bullía de preguntas. Se sentía extrañamente conectado a este panorama de devastación. De alguna manera reflejaba la devastación de su propia vida cuando perdió a Hadasa. La luz se había apagado en su vida, así como se había apagado en Jerusalén. Con ella, se había sentido vivo. En ella, había conocido la esperanza. Cerca de ella, había saboreado la alegría. Hadasa había despertado en él un anhelo que había dejado su alma expuesta, y ahora, como consecuencia, había quedado sangrante. Lesionada. Perdida.

Apretó fuerte las manos. No debería haberle *pedido* que fuera su esposa. Debería habérsela llevado a su casa sin rodeos. De haberlo hecho, aún estaría viva.

Alrededor de él, el pesado silencio se extendía como una mortaja sobre las ruinas de Jerusalén. Casi podía escuchar los gritos de los moribundos... el llanto de miles resonando por todo el valle.

En ese momento, escuchó que alguien lloraba .

Marcus escuchó, y entonces se levantó y se acercó al sonido.

Un anciano estaba de pie llorando frente a las castigadas ruinas de los últimos vestigios del muro del templo. Tenía las palmas de las manos y la frente presionadas contra la roca fría; sus hombros se sacudían por los sollozos. Marcus se paró detrás de él y lo observó con una inexplicable sensación de tristeza y vergüenza.

El hombre le recordaba al leal Enoc, el mayordomo de la villa familiar en Roma. El padre de Marcus había sido tolerante con todas las religiones y les había permitido a sus esclavos adorar a cualquiera de los dioses, de la manera que ellos eligieran. Enoc era un judío piadoso. Obedecía al

pie de la letra la Ley judaica. Cumplir la Ley al pie de la letra era la base misma de su fe, la roca sobre la cual se había fundado su religión. Sin embargo, Enoc nunca había tenido la oportunidad de realizar los sacrificios necesarios que exigían sus leyes. Eso únicamente habría sido posible aquí, en Jerusalén. Solamente aquí habría podido dar la ofrenda apropiada al sacerdocio escogido para sacrificar en el altar consagrado.

Ahora no quedaba nada de ese altar sagrado.

La pax romana, pensó Marcus al ver al anciano afligido por lo que había perdido. Judea finalmente estaba en paz, y esa paz estaba erigida sobre la sangre y la muerte. ¿Cuánto costaba la paz?

¿Sabía Tito cuán grande había sido su victoria sobre los judíos? ¿Se había dado cuenta de lo absoluto que había sido su triunfo? Él les había arrancado más que los edificios; les había arrebatado el corazón mismo de su religión.

El pueblo podía seguir estudiando las leyes. Podía continuar profetizando en sus sinagogas. Pero ¿con qué propósito? ¿Con qué fin? Sin el templo, sin el sacerdocio, sin los sacrificios para la expiación de los pecados, su religión estaba vacía. Se había acabado. Cuando los muros del templo se derrumbaron, también lo hizo el poder de su dios invisible y todopoderoso.

«Oh, Marcus, amado, Dios no puede ser contenido en un templo...».

Gimiendo, Marcus apretó las manos contra sus oídos.

«¿Por qué me hablas así?».

El anciano lo escuchó y se dio vuelta. Cuando vio a Marcus, se fue corriendo.

Marcus gimió. Era como si Hadasa estuviera parada a su lado en medio de las ruinas de esta antigua ciudad. ¿Por qué el eco de sus palabras recobraba vida con tanta claridad en este lugar de muerte y destrucción? Extendió los brazos. «¡Aquí no hay nada! ¡Tu dios está muerto!».

«No puedes contener a Dios en un templo» .

«Entonces, ¿dónde está? *¿Dónde está?».* Solo el sonido de su voz resonó sobre el vestigio del muro.

«Busca y encontrarás... busca... busca...».

Marcus se alejó de la sombra de la pared marcada por la guerra y siguió caminando con dificultad entre los escombros, hasta que encontró el centro del templo. Se paró sobre un gran peñasco semienterrado y miró alrededor.

¿Era esta la misma roca sobre la que Abraham había acostado a su hijo Isaac para sacrificarlo? ¿Era este el santuario central, el Lugar Santísimo? ¿Había sido en este lugar donde se había realizado el pacto entre Dios y Abraham?

Marcus miró a lo lejos, hacia las colinas. Allí, en alguna parte, Jesús de Nazaret había sido crucificado, fuera de las puertas de la ciudad, pero en un sitio visible del lugar donde se dio la promesa. «Dios envió a su Hijo unigénito a vivir entre los hombres y a ser crucificado por nuestros pecados... por medio de este Cristo, todos los hombres pueden ser salvos y tener vida eterna», le había dicho Sátiro, el capitán del barco.

¿Fue una coincidencia que Jesús de Nazaret fuera crucificado durante la Pascua? ¿Fue una coincidencia que el principio del fin para Jerusalén hubiera empezado durante la misma celebración?

Miles habían llegado en masa a la ciudad para la celebración y habían quedado atrapados aquí por la guerra civil y las legiones de Tito. ¿Todo lo sucedido había sido por casualidad, o había un plan y un mensaje para toda la humanidad?

Tal vez si cabalgaba hacia Jamnia, aprendería algo de los líderes de la fe. Sátiro le había dicho que un fariseo llamado rabí Jokanaán se había convertido en el nuevo líder religioso y

había trasladado el Sanedrín hacia allá. Tan pronto como se le cruzó la idea, Marcus la descartó. Las respuestas que necesitaba no vendrían de ningún hombre, sino de Dios mismo, si Dios existía. Y ya no estaba seguro de a quién buscaba. ¿Estaba buscando a Adonai, el Dios de los judíos, o a Jesús de Nazaret, a quien Hadasa había adorado? ¿A cuál quería enfrentar? ¿O eran uno y el mismo, como había dicho Sátiro?

Un viento caliente sopló sobre las ruinas, levantando polvo.

La boca de Marcus se llenó de amargura.

—Ella te escogió a ti y no a mí. ¿Eso no fue suficiente?

Ninguna voz suave y tranquila le habló en el viento. No había ningún eco de las palabras que Hadasa le había dicho. Marcus se sintió desamparado; la garganta se le cerró. ¿De verdad había esperado que le llegara una respuesta de la nada?

Bajó del bloque de piedra oscura, pateó a un costado un pedazo de mármol ennegrecido y volvió a su punto de partida. Cuando llegó a la pequeña ladera, se sentó bajo la sombra del olivo, acalorado y frustrado, con el alma abatida.

No encontraría ninguna respuesta aquí, dentro de esta ciudad muerta.

Tal vez si la viera desde afuera, entendería por qué este lugar era tan especial para la fe de los judíos. Él quería entender. Tenía que hacerlo.

Quitándole las maniotas, montó su caballo y cabalgó hacia las colinas. Los siguientes tres días, viajó por cauces, valles y laderas, mirando a Jerusalén desde todos los ángulos. Nada podía decir a su favor.

«Oh, Señor Dios de Abraham, ¿por qué elegiste este lugar? —dijo, confundido, sin ser consciente de que le estaba preguntando a un dios en el cual afirmaba no creer. Las colinas de Jerusalén no eran adecuadas para la agricultura, no contenían yacimientos minerales valiosos ni tenían una estrategia militar importante. Quedaba a quince kilómetros de la ruta comercial más cercana—. ¿Por qué aquí?».

«La promesa...».

«“Sobre esta piedra tu fe será edificada...”», dijo en voz alta, sin recordar dónde lo había escuchado. ¿Fue algo que Sátiro le había dicho o algo que él había imaginado?

La piedra de Abraham, pensó. Una piedra para el sacrificio. Eso era todo lo que tenía Jerusalén para recomendarlo.

¿O lo era?

Ya no le importaba. Quizás no había venido a buscar a Dios en absoluto. Quizás, solo había venido a este lugar porque Hadasa había estado aquí y este sitio lo atraía por esa única razón. Quería caminar por donde ella había caminado. Respirar el aire que ella había respirado. Quería sentirse cerca de ella.

Cuando llegó la noche, se envolvió en su capa y se acostó en el suelo para descansar. El sueño llegó despacio y, con él, los sueños confusos.

Persevera... persevera... parecía susurrar la voz. Sus preguntas no recibirían respuesta aquí.

Se despertó de repente y vio a un legionario parado sobre él, su silueta recortada contra el sol naciente.

—Así que todavía está aquí. —La voz burlona le resultó conocida.

Marcus se levantó.

—Sí. Todavía estoy aquí.

—Betania está a tres kilómetros al este; allí hay una posada nueva. Parece que le iría bien una buena noche de sueño.

—Gracias por el consejo —dijo Marcus irónicamente.

—¿Encontró lo que estaba buscando ?

—Todavía no, pero he visto todo lo que necesitaba ver de Jerusalén.

La sonrisa del legionario era casi un insulto.

—¿Dónde irá ahora?

—A Jericó y al valle del Jordán.

—Una compañía montada patrullará ese camino en un par de horas. Cabalgue con ellos.

—Si quisiera compañía, la contrataría.

—La muerte de un tonto puede costar la vida de muchos hombres buenos.

Los ojos de Marcus se estrecharon con frialdad.

—¿Lo cual significa...?

—Que Roma no ve con buenos ojos que asesinen a sus ciudadanos, por más atrevidos que sean.

—La culpa será mía por cualquier cosa que suceda.

—Bien —dijo el hombre con una sonrisa a medias—. Porque ya ejecuté todas las crucifixiones que tenía pensadas en mi vida. Si pone la cabeza en la boca de un león, espere que se la arranque. —Comenzó a alejarse y, entonces, se dio vuelta y miró a Marcus otra vez, con una expresión curiosamente perpleja—. ¿Por qué está aquí?

—Estoy buscando la verdad.

—¿La verdad de qué?

Marcus dudó y luego sonrió con burla de sí mismo.

—Dios. —Esperó que el soldado se riera de él.

El legionario lo miró durante un rato largo, luego asintió una sola vez y se marchó sin decir una palabra.

Marcus cabalgó al oriente, hacia Qumrán. La «Ciudad de la Sal» se desplegaba sobre tierras elevadas, cerca del mar Muerto, y alguna vez había estado habitada por una secta judía de hombres santos llamados esenios, quienes estudiaron y adoraron allí. Bajo la amenaza de ser invadidos, los hombres santos se fueron y escondieron sus valiosos rollos así como a sí mismos en las cuevas del desierto judío, dejándoles la ciudad a las tropas romanas.

Cuando Marcus llegó al cruce de caminos, tomó la bifurcación que se dirigía hacia el nororiente, a Jericó. Cruzó un cauce profundo recortado por la erosión del agua en las laderas áridas que descendían hacia el valle del Jordán.

El sol se alzaba caliente y pesado y, con cada hora que pasaba, lo aplastaba aún más. Hizo una pausa, se quitó la capa y aflojó el recipiente de piel que llevaba en su montura. Bebió a fondo y se roció un poco de agua sobre el rostro.

El caballo resopló de repente y dio un paso al costado.

Probablemente lo haya asustado una lagartija , pensó Marcus, agachándose para darle una palmada y susurrarle algunas palabras para tranquilizarlo.

Con el rabillo del ojo vio que algo se movía por la orilla del cauce. Observó con cuidado el sitio, pero no vio nada. Girando un poco sobre la montura, miró por todas partes con cautela. En algún lugar cerca de él, un suave aluvión de piedras descendió por la pendiente escarpada del cauce. Marcus dio por sentado que se trataba de otra cabra como las que había visto varios kilómetros atrás.

Se agachó para atar la cantimplora de piel a la montura, justo cuando una piedra voló hacia su cabeza. El caballo soltó un relincho agudo, retrocedió bruscamente y Marcus se enderezó rápidamente en la montura.

Cuatro hombres saltaron de sus escondites a la orilla del cauce y corrieron hacia él. Lanzando

insultos, Marcus trató de controlar su caballo. Uno de los hombres recogió una piedra y cargó su honda mientras corría. Marcus se agachó cuando otra piedra pasó volando junto a él. El caballo se encabritó bruscamente, y Marcus apenas pudo mantenerse en su silla cuando uno de los hombres llegó hasta él y trató de bajarlo a la fuerza.

Cuando el caballo se vino abajo, dos ladrones tomaron la brida. Marcus pateó a uno de ellos en la cara, lanzándolo hacia atrás. Otro hombre saltó. Esquivándolo, Marcus dejó que el impulso llevara al hombre por encima de la montura y lo hiciera caer al otro lado del caballo.

Aterrado, el caballo dejó escapar otro relincho agudo y se encabritó nuevamente, levantando a uno de los hombres por el aire y soltándose del otro que lo tenía aferrado. Alguien agarró a Marcus por el costado. Golpeando el rostro del atacante con el codo, Marcus hundió sus talones en los flancos del caballo. El animal saltó hacia adelante, cabalgando directo hacia otro sicario que estaba frente a él. El hombre logró lanzarse a un costado del camino y, luego, poniéndose de pie, hizo girar la honda.

El dolor estalló en la cabeza de Marcus cuando la piedra dio en el blanco. Los dedos se le aflojaron de las riendas y perdió el equilibrio. Podía escuchar las palabras del legionario resonando alrededor de él: *«Si pone la cabeza en la boca de un león, espere que se la arranque»* . Sintió que unas manos lo agarraban y lo arrastraban de la montura. Trató de soltarse, pero fue inútil. Golpeó fuertemente contra el suelo y se quedó sin aire. Mientras daba bocanadas para tomar un poco de aire, uno de los sicarii lo golpeó en la cabeza y otro, en el costado. La patada final en la ingle lo consumió con un dolor ardiente, y se deslizó con gratitud por un embudo de oscuridad .

Se despertó demasiado rápido.

—¡Cerdo romano asqueroso! —dijo alguien y lo escupió.

En una neblina de dolor, Marcus sintió que unas manos le arrancaban frenéticamente sus pertenencias. Alguien tironeó del colgante de oro que llevaba al cuello. Otro le arrancó el cinturón y sacó los áureos que llevaba escondidos en él. Lo picotearon como buitres. Cuando sintió que uno de ellos trataba de sacarle del dedo el anillo de sello de oro que su padre le había regalado, Marcus apretó el puño. Le dieron un golpe de revés al costado de la cabeza. Sintió el gusto de la sangre en la boca y luchó por mantenerse consciente. Sus dedos se flojaron y sintió que le quitaban el anillo de su padre.

Escuchó voces a través de la neblina aplastante.

—No lo hieran todavía. La túnica es de lino fino. Sáquensela, primero.

—¡Apúrate! Escucho que se acerca la patrulla romana.

—Pagarán un buen precio por la túnica.

—¿Tienes ganas de que te claven a una cruz?

Le quitaron la túnica.

—Arrójenlo al cauce. Si lo encuentran, vendrán a buscarnos.

—¡Apúrense! —siseó uno de ellos y, sujetándolo de los tobillos, lo arrastraron.

Marcus se quejó cuando una piedra le raspó la espalda desnuda. Lo dejaron caer cerca de la orilla.

—¡Rápido! —Un hombre empezó a correr, mientras que el que quedaba desenvainó un cuchillo curvo.

—Romano *raca* —dijo el hombre y escupió sobre el rostro de Marcus. Vio la hoja viniendo hacia él e, instintivamente, rodó. Sintió que el cuchillo le rebanaba la caja torácica mientras caía por la orilla del cauce. Golpeó contra una cornisa angosta; luego rodó y resbaló hacia abajo por la dentada ladera. El hombre que estaba sobre él lo insultó duramente. Los otros gritaban a lo

lejos. El sonido de los cascos golpeaba contra la tierra.

Gimiendo, Marcus arañó buscando un asidero. El dolor ardiente que sentía en el costado del cuerpo no lo dejaba respirar. Al mirar hacia arriba a la cornisa, vio doble y borroso; el mundo daba vueltas alrededor de él. Tratando de controlar sus náuseas, quedó tendido y desamparado, a medio camino de la ladera empinada del cauce, inmovilizado contra un afloramiento rocoso.

El ruido de los caballos se acercó.

Marcus trató de gritar, pero las palabras le salieron como un gemido profundo. Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás y resbaló un poco más abajo por la pronunciada cuesta.

Los caballos iban por el camino justo sobre él .

—Ayúdenme... —dijo con voz ronca, luchando por mantenerse consciente—. Ayúdenme...

El ruido de los cascos se desvaneció y una nube de polvo descendió por el cauce.

El silencio cayó. No había canto de pájaros. Ninguna brisa agitaba la escasa hierba ni la quebradiza maleza. Solo el sol lo abatía, un orbe de luz caliente y despiadada.

Y luego no hubo nada.

Hadasa acomodaba las pequeñas ánforas, viales y cajas sobre el estante, mientras que Rashid y Alejandro entraban con una mesa de examen. Había pensado en Marcus toda la mañana. Cerró los ojos preguntándose por qué estaba tan intranquila. No lo había visto desde aquel día que había chocado contra ella frente a los baños. ¿Por qué ahora estaba tan presente en sus pensamientos?

Dios, dondequiera que esté, sea lo que sea que esté haciendo, cuídalo y protégelo.

Volvió a su trabajo y trató de concentrarse en acomodar las drogas y los medicamentos en el orden correcto. Alejandro y Rashid habían vuelto a salir, y ella podía escucharlos hablar mientras bajaban la escalera.

A la mañana siguiente de que el bebé de Antonia había llegado sano y salvo al mundo, Alejandro le había repetido a Hadasa la oportunidad de ser colegas, y ella al fin aceptó. El dinero que Magoniano le había pagado a Alejandro por el parto de su hijo ya había sido gastado en alquilar este alojamiento más grande y espacioso, más cercano al centro de Éfeso y a la escuela de medicina donde enseñaba Flegón.

—Es un riesgo, lo sé —dijo Alejandro cuando le contó a Hadasa su decisión—. Pero creo que vamos a necesitar mejores instalaciones para nuestros pacientes.

—Los pacientes que atendías cerca de los baños no vendrán aquí.

—Pueden hacerlo, y si no vienen, otros vendrán. Los amigos de Magoniano.

—¿Y ellos tienen más necesidades que los otros?

—No —dijo Alejandro—, pero pueden pagar, y yo necesito dinero para continuar mis estudios.

—¿Qué pasará con Boeto y su esposa y sus hijos? ¿Y qué será de Eficaris y Helena?

—No estamos abandonándolos. Estoy mandándoles mensajes a todos los pacientes que vimos, diciéndoles dónde pueden encontrarnos, si siguen necesitándonos.

Hadasa se sintió consternada por el apuro con el que tomaba decisiones y por el rumbo al cual lo llevaban esas decisiones .

Él tocó el rostro de ella con ternura.

—Tienes que confiar en mí, Rafa.

Ella retrocedió un poco.

—¿Por qué me llamas así?

—Así es como te dice la gente.

—Pero es el Señor quien...

Él puso la punta de un dedo sobre sus labios.

—Hizo el milagro. Sí, yo sé que tú crees eso. Entonces, cree que fue el Señor quien proporcionó ese nombre.

—¿Con qué propósito?

—Para proteger tu identidad de quienes trataron de destruirte. Magoniano se mueve en los círculos de los ricos y los poderosos. Sería útil si me dijeras el nombre de la familia de tus amos para que podamos evitarlos. Ya que no quieres hacerlo...

Ella apartó su rostro, pero él se lo volteó nuevamente, levantando su mentón y mirándola a los ojos.

—Hadasa, tú eres demasiado importante para mí en este momento. No me arriesgaré a perderte.

El corazón de ella saltó sobresaltado. *¿Importante en qué sentido?* se preguntó, escudriñando sus ojos.

—Lo que hiciste anoche...

—Yo no hice nada —dijo ella con insistencia.

—Oraste. Dios te escuchó e hizo lo que le pediste.

Ella vio claramente su manera de pensar.

—No. No puedes manipular a Dios, Alejandro. Ni lo pienses. No puedes orar con la esperanza de conseguir lo que quieres. Es la voluntad de Dios la que prevalece. Fue Dios quien salvó a Antonia y a su hijo. Dios, no yo.

—Él te escuchó.

—No más de lo que te escucha a ti —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

Él tomó su rostro entre sus manos.

—Puede que sea así. Y, si lo es, ahora me escucha dándole las gracias por traerte a mi vida. Anoche tuve miedo por ti. Rashid también. Y entonces, la respuesta vino tan clara como alguien que gritaba ante el biombo de la caseta. —Se rió—. *Rafa* . Tan simple. Y así te llamarás. —Él vio que estaba preocupada—. Quédate tranquila.

Pero todo sucedía tan rápido, que ella apenas podía pensar.

Lo que Alejandro y Rashid habían sospechado que podía suceder, sucedió. Cuando esa tarde llegaron a la residencia de Magoniano, inmediatamente fueron guiados a los aposentos de Antonia. Ya tenía visitas. El bebé dormido era acunado en los brazos de la madre primeriza, mientras tres mujeres estaban alrededor, susurrando, riendo y admirándolo. Magoniano estaba de pie con el aire orgulloso de un padre primerizo.

Él los vio primero y apoyó su mano sobre el hombro de su joven esposa.

—Ya llegaron, mi amor.

Todos se dieron vuelta hacia ellos y se quedaron en silencio. La mano de Alejandro se tensó debajo del brazo de Hadasa mientras se acercaban a la cama. Hadasa sintió la profunda curiosidad de las tres mujeres y bajó un poco la cabeza, como si pudieran ver qué había debajo de los velos.

—Rafa y yo hemos vuelto para ver cómo está usted, mi señora. Se ve bien —dijo Alejandro sonriéndole a Antonia.

—Está realmente bien. —Los ojos de Magoniano brillaban.

Antonia le sonrió al médico y luego miró a Hadasa.

—Gracias —susurró y le ofreció al bebé—. ¿Quiere cargarlo?

Hadasa tomó al niño cuidadosamente en sus brazos.

—Oh, Señor, bendice a este niño. Mantenlo bien y hazlo crecer para que sea tu hijo —murmuró, tocándole una mejilla suave y aterciopelada. La cabeza del bebé giró un poco y su boca diminuta se movió como si estuviera amamantándose. Ella se rió, emocionada.

«Marcus...».

El suave susurro de su nombre llenó su mente y su corazón. ¿Era solo porque tenía a un recién nacido en brazos y supo que podría haber tenido uno con él? Los ojos se le llenaron de lágrimas y le devolvió el bebé a su madre.

—Es muy hermoso.

Oh, Marcus, sigo amándote. Todavía te amo tanto...

Marcus... Marcus...

Padre, no era tu voluntad que yo me enamorara de un hombre que te rechaza, ¿verdad? Ayúdame a olvidarlo. ¿Cómo puedo servirte con todo el corazón, cuando lo añoro? Tú conoces los deseos más profundos de mi corazón. Oh, por favor, Señor, quítame esta carga...

Pero ahora, mientras ordenaba las drogas y las hierbas curativas en el nuevo alojamiento, el murmullo suave volvió, insistente, sin poder ser dejado de lado.

Marcus... Marcus... Marcus...

Sintió el llamado y apretó el puño contra su corazón.

Oh, Señor, acompáñalo. Cuídalo y protégelo. Coloca ángeles alrededor de él. Oh, Padre, déjalo conocer tu misericordia...

Alejandro subió la pequeña mesa de escritura por la escalera. Chocó uno de los bordes contra el marco de la puerta y se machucó los dedos. Masculló un insulto en voz baja, y llevó su torpe carga a la habitación y la dejó caer con un golpe.

Hadasa estaba arrodillada, con la cabeza agachada y las manos apretadas contra su corazón.

Rashid entró detrás de él con un biombo pintado. Él también la vio y miró a Alejandro interrogativamente. Alejandro se encogió de hombros. En silencio, se dedicaron a la tarea de ordenar las cosas en los lugares adecuados.

De repente, Rashid le dio un codazo a Alejandro con una expresión de temor en sus ojos oscuros. Alejandro giró la cabeza y sintió que un cosquilleo le recorría la columna vertebral.

Todavía arrodillada en la misma posición, Hadasa estaba bañada por un rayo de sol.

14

—¡Tafita, debemos apurarnos, o no llegaremos a Jericó antes del anochecer! —Esdras Barjaquín llamó a su hija por encima del hombro. Golpeó con su vara el costado de su burro. Tafita, que lo seguía en un asno más pequeño, lo obedeció, pero golpeteó con tanta suavidad las ancas del animal, que este continuó andando a paso relajado—. ¡Golpea a esa bestia perezosa con la vara, hija! No lo acaricies con ella.

Mordiéndose el labio, Tafita aplicó mano dura, y el animal apuró el paso.

Esdras sacudió la cabeza y se dio vuelta nuevamente, contemplando nervioso el camino hacia adelante. No debía haber comprado el asno: era pequeño y demasiado doméstico, pero pensó que era perfecto para su nieto, Simei. Ahora, sin embargo, la naturaleza apacible del animal estaba poniendo en peligro su seguridad. Habrían avanzado más rápido si él hubiera llevado al animal y Tafita hubiera ido montada.

Observó el camino. En estas colinas se escondían los ladrones en espera de los viajeros desafortunados. Esdras volvió a golpear al burro en el costado y el animal, de repente, comenzó a trotar pendiente arriba. Se sentiría más seguro una vez que llegaran a la subida de las colinas y pudieran ver hacia abajo las laderas que llegaban hasta Jericó. Aquí, el camino era desolado y el sol ardiente. El peligro de un ataque lo rondaba como las aves de carroña que vio en lo alto, más adelante.

Miró hacia atrás a Tafita, esperando que no hubiera visto a las aves. Ella volvió a golpetear suavemente a la noble bestia. En otro momento, él sabía que ella habría sentido lástima por el burro y lo habría guiado, en lugar de montarlo.

—Debemos apurarnos, hija. —Él nunca debió haberle hecho caso a su hermano Amni de llevar a su hija en este viaje. Como el mayor y el más exitoso de los hermanos de la familia, Amni siempre lo había intimidado.

Ahora, Tafita iba con él de regreso por este camino sin ley y el viaje había sido un desastre sin sentido. No solo no habían llegado a un acuerdo matrimonial, sino que los lazos familiares se habían cortado. Era poco probable que Amni alguna vez los perdonara a él o a Tafita por la debacle que había ocurrido.

¿Cómo podría haber hecho las cosas de otra manera? Si hubiera ignorado a Amni y hubiera dejado a Tafita en casa, ¿habría todo salido como esperaba? ¿Y si ella se hubiera casado con Adonías? ¿Habría resultado un desastre la unión?

Reconoció que, sin Tafita allí, la cuestión de su matrimonio se habría arreglado fácilmente... si Amni hubiera sido razonable y Adonías hubiera sido menos insistente con lo que quería.

Esdras miró nuevamente a su alrededor. Ya tenía suficientes preocupaciones tratando de organizar un futuro seguro para Tafita. Ahora tenía la carga extra de preocupación por los ladrones que podrían atacarla y quitarle su honra.

Adonías nunca había sido su primera opción como esposo para Tafita. Esa había sido José. Hijo de un alfarero de la tribu de Benjamín, José amaba a Dios de todo corazón. Pero José ya no estaba. Los soldados romanos lo habían arrestado hacía un año, lo habían llevado afuera de las murallas de la ciudad y lo habían crucificado.

Ahora, Tafita tenía quince años, todo un año más de lo que había tenido su hermana cuando se casó. Dios ya había bendecido a su hija Basemat con un hijo y una hija. Seguramente, Dios

bendeciría aún más a Tafita, pues ella era devota del Señor.

Él debía encontrar un buen esposo para ella y asegurar su felicidad futura, así como la continuidad de su propia línea sucesoria y su herencia. Tantos habían muerto en Jerusalén. Muchos otros habían terminado en las arenas romanas. Unos pocos habían sido vendidos como esclavos a amos romanos y ahora estaban dispersos por los territorios conquistados.

Dios había prometido que la descendencia de Abraham sería tan numerosa como las estrellas. Pero apenas quedaba un puñado, y ese lamentable número seguía siendo zarandeado. Vespasiano había presentado el decreto de que todos los descendientes de David fueran asesinados y, solo por esa razón, José había sido clavado a una cruz.

Dios, ¿por qué nos has abandonado? ¿Qué será de mi hija menor?

En todo Jericó, Esdras no conocía un solo hombre que fuera suficientemente bueno para ella. Muchos afirmaban ser judíos, pero interpretaban la Ley según sus propios deseos. Algunos pocos hombres buenos, de fe firme, tampoco era aptos debido al matrimonio interracial. Bartolomé sería perfecto para Tafita. Como ella, era devoto y fuerte en el espíritu del Señor. Lamentablemente, su padre era griego. Josefo era otro que había abordado a Esdras muchas veces. Era un buen hombre, pero su abuela había sido siria.

Hundiéndose más en su depresión, Esdras nuevamente le dio un golpecillo al burro. Había estado muy seguro de que el futuro de Tafita quedaría resuelto en este viaje. Había estado confiado de que, cuando Amni viera su belleza, su espíritu dulce, su pureza, la querría para su hijo. ¿Qué padre no lo haría? Y había tenido razón.

—Es maravillosa —le había dicho discretamente—, pero Adonías insiste en verla personalmente. Yo lo aconsejaré, por supuesto. Ella es muy bonita.

Cuando Adonías se reunió con ellos, apenas miró a Esdras y lo saludó someramente. Apuesto y con modales arrogantes, su mirada se clavó en Tafita, sorprendido, y sonrió casi imperceptiblemente. Mientras la analizaba, Amni alardeó de la perspicacia que tenía su hijo en cuestiones religiosas y de negocios. Satisfecho con lo que había visto, Adonías se acercó a ella con audacia. A Amni le pareció divertido cuando su hijo tomó el mentón de Tafita y le levantó la cabeza.

—Sonríe para mí, prima —le dijo.

Y, en ese momento, la hija de Esdras, quien nunca había desobedecido a su padre ni le había causado ningún problema en la vida, se alejó de Adonías y dijo muy claramente:

—No me casaré con este hombre, padre.

El semblante de Adonías se ensombreció notablemente.

—¿Qué dijiste? —le exigió con burla.

Ella lo miró directo a los ojos.

—No me casaré con ningún hombre que trate a mi padre con desdén o que ignore el consejo del suyo propio. —Y, con eso, huyó de la sala.

Esdras volvió a sentirse pasmado al recordarlo.

—¡Tu hija es una tonta! —gritó Amni, indignado e insultado.

Esdras se quedó mirando a su hermano y a su sobrino, mortificado de vergüenza.

—Ve y habla con ella, tío —le dijo Adonías altivamente—. Es poco probable que mi linda prima encuentre una oportunidad mejor que esta.

Esdras habló con ella.

—Sería una locura casarse con un hombre como él, padre —dijo ella, llorando—. Te considera inferior a él porque tiene más riquezas. Rechaza el consejo de su propio padre, y me mira como si yo fuera una ternera para su sacrificio pagano. ¿Viste su cara?

—Es muy apuesto.

Ella sacudió la cabeza con el rostro entre sus manos .

—Es muy soberbio.

—Tafita, él es de nuestra tribu, y ya no quedan muchos de los nuestros. Amni es un hombre justo.

—¿Qué tiene de justo, padre? ¿Había bondad en sus ojos? ¿Te saludó con respeto? ¿Tu hermano te lavó los pies o te besó? ¿Y qué me dices de Adonías cuando entró a la sala? ¿Te trató con el respeto debido a un anciano? Si no pueden amarte a ti, no pueden amar a Dios.

—Los juzgas con mucha severidad. Sé que Amni es orgulloso. Tiene algún derecho a serlo. Hizo una fortuna por sus propios medios. Él...

—Adonías me miraba, padre. Me *miraba* . No me miró a los ojos, ni una vez. Fue como si estuviera... tocándome. Sentí un frío que me llegaba hasta los huesos.

—Si no te casas con Adonías, ¿qué debo hacer por ti, Tafita?

Ella se arrojó al suelo delante de él, con la frente inclinada a sus pies y los hombros temblorosos.

—Me quedaré contigo, padre. Te cuidaré. Por favor, no me entregues a este hombre.

Las lágrimas de la niña siempre habían sido su perdición. Volvió a hablar con su hermano y le dijo que no habría matrimonio.

—Le ofrecí a tu hija un gran honor, y ella se atreve a insultarnos. Llévatela y váyanse. No tendré nada más que ver contigo ni con ningún miembro de tu familia.

Cuando Esdras ayudó a Tafita a subir al burro, Amni les gritó desde la puerta:

—¡Tu hija es una tonta y tú también!

Tuvo que apelar a cada gramo de dominio propio que tenía para no contestarle del mismo modo. Miró a Tafita y ella le sonrió con sus ojos despejados.

Tal vez era un tonto. Solamente un tonto estaría en este condenado camino.

El calor del mediodía lo azotaba sin piedad. Su boca tenía un gesto adusto mientras apuraba al burro para que avanzara. Sabía que tenía que poner su confianza en el Señor. El Señor le proveería a Tafita un marido piadoso, un esposo de su propia tribu.

Pero no te demores demasiado, Señor. Somos muy pocos.

Volvió a mirar hacia atrás y vio a Tafita caminando con las riendas en la mano.

—Hija, ¿qué estás haciendo?

—Hace mucho calor, padre, y el pobre animal está agotado de llevarme. —Corrió camino arriba hacia él—. Además, estoy cansada de cabalgar —le dijo alegremente.

—Te cansarás muy rápido con este calor —dijo él, secándose la transpiración de la frente con la manga de su toga. No tenía sentido insistir en que cabalgara. Además, el asno no necesitaba que lo arrearan ahora que ella llevaba las riendas.

—¿Por qué crees que están dando vueltas, Padre?

—¿Qué? —dijo alarmado y miró alrededor buscando ladrones a punto de brincarles desde las rocas.

—Allí arriba. —Señaló ella.

Cuando levantó un poco la cabeza, vio nuevamente a los buitres.

—Algo murió —dijo sin emoción. *O lo mataron* , agregó para sí mismo. Y podrían ser ellos, si no salían de estas colinas y llegaban a Jericó.

Tafita seguía mirando a las aves que volaban en círculos lentos y gráciles.

—Es probable que una cabra haya caído en el cauce —dijo Esdras tratando de tranquilizar la preocupación de la niña. Golpeó el costado del burro con su vara para apurar el paso a medida

que se acercaban.

—Las cabras son de pie muy firme, padre.

—Tal vez era una cabra *vieja* .

—Tal vez no es una cabra en absoluto.

Los buitres estaban casi sobre sus cabezas. Los dedos de Esdras se aferraron a la vara. Volvió a mirar hacia arriba y frunció el ceño. Si su presa estuviera muerta, no estarían dando vueltas en círculos; estarían dándose un festín. ¿Y si era un hombre?

«¿Por qué yo, Señor?», murmuró en voz baja y le hizo un gesto brusco a Tafita:

—Aléjate del acantilado. Yo iré a ver. —Bajó del burro y le entregó la rienda.

Caminó hasta el acantilado y miró hacia abajo al cauce. No vio nada en el suelo, más que rocas, tierra y algunos arbustos enmarañados que serían arrastrados con las primeras lluvias. Estaba a punto de retroceder, cuando escuchó que unas piedras se deslizaban. Miró a la izquierda y a lo largo del corte escarpado de la ladera.

—¿Qué hay, padre?

—Un hombre —dijo con tono grave. Desnudo y ensangrentado. Parecía que estaba muerto. Esdras buscó dónde pisar con firmeza y comenzó a descender. Ahora que lo había visto, no podía seguir cabalgando sin averiguar si estaba vivo o muerto. «¿Por qué yo, Señor?», volvió a murmurar, resbalándose unos centímetros y moviéndose con cuidado por la superficie rocosa, hasta que pudo volver a bajar sin echar una cascada de piedras encima del hombre. Miró hacia arriba y vio a su hija arrodillada y apoyada sobre sus manos, inclinada sobre el acantilado—. No te acerques, Tafita.

—Traeré la manta.

—Es probable que no la necesitemos —dijo entre dientes.

Mientras se acercaba, vio que el hombre había sido acuchillado en el costado del cuerpo. La herida abierta tenía un enjambre de moscas. Tenía la piel enrojecida por la exposición, los ojos eran dos moretones oscuros, inflamados y cerrados, traía un labio partido, y estaba cubierto de moretones y arañazos. Los sicarii debían haberlo golpeado, despojado de todo lo que tenía y abandonado en el cauce.

Lleno de compasión, Esdras se apoyó sobre una de sus rodillas, pero, mientras se inclinaba sobre él, se dio cuenta de que el hombre llevaba el cabello muy corto. *¡Un romano!* Al examinarlo más de cerca, vio una franja pálida alrededor del dedo índice de su mano derecha, donde había habido un anillo de sello. Esdras se echó hacia atrás y se levantó.

Mirando fijamente al hombre herido, Esdras luchó contra la creciente oleada de animosidad. Los romanos habían destruido a su amada Jerusalén, novia de reyes. Los romanos habían crucificado a José y habían borrado las posibilidades de su hija de tener un futuro seguro y feliz. El pie de los romanos aplastaba el cuello de todos los judíos.

—¿Está vivo, padre? —le gritó Tafita.

—¡Es un romano!

—¿Está *vivo* ?

El hombre movió un poco la cabeza.

—Ayúdeme —dijo con voz ronca en griego.

Esdras se estremeció ante el dolor en esa voz. Volvió a agacharse, revisando los moretones púrpuras, la cuchillada profunda, la piel quemada y raspada... y su rencor desapareció en una cálida oleada de compasión. Romano o no, era un hombre.

—No te abandonaremos —dijo, y le gritó a su hija—: Ata la cantimplora con agua a la cuerda y bájala. Mi manto también.

Ella desapareció momentáneamente del borde y luego volvió. Él atrapó la cantimplora con agua y la desató. Ella levantó la cuerda y, a continuación, bajó el manto, mientras las dos monturas estaban paradas en el borde, mirándolo.

Esdras levantó la cabeza del romano y dejó caer unas gotas de agua dentro de su boca. Volcando un poco de agua en su mano, Esdras le refrescó el rostro quemado por el sol. El romano se movió ligeramente y gimió de dolor.

—No te muevas. Bebe el agua —dijo Esdras en griego y le acercó la boca de la cantimplora a los labios. El romano tragó el líquido precioso. Una parte de él se escurrió por su barbilla hacia el pecho rasguñado.

—Atacado...

—Todavía estás en peligro, y ahora también lo estamos mi hija y yo junto contigo —dijo Esdras con tono sombrío.

—Déjeme. Envíe a la patrulla a buscarme.

—Para cuando lleguen, habrás muerto y yo tendré que responder ante Dios. —Tendió el manto sobre el hombre.

—Deja caer la cuerda —le pidió a Tafita, y la atrapó cuando se deslizó pendiente abajo hasta él. El hombre se había desmayado nuevamente. Esdras usó los preciados momentos para envolver al hombre firmemente con el manto y hacer un arnés improvisado.

Señor, ayúdame, oró y empezó a levantar al hombre por la pendiente. *Soy demasiado viejo para esto. ¿Cómo lo subiré hasta el camino?*

—Padre, lo lastimarás más moviéndolo de esa manera —le dijo Tafita.

—Está inconsciente de nuevo —dijo Esdras, apretando los dientes mientras agachaba la espalda para jalar al hombre unos centímetros a la vez. Se detuvo para recuperar el aliento—. Qué lástima que no seas un hombrecito enjuto, romano. Así, podría cargarte sobre mi hombro. —Apretó los dientes y empezó de nuevo.

Un aluvión de piedras y tierra lo hizo mirar hacia arriba bruscamente.

—¿Qué estás haciendo, Tafita? Quédate en el camino.

—Es demasiado pesado para ti. —Llevaba al burro de la rienda. El asno los seguía—. Será más fácil bajarlo hasta el cauce, padre. Si lo atacaron aquí arriba, los ladrones podrían estar esperando en alguna parte a lo largo del camino.

—No puedes bajar aquí. Es demasiado empinado.

—Sí, puedo.

La observó guiar al burro por una pendiente diagonal. El asnito los siguió dócilmente. No tenía idea de cómo se las había arreglado para llevar a los animales a salvo al interior del cauce. Apuntalando un pie a la vez, él empezó a deslizar al romano hacia abajo, paso a paso, hacia el fondo del cauce.

Tan pronto Tafita llegó al fondo, dejó a los animales y subió para ayudar a su padre. Miró una sola vez el rostro maltratado del romano y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sujetó el otro lado del arnés y ayudó a Esdras. Cuando llegaron abajo, Esdras desató la cantimplora de su hombro y levantó la cabeza del hombre para que bebiera nuevamente.

La mano del romano le agarró la muñeca.

—Gracias —dijo con voz ronca .

—Recuéstese tranquilo. Mi hija y yo haremos una camilla con lo que encontremos —le dijo Esdras.

Marcus se acostó adolorido, escuchando al hombre y a su hija que hablaban en arameo. Volvieron y, con gran esfuerzo, lo levantaron a la camilla que habían hecho. Él se desmayó por

unos instantes. Iba a la deriva entre un inframundo tenebroso y la consciencia agonizante. Uno de sus ojos estaba cerrado por la hinchazón, pero con el otro podía arreglárselas para ver imágenes borrosas. Las paredes erosionadas del cauce se levantaban a ambos lados. Cada rebote discordante le causaba un dolor lacerante en el cuerpo, pero estaba a salvo del resplandor de la luz del sol porque se mantenían a la sombra de los acantilados.

Un mar de dolor inundó a Marcus. Mientras flotaba hacia la oscuridad, pudo escuchar la voz de Hadasa susurrando: « *Aunque pase por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo...* ».

15

—Está haciendo demasiadas cosas, mi señora —le dijo Iulius a Febe, acomodando los bultos que llevaba mientras andaban por el angosto callejón cerca de los muelles—. No puede seguir así.

—Hoy estoy un poco cansada, Iulius. Eso es todo.

La boca del esclavo se puso tensa. Ella se agotaba tratando de cuidar a las viudas de los marineros y a sus hijos. Se levantaba al amanecer, trabajaba hasta media mañana y entonces lo llamaba para poder llevarles ropa y alimentos a las familias necesitadas. Cuando volvía a la villa al atardecer, estaba exhausta, y durante las horas nocturnas se ponía a cumplir los quehaceres que se imponía a sí misma. No era raro encontrarla dormida en su telar.

—Usted no puede vestir y alimentar a todos, mi señora.

—Tenemos que hacer lo que podamos —dijo ella, mirando la vecindad destartalada por la que estaban pasando—. Hay tantas personas necesitadas, Iulius. —Vio mujeres que estaban colgando a secar prendas gastadas, mientras que, debajo de ellas, unos niños harapientos jugaban a los soldados en la calle embarrada de inmundicias. Febe reconoció a varios de los niños y los saludó afectuosamente.

Iulius veía todo lo que ella hacía.

—Los pobres siempre estarán con nosotros, mi señora. No puede ocuparse de todos ellos.

Febe le sonrió.

—¿Me estás regañando, Iulius?

Él volvió a cambiar de lado el pesado bulto.

—Le pido disculpas, mi señora. Lejos esté de mí reprender a mi ama.

La sonrisa de ella se desvaneció ante la obstinación de Iulius.

—Sabes muy bien que no estaba haciéndote recordar que eres un esclavo, Iulius. Puedes recibir tu libertad ahora mismo, si la deseas.

Él se ruborizó.

—Mi amo Décimo no habría deseado que yo la abandonara.

—No debes quedarte conmigo por obligación, Iulius —le dijo, aunque la idea de perderlo la entristecía. Dependía de él de muchas maneras. Confiaba plenamente en él y no podía imaginarse terminando todo lo que necesitaba hacer cada día sin su ayuda. Y era un buen compañero.

Los nudillos de Iulius se pusieron blancos. ¿Cómo era posible que una mujer de cuarenta y seis años siguiera siendo tan ingenua? ¿Cómo era que no se daba cuenta de que él la amaba? A veces, estaba seguro de que ella debía saber lo que él sentía y luego ella decía algo como esto, que indicaba que no tenía la menor idea de que él necesitaba estar cerca de ella. Prefería ser un esclavo a su lado toda la vida, que un hombre libre lejos de ella.

—Como esclavo, tengo un vínculo con usted y la libertad de servirla de cualquier manera que necesite —dijo él—. Como hombre libre, tendría que irme de su casa.

—Yo nunca te pediría que te fueras.

—Si me quedara, usted dejaría de ser vista como una dama de incuestionable virtud.

Ella frunció el ceño por un instante y, entonces, cuando entendió lo que quería decir, se ruborizó.

—Las personas nunca pensarían...

—Ah, sí. Lo harían. Usted ha vivido en el mundo, mi señora, pero nunca ha sido parte de él

realmente. No tiene idea alguna de la maldad que hay en la mente del hombre.

—No soy ninguna tonta, Iulius. Sé que el mal anda suelto por el mundo. Y por eso, con más razón todavía, debemos esforzarnos para el bien. Nosotros *debemos* ayudar a estas personas.

—No puede ayudarlos a todos.

—No estoy tratando de hacer lo imposible. Las mujeres a las que ayudo estuvieron casadas con hombres que trabajaron para Décimo o para Marcus. No puedo darles la espalda cuando están pasando necesidades.

—¿Y qué de Pilia y Cándida? ¿Y de Vernasia y Epafra? ¿Trabajaban sus maridos para el señor Décimo o para su hijo?

—Hay excepciones —reconoció ella—. Me enteré de sus dificultades a través de las otras.

—No puede cuidar a todo el mundo.

—¡No estoy tratando de cuidar a todo el mundo! —dijo ella, fatigada. ¿Por qué tenía que molestarla hoy, cuando su fortaleza física estaba tan débil? No estaba solo cansada, estaba agotada. Completamente. Y había tanto por hacer, tantas personas a quienes visitar, y tan poco tiempo.

Iulius se mantuvo en silencio.

Febe levantó la vista hacia él después de un largo rato y vio su expresión imperturbable. Estaba exasperado con ella. Le sonrió tiernamente .

—Antes te preocupabas por Décimo de la misma manera que ahora te preocupas por mí.

No era de la misma manera en absoluto.

—No es propio de mi naturaleza hacer reverencias y arrastrarme.

—Yo nunca te lo pedí.

—No, mi señora.

—No soy una niña, Iulius.

Él no dijo nada.

—No te molestes conmigo, Iulius. Por favor. Me gustaría que entendieras...

—Sí entiendo, mi señora —dijo en un tono más amable—. Usted pasa cada momento del día sirviendo a los demás para que no le quede tiempo para pensar en...

—No lo digas.

Él se estremeció interiormente por el dolor que escuchó en su suave voz. No había querido lastimarla.

—No puedo cambiar algunas cosas, Iulius —dijo ella, con la voz entrecortada por la emoción —. Aquí, puedo.

Había dos niñitas sentadas en un portal al otro lado de la calle, jugando con un trapo sucio. Una de ellas la vio.

—¡Señora Febe! —Las niñas corrieron por la calle hacia ella, con sus rostros iluminados con sonrisas brillantes y angelicales.

—Hola, Hera —dijo Febe, riendo de placer al ver su recibimiento afectuoso.

La niña le extendió su muñeca para que Febe pudiera verla.

—Mi mamá la hizo para mí —presumió la niña—. Dijo que usted le dio una túnica nueva, así que con la vieja pudo hacerme esta bebé. ¿No es hermosa?

—Es una bebé muy bonita, Hera —dijo Febe, que aún luchaba para contener las lágrimas que le habían brotado demasiado repentinamente al escuchar las palabras de Iulius. ¿Estaba él en lo cierto? ¿Se obligaba a salir de la mañana a la noche para poder olvidar que Décimo se había ido y que también había perdido a sus dos hijos?—. ¿Cómo se llama?

—Febe —respondió la niña con una gran sonrisa—. Le puse ese nombre por usted, mi

señora.

—Es un gran honor para mí.

—Buenos días, Señora Febe —la llamó alguien desde arriba.

Febe levantó la vista y saludó con la mano.

—Buenos días, Olimpia. Vi a tu hijo hace unos minutos. Se ve muy bien ahora.

—Sí —rió Olimpia—. La medicina que usted trajo hizo maravi llas. Él y sus amigos han estado jugando a los legionarios toda la mañana.

Febe sacó de su mente las palabras de Iulius y entró en la vecindad. Había venido a visitar a una viuda cuyo esposo había desaparecido en el mar. La mujer tenía tres hijos pequeños. Febe sentía que sus propios problemas eran insignificantes en comparación; los suyos eran asuntos del corazón, no de supervivencia.

Cuando entró en la pequeña habitación, los niños se reunieron alrededor de ella, tirando de su túnica y compitiendo para que los escuchara. Riendo, Febe levantó al más pequeño en sus brazos y se sentó con él en su regazo, mientras la madre agregaba otro leño al brasero.

Iulius dejó los bultos en el piso y con una cuchara sirvió frijoles, lentejas y cereales de un costal y los puso en una canasta. Dejó lo suficiente para toda una semana, mientras escuchaba que Febe tranquilizaba a la mujer y hablaba de cosas de niños y de mujeres. Ella bajó a un niño y levantó a otro, hasta que cada uno había recibido un abrazo y había pasado un momento en su regazo. Era visible que los niños la adoraban.

Iulius apretó los labios al pensar en Marcus, tan absorto en su propio dolor que no había sido capaz de ver el dolor que le había causado a su propia madre. ¿Y cuándo había sido la última vez que Julia se había tomado la molestia de visitarla?

Febe le dio un chal nuevo a la mujer y un pequeño morral con monedas.

—Esto alcanza para pagar tu alquiler y comprarte algunas cosas básicas.

La joven empezó a llorar.

—Oh, señora mía, ¿cómo podré pagarle alguna vez?

Febe le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso en cada mejilla.

—No siempre será así, Vernasia. Cuando tu situación mejore, ayuda a alguien como yo te he ayudado a ti. Así le agradecerás a Dios.

Febe y Iulius salieron de la vecindad y caminaron por el callejón estrecho y maloliente hasta otra vecindad más cercana al muelle. Prisca vivía en el piso superior. Su marido había muerto varias semanas atrás y Febe se había enterado de la situación precaria de la anciana por una mujer que la había buscado.

—Me han hablado de cómo usted ayuda a las viudas, mi señora. Conozco a una anciana que necesita ayuda desesperadamente. Se llama Prisca. Su hijo partió en el Minerva hace dos meses y no volverá a casa hasta dentro de un año o más. Su marido trabajó treinta y tres años calafateando barcos y murió en la cubierta de uno de ellos hace varias semanas. Ella ha vivido en el mismo departamento desde hace veinte años, pero ahora no puede pagar el alquiler y el propietario va a echarla a la calle. Yo la ayudaría, si pudiera, pero a duras penas tenemos para darle de comer a nuestra propia familia. No sé qué será de esa pobre mujer si nadie la ayuda. Por favor, mi señora, si usted puede...

Febe se había encariñado mucho con Prisca. La anciana era divertida. Las dificultades de la vida no la habían amargado ni acobardado. Se sentaba al lado de la ventanita para «tomar aire» y observar la actividad de las calles allá abajo. Estaba en pleno uso de sus facultades mentales, se enteraba de todo lo que pasaba en Éfeso y transmitía su propia sabiduría irónica al respecto. Estaba demasiado vieja como para preocuparse por los buenos modales y trataba a Febe con el

afecto y la franqueza con que le hubiera hablado a su propia hija, si hubiera tenido una.

Febe dio un golpecito en la puerta y entró cuando escuchó que Prisca le gritó que pasara. La anciana estaba sentada junto a la ventana abierta, con el brazo descansando en el marco mientras miraba hacia afuera. Sonriendo, Febe atravesó la habitación y se agachó para darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo está hoy, madre Prisca?

—Tan bien como lo puede esperar una vieja de ochenta y siete años. —Le agarró el mentón a Febe como lo haría con una niña y la observó, frunciendo un poco el ceño—. ¿Qué te pasa?

Febe se apartó un poco de Prisca y forzó una sonrisa.

—No me pasa nada.

—No me digas que no pasa nada. Estoy *vieja* . No soy tonta. Ahora, ¿por qué estás acongojada?

—No estoy acongojada.

—Cansada *y* acongojada.

Febe tomó la mano de la anciana y le dio una palmadita, mientras se sentaba en una silla que Prisca tenía cerca para sus visitas.

—Cuénteme todo lo que ha hecho desde la última vez que la vi.

Prisca levantó la mirada hacia Iulius y vio la manera en que observaba a su ama, como si fuera un precioso jarrón corintio a punto de hacerse añicos.

—Muy bien, cambiaste el tema —dijo, un poco irritada—. Terminé los chales y se los di a Olimpia. Ella se los entregó a las mujeres que mencionaste.

—Eso es maravilloso. ¿Cómo los terminó tan rápido? Iulius recién le trajo la lana la semana pasada.

—Ahórrate los elogios. ¿Qué otra cosa tiene para hacer una mujer con tanto tiempo disponible? —Se puso de pie—. ¿Te gustaría beber un vaso de posca? —La bebida, muy apreciada por los pobres y los soldados, era una mezcla refrescante de vino barato y agua.

—Gracias —dijo Febe. Tomó el vaso y sonrió, mientras Prisca servía otro vaso para Iulius. Prisca volvió a tomar asiento y suspiró mientras se relajaba otra vez.

Febe se quedó una hora. Disfrutaba que Prisca le relatara lo que le había contado su hijo de sus viajes.

—Décimo siempre volvía del mar bronceado y lleno de vida —dijo Febe con nostalgia—. Yo solía ponerme celosa de la fascinación que él tenía por los viajes. Cuando él era joven, tenía ansias de explorar, de abrir nuevas rutas comerciales, de saber qué pasaba en los lugares más alejados del Imperio. A veces, veía cierta expresión en su rostro y me sentía como un ancla.

—Él la amaba, mi señora —dijo Iulius en voz baja.

De pronto, a Febe se le llenaron los ojos de lágrimas y miró hacia otra parte para ocultarlas. Avergonzada por el silencio que había caído sobre la habitación, se puso de pie. Cuando se dio vuelta con una sonrisa, vio que Prisca estaba observándola.

—Disculpe —murmuró, viendo que los ojos de la anciana también estaban llenos de lágrimas.

—No te disculpes. —Prisca resopló—. Prefiero ver tu dolor sincero, que una fachada de valentía.

Febe hizo una mueca. Se agachó y besó la mejilla marchita y arrugada de la mujer.

—Usted es una anciana muy difícil, ¿lo sabía, Prisca?

—¿Porque no estoy ciega ni sorda?

—La veré dentro de unos días.

Prisca le palmeó la mejilla.

—Envíame más lana.

Febe no dijo nada durante la caminata de regreso a los depósitos Valeriano. Su mente rebosaba de recuerdos de Décimo, Marcus y Julia. Quería dejarlos de lado, porque recordarlos solamente la llenaba de angustia. Tenía que aceptar sus pérdidas y no obsesionarse con ellas; tenía que seguir adelante con lo que Dios esperaba. «Ámense unos a otros», les había dicho Jesús a sus discípulos, y eso era lo que ella trataba de hacer. Su tarea era cuidar a todos los que pudiera con los recursos que tenía.

El pasado y el futuro estaban fuera del alcance de sus manos. El primero había acabado y no podía deshacerse. El otro era imposible de imaginar. No quería imaginárselo. No podía. El dolor de haber perdido a Décimo era suficiente. Enfrentar el hecho de que la vida de sus dos hijos estuviera en ruinas era demasiado. Solo tenía este momento y debía cumplir con él de una manera que valiera la pena. ¿De qué le servía darse permiso para tener remordimientos y dolor, reflexionar interminablemente qué podría haber hecho de otra manera? ¿Podría haber cambiado el rumbo de la vida de Marcus y de Julia? ¿Podría haberlo hecho?

Cuando aceptó a Jesús como su Salvador, asumió su yugo. Ahora, debía ser digna de él. Ámense unos a otros, les había dicho a sus apóstoles y discípulos. Ámense unos a otros, no de palabra, sino de hecho.

Entonces, ¿no significaba eso *hacer algo* por otros? Su obra seguramente era la voluntad de Dios.

La litera estaba esperando en el depósito. Iulius le dio la mano para que subiera y ella se dejó caer sobre los almohadones, agotada. Necesitaba descansar en el camino a casa para poder hacer los preparativos para el día siguiente. Pero el descanso no llegaba.

Cuando entró, la villa estaba silenciosa. Esta era la parte del día que más miedo le daba: volver a una casa que estaba vacía. Miró a través del peristilo hacia la puerta de su lararium, pero se dio vuelta. Sabía que debía orar, pero estaba demasiado cansada, aun para pensar.

Subió las escaleras y caminó por el amplio pasillo hasta su recámara. Se quitó el chal y salió a la terraza que miraba hacia Éfeso. Al anochecer, la ciudad resplandecía de colores cuando el sol daba sobre el Artemision. Era una estructura bella y asombrosa por su magnificencia. Miles eran atraídos a los altares de Artemisa, aferrándose a promesas vacías.

¿Julia todavía iba allí?

—Le traje algo para comer, mi señora —dijo su sirvienta, parada detrás de ella.

—Gracias, Lavinia —dijo Febe sin darse vuelta. Tenía que dejar de pensar en Julia. ¿Qué sentido tenía darle vueltas al pasado una y otra vez, tratando de ver en qué se había equivocado? La última vez que había ido a visitar a su hija, Primus la había hecho pasar al triclinium.

—Ella no se siente bien esta tarde —le había dicho, pero era muy obvio que ella estaba ebria. Cuando Julia la vio, le soltó insultos y acusaciones tan escandalosos a su esposo que Febe se estremeció, mortificada. Nunca había escuchado a alguien hablar como lo había hecho su hija. Primus se había quedado parado con una expresión apenada, pidiendo disculpas por el comportamiento de Julia, lo cual pareció enfurecerla más. Ella lo maldijo. Febe se fue, avergonzada y con el corazón adolorido. Cada vez que pensaba en volver, algo se lo impedía. A veces, era solo la fuerte sensación de que tenía que dejar sola a Julia para que ella misma encontrara el camino de vuelta a casa.

Para ella, Julia estaba perdida, al igual que Marcus. Al recordar el propósito de la expedición de su hijo, Febe se preguntó si alguna vez volvería a verlo con vida.

Trató de alejar sus pensamientos de la grave situación de sus hijos y concentrarse en las

necesidades de las viudas que vería al día siguiente. Había hecho todo lo que podía por Marcus y Julia. Seguir rumiando sobre el pasado solo haría fracasar sus posibilidades de cambiar el futuro. A los que podía ayudar, tenía que hacerlo, y a los que no, dejarlos ir.

Pero eran sus propios hijos. ¿Cómo podía soltarlos? ¿Cómo podía soportar ver la angustia que se causaban a sí mismos?

Sola y perdida en su propio sentimiento de fracaso, Febe apretó la barandilla de hierro y lloró. De alguna manera, les había fallado. No los había amado lo suficiente o no les había enseñado lo que necesitaban saber para sobrevivir en el mundo. ¿Y ahora qué podía hacer al respecto? Se sentía inútil y desesperanzada.

«Estoy vencida, Señor. ¿Qué puedo hacer? Oh Dios, ¿qué puedo hacer?».

Sus pensamientos agitados la estremecieron. Presionó la punta de los dedos contra las sienes que le dolían, con el recuerdo de Julia corriendo por los jardines y saltando a los brazos de su padre quien había vuelto de un viaje largo. Casi podía escuchar la risa alegre cuando Décimo la lanzaba al aire y luego la abrazaba, diciéndole qué hermosa se había puesto en los meses que él había estado fuera.

Luego, esa misma niña había gritado que lo odiaba y que deseaba que se muriera.

Oh, Jesús, ¿qué puedo hacer por mi hija? ¿Qué puedo hacer? ¡Oh, Dios, muéstrame qué hacer!

Una extraña debilidad se apoderó de ella y se desplomó. Se aferró a la barandilla con la mano izquierda, tratando de no caerse. Sentándose sobre el piso de la terraza, se apoyó pesadamente contra los barrotes de hierro. Quiso llamar a su criada, pero cuando abrió la boca, solo salió un sonido ininteligible. Intentó ponerse de pie, pero se dio cuenta de que no sentía su brazo ni su pierna derechos. Se llenó de miedo, y lo único que pudo escuchar fue el latido de su propio corazón retumbando en sus oídos.

El sol se ocultó lentamente, con su tibieza sonrosada cayendo sobre su espalda.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta del cuarto de Febe. «¿Mi señora?».

La puerta se abrió lentamente y la sirvienta miró adentro. Frunciendo el ceño, entró y atravesó el cuarto hasta el lugar donde antes había colocado la bandeja con comida. Todo permanecía intacto. Lavinia se enderezó con la bandeja y dio un vistazo a la cama. Al no ver a nadie, revisó nuevamente la habitación y entonces miró hacia la terraza.

Lanzando un grito, dejó caer la bandeja. El golpe resonó en toda la casa.

—¡Mi señora! —gritó Lavinia, corriendo hacia Febe. Cayó de rodillas y se inclinó sobre su ama—. ¡Mi señora! *¡Ay!* ¡Mi señora!

Iulius entró rápidamente en la habitación y vio a la sirvienta en la terraza, llorando histéricamente sobre Febe. Corrió hacia ella.

—¿Qué pasó? —Apartó a la muchacha para poder levantar a Febe de las frías baldosas.

—¡No lo sé! Entré a recoger la bandeja y la vi tirada aquí.

—¡Cállate, niña! —Llevó a Febe a su cama y la acostó con delicadeza. Tenía los ojos abiertos y brillaban con miedo. Levantó débilmente la mano izquierda, y él la agarró—. ¡Trae algunas mantas! —dijo, y escuchó que la sirvienta salió corriendo del cuarto.

—Ha trabajado muy duro durante demasiado tiempo, mi señora. Ahora descansará y estará mejor en unos días —dijo él con una seguridad que distaba mucho de lo que sentía. Estaba helado de miedo por ella. Le acarició la frente y se preguntó si ella entendería lo que le estaba diciendo. Ella tenía flojo un lado del rostro; el párpado y ese lado de la boca estaban caídos. Emitía sonidos, pero eran irreconocibles. Cuanto más lo intentaba, más se consternaba. Incapaz

de soportarlo, él apoyó los dedos sobre sus labios.

—No trate de hablar ahora, mi señora. Descanse. Duerma.

Algunas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Febe. Ella cerró los ojos.

Lavinia volvió con las mantas. Otros la siguieron al interior de la habitación, sirvientes que amaban a su ama y temían por ella.

—Cayo salió a buscar un médico —dijo Perenna, la sirvienta de la planta baja. Un joven trajo leña para el brasero y lo acercó más a la cama. La lavandera, los cocineros y otros sirvientes, todos entraron a la habitación y se quedaron parados cerca de la cama, lamentándose como si Febe Valeriano ya estuviera muerta.

El hijo del cocinero, Cayo, acompañó al médico escaleras arriba y lo hizo entrar en la recámara de Febe. Iulius les dijo a todos que salieran y se paró al lado del hombre, observando mientras la examinaba.

—¿Qué tiene de malo, mi señor? —dijo Iulius después de la examinación.

El médico no respondió. Se apartó de la cama y miró a Iulius.

—¿Usted está a cargo de la casa?

—Sí, mi señor .

El médico sacudió la cabeza.

—No hay nada que hacer.

—¿Qué pasa? ¿Qué le sucedió?

—Un dios la tocó y le causó un ataque cerebral. Ni siquiera se da cuenta de qué está pasando a su alrededor.

—¿Usted no la ayudará?

—No puedo ayudarla. Está en manos del dios que puso su mano sobre ella, cualquiera que haya sido. —Comenzó a caminar hacia la puerta, pero Iulius le impidió el paso.

—Usted es un médico. ¡No puede simplemente irse y dejarla así!

—¿Quién es usted para cuestionarme? Yo sé más de estos temas que usted y le digo que no hay nada que se pueda hacer por ella. Tiene dos opciones. Puede intentar alimentarla y mantenerla viva, con la esperanza de que el dios o la diosa que hizo esto le tenga compasión y la libre de la maldición. O puede dejarla en paz y ayudarla a morir con dignidad.

—¿Morir con dignidad?

—Sí, y yo le aconsejaría que hiciera eso. Tenga piedad y ponga un poco de esto en su bebida —dijo, y le ofreció un pequeño frasco. Cuando Iulius no lo aceptó, lo dejó sobre la pequeña mesa que estaba cerca de la cama—. Usted puede dejar que la naturaleza siga su curso —dijo—, pero, en mi opinión, eso sería extremadamente cruel. —Miró hacia la cama—. En este estado, ella es inútil para sí misma y para cualquier otra persona. Si ella pudiera elegir, estoy seguro de que elegiría morir.

A solas con Febe, Iulius se desplomó sobre el banquillo junto a la cama. Miró a Febe, que yacía muy quieta y pálida, completamente desvalida. Tenía los ojos cerrados. El único signo de que estaba viva era el suave movimiento de su pecho que subía y bajaba.

Pensó en cuán duro había trabajado ella para ayudar a los demás, en las horas que había pasado preparándose para el día siguiente. ¿Querría vivir así?

¿Podría soportar vivir sin ella?

Iulius tomó en su mano el pequeño frasco y lo miró. La convicción del médico sobre su condición resonaba en sus oídos. Él tenía que pensar en *ella* , en qué querría ella. Pero, después de un rato, volvió a dejarlo sobre la mesa.

—No puedo hacer esto, mi señora —dijo, con una voz atragantada—. Lo lamento. No puedo

dejarla ir.

Estirando el brazo, él tomó su mano izquierda y la apretó entre las suyas.

16

—Pon la bandeja allí —le dijo Alejandro al sirviente que entró en la biblioteca, sin levantar la vista del pergamino que estaba estudiando. Frustrado, dio golpecitos con un dedo sobre el pergamino—. He revisado estos registros una y otra vez, Rafa, y no estoy ni cerca de saber qué mal la aqueja. Los baños y los masajes no hicieron nada. Está tan molesta ahora como lo estaba hace algunas semanas.

Hadasa estaba parada cerca de las ventanas mirando hacia Éfeso. Estaban muy lejos de la caseta cerca de los baños. Desde aquí podía ver el Artemision; su fachada magnífica atraía a las multitudes hacia los oscuros ámbitos de los rituales paganos. Se sentía incómoda en este lugar, demasiado cercano a las escalinatas de ese templo hermoso pero vil. Recordó a Julia vistiéndose con sus ropas elegantes y saliendo a seducir al famoso gladiador, Atretes. ¡Oh, qué tragedias habían resultado de eso! ¿Qué otras penas les sucedían a los que se postraban ante Artemisa y ante otros falsos dioses y diosas como ella?

—¿Estás escuchando, Hadasa?

Le echó un vistazo.

—Disculpa...

Él repitió lo que había dicho.

—¿Qué opinas?

¿Cuántas veces habían tenido esta misma conversación? A veces, estaba tan cansada y desanimada que tenía ganas de llorar. Como ahora, que su mente estaba en otra parte. ¿Por qué pensaba tanto en Marcus últimamente?

—¿Hadasa?

—Tal vez estás tan ocupado tratando los síntomas que pasas por alto la posible causa.

—Detalles —dijo Alejandro—. Necesito detalles.

—Dices que, al hacerle los exámenes a Venezia, no descubriste nada que explique la severidad y la persistencia de sus diversos males.

—Correcto.

—Entonces, ¿qué sabes acerca de ella ?

—Tiene mucho dinero. Eso lo sé. Su esposo es uno de los asesores del procónsul. —Hadasa se dio vuelta y él vio el tinte azul de los velos que cubrían sus cicatrices. Cuando su situación económica mejoró, le compró túnicas y velos nuevos, pero ella siguió usando el gris. Finalmente, exasperado, su temperamento había estallado.

—¿Por qué eres tan terca que sigues vistiéndote como un espectro de muerte? ¿Tiene Dios algo en contra de los colores, que tienes que vestirte como un cuervo con velos? ¡Pareces más una sierva del inframundo, lista para empujar a alguien por el río Estigia, que una sanadora!

Por supuesto, inmediatamente se arrepintió de su estallido y le pidió disculpas. Y, a la mañana siguiente, ella apareció con el vestido y los velos azules que usaba ahora. Él se avergonzó y se puso colorado. Algo en su interior estaba cambiando sutilmente con respecto a ella y no estaba seguro de qué era o qué significaba.

Los pacientes solían regalarle dinero a ella. Hadasa no los disuadía, sino que lo aceptaba, murmurando un agradecimiento, y dejaba las monedas en una caja que quedaba olvidada en un estante. La única vez que la abría era antes de ir a visitar a los pacientes que habían atendido

cerca de los baños. Vaciaba el contenido en una cartera y se la llevaba consigo. Cuando volvía, siempre estaba vacía. Sin embargo, el tiempo se volvía cada vez más preciado, ya que él tenía más consultas y las demandas sobre ella aumentaban.

—¿Me escuchaste, Hadasa? —dijo él, perplejo por lo abstraída que estaba ella esta tarde. ¿Estaba orando otra vez? A veces lo sabía simplemente por la calma que la rodeaba.

—Te escuché, mi señor. ¿Piensas que la riqueza de Venezia tiene algo que ver con su enfermedad?

Cansado, Alejandro trató de dominar su impaciencia. Era el atardecer y ese día había visto a más de veinte pacientes; la mayoría, con quejas simples que se curaban fácilmente. Venezia era diferente. Y su marido, muy importante. Un diagnóstico erróneo podía causar el fin de su carrera.

Había días en los que deseaba haberse quedado en la caseta junto a los baños.

—Estás guiándome otra vez, pero no me estás diciendo adónde —le dijo—. Solo dime qué piensas y deja de esperar que yo llegue a las conclusiones acertadas por mi cuenta.

Ella se dio vuelta y lo miró.

—Yo no sé qué es lo que hay que hacer —dijo sencillamente—. Tú eres un médico y quieres respuestas *físicas* . Lo único que sé sobre alimentación es lo que recuerdo del Pentateuco, y ya has tomado nota de eso. Lo único que sé sobre drogas, lo aprendí de ti. Lo único que sé sobre masajes y técnicas de frotación, lo aprendí observándote.

—Entonces, ora y dime qué dice Dios.

Hadasa apretó las manos.

—Oro. Oro todo el tiempo. Por *ti* . —Se dio vuelta nuevamente—. Y por otros... —agregó un instante después.

¿Estaría bien Marcus? ¿Por qué tenía la insistencia agobiante de orar por él? ¿Y qué sucedía con Julia? ¿Por qué últimamente estaba tanto en sus pensamientos?

Señor, oro y oro por ellos, pero sigo sin tener paz.

—Entonces, el problema de Venezia no es físico —dijo él, buscando tenazmente cómo tratarla. Hadasa no dijo nada. Tal vez estaba pensando en el problema. Alejandro tomó un poco de carne de la fuente y se sirvió vino—. Está bien. Lo analizaremos con lógica. Si no es físico, es mental. Quizás, se provocó el malestar por sus propios pensamientos. —Masticó la carne tierna y tragó—. Quizás, la respuesta está en que ella cambie su manera de pensar.

—¿Alguna vez cambiarás la tuya?

Alejandro levantó la cabeza y la vio parada junto a las ventanas. Había algo en su actitud que lo hizo percibir su tristeza. Frunció un poco el ceño. Cruzó la habitación y puso sus manos sobre los hombros de ella.

—Creo todo lo que me has dicho, Rafa. Lo juro. Yo *sé* que Dios existe. Sé que es poderoso.

—Hasta los demonios creen, Alejandro.

Apretó las manos cuando le dio vuelta para que lo mirara. Lleno de una furia inexplicable, él le quitó los velos del rostro para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que soy un demonio ante tus ojos?

—Estoy diciendo que tu conocimiento está todo en tu mente y eso no es suficiente. El conocimiento que salva es del corazón.

—Yo quiero el conocimiento que *salva* —dijo él, calmándose un poco y pensando nuevamente en Venezia—. ¿Qué crees que he estado pidiendo durante todo este tiempo que hemos estado juntos?

Hadasa sacudió la cabeza. Él dejó caer las manos de sus hombros, y ella se hundió en un banquillo.

Alejandro se arrodilló sobre una pierna ante ella y puso las manos sobre sus rodillas.

—Yo creo, Rafa. Digo todas las oraciones que te escuché decir, exactamente de la misma manera, y sigo sin tener las respuestas que necesito. Dime en qué estoy equivocado.

—Quizás no recibas respuestas porque pides las cosas incorrec tas. —Puso sus manos sobre las de él —. Tal vez, lo que realmente deseas es el poder de Dios y no que Él te revele Su sabiduría.

Alejandro suspiró.

—Aceptaría cualquiera de las dos, si eso sirviera para que esa mujer se recuperara. Eso es lo único que quiero, Rafa, curar a las personas.

—Yo también quiero eso, solo que en un plano diferente. Dios está primero.

—Yo solo conozco el plano de la realidad. Carne y huesos. Lo terrenal. El razonamiento. Tengo que tratar con las cosas que mejor conozco.

—Entonces, piensa en esos términos. La vida es como un estanque, y cada decisión y cada acto que realizamos, bueno o malo, es una piedrita que arrojamos en él. Las ondas se propagan en círculos que se hacen cada vez más amplios. Quizás Venezia sufre las consecuencias de las decisiones que tomó en su vida.

—Yo pensé en eso. Le dije que se abstuviera de las relaciones sexuales con otros hombres además de su esposo, y ya está absteniéndose del vino y del loto.

—Sigues sin entender, Alejandro. La respuesta no es *quitarle* cosas a su vida o *sumarle* más reglas a seguir. La respuesta es devolverle la vida al Dios que te creó. Y él es tan real como la carne y el hueso, como la tierra y el *razonamiento* . Pero yo no puedo hacerte ver eso. Yo no puedo abrirte los ojos y los oídos.

Él suspiró pesadamente y se levantó. Se frotó la nuca y volvió a sus pergaminos.

—Lamentablemente, no creo que Venezia esté buscando a Dios, Rafa.

—Lo sé —dijo Hadasa en voz baja.

Venezia era como tantas de las pacientes que habían llegado a Alejandro y a Hadasa desde que Antonia tuvo a su hijo. Venían en busca de curas mágicas y recuperaciones rápidas. Algunas eran pálidas y delgadas, adictas a vomitar una comida deliciosa para poder participar en la siguiente. Otras, se quejaban de temblores musculares, mientras que su aliento apestaba a vino y tenían la piel amarillenta por la ictericia. Hombres y mujeres, por igual, practicaban una vida de promiscuidad, y después querían ser sanados de úlceras genitales o secreciones pestilentes. El pedido solía ser el mismo: Hazme sentir bien para que pueda seguir haciendo lo que yo quiera.

Querían el pecado sin las consecuencias.

¿Cómo nos soportas, Señor, cuando somos tan tercos y tontos? ¿Cómo puedes tolerarnos del todo?

Y también, allí estaba el pobre Alejandro, que sentía empatía del dolor y el sufrimiento ajeno, y se esforzaba por ser un médico maestro, anhelando respuestas concretas para todos los males de la humanidad.

¡El remedio, él siempre pensaba en función al remedio! Evite el sol del mediodía, el frío de la mañana y de la noche. Cuídese de no respirar el aire cerca de los pantanos. Preste atención al color de su orina. Haga ejercicios, transpire, tome muchos baños purificadores, tome un masaje, lea en voz alta, camine, corra, juegue. Tenga cuidado con el corte de la carne, el tipo de suelo en el que se cultivaron sus alimentos, la calidad del agua y la frescura de los alimentos.

Ninguno de ellos, ni siquiera él, parecía darse cuenta de que no eran solo seres físicos, de que Dios había puesto una marca en ellos por el simple hecho de ser Su creación. Preferían a sus ídolos tangibles que poseían características caprichosas como las de ellos, cosas fáciles de

entender. Querían algo que pudieran manipular. Dios era inimaginable, intangible, incomprensible, inexplotable. No querían una vida de autosacrificio, pureza, compromiso, una vida de «hágase *tu* voluntad, no la mía». Querían ser amos de su propia vida, hacer las cosas a su manera y no tener que rendirle cuentas a nadie.

Y Tú lo permites, Padre. Te niegas rotundamente a violar nuestro libre albedrío. Oh, Señor, bendito Jesús, a veces desearía que estiraras Tus brazos, nos agarraras y nos sacudieras muy fuerte, como para que nadie pudiera negarte: para que cada hombre, cada mujer y cada niño se postrara ante Ti. Perdónanos, Señor. Perdóname. Estoy tan desanimada. Te vi obrar en las personas que estaban cerca de los baños, pero aquí, Señor, solo veo dolor y luchas tercas. Padre, veo a Julia una y otra vez en sus rostros. Veo su misma hambre insaciable y lasciva. Dame fuerzas, Señor. Por favor, dame fuerzas.

—Iré a decirles a Venezia y a su marido que tendrán que buscarse otro médico —dijo Alejandro, enrollando el pergamino.

Hadasa levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué razón les darás?

—La verdad —dijo él simplemente—. Les diré que tú crees que sus enfermedades son de naturaleza espiritual. No lucharé contra Dios. —Metió el rollo en uno de los muchos cubículos del gran estante que había sobre el escritorio—. Quizás les recomiende a Vitruvio. Él luchará contra cualquier cosa.

—No la mandes a un adivino, mi señor. Por favor.

—¿Dónde sugieres que la envíe?

—Déjalo a su criterio.

Alguien golpeó la puerta y Alejandro le dijo que pasara. Rashid entró .

—Abajo hay un joven que viene a buscar a Rafa. Dice que su ama tuvo un ataque de parálisis repentino y muy extraño. No lo habría molestado, mi señor, pero cuando él me dijo su nombre, pensé que era mejor avisarle a usted.

—¿Cómo se llama?

—Febe Valeriano.

Hadasa levantó la cabeza bruscamente. Rashid la miró.

—¿Conoce ese nombre?

—Todos conocen ese nombre —dijo Alejandro—. Décimo Vindacio Valeriano fue uno de los comerciantes más ricos y poderosos de Roma. Según cuenta la leyenda, comenzó su empresa aquí, en Éfeso, y después se mudó a las más lucrativas colinas de Roma, donde prosperó mucho. Me enteré de que, hace algunos años, volvió con su familia para morir de una enfermedad que fue debilitándolo. Lo último que escuché es que su hijo, Marcus Luciano, tomó las riendas de sus empresas. ¿Fue el hijo quien envió a este sirviente?

El corazón de Hadasa latía incontroladamente.

—No dijo quién lo envió —dijo Rashid—. Vine a buscarlo, mi señor, porque sé que Valeriano es un nombre mucho más poderoso que Magoniano.

Alejandro levantó las cejas.

—Entonces, su mensaje fue como una citación.

—No, mi señor. Él me *imploró* , como si su vida dependiera de ello.

—Valeriano. No estoy seguro de querer involucrarme con alguien que tiene contactos tan poderosos —dijo Alejandro, pensando en el dilema que tenía con Venezia. Ya tenía suficientes problemas con ella. ¿Podía darse el lujo de arriesgarse aún más?

—Dile que iremos, Rashid —dijo Hadasa y se levantó.

Sorprendido, Alejandro protestó.

—¡Deberíamos meditar en esto!

—Alejandro, ¿eres médico o no?

Hadasa no reconoció al sirviente. Era joven y apuesto, de piel morena. Era el tipo de esclavo que Julia habría comprado, no la señora Febe.

—¿Cómo te llamas?

—Cayo, mi señora.

Entonces se acordó de él como un muchachito que trabajaba en la cocina.

—Rashid —dijo Alejandro—, pide la litera.

—Eso no será necesario, mi señor —dijo Cayo con una reverencia—. Hay una esperándolos afuera .

Los llevaron velozmente a la villa Valeriano, en el sector más exclusivo de Éfeso. Alejandro levantó a Hadasa para sacarla de la litera y la subió por las escaleras de mármol. Otra esclava, que había estado esperándolos, les abrió la puerta, los saludó y los hizo pasar.

—Por aquí, mi señor —dijo la joven y caminó aprisa hacia otra escalera de mármol. Alejandro miró hacia el peristilo y le pareció que era uno de los más hermosos y tranquilos que hubiera visto.

Llevó a Hadasa en brazos por las escaleras y la bajó cuando llegaron al pasillo de arriba. Ella se tambaleó un poco, y él le tomó la mano para estabilizarla. Estaba fría como el hielo.

—¿Qué tienes? —le reclamó. Ella sacudió la cabeza y retiró su mano, precediéndolo por el pasillo y entrando en la habitación.

Reconoció a Iulius de inmediato. Él había sido el sirviente personal de Décimo, pero Hadasa había conversado poco con él. Estaba sentado junto a la cama de Febe, con el rostro marcado por la preocupación. La joven esclava le habló en voz baja y él se levantó y se acercó a ellos. Haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Gracias por venir, mi señor. —Le hizo una reverencia a ella—. Rafa —dijo, y hubo un gran respeto en esa única palabra... y, también, una gran esperanza.

Hadasa miró hacia la cama y a la mujer que yacía en ella. Se acercó lentamente; cada paso reavivaba recuerdos desgarradores. El cabello de Febe se extendía sobre los almohadones. Su piel estaba pálida, casi traslúcida.

Mientras interrogaba a Iulius, Alejandro examinó a Febe. Iulius le contó cómo una de las sirvientas la había encontrado tirada sobre las baldosas de la terraza, cómo pronunciaba sonidos extraños y que no podía mover nada más que la mano izquierda.

Mientras ellos hablaban y Alejandro trabajaba, Hadasa se quedó cerca de Febe, estudiándola atentamente. Tenía el rostro laxo, la boca un poco caída y un ojo apagado. Le murmuró palabras confusas a Alejandro una vez mientras la examinaba.

—Estaba trabajando mucho, mi señor —continuó Iulius—. Demasiado. Se pasaba los días enteros en las vecindades cerca de los muelles, visitando a las viudas de los marineros. Se quedaba levantada hasta tarde en la noche, tejiendo telas para hacer túnicas.

—Necesitaré hablar con su hijo —dijo Alejandro, levantándole el párpado y acercándose más para examinarla.

—Zarpó hacia Judea hace algunos meses. No hemos recibido noticias de él desde entonces.

El corazón de Hadasa se encogió. ¡A Judea! ¿Por qué Marcus querría ir a ese país asolado por la guerra? Pero sintió una punzada cuando recordó las colinas salpicadas de flores de Galilea .

Alejandro apoyó su cabeza sobre el pecho de Febe Valeriano, escuchando sus latidos y su

respiración.

—¿Tiene otros hijos? —dijo, enderezándose.

—Una hija.

—¿Aquí, en Éfeso?

—Sí, pero no se ven —dijo Iulius.

Alejandro se levantó y se alejó de la cama. Iulius lo siguió.

Hadasa se acercó a Febe. Vio una cadena alrededor del cuello y un pequeño medallón contra su piel blanca. Inclinándose, tomó el pequeño medallón y le dio vuelta en la palma de su mano, esperando ver uno de los muchos dioses o diosas que Febe siempre había adorado en su lararium. En lugar de eso, descubrió el grabado de un pastor llevando a una oveja sobre sus hombros.

« *¡Oh!* », exhaló en voz baja y una sensación de calidez y gratitud recorrió su cuerpo. Los ojos de Febe se movieron; parecía que uno se enfocaba, de manera confusa, en sus velos. Hadasa se inclinó acercándose más a Febe y la miró a la cara, estudiándola atentamente. —Usted conoce al Señor, ¿verdad?

Alejandro hablaba con Iulius a unos metros de distancia.

—Ella ha tenido un ataque cerebral.

—Eso es lo que dijo el otro médico —dijo Iulius—. ¿Usted puede ayudarla?

—Lo lamento, no puedo —dijo Alejandro sin emoción—. No hay nada que se pueda hacer. He visto algunos casos como este antes, y lo único que se puede hacer es hacerla sentir cómoda hasta que todo acabe. Afortunadamente, no creo que esté consciente de qué está sucediendo alrededor de ella.

—¿Y si lo está? —dijo Iulius con una voz entrecortada.

—Es una posibilidad demasiado dolorosa para pensar en ella —dijo Alejandro en tono sombrío. Dio un vistazo al otro lado del cuarto y vio a Rafa inclinada sobre la mujer, con algo apretado en su mano, mientras le hablaba con suavidad.

Iulius también la vio y regresó junto a la cama. Miró a Hadasa, inquieto.

—Eso es muy importante para ella.

—Espero que sí —dijo ella en voz baja. Levantó la cabeza y miró a Alejandro y a Iulius a través de los velos azules—. ¿Qué dioses tiene en su lararium? —Iulius se puso tenso al escuchar la pregunta y no dijo nada—. Puedes decirme la verdad sin temor, Iulius.

Él pestañeó sobresaltado porque sabía su nombre.

—Ninguno —dijo, con plena confianza en ella—. Quemó sus ídolos de madera hace más de dos años. El otro médico dijo que un dios había puesto su mano sobre ella. ¿Es eso lo que usted piensa que está mal? ¿Que uno de los dioses de los que se deshizo la maldijo?

—No. El Dios al que sirve tu ama es el único Dios verdadero y Él hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman.

—Entonces, ¿por qué le hizo esto? Ella lo ama, Rafa. Se ha consumido por servirlo, y ahora el doctor dice que no hay nada por hacer, que debo dejarla morir. Los otros médicos dijeron lo mismo. Uno incluso me dejó un veneno para que acabe pronto con su vida —dijo, e hizo un gesto hacia el frasco colorido que estaba sobre la mesa cerca de la cama—. ¿Qué puedo hacer por ella, Rafa? —Su rostro mostraba desesperación.

—No pierdas la esperanza. Ella respira, Iulius. Su corazón late. Ella vive.

—Pero ¿qué hay de su mente? —dijo Alejandro desde donde estaba parado, enojado porque ella daba esperanzas donde no había ninguna—. La persona cuya mente ha dejado de funcionar, ¿está realmente viva?

Ella bajó la vista hacia Febe.

—Déjenme a solas con ella por un rato.

Iulius, ansioso por una curación milagrosa, se retiró de inmediato. Alejandro, que había visto lo que Dios podía hacer, seguía aferrándose a la razón y dudaba de la intervención sobrenatural.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con ella.

—No puede entenderte, Rafa, ni tú puedes entenderla a ella. Vi casos como este cuando estudiaba con Flegón. Su mente está confundida. Está fuera de nuestro alcance. Irá decayendo físicamente y luego morirá.

—Yo creo que entiende mucho, Alejandro.

—¿Qué te hace decir eso?

—Mírala a los ojos.

—Lo hice.

Ella puso una mano sobre su hombro.

—Déjame hablar con ella a solas.

Alejandro miró hacia la cama, y nuevamente a Hadasa. Quería preguntarle qué tenía la intención de hacer, qué palabras pensaba decir.

—Vete, por favor, Alejandro.

—Me quedaré junto a la puerta, del otro lado. —La tomó del brazo—. Cualquier cosa que pase, quiero los detalles después.

Cuando salió de la habitación, una criada cerró la puerta tras él y dejó a Hadasa a solas. Se acercó a la cama.

—Mi señora.. .

Febe escuchó la voz amable encima de ella y sintió que el colchón de lana se hundía suavemente cuando alguien se sentó en la cama, a su lado. La voz era ronca y baja, desconocida.

—¿Sabe quién soy? —dijo la voz, y ella movió los ojos hacia el sonido y trató de enfocar la vista. Lo único que vio fue una nube azul de velos—. No me tenga miedo —dijo la mujer, empezando a levantar las capas que la tapaban.

Cuando Febe vio el rostro desfigurado, sintió una ola de compasión y tristeza. Luego, miró a los ojos de la joven. Oh, esos ojos oscuros y luminosos, tan dulces y tan tranquilos. Los conocía muy bien. ¡Hadasa! Pero ¿cómo podía ser? Trató de hablar, pero las palabras salieron confusas e ininteligibles. Se esforzó más. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Movió lentamente la mano izquierda.

Hadasa la sujetó y la presionó contra su corazón.

—Me conoce —dijo, y le sonrió—. Oh, mi señora, usted está bien.

—Haa... daa...

Hadasa acarició la frente de Febe, tranquilizándola.

—El Señor es bueno, mi señora. En estas últimas semanas, estuve desanimada y ahora veo en usted que, cuando Su Palabra sale, no vuelve vacía. Usted le abrió su corazón al Señor, ¿verdad? —Sintió que la mano de Febe apretaba débilmente la suya. Hadasa la besó y lágrimas de gozo se derramaron por sus mejillas.

—No pierda la esperanza, mi señora. Recuerde que descansa en Él y que Él la ama. Cuando se acercó a Él, Dios derramó bendiciones sobre usted. Él promete su bendición continua. No sé por qué le ha venido esta parálisis, pero sí sé que Jesús no la ha abandonado. Él *nunca* la abandonará, mi señora. Incluso, esta puede ser su manera de acercarla más a Él. Busque Su rostro. Escúchelo. Recuerde quién es: nuestro consolador, nuestra fortaleza, nuestro consejero, nuestro sanador. Pregúntele cuál es Su voluntad para su vida. No se la llevó a casa por un

propósito. Él le revelará ese propósito. Podría ser que Dios haya hecho esto para darle una comisión más grande de la que usted podría haber asumido por su cuenta.

Hadasa sintió que los dedos de Febe se apoyaban débilmente en los suyos. Tomó con sus manos las de Febe, como si estuvieran orando.

—Oraré para que Dios le muestre el amor que tiene por usted, de maneras que le den un nuevo propósito.

—Mar... —Las lágrimas cayeron por las sienes de Febe hasta su cabello canoso.

Los ojos de Hadasa se llenaron de lágrimas.

—No he dejado de orar por Marcus. —Se agachó y besó a Febe en la mejilla—. La quiero mucho, mi señora. Entréguese completamente a Dios, y Él la guiará.

Se levantó de la cama y se cubrió el rostro con los velos. Fue hacia las puertas y las abrió. Iulius y Alejandro estaban junto a la puerta, así como varios sirvientes. Llena de emoción y alegría, Hadasa rió.

—Pasen, por favor.

Iulius caminó hacia la cama dando pasos largos. Se quedó mirando fijo a su ama, y sus hombros se desplomaron.

—No está mejor —dijo monótonamente—. Creí...

—Mira sus ojos, Iulius. Su mente no está confundida. Ella te entiende perfectamente. No la hemos perdido, amigo mío. Toma su mano.

Lo hizo y respiró hondo cuando los dedos de Febe presionaron los suyos débilmente. Se agachó y la miró a los ojos. Ella los cerró y los abrió.

—¡Oh, mi señora...!

Hadasa miró a Alejandro y vio su actitud sombría. Se preguntó qué estaría pensando.

—¿Qué hacemos ahora, mi señor? —le preguntó Iulius—. ¿Qué hago para cuidarla bien?

Alejandro le dio indicaciones para preparar comidas nutritivas que le resultarían fáciles de comer. Le dijo a Iulius que él o alguno de los sirvientes debía mover a Febe a menudo.

—No dejes que permanezca en la misma posición durante muchas horas al día. Le saldrán llagas y moretones por la presión, que solo agravarán su estado. Masajea sus músculos y trabaja con suavidad en sus brazos y piernas. Más allá de eso, no sé qué decirte.

Hadasa se sentó en la cama y tomó la otra mano de Febe, quien movió los ojos hasta que se enfocaron en ella, y Hadasa vio que le brillaban.

Hadasa le masajeó la mano.

—Iulius la sacará a la terraza cada día que el clima sea bueno para que pueda sentir el sol sobre su rostro y escuchar el canto de los pájaros. Él sabe que usted entiende, mi señora. —Levantó la cabeza—. Habla con ella, Iulius. Habrá momentos en los que se desanimará y tendrá miedo. Recuérdale que Dios la ama y que está con ella, y que ningún poder en este mundo puede arrebatarla de la palma de Su mano.

Miró nuevamente a Febe Valeriano.

—Usted puede moverse un poco, mi señora. Busque maneras de decirle a Iulius qué necesita y qué siente.

Febe cerró los ojos y los abrió otra vez .

—Bien —dijo Hadasa. Con sus nudillos acarició levemente la mejilla de Febe—. Volveré a visitarla cuando pueda, mi señora.

Febe cerró los ojos y volvió a abrirlos. Nuevamente se llenaron de lágrimas.

Cuando Hadasa se levantó, tomó el frasco de la mesa. Se lo entregó a Iulius.

—Bótalo.

Iulius tomó el frasco y lo lanzó por las puertas abiertas de la terraza, donde se hizo añicos contra las baldosas. Hizo una profunda reverencia.

—Gracias, Rafa.

Ella le devolvió la reverencia con seriedad.

—Agradécele a Dios, Iulius. Agradécele a *Dios* .

Alejandro habló poco en el viaje de vuelta a los departamentos nuevos. Ayudó a Hadasa a salir de la litera y la sostuvo mientras caminaba rengueando hacia la puerta. Rashid los había visto desde arriba y estaba esperándolos. Él levantó a Hadasa y la subió por las escaleras hasta la sala principal. Con cuidado, la bajó poniendo sus pies sobre el suelo. Ella rengueó hasta un sillón y se sentó, haciéndose masajes en la pierna herida.

Alejandro sirvió una copa pequeña de vino y se la dio. Ella se quitó los velos y bebió un sorbo.

—¿Qué vida puede llegar a tener esa mujer, encerrada en un cuerpo que no le servirá? —dijo, dando rienda suelta a su enfado. Se sirvió una copa de vino falerno—. Para ella, sería mejor si se muriera. Por lo menos así, su alma sería libre, en lugar de estar atrapada en la cáscara inútil de su cuerpo.

—Ella es libre, mi señor.

—¿Cómo puedes decir eso? Apenas puede moverse; mucho menos, caminar. No puede pronunciar ni una palabra inteligible. Lo que dice es incomprensible, sin sentido. Puede mover la mano y el pie izquierdos y pestañear. Y no es probable que alguna vez vuelva a poder hacer más que eso.

Ella sonrió.

—Nunca fui más libre que cuando estuve encerrada en el calabozo esperando que me enviaran a la arena a morir. Dios estaba conmigo allí, en la oscuridad, de la misma manera que ahora está con ella.

—¿A quién le es útil así? Ni a sí misma ni a los demás.

Ella levantó la cabeza; sus ojos oscuros destellaban.

—¿Quién eres tú para decir si ella es útil? ¡Está *viva* ! Eso es suficiente en sí mismo. —Su enojo se calmó y trató de tranquilizar a Alejandro—. Dios tiene un propósito para ella .

—¿Qué propósito es posible para una persona en su condición? ¿Y qué clase de vida sería, Rafa?

—La vida que Dios le ha dado.

—¿No te parece que sería más piadoso ponerle un fin a su sufrimiento que dejarla sobrevivir en su estado actual?

—Una vez dijiste que es Dios quien decide si el hombre vive o muere. ¿Has cambiado de opinión? ¿Ahora dirías que depende de *ti* o de algún otro médico decidir si ella vive? El asesinato no es un acto piadoso, mi señor.

El rostro de él se puso rojo.

—¡No estoy hablando de asesinato, y lo sabes!

—En realidad, sí lo estás haciendo, por más que trates de disfrazarlo con otras palabras —dijo ella con una convicción tranquila y con tristeza—. ¿De qué otra manera puedes llamar a terminar con la vida de alguien antes del tiempo de Dios?

—No me parece una pregunta razonable, Rafa.

—¿Qué es una pregunta razonable?

—Una que no implique una interpretación celestial que esté más allá de la capacidad de respuesta de cualquier hombre. —Apretó la boca—. Quizás deberíamos hablar de otra cosa.

—Ni un gorrión cae del cielo sin que Dios lo sepa. Él ya sabe el momento y la causa de la muerte de Febe Valeriano. Nada está oculto de Dios. —Apoyó la pequeña copa de arcilla en su regazo, sabiendo que lo que tenía que decir lo lastimaría—. Quizás, ni siquiera seas consciente de los motivos más profundos que tienes para querer ponerle fin a su vida.

—¿Y qué motivos podrían ser?

—¿Conveniencia?

El rostro de él enrojeció.

—¿Tú me dices eso a mí?

—Ella dependerá completamente de que otros cuiden su cuerpo físico. Para eso hace falta una gran compasión y amor, Alejandro. Iulius lo tiene. Tú no tienes tiempo para eso.

Alejandro casi nunca se enojaba, pero las palabras de Hadasa despertaron una furia en su interior.

—¿Alguna vez me ha faltado compasión? ¿No ha sido mi único deseo aprender todo lo que pueda para ayudar a la gente?

—¿Qué pasa con aquellos a los que dejas de lado?

—Los únicos pacientes que dejo de lado son los que no puedo curar.

—¿Necesitan menos de tu amor?

Él no percibió ninguna condenación en sus palabras, pero sintió que le cortaban el corazón como con un filo .

—¿Qué se supone que haga, Rafa? ¿Que me haga cargo de cada uno que pida ayuda? ¿Qué quisieras que haga?

Hadasa puso la copa a un costado, se levantó y cruzó la sala rengueando. Se paró delante de él y dijo simplemente:

—Esto —y pasó sus brazos alrededor de él. No dijo nada más, y su dulce abrazo hizo doler su corazón. Sintió que la mano de ella se movía sobre su espalda, frotándola suavemente, consolándolo, y todo su enojo y su confusión desaparecieron. Le ardían los ojos. Los cerró, puso sus brazos alrededor de ella y apoyó su mejilla sobre su cabeza. Soltó la respiración lentamente.

—A veces, me gustaría retorcerte el cuello: me frustras tanto —dijo, recio.

Ella rió suavemente.

—Sé exactamente cómo te sientes.

Con una gran sonrisa, retrocedió y tomó el rostro de ella entre sus manos, levantándolo.

—¿Qué haría yo sin ti, Rafa?

Su diversión se esfumó. Hadasa tomó las manos de Alejandro entre las suyas y las apretó.

—Tendrías que aprender a confiar en el Señor.

Alejandro se sintió abatido cuando ella soltó sus manos y caminó lentamente hacia la puerta. De pronto, inexplicablemente, supo que estaba solo. Supo que, con el tiempo, la perdería. No sabía cómo ni cuándo; simplemente, lo *supo* .

Algo había pasado esta noche que él no podía explicar. ¿Le había mostrado Dios otro camino? Por primera vez en su vida, deseó ser su dueño, poder reclamar la posesión legal y personal sobre ella y mantenerla permanentemente a su lado.

Frunció el ceño, asombrado por esta intranquilidad que sentía, y entonces recordó su sospecha cuando Rashid vino a decir que un sirviente de la residencia Valeriano estaba esperando abajo. Hadasa había levantado la cabeza como si le hubiera caído un relámpago.

De pronto, el discernimiento recorrió su interior y la miró horrorizado.

—Tú la conoces, ¿verdad, Hadasa? No solo habías oído hablar *sobre* Febe Valeriano; la conocías personalmente. —El corazón le latía muy rápido—. Pertenecías a la familia Valeriano,

¿cierto? —Se llenó de miedo, miedo por su bien y por la idea de perderla—. ¿Qué hiciste durante el rato que estuviste sola con ella? ¡Hadasa!

Ella se fue de la sala sin responderle.

Pero Alejandro ya sabía qué había hecho. Hadasa se había quitado los velos. Le había revelado su identidad a un miembro de la misma casa que había tratado de hacerla matar .

—¡Por los dioses...! —dijo en voz baja, pasándose las manos por el pelo.

¿Por qué no le había preguntado si conocía a los Valeriano antes de llevarla allá? Desde el principio, supo que había riesgos. Ahora la había puesto en peligro. ¿Y para qué? ¿Para presenciar otro milagro de sanación? ¡No! La había llevado con él porque estaba *orgulloso* de las habilidades que tenía, *orgulloso* de que fuera su ayudante. ¿Y qué había logrado su insufrible orgullo?

Una desesperación inútil le recorrió el cuerpo. *Dios, ¡protégela! ¡Fui un tonto! La he puesto en peligro mortal. La he expuesto a la familia que ya trató de matarla una vez.*

¿Qué sucedería si la mujer recuperaba el habla? ¿Qué pasaría entonces? *Dios* , oró fervientemente, con las manos apretadas, *haz que la lengua de esa mujer siga confusa. ¡Mantenla en silencio!*

Sentándose, se insultó a sí mismo.

Hadasa se encomendaba a Dios, pero él no podía ser tan confiado. Perder a Hadasa sería perderlo todo. Él recién estaba empezando a entenderlo, solo comenzando a enfrentar lo que significaba para él. Tal vez tenía que dejar todos sus escrúpulos de lado y tomar el asunto en sus propias manos. Además, la mujer estaría mejor muerta. Se estremeció al pensar en lo que había dicho Hadasa. Pero tenía que ser racional.

Con una visita a Febe Valeriano, él podría asegurarse de que Hadasa quedara definitivamente fuera de peligro. Una vez que Febe Valeriano estuviera muerta, él se aseguraría de que Hadasa nunca volviera a acercarse a otro Valeriano.

De pronto, las palabras de Hadasa resonaron en su mente. *Conveniencia* . ¿Era la conveniencia motivo suficiente para matar a alguien? No. Pero ¿y qué si se trataba de proteger la vida de alguien? ¿Y qué de la *retribución* ? Los Valeriano habían tratado de matarla enviándola a la arena a enfrentarse a los leones. ¿Qué de la *venganza* ?

Se estremeció al darse cuenta del rumbo de sus pensamientos. Recordó a Hadasa inclinándose sobre Febe Valeriano. Todo en su manera de conducirse y hablarle revelaba el amor que sentía por esa mujer. ¿Cómo era posible?

Apretó los dientes. Había muchas maneras con las que él podía proteger a Rafa de los Valeriano.

Pero ese no era el verdadero problema.

¿Cómo iba a proteger a Hadasa de sí misma?

17

Esdras Barjaquín levantó sus manos al aire con frustración. ¿Por qué su mujer se desmoronaba ahora, cuando él necesitaba que se pusiera firme a su lado?

—¡Sé que es un romano! ¡No tienes que decírmelo!

—Si lo sabías, ¿por qué lo trajiste a nuestra casa? ¿Por qué nos has hecho algo tan terrible? —gimió Josaba—. ¡Todos se enteraron! Te vieron entrar por las puertas de la ciudad. Te vieron caminar por toda la calle con ese hombre y meterlo en nuestra casa. Puedo sentir sus ojos encendidos perforando las paredes. ¡No te dejarán entrar en la sinagoga después de esto!

—¿Y qué querías que hiciera, Josaba? ¿Dejarlo en el cauce para que muriera?

— *¡Sí!* ¡Es lo que merece un romano! ¿Ya te olvidaste de José? ¿Te olvidaste de los otros que murieron en Jerusalén? ¿Te olvidaste de los miles que se llevaron esclavizados para servir a perros gentiles como él?

—¡No he olvidado nada! —Se apartó sintiéndose inútil—. Tu hija no iba a permitirme que lo abandonara.

—¿ *Mi* hija? Así que me dejas la culpa a mí, aunque yo no estaba allí. Ella es *tu* hija, con la cabeza siempre en las nubes. ¡Los dos deberían bajar a la tierra! Te llevaste a nuestra hija para arreglar su matrimonio, ¿y qué ocurre? ¡Vuelves y me dices que tu hermano te echó y te dijo que no quiere verte nunca más! Y, para empeorar las cosas, ¡encuentras a un romano en el camino y lo arrastras a casa contigo!

—Traté de dejarlo en la posada, pero Megido no lo admitió. Incluso ofrecí pagarle.

Ella estalló en llanto.

—¿Qué dirán los vecinos?

Tafita se quedó escuchando en la escalera que llevaba a la azotea, donde ella y su padre habían llevado al romano. Tafita se había quedado allí hasta que él se durmió. La dura experiencia del viaje largo y doloroso a Jericó había sido muy difícil para él. Tafita estaba agradecida de que hubiera terminado. Estaba agradecida de que estuviera vivo .

También daba las gracias porque él no podía escuchar lo que su madre estaba diciendo.

El único sonido ahora era el del llanto de su madre. Bajó los últimos escalones. Su padre la miró consternado e impotente, y sacudió la cabeza con frustración.

Tafita fue y se arrodilló delante de su madre.

—Mamá, los vecinos dirán que padre se acordó de las Escrituras. Dios desea la misericordia, no el sacrificio.

Josaba levantó la cabeza lentamente, con las mejillas manchadas por las lágrimas. Maravillada, miró el rostro de su hija. ¿Cómo había llegado Tafita a poseer un espíritu tan bello y dulce?

No es gracias a mí , pensó Josaba con remordimiento, porque sabía bien que ella era rebelde e incrédula. Tampoco se lo debía a Esdras, que vivía enredado en una lucha constante contra las circunstancias. Josaba apretó los labios: circunstancias que él mismo provocaba. Acarició la mejilla de Tafita y sacudió tristemente la cabeza.

—No recordarán las Escrituras en absoluto. Recordarán Jerusalén. Recordarán a José. Se acordarán de *Masada* . Y, porque se acordarán, nos darán la espalda porque cobijamos a un romano, a un gentil y, así, contaminamos nuestra casa.

—Entonces, les recordaremos lo que Dios dice, mamá. Ten compasión. No debes preocuparte tanto por lo que dicen los demás. Teme a Dios. Es al Señor a quien debemos complacer.

Josaba sonrió sombríamente.

—Se lo recordaremos —dijo, dudando que fuera a servir de algo. Bueno, ¿qué opción tenían ahora? El daño estaba hecho.

Tafita le besó la mejilla.

—Traeré un poco de agua.

Esdras la miró recoger el cántaro de barro y salir por la puerta a la luz del sol. Se calzó los pies en las sandalias y, haciendo equilibrio con el cántaro sobre su cabeza, comenzó a caminar por la calle. Fue hasta la puerta abierta y se recostó en el marco, observando a Tafita.

—A veces, creo que Dios llamó a nuestra hija para que dé testimonio de él.

—Eso es difícilmente reconfortante, si piensas en lo que les sucede a los profetas.

Sus palabras lo golpearon y cerró los ojos, apoyando la cabeza en el marco de la puerta, cerca de la *mezuzá* . Sabía de memoria las palabras que estaban en el pequeño recipiente rectangular de piedra. Podía recitar cada uno de los Diez Mandamientos y las Sagradas Escrituras, todos escritos minuciosamente en pergamino para que pudieran guardarse dentro de la mezuzá, sujeta al marco de la puerta de su casa. Creía de todo corazón en esas Escrituras y en las promesas... Sin embargo, unas pocas palabras de esta mujer tenían el poder de atravesarlo con una duda asfixiante. ¿Había puesto en peligro a su hija al ayudar al romano? ¿Los había puesto a todos en peligro?

Ayúdame, Señor Dios... oró, dando la vuelta y mirando a su esposa. Levantó la mano, la besó y la apoyó sobre la mezuzá, antes de volver a entrar. —Bueno, no podía dejarlo morir, Josaba. Que Dios me perdone. Claro que lo pensé.

El rostro de ella se suavizó.

—Eres un buen hombre, Esdras. —Suspiró—. Demasiado bueno. —Se levantó y volvió a su trabajo.

—Tan pronto como el romano esté recuperado como para viajar, se irá.

—¿Cuál es la prisa? ¡El daño ya está hecho! —Miró la escalera que llevaba a la azotea—. ¿Lo acostaste sobre la cama en el tabernáculo?

—Sí.

Ella acható la masa con varios golpes duros. Era muy típico de Esdras dar la mejor cama. Bueno, en cuanto a ella, cuando el romano se fuera, él podía recoger esa cama contaminada y llevársela.

18

Marcus se despertó por el sonido de un pregonero. Podía escuchar con claridad al hombre que proclamaba sus anuncios en arameo desde una azotea cercana. Trató de incorporarse; luego, se dejó caer hacia atrás jadeando de dolor, sintiendo punzadas en la cabeza.

—Se sentirá mejor en pocos días —dijo una mujer.

Escuchó que algo se enjuagaba en agua y suspiró cuando se le puso un paño frío sobre la frente y los ojos. Hizo un sonido con su garganta.

—Me robaron... caballo... cinturón de dinero. —Su risa en voz baja fue áspera y despectiva. Le ardía el labio partido. Le dolían las mandíbulas. Hasta los dientes le dolían—. Incluso mi túnica.

—Nosotros le daremos otra túnica —dijo Tafita.

Marcus se dio cuenta de la resonancia en la voz de la muchacha, de su acento.

—¿Eres judía?

—Sí, mi señor.

Sus palabras lo atravesaron, trayéndole recuerdos de Hadasa.

—Un hombre me ayudó.

—Mi padre. Lo encontramos en el cauce y lo trajimos aquí.

—Pensé que todos los judíos odiaban a los romanos. ¿Por qué tú y tu padre se detuvieron para ayudarme?

—Porque usted necesitaba ayuda.

Recordó haber escuchado a la patrulla romana en el camino. Había escuchado a otros que pasaron por encima de él, hablando en griego. Si escucharon su llamado, no hicieron una pausa para buscarlo o ayudarlo.

—¿Cómo está el herido, hija? —dijo la voz de un hombre.

—Mejor, padre. Le bajó la fiebre.

—Eso es bueno.

Marcus sintió que el hombre se acercaba.

—Me advirtieron que no viajara solo —dijo Marcus secamente.

—Sabio consejo, romano. La próxima vez, haga caso.

Pese al dolor que sentía en el labio, Marcus sonrió con ironía.

—A veces, uno no puede encontrar lo que busca en compañía de otras personas .

Tafita inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Qué está buscando usted?

—Al Dios de Abraham.

—¿Acaso no tienen suficientes dioses romanos de su propiedad? —dijo Esdras con sarcasmo. Su hija lo miró con una súplica silenciosa.

—¿No está usted dispuesto a compartir el suyo? —dijo Marcus.

—Depende de qué motivos tenga usted para querer que lo haga. —Esdras le hizo un gesto a Tafita para que se apartara y se agachó para quitarle el paño y enjuagarlo él mismo. No quería que su hija pasara tanto tiempo con este gentil. Apoyó el paño frío sobre el rostro del romano.

Marcus se movió otra vez y tomó aire con una bocanada siseante.

—No trate de incorporarse todavía. Es posible que tenga varias costillas rotas.

—Me llamo Marcus Luciano Valeriano. —Su nombre no suscitó comentarios ni preguntas—. ¿El nombre no representa nada para usted?

—¿Es importante?

Marcus se rió.

—Al parecer, no tanto.

Esdras miró a su hija.

—Ve y ayuda a tu madre, Tafita.

Ella bajó los ojos.

—Sí, padre —dijo dócilmente.

Marcus escuchó el sonido de sus pasos dirigiéndose a la escalera.

—Tafita —dijo—. Un nombre agradable.

La boca de Esdras se puso tensa.

—Usted tuvo suerte, Marcus Luciano. Perdió sus pertenencias y tiene arañazos y moretones, pero está vivo.

—Sí. Estoy vivo.

Esdras notó el tono sombrío en que el romano pronunció las palabras y se preguntó qué había detrás de ellas.

—Mi esposa y mi hija pusieron sal y trementina en sus heridas. El corte que tiene en el costado está sellado con alquitrán. Debería curarse en unos días.

—Y luego, seguiré mi camino —dijo Marcus con la boca ligeramente torcida—. ¿Dónde estoy?

—En Jericó. En mi azotea.

Marcus escuchó al pregonero voceando sus anuncios por el barrio.

—Gracias por no dejarme morir en el cauce .

Esdras frunció el ceño al escuchar la humildad de esas palabras y se ablandó un poco.

—Mi nombre es Esdras Barjaquín.

—Estoy en deuda con usted, Esdras Barjaquín.

—Su deuda es con Dios. —Molesto por el problema que el romano había traído sobre su hogar, se levantó y abandonó la azotea.

Marcus se adormeció y se despertó a ratos, escuchando los ruidos que subían desde la calle. Tafita volvió y le dio una abundante ración de lentejas. Estaba tan hambriento que le supieron bien. Después de comer, estaba demasiado adolorido para conversar. La muchacha volvió a acomodar las mantas sobre él con manos amables. Él distinguió el perfume de su piel —una mezcla de sol, comino y pan horneado— un instante antes de que ella volviera a dejarlo solo.

Llegó la noche, trayendo con ella la bendita frescura. Soñó que iba a la deriva en el mar. No podía ver la costa; solo un azul enorme e interminable hasta el horizonte.

Se despertó con la salida del sol. Podía escuchar a los niños jugando en la calle. Pasaban carretas. El pregonero gritaba otra vez en arameo y, después, en griego. La inflamación alrededor de sus ojos había bajado lo suficiente como para poder abrirlos. Veía un poco borroso. Cuando trató de incorporarse, cayó hacia atrás, abrumado por una ola de mareos.

Esdras subió a la azotea.

—Le traje algo para comer.

Marcus intentó incorporarse nuevamente y gimió.

—Debe dejar de hacer esfuerzos, romano.

Marcus se resignó a que lo alimentara nuevamente.

—¿Qué dificultades le he causado por estar aquí?

Esdras no respondió. Marcus levantó la vista hacia el rostro solemne y barbudo, enmarcado por dos bucles largos. Sospechaba que el hombre ya estaba sufriendo las repercusiones y se sentía totalmente arrepentido de su acto de bondad.

—¿Cómo se gana la vida, Esdras Barjaquín?

—Soy un *soferín* —dijo solemnemente—. Un escriba —le explicó, cuando Marcus frunció el ceño sin entender—. Yo copio las Sagradas Escrituras para las *filacterias* y las *mezuzot* .

—¿Qué cosa?

Esdras le explicó que las filacterias contenían tiras de pergamino que llevaban escritos cuatro pasajes selectos, dos del libro de Éxodo y dos de Deuteronomio. Estos pergaminos eran encerrados en un pequeño estuche rectangular de cuero negro y atado al interior del brazo más cercano al corazón, entre el codo y el hombro, por largas tiras de cuero. Durante las oraciones, se ataba a la frente otra filacteria.

La mezuzá, le explicó luego, era un recipiente que se colocaba en el marco de la puerta del hogar judío. Dentro de él, había un trocito de pergamino en el cual estaban escritos dos pasajes de Deuteronomio y sobre el cual estaba marcado: «Shaddai», el nombre del Todopoderoso. Los pergaminos eran reemplazados después de un tiempo y un sacerdote debía ir a bendecir la mezuzá y la vivienda.

Cuando terminó su comida, Marcus se echó hacia atrás en la cama.

—¿Qué escrituras son tan importantes para que tenga que llevarlas en el brazo y en la cabeza y fijarlas en su puerta?

Esdras dudó porque no estaba seguro de que debía compartir la Escritura con un perro gentil romano. Sin embargo, algo lo obligó a hacerlo.

—"Escucha, oh Israel, el S EÑOR es nuestro Dios, el S EÑOR uno es. Amarás al S EÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y diligentemente las enseñarás a tus hijos, y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa y cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Y las atarás como una señal a tu mano, y serán por insignias entre tus ojos. Y las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas".

Marcus escuchó atentamente mientras las palabras fluían de Esdras. Su voz estaba llena de reverencia. Recitó las Escrituras con precisión, de una manera que era evidente que estaban grabadas en su corazón y no solo arraigadas en su mente, después de años de copiarlas.

—"Temerás solo al S EÑOR tu Dios; y a Él adorarás, y jurarás por su nombre. No seguiréis a otros dioses, a ninguno de los dioses de los pueblos que os rodean, porque el S EÑOR tu Dios, que está en medio de ti, es Dios celoso, no sea que se encienda la ira del S EÑOR tu Dios contra ti, y Él te borre de la faz de la tierra..." —continuó Esdras con los ojos cerrados. Cuando terminó de recitarle las Escrituras al romano, se quedó callado. Sin importar cuántas veces las dijera o las escuchara, esas palabras eran como música para él. Eran como un canto que corría por su sangre.

—Nada de medias tintas —dijo el romano sombríamente—, o Dios te borrará de la faz de la tierra.

Esdras lo miró.

—Dios bendice a los que lo aman de todo corazón.

—No siempre. Conozco a una mujer que amaba a su dios con todo su corazón. —Se quedó callado por un largo rato—. Yo la vi morir, Esdras Barjaquín. Ella no se merecía semejante muerte. No merecía morir en absoluto.

Esdras sintió una punzada dentro de su corazón.

—Entonces, usted busca a Dios para pedirle respuestas.

—No sé si hay alguna respuesta. No sé si hay un dios como ese en el cual usted cree y a quien ella servía. Él está en su corazón y en su mente, pero eso no significa que sea real.

—Dios es real, Marcus Luciano Valeriano.

—Para usted.

Esdras se compadeció de él. El romano había recibido algo más que una golpiza física. Y, tras la compasión, vino el primer destello de esperanza que había sentido desde que vio a José crucificado. Muchos enemigos habían venido contra el pueblo elegido de Dios. Algunos los habían conquistado porque Israel había pecado contra el Señor. Jerusalén, la novia de reyes, había caído ante otras naciones. Pero, cuando el pueblo volvió a Dios, Él marchó delante de ellos, destruyendo a sus enemigos y devolviéndole a Su pueblo la Tierra Prometida. Asiria, Persia y Babilonia exterminaron a Israel y, a su vez, fueron juzgadas. Así como habían caído Asiria, Persia y Babilonia, Roma también caería. Entonces los cautivos regresarían a Sión.

El romano habló, haciendo pedazos su sueño con una sola pregunta.

—¿Qué sabe de Jesús de Nazaret?

Esdras retrocedió.

—¿Qué lo lleva a preguntarme acerca de *él* ?

—La mujer de la que le hablé dijo que Jesús era el Hijo de Dios que había venido al mundo para expiar los pecados de los hombres.

Esdras sintió que lo invadía un escalofrío.

—¡Blasfemia!

Marcus se sorprendió frente a tal vehemencia en una sola palabra. Lo sorprendió. Tal vez no debería hacerle preguntas a este judío.

—¿Por qué me pregunta esto? —dijo Esdras con dureza.

—Le pido disculpas. Solo quería saber. ¿Quién dice usted que es Jesús?

El rostro de Esdras se encendió.

—Fue un profeta y sanador de Nazaret que fue procesado y juzgado por el Sanedrín y crucificado por los romanos. Lo mataron hace más de cuarenta años.

—Entonces, ¿usted niega que sea su Mesías?

Esdras se puso de pie, perturbado. Le dirigió una mirada al romano, ofendido por su presencia, molesto por los motivos que lo habían traído hasta aquí, resentido por el desconcierto que había en su propia casa y en su mente. ¡Y ahora esta pregunta!

¿Por qué me entregaste a este hombre, Señor? ¿Alimentas las dudas que he tenido a lo largo de los años? ¿Estás probando mi fe en ti? ¡Tú eres mi Dios y no hay ningún otro!

—Lo he hecho enojar —dijo Marcus, entrecerrando los ojos contra la luz del sol. A pesar de su visión borrosa, podía ver lo nervioso que estaba Esdras por la manera en que se alejó. ¿Cuántos otros escollos tendría al conversar con este judío? ¿Por qué no se había quedado callado? ¿Por qué no había esperado a preguntarle a otro, a alguien conocedor pero que no estuviera involucrado y fuera objetivo? Este hombre, claramente, no lo era.

Esdras estaba parado con las manos contra la pared de la azotea.

—No es usted el que me hace enojar, romano. Es la persistencia de ese culto. Hace mucho tiempo, mi padre me dijo que Jesús les dijo a sus seguidores que él vino a poner al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Y así fue. Puso a los judíos en contra de los judíos.

Había puesto al propio padre de Esdras en contra de su tío.

—¿Conoce a algún cristiano?

Esdras se quedó mirando calle abajo, lleno de recuerdos dolorosos.

—Conocí a uno.

Recordó que el hermano de su padre había venido a esta misma casa cuando él era un muchacho. Él estaba trabajando duro, practicando letras, mientras su padre y su tío hablaban. Escuchó atentamente y con curiosidad acerca del hombre llamado Jesús. Había escuchado decir muchas cosas sobre él. Era un profeta, un carpintero pobre de Nazaret que tenía una banda de seguidores que incluía a pescadores, un recaudador de impuestos, un zelote y una presunta prostituta que había estado poseída por un demonio. Familias enteras lo seguían. Algunos decían que era un hacedor de milagros. Otros, un revolucionario. Esdras había escuchado que Jesús había expulsado demonios, sanado a enfermos, hecho caminar a los cojos y ver a los ciegos. Su padre insistía en que era histeria, un rumor, afirmaciones falsas.

Luego, Jesús, el supuesto Mesías, fue crucificado. Procesado y juzgado por su propio pueblo. El padre de Esdras solamente comentó que se alegraba de que el debate sobre el hombre hubiera terminado. Y entonces...

—Te traje buenas noticias, Jaquín —había dicho su tío tantos años atrás—. ¡Jesús ha resucitado!

Esdras todavía recordaba la mirada incrédula y cínica que tenía su padre .

—Estás loco. ¡Es imposible!

—Lo vi. Él nos habló en Galilea. Había quinientas personas ahí.

—¡No es posible! Era alguien parecido a él.

—¿Alguna vez te mentí, hermano? Yo seguí a Jesús por dos años. Lo conocía bien.

—Solo creíste haberlo visto. Era otro.

—Era Jesús.

Su padre discutió vehementemente.

—¡Los fariseos dijeron que era un agitador que predicaba contra los sacrificios del templo! ¡No lo niegues! Me enteré de que volcó las mesas y que, con un látigo, echó a los cambistas del templo.

—Estaban engañando a la gente. Jesús dijo: “Mi templo será llamado casa de oración, ¡pero ustedes lo han convertido en una cueva de ladrones!”.

—¡Los saduceos dijeron que él negaba el cielo!

—No, Jaquín. Dijo que no habrá matrimonio en el cielo, que los hombres serán como los ángeles.

La discusión entre su padre y su tío fue y vino, una y otra vez. A medida que pasaba el tiempo, Esdras vio que la brecha entre ellos se hacía más grande: su tío estaba tranquilo, lleno de gozo y confianza; su padre, frustrado, preocupado, más encolerizado a cada momento.

—¡Te apedrearán si andas contando esta historia!

Y así lo hicieron.

—¡Si proclamas que este Jesús es el Cristo, yo mismo levantaré la primera piedra contra ti!

Y así lo hizo.

—Semejante blasfemia es una afrenta a Dios y a su pueblo —le había dicho luego su padre a Esdras y, después, nunca más se volvió a decir nada.

Después de todos estos años, lo que prevalecía claramente en los pensamientos de Esdras eran las palabras de su tío. A lo largo de los años, habían hecho eco una y mil veces en su mente.

—Jesús resucitó. Está *vivo* . Muerte, ¿dónde está tu aguijón? —Podía escuchar la risa feliz de su tío—. ¿No te das cuenta de lo que esto significa, hermano? ¡Somos *libres* ! El Ungido de Dios finalmente ha venido. Jesús *es* el Mesías.

Había tratado de silenciar esas palabras durante años, pero seguía escuchándolas: «El Mesías

ha venido... el *Mesías* ...».

Y ahora, aquí estaba un pagano, un adorador de ídolos, un despreciable perro *romano* cuya sola presencia estaba poniendo de cabeza y al revés el hogar de Esdras, haciéndole la única pregunta que siempre había aterrorizado a Esdras, más que cualquier otra cosa: «¿Quién dice *usted* que es Jesús?».

¿Por qué, Señor? ¿Por qué traes esto sobre mí?

La verdad es que Esdras no sabía quién era Jesús. Tenía miedo de pensar en eso, pero, en su corazón, siempre se lo había preguntado. Había tenido anhelos y esperanzas a medias, pero había tenido demasiado temor para averiguarlo por sí mismo.

El cuerpo de su tío no había sido colocado en una tumba. Lo habían aplastado hasta la muerte bajo el peso de las piedras, y lo dejaron para que se pudriera en un hoyo al otro lado de las murallas de la ciudad. Un destino terrible para cualquier hombre. Todo porque creía en Jesús.

Después de la muerte violenta de su tío, no se dijo ni una palabra más sobre él ni sobre Jesús de Nazaret. Fue una ley tácita desde ese día en adelante: ninguno de los hombres había existido jamás; ninguno de sus nombres sería pronunciado otra vez. Y así había sido durante veintitrés años.

Esdras pensó que su padre se había olvidado por completo de lo sucedido. Hasta aquel día, cuando Esdras estaba sentado cerca del lecho de muerte de su padre.

Su padre le había dado la bendición a Amni, el hermano de Esdras. Quedaba poco tiempo. Amni se levantó y se alejó unos pasos, esperando que llegara la muerte. Esdras se arrodilló y tomó la mano de su padre queriendo consolarlo. Su padre giró lentamente la cabeza y lo miró. Entonces, susurró las inquietantes palabras:

—¿Hice bien?

Las palabras golpearon a Esdras como un puñetazo en el estómago. Supo instantáneamente de qué hablaba su padre.

—¡Contéstale! ¡Dile que sí! —le rogó su madre—. Dale paz.

Pero Esdras no pudo.

Amni habló vehementemente en su lugar:

—Hiciste lo correcto, padre. La Ley debe ser preservada.

Sin embargo, el padre de Esdras lo miró a él.

—¿Y si era verdad?

Esdras sintió que algo parecido al pánico revolvía su interior. Quiso hablar. Quiso decirle: «Yo le creí, padre», pero Amni lo miró fríamente, como obligándolo a responder de la misma manera que él. Su madre también lo miró fijamente, expectante, asustada, insegura. Él no podía respirar, mucho menos hablar.

Y, entonces, fue demasiado tarde para decir nada.

—Se terminó —dijo su madre en voz baja, casi aliviada. Se agachó y cerró los ojos de su padre. Su hermano salió del cuarto sin decir una palabra. Unos minutos después, las plañideras contratadas empezaron a llorar y a gritar afuera.

Durante los años siguientes, con la dificultad de ganarse la vida para él, su esposa y sus hijos, Esdras se olvidó de lo que había sentido junto al lecho de su padre. Lo olvidó por la intensidad y las exigencias de su trabajo. Lo olvidó porque amaba estar entre sus amigos en la sinagoga. Lo olvidó, rodeado de los límites seguros de su existencia.

Sin embargo... la pregunta persistía. Así que él la empujaba al fondo de su mente, donde no podía entrometerse en su vida ni complicarla. Solo raras veces volvía a él... en sus sueños.

«¿Quién dices que soy, Esdras Barjaquín? —decía la voz suave, y Esdras se descubría frente

a un hombre con cicatrices de clavos en las manos y en los pies—. ¿Quién soy para ti?».

Y ahora, esa sensación extraña que había tenido tanto tiempo atrás volvió poderosa, convincente, revolviendo algo en su interior que él tenía miedo de contemplar, que le causaba terror enfrentar. Se le aceleró el corazón, como si batieran unas alas en su pecho. Sintió que estaba parado al borde de un precipicio, a punto de desbarrancarse... o de ser alcanzado.

Oh, Señor Dios. Ayúdame.

¿Y si era verdad?

19

Tafita se ruborizó cuando Marcus la miró. Sus ojos marrones oscuros tenían una intensidad que le ponían tenso el estómago y le aceleraban el corazón. Varios días antes, él le había preguntado si la atemorizaba. Ella lo negó, pero luego se preguntó si el temor no era parte de lo que sentía, temor a la fascinación cada vez mayor que sentía por un gentil... y un romano, nada menos.

Marcus Luciano Valeriano no se parecía a ningún hombre que hubiera conocido en su vida. Aunque era amable, sentía que podía ser cruel. A veces lo escuchaba decirle a su padre cosas inquietantemente frías y cínicas. Sin embargo, percibía en él una terrible vulnerabilidad. Era como un hombre empujado por el viento, luchando contra fuerzas imposibles de comprender y, aun así, desafiándolas, incitándolas a destruirlo, casi ansioso de que lo hicieran.

Una vez había oído que Marcus le hablaba a su padre de una mujer que había conocido, que amaba a Dios. Tafita sabía intuitivamente que el amor por esa mujer todavía consumía los pensamientos de Marcus. Lo que fuera que él buscaba, tenía que ver con ella.

¿Cómo sería ser amada con tanta obsesión por un hombre como Marcus Valeriano? Él había dicho que la mujer había muerto, pero aun así no había dejado de amarla. Ella lo acompañaba en todo momento, incluso en momentos como este, cuando él miraba tan atentamente a Tafita.

Tafita se preguntó en qué estaba pensando. Por esos días, a menudo se sorprendía a sí misma deseando que él se olvidara de la mujer que había amado y perdido, y que la amara a ella en su lugar. A veces luchaba contra el fuerte deseo de estar con él en la azotea, de escuchar su voz, de mirarlo a los ojos. Ahora tenía curiosidad por saber cómo sería si Marcus Valeriano se estirara para tocarla... y esos sentimientos *realmente* la asustaban.

Marcus estaba prohibido. Desde que tenía uso de razón, su padre le había enseñado el desastre que resultaba de desobedecer al Señor, y el Señor claramente prohibía el matrimonio mixto con gentiles. Era verdad que muchos gentiles se habían convertido en prosélitos, se habían circuncidado y llegado a hacerse judíos, pero eso nunca ocurriría con Marcus. Él dijo que buscaba a Dios, pero había un límite a sus preguntas. El muro que había alrededor de su corazón era casi palpable.

¿Qué esperaba encontrar realmente?

Su padre no quería que pasara mucho tiempo con Marcus. Ella entendía por qué, pero las circunstancias la habían empujado a él, pues su madre ni siquiera quería ir a la azotea.

—No serviré a ningún romano —dijo el primer día que Marcus fue llevado a la casa. Y por eso, durante los días siguientes, cuando su padre estaba en su mesa de escritura, el cuidado de Marcus recaía sobre Tafita.

Y cada vez que ella subía a la azotea, se sentía más atraída por él y, por consiguiente, más vulnerable.

Cuando la miraba atentamente, ella sentía que subía la temperatura de su cuerpo.

—Estás muy callada hoy —dijo Marcus y le sonrió mientras tomaba el pan de sus manos. Los dedos de él rozaron ligeramente los suyos y un torrente de calor le subió por todo su cuerpo. Ella sabía que el roce había sido accidental, pero no pudo evitar quedarse sin aliento unos instantes. Bajó la mirada, avergonzada por su reacción ante él—. ¿Qué pasa, pequeña? —Su pregunta no hizo otra cosa que acelerarle más el corazón.

—No pasa nada, mi señor —dijo ella, esforzándose por recuperar la normalidad, abatida por

el temblor nervioso que había en su voz.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Ella levantó la cabeza y se obligó a observarlo. La inflamación del rostro había desaparecido, pero la piel alrededor de sus ojos todavía era de un color púrpura oscuro con manchas amarillas. Tan pronto como él se recuperó lo suficiente como para ponerse de pie y caminar por la azotea, ella notó su porte imponente y su fuerza. Y tuvo la seguridad de que, antes que ella, muchas mujeres habían prestado atención a los bellos rasgos de Marcus. En ese momento, él volvió a sonreír con una suave curva en los labios, que le detuvo el corazón.

Al darse cuenta de que estaba mirándole la boca, se sonrojó y bajó los ojos. ¿Qué pensaría de ella?

Marcus apoyó su cadera contra la pared de la azotea.

—Me recuerdas a alguien que conocí una vez.

Hadasa se había avergonzado ante la mínima atención que él le prestaba, como lo hacía esta joven.

Tafita volvió a levantar la cabeza y vio la expresión de dolor que había en el rostro de Marcus.

—¿Era muy hermosa ?

—No —dijo él con una sonrisa triste—. Era simple. —Marcus se estiró ligeramente y la tomó del mentón—. Pequeña Tafita, tú eres muy hermosa. En Roma, tendrías a todos los hombres postrados a tus pies por una sola sonrisa tuya. Las mujeres se consumirían de envidia.

Tafita sintió una rara sensación de orgullo por la manera en que la valoró. Ella sabía que no era simple, ni era ciega a cómo la miraban los hombres cuando caminaba hacia el pozo de agua. A veces, deseaba ser simple para que los hombres no la miraran como lo había hecho Adonías. Pero le agradó que Marcus pensara que era hermosa.

Marcus tocó la piel suave y perfecta de la mejilla de Tafita. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había tocado a una mujer, o que estuvo consciente de una, como lo estaba ahora de ella? Deslizó sus dedos por el latido rápido de su garganta. Retiró su mano.

—Hadasa no era hermosa según los parámetros de belleza del mundo —dijo él—. Son tu inocencia y tu dulzura las que me recuerdan a ella.

Su rostro volvió a ensombrecerse y, a pesar de que la miraba, Tafita sabía que estaba pensando en otra persona. Habló en voz baja:

—Usted debe haberla amado mucho, mi señor.

—Aún la amo —dijo pesadamente y miró hacia otro lado. Un músculo se tensó en su mandíbula—. Nunca dejaré de amarla, hasta mi último aliento.

Sus palabras la entristecieron más de lo que quería reconocer.

—¿Ella también lo amaba así, Marcus Luciano Valeriano?

Su boca se torció amargamente. Bajó la mirada nuevamente hacia la muchacha. Hadasa tenía la misma edad que Tafita cuando él se dio cuenta de que estaba enamorándose de ella. Recordó que los ojos de Hadasa parecían contener todos los misterios del universo. De la misma manera que los de Tafita ahora. Observándola, notó otras cosas también. Tenía las mejillas sonrojadas. Sus ojos marrones resplandecían suavemente. Sería fácil, demasiado fácil, aprovecharse de ella.

—Tú y yo nunca hablaremos de amor, pequeña Tafita. Es un tema que es mejor evitar entre un romano y una judía.

Mortificada y abochornada, Tafita se sintió demasiado avergonzada para hablar. Creyó que lo que sentía por él era secreto, pero ahora tenía en claro que se había puesto completamente en evidencia. Él la leía con la misma facilidad con que su padre leía las Escrituras, y no sentía nada

por ella. Con las mejillas acaloradas y las lágrimas ardiendo en sus ojos, se dio vuelta para huir de la azotea y de él .

Marcus la tomó de los hombros.

—Lo último que quiero es lastimarte —dijo bruscamente. Sintió que ella temblaba y la apretó con más fuerza. Era demasiado tentadora para la paz mental de un hombre. La giró hacia él. Al ver sus lágrimas, que sabía que él había causado, quiso abrazarla y consolarla. Y eso era lo último que él podía permitirse hacer.

Estaba demasiado consciente de la atracción que ella tenía hacia él. Ella estaba despertando físicamente, como el capullo de una flor que se abría, suculento y dulce. Alguna vez había disfrutado aprovechándose de momentos como este, satisfaciendo sus necesidades más bajas de placer. Pero Tafita, la hija de Esdras Barjaquín, no era Arria ni una mujer de ese tipo. Era como Hadasa.

Demasiado parecida a Hadasa.

Marcus le quitó las manos de encima.

—En un par de días me iré.

Tafita contuvo la respiración y levantó los ojos hacia él, olvidándose de su vergüenza en su deseo de retenerlo.

—No estará listo para viajar en tan poco tiempo, mi señor. Sus costillas deben curarse. Todavía no ha recuperado totalmente sus fuerzas.

—Y aun así —dijo él con la boca firme. Estaba más preocupado por el corazón de Tafita que por sus propias costillas—. Estoy demasiado cómodo aquí, en la azotea. —Era un sentimiento demasiado estimulante tener a una hermosa muchacha que lo mirara como ella estaba haciéndolo en ese momento, tentándolo a volver a enamorarse. Su amor por Tafita sería tan imposible como había sido su amor por Hadasa.

—Padre lo convencerá.

Él sonrió con tristeza.

—No lo creo.

Esdras subió a la azotea cuando caía la tarde. Marcus vio que tenía puestas sus filacterias y sabía que había venido a orar. Marcus prosiguió con sus ejercicios: movimientos lentos que servían para estirar y fortalecer los músculos fuera de uso. Subrepticiamente, observaba a Esdras caminar por la azotea, moviendo los labios y levantando las manos de vez en cuando. A veces, se detenía y levantaba la cabeza como si buscara la tibieza del sol que se ponía. Luego, empezaba a caminar de nuevo, hablándole en silencio a su dios. Esdras no se postraba ni se arrodillaba como Hadasa lo hacía en el jardín de la villa en Roma. Sin embargo, Marcus sintió que el amor por su dios era tan profundo como el de ella.

Cansado y adolorido, Marcus se recostó en la cama debajo del dosel. Se sirvió un poco de agua y bebió.

Esdras se detuvo en la pared más cercana al dosel donde estaba reclinado el romano. Miró los rojos y los naranjas radiantes del atardecer.

—Tafita me dijo que pretende irse dentro de un par de días.

—Me iría mañana, si pudiera arreglarlo —dijo Marcus en un tono serio—. Ya le he causado a su familia suficiente dolor, sin prolongar la situación excesivamente.

—¿Se refiere a mi esposa, o a mi hija?

Marcus levantó la vista bruscamente y titubeó.

—A ambas —dijo después de un momento—. Su esposa se ha confinado abajo mientras yo esté en su azotea y Tafita... —Esdras giró la cabeza ligeramente. Marcus sintió el impacto de su

mirada. Su boca se puso rígida—. Su hija es muy bella, Esdras. Y muy, muy joven.

Esdras no dijo nada durante un largo rato. Levantó la vista hacia las estrellas.

—Hasta que esté completamente recuperado, es bienvenido a quedarse.

Marcus torció la boca con sarcasmo.

—¿Está seguro de que eso es sensato?

Esdras se dio vuelta y lo miró directamente.

—¿Porque mi hija es hermosa y porque, por primera vez en su vida, mira con buenos ojos a un hombre?

Marcus no esperaba una franqueza tan serena. Su admiración por Esdras se hizo más profunda.

—Eso, por un lado —dijo con la misma franqueza—. Sería mejor si ella no siguiera viniendo a la azotea. Soy un romano, ¿lo recuerda? —Su sonrisa estaba llena de burla hacia sí mismo—. Una bestia frenética, según los criterios judíos. —Su sonrisa se desvaneció—. Además, mi presencia en su hogar sin duda le ha causado interminables problemas con su gente, sin mencionar a su propia esposa. Hubiera sido prudente abandonarme en el cauce.

—Es mejor tener problemas con los hombres, que tener problemas con Dios.

Marcus se rió en voz baja con cinismo.

—Dios —dijo en voz baja, y sintió un dolor agudo en el costado. Se había exigido demasiado —. Usted es un buen hombre, Esdras, pero es un necio. —Se recostó lentamente y miró sombríamente hacia el dosel—. Debería haberme dejado en una posada.

—Nadie lo quería aceptar.

Marcus empezó a reírse y luego contuvo el aliento cuando el dolor trepó por sus costillas. Apretando los dientes, trató de pensar en otra cosa que no fuera el dolor.

Esdras se sentó en el tejado. Desató las filacterias y las sostuvo en las palmas de sus manos .

—Todos los hombres son necios, de alguna manera —dijo Esdras—. Los hombres quieren lo que no pueden tener.

Con un gesto de dolor, Marcus se impulsó hasta que se incorporó. Estudió los surcos cada vez más profundos que había alrededor de los ojos de Esdras.

—¿Qué cosa no puede tener usted, anciano? —Lo que fuera, él se lo daría apenas tuviera la oportunidad: una casa mejor, animales, lujos. Él podía darle a Esdras Barjaquín cualquier cosa que quisiera. ¿Por qué no hacerlo? Si no fuera por Esdras, estaría muerto. Su cuerpo estaría pudriéndose en ese cauce asqueroso.

Esdras apretó más fuerte las filacterias.

—No puedo ser como Enoc. —Con una sonrisa triste, miró a Marcus Valeriano y se preguntó por qué compartía sentimientos tan profundos con un incrédulo, y, por encima, un romano.

—¿Quién es Enoc?

—Enoc caminaba con Dios como un hombre caminaría con un amigo. Otros vieron a Dios: Adán, Moisés. Pero Enoc fue el único con un corazón que tanto le agradó a Dios que fue llevado al cielo sin probar la muerte. —Miró el azul profundo y aterciopelado del cielo nocturno—. Eso es lo que yo pido en oración.

—¿No probar la muerte?

—No. Todos los hombres prueban la muerte. Es una parte natural de la vida. Yo deseo un corazón que agrade al Señor.

El rostro de Marcus se puso rígido.

—Hadasa quería agradar a su dios, y mire lo que consiguió, anciano. La muerte. —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Qué quiere de ustedes este dios suyo, además de cada gota de sangre de sus

venas?

—Obediencia.

—¡Obediencia! —Marcus escupió la palabra—. ¿A qué costo?

—A cualquier costo.

Marcus jaló la cubierta del dosel y se levantó abruptamente. Sus labios sisearon un quejido de dolor y se agarró el costado. Murmuró una palabrota corta y viciosa y cayó sobre una rodilla, aturdido. Volvió a maldecir de un modo aún más infame que la primera vez.

Esdras lo miraba con una extraña lástima creciente.

Marcus levantó la cabeza con el rostro desfigurado por el dolor.

—Su dios y el de ella parecen el mismo. Obediencia a su voluntad, sin importar el costo. —Su dolor lo enfureció—. ¿Qué clase de dios mataría a una muchacha que lo amaba más que a nadie, más que a su propia vida? ¿Qué clase de dios manda a su propio hijo a morir sobre una cruz como sacrificio por los errores de otros?

Esdras fue atravesado por sus palabras .

—Usted habla de Jesús.

—Sí. *Jesús* —pronunció su nombre como si fuera un insulto.

—Dígame qué le contaron acerca de él —dijo Esdras—. Pero hágalo en voz baja.

Marcus relató sin detenerse la historia que Sátiro le había contado durante el viaje. Esdras había escuchado a su padre hablar sobre Saulo de Tarso; al principio, en términos elogiosos y, después, con furia y escarnio.

—Si este Cristo tenía poder para hacer milagros, ¿por qué deja que sus creyentes mueran? —dijo Marcus—. Primero, sus discípulos, y ahora, hordas de otros. He visto que los queman vivos en Roma. Los gladiadores los hacen pedazos. Los he visto comidos por los leones... —Sacudió la cabeza, deseando sacudir los recuerdos de su mente.

—¿Qué más le contó este Sátiro sobre Jesús?

Marcus se pasó los dedos por el cabello.

—¿Por qué quiere saber esto ahora? Usted mismo me dijo que fue un falso profeta.

—¿Cómo luchamos contra lo que no entendemos?

Lo que Esdras decía era verdad. Marcus necesitaba saber y entender a su adversario.

—Está bien. Me dijo que a Jesús lo traicionó un amigo por treinta piezas de plata. Fue abandonado por sus propios discípulos antes de que lo enjuiciaran por crímenes que no había cometido. Lo golpearon, lo escupieron, lo hirieron y lo molieron a palos. ¿Eso le suena al hijo de un dios? Lo crucificaron entre dos ladrones, mientras la gente lo insultaba y los guardias se sorteaban sus prendas. Y mientras estaba muriendo, él oró por ellos. Oró para que su padre los perdonara. Dígame qué clase de dios permitiría que le suceda todo eso a él o a su hijo. Y que les sucedieran cosas aún peores a los que después lo siguieron.

Esdras no respondió. No podía. Estaba paralizado por un frío mortífero que le había llegado hasta el tuétano. Se levantó y fue hasta el muro de la azotea y lo agarró firme. Después de un instante, miró al cielo. Las palabras del romano habían hecho resonar las profecías de Zacarías e Isaías. Cerrando los ojos con todas sus fuerzas, Esdras oró.

¡Líbrame de mis dudas! ¡Muéstrame la verdad! Lo que vino fue una convicción tan pronta e inesperada, que Esdras se tambaleó.

«Entonces ellos valuaron mi pago en treinta piezas de plata... "Arrójalas al alfarero", ¡esta magnífica cantidad con que me valuaron!».

Sus dedos presionaban el enlucido mientras recordaba la vieja profecía. Y, entonces, vino otra .

«Fue oprimido y tratado con crueldad, sin embargo, no dijo ni una sola palabra. Como cordero fue llevado al matadero...».

Esdras podía ver palabras que él mismo había copiado en los rollos, contando cada letra, revisando su precisión una y otra vez. Cada punto y cada tilde tenían que ser exactos.

«Fue enterrado como un criminal; fue puesto en la tumba de un hombre rico».

La mente de Esdras clamó con angustia: *Pero, Señor, ¿no se suponía que el Mesías tenía que ser como el rey David, un guerrero enviado a salvar a su pueblo de la opresión de Roma?*

La respuesta llegó rápidamente: *«Se expuso a la muerte. Fue contado entre los rebeldes. Cargó con los pecados de muchos e intercedió por los transgresores»* .

Esdras bajó la cabeza y cerró fuertemente los ojos, con el corazón desgarrado. No quería recordar esas Escrituras porque nunca habían tenido sentido para él. Ahora trataba de no recordarlas, pero, de pronto e inexplicablemente, le llegaban como trompetas. Las palabras se precipitaban y se levantaban, derramándose sobre él como un torrente, hasta que casi no pudo respirar bajo la embestida.

«Él fue traspasado por nuestras rebeliones y aplastado por nuestros pecados. Fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz; fue azotado para que pudiéramos ser sanados. Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas...».

Y, entonces, como si se hubieran iluminado los rincones más profundos de su mente, Esdras se acordó de un día, mucho tiempo atrás, cuando el cielo se puso oscuro a mediodía y la tierra tembló violentamente. Había sido un niño pequeño cuando sucedió. Se vio a sí mismo sentado en la alfombra de una casa alquilada en Jerusalén, donde su familia se había reunido para la Pascua. Su madre se estaba riendo y charlando con las otras mujeres mientras preparaban la comida. Y de repente, todo se oscureció. Un gran sonido rugiente bajó de los cielos. Su madre gritó. Él también gritó.

Ahora, levantando la cabeza, Esdras abrió los ojos, miró fijamente las estrellas y dijo en voz alta:

«“En aquel día —dice el S EÑOR Soberano—haré que el sol se ponga al mediodía y que en pleno día se oscurezca la tierra”».

Las palabras de Amós.

¿Hablaba el profeta de que Dios usaría a Asiria para proclamar su juicio contra Israel, o tenían sus palabras un significado más profundo? ¿También Amós había recibido una advertencia de lo que sucedería cuando el Mesías viniera a salvar a su pueblo?

«¡Jesús ha resucitado!», había dicho su tío muchos años atrás. Y lo que Esdras había sentido al escuchar esas palabras volvió a él ahora. Temor. Asombro. Emoción. *Reverencia* .

¿Y si era verdad...?

Esdras miró a los cielos un momento más. Sentía el latido de su corazón y tuvo la sensación de que acababa de despertarse de un largo sueño revitalizador y que estaba viendo el mundo claramente por primera vez.

«¡Jesús ha resucitado! ¡Yo lo vi!».

Se llenó de entusiasmo. Volvió y se sentó frente a Marcus otra vez.

—Cuénteme *todo* acerca de esa mujer que conocía. Cuénteme todo lo que ella le haya hablado sobre Jesús de Nazaret.

Marcus vio la fiebre en los ojos.

—¿Por qué? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué importa?

—Solo cuéntemelo, Marcus Luciano Valeriano. Cuénteme *todo* . Desde el principio. Déjeme decidir a mí qué importa.

Y, entonces, Marcus hizo lo que le pidió. Sucumbió a su necesidad de hablar de Hadasa. Y, mientras hablaba de ella, no se daba cuenta de la ironía de lo que estaba haciendo. Pues, al contar la historia de una simple esclava judía, Marcus Luciano Valeriano, un romano que no creía en nada, proclamó el evangelio de Jesucristo.

El moldeado

20

Julia se sirvió otra copa de vino. Todo estaba muy silencioso en la villa. Estaba tan sola, que aun extrañaba el humor cáustico y los chismes crueles de Primus. Por lo menos, él había servido para distraerla de otros pensamientos perturbadores sobre su vida y su destino inminente.

Ya nadie venía a verla. Estaba enferma, y los que sabían la evitaban por eso. Lo entendía perfectamente bien. La enfermedad era deprimente. Era tediosa y aburrida. Solo los que la padecían querían hablar del tema. Recordó a varias amigas que se habían enfermado. Ella las había evitado, de la misma manera como los demás la evitaban a ella ahora. No había querido escuchar la crónica de dolores y síntomas. No había querido enfrentar el hecho de que era mortal. La vida era demasiado corta para desperdiciarla en la tragedia de otro.

Ahora, ella estaba en su propia tragedia.

Julia se llevó la copa a los labios y bebió. Deseaba poder emborracharse tanto como para no poder pensar en el futuro ni *sentir* el presente. Se dejaría llevar por un mar de tranquilidad embotada en vino. Sin dolor. Sin miedo. Un tiempo sin remordimientos.

Alguna vez había cenado con loto. Ahora, tenía que beber posca. De todas maneras, con suficiente vino barato no sentiría nada en absoluto.

A nadie le importaba. ¿Por qué deberían hacerlo? A ella no le importaban. Nunca le habían importado. Ni uno solo de ellos. Solo había fingido disfrutar.

Julia lanzó una risa crispada que resonó en la recámara. Luego, volvió a quedar en silencio y miró con malhumor su copa, deseando poder ahogarse en el vino de color rojizo.

Se sentía vacía por dentro. Quizás los estragos de su enfermedad estaban carcomiendo partes de ella que alguna vez habían existido, partes invisibles pero imprescindibles. La vida era una broma cruel. Había tenido todo lo que necesitaba para ser feliz: dinero, posición, belleza, total libertad para hacer lo que quisiera. ¿Acaso no había tomado el control de sus poco afortunadas circunstancias y las había superado por su propia voluntad ?

Entonces, ¿por qué la vida era tan insoportable ahora? ¿Qué había hecho mal?

Cuando levantó la copa, su mano tembló y tragó el vino amargo, tratando de tragarse los sentimientos que surgían en ella. Sentía como si estuviera asfixiándose.

Hoy no pensaría en nada desagradable. Pensaría en las cosas que la habían hecho feliz.

¿Qué la había hecho feliz?

Recordó cómo siempre corría hacia su hermano, Marcus, cuando él llegaba a casa en la villa de Roma. Él la molestaba, la consentía y la adoraba. Conteniendo las lágrimas, se obligó a recordar que él no había cumplido su promesa de amarla sin importar lo que ella hiciera. Se recordó a sí misma que él le dio la espalda cuando ella más lo necesitaba.

Sacando a Marcus de sus pensamientos, empezó a repasar las relaciones del pasado: su padre y su madre, Claudio, Cayo, Atretes, Primus, Calabá. Cada nombre provocaba remordimientos e ira, resentimiento y autocompasión... todos seguidos por la autodefensa y justificación. Ninguno tenía derecho a decirle cómo vivir. ¡Ninguno! Pero eso es lo que todos habían tratado de hacer siempre.

Su padre esperaba que ella fuera como él quería, en vez de ser como era. Claudio quería una esposa como la que había muerto. Había sido un estúpido al perseguirla la noche que ella escapó de la casa. No fue culpa de ella que se cayera del caballo y se rompiera el cuello. Cayo había sido

cruel. Había usado su cuerpo y su dinero para sus propios placeres y, después, cuando las circunstancias le fueron adversas, la había golpeado y le había echado la culpa de eso. Cayo le había envenenado la vida. ¿Qué mejor pago podría haberle dado que envenenarlo en retribución?

Le dolió el corazón al pensar en Atretes. Atretes, oh, el más hermoso de los hombres... cuánto lo había amado. Nunca había existido un gladiador como él. A ella le parecía un dios resplandeciente con sus rasgos perfectos, sus ojos azules centellantes y su cuerpo bello y poderoso. Miles de mujeres lo habían deseado —y hombres, también—, pero a la única que Atretes había querido era a *ella* . Al menos hasta que ella eligió protegerse de su dominio total al rechazar su propuesta de matrimonio, prefiriendo, en cambio, casarse por conveniencia con Primus. Entonces, incluso Atretes, cuya moral bárbara y plebeya desafiaba la razón, la había abandonado.

Frunció el ceño mientras las escenas del pasado se arremolinaban en su mente. Si tuviera que hacerlo todo de nuevo, ¿qué habría hecho diferente? ¿Cómo habría podido cambiar algo y mantener el control sobre su vida?

Una por una, en cada caso y con cada persona, Julia se puso de jueza y se absolvió de toda culpa. Pero la duda persistente seguía creciendo en su corazón: ¿Fueron las cosas que le habían hecho las que trazaron el rumbo de su vida, o fueron las cosas que ella se había hecho a sí misma?

Dio otro sorbo tratando de atenuar el dolor que sentía en el pecho. Solo se volvía más intenso.

Si no se hubiera casado con Primus, todo podría ser distinto ahora. Tal vez todavía tendría a Atretes. ¿Acaso no había comprado él una villa para ella? ¿No había deseado que fuera su esposa?

Pensó en el hijo que le había dado, y el dolor aumentó, crudo y frío, aferrándose a su corazón. Todavía podía escuchar el débil eco de un llanto suave e indefenso y sus propias palabras que volvían para perseguirla: *«Ponlo en las rocas. Déjalo morir»* .

Cerró con fuerza los ojos y los nudillos se le pusieron blancos sobre la copa. No fue su culpa. Atretes le dijo que la odiaba. Le dijo que no quería al niño. Dijo que no reconocería que era de él. ¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer ella con él?

Hadasa le había suplicado: *«Mire a su hijo, mi señora»* .

El hijo de Atretes.

Su propio hijo.

Gimió, luchando por hundir sus emociones en los recovecos más profundos de su ser, donde pudiera olvidarlos. El dolor que sentía se volvió pesado e insoportable.

Todo había sido culpa de Calabá. Ella, con sus mentiras maliciosas, su maestría en manipulación. *«Ahora puedes olvidarte de eso. Se acabó. Supéralo»* . Las palabras de Calabá resonaban en la mente de Julia. Escuchó a Calabá una y otra vez, con sus palabras seductoras, recordándole a Julia que cada hombre que había conocido la había lastimado... Calabá, con su reiterada afirmación seductora de que ningún hombre jamás podría entender y amar a una mujer como podía hacerlo otra mujer.

«Conmigo, siempre tendrás tu libertad. Puedes hacer lo que quieras».

Calabá, con sus promesas huecas. Calabá, la mujer que encarnaba una tumba de piedra.

«Yo siempre te amaré, Julia. Nunca intentaré esclavizarte como lo haría un hombre».

Pero se había convertido en una esclava, de maneras que nunca hubiera creído posible. Esclava de las expectativas de los demás, esclava de sus propias pasiones... de las circunstancias, del miedo .

Una esclava de la *culpa* .

Con un gruñido, Julia se levantó del sillón. El estómago le dio un vuelco y apretó los dientes para resistir las náuseas. La transpiración comenzó a brotar de su pálida piel. Tambaleándose, dejó la copa con vino y se apoyó contra una columna de mármol para recuperar el equilibrio. La náusea disminuyó un poco.

Un haz de luz solar se derramó sobre el peristilo. Cuánto ansiaba su calor. Caminó hacia él y levantó la cabeza para sentirlo en su rostro. Estaba llena de un anhelo profundo y doloroso. Se quedó parada bajo el calor, deseando que se le impregnara en la piel y la calentara de adentro hacia afuera. A veces tenía tanto frío que ni las aguas abrasadoras del tepidarium bastaban para calentarla. A veces pensaba que el frío manaba de su propio corazón.

Abrazándose a sí misma, cerró los ojos y vio una calidez ámbar enrojecida sobre sus párpados. Manchas luminosas se movían. No quería ver nada más que eso. No quería pensar ni sentir nada que no fuera este único momento en el tiempo. Deseaba olvidar el pasado y no tener miedo del futuro.

Entonces, la luz se fue.

Tiritando, abrió los ojos y vio que el rayo de sol había sido oscurecido por una nube. La tristeza brotó en su interior hasta que se sintió sofocada por el peso.

Inexplicablemente, se sintió como una niña asustada y desesperadamente necesitada de su madre. Solo había otras tres personas en la villa con ella en este momento, todos esclavos: Tropas, un cocinero griego; Isidora, una sierva doméstica de Macedonia; y Dídima, la doncella egipcia que había comprado después de que Eudemas escapó.

¿Fue tan solo dos años atrás que tuvo una casa llena de siervos a su entera disposición? Alguna vez fue la dueña de cuatro portadores de litera etíopes, dos guardaespaldas de Galia, una doncella de Britania y otras dos de Creta. Había habido más sirvientes cuando Calabá vivía en la villa, todas mujeres jóvenes y hermosas de los rincones más remotos del Imperio. Primus había tenido su propio séquito de siervos masculinos, de los cuales había vendido a todos excepto a tres antes de abandonarla. Él se había llevado al hermoso griego laudista y al mudo bruto de Macedonia que tenía un rostro duro. Julia deseaba que el macedonio le hubiera cortado el cuello a Primus y lo hubiera echado por la borda para que sirviera de comida para los peces del mar. Qué hombre más confabulador y malvado había sido. Mucho peor que Cayo.

En los últimos meses, Julia se había visto obligada a vender a la mayoría de sus esclavos. Ya no tenía áureos para lujos; ni que decir de suficientes denarios para lo más indispensable. Tuvo que recurrir a cualquier tipo de medios para generar dinero. Con solo tres esclavos para atenderla, la vida le resultaba cada vez más sombría.

Sintiéndose cansada, decidió irse a la cama. Apoyándose con todas sus fuerzas en la barandilla de mármol, subió lentamente las escaleras. La cabeza le daba vueltas por el vino. Se tambaleó por el pasillo de arriba y entró en su recámara.

Dídima estaba atando la malla delgada sobre la cama. Julia vio que a la muchacha se le ponían tensos los hombros cuando entró en la habitación. Dos días antes la había azotado por holgazanear con sus quehaceres.

—¿Lavaste el piso como te dije?

—Sí, mi señora.

—¿Y pusiste sábanas frescas en el sillón?

—Sí, mi señora.

Julia se irritó por el tono sereno de Dídima. No veía animosidad en la expresión inmutable de la muchacha, pero podía sentirla. Necesitaba que la pusieran en su lugar. Julia revisó toda la habitación buscando algo para criticar.

—No hay flores en los jarrones.

—El vendedor quería dos sestercios por las azucenas, mi señora. Usted solo me dio uno.

—¡Deberías haber regateado con él!

—Lo hice, mi señora. Él tenía muchos clientes y no quiso bajar el precio.

El rostro de Julia se puso rojo de vergüenza. Muchos clientes. Y cada uno de ellos tenía más dinero que ella.

—La habitación es deprimente sin flores.

Dídima no dijo nada y ese silencio servil deprimió aún más a Julia. Los sirvientes que su familia tenía en Roma siempre habían servido con amabilidad y cariño. Nunca eran fríamente huraños ni albergaban rencores cuando eran disciplinados correcta y justamente. Recordó que algunos incluso se reían mientras se dedicaban a sus tareas.

Pensó en Hadasa. Julia se tambaleó y se agarró del marco de la puerta, apoyándose pesadamente en él. No quería pensar en Hadasa. Su vida había empezado a decaer con esa muchacha desgraciada. Si no fuera por ella, nada sería como era.

Ocultando sus lágrimas, miró el rostro inexpresivo de Dídima. La esclava se mantuvo allí parada. No haría nada para ayudarla hasta que se lo ordenara. En algún lugar entre los recovecos desvalidos de la mente de Julia, surgió una convicción traicionera. Hadasa no habría esperado. No se habría quedado parada con la mirada perdida, el rostro impasible y todo su ser expresando silenciosamente su hostilidad. Hadasa se habría acercado a ella y la habría abrazado.

Julia miró los ricos lujos de la habitación y sintió su aridez. No quería entrar en ella.

—Voy a salir —dijo de manera inexpresiva.

Dídima se quedó en silencio, esperando.

Julia la miró con furia.

—¡No te quedes parada ahí! Saca mi palla azul y tráeme una tinaja con agua tibia.

—Sí, mi señora.

Desanimada, Julia observó a su sirvienta encontrar la palla azul y colocarla sobre el sillón. Se echó hacia atrás el cabello que caía sobre su rostro y entró en el cuarto con toda la dignidad que pudo reunir, ignorando a Dídima, que salía de la habitación a buscar el agua.

Agarrándose fuerte del borde de su tocador de mármol, se desplomó en el banquillo. Se miró fijamente en la superficie resplandeciente del espejo y vio reflejado su rostro pálido y delgado, con las ojeras oscuras debajo de sus grandes ojos marrones. Tenía el cabello oscuro desarreglado, como si la desconocida a la que estaba mirando no se hubiera molestado en peinarlo durante días. ¿Cuánto tiempo había pasado?

Levantó un peine de carey y comenzó a pasarlo por los nudos. Finalmente, dándose por vencida, decidió esperar que Dídima regresara. Cuando lo hizo, Julia se levantó y se lavó la cara. Mientras se secaba las mejillas con una toalla, volvió a hundirse en el banquillo delante del espejo y le ordenó a Dídima que le cepillara el cabello.

Julia hizo una mueca de dolor al primer tirón del peine y giró con enojo hacia la sirvienta.

—¡Niña estúpida! Vuelve a lastimarme y te mandaré a los leones. Ya lo hice una vez, en caso de que no lo sepas. ¡Y volveré a hacerlo!

El rostro de Dídima se puso blanco. Satisfecha por haber intimidado a la esclava, Julia se dio vuelta y levantó el mentón.

—Ahora, hazlo bien.

Con manos temblorosas, Dídima trabajó con una cautela tediosa.

Luego de unos minutos, Julia se sintió peor. El miedo de la esclava era más deprimente que su hostilidad. Julia levantó los ojos y miró el rostro pálido y tenso de Dídima. Los ojos de la

muchacha parpadearon y Julia sintió que empezó a trabajar con más lentitud aún. Desanimada, Julia apartó la mirada.

—Su cabello es muy bonito, mi señora .

Julia tomó una mecha de cabello opaco y oscuro y lo enrolló alrededor de su dedo. Sabía perfectamente qué significaban esas palabras. Eran halagos vacíos.

—Solía lucir brillante —dijo sombríamente.

—¿Le gustaría que le aplique un poco de aceite aromático en el cabello, mi señora?

Tanta deferencia ahora que la amenaza de la arena pendía sobre su cabeza.

—Sí, hazlo —dijo Julia lacónicamente, mirándola con enojo a través del espejo—. Hazlo brillar nuevamente con cualquier cosa que tengamos disponible.

Las manos de Dídima temblaban mientras vertía unas gotas de aceite en las palmas de sus manos, las frotaba y aplicaba suavemente el aceite en el cabello y el cuero cabelludo de Julia. Suspirando, Julia se relajó un poco, porque el masaje la hacía sentirse bien.

—Hazme una corona trenzada —dijo.

Dídima hizo lo que le ordenó.

—¿Le gusta, mi señora? —dijo cuando terminó.

Julia estudió de manera crítica el efecto. El peinado que alguna vez la había hecho parecerse a una reina, ahora la hacía verse austera.

—Eudemas solía entrelazar perlas en mi cabello —le dijo.

—No hay perlas, mi señora.

—¡No te pedí que me lo recordaras!

Dídima dio un paso hacia atrás; sus ojos reflejaban su miedo.

Julia se arrepintió de haber dicho algo sobre las perlas. ¿Qué pensaban los sirvientes de su indigencia? ¿Susurraban entre ellos y se regodeaban por el vuelco que había dado su fortuna? A ellos solo les preocupaba su destino, no el de ella.

—¿Qué hay en el alhajero? —dijo Julia imperiosamente.

Dídima abrió la caja y estudió el contenido.

—Tres collares con abalorios, mi señora, y algunos cristales.

—Deben quedar más cosas que esas —dijo Julia con impaciencia—. Tráelo aquí. —Le arrebató la caja a Dídima y la puso sobre su regazo. Al examinar cuidadosamente el contenido, no encontró nada más que lo que Dídima le había dicho. Tomó un cristal de amatista de la caja y lo sostuvo en la palma de su mano. Mucho tiempo atrás se lo había comprado a un mago oriental en Roma, que tenía un puesto en el mercado. Su amiga Octavia la había acompañado. Lo último que había escuchado había sido que el padre de Octavia, endeudado hasta el cuello, se había suicidado. ¿Qué habrá sido de Octavia? Se preguntó Julia. ¿Seguiría haciéndole favores a todo gladiador que los aceptara? ¿O por fin había encontrado un hombre de su propia posición lo suficientemente tonto como para casarse con ella?

Julia sostuvo la amatista en su mano. ¿Qué le había dicho el hombre acerca de ella? ¿No le había dicho que el cristal tenía algún tipo de cualidad curativa? Se deslizó la cadena alrededor del cuello y sujetó el cristal fuertemente en su mano.

Asclepio, que sea cierto.

—Veamos qué puedes hacer con los abalorios —dijo, y Dídima le desató el cabello. Volvió a hacerle una trenza, esta vez entrelazando los abalorios de vidrio en su cabello. Julia analizó el efecto terminado y suspiró—. Eso tendrá que bastar.

—Sí, mi señora —dijo Dídima.

—Puedes irte.

—Sí, mi señora —Dídima hizo una reverencia y salió apresuradamente de la habitación.

Julia tomó el pote de albayalde y se aplicó un poco debajo de los ojos para borrar los círculos oscuros de sus ojeras. ¿Cuánto necesitaría ahora para borrar la sombra debajo de sus ojos? Trabajó con habilidad y lo dejó, tomando esta vez un pote de ocre rojizo. Agregó un toque final de kohl a sus párpados y entonces se miró en el reflejo.

Se veía presentable. Nada más que presentable. Una vez, había sido hermosa. A todas partes donde iba, los hombres se quedaban mirándola con admiración. Las mujeres envidiaban sus ojos marrones oscuros y su piel suave, su boca roja y carnosa, sus pómulos altos y su cuerpo de curvas elegantes. Ahora, tenía los ojos vidriosos, la piel amarillenta, la boca roja, pero por el maquillaje. Los pómulos altos y aristocráticos le sobresalían, mostrando la prominencia de mala salud.

Obligándose a sonreír, trató de infundir un poco de vida en su rostro, pero la imagen en el espejo se transformó en una caricatura. Se veía como lo que era: una mujer que había perdido toda inocencia.

Julia se alejó de su reflejo y se puso de pie. Se soltó la toga, la dejó caer al suelo y tomó la palla azul. Dídima había sacado el cinturón plateado para que lo usara y Julia lo enganchó. Le quedaba suelto sobre la cintura. ¿Cuánto peso había perdido desde la última vez que lo usó?

—¡Dídima!

La muchacha acudió rápidamente al ser llamada.

—Arregla este cinturón y ponme las sandalias. —Dídima ajustó el cinturón de plata y se lo colocó otra vez. Luego, se arrodilló y le puso las sandalias plateadas en los pies—. El chal azul claro —dijo Julia fríamente y extendió los brazos. Dídima se lo trajo y lo arregló con destreza sobre los hombros.

Julia tomó una moneda de su cofre de dinero y se la dio a Dídima.

—Dile a Tropas que me alquile una litera.

—Necesitará más dinero que esto, mi señora.

Julia sintió el calor que subía por su rostro y abofeteó a la muchacha.

—¡Dame la moneda! —Se la quitó de la mano, temblando de ira y resentimiento—. Caminaré —dijo, levantando bruscamente el mentón—. Es un día hermoso y la villa de mi madre no queda lejos. —Volvió a poner la moneda en el cofre y cerró la tapa de un golpe, apoyando sus manos encima—. Sé exactamente cuántas monedas hay en este cofre, Dídima. Si falta siquiera una cuando vuelva, te responsabilizaré a ti. ¿Entiendes?

—Sí, mi señora. —La muchacha permaneció tranquila, el rostro enrojecido con la marca de la mano de Julia.

—Mientras esté afuera, ventila esta habitación y busca algunas flores para el florero que está al lado de mi cama. Róbalas, si es necesario. O intercambia favores por ellas. No me importa lo que hagas para conseguirlas, ¡pero *consíguelas* ! ¿Entiendes?

—Sí, mi señora.

—No soporto este deprimente lugar.

Caminó hasta la vía pública principal y descansó en uno de los bellos *fana* de mármol cubiertos de enredaderas. La calle estaba atestada de personas que iban y venían del Artemision. Cerrando los ojos, apoyó su cabeza contra la columna de mármol y escuchó el murmullo de la vida que pasaba junto a ella. Tenía sed, pero no había pensado en traer nada de dinero, ni siquiera un cobre para comprar un vaso de vino aguado de algún vendedor ambulante.

Se levantó y siguió.

Habían pasado semanas desde la última vez que tuvo noticias de su madre. Generalmente,

recibía algún mensaje a través de uno de los siervos de su madre: «¿Le gustaría venir a cenar?». Una invitación cordial de una madre diligente. Julia siempre le contestaba con disculpas amables. Pero ahora se daba cuenta de que se había acostumbrado a contar con esas invitaciones. Aunque las rechazaba, representaban el último delgado hilo de la relación que tenía con su madre y con su vida pasada.

Quizás esa conexión también se había roto ahora.

Tenía que saberlo.

Cuando había descansado lo suficiente, se levantó y siguió adelante. Al llegar a su destino, se detuvo en la base de la escalinata de piedra. Julia levantó la mirada hacia la formidable estructura de la hermosa villa. Su padre nunca tuvo necesidad de considerar el costo de nada, y esta casa localizada en la ladera denotaba riqueza y posición social. No era diferente a la villa que Marcus tenía cerca de allí. Naturalmente, la suya estaba un poco más cerca del centro de la ciudad y del núcleo de la actividad comercial. ¿Cuántos emporios tenía su hermano ahora? ¿Dos? ¿Tres? Sin duda, más que la última vez que había hablado con él.

Juntando valor, Julia subió la escalinata. Estaba sin aliento cuando llegó a lo alto y golpeó la puerta. Cuando nadie respondió, volvió a tocar en la puerta, con el corazón latiéndole rápidamente en el pecho. ¿Qué le diría su madre después de todo este tiempo? ¿Se alegraría de que hubiera venido a visitarla? ¿O se filtraría esa mirada dolida de desilusión y desencanto en su expresión?

Reconoció al esclavo que le abrió la puerta, pero no pudo recordar su nombre. Su padre lo había comprado al poco tiempo de haber llegado a Éfeso.

—Señora Julia —dijo sorprendido, y ella pasó a su lado, entrando en el vestíbulo. Al mirar a su alrededor, la sensación de haber vuelto a casa pesó fuertemente en ella.

—Dile a mi madre que vine a verla. La esperaré en el peristilo.

Él titubeó con una expresión rara en su rostro.

Al ver su vacilación, ella levantó el mentón imperiosamente.

—¿Escuchaste lo que te dije, esclavo? Haz lo que te dije.

Iulius no se movió, sorprendido por la arrogancia y la insensibilidad de la joven.

—Su madre está enferma, mi señora.

Julia pestañeó.

—¿Enferma? ¿Qué quieres decir con «enferma»?

Iulius se preguntó si ella estaba preocupada por su madre o simplemente enojada porque eso le resultaba inconveniente a ella.

—No puede moverse ni hablar, señora Julia.

Julia miró alarmada hacia las escaleras que llevaban arriba.

—Quiero verla. ¡Ahora!

—Por supuesto —le dijo e hizo un gesto para que continuara hacia arriba, como deseaba—. Está en la terraza que mira al muelle. Le mostraré el camino, en caso de que no lo recuerde.

Percibiendo un regaño, Julia lo miró con furia. No quería que nadie le recordara cuánto había pasado desde la última vez que había entrado a esta casa.

—Yo sé dónde queda.

Julia entró al dormitorio de su madre y la vio afuera, en la terraza. Estaba sentada al sol, cerca de la barandilla. Julia cruzó rápidamente la habitación y salió por los arcos.

—¿Madre? Estoy aquí —dijo. Su madre no se dio vuelta para saludarla con felicidad, sino que permaneció inmóvil. Nerviosa ante semejante falta de bienvenida, Julia la rodeó y se colocó frente a ella.

Julia la miró fijamente, pasmada por cómo se veía su madre. ¿Cómo era posible que alguien hubiera cambiado tanto en unas pocas semanas? El cabello se le había puesto blanco y tenía las manos venosas. Su rostro estaba caído hacia un costado y su boca colgaba ligeramente abierta. A pesar de todo eso, alguien se había tomado el trabajo de peinarle cuidadosamente el cabello y de vestirla con una palla blanca. Se veía lastimosamente digna.

El miedo se apoderó de Julia. ¿Qué haría ella sin su madre? Echó un vistazo al sirviente.

—¿Cuánto tiempo ha estado así?

—El ataque sucedió hace unos cuarenta y seis días.

—¿Por qué no me avisaron?

—Lo hicimos, mi señora. Dos veces.

Julia pestañeó y trató de recordar cuándo había recibido por última vez una epístola de su madre. ¿No había venido alguien una noche, varias semanas atrás? Ella los había despedido. Por supuesto, había estado ebria... y era entendible, ya que acababa de enterarse de los detalles completos de su situación económica y de la traición de Primus. Otro mensajero vino una semana después, pero estaba enferma en esa oportunidad y no estaba en condiciones emocionales de recibir palabras que pudieran causarle fuertes sentimientos de culpa. Calabá siempre había dicho que la culpa era autodestructiva.

—No recuerdo a ningún mensajero.

Iulius sabía que estaba mintiendo. La señora Julia nunca había sido una buena mentirosa. El rostro se le contraía y miraba hacia otro lado mientras las palabras iban saliendo de su boca. Iulius sintió lástima por ella, porque se veía asustada y angustiada. Quería creer que ella estaba preocupada por Febe, pero estaba casi seguro de que era por sí misma.

—Ella se da cuenta de que usted está aquí, mi señora.

—¿Sí?

—Estoy seguro de que está feliz de que haya venido.

—¿Feliz? —Soltó una risa sombría—. ¿Cómo lo sabes?

Iulius no respondió. Tenía la boca tensa. ¿Por qué había venido la niña? ¿No tenía sentimientos de amor por su madre? Estaba parada mirando fijamente a Febe. La expresión de Julia Valeriano lo molestaba. Pensó qué placer sería lanzarla por la terraza hacia la calle que pasaba por abajo. Pero conociendo a Julia Valeriano, caería como un gato, parada sobre sus pies, y lo enviaría a la arena.

Él se acuclilló junto a la silla de Febe .

—Mi señora —dijo suavemente, deseando sinceramente haber tenido mejores noticias para ella—. Su hija Julia ha venido a visitarla.

La mano de Febe se movió ligeramente. Intentó hablar, pero el sonido que salió de sus labios fue apenas algo más que un gemido profundo e incoherente. Una gota de saliva brillaba en sus labios.

Julia retrocedió, repugnada.

—¿Qué se ha hecho por ella?

Iulius levantó la mirada y vio la expresión de asco en el rostro de Julia. Se levantó y se paró entre la muchacha y su madre.

—Todo lo que se puede hacer.

—¿Va a mejorar?

—Solo Dios lo sabe.

—Lo que quiere decir que no. —Julia soltó la respiración, vencida, y se dio vuelta, mirando la ciudad y el muelle—. ¿Y ahora qué haré?

Nuevamente, Febe trató de hablar. Julia cerró los ojos fuertemente, encorvando los hombros ante el patético sonido. Quería apretarse los oídos con las manos y bloquear completamente el sonido.

Iulius entendió qué quería Febe.

—La dejaré a solas con ella, mi señora —dijo gravemente—. Sería amable de su parte que hable con ella —le dijo a Julia y dejó la terraza.

Julia siguió mirando fijo hacia la ciudad, ahora con los ojos empañados por las lágrimas. Hable con ella, le había dicho. Que ella supiera, su madre no podía entender nada en ese estado. No ahora.

—Eras mi última esperanza, madre. —Se dio vuelta y la miró con tristeza—. Oh, madre... —gimiendo en voz baja, se puso de rodillas, apoyó su cabeza sobre el regazo de su madre y lloró. Apretó el lino suave de la palla de su madre—. ¡No es justo! ¡Nada de todo lo que me pasó es justo! Y ya no queda nadie a quien le importe el sufrimiento que tengo que soportar. Y ahora, tú, *así* . Te digo, los dioses están en contra mía.

La mano de Febe se agitó un poco, y sus dedos rozaron ligeramente el cabello de Julia.

—Oh, madre, ¿qué haré ahora? ¿Qué haré? —Su madre trató de hablar otra vez, pero Julia no podía soportar los sonidos embrollados que no tenían sentido. Su madre sonaba como una loca. Julia levantó la cabeza y vio las lágrimas que corrían por las mejillas de su madre. Con un gemido, Julia huyó.

Salió casi corriendo de la terraza y de la habitación. Cuando Iulius trató de interceptarla, ella le ordenó que se apartara de su camino y bajó la escalera a toda prisa y salió de la casa .

Deambuló por las calles de Éfeso. Aunque el sol brillaba, sentía que la rodeaba una oscuridad opresiva. Estaba hambrienta, pero no tenía dinero para comprar pan. Era el atardecer cuando volvió a su villa. Dídima la saludó sumisamente y tomó su chal. Julia entró en el triclinium. Exhausta, se recostó en uno de los sillones. Un silencio frío vibraba en la sala.

Tropas le trajo una bandeja. La colocó frente a ella con su ceremonia habitual y le sirvió una copa llena de posca. Ella no le dirigió la palabra y él se fue de la sala. Julia miró la comida que había preparado para ella: una pequeña paloma asada, una tajada delgada de pan granuloso y un albaricoque arrugado. Su boca dibujó una sonrisa amarga. Alguna vez había cenado los manjares más exquisitos que el Imperio tenía para ofrecer y, ahora, este era su banquete.

Le quitó la carne a la paloma hasta que solo quedó la pequeña carcasa huesuda. Mojó el pan en el vino y también lo comió. Había caído tan bajo que hasta esta comida de indigente le sabía bien.

En la bandeja había un pequeño cuchillo. Lo levantó y jugó con él; sus pensamientos se enfocaron en el padre de Octavia. Tal vez debería cortarse las venas como él, y terminar con esta caída lenta y dolorosa a la ruina total. De todas maneras iba a morir. La enfermedad sin nombre estaba debilitando lentamente sus fuerzas y devorándola por dentro. Era mejor morir rápido con un poco de dolor, que subsistir y sufrir una agonía desconocida.

Sus palmas comenzaron a sudar. La mano que sostenía el cuchillo tembló. Colocó la hoja sobre las venas azules que corrían debajo de la carne pálida de su muñeca. El temblor de la mano empeoró.

«Debo hacerlo. Debo. No hay otro camino...». Cerró los ojos, tratando desesperadamente de juntar el valor para acabar con su propia vida.

Con un gemido suave, se inclinó hacia adelante. El cuchillo se le escapó de los dedos y cayó estrepitosamente sobre el piso de mármol mientras el sonido retumbaba en el peristilo.

Acurrucándose en el gran sillón, Julia se tapó el rostro con sus manos temblorosas y lloró.

21

Marcus estaba parado en la azotea con Esdras Barjaquín por última vez. Aunque no había recuperado plenamente sus fuerzas y sus heridas no estaban curadas del todo, se sentía impulsado a continuar con su búsqueda. La noche anterior le había informado a Esdras que se iría esa mañana y le pidió ropa para su viaje, con la promesa de pagársela.

—Acéptelos como un obsequio —dijo Esdras y le entregó a Marcus una túnica nueva sin costura, larga hasta los tobillos; una faja de tela de tiras de colores; un manto grueso que le serviría como capa y como cama, y un par de sandalias nuevas.

Marcus estaba profundamente conmovido por la generosidad y la bondad del judío, y se sintió aún más decidido a ver que Esdras fuera debidamente recompensado por sus molestias. Le había pedido a Tafita que buscara un mensajero romano. Él le entregó una carta al hombre y prometió que le pagarían cuando llegara a su destino. Se requirió algo de persuasión para convencerlo, pero el mensajero finalmente accedió a cabalgar en confianza hasta Cesarea Marítima y contactar a los representantes de Marcus. Tan pronto como leyeran sus indicaciones y vieran su firma, Marcus sabía que enviarían lo que él exigía y que harían lo que les había ordenado.

Marcus miró al hombre mayor parado junto a la pared de la azotea. Esdras usaba el *talit* encima de la cabeza, y Marcus sabía que estaba orando. Sintió una mezcla de impaciencia y envidia. El hombre mayor era tan disciplinado y tenaz como había sido Hadasa. ¿Tendría el mismo destino que ella? ¿Para qué le servían todas sus oraciones? ¿De qué le habían servido a ella?

¿Y por qué Esdras se había vuelto tan deseoso de saber acerca de Jesús?

Marcus se había sorprendido de cuán intensamente había escuchado Esdras cada mínimo detalle de la información que pudo relatarle de lo que Hadasa le había dicho sobre el hombre al que ella adoraba como un dios. Marcus esperaba que al contárselo a Esdras sacaría la verdad a la luz. Quizás este judío instruido encontraría las imposibilidades y las discrepancias de la extraña historia acerca del modesto carpintero convertido en mago, quien se había proclamado a sí mismo como el Hijo de Adonai y que, algunos afirmaban, había resucitado.

Pero algo extraño había acontecido en la azotea en los últimos días. Marcus había visto un cambio en Esdras. Sutil, indescriptible, pero innegable. Marcus no podía expresarlo con palabras. Solo podía percibirlo en lo íntimo de su ser. Fue como si estuviera con alguien completamente distinto al Esdras Barjaquín que lo había encontrado medio muerto en el cauce.

Marcus miró a Esdras, analizándolo. El hombre mayor miraba distraídamente hacia la calle. Marcus tenía que saberlo con certeza.

—Usted cree que Jesús es su Mesías, ¿no es así, anciano?

Esdras levantó la cabeza y miró al cielo.

—Es como usted dice.

—¿Como *yo* digo? No me atribuya a mí esa historia. Yo no dije que Jesús fuera su Mesías, o Dios, o cualquier otra cosa que no sea un hombre. Yo le dije lo que Hadasa creía que él era.

—Sí, pero, con cada palabra que usted dijo, recordé las Escrituras que lo predijeron. —Miró a Marcus—. Mi tío fue apedreado porque creía que Jesús era el Mesías. La última vez que nos visitó, lo escuché decirle a mi padre que Jesús les dijo a los que estaban cerca de él: “Yo soy el

camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí".

—Cualquier hombre vivo podría decir eso.

—Solo uno puede cumplirlo. En medio de su sufrimiento, Job dijo: "Ahora mismo, mi testigo está en el cielo; mi abogado está en las alturas". El hombre necesita alguien que lo defienda delante del Señor. Job también dijo: "Sé que mi Redentor vive, y un día por fin estará sobre la tierra". Un Redentor que se sacrificó a sí mismo por nuestro bien. Únicamente Dios es puro y sin pecado, Marcus. Yo creo que Jesús es el Redentor que he esperado toda mi vida.

—Piense con la razón. Usted ha ansiado tanto a su Mesías que desea que este Jesús sea el esperado. Pero ¿qué postura tomó él, además de morir en una cruz entre otros dos criminales?

—Él se ofreció a sí mismo como el Cordero de la Pascua. Fue sacrificado como la expiación por los pecados de toda la raza humana.

—Me está diciendo que él entregó su vida y se convirtió en un símbolo.

—No, no un símbolo. La *verdad* . Yo creo que Él ciertamente resucitó de la muerte. Creo que Él es Dios el Hijo.

Marcus negó con la cabeza. ¿Era posible que todo lo que él había dicho para hacer que este hombre viera la falacia de la fe de Hadasa no hubiera hecho más que convencerlo de que era verdad ?

—¿Por qué? ¿Cómo puede hacerlo?

—Usted me dijo muchas cosas en los últimos días, Marcus. Acontecimientos que recuerdo de mi infancia. Yo era un niño cuando Jesús entró en Jerusalén y fue crucificado. Las palabras fueron dichas y yo las escuché. Además de eso, he leído y copiado las Escrituras desde que era niño. Es mi oficio. Su testimonio, la Palabra de Dios y lo que recuerdo de esas épocas han confirmado lo que hay en mi corazón. Jesús *es* el camino al Dios todopoderoso. Solo a través de él encontraré lo que he anhelado toda mi vida.

—¿Y qué es eso?

—Una relación personal con el Señor.

—Tenga cuidado con lo que desea, anciano. Jesús es el camino a la muerte. Créame. Lo sé. Él exigirá la sangre que es su vida.

—Él puede tomarla.

Marcus apartó la mirada, perturbado. ¿Qué le había hecho? Nunca debería haber hablado. Trató de bloquear el recuerdo de Hadasa parada en medio de la arena.

—Espero que lo que ha empezado a creer no resulte en su muerte.

—¿Por qué endurece su corazón contra Dios, Marcus Valeriano? ¿Quién cree que me guió hasta usted en aquel camino desde Jerusalén?

Marcus profirió una risa crispada.

—Fueron los buitres los que lo trajeron hasta mí. ¿Recuerda? —Vio que Esdras quería decir algo más y levantó la mano—. Pero no discutamos por algo que ya pasó y sobre lo que nunca nos pondremos de acuerdo. —No quería que su última charla con Esdras terminara airadamente—. Es hora de que me vaya. Quiero caminar lo más posible antes de que llegue la noche.

—Que así sea.

Esdras bajó las escaleras y salió de la casa con Marcus. Lo acompañó todo el camino hasta las puertas de la ciudad. Y, entonces, lo bendijo.

—Que el Señor haga brillar su rostro sobre usted y le dé paz, Marcus Luciano Valeriano.

Marcus hizo una mueca ante la bendición.

—Tengo mucho por lo cual agradecerle, Esdras Barjaquín, y temo que lo que le he dado le causará mucho daño. —Extendió su mano.

Esdras le apretó el brazo.

—Usted me ha dado un regalo de inestimable valor.

Marcus torció la boca irónicamente.

—Usted es un buen hombre. Aunque judío .

Sabiendo bien que Marcus no tenía la intención de ofenderlo, Esdras rió.

—Quizás, algún día, usted supere su sangre romana —le dijo del mismo modo.

Las palabras casuales golpearon fuertemente a Marcus porque, sin querer, le recordaron una imagen de sí mismo riendo y vitoreando mientras hombres y mujeres morían por ningún otro motivo que para divertir al populacho.

Esdras vio su angustia y comprendió.

—Su Hadasa vive, Marcus.

—Está muerta —dijo Marcus con una claridad inexpresiva mientras retiraba su mano—. La vi morir en un anfiteatro efesio.

—La vida es mucho más de lo que vemos con nuestros ojos. Su Hadasa está con Dios, y Dios es eterno.

Una punzada de dolor afligió el corazón de Marcus.

—Ojalá pudiera creerlo.

—En el tiempo de Dios, quizás lo haga.

—Que su Dios lo proteja —dijo Marcus y sonrió ligeramente—. Y que encuentre un hombre bueno y fuerte para Tafita.

Esdras se quedó en la entrada y miró a Marcus marchar por el camino. Estaba lleno de una profunda compasión por el atormentado joven romano y se preguntó qué le sucedería. En su regreso a casa, oró para que Dios pusiera una cobertura de protección alrededor de Marcus mientras viajaba.

Josaba levantó la vista de sus quehaceres cuando Esdras entró en la casa.

—Quizás ahora que *él* se ha ido todo vuelva a la normalidad.

—Ya nada volverá a ser igual —dijo Esdras.

—Ayer en la tarde, Bartolomé acompañó a Tafita a casa desde el pozo. Dijo que ella casi ni le habló. — Apretó los labios—. Nunca tuvo problemas para conversar con ese romano que trajiste a nuestra casa.

—Tafita tendrá al hombre que Dios quiera para ella.

Dejó caer en su regazo la prenda que estaba reparando y levantó los ojos hacia él.

—¿Y quién será ese hombre?

—Te preocupas demasiado, mujer —dijo él y sirvió agua con un cucharón en un vaso de arcilla.

—Tú solías preocuparte por Tafita más que yo. —Sus ojos parpadearon con incertidumbre—. ¿Qué te ha pasado en los últimos días?

—Cosas maravillosas —dijo él y bebió.

Frunció el ceño enojada.

—¿Qué cosas *maravillosas* ?

Él dejó el vaso. Pronto se lo contaría, pero no ahora.

—Necesito tiempo para revisar lo que aprendí antes de poder explicártelo de una manera que puedas entender.

—¿Soy tan tonta? Dime, Esdras. Mientras revisas lo que sea que hayas aprendido, ¿volverás a trabajar en tu puesto?

Esdras no respondió. Se quedó parado en el portal y miró hacia la calle. Tafita estaba

llegando desde el mercado y traía un canasto equilibrado sobre su cabeza. Bartolomé venía caminando a su lado. Era un joven bueno y persistente.

Esdras no le había dicho a su hija que Marcus se iría esa mañana. Supuso que era la escapatoria del cobarde. Los sentimientos de ella por Marcus se habían vuelto cada día más evidentes. Y la atracción de Marcus Valeriano por ella también era notable. Había que reconocerle al joven que se hubiera ido cuando lo hizo. Un hombre inferior se habría quedado para aprovecharse del deseo de la hermosa muchacha.

Pero ¿qué iba a hacer ahora?

Josaba vino a pararse junto a él.

—¿Ves cómo lo ignora? Y todo por un romano —dijo amargamente, pero cuando levantó la cabeza y lo miró, Esdras vio una expresión de desasosiego—. ¿Qué le dirás?

—Le diré que Marcus Luciano Valeriano se marchó.

—¡Mejor para todos! —dijo ella y se dio vuelta—. Habría sido mucho mejor si se hubiera ido antes. —Se sentó y volvió a agarrar la tela raída.

Tafita hizo una pausa y habló brevemente con Bartolomé. Giró nuevamente hacia la casa, y Bartolomé se quedó viéndola caminar el último tramo que le quedaba. Visiblemente rechazado, el muchacho se dio vuelta y se fue por la calle.

—Buenos días, padre —Tafita le dijo animadamente mientras se acercaba. Bajó la cesta de su cabeza, lo besó en la mejilla y entró en la casa.

—¿Cómo está Bartolomé? —dijo Josaba, manteniendo los ojos fijos en su labor.

—Está bien, madre.

—Como otros —murmuró Josaba por lo bajo.

Tafita tomó la fruta de la cesta y la puso en el cuenco de arcilla que estaba sobre la mesa.

—Dijo que su madre ya está preparando *hamantashen* de ciruelas para el *mishlo'aj manot* de este año.

—Yo ni siquiera he comenzado con mis preparativos para el Purim —dijo Josaba en tono sombrío—. Otras cosas han interferido. —Miró de reojo a su esposo de manera acusatoria .

—Yo te ayudaré, madre. Tenemos tiempo más que suficiente para preparar los regalos para los pobres y los paquetes de comida para nuestros amigos. —Eligió dos albaricoques perfectos y empezó a subir la escalera hacia la azotea.

—Él se ha ido —dijo Esdras.

Tafita se detuvo y se dio vuelta. Lo miró alarmada. —¡No puede ser! —dijo, pestañeando—. Sus heridas todavía no están totalmente sanas.

—Ya sanaron lo suficiente —dijo Josaba por lo bajo.

—Se fue esta mañana, Tafita.

Ella subió corriendo los escalones a la azotea. Cuando bajó, Esdras creyó que saldría corriendo detrás de Marcus. Incluso dio unos pasos hacia la puerta y, entonces, se detuvo. Sus hombros se encorvaron y, soltando un suave gemido, se hundió en un banquillo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ni siquiera se despidió.

Josaba apretó en sus manos la tela gastada y estudió a su hija. Levantó los ojos a Esdras en súplica.

¿Que haga qué? Se preguntó él.

—Dijo que se iría —dijo Tafita temblorosamente, mientras las lágrimas caían por sus mejillas —. Dijo que era mejor que lo hiciera.

—Qué lástima que no se haya ido antes —dijo su madre en tono funesto.

—Yo esperaba que se quedara para siempre.

—¿Con qué fin?

—No sé, madre. Era mi *esperanza* .

—¿Qué esperabas, Tafita? ¿Que un romano aceptara circuncidarse? ¿Que un romano se convirtiera en judío? Tienes que pensar, hija.

Tafita negó con la cabeza y miró hacia otra parte con el rostro pálido por la tristeza. Josaba empezó a hablar nuevamente, pero Esdras sacudió la cabeza, haciéndola callar antes de que lo hiciera. Los ojos de Josaba estaban llenos de lágrimas y de acusación cuando lo miró. Esdras sabía qué estaba pensando ella. Era culpa de él que Tafita se hubiera enamorado de un gentil. Era su culpa que ella estuviera sufriendo. No debería haber llevado a Marcus Valeriano a su casa.

Pero, si no lo hubiera hecho, probablemente nunca hubiera llegado a conocer la verdad.

Como no tenía palabras para evitar el dolor de su hija, Esdras se quedó callado. Después de un momento, Tafita se levantó y huyó hacia la azotea .

—¿No pudiste decirle algo? —dijo Josaba, acusándolo, con sus mejillas pálidas y manchadas por las lágrimas.

—Cualquier cosa que le diga, solo la lastimará más.

Josaba dejó en una canasta la prenda que estaba cosiendo.

—Entonces, yo lo haré...

—No, no lo harás. Siéntate, mujer, y déjala en paz.

Con los ojos muy abiertos, Josaba se sentó.

Tafita cumplió con sus deberes los días siguientes. Hablaba muy poco. Josaba fue al mercado y visitó a las otras mujeres. Esdras volvió a sus manuscritos, a la tinta y a las plumas. Se sentía inquieto y ansioso, y pasaba cada vez más tiempo en la azotea durante las horas de la tarde, pidiendo indicaciones en oración.

Estaba esperando, pero no sabía qué.

Un abogado romano llegó desde Cesarea Marítima siete días después de la partida de Marcus. El hombre vestía espléndidamente e iba acompañado de ocho guardias bien armados. Con gran ceremonia le entregó una carta a Esdras e hizo un gesto para que dos guardias dejaran un cofre sobre la mesa.

Confundido, Esdras quitó el sello de cera y abrió el rollo. La epístola decía que el portador de la carta, el señor Esdras Barjaquín, podía viajar en cualquier momento y a cualquier destino en cualquier barco que fuera propiedad de Marcus Luciano Valeriano. Debía recibir el mejor alojamiento y ser tratado con el mayor respeto y honor.

—¿Cómo es posible? —dijo Esdras, anonadado—. ¿Quién es el que puede decir estas cosas?

El abogado rió.

—¿No sabías a quién tenías bajo tu techo, judío? Marcus Luciano Valeriano puede hacer lo que se le plazca. Es un ciudadano romano y uno de los comerciantes más ricos del Imperio. Es dueño de emporios en Roma, Éfeso, Cesarea Marítima y Alejandría. Sus barcos viajan a lugares tan lejanos como Tartessos y Britania.

Josaba se desplomó en su banquillo, boquiabierta.

El abogado abrió el cofre, dejando a la vista su contenido.

—Para usted —dijo, haciendo un gesto ostentoso con la mano. Estaba llena de áureos de oro.

Estupefacto, Esdras se apartó de él.

—La diferencia entre un romano y un judío —dijo el abogado con altanería, mirando con

desdén la sencilla decoración de la sala. Habiendo terminado su encargo, el abogado salió de la casa. Los soldados lo siguieron.

Esdras volvió a mirar dentro del cofre. Incapaz de creer lo que veían sus ojos, tomó un puñado de monedas de oro y sintió el peso que tenían en su mano.

Josaba se puso de pie, temblando. Se quedó mirando el interior del cofre y apretó la manga de Esdras.

—¡Aquí hay suficiente para vivir cómodamente por el resto de nuestra vida! Podemos comprar una casa más grande. Podemos tener sirvientes. Puedes sentarte junto a las puertas de la ciudad con los ancianos. ¡Tu hermano Amni nunca volverá a despreciarte!

Tafita seguía callada, mirando a su padre con sus grandes ojos oscuros.

—No —dijo Esdras—. Dios tiene otro propósito para este dinero.

—¿Qué propósito? Él te ha bendecido por tu rectitud. Te ha dado riquezas para que las disfrutes.

Esdras negó con la cabeza. —No —volvió a decir y dejó caer las monedas en el cofre—. Esto es para su obra.

—¿Estás loco? ¿No has escuchado a los fariseos? Dios *recompensa* a los justos.

—Nadie es justo, madre. Ninguno —dijo Tafita suavemente—. Solamente el Señor mismo es justo.

Esdras le sonrió y su corazón se ensanchó al oír sus palabras. Asintió con ojos brillantes. Ella entendería y creería cuando le hablara de la Buena Noticia.

—Nosotros esperaremos en el Señor.

—Sí, padre. Esperaremos en el Señor.

Esdras bajó la tapa del cofre y la aseguró.

22

Marcus caminó hacia el norte, con las orillas del río Jordán al alcance de la vista. Pasó por Arquelais, Enón y Salim y luego caminó hacia el noroccidente, a la zona montañosa. En cada aldea, paraba para preguntarle a cualquiera que hablara con él si recordaban a una niña llamada Hadasa, que se había ido con su familia a Jerusalén y no había vuelto luego de la destrucción. Nadie había oído hablar de ella.

Se marchaba preguntándose si las personas con las que había hablado le habían dicho la verdad. Muchas veces, la cortesía con la que lo recibían al principio se transformaba instantáneamente en recelo y hostilidad cuando hablaba. Su acento era fuerte. Podía ver venir el cambio en sus ojos y sabía qué estaban pensando. ¿Por qué un romano se vestiría como un judío, a menos que tuviera algún plan oculto para atraparlos al hablar con ellos?

Después de días de deambular, entró en una aldea pequeña llamada Naín en las colinas de la región de Galilea. Paró en el mercado y compró pan y vino. Como había sucedido antes, supusieron que era judío hasta que habló y reconocieron su acento. Sin embargo, esta vez el comerciante fue directo en vez de ser aprensivo, franco en vez de retraído.

—¿Por qué está vestido como un judío? —le dijo, abiertamente sorprendido y curioso.

Marcus le contó que lo habían asaltado en el camino a Jericó y que había sido rescatado por Esdras Barjaquín.

—Estas ropas son un regalo de él. Las uso con orgullo.

El vendedor asintió, aparentemente satisfecho con las respuestas, pero aun sintiendo curiosidad.

—¿Qué está haciendo aquí, en las colinas de Galilea?

—Busco la casa de una muchacha llamada Hadasa.

—¿Hadasa?

—¿Ha escuchado ese nombre antes?

—Tal vez sí. Tal vez, no. Hadasa es un nombre bastante común entre las niñas judías.

Marcus no se quedó conforme con su respuesta. La describió con todos los detalles que pudo .

El vendedor se encogió de hombros.

—Cabello oscuro, ojos marrones oscuros, contextura delgada. Su descripción podría ajustarse a la de cientos de muchachas. ¿Tenía algo excepcional?

— *Ella* era excepcional. —Había una anciana parada a la sombra del puesto. Marcus sabía que estaba escuchando disimuladamente su conversación con el vendedor. Algo que vio en la expresión de la mujer lo hizo dirigirle directamente a ella la próxima pregunta—. ¿Usted conoce a una muchacha llamada Hadasa?

—Es como dice Naasón —dijo la anciana—. Hay muchas Hadasas.

Desalentado, Marcus empezó a alejarse, cuando la anciana volvió a hablar.

—¿Su padre era un alfarero?

Marcus frunció el ceño, tratando de recordar; luego, la miró nuevamente.

—Tal vez. No estoy seguro.

—Había un alfarero que vivía aquí. Se llamaba Ananías. Se casó a una edad avanzada. El nombre de su esposa era Rebeca. Ella le dio tres hijos: un varón y dos hijas. Una de las niñas se

llamaba Hadasa. La otra era Lea. El hijo se llamaba Mateo. Se fueron a Jerusalén y nunca volvieron.

El vendedor parecía impaciente con ella.

—La Hadasa de la que habla quizás no sea la misma.

—Hadasa afirmaba que su padre había sido resucitado por Jesús de Nazaret —dijo Marcus.

El vendedor lo miró bruscamente.

—¿Por qué no lo dijo desde el principio?

—Entonces, la conoce.

—La Hadasa que busca es esa misma —dijo la anciana—. La casa donde vivió su familia ha estado cerrada desde que se fueron a Jerusalén para la Pascua. Nos enteramos de que todos murieron.

—Hadasa vivió.

La anciana sacudió la cabeza, asombrada.

—Un acto de Dios —dijo ella con reverencia.

—Era una niña tímida —dijo el vendedor—. Uno creería que serían los fuertes los que sobrevivirían. No los débiles.

Apoyada pesadamente en su bastón, la anciana estudió atentamente a Marcus.

—¿Dónde está Hadasa ahora?

Marcus miró hacia otra parte.

—¿Dónde vivía? —Su pregunta se encontró con un silencio prolongado. Miró de nuevo a la anciana—. Necesito saberlo —dijo, gravemente .

La mujer lo analizó y su rostro arrugado se ablandó.

—La casa de Ananías está al final de esa calle, en el lado oriental, la cuarta antes del final.

Marcus viró.

—Romano —dijo ella con amabilidad—, no encontrará a nadie ahí.

Encontró la casa con facilidad y se sorprendió de lo pequeña que era. La puerta había quedado sin asegurar. Crujió cuando la empujó para abrirla. Al entrar en el oscuro interior, quedó enredado en telarañas. Las apartó con la mano. El lugar tenía un olor seco a desuso y abandono.

Dio un vistazo a la pequeña sala principal. En esta casa no había escalones hacia la azotea; solo una puerta en la parte de atrás, que conducía a una habitación. La base desnuda de una cama estaba integrada a la pared de arcilla.

Marcus atravesó el cuarto, levantó la pequeña barra sobre las puertas de las ventanas y las abrió. La luz del sol se derramó adentro y, con ella, una ráfaga de aire cálido que dejó partículas de polvo danzando en el haz de luz. Retrocediendo, Marcus se dio vuelta y vio que el brillo del sol caía sobre el torno del alfarero. Fue hacia él y le dio vuelta. La rueda se movió con rigidez, quejándose por los años sin uso.

Marcus la dejó y pasó su mano sobre la mesa polvorienta y áspera. Se sentó en uno de los cinco banquillos y miró lentamente a su alrededor. Había un yugo y dos baldes de agua cerca de la puerta delantera. Aparte de eso, había unos pocos jarrones y cuencos de arcilla. Poco más. Ciertamente, nada de valor.

Cerró los ojos y respiró hondo con las manos apoyadas sobre la superficie áspera de la mesa. Hadasa había crecido en esta casa. Había dormido en esta habitación y había comido sobre esta mesa. Los dedos de Marcus se extendieron sobre la superficie rugosa, pensando que las manos de ella la habían tocado. Quería capturar su esencia, estar cerca de ella.

En lugar de eso, se llenó de miedo.

Ya no podía recordar los detalles de su rostro.

Trató desesperadamente de retener los recuerdos que tenía de ella, pero estaban desvaneciéndose, haciendo borrosa la imagen que tenía en su mente. Se tapó la cara y trató de recordar, de configurar sus rasgos. Lo único que podía ver ahora era a una muchacha sin rostro, arrodillada en el jardín de la villa de su padre, con las manos levantadas al cielo y a Dios.

—No —gimió, metiendo los dedos entre su cabello y sosteniéndose la cabeza—. No te lleves lo poco que me queda de ella. —Pero, por mucho que suplicara y lo intentara, sabía que ella se le estaba escapando.

Exhausto y deprimido, Marcus miró a su alrededor. Había llegado hasta aquí. ¿Y para qué? ¿Para esto? Cerró los ojos y apoyó la cabeza en sus brazos.

23

Dídima entró en la recámara y salió al balconcito donde Julia estaba sentada con un paño frío apretado sobre su frente.

—¿Qué pasa? —dijo Julia, molesta por la presencia de la esclava.

—Un hombre vino a verla, mi señora.

El corazón de Julia dio un pequeño salto. ¿Marcus había vuelto? Quizás, finalmente, había recapacitado y entendido que solo se tenían el uno al otro. Aunque ella sabía que era improbable, que no debía hacerse ilusiones, de todas maneras sintió que la esperanza volvía. Los dedos le temblaban mientras seguía presionando el paño frío y húmedo contra su frente palpitante. Tenía miedo de exponer su rostro al escrutinio de Dídima. No tenía dudas de que Dídima disfrutaba de su lucha y, más aún, de su dolor.

—¿Quién es? —dijo Julia con fingida indiferencia. No había tenido visitas en semanas. ¿Quién de sus supuestos amigos vendría a verla, así como estaba ella ahora?

—Se llama Prometeo, mi señora.

—¿Prometeo? —dijo, perpleja, y su corazón dio un vuelco, mientras la desilusión caía sobre ella como una ola fría—. ¿Quién es Prometeo? —exigió irritada. El nombre le sonaba conocido, pero no podía ubicarlo.

—Dijo que es un esclavo en esta casa, mi señora. Primero preguntó por Primus. Cuando le dije que el amo ya no está en Éfeso, pidió hablar con usted.

Con un sobresalto, Julia recordó quién era Prometeo.

—¡Prometeo! —¡El catamito de Primus! ¿Qué hacía aquí? Se había escapado hacía casi cuatro años. ¿Por qué volvía ahora? Si Primus estuviera aquí, mataría de inmediato al muchacho o, mucho peor todavía, lo haría volver a padecer bajo sus infames pasiones por él. ¿Qué se suponía que debía hacer *ella* con él?

Pensó con rapidez. Con Primus lejos, Prometeo debía saber que estaba poniendo su vida en manos de Julia. Probablemente no estaba al tanto de las dos sirvientas que había enviado a la arena en Roma, pero estaba aquí cuando envió a Hadasa a los leones. Además, era perfectamente consciente de cuánto le había repugnado siempre su posición en la casa. Ella había ridiculizado la pasión de Primus por él y consideraba a Prometeo como algo apenas superior a un perro adiestrado.

Le latía la cabeza.

—¿Por qué vuelve ahora? —El paño frío que tenía sobre los ojos poco servía para aliviar el dolor.

—No lo sé, mi señora. No lo dijo.

—¡No te estaba preguntando a ti, tonta!

—¿Quiere que lo mande aquí arriba a hablar con usted, mi señora? ¿O le digo que se vaya?

—¡Déjame pensar!

Julia miró, sin ver, más allá de la baranda del balcón, reflexionando brevemente en el pasado. Prometeo le había tenido mucho afecto a Hadasa. De hecho, había sido la admiración que Prometeo tenía por la esclava lo que había despertado la bestia terriblemente celosa y odiosa en Primus. Además, Julia recordó que eso fue, en gran parte, lo que causó muchos de sus propios problemas. A veces, tarde en la noche, Prometeo se sentaba con Hadasa en el peristilo y

hablaban. Primus decía que su sirvientita judía estaba seduciendo al muchacho, pero Julia sabía que nunca había existido ese tipo de relación entre ellos. Torció el labio. Hadasa era demasiado *pura* para eso. Sin embargo, por más inocentes que hubieran sido las conversaciones entre Hadasa y Prometeo, habían causado problemas.

¡Qué tonto fue al volver! Ella podía hacer cualquier cosa que quisiera con él. Los esclavos que se escapaban y eran capturados solían ser arrojados a los perros de la arena. A ella se le ocurrían cosas mucho peores para hacerle.

El eco de los leones rugientes resonó en su mente y se agarró la cabeza, gimiendo en voz baja.

—¿Qué quiere?

—No lo dijo, mi señora.

—¿Le preguntaste?

—No pensé que me correspondiera hacerlo.

No quería pensar en el pasado. Prometeo solo sería un recordatorio.

—Dile que se vaya.

—Muy bien, mi señora.

—¡No, espera! —dijo—. Me provoca curiosidad. —¿Qué llevaría a un esclavo fugitivo a volver a su amo o ama que muy probablemente lo mandaría a torturar y a matar? Seguramente debía saber lo que a ella le gustaría hacerle. Al escuchar que Primus se había ido, probablemente ya había optado por el rumbo más sensato y se había escapado de la villa, apenas Dídima dejó el vestíbulo.

—Si todavía está esperando allá abajo, envíalo acá —dijo—. Siento curiosidad por escuchar qué tiene para decir.

Julia se sorprendió cuando, pocos minutos después, Dídima lo acompañó al interior de la recámara, se acercó al balcón y le dijo: «Prometeo, mi señora» con una voz desprovista de emoción.

—Deseo hablar con él a solas —dijo, quitándose el paño de los ojos y haciendo un gesto impaciente. Dídima salió aprisa del cuarto.

Respirando hondo, Julia arrojó el paño a un costado y se levantó del sillón. Agarró un manto y se lo puso mientras el joven entraba en la recámara.

Prometeo estaba parado en medio de su habitación. Lo miró esperando que se postrara ante ella o que suplicara clemencia con lágrimas en los ojos. En lugar de eso, se quedó callado, esperando. Julia levantó las cejas.

Además de su grave dignidad, su aspecto físico había cambiado mucho. Estaba más alto de lo que recordaba y se había vuelto más apuesto en los últimos años. No había sido más que un muchachito cuando Primus se lo compró a los esclavistas de los puestos debajo de las tribunas de la arena. Ahora era un joven apuesto de quince o dieciséis años, con el cabello corto y el rostro bien rasurado.

—Prometeo —dijo ella, estirando su nombre con un sentido oscuro—. Qué agradable que hayas vuelto. —No vio ningún temor en su rostro y quedó asombrada por la calma que tenía.

—Vine a rogarle su perdón, mi señora, y a pedirle si puedo volver a servirla.

Pasmada, Julia lo miró fijamente.

—¿Rogar mi perdón y volver?

—Sí, mi señora. La serviré como usted quiera, a menos que ordene algo diferente.

—Por *diferente* , ¿quieres decir si yo decidiera hacerte matar?

Él dudó y, entonces, dijo en voz baja:

—Sí, mi señora.

Ella se sorprendió por su actitud. Estaba muy claro que él no tenía dudas de su situación sumamente precaria, pero parecía no tener miedo. O, quizás, era tan buen hipócrita como los que actuaban en el teatro.

Ella sonrió levemente.

—¿Servirme como yo quiera? Teniendo en cuenta tu posición anterior en mi casa, esa es una propuesta interesante. —Pasó la mirada por su cuerpo. Él se sonrojó y bajó la cabeza. Ella se sorprendió por eso, más que por todo lo demás. Seguramente el tiempo que pasó sirviendo a las diversas y aberrantes pasiones de Primus había destruido todo su pudor.

Julia torció la boca con una sonrisa burlona.

—¿No te diste cuenta de que le rompiste el corazón al pobre Primus cuando lo abandonaste con tanta crueldad? Él estaba locamente enamorado de ti.

Prometeo no dijo nada.

—Deberías estar avergonzado de haber tratado tan cruelmente a tu amo —dijo con sarcasmo, disfrutando su incomodidad—. Deberías estar arrastrándote.

Prometeo no se movió.

Curiosamente, la intrigaba. Y había pasado mucho tiempo desde que algo había logrado distraerla de su enfermedad.

—¿Alguna vez lo quisiste? —Vio que el muchacho tragaba un nudo en la garganta y supo que estaba penetrando en lo profundo de una emoción debajo de la superficie—. Mírame y contéstame con la verdad. ¿Alguna vez *realmente* amaste a Primus, aunque fuera por un mínimo instante? ¡Respóndeme!

—No, mi señora.

—¿Qué sentías por él?

Levantó los ojos y la miró.

—Nada.

Lanzó una carcajada de pura satisfacción.

—Ah, cómo me gustaría que él te escuchara decir eso. —Ella vio el leve gesto en el ceño del muchacho. Su placer desapareció. ¿Él la consideraba a *ella* cruel por decir eso? ¿Y qué de todo lo que ella había sufrido en manos de Primus? ¿Acaso Primus no merecía sufrir también? ¡Él debería haber sufrido más!

Ella se apartó y caminó hasta la mesa donde estaba la jarra de vino.

—A pesar de todo el encanto político y de la vistosidad pública de Primus, es un hombre despiadado y vengativo que usa a las personas para sus propios fines. Las chupa hasta secarlas y luego abandona las cáscaras vacías. —Se le cerró la garganta—. Pero tú deberías saber todo al respecto, ¿verdad? —dijo con una voz atragantada.

Dejó la jarra intacta y se dio vuelta para mirar nuevamente a Prometeo. Su boca esbozó una sonrisa amarga.

—Yo me alegré cuando escapaste, Prometeo. ¿Sabes por qué? Porque eso lastimó a Primus. Ah, lo lastimó terriblemente. Lloró por ti como alguien se afligiría por la amada esposa que lo traicionó. —Se rió con tristeza—. Por un corto tiempo entendió cómo me sentí cuando Atretes me abandonó. —Miró hacia otro lado, deseando no haber mencionado a su amante. El solo pronunciar su nombre le causó una ráfaga de dolor y un sentimiento de pérdida—. No que Primus haya sido compasivo alguna vez.

Recuperó el control y volvió a mirar a Prometeo, con la cabeza en alto.

—¿Quieres saber algo más, esclavo? Después, te convertiste en mi única defensa contra las

innumerables crueldades de Primus.

Prometeo parecía afligido.

—Lo lamento, mi señora.

Sonaba sincero.

—¿Le tienes lástima a él? —La boca de Julia se torció con amargura—. No tienes que hacerlo. Él encontró una manera de lograr su venganza.

—Por usted, mi señora.

Su grave sinceridad la aturdió por un instante. Hablaba como si realmente lo lamentara.

—¿Lo lamentas? —dijo ella, poniéndose a la defensiva. ¿Por qué razón? Sus ojos destellaron —. Oh, apuesto a que lo lamentas, Prometeo. —Inclinó la cabeza hacia atrás, estudiándolo con frialdad—. Lo lamentas ahora porque sabes lo que puedo hacerte.

—Sí, mi señora. Lo sé.

Fue una afirmación simple, dicha con total aceptación. No tenía miedo a morir.

Así como Hadasa no había tenido miedo de morir el día que salió caminando hacia la arena.

Julia pestañeó, tratando de huir del recuerdo.

—¿Por qué volviste?

—Porque soy un esclavo. No tenía derecho a irme.

—En este momento podrías estar a miles de kilómetros de Éfeso. ¿Quién sabría si eres esclavo o libre, en ese caso?

— *Yo* lo sabría, mi señora.

Julia se maravilló ante su respuesta, porque para ella no tenía sentido en absoluto.

—Fuiste un tonto al volver. Sabes muy bien que te desprecio.

Él bajó la mirada.

—Lo sé, mi señora. Pero lo correcto era que volviera, sin importar las consecuencias.

Ella sacudió la cabeza. Cruzó la habitación y se sentó débilmente en la punta de su cama. Inclinó la cabeza hacia un costado y lo estudió.

—Estás muy diferente a como te recordaba.

—Sucedieron cosas que me cambiaron.

—Ya veo —dijo ella y se rió burlonamente—. Para empezar, perdiste el juicio por completo .

Increíblemente, él se rió.

—Dicho de alguna manera, renuncié a él. —Sus ojos brillaron con algún gozo interior incomprensible.

Julia sintió que el solo mirarlo le levantaba el ánimo. Un anhelo raro y conmovedor la llenó. Luchando contra eso, lo estudió de la cabeza a los pies, y de vuelta. Le agradó lo que vio. Él era como una obra de arte maravillosa.

La sonrisa de Prometeo se desvaneció ante el examen profundo que estaba haciéndole y las mejillas se le pusieron coloradas.

—Tienes vergüenza —dijo ella, sorprendida.

—Sí, mi señora —le dijo con franqueza.

¿Cómo podía ser que, después de todo lo que había hecho con Primus, fuera tan sensible? Julia se sintió conmovida.

—Disculpa que me quede mirándote, Prometeo, pero es muy evidente que los dioses fueron buenos contigo. Belleza y buena salud. —Su sonrisa se volvió nostálgica—. Los dioses no fueron tan amables conmigo.

—¿No se puede hacer nada por usted, mi señora?

Su pregunta era un claro reconocimiento de su lamentable estado físico. No sabía si enojarse

por su imprudencia o agradecer no tener que mantener una fachada falsa. Negó ligeramente con la cabeza. La ira le quitaba fuerzas y le quedaban muy pocas.

—Lo he probado todo —dijo, asombrada de su propia franqueza. Extendió las manos y se encogió de hombros—. Como puedes ver, nada me ha hecho mucho bien.

En ese momento, Prometeo la miró abiertamente y la evaluó de una manera que a Julia le dieron ganas de llorar.

—¿Le dicen qué enfermedad tiene, mi señora?

—Uno dijo que era una especie de enfermedad debilitante. Otro dijo que era la maldición de Hera. Otro dijo que es la fiebre del Tíber que viene y va.

—Lo lamento, mi señora.

Ahí estaba otra vez. Él sentía lástima. ¡Por ella! ¡Qué patética debía ser para que hasta el esclavo más humilde le tuviera lástima! Helada, se puso de pie y se ciñó más el manto al cuerpo.

Caminó hacia el balcón, concentrándose en moverse con gracia y dignidad. Alguna vez Marcus dijo que ella caminaba como una reina. Se detuvo debajo del arco y se dio vuelta para mirarlo de frente. Levantó un poco el mentón y forzó una sonrisa fría y llena de interés femenino.

—Eres muy bello, Prometeo. Fornido. Fuerte. Muy varonil. Posiblemente podría encontrar un uso interesante para ti. —Sus palabras fueron calculadas para lastimarlo y vio que lo había logrado. Sus heridas debían estar muy en carne viva para que pudiera manejarlas tan fácilmente. ¿O se había vuelto tan experta en lastimar a los demás como Calabá y Primus? La idea la alteró mucho. Había esperado sentir que mantenía el control de la situación. En lugar de eso, se sentía avergonzada.

Suspiró suavemente.

—No te aflijas tanto —le dijo amablemente—. Solo quería ver tu reacción, Prometeo. Te aseguro que mi interés por los hombres se apagó hace mucho tiempo. Lo último que quiero o necesito en este momento es otro amante. —Torció la boca irónicamente.

Prometeo se quedó callado largo rato.

—Puedo servirla en otras capacidades que no sean...

—¿Por ejemplo? —lo interrumpió, cansada.

—Podría cargar su litera, mi señora.

—Si tuviera una litera.

—Podría ser un mensajero.

—Si hubiera alguien a quien quisiera escribirle una carta. —Negó con la cabeza—. No, Prometeo. Lo único que necesito ahora es *dinero* . Y lo único que pienso que podría hacer contigo es llevarte al mercado de esclavos y hacerte subastar. En esta ciudad hay un sinnúmero de hombres como Primus que pagarían sumas generosas por un joven con el entrenamiento que recibiste tú.

Su silencio era como un grito angustiado en el cuarto. Julia lo sentía. Lo veía, también. Él tenía los ojos húmedos. No hablaba, pero ella sabía que él quería suplicar. Sin embargo, se quedó callado, con un dominio propio inflexible. Oh, cómo debía estar deseando no haber vuelto jamás.

Algo que había estado mucho tiempo olvidado se despertó en ella. La compasión aleteó suavemente dentro de Julia. Sintió la angustia de Prometeo y, durante el instante más breve, la compartió. Él quería escapar nuevamente, ¿y quién, ella menos que nadie, podía echarle la culpa?

—No es un destino que te agradaría, ¿verdad? —dijo ella con mucha tranquilidad.

—No, mi señora —dijo él con voz temblorosa.

—¿Preferirías que te vendiera al editor de los juegos? Ellos podrían convertirte en un gladiador.

Parecía derrotado.

—No lucharé.

—Estoy segura de que puedes luchar. Parece que tienes la fuerza suficiente. Ellos te entrenarían antes de enviarte a la arena. Tendrías una oportunidad de sobrevivir.

—No dije que no pueda pelear, mi señora. Dije que no lo haré.

—¿Por qué no?

—Porque va en contra de mis creencias religiosas .

Julia se puso tensa; los recuerdos tortuosos de Hadasa volvieron a perseguirla. ¿Por qué ahora? Apretó las manos.

—¡Pelearías si tu vida dependiera de eso!

—No, mi señora. No lo haría.

Lo miró de nuevo, detenidamente, y, de pronto, entendió. Él era exactamente como Hadasa.

—¿Los dioses te mandaron aquí para atormentarme? —La cabeza empezó a palpitarle de nuevo. El dolor le hizo borrosa la vista. Se le escapó un gemido suave—. Ayyy... —Se apretó las sienes con las manos—. ¿Por qué vienes ahora a mí? —No podía pensar en nada más que en el martilleo que tenía en la cabeza. Sintiéndose débil y luchando contra sus náuseas, caminó tropezando por la habitación y se desplomó en la cama—. ¿Por qué viniste?

—Para servirla.

—¿Cómo puedes servirme? —dijo con un sarcasmo hiriente.

—La serviré como usted lo necesite, mi señora.

—¿Puedes curarme de este mal? —gimió, burlándose amargamente.

—No, pero escuché de un médico en la ciudad...

Ella apretó las manos hasta que los puños se le pusieron blancos.

—He visto demasiados médicos... ¡Me tienen harta! ¡Fui a todos los templos que hay! Me postré ante una docena de ídolos y les supliqué misericordia. Me empobrecí de tanto comprarles ofrendas votivas a los comerciantes usureros. ¿De qué me sirvió? ¡De qué, te pregunto! *¡¿De qué me sirvió?!*

Él se acercó y le habló suavemente.

—Este médico del que me hablaron tiene una asistente que ha hecho milagros.

Julia se rió cínicamente y levantó la vista hacia él.

—¿Cuánto cuesta un milagro en estos días? —Sus labios se arquearon con amargura—. Mira a tu alrededor, Prometeo. ¿Queda algo aquí que tenga realmente algún valor? —Ella misma miró alrededor de la habitación vacía, avergonzada—. Lo único que me queda es esta villa y está cargada de deudas. —Mientras le revelaba la información, se preguntó por qué estaba confesándole su total humillación a un esclavo.

—¿Cuánto vale la vida para usted, mi señora?

Su ira se esfumó al escuchar esa pregunta y se llenó de miedo. Lo miró con una gran tristeza.

—No lo sé. No sé si mi vida vale algo siquiera. A nadie le importa lo que me pasa. Ni siquiera sé si a mí me importa todavía.

Prometeo se arrodilló ante ella y tomó una de sus frías manos .

—A mí me importa —le dijo muy suavemente.

Se quedó mirándolo, asombrada. Quería aferrarse desesperadamente a la esperanza que él estaba ofreciéndole y, por un breve instante, estuvo a punto de hacerlo. Entonces, tuvo miedo de creerle. Después de todo, ¿por qué debería importarle? Ella nunca había sido buena con él. De

hecho, siempre lo había tratado con desprecio y disgusto. No tenía sentido que ahora él se preocupara por ella. ¿Y si todo esto era una trampa terrible...? Sintió que el miedo la carcomía.

Del miedo nació la ira.

¡Oh, ella sabía por qué le importaba! Casi podía escuchar la voz de Calabá resonando en su mente, recordándole cómo eran las cosas realmente. «Es obvio que le *importas* —diría ella—. Está preocupado por su propio pellejo». El eco de la risa oscura y burlona de Calabá resonó en sus oídos.

Julia retiró su mano.

—Qué conmovedor —dijo con fragilidad, mirándolo fijamente. Se levantó temblorosa y se apartó con la cabeza en alto, el corazón corriendo a toda velocidad mientras dejaba que la ira gobernara sus pensamientos. Pero no tenía fuerzas para sostener su enojo, que, rápidamente, dio paso a la desesperación y luego a la autocompasión.

—No vayas a pensar que te creo. Ni por un minuto —dijo, dándole la espalda—. A nadie le importo —lloriqueó con labios temblorosos—. Tú eres como el resto. Sonríes y finges, cuando en realidad me odias y desearías que estuviera muerta. Cada vez que Dídima entra en este cuarto, puedo ver esa mirada en sus ojos. Yo sé lo que está pensando. Ella bailará sobre mi tumba. —¡Tal vez haría que la mataran antes de que llegara ese día!

Julia se dio vuelta y vio que él se había puesto de pie nuevamente. Su expresión seguía siendo solemne, pero desprovista de miedo. Lo miró durante un largo rato, curiosamente reconfortada por su calma. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había sentido así?

—Te conservaré —dijo finalmente y, mientras lo hacía, se preguntó por qué estaba haciendo eso. ¿Qué iba a hacer con él? ¿De qué le serviría?

Un destello de alivio iluminó su rostro.

—Gracias, mi señora.

—Tendré que pensar en tus tareas. Pero no en este momento. —Temblaba débilmente. El sudor le cubría la frente y se sentía enferma. Levantó la mano—. Ayúdame a llegar a la cama.

Él lo hizo, levantando sus pies suavemente y poniéndolos encima de la cama .

—Tengo mucho frío —dijo ella, tiritando—. Parece que ya no puedo entrar en calor.

Prometeo la cubrió con una manta. Sin que ella le dijera qué hacer, tomó un paño seco y secó suavemente las gotas de transpiración en su frente.

—Le pondré más leña al brasero, mi señora.

—No queda nada de leña. —Ella evitó mirarlo, avergonzada de su pobreza. Qué bajo había caído desde la primera vez que la vio.

Prometeo le puso otra manta.

Julia tironeó de ella.

—¿Crees que podrías encontrar a ese médico del que me hablaste?

—Sí, mi señora. Él se ha hecho muy famoso en la ciudad. No debería ser muy difícil encontrarlo.

—Entonces, ve y pregúntale qué dice. —Ella lo vio caminar dando pasos largos hacia la puerta abierta—. No vuelvas si no logras hablar con él. Tengo miedo de lo que podría hacerte. ¿Entiendes?

—Sí, mi señora.

Vio que la entendía.

—Puedes irte, y que los dioses te acompañen. —Él salió. Ella se echó hacia atrás, abatida.

Quizás Prometeo tendría más suerte con los dioses que ella.

24

Alejandro se hundió en los mullidos cojines de su nuevo sillón y dejó escapar su aliento en un largo y prolongado suspiro de agotamiento.

—Si viene alguien más, Rashid, despídelo.

—¿Dónde está Rafa?

—Está anotando los tratamientos en el registro. Pronto terminará.

—¿Quiere comer ahora, o la esperará?

Alejandro abrió un ojo y lo miró, divertido.

—La esperaré.

—Muy bien, mi señor.

Su boca esbozó una sonrisa ligera mientras volvía a cerrar el ojo, tratando de dormitar hasta que Hadasa viniera.

Entró un sirviente.

—Mi señor, abajo hay un joven que pide hablar con usted.

Alejandro se quejó.

—¿No leyó el cartel? No atenderé pacientes hasta mañana en la mañana.

—No sabe leer, mi señor.

—Entonces, léeselo tú.

—Lo hice, mi señor.

—Dile que vuelva mañana.

Rafa entró en la sala y él se enderezó. Por como rengueaba al caminar, él sabía cuán cansada estaba. Se hundió en el sillón que estaba frente al de él y dejó el bastón a un costado. Sus hombros se desplomaron y se masajeó la pierna lisiada.

—Le diré a Andrónico que están listos para cenar —dijo Rashid y salió de la sala.

Alejandro se levantó.

—Me muero por ver qué preparó Andrónico esta noche —dijo, sonriéndole a ella—. El hombre es un genio en la cocina y yo me muero de hambre. Espera. Déjame ayudarte. —Le pasó un brazo por la espalda y ella jadeó de dolor al reclinarse—. Otra vez te extra limitaste. —Le agarró la pierna herida y la enderezó con cuidado. Ella contuvo la respiración de nuevo—. Estar sentada durante largos períodos de tiempo te acalambra los músculos. —Empezó a masajearle la pierna con suavidad.

—Necesitaba terminar de hacer las anotaciones.

—Contrataremos a un escriba para que lo haga. —Presionó los pulgares hacia abajo y vio que los dedos de ella se ponían blancos sobre el cojín—. Necesitas un buen baño en el calidarium.

—Mañana, quizás.

—Esta noche —dijo él con firmeza—. Tan pronto como terminemos de comer.

Rashid entró con una gran bandeja de plata, sobre la que había dos suculentas perdices decoradas ingeniosamente en un nido de frutas y verduras cortadas. El aroma le provocó a Alejandro un retortijón de hambre en el estómago y se le hizo agua la boca.

Rafa dio las gracias en silencio y se levantó los velos. La perdiz estaba asada a la perfección, de manera que pudo quitarle fácilmente una pierna. Estaba deliciosa. Se había empeñado tanto en su trabajo, que no se había dado cuenta del hambre que tenía. Mientras comía, observaba

divertida a Alejandro. Era obvio que él estaba disfrutando la comida.

Alejandro terminó una pierna de la perdiz y retiró la otra.

—Clemencia te dejó otro morral con monedas esta tarde —dijo, arrancando la carne del hueso con sus dientes.

Hadasa levantó la mirada, consternada.

—Le dije que no hiciera eso.

Alejandro tragó la carne y meneó la pierna de la perdiz delante de ella.

—No pongas peros, como de costumbre. Ella se siente agradecida contigo. Darte un regalo la hace feliz. ¿Qué tiene de malo? Orestes hizo lo mismo. —Mordió otro bocado.

Ella frunció el ceño y tomó otro bocado de la perdiz. Se sentía inquieta. No había rechazado el obsequio de Orestes porque, en ese momento, sabía que necesitaban el dinero. Ahora, distanciada por la abrumadora cantidad de pacientes y de trabajo, tenía poco tiempo para encontrar a los necesitados, y había un exceso de monedas de oro apilándose en su caja de dinero.

Alejandro vio que estaba afligida. No debería haberle contado lo de Clemencia. No hasta que terminara de comer. Él sabía que los regalos caros y los morrales de dinero la molestaban y sabía por qué. Él creía que sus motivos eran ridículos.

«Su gratitud le pertenece a Dios», solía decir Hadasa, pero él no veía nada malo en que ella recibiera una recompensa.

Una semana atrás había entrado en la antesala y un hombre se había postrado delante de ella. Alejandro nunca antes la había visto enojada .

—¡Levántese! —gritó Hadasa, y el hombre se paró de un salto, asustado.

—Rafa —dijo Alejandro amablemente, tratando de interceder, pero ella se volvió contra él también.

—¿Acaso soy un dios para que él se postre a mis pies?

Fue rengueando hacia el hombre, que se apartó de ella con el rostro pálido por el miedo. Hadasa estiró el brazo.

—Tóqueme —dijo. El hombre levantó la mano, pero era evidente que no se atrevía a hacer lo que le había dicho. Ella levantó su mano firmemente, la puso sobre su brazo y apoyó su propia mano sobre la de él—. Carne y sangre. Nunca, jamás vuelva a postrarse delante de mí. ¿Entiende? —El hombre asintió, pero cuando ella se alejó, Alejandro vio su expresión.

Había visto la misma mirada en los ojos de otras personas, también. El hombre la veneraba.

—Piensa en el dinero como un honorario —le dijo ahora, tratando de tranquilizar su preocupación.

—Tú sabes muy bien que Clemencia ya pagó el honorario que le pediste. Que le lleve su ofrenda a Dios.

—Estás exagerando —dijo él y de inmediato fue interrumpido por el sirviente, que volvió a entrar—. ¿Ahora qué?

—El hombre dijo que esperará, mi señor.

La boca de Alejandro se puso tensa. La lluvia golpeaba sobre las tejas del techo.

—Que así sea —dijo, decidido a disfrutar su comida.

—¿Quién esperará? —dijo Hadasa.

—Alguien que quiere hablar conmigo.

—Está lloviendo.

—Le dije que vuelva mañana. Si él insiste en esperar, ¡tendrá que mojarse!

—¿Quién es?

—No lo sé. —Arrojó una pierna de perdiz a la bandeja, molesto.

—¿Está enfermo? —le dijo ella al sirviente.

—No, mi señora. Él parece muy saludable.

—¿Parece descompuesto?

—No, mi señora. Está muy tranquilo. Cuando le dije que tendría que esperar hasta mañana, me agradeció y se sentó junto a la pared.

Irritado, Alejandro partió a la mitad su perdiz. ¿Por qué la gente no podía entender que los médicos necesitaban descansar al igual que cualquier otro ser humano? Podía sentir que Hadasa lo miraba, suplicándole en silencio.

—Obviamente, no es urgente —balbuceó.

Ella siguió mirándolo.

—Es una lluvia tibia, Rafa .

Era sorprendente cómo el silencio podía decir mucho.

—¡Muy bien! —dijo, resignado. Le hizo un leve gesto con la mano al sirviente—. Invita a pasar al desdichado y que se seque en la antecámara.

—Sí, mi señor. ¿Hablará con él esta noche?

—No. Estoy muy cansado. —Vio que Hadasa comenzaba a levantarse—. ¡Ni lo pienses! —dijo en un tono que eliminó la posibilidad de discutirlo.

Rashid se acercó al sillón de ella. Hadasa levantó la vista hacia él y volvió a mirar a Alejandro con una sonrisa triste.

—Hoy no harás nada más que terminar de comer esa ave e ir a los baños.

Ella vio que él hablaba en serio y se reclinó nuevamente.

—El hombre puede esperar —le dijo Alejandro y, entonces, volvió a mirar al sirviente—. Si el brasero todavía está encendido, agrégale más leña. Y dale una túnica seca.

—Sí, mi señor.

Miró a Hadasa.

—¿Satisfecha?

Ella le sonrió.

—Podría tener hambre. —Partió su perdiz a la mitad y le dio una parte al sirviente—. Y necesitará una colchoneta, ya que debe esperar toda la noche.

Alejandro asintió.

—Que se haga lo que ella dice.

Prometeo se sorprendió cuando el sirviente le abrió la puerta y le dijo que podía entrar y esperar. Había un fuego preparado y le dieron una toalla y una túnica seca. El sirviente se fue y volvió poco después con una bandeja, en la cual había media perdiz asada, pan y una jarra de vino fino. Un hombre enorme de piel oscura le dio una colchoneta.

—El doctor te verá en la mañana —le dijo—. Puedes dormir aquí.

Dándole gracias a Dios, Prometeo disfrutó maravillado la deliciosa comida. Abrigado por el fuego del brasero y por el buen vino, se extendió en la colchoneta. Durmió cómodamente toda la noche.

Por la mañana, el gran sirio lo sacudió ligeramente para despertarlo.

—Levántate. El médico hablará contigo ahora.

Prometeo lo siguió escaleras arriba y caminaron por el pasillo hasta la biblioteca. Un hombre joven estaba parado detrás de una mesa de escritura, leyendo un pergamino. Levantó la vista cuando Prometeo entró detrás del sirviente .

—Gracias, Rashid —dijo el hombre, y el sirio se fue—. ¿De qué quería hablarme?

Prometeo se sorprendió de estar hablando con un médico tan joven. Había esperado a alguien mayor, con una larga experiencia.

—He venido a suplicarle en nombre de mi ama. Ella está gravemente enferma, mi señor.

—Hay muchos médicos en la ciudad. ¿Por qué viene a verme?

—Ha visto a muchos médicos, mi señor. Ha visitado a sacerdotes. Ha hecho ofrendas votivas a numerosos dioses. Su criada me contó que pasó una noche en el abaton.

Alejandro sintió curiosidad.

—¿Cómo se manifiesta su enfermedad?

Prometeo le dijo todo lo que había observado.

—¿Puede llegar aquí?

—Tendría que cargarla, mi señor, y, aunque no pesa mucho, es una distancia larga.

Alejandro frunció el ceño.

—Muy bien —dijo—. Hoy tengo pacientes que examinar, pero me haré el tiempo para ir a examinarla esta noche. ¿Dónde vive?

Prometeo se lo dijo.

Alejandro arqueó las cejas.

—No es exactamente el barrio de los pobres —dijo secamente, preguntándose por qué ella no podía conseguir una litera que la trajera.

—La enfermedad la ha empobrecido, mi señor.

—Ah —dijo él y asintió. El joven se dio vuelta para irse—. Un momento —dijo Alejandro—. Asegúrese de que ella entienda que yo no hago promesas. Si puedo ayudarla, lo haré. Si no puedo, su destino quedará en manos de los dioses.

—Entiendo, mi señor.

—Espero poder ayudarla.

—Gracias, mi señor —dijo Prometeo—. Que Dios lo bendiga por su bondad.

Alejandro levantó las cejas. Volvió a mirar al esclavo mientras se iba de la sala.

Hadasa entró. Hizo una pausa en la entrada, mirando al joven que se alejaba.

—¿Quién era?

Alejandro levantó la vista.

—Es el joven que quiso hablar conmigo anoche. ¿Recuerdas? —Le dirigió una sonrisa irónica—. Al que le mandaste la mitad de tu perdiz.

—Sí, mi señor, pero ¿cómo se llamaba? —Aunque no lo había visto bien, le resultaba conocido .

Él se encogió de hombros y volvió a prestarle atención al pergamino.

—No le pregunté su nombre.

Más tarde esa noche, Alejandro tendría un fuerte motivo para desear haberlo hecho.

25

Marcus escuchó un golpe en la puerta. Ignorándolo, se quedó acostado en la esterilla y miró fijamente el techo con vigas. La luz del sol se filtraba por varias grietas. La casa ya estaba deteriorada. Unos pocos años más de soportar la lluvia y el clima, y el techo empezaría a derrumbarse. ¿Cuántos años pasarían antes de que el viento y las tormentas la destruyeran completamente?

El golpe sonó de nuevo, más fuerte esta vez, insistente.

Irritado, Marcus se puso de pie. Cruzó el cuarto oscuro con sus polvorientas líneas de luz. Tal vez el intruso tendría la prudencia de irse antes de que él llegara a la puerta. La abrió y encontró a la anciana con la que había hablado en el mercado. Estaba apoyada pesadamente sobre su bastón.

—Así que —dijo ella— todavía está aquí.

—Así parece —dijo él monótonamente—. ¿Qué quiere?

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Por qué se instaló en la casa de los muertos?

Él se encogió de dolor, como si lo hubiera golpeado en la cara. Había venido para sentirse más cerca de Hadasa, no para que le recordaran que estaba muerta. Su mano se puso blanca sobre la puerta.

—¿Por qué me molesta, anciana? —dijo, fulminándola con la mirada.

—Esta casa no le pertenece.

¿Quién más que una vieja próxima a morir se atrevería a retar a un romano por tomar posesión de una casa abandonada? Su boca se curvó en una sonrisa dura.

—¿Ha venido a tratar de echarme?

Apoyó sus dos manos en el bastón y lo puso delante de ella.

—Vine a averiguar por qué está aquí.

Marcus se quedó callado, molesto.

Ella le devolvió la mirada.

—¿Qué espera encontrar en este lugar, romano?

—Soledad —dijo él y le cerró la puerta de un golpe.

Ella volvió a llamar con tres golpes fuertes.

—¡Lárguese! —le gritó a la puerta cerrada y se sentó a la mesa. Se pasó los dedos por el cabello y se sostuvo la cabeza entre las manos. Ella golpeó de nuevo, otra vez tres toques fuertes. Marcus maldijo en voz baja.

— *¡Lárguese!*

Ella habló a través de la puerta cerrada.

—Esta no es su casa.

Marcus apretó la mandíbula; el corazón le latía con golpes fuertes y furiosos.

—¡Dígame el nombre del dueño y la compraré! —Pasó un largo rato y soltó la respiración, pensando que se había dado por vencida y se había ido.

Toc. Toc. Toc.

Marcus golpeó el puño contra la mesa y se levantó. Abrió de un tirón la puerta y la miró furioso nuevamente.

—¿Qué quiere, anciana? Dígamelo, y después déjeme en paz.

—¿Por qué está aquí? —dijo ella con obstinada paciencia.

—Eso es asunto *mío* .

—Esta es *mi* aldea. Nací aquí hace ochenta y siete años. Y esta casa le pertenecía a un hombre que conocí y respeté. —Lo miró a los ojos—. A usted no lo conozco.

Marcus estaba pasmado por la audacia de la mujer.

—¡Este *país* miserable le pertenece a Roma! Yo puedo tomar lo que quiera, y quiero esta casa. —Mientras hablaba, escuchó la arrogancia que resonaba en cada una de las palabras que salían de sus labios. Sus ojos dejaron de mirarla—. Solo váyase —dijo con voz ronca y empezó a cerrar la puerta.

Ella levantó su bastón y golpeó la puerta con la punta.

—No me iré hasta tener una respuesta que me satisfaga. ¿Por qué está aquí?

Agotado, Marcus la miró largo rato, tratando de pensar una respuesta que la satisficiera y, así, despacharla. No se le ocurrió ninguna. ¿Cómo podría hacerlo? Ni siquiera estaba seguro de por qué estaba aquí. El vacío de la casa le aplastaba el espíritu.

—No lo sé —dijo él desoladamente—. ¿Está satisfecha? —Se dio vuelta y volvió a entrar en la casa. Al escuchar que el bastón raspaba, se dio vuelta y vio que lo había seguido al interior—. No la invité a pasar —le dijo con frialdad.

—El mismo que lo invitó a usted, me invitó a mí —dijo ella con irritación y se plantó a varios metros del lado de adentro de la puerta.

Suspirando pesadamente, él se pasó la mano por el cabello y se dejó caer a la mesa otra vez. No dijo nada más. La mujer se quedó callada por tanto tiempo que Marcus levantó la vista. Ella estaba mirando lentamente alrededor de la sala .

—No había entrado a esta casa desde que se fueron —dijo y levantó la vista hacia la luz que se filtraba por el techo. Sacudió la cabeza con tristeza—. Ananías habría reparado esas roturas. —Miró a Marcus otra vez y esperó.

Marcus enfrentó su mirada inmutable con un silencio obstinado.

—Ya sé la respuesta a mi pregunta —finalmente dijo la anciana—. Usted está aquí por Hadasa. ¿Qué le sucedió?

—Si se lo digo, ¿se irá? —dijo él secamente.

—Puede ser.

—La mataron. En una arena efesia.

La anciana se acercó.

—¿Por qué la muerte de una judía más le importaría tanto a un romano?

Los ojos de Marcus relampaguearon.

—Era una sierva de la casa de mi padre.

—¿Y solo por ese motivo viajó tantos kilómetros para ver dónde vivía? —Ella sonrió.

Sin poder soportar el escrutinio de su mirada, Marcus se levantó y caminó hasta la ventana. Suspiró y se quedó observando el cielo caluroso y azul.

—Es un asunto privado, anciana.

—No tan privado como para que todo el pueblo no lo sepa.

Él se dio vuelta.

—¿Qué es lo que saben?

—Que un romano vino en busca del hogar de Hadasa. Y que, ahora que lo encontró, se encerró ahí como alguien se encerraría en una tumba.

Se puso rígido y la miró enojado.

—¿A quién le importan mis motivos? Que se encarguen de sus propios asuntos, y yo de los míos.

—Se me cansan las piernas. Pídame que me siente.

—¡Prefiero pedirle que se vaya!

Suspirando con cansancio, ella se apoyó más fuerte sobre el bastón.

—Supongo que deberé padecer su falta de hospitalidad.

La única respuesta de Marcus fue un bufido grosero.

—Desde luego, sería mucho pedir esperar el más mínimo acto de amabilidad de un romano.

—¡Ah, está bien! ¡Siéntese! Y, después de descansar, *váyase* .

—Gracias —le dijo, y un destello de humor iluminó su expresión—. ¿Cómo puedo resistirme a una invitación tan amable? —Se sentó lentamente en el banquillo. Estuvo callada por largo rato, estudiándolo. Él se sintió incómodo.

—¿Este es su Jerusalén, romano ?

—¿Qué quiere decir?

—¿Es Naín su ciudad santa? ¿Está aquí en un peregrinaje en honor a una esclava que amó?

La pregunta derritió su enojo y despertó de nuevo su dolor. Se sentó pesadamente en el banquillo que estaba debajo de la ventana. Luchando contra las emociones que surgían en su interior, se reclinó contra la pared.

—¿Por qué no me deja en paz, anciana?

—¿Qué paz encontrará aquí, en esta casa? ¿La paz de la muerte?

Él cerró los ojos.

—Váyase.

Ella se quedó, arraigada al banquillo.

—¿Cuánto hace que no come?

Él rió con tristeza.

—No recuerdo.

Ella se levantó con dificultad.

—Acompáñeme. Le daré algo de comer.

—No tengo hambre.

—Yo sí. Acompáñeme y hablaremos de por qué está aquí.

—Una propuesta amable que lamento rechazar.

—Usted lamenta mucho, ¿verdad? —Sus ojos oscuros lo atravesaron—. ¿Fue a causa suya que Hadasa murió?

Marcus se levantó.

—Usted presiona demasiado.

Ella se apoyó sobre el bastón y lo miró con gravedad.

—¿Qué va a hacer? ¿Echar a la calle a una pobre anciana lisiada? —Al ver su mirada consternada, sonrió ligeramente—. Soy demasiado vieja para tenerle miedo a algo. —Golpeteó suavemente el bastón y Marcus se acordó del pastorcito de las colinas—. Venga conmigo, romano, y le contaré todo lo que recuerdo de Hadasa.

Era un comentario calculado y él lo sabía.

—¿Qué tan bien la conocía?

Caminó penosamente hacia la puerta y se detuvo allí, con el sol a sus espaldas para que él no viera su expresión.

—La conocí desde el momento que nació hasta el día que se fue con su familia a Jerusalén para la Pascua. —Salió a la luz del sol.

Marcus la siguió a la calle y acompasó su andar al de ella. Unas pocas puertas más adelante, ella entró en otra casa muy parecida a la que acababan de dejar. Él se quedó parado en la entrada y se asomó para ver el interior. Todo estaba limpio y ordenado.

—Entre —dijo ella.

—Su casa se contaminará si entro.

Ella se rió sorprendida.

—Conoce un poco nuestra ley .

—Lo suficiente —dijo él en tono sombrío.

—Si nuestro Señor comió con recaudadores de impuestos y prostitutas, supongo que yo puedo comer con un romano. —Le señaló un banquillo—. Siéntese ahí.

Marcus entró y se sentó. Al oler el aroma de la comida que se cocinaba, su estómago gruñó. La mujer le acercó un pequeño cuenco de dátiles.

—Sírvase todos los que quiera.

Él apretó la boca, observándola. Ella había planeado todo esto con anticipación.

Encorvándose ante las brasas encendidas, sirvió con un cucharón el guiso espeso en un recipiente de madera y lo puso delante de él. Sirvió otra porción más pequeña para ella y se sentó frente a él. Le acercó una canasta y destapó el pan sin levadura que contenía.

—Dijo que me hablaría de Hadasa.

—Primero, coma.

Con un gesto adusto, Marcus partió el pan y mojó un pedazo en el guiso. Después de probar el primer bocado, sucumbió a su hambre. Ella sirvió vino en un vaso de arcilla y lo puso frente a él. Cuando su cuenco estuvo vacío, ella volvió a llenarlo, luego se sentó y lo observó comer.

—¿Estaba ayunando o se estaba dejando morir de hambre?

—Ninguno de los dos.

Ella terminó de comer su pequeña porción. Al notar el cuenco vacío de él, levantó un poco las cejas.

—¿Más? Tengo bastante.

Él negó con la cabeza y después se rió sombríamente de sí mismo.

—Gracias —dijo con sencillez.

La anciana apiló los dos cuencos y los puso a un costado. Se levantó con dificultad, cruzó la habitación y emitió un gemido suave de alivio cuando se sentó sobre unos cojines raídos.

—Mi nombre es Débora. —Lo miró y esperó.

—Marcus Luciano Valeriano.

—El hermano mayor de Hadasa se llamaba Mateo. Ananías comenzó su aprendizaje como alfarero cuando era muy joven, pero decía que Mateo tenía un gran talento. Ananías se consideraba un simple alfarero. Mateo era un artista. —Hizo una seña hacia un estante empotrado en el grueso muro de arcilla—. Él hizo esa urna cuando tenía doce años.

Marcus miró hacia arriba y vio que la pieza del muchacho rivalizaba con las que había visto en Roma.

—Mateo tenía quince años cuando se fueron a Jerusalén.

Marcus estudió la urna con una sensación de tristeza. Si había demostrado ser tan prometedor a los doce años, ¿qué podría haber logrado, si hubiera vivido?

—Qué pena que haya muerto tan joven.

—Una pena para nosotros. Una bendición para él.

Marcus le lanzó una mirada sombría.

—¿Dice que la muerte es una bendición?

—Mateo está con el Señor, como lo están su madre, su padre y sus hermanas.

Una flecha rápida de dolor le dio en el corazón.

—¿Le parecería una bendición si le dijera que Hadasa fue despedazada por los leones? ¿Diría que es una bendición si le contara que la gente *vitoreaba* mientras ella moría? —Su propia hermana, entre ellos.

—Usted está muy enojado, Marcus Luciano Valeriano. ¿Qué hay en el fondo de todo esto?

Él rechinó los dientes.

—Vine aquí a escuchar sobre Hadasa, no para hablar de mí mismo.

Ella cruzó las manos sobre su regazo y lo contempló enigmáticamente.

—Hay poco para decir. Hadasa era una niña tranquila que hacía lo que se le pedía. No tenía nada extraordinario. Era tímida. Cada vez que Ananías llevaba a su familia a Jerusalén, se notaba que la niña estaba aterrada. Su fe no era muy firme.

—¿No era firme? —Lanzó una risa áspera e incrédula.

Ella lo estudió.

—No, según lo que recuerdo de ella. —Como Marcus no le dio ninguna explicación, se encogió de hombros—. Hadasa habría sido feliz con quedarse en esta aldea toda su vida, casarse, tener hijos y nunca aventurarse más allá de las costas del mar de Galilea, que le encantaba. Estaba cómoda en la seguridad de la familia, de los amigos y de las cosas que conocía.

—Y su dios le arrancó todo eso.

—Así parecería.

Marcus apoyó suavemente sus dos manos sobre el vaso de arcilla frente a él.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—Niñas y niños de su propia edad. No podrá hablar con ninguno de ellos.

—¿Por qué no? ¿Porque soy un gentil?

—Porque su familia no fue la única que no volvió de Jerusalén. Hay muchas casas vacías en nuestra aldea.

Marcus se estremeció. Se sintió avergonzado. Avergonzado de los modales que había tenido con la anciana. Avergonzado de ser romano. Se levantó y caminó hasta la puerta abierta. Miró hacia afuera, a la calle de tierra. Un viento suave revolvía el polvo. Una mujer caminaba por la calle haciendo equilibrio con el gran jarrón que llevaba en la cabeza, mientras sus hijos saltaban a su costado. Un hombre estaba sentado fuera de su casa, con la espalda contra la pared.

—¿Cómo era Hadasa cuando la conoció usted? —le preguntó la anciana, detrás de él.

Levantó los ojos hacia el cielo despejado.

—La primera vez que la vi, pensé que era así como dijo usted: ordinaria. Medio muerta de hambre. Le habían afeitado la cabeza. Recién estaba volviendo a crecerle el pelo. Tenía los ojos marrones más grandes que había visto en mi vida.

Se volteó y miró a la anciana.

—Me tenía miedo. Temblaba cada vez que me acercaba a ella. Al principio. Después, me dijo cosas que nadie más se hubiera atrevido a decirme. —Recordó cómo se había acercado a él en los jardines de Claudio y le había suplicado por la vida de los esclavos. Y cómo, al mismo tiempo, había suplicado por él.

«Por favor, Marcus, se lo suplico. No cargue con la sangre de un inocente sobre su cabeza».

Cerró los ojos.

—La buscaba y la encontraba en el jardín por la noche. Arrodillada. A veces, postrada sobre su rostro. —Volvió a abrir los ojos con el rostro tirante—. Siempre orando a su dios invisible. A su *Cristo* .

Lo dijo como un insulto.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Después, aun durante el día, yo sabía que estaba orando solo por la expresión que tenía. Mientras trabajaba. Mientras servía. —Sacudió la cabeza—. Usted dijo que ella tenía poca fe, pero le aseguro que nunca conocí a nadie que tuviera una fe más tenaz que la suya. Ninguna lógica la disuadía. Ni siquiera la amenaza de la muerte. Ni la muerte misma.

Lágrimas brotaron de los ojos de la anciana, pero estaba sonriendo.

—El Señor la refinó.

Sus palabras despertaron la ira más profunda en Marcus.

—¿Refinarla para qué? ¿Para que fuera un sacrificio digno?

Débora lo miró.

—Para Su buen propósito.

—¿El buen propósito? ¿Qué bien resultó de su muerte? En la antigüedad, su dios se conformaba con la sangre de los corderos. —Su risa fue dura y triste—. ¿Quiere saber por qué murió Hadasa? Porque su hijo no se conforma con los antiguos sacrificios. ¡Él quiere la sangre de sus creyentes!

Débora levantó ligeramente la mano.

—Siéntese, Marcus. Quédese callado y escuche.

Él se sentó en el banquillo y apoyó la cabeza en sus manos.

—Nada de lo que pueda decir hará una diferencia. —Pero el hambre del alma que había dentro de Marcus debilitó su decisión de escudarse en su ira. Se sentía cansado, espiritualmente agotado.

Débora le habló con dulzura, como si fuera un niño.

—Si un centurión le ordenara a un legionario que saliera a la batalla, ¿él no iría?

—Hadasa no era una soldado.

—¿No? Los romanos arman ejércitos para tomar territorios y capturar pueblos, para expandir las fronteras del Imperio a los rincones más lejanos del mundo conocido. Pero Hadasa era una soldado de otra clase de ejército, uno que pelea una batalla espiritual para liberar el corazón del ser humano. Y en esa guerra, prevalece la voluntad de Dios.

—Ella perdió su batalla —dijo él con voz ronca, viendo con los ojos de su mente a Julia regodeándose mientras Hadasa se enfrentaba a la muerte.

—Usted está aquí.

Las palabras que Débora dijo suavemente lo golpearon con fuerza. Marcus empujó hacia atrás el banquillo y se puso de pie.

—¿Tiene más sabiduría para impartir?

La anciana Débora lo miró apaciblemente y no dijo más.

Marcus volvió a la casa abandonada. Furioso, abrió la puerta de una patada y juró que nunca volvería a abrírsela a nadie.

26

Hadasa entró en silencio a la casa de Julia. Desde el momento que Alejandro la guió calle arriba, supo dónde estaba y a la villa de quién se dirigían. Reconoció el sentimiento que crecía en su estómago, pues la había acompañado durante mucho tiempo. *Miedo* . Sin embargo, sabía que la mano de Dios estaba en esto, y mientras Rashid la subía por las escaleras de mármol y Alejandro llamaba a la puerta, oró pidiendo saber qué querría Dios de ella cuando llegara el momento.

Una sirvienta joven abrió la puerta. Hadasa no la reconoció. La muchacha clavó sus ojos en Hadasa incluso mientras saludaba a Alejandro con serio respeto. La sirvienta retrocedió para permitirles entrar e hizo una reverencia mientras Rashid cargaba a Hadasa al vestíbulo.

Angustiada, le susurró a Rashid que la bajara. Él obedeció y extendió su brazo para que lo usara como soporte.

—Por aquí, mi señor —dijo la esclava, aturdida y sin siquiera atreverse a mirar otra vez a Hadasa. Caminó rápidamente hacia las escaleras.

Hadasa echó un vistazo al vestíbulo vacío. Recordó que en esta sala había habido dos ninfas de mármol, una a cada lado. Ahora, solo quedaban las palmeras en las macetas, y se estaban muriendo por falta de cuidado. Las paredes alguna vez habían estado cubiertas por tapices babilonios. Ahora estaban desnudas. Los pedestales de mármol que contenían jarrones corintios llenos de flores también habían desaparecido.

Apoyándose pesadamente en el brazo de Rashid, Hadasa rengueó hacia las escaleras. Cuando llegó a ellas, Rashid la levantó en sus brazos nuevamente.

—¿Qué pasa? —gruñó cerca de su oído mientras la subía por las escaleras.

—Nada —dijo ella, mirando hacia abajo al peristilo mientras subían. La fuente todavía funcionaba, pero alrededor tenía una gruesa capa de tierra que enturbiaba los murales de azulejos.

La muchacha golpeó suavemente la puerta de la recámara, y un hombre joven la abrió. Al ver su rostro, Hadasa lo reco noció de inmediato. Prometeo. Había sido su único amigo en esta casa.

—Mi señor —dijo Prometeo, saludándolo con un tono grave y, obviamente, aliviado y contento de ver a Alejandro. Hizo una reverencia—. Por favor, entren. —Retrocedió con el brazo extendido hacia el centro de la habitación—. La señora Julia está descansando. —Cuando Rashid pasó cargando a Hadasa, Prometeo la miró con una expresión de curiosidad, más que de asombro o reconocimiento.

El miedo de Hadasa desapareció desde el momento que vio a Julia acostada en la cama. Conmocionada por su aspecto, jadeó suavemente. Rashid se detuvo.

Prometeo pasó al lado de ellos y se acercó a la cama. Se agachó y tocó el hombro de Julia.

—Mi señora, vino el médico. —Ella se levantó. Sacó la mano y se la tendió, permitiéndole que la ayudara a incorporarse. Se echó hacia atrás los bucles húmedos que caían sobre su rostro pálido y miró al otro lado de la habitación con ojos borrosos. Se aferró al brazo de Prometeo y se levantó torpemente.

—¡Oh! —dijo Hadasa, atragantada—. Bájame, por favor.

En ese instante, Rashid supo que estaban en la guarida del león.

—Rashid —dijo ella.

La bajó al piso como le había pedido, pero la tomó del brazo con dedos firmes.

—No se acerque a ella.

Hadasa no lo escuchó. Solamente tenía ojos para Julia. Llevaba puesta una bata roja desteñida y el cabello en una corona trenzada. Cuando le tendió la mano a Alejandro con sus modales reales de siempre, la vio muy delgada y enferma. Él hizo una reverencia ante ella como lo haría ante una reina joven.

—Mi señora —dijo suavemente.

—¿Le gustaría un poco de vino?

—No, gracias, señora Julia.

—Menos mal. El que tengo para ofrecerle no es muy bueno —dijo Julia, y Hadasa supo que había estado bebiendo mucho. Julia giró la cabeza y la miró—. ¿Esta es la famosa Rafa? —Había un dejo de burla en su tono.

—Sí —dijo Alejandro. Vio que Hadasa estaba parada a una buena distancia de la cama y que Rashid sujetaba con firmeza su brazo, manteniendo a Hadasa junto a él. Frunció levemente el ceño y miró de reojo el rostro oscuro y firme del árabe. Lo invadió una alarma repentina por la expresión en la cara de Rashid. ¿Qué estaba pasando? Captó la mirada del árabe y levantó las cejas levemente. Rashid le devolvió una mirada feroz e hizo un gesto con los ojos entre la señora Julia y Rafa. Miró nuevamente a Alejandro e indicó con su cabeza en dirección a la puerta.

A Alejandro se le cayó el alma a los pies.

—Mi sirviente me habló de usted —dijo Julia, mirando a la mujer de los velos—. Se dice que puede hacer milagros.

Hadasa dio un paso hacia ella e hizo un gesto de dolor cuando los dedos de Rashid le apretaron el brazo.

—Los milagros solo se realizan para los que son considerados dignos —dijo él y Hadasa escuchó que su voz era más grave de lo que la había oído antes.

Julia sonrió crispadamente y miró a Prometeo.

—¿Qué te dije? —La vulnerabilidad que Hadasa había vislumbrado un instante atrás, ahora cambió por una frialdad implacable. Julia miró a Alejandro—. ¿Y cuánto me costará que la gran Rafa dispense su toque sanador sobre mi pobre cuerpo indigno?

De pronto, Alejandro sintió un arranque de profundo desagrado.

Hadasa soltó su brazo de la mano de Rashid y caminó rengueando hacia la cama.

—¡Rafa! ¡No! —dijo Alejandro, temeroso de que se quitara los velos como lo había hecho con Febe Valeriano. La mujer que estaba en esta cama era maligna.

Sin entender, Julia retrocedió y abrió grandes los ojos con miedo. Hadasa le tendió la mano. Julia pestañeó, mirando fijamente la mano. Levantó los ojos y miró a Hadasa inquisitivamente, tratando de ver qué había detrás de los velos. Empezó a estirar su mano, pero justo antes de que sus dedos rozaran los de Hadasa, la retiró bruscamente.

—No me ha dicho cuánto debo pagar —dijo altivamente y cerró la mano en un puño sobre su pecho.

—Su alma —dijo Rashid sombríamente, al mismo tiempo que Hadasa decía:

—Nada.

Julia miró a uno y a otra, confundida.

—¿Cuál es?

—Pensé que había pedido un médico —dijo Alejandro con un humor forzado. Se interpuso en el espacio entre Julia y Hadasa. Tomó suavemente del brazo a Julia y la volteó hacia la cama —. Permítame examinarla y ver cuál es el problema. Puede dejar que su sirviente esté presente, si lo desea.

—Me da igual —dijo Julia, que hacía mucho tiempo había perdido todo sentido de pudor.

Hadasa rengueó hacia la cama.

—Puedes irte, Prometeo .

Prometeo la miró bruscamente.

El rostro de Julia se puso pálido.

—¿Cómo supo cómo se llama?

—Rafa sabe muchas cosas —dijo Rashid—. Puede ver dentro del alma.

Hadasa se dio vuelta rápidamente.

—Tú también puedes salir, Rashid.

Él levantó un poco la cabeza, con los ojos oscuros fijos en Julia Valeriano.

—¿Por qué me mira así? —dijo Julia, con una voz levemente temblorosa—. Como si quisiera matarme.

—¡Vete! —dijo Hadasa.

La expresión de Rashid no cambió.

—Me iré, pero no estaré lejos.

Julia se estremeció mientras que el árabe se daba vuelta y salía de su habitación.

—Nunca lo había visto en mi vida, ¡y él me mira con tanto odio que casi puedo sentirlo!

—Es su imaginación, mi señora —dijo Prometeo para calmarla, pero él también se preguntó qué estaba pasando.

—Solo mantenlo fuera de aquí —dijo ella nerviosamente y luego les dedicó toda su atención a Alejandro y a Hadasa—. ¿Quiere que me quite la ropa?

—Todavía no. —Alejandro le hizo un gesto para que se sentara en la cama. Acercó un banquillo y se sentó. Empezó a hacerle preguntas sobre su enfermedad y la escuchó con tan minuciosa atención que ella se relajó y contó todos sus problemas, desde la deserción de Calabá a la traición de Primus. Pensó que su silencio denotaba que la comprendía y que inclinaba la cabeza por empatía.

Alejandro no sentía ninguna de las dos cosas.

—Y, después de todo eso, me quitó todo mi dinero antes de abandonarme. —Sorbió la nariz y se la refregó con el dorso de la mano.

Habló durante largo rato. Alejandro dejó que siguiera desahogándose, aunque ya sospechaba qué mal la aquejaba. Un breve examen físico bastaría para confirmar lo que pensaba. Se quedó sentado y la escuchó, preguntándose qué tipo de relación habían tenido Hadasa y esta joven increíblemente engreída. El resentimiento de la señora Julia aumentaba a medida que hablaba, pero, a la vez, surgía una clara noción de hasta dónde había llegado su propia inmoralidad.

Por fin, se cansó de hablar.

—¿Hay algo más que quiera saber ?

—Creo que me ha contado suficiente —dijo él en tono bajo—. Quítese la bata.

Julia lo hizo sin el mínimo reparo. De sus hombros echó hacia atrás la prenda roja desteñida. Con una leve sonrisa, observó el rostro de Alejandro para ver si descubría el mínimo atisbo de admiración. No lo hubo.

Alejandro la estudió de la cabeza a los pies, pero su rostro no demostraba más que un intenso interés clínico.

—Acuéstese, por favor.

La confianza que Julia tenía en sí misma se desvaneció. Hizo lo que le dijo, pareciendo incómoda.

—Antes yo tenía un cuerpo hermoso.

Hadasa se acercó a la cama.

El examen llevó mucho tiempo e hizo llorar a Julia por el dolor y la mortificación. Alejandro fue metódico y minucioso. No se asqueaba fácilmente, pero, una vez que quedó al descubierto el alcance de la enfermedad, tuvo que esforzarse para ocultar su repugnancia.

—Puede volver a cubrirse.

Ella lo hizo rápidamente, incapaz de mirarlo.

Alejandro se apartó de la cabecera y cruzó el cuarto hacia la palangana. Se lavó las manos cuidadosamente. Arrojó el agua en la maceta de una planta, llenó la palangana y se lavó otra vez.

Hadasa se acercó rengueando a Julia y le tocó el hombro. Ella se sobresaltó ligeramente y levantó la vista.

—Oh —dijo y suspiró aliviada—. Ahora seré sanada, ¿verdad?

—Dios es el único que puede sanar, mi señora.

—¿Dios? —Un destello de miedo le atravesó el rostro—. ¿Cuál dios?

Alejandro habló antes de que Hadasa pudiera hacerlo.

—¿A qué dios adora usted? —dijo secándose las manos rápidamente mientras volvía a la cama.

—Al que usted diga que adore. Le he sido fiel a Artemisa y a Asclepio. Y ofrendé a una docena de otros.

Alejandro puso su mano debajo del codo de Hadasa y la presionó lo suficiente para apartarla.

Julia miraba a uno y a otro, con el temor brillando en sus ojos.

—¿Sabe cuál es mi mal?

Alejandro dejó caer la tela húmeda sobre una mesa pequeña.

—Tiene una enfermedad venérea —le dijo sin rodeos—. De una clase muy agresiva que nunca antes había visto. —Sacudió la cabeza—. Quizás, si la hubiera visto antes...

—¿Antes? ¿Está diciéndome que no se puede hacer nada?

Él miró a Hadasa .

—Además de prescribirle ungüentos para calmar las erupciones que vayan saliendo, no. No puedo hacer nada.

Julia pestañeó y su rostro se puso pálido.

—Lo lamento —dijo él. Las palabras sonaron monótonas, sin emoción.

—¡No parece lamentarlo para nada! —Julia lo miró fijamente por un momento y luego su rostro se convulsionó—. ¿Cuál es el problema? ¿No tengo suficiente dinero? ¿Mi nombre no es tan importante? ¡¿Quién es usted para decirme que no?!

En todos sus años de experiencia, Alejandro nunca había sentido tanto desagrado por nadie como lo sentía por esta mujer. No era solamente porque se había dado cuenta de que era parte de la familia que había mandado a Hadasa a la arena. Nunca había conocido a nadie tan saturada de sí misma. Muchos de sus síntomas tenían que ver con la vida de disipación y autocomplacencia que había llevado. Tenía la palidez y la delgadez extrema de una comedora de lotus, alguien que consumía la fruta por sus capacidades narcóticas, y su aliento olía fuertemente a vino barato. Sus hazañas sexuales habían superado la decencia más básica. Se preguntó si existía algo que esta joven no hubiera hecho, y sintió la seguridad de que no existía.

Por más de una hora había hablado de sí misma, de sus achaques, de sus agravios, de su dolor y de su sufrimiento. Sin embargo, no se daba cuenta de que todo lo que le estaba pasando era consecuencia de sus decisiones, de su estilo de vida, de buscar el placer en cada altar conocido por el ser humano. Y sonaba incongruente. ¿Acaso no tenía derecho a buscar el placer, a disfrutar la vida como ella eligiera? ¿Qué tenía de malo? Ah, y quería que él le proporcionara

una cura para poder seguir haciendo lo que quisiera. A ella no le importaban la profesión de Alejandro, sus principios ni sus sentimientos. Ella le exigía que la hiciera sentirse bien, aunque era gracias a ella misma que había contraído una enfermedad mortal.

Alejandro no sentía compasión alguna por una mujer así.

Lo único en lo que podía pensar era en Hadasa, con su cuerpo desgarrado y atormentado por el dolor, sufriendo meses de convalecencia. Ni una sola vez había emitido una queja ni le había echado la culpa a nadie. No había pasado ni un día, ni pasaría un día en el futuro, que ella no sintiera dolor por las heridas que había recibido en la arena, y las cicatrices que llevaba destruían cualquier posibilidad de tener una vida normal.

Y ahora, esta joven enferma y repugnante clamaba pidiendo ayuda, no con humildad, sino con exigencia... y ella misma era la causa de todo lo que le pasaba .

—¡No es justo! ¡No tengo la culpa de estar enferma!

—¿No la tiene? —Alejandro guardó los instrumentos en su maletín.

—¡Deme algo que me sane! Sé que puede encontrar una cura si se lo propone.

—Tengo muchos pacientes.

—No me interesan sus pacientes. ¿Qué importan, frente a lo que *yo* estoy sufriendo?

El sonido de la voz estridente de Julia le erizó los pelos de la nuca.

Hadasa rengueó hacia él y le puso la mano en el brazo.

—Alejandro.

Él escuchó el pedido amable y reaccionó con ira.

—¡Ni me lo pidas!

—Por favor.

—¿No escuchas nada? —susurró con furia.

—Escucho la voz de alguien que está perdida.

—Y que no merece ser encontrada. No —volvió a decir firmemente. El contraste entre las dos jóvenes mujeres endureció su corazón y reafirmó su decisión.

—¿Ni siquiera tendrás en cuenta...?

—Ya la examiné, Rafa. Tú la tocaste. Eso es todo lo que podemos hacer.

Julia se deshizo en lágrimas.

—Alejandro, por favor, escúchame... —empezó Hadasa.

Cerró con firmeza su maletín y lo levantó.

—No me puedo permitir escucharte —siseó—. No arriesgaré mi reputación y mi profesión por alguien que sé que va a morir. —Sus palabras fueron lo suficientemente fuertes como para que Julia escuchara, y lo suficientemente crueles para silenciarla.

Hadasa se dio vuelta hacia la cama, pero él la agarró del brazo y se dirigió a la puerta.

—¡Rashid! —Al gesto de Alejandro, el árabe cruzó la habitación dando pasos largos, levantó a Rafa en sus brazos y la sacó.

Prometeo entró a la habitación y los vio marcharse. Vio a Julia llorando en la cama y miró a Alejandro.

—¿No puede hacer nada?

—La enfermedad está muy avanzada.

Afuera, en el aire frío de la noche, Alejandro respiró profundamente. La atmósfera en la villa de Julia Valeriano había sido opresiva. Apestaba a corrupción.

Caminó junto a Rashid mientras este cargaba a Hadasa, bajando las escaleras. Ella no protestó. Rashid la acomodó suavemente en la litera y ordenó los cojines para que estuviera cómoda. Alejandro tenía miedo de lo que le diría una vez que se quedaran a solas detrás de las

cortinas.

Ella no haría más que implorarle por esa mujer despreciable, y nadie podía conmover su corazón con súplicas como Hadasa. Decidió no darle la oportunidad.

—Caminaré —dijo y corrió las cortinas, dejándola aislada en la litera—. Vayan —les ordenó a los portadores.

Esta noche, no la escucharía. Esta noche, la compasión no tendría cabida en él.

Los portadores levantaron a Hadasa en la litera y la cargaron calle abajo.

Rashid caminó al ritmo de Alejandro.

—Su sirviente me dijo que es la hija de Febe Valeriano. Su padre murió. Tiene un hermano llamado Marcus. Él dejó Éfeso hace algunos meses.

—Por todos los dioses, Rashid. Puse su cabeza directamente en la boca del león, ¿no?

—Rafa debe haberlo sabido.

—¿Por qué no dijo algo?

Era una pregunta que ninguno de los hombres podía responder satisfactoriamente. Ninguno la entendía. Ella nunca dejaba de asombrarlos y desconcertarlos.

—La mujer Valeriano se está muriendo, ¿cierto? —dijo Rashid, mirando directo hacia adelante mientras caminaba.

—Sí, se está muriendo. —Alejandro miró de reojo la expresión pétrea del árabe—. Diría que es cuestión de unos cuantos meses.

—Primero la madre. Ahora, la hija.

Asintió y volvió a mirar hacia adelante.

—Esto hace que me pregunte si Dios estará atacando a los Valeriano de a uno por vez por lo que le hicieron a Hadasa. —Se preguntó si Hadasa interpretaría de esa manera las cosas que estaban pasando. Ella decía que Cristo Jesús era la personificación del amor. ¿Un dios de amor se vengaría de semejante manera?

Rashid estaba pensando en otras cosas.

—¿Su muerte será dolorosa?

—Y lenta.

El rostro duro de Rashid se relajó.

—Bien —dijo—. Se hizo justicia.

27

Marcus se despertó bajo un haz de luz solar que entraba por la ventana alta. Hizo una mueca por el dolor que le punzaba la cabeza. Gimiendo, rodó para alejarse de la luz y chocó contra el torno del alfarero. Maldiciendo, se levantó y se apoyó contra él.

Tenía la boca seca y la lengua pastosa. Vio el odre de vino que había comprado la noche anterior tendido flácido en el piso. Cada vez que latía su corazón, le enviaba descargas de dolor a la cabeza. Incluso cuando se pasaba los dedos por el pelo enmarañado sentía dolor.

Una brisa suave removió el polvo alrededor de él y se dio cuenta de que la puerta había quedado abierta. Creyó recordar que la había cerrado la noche anterior, pero, bueno, no recordaba nada con mucha claridad.

Excepto el sueño.

Cerró los ojos y trató de recuperar los trozos preciosos del sueño... Hadasa sentada con él en un banco del peristilo de la villa en Roma... Hadasa con una lira en las manos, cantando dulcemente una canción acerca de un pastor. En sus sueños, la veía viva y nítida. Podía ver su rostro, escuchar su voz, tocarla. Solo cuando estaba despierto, ella lo eludía.

Como ahora.

Maldiciendo en voz baja, se dio por vencido. Se puso de pie con un gran esfuerzo y atravesó la habitación a tropezones. Con náuseas, se apoyó pesadamente en la mesa y buscó otro odre de vino por la habitación. En lugar de eso, vio a la anciana sentada en las sombras debajo de la ventana.

—¡Usted! —dijo él y se desplomó sobre el banquillo. Volvió a tomarse la cabeza con las manos. El dolor punzante era insoportable.

—No se ve bien, Marcus Luciano Valeriano.

—He tenido mejores mañanas.

—Es la tarde.

—Gracias por el comentario.

Ella se rió por lo bajo.

—Usted me recuerda a mi esposo durante la fiesta del Purim. Según nuestras tradiciones, él bebía hasta que no reconocía la diferencia entre «maldito sea Amán» y «bendito sea Mardoqueo». Ah, pero al día siguiente tenía el mismo aspecto que usted ahora. Demacrado y pálido. Con un tinte verde.

Marcus se restregó la cara con la esperanza de que, si no decía nada, ella se iría a su casa.

—Desde luego, él bebía como parte de una festividad alegre. Usted bebe para olvidar.

Las manos de Marcus se detuvieron. Las bajó lentamente y le lanzó una mirada fulminante.

—¿Por qué sigue volviendo aquí?

—Le traje una jarra de agua. Beba un poco y luego lávese la cara.

Le molestaba que ella le hablara como si fuera un muchacho al que estaba regañando, pero se levantó tembloroso e hizo lo que le dijo. Quizás se iría cuando hiciera lo que le pedía. Bebió un vaso con agua y vació un poco en una palangana. Cuando terminó de lavarse el rostro, volvió a sentarse a la mesa.

—¿Qué quiere esta vez?

Sin dejarse desanimar por sus modales groseros, ella sonrió.

—Quiero que camine por las colinas y vea los corderos de primavera y los lirios del campo.

—No me interesan ni los corderos ni los lirios.

La anciana usó el bastón para ponerse de pie.

—No encontrará el espíritu de Hadasa en esta casa, Marcus. —Vio su gesto de dolor y su expresión se ablandó—. Si vino a Naín para estar más cerca de ella, le mostraré los lugares que más le gustaban. Comenzaremos por una ladera al oriente de la aldea. —Caminó hacia la puerta.

Marcus ladeó la cabeza y entrecerró los ojos al mirarla.

—¿Tengo que padecer su compañía a lo largo del camino?

—Viendo cómo está ahora, no creo que pueda escaparse de mí.

Él lanzó una risa sombría e hizo una mueca de dolor.

Ella se detuvo en el umbral.

—A Hadasa le gustaban los corderos y los lirios.

Marcus siguió obstinadamente sentado a la mesa durante un largo rato. Luego se levantó. Recogió del suelo el pesado manto, le sacudió el polvo y fue tras ella.

La gente los miraba con extrañeza mientras atravesaban la aldea. Él suponía que eran una pareja rara: una anciana con un bastón y un romano que sufría las consecuencias de su noche de desenfrenada borrachera. Ella se detuvo dos veces, primero para comprar pan, y la segunda, una bota de vino. Hizo que Marcus llevara ambas cosas .

—No confían en usted —dijo ella cuando salieron del mercado.

—¿Por qué deberían hacerlo? Soy un romano. —Su boca se torció cínicamente—. Soy una serpiente en medio de ellos. Soy el engendro del demonio.

Las colinas tenían un color verde reluciente, el cielo, azul. Los parches de flores silvestres salpicaban de color las laderas. Débora se detuvo y puso el bastón delante de ella, apoyándose sobre él mientras contemplaba los cerros.

—Podemos cargar agua del pozo y atender nuestros jardines. Un trabajo duro para un escaso beneficio. Pero una noche de lluvia que manda Dios hace nacer *esto* .

—Usted es como ella —dijo Marcus con gran pesar—. Ve a su dios en todo.

—¿Usted no ve ningún poder en lo que tiene delante? ¿Ningún esplendor? ¿Ningún milagro?

—Veo unas colinas rocosas con algo de hierba nueva. Un rebaño de ovejas. Algunas flores. Nada extraordinario.

—Las cosas más ordinarias de la vida son extraordinarias. El amanecer, la lluvia...

—Solo por hoy, anciana, háble me de otras cosas aparte de Dios. O, mejor aún, no hable sobre nada.

Ella dio un suave gruñido.

—Nada en este mundo es importante, excepto en la manera en que está conectado al Señor. Es por eso que usted está aquí, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Usted está buscándolo.

—Lo busqué. Él no existe.

—¿Cómo es posible que siga tan enojado contra algo en lo que no cree? —dijo, y siguió caminando por el sendero.

Sin palabras, Marcus la miró fijamente con frustración. Se dio cuenta que caminar parecía aliviar el dolor muscular de las articulaciones de la anciana. Ella se quitó el chal de la cabeza y levantó la cara como si el sol la hiciera sentirse bien.

La alcanzó y caminó junto a ella.

—Yo *no* creo en Dios —dijo vehementemente.

—¿En qué sí cree?

Con una expresión adusta, miró fijamente hacia adelante.

—Creo en el bien y el mal.

—¿Ha cumplido con sus expectativas?

Hizo una mueca y un músculo se le tensó en la mandíbula.

—¿Por qué no contesta?

—Estuvo mal que Hadasa muriera. Quiero encontrar la manera de que las cosas vuelvan a estar bien .

—¿Cómo va a lograr eso y cumplir las altas expectativas que se ha propuesto?

Sus palabras le atravesaron el corazón, pues no supo qué decir. Repasando su propia vida, se preguntó si alguna vez había tenido parámetros. Lo correcto siempre había sido lo expeditivo; lo malo, no lograr sus objetivos, no conseguir lo que quería cuando lo quería. Para Hadasa, la vida había sido clara. Para Marcus, nada estaba claro. Estaba desorientado.

Llegaron a la cima de una ladera. Él sabía que, a la distancia, estaba el mar de Galilea.

—No queda lejos —dijo la vieja Débora—. Ananías solía llevar a su familia a Capernaúm y por la costa hasta Betsaida-Julius. —Hizo una pausa y se apoyó en su bastón—. Jesús caminó por los mismos caminos.

—Jesús —murmuró él sombríamente.

Ella levantó la mano y señaló al norte, hacia el extremo del mar. —En una colina por allá, escuché hablar al Señor. —Bajó la mano y la apoyó nuevamente en el bastón—. Y cuando terminó, tomó dos peces y partió unas hogazas de pan y les dio de comer a cinco mil personas.

—Eso es imposible.

—Nada es imposible para el Hijo de Dios. Yo lo vi con mis propios ojos. De la misma manera que lo vi resucitar a Ananías de entre los muertos.

Las palabras de ella le dieron escalofríos. Él apretó la mandíbula.

—Si era el Hijo de Dios, ¿por qué su propio pueblo lo entregó para que fuera crucificado?

Los ojos de Débora se llenaron de lágrimas.

—Porque, como usted, esperábamos que Dios fuera algo distinto a lo que es.

Él frunció el ceño y observó su perfil. La anciana se quedó callada largo rato antes de hablar otra vez.

—Hace doscientos años, los macabeos derrocaron al gobernante seléucida Antíoco IV y volvieron a consagrar nuestro templo. El nombre “macabeo” significa martillo o extintor. Cuando los macabeos recuperaron el poder y entraron a Jerusalén, el pueblo festejó, saludándolos con hojas de palmeras. —Las lágrimas caían por sus mejillas envejecidas—. Y eso es lo que volvimos a hacer cuando Jesús entró a Jerusalén. Creímos que estaba viniendo en poder, como lo habían hecho los macabeos. Gritamos: “Bendito es el que viene en el nombre del Señor”. Pero ni siquiera lo conocíamos.

—¿Usted estuvo ahí?

Ella negó con la cabeza .

—No. Yo estaba aquí, en Naín, teniendo un hijo.

—Entonces, ¿por qué llora como si hubiera participado en su crucifixión? Usted no tuvo parte en ella.

—Nada me gustaría más que pensar que me hubiera mantenido fiel. Pero si los más cercanos a él... sus discípulos, sus propios hermanos... lo abandonaron, ¿quién soy yo para creerme mejor que ellos y decir que lo habría hecho distinto? No, Marcus. Todos queríamos lo que queríamos y, cuando el Señor cumplió *Su* propósito en vez del nuestro, nos pusimos en su contra. Como usted.

Enojados. Como usted. Desilusionados. Sin embargo, lo que prevalece es la voluntad de Dios.

Él miró hacia otra parte.

—No entiendo nada de esto.

—Sé que no entiende. Lo veo en su cara, Marcus. No quiere ver. Ha endurecido su corazón contra él. —Ella empezó a caminar otra vez.

—Como deberían hacer todos los que aprecien su vida —dijo él, pensando en la muerte de Hadasa.

—Es Dios quien lo condujo hasta aquí.

Se rió en tono burlón.

—Vine aquí voluntariamente y para mis propios propósitos.

—¿Es así?

El rostro de Marcus se endureció.

Débora siguió adelante.

—Todos fuimos creados incompletos y no encontraremos descanso hasta que saciemos el hambre y la sed profunda que hay en nuestro interior. Usted trató de satisfacerlo a su manera. Eso también lo veo en sus ojos, como lo he visto en muchos otros. Y, sin embargo, aunque lo niegue hasta con su último aliento, su alma anhela a Dios, Marcus Luciano Valeriano.

Sus palabras lo hicieron enojar.

—Dioses aparte, Roma le muestra al mundo que la vida es lo que el hombre quiere que sea.

—Si eso es así, ¿qué está haciendo usted con la suya?

—Soy dueño de una flota de barcos, y también de emporios y casas. Tengo riquezas. —Sin embargo, mientras se lo decía, él sabía que todo eso no significaba nada. Su padre se había dado cuenta de eso cuando estaba a punto de morir. Vanidad. Todo era vanidad. Sin sentido. Vacío.

La vieja Débora hizo un alto en el camino.

—Roma señala el camino a la riqueza y al placer, al poder y al conocimiento. Pero Roma sigue teniendo hambre. Así como usted tiene hambre ahora. Busque todo lo que quiera la recompensa o el sentido de su vida, pero, hasta que encuentre a Dios, vivirá en vano .

Marcus no quería escuchar, pero sus palabras lo atravesaban y lo inquietaban.

—Uno de nuestros filósofos romanos dice que nuestra vida es lo que nuestros pensamientos hacen de ella. Quizás en eso esté la respuesta a cómo encontraré mi propia paz.

La sonrisa de ella era tolerante y, en parte, divertida.

—El rey Salomón fue el hombre más sabio que haya vivido, y dijo algo similar, cientos de años antes de que Roma existiera. “Como piensa dentro de sí, así es”. —Levantó la mirada hacia él—. ¿En qué se fija su corazón, Marcus Luciano Valeriano?

Su pregunta penetró directo en su alma.

—Hadasa —dijo con voz ronca.

Asintió, satisfecha.

—Entonces, deje que sus pensamientos se fijen en ella. Recuerde las palabras que dijo. Recuerde lo que hizo, cómo vivió.

—Recuerdo cómo murió —dijo, mirando fijamente al mar de Galilea.

—Eso también —dijo solemnemente la anciana—. Camine sus caminos y vea la vida a través de sus ojos. Quizás eso lo acerque a lo que está buscando. —Señaló colina abajo—. Ese es el camino por el que siempre iba con su padre. Lo llevará a la ruta a Genesaret y, después, a Capernaúm. A Hadasa le encantaba el mar.

—La veré cuando vuelva a Naín.

—Conozco mi camino. Es tiempo de que usted encuentre el suyo.

Él sonrió con dolor.

—¿Cree que puede echarme así de fácil, anciana?

Le dio una palmadita en el brazo.

—Estaba listo para irse. —Ella se volteó y comenzó a regresar por el camino que habían andado juntos.

—¿Por qué está tan segura? —gritó él detrás de ella, molesto por haberse dejado llevar con tanta facilidad.

—Trajo su manto.

Perplejo, sacudió la cabeza. La observó volver por el camino y se dio cuenta de que ella había comprado el pan y el vino para él, para su viaje.

Suspiró. Ella tenía razón. No había marcha atrás para él. Se había quedado todo lo que podía aguantar en la casa donde Hadasa había vivido de niña. Lo único que había encontrado allí había sido polvo, desesperanza y recuerdos que eran como cenizas en su boca.

Marcus miró hacia el norte. ¿Qué esperanzas tenía de encontrar algo distinto en las orillas del mar de Galilea? Pero, al fin y al cabo, la esperanza nunca había sido parte de esta búsqueda. La ira sí. Pero de alguna manera, durante el recorrido, había sido despojado de su escudo de ira y había quedado indefenso. Con emociones confusas, se sentía desnudo.

A Hadasa le encantaba el mar, había dicho Débora. Quizás esa fuera una razón suficiente para seguir adelante.

Empezó a descender la colina, siguiendo el mismo camino que había recorrido Hadasa.

28

Alejandro dejó con un golpe la copa de vino y derramó el líquido rojo sobre la mesa.

—Ella fue la que te mandó a la arena, ¿y ahora me estás diciendo que quieres volver con ella?

—Sí —respondió ella con sencillez.

—¡Lo harás sobre mi cadáver!

—Alejandro, hace mucho tiempo dijiste que era libre de hacer mi voluntad.

—No algo tan estúpido como esto. ¿No la escuchaste? Está consumida por el resentimiento. No está arrepentida de nada en absoluto de lo que hizo en toda su vida.

—No lo sabes, Alejandro. Solo Dios conoce su corazón.

—No vas a volver, Hadasa. Esa mujer perdió todo derecho sobre ti desde el momento que te entregó al editor de los juegos.

—Eso no importa.

Alejandro se levantó de un salto y caminó de un lado al otro con una frustración llena de ira.

—No puedo creer que siquiera lo estés pensando. —¿Cómo podía razonar con semejante manera de pensar?

—Trata de entender, Alejandro. Ella me necesita.

Él la enfrentó.

—¿Ella te necesita? *Yo* te necesito. Nuestros pacientes te necesitan. Julia Valeriano tiene sirvientes. Que ellos la cuiden.

—Yo soy su sierva.

—No, no lo eres —dijo él terminantemente—. Ya no.

—Su madre y su padre me compraron en Roma para que fuera la doncella de Julia.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—El tiempo no cambia mis obligaciones. Todavía estoy legalmente atada a ella.

—Te equivocas. En caso de que no lo supieras, deben haber pagado algún precio por ti. ¡Algunas monedas de cobre! Ese es el valor que ella te dio. Ni siquiera un día de paga por un obrero común y corriente. —Estaba más enojado consigo mismo que con ella, pues él debería haber sabido que esto iba a suceder. Tontamente, no pensó que el sentido de compasión y misericordia de Hadasa se extendería a la mujer que había tratado de hacerla matar.

Durante la última semana, desde que habían visto a la mujer Valeriano, Hadasa se había negado a comer otra comida que no fuera pan sin levadura y bebía solo agua. Había hablado con pocos pacientes y pasado la mayor parte del tiempo en oración. Alejandro pensó que había entendido. Desde luego que estaría alterada, después de ver a la mujer que la había enviado a la arena. Por supuesto que estaría retraída; quizás incluso tuviera miedo. Hasta había llegado a preguntarse brevemente si Hadasa sentiría una especie de satisfacción al ver cómo estaba sufriendo ahora Julia Valeriano, pero le daba vergüenza reconocerlo.

Ni una sola vez se le había ocurrido que ella pudiera o quisiera dejar todo de lado y que *quisiera* volver.

—No alcanzo a comprenderte —dijo él, tratando de recobrar la calma y encontrar alguna razón que la disuadiera—. ¿Estás castigándome porque no acepté a esa mujer como uno de mis pacientes?

—No, mi señor —dijo, sorprendida de que él lo pensara.

—No puedo aceptarla, Hadasa. Tú conoces las leyes de Éfeso. Cuando un paciente muere, el responsable es el médico. Aceptar un caso que sabes que es fatal es el peor acto de arrogancia y locura. Tu viste sus llagas y sus lesiones.

—Las vi —dijo ella muy tranquilamente.

—Entonces sabes que la enfermedad se ha extendido por todo su cuerpo.

—Sí, mi señor.

—No hay nada que pueda hacer por ella, salvo mantenerla narcotizada hasta el final para que sienta el menor dolor posible. Ella morirá y no hay nada que alguien pueda hacer al respecto. Tú la tocaste. Tú lo sabes. —Él vio que sus palabras la perturbaban—. Y no me mires así. Ya sé que dices que no tienes ningún poder sanador más que lo que Dios hace a través de ti. Muy bien. Te creo. Pero cuando tomaste su mano, ¿pasó algo?

Ella bajó la cabeza.

—No —dijo en voz baja.

—¿Te pasó por la cabeza que toda la familia Valeriano está bajo la maldición de Dios por lo que te hicieron?

Ella volvió a levantar los ojos hacia él; su insinuación evidentemente la dejó atónita.

—Cada uno es precioso a los ojos de Dios.

—Algunos más que otros.

—¡No! El Señor es imparcial.

—El Señor es justo —dijo él con vehemencia, pensando que Julia Valeriano estaba recibiendo lo que merecía. Él no iba a interponerse en el camino de Dios—. No voy a renunciar a mi profesión y a la posibilidad de ayudar a incontables otras personas en un vano intento de salvar a una mujer que merece todo lo que le está pasando.

—¿Quién eres tú para juzgar?

—¡Tu amigo! El que te tomó de las manos del Caronte. ¿Recuerdas? ¡El que te suturó para volver a armarte! El que te a... —De pronto, se le cortó la voz, estupefacto por lo que había estado a punto de decir: *¡El que te ama!*

—¿Te atribuirías el mérito de que yo esté viva?

—¡Sí! —dijo, exasperado. Hizo una mueca y un ademán con la mano—. ¡No! —Soltando el aliento, se frotó la nuca y se apartó de ella—. En parte.

Ella se quedó callada por largo rato.

—Más de una vez me dijiste que crees que el Señor tiene Su mano sobre mí.

La enfrentó, sintiéndose cada vez más desesperado. Ella se le estaba escapando. Podía sentirlo.

—Sí. Creo que Dios te mantuvo viva para que pudieras enseñarme.

—¿Y por ninguna otra razón?

—Todas las razones nacen de ahí. ¿No lo ves? Si no fuera por lo que me enseñaste, ¿qué les habría pasado a Severina, a Boeto, a Helena y a cientos de otros que vinieron a nosotros en la caseta que estaba afuera de los baños públicos? ¿Dónde estarían ahora la esposa de Magoniano y su hijo, si no hubiera sido por ti? ¿Cuántos otros hay en esta ciudad que necesitan los dones que tu dios te ha dado?

Sus palabras no la disuadieron.

—Es una cuestión de honor que yo vuelva a Julia.

—¿Qué honor? No es más que una insensatez que vuelvas a poner tu vida en las manos de una mujer tan decadente y corrupta, a quien los frutos de sus elecciones la están consumiendo en vida. Sospecho que ha hecho cosas tan repugnantes que ni siquiera podrías comprenderlas.

Hadasa había vivido con Julia y la había servido durante siete años. Sabía mucho más sobre ella de lo que Alejandro comprendería jamás. Una parte suya había querido recordar esas cosas, aferrarse a esos recuerdos como un escudo contra el ablandamiento de su corazón. Pero sabía que no debía hacerlo. Fijarse en los pecados de Julia no agradaría a Dios. Mucho peor, le impediría hacer su voluntad.

—Di mi palabra delante del Señor .

—El Señor te entregó a *mí* .

Ella sonrió dulcemente.

—Porque Él sabía que, cuando llegara el momento, tú me dejarías libre.

—No, no te dejaré libre —dijo Alejandro. Ella se sentó tranquilamente, mirándolo. Él dejó escapar el aliento—. No estás pensando con claridad. En el momento que te quites los velos y ella vea quién eres, te echará de nuevo a los leones. Y entonces, ¿qué habrás logrado, además de causarte tu propia muerte?

Ella bajó los ojos.

—Existe ese riesgo.

—Un riesgo que no es necesario que corras.

Ella volvió a mirarlo; la incertidumbre que había sentido en su interior había desaparecido completamente.

—Una gran oportunidad exige un gran riesgo.

—¡Oportunidad! ¿La oportunidad para qué?

—Si es la voluntad de Dios, para llevarla a la salvación.

Sorprendido, Alejandro solo pudo quedarse mirándola.

—¿Por qué querrías que ella, entre todas las personas, se salvara de algo? —Vio que los ojos de Hadasa se llenaron de lágrimas y él mismo abrió más los suyos, sin poder creerlo. Ella lo decía en serio. ¿Podía ser realmente tan ingenua?

Caminó hacia ella y la tomó de las manos.

—Nunca te entenderé —dijo con voz ronca—. Cualquier otra persona querría quedarse al lado de su cama y verla morir por lo que hizo. Pero tú... tú *lloras* por ella.

—Alguna vez fue una niña, Alejandro. Llena de alegría y dulzura. El mundo le hizo cosas a ella.

—No más de lo que se hizo a sí misma y a otros.

—Es posible —dijo Hadasa con tristeza—, pero lo que pido hacer es mucho menos de lo que se hizo por mí.

Las manos de él apretaron las suyas.

—No puedo dejarte ir. —Ella era mucho más valiosa para la vida de otros... para él... mientras que Julia Valeriano era despreciable a sus ojos.

—No puedo escucharte, Alejandro. Debo escuchar al Señor.

Su convicción lo desconcertó.

—¿Dios te dijo con tales palabras que volvieras a ella?

—Mi corazón me lo dice.

—¿Y qué pasa con tu cabeza?

Ella sonrió.

—Lo he pensado muy bien.

—No lo suficiente. —Tomó la mejilla marcada en la palma de su mano—. Tu corazón siempre ha sido tan blando como la papilla, Hadasa. Esa mujer es dura como una roca. —Extendió los dedos por la rugosidad del rostro desfigurado, esperando que ella recordara los

leones y quién la había arrojado a enfrentarlos. La miró a los ojos y vio que lo recordaba—. Eres necesaria aquí —le dijo, pensando que ahora entraría en razón.

Cuando ella no dijo nada, la tomó en sus brazos y la acercó a él. El corazón de Alejandro latía con una feroz actitud protectora... y algo más. Algo que no quería admitir. Pues, si lo hacía, si pronunciaba las palabras que golpeaban en su cabeza, y luego la perdía, no podría soportarlo. Habló con la voz ahogada por la emoción.

—Yo cuidaré de que estés a salvo. Y Rashid también.

Ella se apartó de él.

—Ninguno de ustedes entiende. Yo ya tengo un Protector.

—Sí, y Dios te puso aquí, conmigo, y te mandó a Rashid, testarudo como es. ¡Así que escúchanos! —Le tomó el rostro con las manos y la miró fijamente a los ojos—. No dejaré que desperdicies tu vida en alguien como ella.

Ella le quitó las manos de su rostro y las sostuvo fuertemente sobre sus rodillas.

—Cada uno de nosotros es precioso a los ojos de Dios, Alejandro. Él tiene contados hasta los cabellos de nuestra cabeza. —Lo soltó y se puso de pie.

—Si estás diciéndome que él considera a Julia Valeriano tan preciosa como a ti, ¡no puedo creerlo!

Ella tocó las hojas verdes de una palmera.

—¿Te acuerdas cuando me llevaste al Asclepeion para que viera las ceremonias que se practican ahí?

—Sí. ¿Qué de eso?

—Había un emblema que llevaban delante de la procesión de sacerdotes. Un poste alto en el cual se enroscaban unas serpientes.

—Las serpientes en un estandarte. Sí, lo sé.

—Tu anillo de sello tiene el mismo símbolo.

—Sí. Es lo que me identifica como médico.

—Al igual que el grabado que esculpiste en la puerta de esta casa.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Eso te molesta? —Por supuesto que debía molestarle. ¿Por qué lo mencionaría ahora si no fuera así? Debería haberle explicado—. Me imagino que para ti es sacrílego, pero yo no adoro ese emblema. Solo lo uso para dar a conocer lo que soy: un médico. La gente ve la serpiente en el estandarte y lo identifica con las serpientes sagradas de Asclepio, el dios de la sanación y la medicina.

Pensativa, bajó la mano de la hoja de la palmera.

—Cuando Dios sacó a los israelitas de Egipto, les entregó a los cananeos para que los destruyeran. Luego, nuestro pueblo partió desde el monte Hor, por el camino del mar Rojo, para rodear la tierra de Edom.

—¿Qué estás tratando de decirme con esta historia?

Continuó, como si no lo hubiera escuchado.

—El pueblo se impacientó por el viaje. Hablaron en contra de Dios, y el Señor mandó serpientes entre la gente. Muchos murieron por causa de ellas.

—Me imagino que eso los hizo cambiar de opinión.

Ella lo miró.

—Sí. Se dieron cuenta de que habían pecado. Fueron a Moisés y le pidieron que intercediera ante el Señor, que le pidiera que sacara a las serpientes de en medio de ellos, y Moisés lo hizo. El Señor le dijo a Moisés que hiciera una figura de serpiente y que la colocara en un estandarte.

Moisés obedeció su orden. Hizo una serpiente de bronce y la puso en un estandarte, y sucedió que, cuando una serpiente mordía a alguien, lo único que debía hacer esa persona era mirar a la serpiente de bronce para vivir.

Olvidándose de Julia Valeriano, Alejandro sintió curiosidad.

—Tal vez el origen del estandarte de Asclepio sea el mismo que el del Señor.

—No lo sé —dijo ella, sin rechazar la posibilidad. Lo que Dios le dio al hombre, el hombre lo corrompió—. La primera vez que vi el estandarte, recordé la historia que me contó mi padre. Y ahora te digo lo que mi padre me dijo. Las personas vieron su pecado, se arrepintieron, miraron el estandarte que Dios les había dado, *creyeron* en su poder para restaurar... y vivieron.

Él estaba perplejo.

Ella se dio cuenta de su confusión y reconoció su resistencia. *Ayúdame, Señor* , oró y siguió adelante.

—Mi padre escuchó a Jesús decir que, así como Moisés había levantado a la serpiente en el desierto, de la misma manera el Hijo del Hombre sería levantado.

Entonces, él pensó que entendía lo que le estaba diciendo, aunque no comprendía sus motivos.

—Hablas de su resurrección.

—No. Hablo de su crucifixión. Él fue clavado a una cruz y fue levantado delante de toda la humanidad. Él *es* el estandarte.

Él sintió un escalofrío.

—¿Por qué me dices esto?

—Para ayudarte a entender por qué tengo que volver a Julia.

Su enojo volvió con toda su fuerza.

—¿Para que te crucifiquen esta vez? ¿Para que te cuelguen en una cruz, en lugar de arrojarte a los leones ?

—No, Alejandro. Para tomar el estandarte del Señor y ponerlo frente a ella.

Lleno de temor por ella, se levantó y se acercó a ella, buscando desesperadamente en su mente el argumento que le devolviera la sensatez. Con suavidad, tomó las manos de ella entre las suyas.

—Escúchame, Hadasa. Piénsalo un poco más. Estás logrando grandes cosas aquí conmigo. Mira hasta dónde hemos llegado desde aquella pequeña caseta miserable afuera de los baños públicos. Mira lo que has podido hacer por otros. Las personas te veneran.

Ella se apartó.

—Lo que se haya logrado es obra del Señor, no mía...

—Lo sé —dijo, tratando de interrumpirla.

—Es Su nombre el que debe ser glorificado. No el nombre de *Rafa* .

Él frunció el ceño.

—No me había dado cuenta de que te molestaba tanto ser llamada por ese nombre.

—Yo no soy la sanadora, Alejandro. Jesús es Rafa —dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —Se puso la mano contra el corazón—. Soy una mujer común que ama al Señor. Es todo lo que soy.

—¿Y tu Señor no ha ungido a otros con el toque sanador? Hasta yo he escuchado de apóstoles de Jesús que, con un solo toque, podían sanar a los enfermos.

—Yo no soy un apóstol, Alejandro. Jesús ascendió antes de que yo naciera.

—Entonces, ¿cómo explicas las cosas que han sucedido por medio de ti? Es posible que no creas en ti misma, pero las personas creen en ti.

Hadasa se apartó de él. Alejandro se dio cuenta de su error apenas pronunció las palabras y trató de retirar lo dicho.

—No quise decir que te consideran un dios. —Ella se dio vuelta. Su mirada lo hizo hablar con honestidad—. ¡Está bien! Algunos sí te ven de esa manera, pero no has hecho nada que los aliente a hacerlo. No tienes motivos para sentirte culpable.

—No es culpa lo que siento, Alejandro. Es tristeza.

Él sabía que estaba haciendo un lío de todo.

Hadasa extendió las manos. Su sonrisa estaba llena de ternura.

—Tú sabías que este día llegaría.

Él cerró los ojos. Sacudió la cabeza, queriendo negarlo. Ella estaba arriesgando su vida y *él* estaba temblando. La miró y se preguntó: ¿Cómo podía ser tan intrépida? ¿Cómo podía él dejarla ir?

—No quiero que te vayas, Hadasa —dijo en voz baja y después sonrió débilmente—. No me había dado cuenta de cuánto te necesito.

—No me necesitas, Alejandro. Tienes al Señor.

—El Señor no puede sentarse y hablar conmigo. No puede mirarme con esos ojos oscuros e insondables, y guiarme para que encuentre las respuestas que necesito. No puede estimular mi imaginación con una sola palabra, ni mi corazón con un toque...

—Él puede hacer todo eso, Alejandro, y más.

Alejandro negó con la cabeza.

—No lo conozco como tú. Necesito que le hables por mí.

Las palabras entristecieron el corazón de Hadasa.

—Me convertí en un obstáculo para ti.

—Nunca —dijo él apasionadamente, acercándose a ella—. Nunca —dijo otra vez y estiró los brazos para alcanzarla. La abrazó y se quedó callado, sabiendo que cualquier cosa que dijera a estas alturas sería infructuosa y, posiblemente, hiriente.

Oh, Dios, si me escuchas, si estás ahí, ¡protégela! Por favor, no me la quites para siempre....

—¿Cuánto te quedarás con ella? —dijo bruscamente.

—Hasta el final.

—¿El de ella o el tuyo? —dijo, torciendo sarcásticamente la boca.

Y ella respondió suavemente, porque ya había sopesado todas las posibilidades:

—Cualquiera que suceda primero.

29

Madre Prisca estaba sentada con la espalda recta sobre el sillón que Iulius había llevado a la terraza para ella. En sus ochenta y siete años de vida, nunca había estado más nerviosa. Sabía que Febe Valeriano era una señora importante y rica, pero, de alguna manera, había podido dejar de lado la posición mientras estaban dentro de los límites de la precaria habitación de la vecindad donde vivía. Aquí, en esta villa hermosa, con semejantes vistas al muelle y al Artemision, no podía olvidar ni ignorar el gran abismo de clases sociales que las separaba.

Una joven esclava trajo una bandeja con un arreglo de frutas y manjares. Se inclinó hacia adelante para ofrecérselo a Prisca y le sonrió para animarla a tomar algo. Prisca negó con la cabeza.

Iulius percibió su tensión, la reconoció por lo que era, y trató de hacerla sentir cómoda.

—Por favor, madre Prisca, siéntase como en su casa con nosotros. ¿Cuántas veces nos ha servido algún refrigerio? ¿Ahora nos negará el placer de servirla a usted?

Madre Prisca le lanzó una mirada y entonces tomó un durazno.

—¿Satisfecho? —Lo sostuvo suavemente en su regazo sobre los pliegues de su palla harapienta como si fuera algo demasiado precioso para comerlo.

Febe balbuceó algo e Iulius se inclinó hacia ella. Tenía la mano sana apoyada en el regazo sobre un pequeño plato de cobre. Lo golpeteó y Prisca observó mientras el hombre la escuchaba atentamente.

—Hera —dijo y miró a Prisca—. ¿Cómo está la pequeña Hera? —Madre Prisca miró sorprendida a Febe y lanzó una mirada interrogativa a Iulius. El asintió y sonrió—. La señora Febe no puede hablar ni moverse, pero entiende lo que sucede a su alrededor.

Su comentario le causó a Prisca una profunda sensación de lástima y tristeza. Ocultando sus sentimientos, miró a Febe y trató de restablecer la vieja camaradería que había sentido por la mujer más joven.

—La niñita está bien. Todavía juega con sus muñecas en los portales. Me preguntó por qué no habías venido últimamente y le dije que no estabas bien. —Acarició con los dedos la piel suave del durazno, recordando las lágrimas de la niña.

—Olimpia y su hijo están bien —continuó—. Ella encontró trabajo en una fonda. Vernasia decidió casarse otra vez. El hombre trabaja en el emporio de su hijo y vive en la misma vecindad que ella. No creo que ella haya terminado el duelo por su joven esposo, pero no puede mantenerse sola, ¿verdad? Cayo es mayor y ya no está en edad de arriesgarse. Trabaja en tierra firme. Él cuidará de ella y de sus hijos, y quizás, finalmente, tendrá algunos propios.

Febe escuchaba con avidez cada palabra que le contaba sobre lo que estaba sucediendo en la vida de las viudas que había visitado. Cuando Prisca terminó de hablar, se quedó en silencio e intranquila. Febe vio el rostro de la querida anciana profundamente marcado por la tristeza y quiso tranquilizarla. Golpeteó el plato de cobre, usando el código que ella e Iulius habían trabajado exhaustivamente. Sabía que él la entendería y verbalizaría su mensaje.

—“El Señor no me ha abandonado” —dijo Iulius por ella.

Brotaron lágrimas de los ojos de Prisca. Dejó el durazno a un costado y se levantó con rigidez. Se inclinó y tomó la mano de Febe entre las suyas.

—Eso puede ser, niña, pero me entristece ver así a alguien tan joven como tú. Mejor sería si

me hubiera pasado a mí, una mujer vieja que ya vivió todos los años que quería vivir. —Besó la mano de Febe y la apretó un momento antes de volver a bajarla. Se dio vuelta para irse.

Febe dio golpecitos.

Iulius levantó la mano y la anciana esperó, mirándolo con curiosidad.

—Sí, mi señora —le dijo a Febe. Tomó un paño y lo puso en el sillón donde se había sentado Prisca. Puso el durazno en la tela y agregó toda la fruta de la bandeja. Ató las puntas del paño y se lo dio a la anciana.

—¿Es que quieres engordarme? —dijo Prisca bruscamente, incómoda y abrumada.

—Que lo disfrute con buena salud —dijo Iulius. Febe volvió a golpetear. Él asintió—. Sí, mi señora —dijo riendo y miró a Prisca—. Me ha hecho recordar que le dé más lana.

—Me hará trabajar hasta morir —murmuró Prisca y miró amenazadoramente a Febe—. Es apenas justo que me des duraznos.

En respuesta, los ojos de Febe centellearon con una mirada pícara.

Con los ojos llenos de lágrimas, Prisca palmeó el hombro de Febe y se dirigió hacia los arcos que llevaban a la habitación .

—¿Las demás pueden venir a visitarla? —dijo, mientras Iulius la acompañaba fuera del cuarto y por el pasillo hacia las escaleras.

—No demasiadas al mismo tiempo. Se cansa con facilidad.

Prisca contempló la grandiosidad del patio interno y la fuente. La casa era muy impresionante, pero estaba tristemente silenciosa.

—¿No tiene hijos o nietos que la consuelen?

—Su hijo, Marcus, nunca se casó. Está en algún lugar de Palestina. Dudamos que vuelva pronto. Su hija, Julia, se casó varias veces, pero no tiene hijos. Está aquí, en Éfeso.

—¿Está al tanto de la condición de su madre?

—Lo sabe, pero tiene su propia vida.

Prisca percibió un caudal de información en lo que Iulius no le dijo.

—No viene a visitar a su madre.

—La condición de su madre la deprime. No ha venido por aquí en varias semanas. —No pudo evitar demostrar su desagrado en su tono de voz.

Prisca sacudió la cabeza con tristeza.

—De niños, te pisoteaban la punta de los pies. Cuando son adultos, te pisotean el corazón.

Iulius le abrió la puerta principal.

—Usted es la primera persona que viene a verla, madre Prisca.

—Y volveré —dijo firmemente y salió por la puerta.

Iulius dio un paso hacia afuera.

—Madre Prisca, me gustaría pedirle un favor.

—Si puedo, lo haré.

—La próxima vez, venga con Hera. La señora Febe no ha visto a un niño desde que tuvo el ataque.

La anciana asintió y siguió su camino.

Iulius volvió al cuarto de la planta alta.

—Ya estuvo sentada mucho tiempo —dijo, y levantó a Febe en sus brazos y la llevó adentro. La acostó cuidadosamente en la cama. Habló con ella, contándole lo que estaba sucediendo en la casa y las noticias que tenía del mundo exterior mientras le masajeaba la espalda—. Descanse un rato —le dijo—. Le traeré la comida. —Y salió de la habitación.

Febe sabía que, tan pronto como lo hiciera, otro esclavo entraría en el cuarto y se sentaría

cerca de ella para cuidarla y ver si necesitaba algo. Nunca la dejaban sola. Escuchaba el canto de los pájaros que llegaba desde la terraza. Ah... tener alas para volar, ser libre del cuerpo.

Pero el Señor la mantenía así para Su propósito. Febe se relajó, vistiéndose con las promesas del Señor. Hadasa había tenido razón. Sabía lo que Adonai quería de ella. Lo había escuchado tan claro como palabras dichas en voz alta. Poco a poco había ido dejando de lado la lucha interna y se había entregado a Él completamente. Y en esos momentos, esos momentos infinitamente preciosos, sí podía volar libremente, despejada hacia los cielos.

Ora, había dicho suavemente la voz. *Ora por tus hijos* .

Y así lo hacía Febe, hora tras hora, día tras día. Y seguiría haciéndolo tantos años como el Señor le diera para hacerlo.

Señor, pongo a Marcus ante Ti. Señor, dale un vuelco al corazón de mi hija... Señor, te lo suplico. Padre, perdónalos... Abba, tómalos de la mano... En el nombre de Tu Hijo, Jesús, te ruego... Oh, Señor Dios del cielo y de la tierra, salva a mis hijos....

30

Cuando el amanecer tiñó de rosa el horizonte, Hadasa estaba parada en la calle, debajo de la villa de Julia Valeriano. Había salido del departamento de Alejandro antes del amanecer para evitar más conflictos. Él no entendía su resolución de volver a Julia. Él creía que era algo tonto, equivocado... y ahora que Hadasa miraba la fachada de la elegante vivienda, se preguntó si no tendría razón.

El miedo, su viejo enemigo, volvió con fuerza. El miedo siempre había sido el bastión que Satanás tenía en ella. A pesar de todo el tiempo que había pasado, de pronto se sintió como la niña que había sido cuando esperaba la muerte entre la multitud de cautivos concentrados en el Patio de las Mujeres del gran templo. ¿Cómo se había olvidado de lo que era tener miedo por su vida? La llenaba ahora, trayéndole temblores en el estómago y las extremidades, y sudor frío. Podía sentirlo en la boca, como el sabor metálico del eslabón de una cadena en su boca. Se sintió desesperada y llena de dudas.

¿Por qué estoy de vuelta aquí, Señor? ¿Acaso no me rescataste de esta vida y de esta mujer? ¿Por qué estoy otra vez aquí? ¿Me equivoqué en lo que me pediste?

Pero sabía las respuestas a sus preguntas antes de hacérselas. Él se las había dicho una y otra vez. Él lo había vivido. ¿Acaso su camino no había sido señalado mucho antes de haber conocido siquiera a Julia Valeriano? Que se haga la voluntad de Dios, cualquiera que sea. En este momento y en este lugar, era una perspectiva aterradora.

Confía en mí, parecía repetirle una y otra vez la voz suave y tranquila. *Confía en mí.*

La mano le tembló cuando la apoyó sobre el pestillo de la reja. Su mente se llenó con la imagen del rostro de Julia grotescamente retorcido por el odio. Recordó los golpes de los puños de su señora y sus gritos enfurecidos. Recordó que la pateó hasta que perdió el conocimiento. Y, cuando pudo levantarse nuevamente, estaba en un calabozo con otros cristianos, esperando la muerte.

Oh, Señor, si pudieras apartar esta copa amarga de mí... .

Sus dedos se pusieron blancos sobre el pestillo, pero no lo abrió. Le costaba respirar.

—¿Este es el lugar, Rafa? —El sirviente que la había acompañado para llevar sus pocas pertenencias se acercó a ella. Levantó los ojos hacia la fachada de piedra.

Hadasa se estremeció levemente, recordando todas las cosas infames que había presenciado en esta casa. Miró hacia arriba nuevamente. Podía cambiar de parecer. Aun ahora, si lo decidía, podía volver con Alejandro. Dios la perdonaría.

¿No estaba haciendo Tu voluntad allí, Señor? ¿No podía quedarme con él y ayudar a los enfermos?

Pero, mientras miraba fijamente la fría villa de piedra, supo que Dios la había enviado aquí. Alejarse ahora de Julia Valeriano sería alejarse del Señor y, sin Él, la vida no tenía sentido.

Sí, recordaba el calabozo frío, húmedo, fétido. ¿No había sido allí, en la oscuridad, donde realmente vio la Luz y se entibió con su calor? ¿No había sido allí donde encontró la paz que Dios siempre le había prometido? ¿No había sido allí donde Dios la hizo verdaderamente libre?

—¿Rafa? —dijo el sirviente, preguntándole—. ¿Quiere volver?

—No. Este es el lugar —dijo Hadasa y abrió la reja. Apoyándose pesadamente sobre su bastón, subió la escalinata delante de él. La pierna herida le dolía terriblemente cuando llegó a la

puerta. Respiró hondo y golpeó el picaporte.

Nadie respondió.

—No hay nadie en casa, Rafa —dijo el sirviente, aliviado.

Hadasa volvió a llamar, más fuerte esta vez, y se quedó escuchando si había movimiento dentro de la casa.

Silencio.

—Llamaré de nuevo a la litera. —Él se dio vuelta, descendiendo al escalón debajo de ella. Moviendo los bultos en sus brazos, extendió su mano para que se apoyara en él.

—No. Debo entrar. —Estaba preocupada por la falta de respuesta dentro de la villa. ¿Dónde estaban los sirvientes de Julia? Levantó el pestillo y lo empujó. Cedió fácilmente y la puerta se abrió de golpe.

—Rafa, no —dijo el sirviente, asustado.

Ignorándolo, entró al vestíbulo y miró alrededor de ella.

—Deja las cosas al lado de la puerta.

—Pero no puedo dejarla aquí...

—Déjalas y vete. Estaré bien.

Se quedó parado nerviosamente, mirando alrededor. Había un aire de abandono en el lugar. Obedeciéndola a regañadientes, cerró la puerta detrás de sí y dejó a Hadasa encerrada en la casa silenciosa .

El golpeteo del bastón sobre las baldosas de mármol resonó en el peristilo. La fuente estaba quieta, con el agua estancada. Miró dentro del triclinium y vio los cojines descoloridos y la mesa llena de polvo. Las estatuas de mármol habían desaparecido, aunque la pared oriental todavía estaba ornamentada con el mosaico de Baco retozando con unas ninfas del bosque.

Volviéndose, Hadasa rengueó hacia las escaleras para ir a las recámaras superiores. Cuando llegó arriba, hizo una pausa para descansar. El dolor en la pierna era tan intenso que temblaba. Volvió a escuchar atentamente, pero no había ningún sonido. Cuando sintió un poco de alivio del dolor, siguió por el amplio pasillo hasta la recámara de Julia.

La puerta estaba abierta.

El corazón le palpitaba tan rápido en el pecho que parecía un pájaro frenético por escapar. Parada en el umbral, Hadasa miró adentro.

Julia no estaba en la cama.

Hadasa entró en la habitación y vio que estaba desordenada. La vasija de desechos que no había sido vaciada despedía un olor fuerte. Al mirar hacia afuera, al balcón, Hadasa vio a Julia. Estaba sola y vestida con una túnica harapienta que le llegaba a los tobillos. La brisa moldeaba la túnica contra su cuerpo esquelético. Se aferraba a la pared como si estuviera sosteniéndose en ella y tenía el rostro vuelto hacia las colinas orientales. Su expresión mostraba tanta desolación que Hadasa se preguntó si estaría pensando en Atretes. Una vez, él había construido una villa para ella en esas colinas, con la intención de llevarla allí como su esposa.

Hadasa se quedó en su lugar, mirando atentamente a Julia, preguntándose si seguía siendo la misma o si las circunstancias la habían cambiado. Julia bajó la cabeza y la brisa ligera movió sus bucles opacos y oscuros sobre su rostro y sus hombros. Parecía una niña lastimada. Temblando, se abrazó a sí misma. Cuando giró, vio a Hadasa en sus velos y se sobresaltó.

—Rafa —dijo con un grito ahogado.

Hadasa nunca la había escuchado tan vulnerable.

El miedo que la había invadido tan violentamente se desvaneció. Recordó momentos únicos de dulzura que Julia había tenido. Había sido una niña alegre y apasionada. Llena de tristeza,

Hadasa vio cómo estaba ahora: delgada, pálida y devastada por la enfermedad.

Rengueó hacia Julia y el sonido de su bastón golpeó las baldosas. Julia se quedó mirándola con los ojos bien abiertos, indecisa.

—Por favor, perdóneme por entrar sin anunciarme a su recámara, mi señora. Nadie respondió cuando llamé a la puerta.

—Es bienvenida —dijo Julia formalmente mientras se sentaba débilmente en un sillón cerca de la pared y se ponía una manta sucia sobre los hombros—. Y estoy sola. Como ratas, Dídima y Tropas han abandonado el barco que se hunde. —Torció la boca sarcásticamente—. Y no es que me fueran particularmente útiles. —Miró hacia otra parte y dijo en voz baja—: Me alivia que se hayan ido. Me ahorraron el problema de venderlos.

—¿Prometeo también se fue, mi señora?

—No. Lo mandé a la ciudad a buscar trabajo. —Levantó un hombro con indiferencia—. Puede que vuelva o no. Él era propiedad de Primus, no mía. Primus era mi esposo, más o menos. —Levantó la mirada hacia los velos de Hadasa y su ceño se arrugó por un instante. Movió los dedos sobre la manta nerviosamente—. ¿Por qué está aquí, señora Rafa? Usted me tocó y no sucedió nada. El médico dijo que no tengo ninguna esperanza. —Inclinó su mentón—. ¿Ha vuelto para ver si su magia funciona esta vez? —Su demostración de desprecio no logró ocultar el miedo y la desesperación que se habían asentado en sus rasgos.

—No —respondió Hadasa suavemente.

Julia se sintió avergonzada, pero necesitaba cierta autodefensa y entonces se aferró al desdén que sentía hacia los demás

—Tal vez usted no sea tan milagrosa como dice todo el mundo.

—No, no lo soy.

El rostro de Julia denotó su angustia, y se envolvió con sus propios brazos. Apartó la mirada.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Hadasa se acercó.

—Vine a preguntarle si puedo quedarme con usted y cuidarla, señora Julia.

Julia levantó la cabeza repentinamente, sorprendida.

—¿Quedarse conmigo? —Tragó saliva y se quedó mirando a la mujer cubierta de velos, indefensa; su soledad y su vulnerabilidad quedaron completamente expuestas—. No tengo dinero para pagarle.

—No le pido que me pague.

—No tengo dinero ni siquiera para comprarle pan.

—Tengo dinero suficiente para mantenernos a ambas.

Julia la miró, sorprendida y confundida. —Usted... ¿me mantendría a mí? —dijo temblorosamente—. ¿Por qué?

—Porque es mi deber.

Julia frunció el ceño, sin entender.

—Me está diciendo que el médico cambió de parecer y la envió aquí a cuidarme.

—No. El Señor me envió.

Julia se puso ligeramente rígida .

—¿El Señor? —dijo, con una voz atragantada—. ¿A qué dios adora usted?

Hadasa sintió su retraimiento tan fuerte como si hubiera sido físico. También vio cautela y miedo en la mirada cuidadosa de Julia. Se le acercó un poco más y puso frente a ella su bastón, usándolo como apoyo. Supo que Dios la llamaba a decirle a Julia las mismas palabras que le había dicho alguna vez, las palabras que habían provocado su ira y su violencia, las palabras que

habían traído sobre ella la pena de muerte.

Oh, Señor, ¿tan pronto me pones a prueba? Y entonces se sintió avergonzada. ¿Cuántas veces en el pasado había fallado en hablarle a Julia, antes de esa última noche? *Señor, perdóname. Te negué cada vez que me quedé callada, cada vez que dejé pasar una oportunidad* .

—Creo que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

El silencio cayó sobre el balcón. Hasta la brisa pareció calmarse. Solo las palabras de fe de Hadasa parecían hacer eco en el aire.

Julia se estremeció y apartó la mirada con el rostro blanco y tenso.

—Le digo sinceramente, Rafa. Su dios no la envió a mí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque lo *sé* .

—¿Cómo lo sabe, señora Julia?

Julia levantó los ojos hacia ella con una mirada llena de dolor.

—Porque si hay algún dios que tiene un motivo para guardarme rencor, es ese.

Hadasa se llenó de esperanza al escuchar su respuesta.

—Hay una sola cosa que me gustaría pedirle —dijo Hadasa cuando supo que podía hablar sin llorar.

—Ahí viene —dijo Julia con sarcasmo—. Sí. ¿Qué quiere de mí? ¿Cuál es el precio que debo pagar?

—Le pido que no me llame Rafa.

El rostro de Julia se llenó de sorpresa.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué no?

—Es un título que nunca fui merecedora de tener. Fue un nombre que me pusieron por razones amables pero equivocadas.

Julia la miró con incertidumbre.

—¿Cómo desea que la llame?

El corazón de Hadasa latía incontroladamente. Había pensado en darse a conocer, pero algo en su interior la contenía. *Oh, Señor, no soy como la Hadasa del Purim, que salvó a su pueblo. Soy mucho menos que eso. Padre, muéstrame quién soy para ella. Dame un nombre bajo el cual yo pueda crecer. Un nombre que Julia pueda usar con comodidad* .

Y le llegó, como un susurro. Sonrió.

—Me gustaría que me llame Ezer.

Ezer. Ayudante.

—Ezer —repitió Julia—. Es un nombre bonito.

—Sí —dijo Hadasa, sintiendo ligero el corazón y dando gracias por eso—. Ezer.

—La llamaré por ese nombre —dijo Julia, de acuerdo.

—Entonces, que yo me quede o que me vaya es su decisión, mi señora. Haré lo que usted desee.

Julia se sentó en silencio por largo rato. Llena de dudas y desconfianza, tenía miedo de decir que sí. ¿Por qué una *cristiana* vendría a cuidarla? ¿De qué le serviría a ella? Si Rafa... *Ezer* supiera todo lo que había hecho, se iría. Y Julia sabía que solo era cuestión de tiempo que alguien se lo contara.

—No creo que se quede —dijo—. ¿Por qué lo haría? Todo Éfeso la conoce. Es muy

solicitada. —Nadie renunciaría a vivir con fama y riqueza por una vida penosa y solitaria acompañando a una mujer moribunda. Ella no lo haría. No tenía ningún sentido.

Hadasa se acercó más y se acomodó dolorosamente en un asiento frente a Julia. —Me quedaré.

—¿Unos días? ¿Unas semanas? ¿Un mes o dos?

—Hasta el final.

Julia inspeccionó los velos tratando de ver el rostro detrás de ellos. No pudo. Tal vez, Rafa... Ezer... como quiera que se llamara, era una anciana. Ciertamente, su manera trabajosa de moverse y su voz ronca indicaban que se trataba de una mujer de edad avanzada. Quizás fuera eso. Estaba cansada y necesitaba el descanso de cuidar a una sola persona en lugar de a muchas. ¿Y qué le importaba todo eso, si Rafa-Ezer le daba su palabra?

—¿Lo promete? —dijo Julia temblorosa, deseando tener a la mano a un escribano que hiciera constar el acuerdo por escrito.

—Lo prometo.

Julia soltó el aliento lentamente. Qué raro. Dos palabras pronunciadas por una mujer que ni siquiera conocía y, no obstante, estaba segura de que podía creerle. Podía confiar en ella. Quizás era por la manera en la que Rafa-Ezer había dicho esas palabras.

De pronto, Julia se llenó de una tristeza indescriptible. *«Lo prometo»* . Había escuchado a otra voz decir esas palabras, y vio unos ojos oscuros y risueños llenos de un cariño indulgente.

«Lo prometo...».

Una vez, Marcus le había dicho esas palabras, ¿y dónde estaba él ahora? ¿Qué había significado su promesa? Su propio hermano le había mentido. ¿Cómo podía confiar en alguna otra persona?

En circunstancias tan desesperadas, ¿cómo puedes no hacerlo? pareció susurrarle una voz.

Vivía con miedo en todo momento. La muerte era el hecho más aterrador de la vida, pero lo que más había temido era enfrentarla sola.

—Oh, Ezer —dijo—. Tengo tanto miedo. —Dijo trabajosamente, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sé lo que es tener miedo —dijo Hadasa.

—¿Lo sabe usted?

—Sí. Desde que era una niña, el miedo casi me ha consumido.

—¿Cómo lo venció?

—No lo hice. Dios lo hizo.

Julia se sintió inmediatamente incómoda. No quería que se mencionara a Dios. Y la otra no lo entendía. Lo único que sabía es que cualquier mención al dios de Hadasa la angustiaba. La hacía recordar cosas que quería olvidar desesperadamente.

Y ahora, Ezer decía que su dios era el mismo.

—Qué ironía tan patética —murmuró tristemente.

—¿Cuál?

—Mi vida es un completo desastre por una cristiana, y ahora usted viene y ofrece cuidarme. —Estremeciéndose, cerró los ojos—. Lo único que sé es que necesito a alguien. A *cualquiera* .

Fue suficiente.

Sin embargo, por esa sola frase, Hadasa vio el largo y peligroso camino que tenía por delante. Pensando como pensaba, era probable que Julia nunca se arrepintiera. Y, como se lo había advertido Alejandro, Hadasa sabía que ella misma podía llegar a morir en la arena. Estaba absolutamente segura de una cosa: Dios la había enviado aquí para un propósito, y a ese

propósito debía rendirse. No podía medir el costo.

—Nunca la dejaré, señora Julia, ni la abandonaré. No mientras tenga aliento en este cuerpo. —Después de decir eso, Hadasa le tendió la mano.

Julia se quedó mirando la mano fijamente. Se le descompuso el rostro, tomó la mano y se aferró a ella por su propia necesidad. Más allá de eso, no podía pensar.

31

Marcus pasó varias semanas en Genesaret, caminando por las calles de la ciudad. Vestido con la ropa que le había dado Esdras Barjaquín e imitando la postura reverente de los que había observado, pudo entrar en una sinagoga. Quería escuchar la lectura de las Escrituras y se quedó en lo más alejado de la periferia de la reunión para poder hacerlo. Aunque no entendía el idioma hebreo, sentía un gran consuelo al escuchar las Escrituras leídas de la Torá. Mientras las palabras fluían sobre él, pensaba en Hadasa. Ella había hablado y él había estado sordo. Como ahora: en hebreo o en griego, en arameo o en latín; el lenguaje le era extraño, porque el significado esquivaba su comprensión.

Escuchó la musicalidad del idioma, su llamado evocador, y quiso entender. Quería ver y escuchar y poder asimilarlo. Quería saber qué había atraído a Hadasa a Dios y qué la había hecho resistir con tanta determinación y convicción hasta el final.

¿Quién eres? ¿Qué eres?

Miró alrededor subrepticiamente y vio la devoción y la paz en el rostro de algunos hombres, la *esperanza* . En otros, veía un reflejo de lo que él sentía. Hambre.

Quiero saber qué la sostenía. Dios, ¡quiero saber!

El dolor que sentía en su interior creció. Sin embargo, se quedó escuchando atentamente a los hombres que discutían en griego los puntos delicados de la ley judía. Leyes y más leyes organizadas sobre la tradición. Demasiado complicado para que él lo entendiera en pocos días. Demasiado complicado para toda una vida. Frustrado, se retiró y deambuló por las costas del mar de Galilea, pensando en todo lo que había escuchado y tratando de encontrarle sentido.

Seguramente la vida no había sido tan compleja para Hadasa. Ella había sido una muchacha simple, común y corriente, no una erudita brillante ni una teóloga. Todo en lo que creía se había reducido a una única verdad para ella: *Jesús* . Todo lo que hizo, todo lo que dijo, su manera de vivir; todo se había enfocado en el hombre de Nazaret.

Si tan solo su propia vida pudiera ser tan clara .

¿Qué era esta hambre constante que lo carcomía? Lo había acosado desde antes que Hadasa llegara a su vida. No había ninguna definición para lo que sentía, ninguna descripción para lo que anhelaba. Para llenar el vacío que había en su interior, había probado de todo: mujeres, vino, juegos, dinero. Nada era suficiente. Nada respondía a su necesidad. El vacío permanecía, una aflicción de su espíritu.

Después de viajar la corta distancia hasta Capernaúm, se alojó en una posada griega. El propietario era sociable y hospitalario, pero Marcus se mantuvo reservado, insensible a la atmósfera jovial. La actividad lo deprimía y se acostumbró a pasar las tardes en el muelle, observando a los pescadores que traían lo que habían sacado durante el día. En la noche, veía las antorchas flameantes mientras los barcos se movían sobre el agua negra y los pescadores echaban sus redes.

Una trompeta sonó seis veces, marcando el comienzo del *sabbat* desde la azotea de una sinagoga en el terreno alto que daba a una ciudad santa que ya no existía. Observó a los hombres y notó la prenda de cuatro puntas con flecos que llevaban puesta. Había aprendido que el hilo azul oscuro en una punta era un recordatorio constante para que el que lo llevaba guardara la Ley.

Unos días después, perdió la paciencia y caminó hasta Betsaida, pero, después de pasar varias noches allí, se dirigió al oriente, a Betsaida-Julius. Había escuchado que Jesús de Nazaret había enseñado en las laderas cercanas a la pequeña ciudad. Pero Jesús había sido crucificado unos cuarenta años atrás. ¿Seguirían resonando sus palabras en esas cuestas silenciosas?

Pensó que encontraría al Dios de Hadasa en esta tierra asolada por la guerra, tierra que llevaba el sello de Roma, pero Dios lo eludía. No estaba para encontrarlo en la cima de una montaña ni en una ciudad santa. Dios no estaba en el altar de piedra en el corazón del templo. Dios no estaba en una casa abandonada de una aldea galilea ni en el camino solitario que conducía al mar.

¿Cómo te encuentro?

No recibió respuesta.

Con el espíritu oprimido, Marcus cayó en la desesperación.

No podía encontrar paz. Había perdido todo sentido de propósito. Sus planes minuciosamente pensados no habían resultado. Ya ni siquiera estaba seguro de por qué había venido a Palestina. Lo peor de todo era que, en algún punto a lo largo del camino, Hadasa se había esfumado.

Ya no podía ver su rostro. No podía recordar el sonido de su voz. Lo único que seguía teniendo en claro era el amor que ella sentía por su dios. Quería imaginarla aquí, caminando por estas mismas playas, de niña, feliz. Quizás entonces sentiría un poco de paz. Pero su mente lo traicionaba una y otra vez, y volvía a la imagen nublada de una muchacha de cabello oscuro arrodillada en el jardín de la villa de su padre en Roma. Orando. Orando por su familia.

Orando por *él* .

¿Por qué seguía viendo esa única imagen? ¿Por qué lo atormentaba tanto? ¿Por qué lo único que le quedaba como recuerdo de ella era esa luz ardiente?

Evitando a la gente, Marcus se quedó en las colinas al oriente de Betsaida-Julius, buscando la soledad para despejar sus pensamientos y volver a encontrar a Hadasa. Buscó la justificación para una búsqueda que había perdido totalmente su objetivo. Cuanto más trataba de pensar en estas cosas, más se entremezclaban sus pensamientos y más se confundía su mente, hasta que llegó a preguntarse si estaría volviéndose loco.

El cabello y la barba le habían crecido. Se acostumbró a seguir a los pastores y sus rebaños, manteniéndose a cierta distancia, observándolos. Era asombroso ver cuánto cuidaban a los animales, llevándolos a verdes prados y haciéndolos descansar bajo la sombra fresca para que rumiaran. Las bestias bebían agua de las pozas tranquilas que se formaban junto a los arroyos y seguían al pastor cada vez que golpeaba el suelo con su cayado. Él veía que los animales entraban en el redil, no en tropel, sino uno por uno, cuidadosamente atendidos por el pastor. A algunos los ungía, poniendo aceite en la lana entre los ojos y la nariz de la oveja. Y, una vez que estaban dentro de los muros protectores, el pastor se acostaba en la entrada del redil para cuidar a su rebaño.

Marcus se acostó a dormir sobre su propia manta y se quedó mirando los cielos, su mente en estado caótico. En algún momento de sus viajes, alguien le dijo que Jesús había sido llamado «el Buen Pastor». ¿O había sido Hadasa quien lo dijo? No podía recordarlo. Pero, oh, qué paz ser como una de esas ovejas tontas, cuidadas y alimentadas por un Pastor cuya existencia parecía ser simplemente eso: cuidar tiernamente a sus ovejas.

Marcus volvía a mirarlos una y otra vez, y el dolor seguía atormentándolo, afligiendo su mente como un perro que mordisqueaba una herida infectada. Su corazón estaba en carne viva. Quería resucitar a Hadasa en sus pensamientos y, cada vez que lo intentaba, no podía más que recordar su muerte, lo violenta y horrenda que había sido.

¿Por qué? Su corazón clamaba. *Dios, ¿por qué?*

Sin advertencia, una noche volvió a soñar, esta vez con un lago de fuego habitado por seres torturados que se retorcían bajo una luz oscura y titilante. El sueño se hizo más intenso, más vívido, hasta que pudo sentir el calor y oler el humo sulfuroso rodeándolo. Se llenó de miedo y ,después, de una chispa de esperanza, ya que en alguna parte muy por encima de él, fuera de su vista y de su alcance, escuchó que Hadasa le gritaba que se acercara a ella.

—¡No puedo encontrarte! —gritó angustiado y se despertó abruptamente, bañado en sudor y con el corazón latiéndole fuertemente.

Noche tras noche, el sueño volvía y lo torturaba. Y luego, tan de repente como había comenzado a plagar sus noches, el sueño cesó y dejó un vacío mucho peor. Una oscuridad desmedida lo envolvió y, exhausto, sintió que caía en ella.

Demacrado y desaliñado, Marcus deseó la muerte para que terminara su tormento.

—Sé que estás ahí. ¡Ganaste! ¡Termínalo! —gritó a los cielos.

Nada sucedió.

Bajó a la orilla del mar y se sentó a contemplar las ondas del agua durante horas. El viento era frío y lo atravesaba, pero él apenas lo sentía. Tuvo una visión de sí mismo. Era tan clara que podía haber estado parado ante un espejo, pero vio más allá... dentro de su alma. Se cubrió los ojos, se agarró la cabeza y escuchó las palabras de su hermana.

«¡Oí lo que te dijo! La oí arrojarte tu amor en la cara. Prefirió a su dios en lugar de a ti, y dijiste que su dios podía tenerla. Bueno, ahora la tendrá».

Marcus gruñó. «No». Se apretó más fuerte la cabeza, la presionó, queriendo aplastar las palabras y las imágenes que había en su mente.

«¡Dijiste que su dios podía tenerla!».

«¡Oh, Dios, no...!». Si no hubiera sido por él, ella estaría viva. Fue por culpa de sus propias palabras impulsivas, palabras dolidas y airadas, que ella había sido enviada a la muerte.

«¡Lo hice por ti!», le había gritado Julia ese día cuando Hadasa había salido caminando por la arena para enfrentarse a los leones. Y, aunque él gritó para impedirlo, ya no pudo apartar la vista. Cayó sobre él como la ola de una tormenta, sobrecogedora. Vio a Julia, la hermana a la que había amado tanto, enloquecida de furia, aferrándose a él y gritando.

«Dijiste que su dios podía tenerla... dijiste que su dios podía tenerla... dijiste...».

—¡No! —gritó él al viento—. ¡Nunca quise que muriera!

«Dijiste que su dios podía tenerla...».

El viento vino con fuerza y Marcus recordó las últimas palabras que le había dicho a Hadasa en los aposentos superiores de la villa de Julia: *«¡Tu dios puede quedarse contigo!»* .

Él la quería para sí, y cuando no pudo tenerla, se había marchado lleno de rabia y desprecio.

Y ella pagó el precio.

De rodillas, se cubrió la cabeza.

— *Yo* merecía morir, no ella.

Con el silencio sombrío, llegó el peso del juicio. Se arrodilló en la orilla, hasta que el viento se calmó y la quietud lo rodeó. Enterrando sus manos en la arena, levantó su rostro.

—Vine para maldecirte, pero yo soy el maldecido. —Ninguna voz suave le habló. Nunca se había sentido tan solo y vacío—. ¿Por qué deberías contestarme? ¿Quién soy yo? Nadie. ¿Qué soy yo? Nada.

Se sintió tragado por la culpa y vomitó en la arena con remordimiento pues sabía que merecía lo peor por haber sido parte de lo que le había sucedido a Hadasa. Ya no podía seguir huyendo ni escondiéndose.

—Si eres Dios, haz justicia. ¡Haz justicia!

El viento suave formó ondas en las aguas y una ola suave bañó la orilla. Marcus volvió a escuchar las palabras de la anciana como si se las hubiera susurrado sobre el agua.

«Hasta que encuentre a Dios, vivirá en vano».

Vio lo inútil que había sido toda su vida, y la nada inhóspita y oscura que se extendía ante él. Se sintió culpable de su pecado. Debía entregar su propia vida como castigo. Más allá del papel que había tenido Julia en lo sucedido, era él quien debía haber estado parado en la arena aquel día. No Hadasa. Ella nunca había hecho nada que mereciera la muerte. Pero, al mirar hacia atrás, pudo recordar la infinidad de veces y las incontables maneras en que él había tomado un camino que merecía la muerte.

Esperó el veredicto, pero Dios seguía en silencio. Entonces, Marcus se puso de pie y se juzgó a sí mismo. Se proclamó culpable y se dictó sentencia... y entró caminando al mar.

El agua fría fue lamiéndole los tobillos, las rodillas, las caderas. Se impulsó hacia adelante y comenzó a nadar directo hacia las profundidades. El agua empezó a ser más brusca y más fría. Las extremidades se le entumecieron. Agotado, nadó con lentitud, todavía alejándose de la orilla. Una ola lo golpeó y tragó agua. Atragantándose, instintivamente luchó por vivir, aun cuando deseaba la muerte con todas sus fuerzas.

Mientras empezaba a quedar inconsciente y el frío lo envolvía, escuchó que alguien decía su nombre.

«Marcus».

El sonido le llegó suavemente de todo su alrededor y entonces vino la calma mientras una calidez creciente se apoderaba de él.

El horno

32

Marcus se despertó en la playa. Desorientado, se quedó mirando las estrellas. *Un sueño* , pensó, *debe haber sido un sueño* . Pero entonces, ¿por qué le dolían los pulmones? Se quitó de encima el peso de una capa seca y se sentó. La brisa del mar lo acarició y sintió la fría humedad de la túnica sobre su piel. El corazón comenzó a latirle más rápido. Tenía escalofríos en todo el cuerpo.

Un fuego crepitaba.

Temblando de miedo, Marcus giró la cabeza. Un hombre con una larga túnica estaba sentado al otro lado de las llamas, cocinando un pescado. Bajo la luz parpadeante, Marcus pensó que sus ropas brillaban. Marcus nunca había visto un rostro como ese.

—¿Usted es Dios?

—Soy un siervo del Señor Altísimo.

Marcus sintió un escalofrío de aprehensión.

—¿Bajo qué nombre se le conoce?

—No tengas miedo —dijo el hombre, y su voz sonó imponente y reconfortante a la vez—. Soy Paracletos.

—¿De dónde vino?

Paracletos sonrió y su semblante pareció aún más brillante.

—Vine a traerte buenas noticias, Marcus Luciano Valeriano. Dios escuchó tus oraciones.

Marcus comenzó a temblar violentamente. Él le había pedido a Dios que le quitara la vida y pensó en ahogarse pero nada pasó. ¿Iba este extraño a matarlo ahora en el nombre del Señor? Bueno, era lo mínimo que merecía. Esperó con el corazón retumbándole en los oídos y el sudor brotando de su piel.

—Levántate y come —dijo Paracletos, alcanzándole el palo con el pescado asado.

Marcus se levantó lentamente, se inclinó sobre el fuego y desprendió el pez del palo con sumo cuidado. Volvió a sentarse y separó la carne de las espinas. Estaba delicioso y se le deshacía en la boca. Después del primer bocado, se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Paracletos le dio pan y vino, y Marcus comió y bebió hasta saciarse. Parecía que Dios quería que muriera con el estómago lleno .

La intensidad de la mirada de Paracletos fundía el corazón de Marcus.

—Muchos han orado por ti y sus oraciones han sido escuchadas —dijo—, pero debes *pedir* para recibir.

Marcus se llenó de angustia.

—¿Qué derecho tengo para poder pedir algo? —Él sabía qué era lo que más deseaba, pero era imposible—. ¿Puedo recibir el perdón de la persona a quien le causé la muerte?

—En Cristo, todas las cosas son posibles.

Marcus sacudió la cabeza y cerró los ojos. Pensó en Hadasa. En su mente, la veía caminando hacia la arena con los brazos abiertos de par en par, sonriendo, cantando. ¿Quién sino Dios podía darle tanta paz en semejantes circunstancias? ¿Quién sino Dios podía darle la fe que necesitaba? La fe. ¿De dónde venía?

—Pide y recibirás.

Marcus lo miró. Sin ser merecedor de nada, apretó la mandíbula. ¿Debía pedirle a Dios que lo

salvara ahora, cuando lo había maldecido una vez tras otra? ¿Debía suplicar misericordia, cuando él no había tenido ninguna?

—Dios dio a su único Hijo, para que todo el que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna.

—El lago de fuego es donde yo debo estar, no en el cielo —dijo Marcus con voz ronca—. Hadasa perdió la vida por mi culpa.

—Y la encontró. Dios sigue teniéndola en la palma de su mano. Ella no será arrebatada de allí. En verdad, te digo esto, Marcus Valeriano: que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni nuestros temores de hoy ni nuestras preocupaciones de mañana. Ni siquiera los poderes del infierno, ningún poder en las alturas ni en las profundidades, nada en toda la creación podrá jamás separar a Hadasa del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

El alivio y la gratitud invadieron a Marcus.

El hombre se levantó y se acercó a Marcus.

—Cree en el que me envió. Escucha la Buena Noticia. El que murió ha resucitado, así como te resucitó a ti del mar. Le pediste al Señor que tomara tu vida, y así lo hizo.

Puso su mano en el hombro de Marcus y, al tocarlo, el corazón de Marcus se rompió. Las lágrimas salieron como si se hubiera punzado una herida antigua e infectada que le había dolido toda la vida desde el día que nació. Cayó postrado sobre la arena y lloró.

—Ve a Capernaúm —dijo Paracletos—. Encontrarás un hombre en la entrada. Cuéntale todo lo que te sucedió esta noche.

Marcus se enderezó después de un largo rato, pero no vio a nadie con él en la playa. ¿Lo habría soñado? Miró y vio, ahí delante de él, en la arena, las brasas de una fogata y las espinas de un pescado.

Sintió un cosquilleo en la nuca y un calor se desparramó por todo su cuerpo.

Marcus entró corriendo a Betsaida-Julius.

—Busco a Paracletos —dijo, respirando entrecortadamente—. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—No conozco a nadie con ese nombre —fue la respuesta repetida, y nadie había visto a un hombre que coincidiera con la descripción que Marcus les daba. Seguramente alguien conocía a un hombre así.

—Quizás ha visto a un ángel —se burló un hombre.

—¡Vaya a dormir la borrachera! —se reían otros.

Marcus emprendió el camino a Capernaúm y era casi el amanecer cuando llegó. Vio a un hombre sentado junto a la entrada. Las personas pasaban a su lado, pero él parecía observar el camino. ¿Era este el hombre al que Paracletos se había referido? Marcus se acercó y la mirada del hombre se fijó en él atentamente. Dejando de lado sus sentimientos de incomodidad, Marcus obedeció la orden de Paracletos y le contó absolutamente toda la historia de lo que le había sucedido la noche anterior.

—Lo último que me dijo fue que viniera a Capernaúm y que le contara todo esto al hombre que estaba junto a la entrada. Y así lo hice. —Esperaba que el hombre se riera y lo acusara de estar borracho.

El hombre, en cambio, sonrió con una sonrisa resplandeciente.

—¡El Señor sea alabado! Yo soy Cornelio. En un sueño, se me dijo que un romano llamado Marcus se reuniría conmigo aquí. ¿Es usted?

—Soy Marcus —dijo con voz ronca, y añadió secamente—: ¿Se le dijo qué hacer conmigo?

El hombre rió.

—¡Ah, sí! ¡Venga conmigo! —Llevó a Marcus al mar. Marcus lo siguió al agua, confundido. Cornelio se volteó hacia él y le puso la mano en el hombro—. ¿Cree usted que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo?

Marcus sintió un instante de temor. Cualquier cosa que sucediera a partir de ahora, cambiaría su vida para siempre. Apretó la mandíbula y los puños, todavía luchando contra sí mismo. ¿Creía? ¿De verdad?

Tenso, inseguro, sabía que tenía que tomar una decisión consciente.

—Creo —dijo—. Perdona mi incredulidad.

El hombre lo sujetó firmemente y lo bajó al agua .

—Lo bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La corriente de agua fría envolvió a Marcus, cubriéndolo, y luego fue levantado a la calidez del sol. Plantó firmemente sus pies mientras el hombre que estaba junto a él se regocijaba en el Señor. Otros vinieron corriendo y lo único que Marcus pudo hacer fue quedarse parado y mirar a la distancia, sobre el mar de Galilea, sorprendido por el gozo que sentía.

Un gozo súbito. Inexplicable. Completo.

No había sido un sueño. Él no había imaginado nada de lo que había pasado la noche anterior ni de lo que había dicho el extraño que se había presentado como Paracletos. Sin embargo, más profundo aún era el cambio que sentía en su interior, ahora que había tomado la decisión de creer que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Se sentía limpio. Se sentía completo. La sangre corría por sus venas con una vida nueva, un nuevo rumbo.

Marcus se llenó los pulmones con el aire fresco y lo dejó escapar de nuevo, y se sintió libre. Se rió y levantó los ojos al cielo con un corazón agradecido. Lloró al mismo tiempo. ¿Realmente era tan asombrosamente simple? *Creo* .

Miró ansiosamente a Cornelio, respondiendo al nuevo Espíritu que estaba dentro de él.

—¿Qué hago ahora?

—Tiene que volver a Éfeso.

Las palabras le llegaron como un golpe físico.

—¿Qué dijo?

—Que debe volver a Éfeso —dijo Cornelio nuevamente, frunciendo ligeramente el ceño.

Marcus se quedó parado, chorreando agua y sintiendo como si le hubieran arrancado el corazón. Miró a Cornelio, un hombre a quien no conocía, y deseó no haber hecho nunca la pregunta.

—¿Por qué me dice eso? —le dijo con voz ronca, molesto de que se le hubiera quitado tan pronto el gozo.

—Esas son las palabras que recibí: “Dile a Marcus que vuelva a Éfeso”. —Cornelio puso su mano en el brazo de Marcus—. ¿Sabe qué quiere el Señor de usted allá?

Oh, sí, lo sabía. La estremecedora plenitud y misericordia de la orden golpeó de lleno su corazón, pero su mente se rebeló contra ella.

—Sí lo sé —dijo sombríamente.

Dios quería que perdonara a su hermana.

33

—Cuénteme otra historia como la que me contó ayer —le dijo Julia a Ezer mientras esta la ayudaba a llegar al sillón que estaba en el balcón—. Algo emocionante y romántico.

El alma de Hadasa se le cayó a los pies. En las últimas semanas le había contado a Julia muchas de las historias que había escuchado de niña. Eran historias que revelaban los atributos del amor y de la misericordia de Dios, pero para Julia no eran más que un entretenimiento. No le llegaban al corazón. ¿Siempre iba a ser así, queriendo distraerse del dolor de la enfermedad, ciega a la verdad de la vida?

Quería algo emocionante. Romántico.

Hadasa quería sacudirla y hablarle del Seol y de Satanás, de que Jesús vendría nuevamente y juzgaría al mundo, a *ella* . ¿Quería Julia estar entre los que serían arrojados al lago de fuego para toda la eternidad? ¿Estaba tan ciega a la verdad que se proclamaba cada día en el amanecer? Cristo resucitó. Cristo es el Señor. Cristo reina. Cristo juzgará.

—¿Por qué está tan callada? —le dijo Julia.

Si tú reinas, Señor, ¿por qué estoy tan derrotada?

—Cuénteme una historia, Ezer.

Hadasa suspiró lentamente, tratando de liberarse del enfado. Julia seguía siendo tan demandante como siempre había sido. Afianzándose, Hadasa ayudó a Julia a acostarse. La tapó con la manta y rengueó hasta el otro sillón. Se sentó con cuidado; el dolor subía por toda su pierna lastimada. La estiró y se la frotó, mientras sentía que Julia estaba mirándola y esperando. Trató de pensar en alguna historia que la apaciguara.

—Sucedió que mientras los jueces gobernaban Israel, hubo una gran hambre en la tierra. Y cierto hombre de Belén de Judá fue a residir temporalmente a la tierra de Moab con su esposa y sus dos hijos...

Julia se reclinó hacia atrás y cerró los ojos, escuchando la voz ronca de su compañera. La historia le sonaba conocida, pero no le importaba. No podía recordar los detalles ni los hechos, y serviría para distraerla un rato .

—Los hijos se casaron con mujeres moabitas; una de ellas se llamaba Orfa y el nombre de la otra era Rut.

Julia abrió los ojos, consternada.

—¿Es esta la historia en la que el marido muere y la muchacha vuelve a Judá con su suegra y conoce a un agricultor?

Hadasa se quedó callada. Se apretó las manos sobre el regazo y luchó contra el enojo que surgía en su interior.

—Sí, mi señora.

—Ya la escuché. —Julia suspiró adolorida—. No importa, continúe y cuéntemela. Pero mejor haga que el hombre que conoce sea un soldado en lugar de un campesino y agregue algunas batallas. —Cuando Ezer no dijo nada, Julia volteó la cabeza y la miró, perpleja. Estaba muy quieta. Por los velos que le tapaban el rostro, Julia no podía adivinar en qué estaba pensando. Eso la incomodaba. ¿La había ofendido?—. Muy bien —dijo con afligida tolerancia—. Cuéntela como quiera.

¡Hadasa no tenía ganas de contársela en absoluto! Cerró los ojos y respiró despacio,

perturbada por el enojo que iba creciendo en su interior. Era todo menos santo. Cuando volvió a abrir los ojos, vio que Julia todavía estaba mirándola.

—¿Está enojada conmigo?

Sonaba como una niña que sabía que había hecho enojar a su madre. Hadasa empezó a negar que estaba enojada y cambió de parecer.

—Sí —dijo francamente—. Estoy enojada. —No sabía adónde podía llevarla reconocer el enojo, pero no se arrepentía de haber hablado honestamente.

Julia pestañeó.

—Pero ¿por qué? ¿Porque ya escuché la historia antes? No dije que no me gustara. De alguna manera, fue entretenida. Solo le pedí que cambiara algunos detalles para que fuera más interesante. —Volteó el rostro y agregó con un tono malhumorado—: Pero no tiene que hacerlo si no quiere.

—Es posible que usted haya oído la historia antes, pero no la *escuchó* .

Julia giró la cabeza nuevamente, y sus ojos centellearon con un repentino enojo rebelde.

—La *escuché* . No soy estúpida. Yo misma podría contar toda la historia. La madre se llamaba Noemí, que después se puso el nombre de Mara porque estaba amargada por haber perdido a su esposo y a sus dos hijos. ¿No es así? Y el agricultor se llamaba Booz. Un nombre ridículo, si me lo pregunta. Boo-oz. ¿Por qué no algo más fuerte, como Apolo? ¡Así, por lo menos, sabría que era guapo! Y Rut era la nuera *perfecta* , una mujer de excelencia. “¡Una mujer de excelencia!”. Era una aburrida que hacía todo lo que su suegra quería que hiciera. Ve a espigar los campos, Rut. Duerme a sus pies, Rut. Cásate con Booz sin que importe cuán viejo sea. Entrega a tu primer hijo.

Giró la cabeza.

—La pobre muchacha no tenía voluntad propia —dijo con un desprecio lleno de burla.

—Rut tenía su voluntad propia. Tenía una voluntad firme y un corazón fuerte, y se los entregó ambos a Dios y fue bendecida por eso.

—Eso es lo que usted opina.

—El campesino con el que se casó la convirtió en la bisabuela del rey David. Hasta en Roma han escuchado hablar del rey David —replicó Hadasa.

Julia volvió a girar la cabeza y su boca esbozó un gesto frío esta vez.

—¿Detecto orgullo en su voz, Ezer? ¿Acaso escuché algo de desprecio?

Las mejillas de Hadasa se sonrojaron. Miró la expresión engreída de Julia y se llenó de vergüenza. *Estaba* llena de orgullo. Se había enardecido al escuchar las palabras despectivas de Julia.

—Israel quizás haya tenido un rey David —dijo Julia altivamente—, pero Roma ha tenido al gran Julio, a César Augusto, a Vespasiano, a *Tito* . ¿No fue ese joven quien redujo a la antigua Jerusalén a una pila de escombros?

Hadasa recordaba demasiado bien a Tito.

—Sí, mi señora, él lo hizo.

Al escuchar que respondía con palabras tranquilas, la frialdad desapareció de los ojos de Julia. Frunció el ceño y su voz se hizo más suave.

—¿Usted estuvo ahí cuando sucedió?

—Estuve ahí.

Julia se mordió el labio y miró hacia otro lado, afligida.

—Discúlpeme por haberle hecho acordar de eso. A veces digo cosas sin siquiera pensarlas.

Eran palabras como estas las que confundían a Hadasa acerca de Julia. ¿Era arrogante y

despectiva? ¿O era sensible? ¿Ocultaban sus modales ásperos una vulnerabilidad más profunda?

Señor, ayúdame. Yo antes la amaba como a una hermana. Ahora, me desagrada tanto que me cuesta estar en la misma recámara que ella. Me siento y escucho sus quejas y sus exigencias constantes, y quiero gritarle acerca de todo el sufrimiento que me causó. Ayúdame a verla con tus ojos, Padre.

Mientras oraba, empezó a relajarse de nuevo. Julia estaba ciega y sorda a la verdad. Era ignorante. ¿Criticaría a una persona ciega por su incapacidad de ver? ¿Se enojaría con los sordos por no escuchar?

Julia era una oveja perdida que se había alimentado de plantas venenosas y se había perdido entre los espinos. Perseguida por los lobos, se había metido en aguas rápidas que la habían arrastrado río abajo. Como toda la humanidad, ella ansiaba lo que le faltaba desde el nacimiento y buscaba desesperadamente llenar el vacío que había en ella. Había adoptado las mentiras de Calabá, había sucumbido a las pasiones oscuras de Cayo, había permitido que Primus le cauterizara la conciencia con sus prácticas abominables y se había enamorado de Atretes, un hombre lleno de violencia y de odio. ¿Era de extrañarse que ahora estuviera agobiada por su pecado, y hasta muriendo por él?

Hadasa se llenó de compasión y sintió que le entibiaba el cuerpo y le aliviaba el dolor de la pierna.

—Quería contarle la historia de Rut porque se trata de una mujer que era descendiente de una raza que nació incestuosamente y que se aferró a las prácticas paganas. Pero ella tenía un corazón consagrado a Dios. Eligió dejar su tierra y a su familia y seguir a su suegra. Le dijo: "Tu Dios será mi Dios". Dios la bendijo en gran manera por su fe, no solo durante su vida, sino a lo largo de las generaciones. Todos somos bendecidos a través de ella.

Julia se rió de manera cortante.

—¿Cómo somos todos bendecidos a través de una mujer judía que murió hace siglos?

—Rut está nombrada en el linaje de Jesús de Nazaret, el Salvador.

El rostro de Julia se puso rígido al escuchar ese nombre.

—Sé que usted cree que él es un dios, Ezer, ¿pero eso significa que yo también tengo que creer?

Hadasa se llenó de tristeza por la tozudez que vio en la expresión de Julia.

—No —dijo—. Usted creerá en lo que elija creer.

Julia tiró de la manta para subirla y la apretó.

—Si Jesús es un dios, es un dios sin poder. —Sus manos se pusieron pálidas sobre las mantas —. Hace mucho tiempo conocí a alguien que creía en él, y a ella no le sirvió de nada.

Hadasa cerró los ojos y bajó la cabeza, sabiendo que era de ella de quien hablaba Julia. No sonaba para nada arrepentida, y se preguntó si Alejandro no tendría razón, después de todo. Aquí corría peligro. Tal vez era el orgullo lo que la había hecho venir a Julia, y no el llamado del Señor en absoluto. Satanás era el maestro del engaño. Hadasa quería levantarse e irse, cerrar la puerta detrás de sí y olvidarse de Julia Valeriano. Quería dejar a la joven mujer orgullosa librada a su destino. Llegaría el día en que todos se arrodillarían y toda lengua confesaría que Jesucristo es Señor. Hasta Julia.

¿Por qué me trajiste aquí, Señor, cuando ella tiene un corazón de piedra?

Y, sin embargo, era verdad que Él la había traído. Ahora quería negarlo y no podía. La sensación de propósito había sido muy fuerte, demasiado dominante. Todavía lo era. Era ella quien era débil e irresuelta.

Dame fuerzas, Señor. Fortaléceme para Tu propósito. No sé qué hacer con ella.

Volvió a levantar la cabeza y vio a Julia contemplando el cielo, conteniendo sus lágrimas.

—¿Qué pasa, mi señora?

—Nada.

—¿Está adolorida?

—Sí —dijo ella, cerrando los ojos con fuerza. Estaba tan adolorida que ni siquiera una sanadora como ella, que pasaba su vida cerca de los que sufrían, podía imaginarlo.

Hadasa se levantó.

—Le prepararé una dosis de mandrágora.

Julia escuchó el golpeteo del bastón de Ezer y el suave arrastre de su pie. Cerró los ojos, tratando de contener sus lágrimas. La presencia y los modos de Ezer le recordaban dolorosamente a otra persona que había conocido. Los pensamientos y los recuerdos de esa otra mujer la acosaban ahora, pero sabía que nunca podría hablar en voz alta de lo que había hecho. Por mucho que deseara expiar sus culpas, no se atrevía a hacerlo. Era inútil querer revivir el pasado. Era deprimente contemplar el futuro. Aun el presente estaba volviéndose cada vez más insoportable.

Ezer era lo único que tenía y Ezer era cristiana.

Hadasa. ¡Oh, Hadasa! ¿Qué hice?

Julia se prometió a sí misma que nunca le contaría a Ezer lo que le había hecho a una esclava que no había hecho nada malo, salvo amarla. Era preferible morir con la culpa que morir sola.

Ezer volvió con la mandrágora. Julia la bebió ansiosamente, anhelando tener paz y pensando que la encontraría en el narcotizado olvido.

34

Mientras Julia dormía, Hadasa se sentó en el peristilo y derramó su corazón delante de Dios. No esperaba los sentimientos confusos que se suscitarían en ella al regresar a esta villa. Cada vez que se le cruzaba un pensamiento, lo consideraba cautelosamente. ¿Era verdadero? ¿Era honorable? ¿Era puro o bello? ¿Era admirable? Muchos no lo eran y hacía el esfuerzo de apartarlos. Sin embargo, los pensamientos sombríos seguían martillando.

Era mucho más fácil mantenerse concentrada en el Señor cuando estaba sola. Era cuando estaba cuidando a Julia que la armadura le parecía demasiado débil contra los dardos que la atacaban.

Ahora luchaba contra los pensamientos del pasado y esos sentimientos, obligándose deliberadamente a alabar al Señor. Volvió a contar todas las vidas que Él había tocado en los últimos dos años. Le agradeció por la vida de Antonia y de su hijo, por Severina y Boeto y muchos otros. Oró por Febe y por Iulius. Oró por Marcus, pero pensar en él la hacía volver al pasado. Entonces, mejor oró por Alejandro. No había esperado extrañarlo tanto.

La puerta principal se abrió, interrumpiendo su momento de tranquilidad. Se sintió casi aliviada cuando vio entrar a Prometeo. Tuvo la sensación de que su espíritu se aligeraba, porque solía sentarse aquí con él a escucharlo y a hablar del Señor. Ella no le había revelado su identidad, pero descubrió que volvían a tener la antigua camaradería y que era más intensa aún. Ya no lo veía como un muchacho en servidumbre, sino como un joven que había sido liberado.

Lo vio cruzar el vestíbulo en pocas zancadas y entrar al peristilo. La expresión que llevaba su cara la hizo guardar silencio. Estaba sumamente angustiado. Caminó hacia la fuente sin advertir que ella estaba en el rincón. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre el borde de mármol del pozo. Soltó una palabrota. Se salpicó agua sobre la cara y se frotó la nuca. Soltó otra palabrota. Se lavó las manos y se restregó el rostro, pero eso no parecía ayudarlo en su estado. Temblaba mucho.

—¿Prometeo?

El cuerpo de Prometeo saltó, sorprendido, y Hadasa vio que se ponía colorado. Sus hombros se hundieron, lo cual hizo que se viera derrotado cuando levantó la cabeza. No la miró.

—Pareces molesto.

Se dio vuelta hacia ella. Tenía los ojos tristes.

—No sabía que estaba aquí, señora Ezer.

—Lamento haberte sobresaltado.

Él pestañeó y miró hacia otro lado, incómodo.

—¿Cómo está la señora Julia?

—Está durmiendo. Le di una dosis de mandrágora para el dolor. —Algo muy malo estaba pasando y Hadasa esperaba que él se sintiera libre como para deshacerse de lo que lo agobiaba —. Siéntate un rato. Pareces cansado.

Prometeo se acercó reacio al rincón y se sentó frente a ella. Fijó la mirada en las manos de ella, que estaban ligeramente apretadas sobre su regazo.

—¿Estaba orando?

—Sí.

Un músculo de su cara se tensó.

—Yo oro todo el tiempo. No me ha servido de mucho.

—¿Qué pasa, Prometeo?

El muchacho se inclinó hacia adelante y se pasó las manos por el cabello. Sin previo aviso, comenzó a llorar, no en silencio, sino con sollozos profundos y desgarradores que sacudían todo su cuerpo.

Hadasa se inclinó y apoyó sus dos manos sobre su cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo puedo ayudarte? —dijo ella, a punto de llorar por la angustia que veía en él.

—Pensé que se había terminado —sollozó—. Cuando llegué al Señor, creí que Él me limpiaría y me dejaría blanco como la nieve y que *olvidaría* mis pecados.

—Él lo hizo.

Prometeo levantó la cabeza; las lágrimas corrían por sus mejillas y sus ojos resplandecían de ira.

—Entonces, ¿por qué sucede lo mismo, una y otra vez?

—¿A qué te refieres?

Él volvió a poner su cabeza entre sus manos.

—Usted no podría entenderlo.

—Entiendo que estás desanimado. Yo también lo estoy.

Levantó la cabeza, sorprendido.

— *¿Usted?* Pero usted es tan fuerte en el Señor.

—¿Fuerte? —Inclinándose hacia atrás, suspiró—. Yo soy la más débil de las mujeres, Prometeo. A veces, no sé qué estoy haciendo aquí, por qué vine, qué quiere de mí el Señor o si yo quiero hacer lo que Él desea. La vida era mucho más fácil con Alejandro .

—La señora Julia *es* difícil.

—La señora Julia es *imposible.*

Él le dirigió una sonrisa afligida, entendiéndola, y luego frunció el ceño, distraído por sus propios problemas. Soltó el aliento lentamente. Con las manos apretadas entre sus rodillas, miró fijamente el piso.

—No menos imposible de lo que soy yo. Supongo que algunos simplemente no podemos ser salvos.

—Tú *eres* salvo, Prometeo.

Él rió sombríamente.

—Yo pensaba que sí. —La miró con los ojos húmedos y atormentados—. Ya no estoy tan seguro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hoy me encontré con un amigo y me hizo darme cuenta de eso. Charlamos largo rato. Yo estaba hablándole del Señor. Él me escuchaba atentamente y yo estaba muy feliz. Pensé que iba a aceptar a Cristo. —Volvió a reír sombríamente y tragó saliva—. Y, entonces, me tocó. Cuando lo hizo, supe que él no quería al Señor en absoluto.

Hadasa no entendía.

—¿Qué quería?

—A mí. —El color le subió rápidamente desde el cuello hasta el rostro. No pudo mirarla—. Todo volvió —dijo tristemente—. Todas las cosas que tanto traté de olvidar. —Levantó la mirada y vio el pasillo, los arcos y las escaleras—. Me acordé de Primus.

Hadasa percibió la profunda tristeza que había en su voz y se preguntó de dónde provenía. Seguramente, no extrañaba a Primus.

Prometeo se reclinó hacia atrás; parecía agotado y miserable.

—Yo le pertenecía a un amo que tenía una caseta debajo de las tribunas del anfiteatro. Usted probablemente no sepa qué quiere decir eso.

—Lo sé.

Su rostro enrojeció.

—Entonces, si le digo que ahí fue donde Primus me vio por primera vez, entenderá qué era *él* . —Miró hacia otra parte y se quedó en silencio por largo rato. Cuando volvió a hablar, sus palabras salieron entrecortadas y sin emoción—. Él me compró. Me trajo aquí, a esta casa.

—Prometeo...

—No diga nada —dijo con una voz torturada y los ojos atormentados—. Usted entiende que yo era su catamito. No entiende cómo me sentía yo al respecto.

Ella entrelazó sus dedos, pidiéndole sabiduría a Dios, porque vio que Prometeo estaba decidido a que entendiera todo y no se sentía preparada para manejarlo.

—Primus me amaba. —Sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente—. Hubo momentos en los que yo también lo amaba. O, por lo menos, tenía sentimientos que apuntaban en ese sentido. —Volvió a inclinarse con el rostro hacia abajo para que ella no pudiera verlo—. Mi primer amo era cruel. Primus era amable. Me trataba bien. Todo es tan confuso. —Empezó a hablar en un tono de voz muy bajo, casi un murmullo—. Él me cuidaba, y lo que hacía... bueno, a veces, me gustaba.

Hadasa se llenó de repulsión por lo que estaba contándole, y también vio y sintió la vergüenza del muchacho. Él se quedó muy tranquilo.

—También a usted le doy asco, ¿no? —dijo con voz ronca.

Ella se inclinó hacia adelante y tomó sus manos entre las suyas.

—No podemos dominar nuestros sentimientos de la misma manera en que podemos controlar nuestros actos.

Él le apretó las manos y las sujetó como si estuviera ahogándose.

—Ninguna de las dos es fácil. —No dijo nada por un rato y, entonces, empezó de nuevo—. Cuando Celadus me tocó, me sentí tentado. —Su cabeza cayó más aún—. Supe que si me quedaba un minuto más, ya no me iría. —Soltó las manos de Hadasa, se pasó los dedos temblorosos por el cabello y se volvió a agarrar la cabeza—. Así que *corrí* . —Empezó a llorar nuevamente—. No pude resistir la tentación y vencerla. Huí como un cobarde.

—No como un cobarde —dijo Hadasa dulcemente—. Como cuando la esposa de Potifar, el capitán de la guardia del faraón, trató de seducir a José. Tú *corriste* , Prometeo. El Señor te dio una manera de escapar, y tú la usaste.

—Usted no entiende, señora Ezer. —Levantó los ojos hacia ella con una expresión forzada—. *Hoy* escapé. ¿Y si vuelve a suceder, y en ese momento el hombre me convence con sus argumentos y me seduce, como Calabá lo hizo con la señora Julia? ¿Y si estoy deprimido? ¿Y si...?

—No estés tan ansioso por el mañana, Prometeo. El problema de hoy es bastante para hoy. Dios no te abandonará.

Se restregó las lágrimas del rostro.

—Suena muy fácil— dijo, frustrado—. Usted dice que Dios no me abandonará, pero me siento abandonado. ¿Sabe que aquí, en Éfeso, hay cristianos que querrían relacionarse lo menos posible conmigo porque saben qué era yo? Algunos nicolaítas van al Artemision varias veces por semana y usan a las prostitutas del templo. Sin embargo, a ellos no los tratan como a mí.

Ella se sintió muy entristecida .

—Lo que ellos hacen es un pecado, Prometeo.

—Están con *mujeres* .

—¿Y te parece que por eso es diferente?

—Un hombre quiso demostrarme que tiene razón diciendo que en las Escrituras está escrito que Dios considera que la homosexualidad es una abominación. Que yo debería ser apedreado.

—La Ley mosaica consideraba que el adulterio y la fornicación también merecían la muerte. Dios desprecia cualquier clase de inmoralidad sexual, sea física o espiritual. —Pensó en Julia, en la recámara de arriba, muriendo lentamente de una enfermedad que había contraído por llevar una vida de pecado. Pensó en ella adorando a otros dioses. ¿Cuál era el mayor pecado?

—Me doy cuenta de cómo me miran algunos de ellos —dijo él—. No miran a esos hombres de la misma manera. Muchos cristianos piensan que soy despreciable, que estoy más allá de la posibilidad de redención. Y, después de hoy, creo que es posible que tengan razón.

—No, Prometeo. Estás escuchando la voz equivocada.

Él se enderezó lentamente y se reclinó hacia atrás.

—Quizás sí, y quizás no. Ya no lo sé. Lo único que sé es que a veces me siento solo, señora Ezer; tan solo, que extraño la vida que tenía con Primus.

Ella quería llorar.

—Yo también me siento sola, Prometeo.

—Pero usted siempre puede ir a Dios, y él la escucha.

—Él también te escucha a ti —dijo con lágrimas en los ojos, llena de dolor por lo que otros le hacían a él en el nombre del Señor—. No midas a Dios de acuerdo a los hombres. Él te *ama* . Él murió por ti.

—Entonces, ¿por qué me pone la tentación una y otra vez? Pensé que todo se había terminado, pero no es así. No puedo bloquear los recuerdos que hay en mi mente, por más que lo intente. Siempre hay algunas cosas allí para recordármelo. Me sorprendo a mí mismo pensando que las cosas eran mucho menos complicadas cuando no era cristiano.

—El Señor no te tienta. Satanás es el que lo hace. Espera el momento oportuno y sabe exactamente dónde eres más vulnerable. Para ti, son los placeres físicos que experimentaste mientras practicabas la homosexualidad. Para los que te acosan, es el orgullo. Ellos piensan que son mejores que tú o que su pecado es menos importante. Dios no piensa como los hombres, Prometeo.

Ella le tomó las manos.

—Proverbios dice que hay seis cosas que el Señor odia, que aún son siete las que detesta: los ojos arrogantes, la lengua mentirosa, las manos que matan al inocente, el corazón que trama el mal, los pies que corren a hacer lo malo, el testigo falso que respira mentiras y el que siembra discordia en una familia. ¿Cuántos de esos pecados cometen los que ponen escollos en tu andar con el Señor? No recurras al hombre para que te entienda, ni a ti mismo para tus necesidades. Dios mira tu dolor y tu lucha, y Dios te dará la fuerza para derrotarlo. Solo Dios puede hacerlo.

Prometeo dejó escapar lentamente el aliento y asintió.

—Escucho que el Señor me habla a través de usted —dijo, sumamente aliviado. Levantó la cabeza y le sonrió con tristeza—. Usted me recuerda a alguien que conocí hace tiempo. Ella fue una de las razones por las cuales estuve a punto de no volver a esta casa. —Su expresión se ablandó—. Y, de una extraña manera, fue parte del motivo por el cual lo hice.

El Señor conmovió el corazón de Hadasa. Prometeo había dejado caer su máscara de felicidad y le había revelado la lucha que había en su interior. ¿Podía ella hacer menos que él?

Retiró las manos.

—Prometeo —dijo suavemente y se levantó los velos.

Él miró sus cicatrices con revulsión y con lástima y, luego, su expresión cambió.

—Oh, Dios. *¡Dios!* —susurró con voz ronca al reconocerla. Cayó de rodillas y rodeó con sus brazos las caderas de Hadasa, apoyando la cabeza en su regazo—. ¡No sabes cuántas veces anhelé volver a hablar contigo! Tú viste cómo vivía yo. Sabías qué era. Y, sin embargo, me quisiste tanto como para compartir la Buena Noticia conmigo.

Ella acarició el cabello oscuro de Prometeo como si todavía fuera un niño.

—Dios siempre te amó, Prometeo. No fue una casualidad que nos conociéramos. Nunca supe si las semillas que había plantado en ti habían echado raíces, hasta que te vi hace unas semanas. Ah, qué gozo fue saber que habías aceptado a Jesús en tu corazón, también.

Su mano descansó sobre la cabeza de Prometeo.

—Tú también sembraste semillas, Prometeo. Déjale tu amigo al Señor. —Volvió a acariciarlo y sintió que sus músculos se relajaban.

—Oh, mi señora —dijo él.

Ella sonrió con melancolía.

—Solo quería que supieras que yo lucho con el pasado tanto como tú. —¿Cuántas semillas había sembrado en Julia? Y ninguna de ellas había echado raíz todavía.

¿Por qué, Señor? ¿Por qué ?

Prometeo levantó la cabeza y se apartó de ella, mirando su rostro. Le tomó las manos y las sostuvo fuertemente.

—No pierdas la esperanza. Dios es bueno y acaba de mostrarme que Él es soberano. —Habló con una seguridad absoluta, con el rostro iluminado por la alegría—. Estás aquí, viva. ¿De qué otra manera podría suceder eso, si no fuera por Su voluntad?

Entonces, Hadasa lloró. Su propia necesidad de estímulo atravesó la superficie de la calma que se autoimponía.

Y Prometeo, restaurado, se levantó para consolarla.

35

Marcus entró en la villa de su madre sin llamar a la puerta. Mientras subía la escalera, una esclava lo vio, dejó caer la bandeja que llevaba y gritó.

—¡Señor Marcus! —El sonido de la cerámica y la vajilla de cristal rompiéndose resonó en el peristilo. Asustada, se agachó para recoger los trozos de la cristalería rota—. Lo lamento, mi señor —dijo con los ojos muy abiertos—. Lo lamento. No esperaba verlo.

—Espero que sea una sorpresa agradable —dijo él, sonriéndole. Ella se ruborizó. Él trató de recordar su nombre y no pudo. Era bonita, y él recordó que su padre la había comprado al poco tiempo de llegar a Éfeso—. No has roto nada importante.

Iulius vino corriendo desde el pasillo superior. —¿Qué ocurre? ¿Alguien se lastimó? —Vio a Marcus y se detuvo—. ¡Mi señor!

—Ha pasado un largo tiempo, Iulius —dijo él y le tendió la mano.

Iulius vio que a Marcus le faltaba el añillo de sello y se preguntó qué habría pasado. Tomó la mano de su amo y empezó a hacer una reverencia, pero Marcus se la estrechó como a un igual. Sorprendido, Iulius retrocedió incómodo. Marcus Valeriano nunca había sido dado a la familiaridad con los esclavos, excepto, claro, con las jóvenes más bonitas.

—¿Tuvo un viaje exitoso, mi señor?

—Podría decirse que sí —dijo Marcus, sonriendo—. Vuelvo a casa siendo un hombre mucho más rico que cuando me fui. —Sus ojos reflejaron cierta diversión—. Tengo mucho para contarle a mi madre. ¿Dónde está?

Iulius se sintió incómodo. Lo que tenía que decirle a Marcus no era una buena noticia. ¿Qué haría el joven amo, ahora que estaba en casa?

—Está descansando en la terraza de su recámara.

—¿Descansando? ¿A esta hora del día? ¿Está enferma? Otra vez las fiebres, me imagino —dijo, consternado. Febe había tenido episodios de fiebre antes de que él se fuera.

—No, mi señor. Ella no está enferma. No exactamente.

Marcus frunció el ceño .

—¿Exactamente qué?

—No puede caminar ni hablar. Puede usar parcialmente la mano izquierda.

Alarmado, Marcus pasó de largo junto a él y cruzó el pasillo dando largas zancadas. Iulius lo interceptó antes de que llegara a la puerta.

—Por favor, escúcheme antes de verla, mi señor.

—¡Entonces, habla rápido y al grano!

—Más allá de su aspecto físico, está en su buen juicio. Entiende lo que sucede alrededor de ella y lo que se dice. Hemos desarrollado una manera de comunicarnos entre nosotros.

Marcus lo apartó a un costado y entró en la recámara. Vio a su madre sentada en una silla que se parecía mucho a un pequeño trono. Tenía la mano apoyada flácidamente sobre el brazo con los dedos delgados relajados. Su cabeza estaba recostada hacia atrás, como si estuviera tomando sol. El corazón de Marcus se desaceleró. Ella se veía bien.

No fue sino hasta que estuvo más cerca que vio los cambios físicos en ella.

—Madre —dijo con suavidad, con el corazón destrozado.

Febe abrió los ojos. Había orado tan a menudo por su hijo que no se sorprendió en absoluto

cuando escuchó su voz y vio una visión de él parado frente a ella en la terraza. Parecía el mismo, pero estaba distinto. Era hermoso, la personificación de la gracia y el poder masculino, pero parecía mayor y tenía la piel bronceada por el sol.

—Madre —le dijo nuevamente.

Cuando se arrodilló ante ella y le tomó la mano, Febe supo que era real.

—Ahhh...

—Sí, estoy aquí. Estoy en *casa* .

Se moría de ganas de abrazarlo, pero lo único que pudo hacer fue quedarse sentada y llorar. Sus lágrimas lo afligieron sobremanera y Febe trató de contenerlas.

—Ahhh... —dijo, agitando la mano izquierda.

—Todo va a estar bien ahora —dijo él, mientras sus propios ojos se llenaban de lágrimas.

Iulius se acercó y puso su mano sobre el hombro de ella.

—Su hijo ha vuelto.

Marcus notó la manera personal en que Iulius tocó a su madre. También vio la expresión en la mirada del hombre. Su ira se encendió.

—No volveré a dejarte —dijo Marcus, limpiándole las lágrimas de sus mejillas—. Buscaré el mejor médico que podamos pagar .

—El mejor ya la vio, mi señor —dijo Iulius—. No hemos escatimado recursos. Hemos hecho todo lo que podía hacerse.

Al mirar a Iulius a los ojos, Marcus supo que el esclavo le decía la verdad. Sin embargo, estaba perturbado. Era bueno que un esclavo fuera leal a su ama, pero los sentimientos que notó de parte de Iulius eran mucho más profundos que eso. Quizás era bueno que Dios lo hubiera enviado a casa en este momento.

Marcus volvió a dedicarle toda su atención a su madre, mirándola intensamente a los ojos. Vio cómo le sostenía la mirada con la misma intensidad. Un ojo estaba nítido y despierto; el otro, impreciso y turbio.

—¿Me equivocaba al pensar que eras cristiana? —le dijo.

Ella pestañeó dos veces.

—No se equivocaba —dijo Iulius.

Marcus no dejó de mirarla.

—Un hombre en las playas del mar de Galilea me dijo que había creyentes que oraban por mí. *Tú* orabas por mí, ¿verdad?

Ella cerró lentamente los ojos y volvió a abrirlos.

Marcus sonrió. Él sabía la única cosa que le daría consuelo.

—Entonces, entérate de esto, madre: tus oraciones han sido contestadas. Encontré a Cristo. Un hombre llamado Cornelio me bautizó en el mar de Galilea.

Sus ojos volvieron a brillar con lágrimas.

—Ahhh —dijo, y fue un suspiro de alabanza y gratitud. Su mano se agitó.

Marcus agarró la mano y le besó la palma; luego, apoyó toda la mano de ella sobre su mejilla.

—He llegado a casa, madre. A ti. Y a Dios.

36

Durante los días siguientes, Marcus acompañó a su madre cada instante que estaba despierta. Le contó sobre su viaje y el encuentro con Sátiro. Le relató su travesía a Jerusalén y que había visto las ruinas del templo y la piedra donde posiblemente Abraham había puesto a Isaac para sacrificarlo. Le habló de los ladrones en el camino a Jericó y cómo Esdras Barjaquín y su hija, Tafita, le habían salvado la vida. Le habló de la anciana, Débora, en la aldea de Naín y cómo lo había llevado al camino hacia el mar de Galilea. Le contó la desesperación y el vacío que había sentido y de su intento de quitarse la vida. Y, finalmente, con reverencia y asombro, le habló de Paracletos y del Señor.

—No sé si me ahogué, madre. Sé que sentí que había resucitado. —Le tomó la mano, que seguía siendo delicada y elegante—. Y ahora sé que Jesús está vivo. Veo su presencia en el mundo que nos rodea. —Recordó que una vez Hadasa le había dicho lo mismo. En ese momento, pensó que era una tontería. Ahora le parecía muy claro e inexorable—. Sobre todo, lo veo en el corazón de personas como Débora y Cornelio y muchos otros que conocí desde entonces. Pero lo vi mucho tiempo antes de eso. —Había visto al Señor en la vida de una simple esclava.

—Ha... da...

Él bajó la cabeza y puso su mano sobre las de ella.

—Ha... da...

—Yo también la recuerdo, madre. Recuerdo todo de ella.

—Ha... da...

—También la extraño.

— *Ha... da...*

Él levantó la cabeza, luchando contra el dolor que aún lo golpeaba a veces.

—Ella está con el Señor —dijo, deseando que ese conocimiento lo ayudara a sentir consuelo. Pero haberla perdido era como una herida que nunca sanaría. *Hadasa* . Una palabra que era sinónimo de amor para él. ¿Cómo pudo ser tan tonto?

—Ahhh.

—Shhhh —le dijo, tratando de calmar la agitación de su madre, que tenía la mirada muy intensa, casi salvaje—. No volveremos a hablar de ella, si te intranquiliza tanto.

Ella pestañeó dos veces.

—Ella debe descansar, mi señor —dijo Iulius, siempre protector—. El médico dijo...

—Sí, me lo dijiste. —Marcus levantó en brazos a su madre y la llevó de vuelta a su recámara —. Hablaremos más tarde —dijo, y la besó en la mejilla.

Marcus se enderezó y miró a Iulius directamente a los ojos. Hizo un gesto señalando la puerta. Iulius salió.

La muchacha que había dejado caer la bandeja el primer día que volvió a casa ocupó el asiento cercano a la cama para cuidar a su madre.

—Llámame cuando se despierte.

—Sí, mi señor.

Marcus cerró la puerta de la recámara al salir. Iulius estaba parado en el barandal que daba al peristilo. Marcus miró al hombre mayor con ojos suspicaces.

—Exactamente, ¿cuál es la relación entre tú y mi madre?

Un color oscuro apareció en el rostro de Iulius.

—Soy su esclavo, mi señor.

—¿Su esclavo?

—Me encargué de cuidarla desde que tuvo el ataque.

—¿Y antes de eso?

La voz de Iulius mantuvo un tono parejo.

—No diga nada de lo que luego se arrepentirá.

Marcus montó en cólera rápidamente.

—¿Quién eres tú para darme órdenes?

—Le concedo que soy su esclavo, mi señor, pero le digo lo siguiente: si dice una sola palabra que perjudique el carácter de su madre, lo golpearé como lo hubiera hecho su padre ¡y no me importan las consecuencias!

Asombrado, Marcus le clavó la mirada. Iulius era tan consciente como él de que esas palabras habrían bastado para hacerlo crucificar.

—Has respondido mi pregunta con tus palabras imprudentes.

—No son imprudentes, mi señor. Son del corazón. Ella es la mujer más noble del mundo.

Marcus apretó la mandíbula.

—¿Mi madre te ama de la misma manera que tú a ella?

—¡Por supuesto que no!

Marcus no estaba seguro. Había entrado varias veces a la habitación cuando Iulius estaba a solas con ella. La voz del esclavo tenía una ternura diferente cuando le hablaba a su madre y, una vez, cuando Iulius la levantó de la silla, ella había apoyado su cabeza en el hombro de él, contenta.

Marcus no estaba seguro de qué sentía acerca de su relación, ni tenía certeza de que él tuviera derecho a sentir nada. ¿Dónde estaba él cuando su madre lo había necesitado? Iulius había dedicado cada instante a cuidarla y se había ocupado de todas sus necesidades. Era atento y protector. La devoción de Iulius no era una cuestión de deber, era un acto continuo de amor.

Marcus apoyó sus manos sobre el barandal. De pronto, se sintió avergonzado.

—Soy celoso por naturaleza —confesó—. No es algo de lo que esté orgulloso.

—Usted ama a su madre.

—Sí, la amo, pero eso no me da excusa para levantar acusaciones contra ti. Perdóname, Iulius. Sin tu cuidado, mi madre no estaría viva. Te estoy agradecido.

Iulius estaba asombrado por el cambio en Marcus. Había una humildad nueva en él que nunca antes había visto.

—No necesita preocuparse por nada, mi señor. Para su madre, yo soy un esclavo y nada más.

—Eres más que eso para ella. —Había visto la mirada en los ojos de su madre cuando Iulius hablaba con ella. Puso su mano en el hombro de Iulius—. Eres su amigo más querido.

37

Los días pasaron. Marcus esperó que alguien mencionara a su hermana, pero nadie lo hizo. Finalmente, sintió curiosidad y preguntó cuándo había sido la última vez que Julia había venido de visita.

—Alrededor de seis meses, mi señor —dijo Iulius.

— *¿Seis meses?*

—Sí, mi señor.

—¿Ella conoce el estado de mi madre?

—No la hubiéramos dejado en la ignorancia —dijo Iulius—. Le avisamos varias veces, mi señor. La señora Julia vino una vez. Se angustió mucho por el estado de su madre.

—Tan angustiada que no se molestó en venir otra vez —Marcus profirió un insulto hacia ella. *¿Perdonarla, Señor?* Quería estrangularla con sus propias manos. Su corazón latió violentamente al llenarse de ira.

Iulius se arrepintió de sus palabras condenatorias, preocupado porque no eran el reflejo del verdadero estado de los problemas de Julia. Al fin y al cabo, no sabía por qué no había vuelto y no le parecía apropiado que él hiciera conjeturas. Buscó las posibles razones para su abandono.

—Ella no parecía estar bien, mi señor.

—Es probable que estuviera padeciendo los efectos de haber bebido la noche anterior.

Iulius se había preguntado lo mismo en esa oportunidad, pero no lo reconoció.

—Estaba muy delgada.

Marcus lo miró fríamente.

—¿Estás defendiendo el abandono de mi hermana?

—No, mi señor. Mi única preocupación es la señora Febe. Su madre espera que su hija regrese.

Marcus miró hacia otro lado con el rostro endurecido.

—Ella espera a la señora Julia de la misma manera que lo esperaba a usted, mi señor.

Un músculo se tensó en la mejilla de Marcus.

—Gracias por el amable recordatorio —dijo con sarcasmo .

—Tal vez sería prudente averiguar por qué la señora Julia no ha regresado, mi señor.

—Podría arriesgar una conjetura bien fundamentada —dijo Marcus con un cinismo mordaz —. Calabá se oponía a que mi hermana tuviera algo que ver con mi madre. Le preocupaba que Julia se contagiara de la mínima decencia. —Lanzó una risa crispada—. Dudo que haya muchas posibilidades de que eso suceda.

—Calabá Shiva Fontaneus se fue de Éfeso hace un año.

Marcus levantó la vista, sorprendido.

—Qué interesante. ¿Qué más has escuchado acerca de los asuntos de mi hermana?

—Hay rumores de que el esposo de la señora Julia también se fue, algunos meses después de que usted partiera a Palestina. Hasta donde yo sé, no ha vuelto.

Marcus se quedó pensativo. Entonces, la pobre Julia había sido abandonada. Ni más ni menos de lo que merecía. ¿Acaso no le había advertido en contra de Calabá y de Primus? Podía adivinar lo que había pasado. Calabá había usado a Julia hasta que se cansó de ella, mientras que Primus había aprovechado cada oportunidad que tuvo para despojarla sistemáticamente de todo el dinero

que pudo.

¿Cuál era su situación ahora?

¿Y por qué tenía que importarle a él?

Julia probablemente se había acercado a su madre para pedirle ayuda y, al ver que no recibiría ninguna, se fue. A Julia nunca le había gustado estar cerca de alguien que estuviera enfermo. Recordó cómo había huido del cuarto cuando su padre llamó a la familia a su lecho de muerte.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse.

—¿Dijiste que parecía enferma?

—Sí, mi señor.

Lo invadieron emociones encontradas; la más fuerte era su ira contra ella. Estaba tremendamente consciente de qué quería el Señor, e igual de intensa era también su lucha contra eso. Quería recordar lo que había hecho Julia, tener un escudo contra los sentimientos más tiernos. Ella no merecía ternura. Solo merecía ser juzgada.

—Seis meses —dijo con pesimismo—. Quizás murió durante ese tiempo.

Iulius estaba perturbado por la fría indiferencia de la voz de Marcus. ¿Verdaderamente esperaba que su hermana se hubiera muerto?

—¿Y si ella no murió, mi señor? Su madre estaría más tranquila si supiera que la señora Julia está sana y salva .

El rostro de Marcus se puso rígido. Sabía que lo que le decía Iulius era verdad. Si su madre había orado por él, sabía que oraba por Julia.

La perspectiva de ver a su hermana despertó los sentimientos intensos que habían permanecido dormidos durante las últimas semanas. La calma antes de la tormenta se había terminado, y el feroz vendaval de emociones ahora golpeaba con más fuerza aún. Había jurado nunca volver a ver ni a hablar con Julia. Cuando hizo esa promesa, había tenido la intención de cumplirla. Para siempre. Ahora sabía que tenía que dejar de lado sus propios sentimientos y en cambio pensar en las necesidades de su madre. En cuanto a Julia, no le importaba en absoluto qué le había sucedido.

—Muy bien —dijo Marcus sombríamente—. Mañana averiguaré dónde está.

Oró pidiéndole a Dios que estuviera muerta y sepultada y que eso fuera el final del asunto.

38

Hadasa peinaba el cabello de Julia con movimientos lentos. Observó los parches calvos del tamaño de una moneda, otra señal de la enfermedad venérea. Julia había estado muy inquieta hoy por el dolor agudo que le causaban sus úlceras. Hadasa le había dado una pequeña dosis de mandrágora y le había añadido una mezcla especial de hierbas a su baño. Ahora Julia estaba somnolienta a la luz del sol de la tarde, relajada. La brisa removió las hojas de la enredadera y trajo con ella los olores fuertes de la ciudad llena de gente.

Pasando los dedos por los bucles sedosos, Hadasa comenzó a hacer una trenza con el cabello largo hasta la cintura. Cuando terminó, dejó caer la trenza sobre el hombro de Julia.

—Le traeré algo para comer, mi señora.

—No tengo hambre —Julia suspiró—. No tengo sed. No estoy cansada. Nada.

—¿Le gustaría que le cuente una historia?

Julia negó con la cabeza; entonces, la miró por encima de su hombro, esperanzada.

—¿Usted sabe cantar, Ezer?

—Disculpe, mi señora. No puedo. —La infección y las lesiones le habían dañado las cuerdas vocales al punto de que solo podía hablar con una voz ronca—. Puedo tocar la lira.

Julia miró hacia otro lado.

—No tengo una lira. En esta casa había una, pero Primus la hizo pedazos y después la quemó. —En ese momento, ella se había alegrado porque el instrumento le hacía recordar a la esclava que lo tocaba y cantaba canciones sobre su dios.

—Le pediré a Prometeo que compre otra.

Julia se llevó una mano temblorosa a la frente.

—No gaste su dinero. —Se rió con tristeza. ¿Cuánto había gastado en los últimos años? Cuando pensaba en cuánto había tenido, le costaba creer que había llegado a vivir así.

Hadasa apoyó su mano sobre el hombro de Julia.

—Es la fiebre que le hace doler la cabeza, mi señora. —Prometeo había puesto una mesita al lado del sillón, en la cual había un cuenco con agua aromática y una pequeña pila de paños. Hadasa mojó uno y lo exprimió. Con él, dio unos toquecitos en el rostro de Julia—. Trate de descansar.

—Ojalá pudiera descansar. A veces, me duele demasiado para dormir. Otras veces, no quiero dormir porque sueño.

—¿Qué sueña?

—Toda clase de cosas. Sueño con personas que conocí. Anoche soñé con mi primer esposo, Claudio.

Hadasa le acarició la frente y las sienes.

—Cuénteme de él.

—Se rompió el cuello cuando se cayó de su caballo. —Se relajó bajo el cuidado tierno de Hadasa. Hoy tenía ganas de hablar del pasado, de deshacerse de él—. Para empezar, no era muy buen jinete, y después me enteré de que había bebido varias copas de vino antes de salir a buscarme.

Hadasa dejó a un lado el paño.

—Lo lamento.

—Yo no lo lamenté —dijo Julia con voz apagada—. No en ese momento. Debería haberlo hecho, pero no lo hice.

—¿Ahora sí?

—No lo sé —dijo y se mordisqueó el labio—. Sí —dijo en voz baja, después de un momento —. A veces. —¿La condenaría Ezer? Julia esperó, tensa. Ezer extendió la mano y le tomó la suya. Julia se sintió tan agradecida que se aferró a la mano pequeña y fuerte de la mujer y continuó—. En un sentido, fue mi culpa. Verá, él había ido a buscarme. Yo había ido al *ludus* a ver la práctica de los gladiadores. Estaba loca por ellos. Por uno, en particular. Le había pedido a Claudio que me llevara una docena de veces, pero él no lo aprobaba. Lo único que le importaba realmente eran sus estudios sobre las religiones del Imperio. Y a mí me aburría todo eso. Estaba aburrida de él.

Suspiró.

—Nunca me habría casado con él si mi padre no me hubiera obligado. Claudio tenía veinte años más que yo, pero actuaba como si fuera aún más viejo. —Ella siguió adelante, tratando de justificar sus actos, pero, cuanto más hablaba, menos justificada se sentía. ¿Por qué la acosaba ahora lo que había sucedido hacía tanto tiempo? El incidente con Claudio solo era uno entre tantos otros.

Hadasa puso su otra mano sobre la de Julia.

—Usted era muy joven.

—Demasiado joven para él —dijo Julia. Dejó escapar lentamente la respiración con una risa triste—. Creo que Claudio me amaba porque me parecía a su primera esposa, pero no era nada como ella. Qué trastorno debí ser para él después de las primeras semanas de casados.

—¿Sabe cómo era su esposa?

—Nunca la conocí, desde luego, pero deduje que era buena, amable y que compartía la pasión que él tenía por aprender. —Levantó la cabeza, mirando los velos, agradecida de no poder ver el rostro que había detrás de ellos—. Yo no era ninguna de esas cosas. A veces, me descubro deseando... —Sacudió la cabeza y miró hacia otra parte—. Desear no sirve de nada.

—¿Qué desea, mi señora?

—Haber sido un poquito más amable, por lo menos.

Hadasa quiso abrazarla, porque era la primera vez que Julia reconocía al menos una punzada de remordimiento por algo.

—No quiero decir que me gustaría haberlo amado —dijo Julia—. Nunca podría haberlo amado, pero si hubiera sido... —Sacudió la cabeza—. Ah, no sé. —Cerró los ojos—. Supongo que es inútil. Me han dicho que no sirve de nada vivir en el pasado y, sin embargo, parece que es lo único que me queda. Las imágenes del pasado.

—A veces tenemos que volver atrás y recordar las cosas que hicimos y limpiarnos de ellas, antes de poder seguir adelante.

Julia la miró sombríamente.

—¿Con qué propósito, señora Ezer? No puedo cambiar lo que sucedió. Claudio está muerto y no hay nada que hacer. Y siempre tendré parte de culpa de que sucediera.

—No tiene que ser así.

Julia se rió con una risa dura.

—Eso es exactamente lo que decía Calabá.

Hadasa se sorprendió.

—¿Calabá?

—Sí, Calabá Shiva Fontaneus. Ah, le aseguro que ha escuchado hablar de ella. Todos han

escuchado de Calabá. —Su boca dibujó una sonrisa amarga—. Ella vivía aquí conmigo. Estuvo aquí casi un año. Era mi amante. ¿Eso la escandaliza? —Retiró su mano de un tirón.

—No —dijo Hadasa tranquilamente.

—Calabá decía que no tenemos que sentir remordimientos por el pasado. Lo único que tenemos que hacer es concentrarnos en disfrutar el presente. —Lanzó una risotada sarcástica—. Una vez le conté acerca de Claudio. Se rió y dijo que era una tonta por tener remordimientos. —Quizás ahora era una tonta por contarle tanto a Ezer.

—Pero lo hizo.

—¿Qué hice?

—Sentir remordimientos .

—Poco tiempo, inmediatamente después de que murió. O quizás fuera más temor que remordimientos. No lo sé. Tenía terror de que alguien me envenenara. Cada uno de los sirvientes de Claudio lo amaba. Él era muy bueno con ellos. —Se quedó callada y pensativa un momento. Claudio había sido bueno con ella también. Jamás le había dirigido una palabra dura, a pesar de su falta de educación y de decoro como su esposa. Darse cuenta de eso la avergonzó—. Últimamente, he estado recordando cosas que le dije, cosas que me gustaría no haberle dicho.

Se impulsó para levantarse y caminó los pocos pasos hasta el balcón. Apoyándose en la pared, miró hacia el mar.

—También pienso en Cayo, mi segundo esposo. —Podía recordar la mirada que tenía un instante antes de morir envenenado por ella. Lo había hecho lentamente, durante varias semanas. No fue sino hasta el mismo fin que él se dio cuenta...

Agachó la cabeza.

—¿Qué sentido tiene tener remordimientos?

—El remordimiento lleva al arrepentimiento, y el arrepentimiento nos lleva a Dios.

—Y Dios nos lleva al olvido —concluyó Julia levantando la barbilla. ¿Por qué Ezer siempre volvía a Dios?—. Hay un viento cálido que viene del mar —dijo, cambiando de tema a propósito —. Me pregunto qué barcos estarán llegando. Mi padre era dueño de una flota entera. Traía mercancías de todos los puertos del Imperio. —Él y Marcus solían discutir acerca de lo que quería la gente. Padre decía que cereales, para las masas hambrientas. Marcus decía arena para los anfiteatros. Marcus demostró tener razón y se ganó el uso de seis de los barcos de padre. Con esos había comenzado a amasar su fortuna. Marcus era, sin duda, uno de los hombres más ricos del Imperio ahora, mientras ella vivía en una relativa penuria, dependiendo de la bondad de una extraña para su sostenimiento.

¿Dónde estaba Marcus ahora? ¿Todavía estaba en Palestina? ¿Todavía la odiaba?

Casi podía sentirlo a la distancia. Dondequiera que estuviera, lo que fuera que estuviera haciendo, sabía que el odio que sentía por ella ardía dentro de él. Marcus siempre había sido decidido en cualquier cosa que se propusiera hacer. Y se había propuesto odiarla para siempre.

Deprimida, se dio vuelta. No quería pensar en Marcus. No quería sentirse culpable por lo que había hecho. Solo había estado tratando de protegerlo de sí mismo. Hadasa, una simple esclava, lo había avergonzado con su rechazo a casarse con él.

Además de eso, pensó Julia, *Hadasa causó discordias en mi casa.* Primus odiaba a Hadasa porque ella distraía los sentimientos de Prometeo por él. Calabá nunca le había dicho realmente por qué odiaba a la muchacha, pero la odiaba. Intensamente. Julia recordaba su propia ira contra la esclava, pero no recordaba a causa de qué era.

Pero nunca olvidaría las últimas palabras que su hermano le había dicho antes de irse del anfiteatro. *«¡Que los dioses te maldigan por lo que hiciste!»* .

Tiritando, volvió a sentarse en el sillón y jaló la manta para ponérsela en los hombros.

—Tiene frío, mi señora —dijo Hadasa—. Quizás deberíamos volver adentro.

—No. Estoy cansada de estar adentro. —Se recostó y se acurrucó de costado, mirando con expectación a Ezer, como una niña que esperaba un cuento para dormir—. Cuéntame otra historia. Cualquier tipo de historia. No importa.

Hadasa comenzó a contarle la historia de la mujer samaritana en el pozo de agua. Continuó hasta el momento en el que Jesús dijo que Él era el Agua de Vida, cuando vio que Julia, arrullada por el sonido de su voz, se había quedado dormida. Hadasa se levantó y acomodó la manta sobre ella. Le acarició los bucles húmedos y se los apartó de las sienes.

¿Cuándo servirían las historias para abrir los ojos de Julia, en lugar de cerrárselos? Pero, a pesar de la ceguera interior de la mujer enferma, Hadasa sentía un destello de esperanza. Lo que Julia había dicho sobre Claudio la había sorprendido. Era el primer indicio de que tenía remordimientos o de que se sentía parcialmente responsable de algo. Durante las últimas semanas, Julia había dejado de estar irritable. Ahora, sus estados de ánimo eran más lúgubres y profundos, como si su mente estuviera meditando sobre el pasado... haciendo un inventario antes del fin.

Hadasa levantó su bastón y volvió a entrar en la recámara. Dejó a un costado el bastón y ordenó las mantas sobre la cama; luego levantó la ropa, separando las prendas sucias de las desechadas. Dobló las que estaban limpias y las guardó. El resto lo colgó sobre su brazo. Tomó nuevamente el bastón y salió del cuarto. Quizás Julia comería algo cuando se despertara y Prometeo volvería pronto.

Sosteniendo el bastón bajo su brazo, se apoyó en la baranda mientras bajaba la escalera. Cuando llegó abajo, giró para pasar por el peristilo hasta la cocina, en la parte trasera de la casa.

Alguien llamó a la puerta principal.

Sorprendida, Hadasa miró rápidamente hacia atrás. Nadie había venido a ver a Julia en todas las semanas que había estado con ella. Alejandro y Rashid nunca venían a esta hora del día y nunca se molestaban en llamar a la puerta. Sabían que ella estaba arriba con Julia y que no escucharía, así que entraban sin previo aviso.

Hadasa rengueó hasta la puerta y la abrió.

El que llamó ya se había dado vuelta y había empezado a bajar los escalones. Era un hombre alto, fornido y elegantemente vestido. Cuando escuchó que se abría la puerta, se dio vuelta con un aire reticente y levantó los ojos hacia ella sombríamente.

Hadasa contuvo la respiración y su corazón dio un salto. *¡Marcus!*

Sus ojos oscuros la recorrieron de la cabeza a los pies. Frunció levemente el ceño y volvió a subir los escalones.

—Vine a ver a la señora Julia.

39

Marcus se sorprendió al ver a una mujer con velos. La miró de arriba abajo y frunció el ceño cuando ella no dijo nada.

—Esta casa todavía le pertenece a Julia Valeriano, ¿verdad?

—Sí, mi señor —dijo ella con una voz ronca. Se agarró con fuerza del bastón y retrocedió para que él pudiera entrar. Caminó al lado de ella hacia el vestíbulo y de inmediato se sorprendió al ver lo vacío que estaba el lugar. Parecía abandonado. Podía escuchar la fuente a través de los arcos. La mujer cerró la puerta con suavidad y pasó rengueando junto a él, el golpeteo de su bastón resonaba en el recibidor. Le sorprendió que Julia tuviera una tullida en su casa. ¿Y por qué usaba velos?

—Por aquí, mi señor —dijo ella, precediéndolo en las escaleras.

Él notó las ropas que tenía sobre el hombro y supuso que sería la lavandera.

—¿Dónde están los otros sirvientes?

—No hay otros sirvientes, mi señor. Solo Prometeo y yo. Él empezó a trabajar en la ciudad. —Ella apiló las ropas prolijamente en la base de la escalera.

Una tullida y un catamito, pensó Marcus con humor sombrío. Qué bajo había caído Julia. Las cosas debían andar realmente mal. Observó a la sirvienta subir las escaleras. De a un escalón a la vez, subía con la pierna sana y arrastraba la tullida para igualarla. Era un proceso difícil y, probablemente, doloroso. Sintió lástima, la cual fue rápidamente opacada por la curiosidad que le causaba su extraño atuendo.

—¿Eres árabe?

—No, mi señor.

—¿Por qué los velos?

—Estoy desfigurada, mi señor.

Lo cual, sin duda, molestaba a Julia. No podía imaginar que su hermana siquiera dejara entrar a la casa a una sirvienta desfigurada y, mucho menos, que estuviera cerca de ella. Una docena de preguntas surgieron en su mente mientras subía las escaleras, pero contuvo su lengua. Lo único que necesitaba saber, lo sabría pronto de la boca de Julia .

—Estaba dormida cuando la dejé —dijo la esclava en voz baja. Marcus la siguió a la recámara. Se detuvo bajo la arcada y observó a la sirvienta caminar rengueando hacia el balcón. Ella se acercó al sillón, se agachó y habló suavemente para no sobresaltar a la ocupante dormida.

—¿Una visita? —dijo Julia, soñolienta, levantándose. Giró un poco y dejó que la sirvienta la ayudara a incorporarse.

Estupefacto, Marcus observó el cambio en la apariencia física de su hermana. Igualmente impactada, Julia lo miró desde sus ojos hundidos, con el rostro tan pálido que parecía esculpida en mármol. Le recordaba a los judíos hambrientos que habían llegado a Roma después de la marcha larga y extenuante, tras la caída de Jerusalén. Y, al recordar eso, volvió a pensar en Hadasa y en lo que su hermana le había hecho.

—Marcus —dijo Julia trémulamente y le extendió la mano—. Qué amable de tu parte que hayas venido a visitarme.

¿Suponía ella que él había olvidado todo?

Marcus se quedó donde estaba.

Julia sintió su odio. Había visto la conmoción en sus ojos y se sintió brevemente satisfecha, pensando que quizás ahora él sentiría pena por ella y se arrepentiría de todas las cosas crueles que le había dicho. Ahora veía la frialdad en su mirada, su postura rígida. Bajó la mano, incómoda por cómo la miraba fijamente, con la boca endurecida. Sin un indicio de piedad en los ojos, la miró, asimilando los estragos que había hecho la enfermedad.

—Parece que estás enferma.

¿Se alegraba por eso? Levantó ligeramente el mentón, ocultando que estaba herida.

—Se podría decir, aunque no debería sorprenderte. —Cuando él levantó una ceja, ella sonrió amargamente—. ¿No recuerdas las últimas palabras que me dijiste?

—Las recuerdo bien, pero no pierdas el tiempo en culparme a mí por esto en lo que te has convertido. Mírate. La condición en la que te encuentras ahora tiene más que ver con tus elecciones en la vida que con cualquier cosa que yo pueda haberte dicho.

Su indiferencia la hirió.

—Entonces viniste a regodearte.

—Vine a averiguar por qué no te has molestado en visitar a madre.

—Ahora lo sabes.

Marcus se quedó callado, la ira lo inundaba por la indiferencia de su hermana. Ni siquiera había preguntado cómo estaba su madre. Apretó la mandíbula y deseó no haber venido, porque ahora que veía cómo era la situación, sabía cuál era su deber y eso lo incomodaba.

Julia levantó la vista hacia la mujer de los velos.

—Mi chal —dijo imperiosamente y estiró los brazos levemente para que la envolviera. Esperaba que Ezer disculpara su brusquedad, pero tenía que mantener las apariencias. Debía defender su orgullo ante el desdén de su hermano. Nada había cambiado, y mucho menos él.

Estiró una mano y Ezer le dio el apoyo que necesitaba para levantarse del sillón.

—El odio se enfrenta mejor estando de pie —dijo, sonriéndole fríamente a Marcus—. Puedes irte —le dijo a Ezer.

—Estaré afuera, en caso de que me necesite, mi señora.

Marcus vio a la sirvienta de los velos salir rengueando de la habitación.

—Qué curiosa elección para tu sirvienta personal —dijo, mientras cerraba la puerta detrás de ella.

—Ezer tiene la libertad de ir y venir cuando quiera —dijo. Haciendo un esfuerzo, sonrió burlonamente. Necesitaba devolverle a Marcus el golpe por haberla lastimado y sabía cuál era la mejor manera de hacerlo—. Es cristiana, Marcus. ¿No te parece exquisitamente irónico?

El dolor parpadeó en su rostro.

Julia vio que lo había lastimado y se apretó el chal con fuerza, temblando a pesar de su determinación. Lamentó haber hecho alusión al pasado, pero se justificó a sí misma por los modales que él había tenido con ella. Él la había herido. ¿Qué esperaba, que se quedara callada y lo aceptara?

—¿Cómo está madre?

—Qué amable de tu parte que finalmente lo preguntes.

Ella apretó los labios, luchando contra la fuerza de su actitud condenatoria. ¡Cómo la odiaba!

—¿Y dónde estuviste *tú* todos estos meses?

Él no respondió.

—Madre estará mejor cuando te vea.

—Lo dudo.

—No dudes nada de lo que yo te diga.

—¿Iulius sugirió que vinieras? No puedo imaginar que hayas venido por tu propia voluntad. —Se ciñó el chal al cuerpo y caminó hacia la pared.

—Iulius me convenció de que madre te extraña.

—¿Me extraña? —dijo ella, soltando una risa dura—. Ni siquiera me conoce. Está sentada en ese trono que él le hizo, babeando y haciendo esos sonidos horribles. No soportaba verla así.

—Podrías intentar pensar cómo se siente madre y qué necesita *ella* , en lugar de pensar siempre en ti misma.

—Yo, en su lugar, querría que alguien me diera un trago de cicuta, ¡y se acabara mi desgracia!

La mirada lúgubre de Marcus recorrió su cuerpo delgado y volvió a sus ojos hundidos.

—¿Lo harías?

Julia respiró hondo ante lo que vio tan claramente en la expresión que él tenía en su rostro. Estaba enferma y moribunda y a él no le importaba en lo más mínimo. A decir verdad, no le quedaba ninguna duda de que él deseaba que se muriera. Julia contuvo las lágrimas que le quemaban los ojos.

—Nunca me di cuenta de que pudieras ser tan frío y cruel, Marcus.

—Tengo un largo camino por delante para alcanzarte en eso. —Caminó hasta la pared y apoyó su brazo en esta. La miró por encima y torció sarcásticamente la boca—. ¿Qué pasó con Calabá y con Primus?

Ella recostó su cabeza y fingió disfrutar la brisa suave.

—Se fueron —dijo, como si no le importara.

—¿Qué tan endeudada te dejaron?

—No hace falta que te preocupes por mí —dijo ella a la ligera. Él estaba disfrutando su total humillación.

—No estoy preocupado —dijo él, mirando hacia el muelle—. Solo tengo curiosidad.

Ella apretó sus manos, manteniéndose firme.

—Todavía tengo esta villa.

—Llena de deudas, sin duda.

Cada cosa que él decía era una observación mordaz.

—Sí —dijo ella inexpresivamente—. ¿Satisfecho?

—Eso simplifica las cosas. —Marcus se enderezó—. Haré que saquen tus cosas y arreglaré tus deudas.

Sorprendida, lo miró, esperando que finalmente se hubiera ablandado con ella. Tenía los ojos duros.

—Madre se sentirá aliviada de tenerte otra vez bajo su techo —dijo larga y pesadamente.

Helada por su expresión, se rebeló.

—Prefiero quedarme aquí.

—No me interesa lo que prefieras hacer. Iulius dijo que la mente de madre se aliviará si estás ahí. Y así será.

—¿Qué clase de bien le haré? Estoy enferma, aunque a ti, obviamente, no te importa .

—Tienes razón. No me importa.

—Me estoy *muriendo* . ¿Ahora te importa?

Marcus entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

Julia apartó la mirada de su rostro duro y se aferró a la pared con los dedos blancos.

—Ella te tiene a *ti* . No me necesita.

—Ella nos ama a los dos, solo Dios sabe por qué.

Ella lo miró con furia a través de sus lágrimas.

—¿Y si digo que no iré?

—Di todo lo que quieras. No me importa. Grita, si quieres. Vocifera e insulta. Llora. No cambiará nada. Ya no tienes marido, ¿cierto? Tampoco tienes padre. Eso me otorga todos los derechos legales sobre ti. A mí no me vas a pisotear como lo hiciste con otros. Te guste o no, me ocuparé de que hagas lo que yo decida. Y, por ahora, decidí llevarte a casa.

Marcus se apartó de la pared.

—Mandaré a alguien a que empaque lo que te queda y me ocuparé de que tengas sirvientes que se ocupen de tus necesidades. —Caminó por el balcón a zancadas.

—Tengo mis propios sirvientes —gritó ella detrás de él.

Marcus se detuvo y la miró furioso, con el rostro pálido por la ira.

—No aceptaré al catamito de Primus bajo mi techo —dijo entre dientes—. Siempre fuiste buena para deshacerte de los sirvientes. Deshazte de él. Véndelo. Regálalo a alguien. Déjalo libre. No me interesa lo que hagas, pero no lo traigas contigo. ¿Entiendes? En cuanto a la otra...

—Quiero a Ezer. La *necesito* .

—Tendrás una sirvienta más joven y mejor capacitada para mandarla a tu antojo.

Julia se llenó de miedo. La idea de no tener la ternura y la compasión de Ezer era insoportable.

—La *necesito* , Marcus. Por favor.

—Siempre has *necesitado* muchas cosas, ¿verdad, Julia? Yo me ocuparé de que tengas todo lo que *necesites* . —Se alejó, dando zancadas hacia la puerta.

—Te lo rogaré, si quieres. ¡Por favor, no la eches!

Marcus siguió caminando.

—¡Marcus! *¡Por favor!*

Marcus abrió la puerta de un tirón y la cerró de golpe detrás de sí. Había escuchado a Julia llorar demasiadas veces antes como para ablandarse ahora por su pedido lloroso.

La mujer de los velos estaba parada debajo del arco que daba al peristilo. Se acercó a ella y le dijo rápidamente su decisión .

—Considérate libre de ir al lugar que elijas —dijo. Avanzó un paso, ansioso por irse y terminar con todo esto.

—Elijo quedarme con la señora Julia.

Marcus la miró, sorprendido. Quizás era otro motivo el que la retenía.

—Si es por algún problema de dinero, veré que tengas lo suficiente para vivir el resto de tu vida.

—No es una cuestión de dinero, mi señor. Soy una mujer con medios propios.

Eso lo sorprendió.

—Entonces, ¿qué motivo tienes para quedarte con ella?

—Le di mi palabra.

—Ella no cumple la suya.

—Yo cumplo la mía.

Fue la más simple de las respuestas y la última que él quería escuchar.

—Haz como te parezca —dijo enojado, mientras cruzaba el pasillo a zancadas.

Hadasa se quedó mirándolo. Se apoyó la mano sobre el corazón acelerado y sintió que podía volver a respirar. Él había aparecido tan inesperadamente en las escaleras del frente. Si hubiera mandado un mensaje de aviso, quizás habría podido prepararse. Y habría podido preparar a Julia. La idea de volver a estar bajo el mismo techo que él la llenaba de alegría y de dolor.

Hadasa fue hacia la puerta y la abrió. Julia estaba acostada en la cama, llorando. Se incorporó y estiró los brazos como una niña que necesitaba consuelo desesperadamente.

—No deje que la despida. ¡Por favor!

Hadasa se sentó junto a ella y la acercó.

—Estoy aquí.

—No me deje —lloró Julia—. Si me deja, me moriré.

—No la dejaré, mi señora. —Le acarició el cabello—. Nunca la dejaré.

—Él me odia. Me odia mucho.

Hadasa sabía que tenía razón; había sentido el odio que emanaba de él desde el momento que entró en la recámara de Julia. Había visto el resplandor oscuro en sus ojos.

—¿Por qué la odia? —¿Qué pudo haber pasado para que el corazón de Marcus se volviera en contra de la hermana que amaba tanto?

Julia cerró los ojos; la boca le temblaba. Retrocedió, restregándose las lágrimas.

—No quiero hablar de eso. Fue hace mucho tiempo; pensé que ya lo había olvidado. —Resopló; las lágrimas seguían saliendo. Levantó la mirada hacia Ezer—. Me dijo que me deshaga de Prometeo.

Hadasa se quedó helada.

—¿Qué quiere decir con “deshacerse de él”?

—Venderlo, hacer lo que yo quiera. Pero Prometeo fue bueno conmigo. No quiero hacerle nada. Mi hermano lo desprecia porque era el catamito de Primus. Marcus odiaba a Primus. Odiaba a Calabá. Y me odia a mí de la misma manera que los odiaba a ellos.

Hadasa le tomó la mano.

—Mi señora —dijo cuidadosamente, deseando que Julia pusiera su atención en otra cosa que no fuera en sí misma—, el Señor le ha dado una oportunidad para realizar un acto de bondad.

Calmándose un poco, Julia la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo?

—Puede dejar libre a Prometeo.

Pensó en ello por un momento y frunció el ceño.

—Él vale mucho dinero.

—No necesitará dinero, ahora que su hermano pagará sus deudas y volverá a su hogar.

De la manera que Ezer lo decía, el hecho de liberar a Prometeo parecía esperanzador, en vez de que el asunto se convirtiera en el último de muchos desastres. Julia se mordió el labio.

—No sé. Es probable que no le guste a Marcus. —Rió lúgubremente—. Pero ¿por qué debería importarme lo que piense, cuando es obvio que a él no le importo? —Miró a Ezer con ojos brillantes—. Lo haré. Liberaré a Prometeo.

—Libere a Prometeo en agradecimiento por la bondad que él le demostró durante su enfermedad, mi señora, no para fastidiar a su hermano. De lo contrario, no será una bendición para usted.

Julia tenía una expresión de derrota.

—Está disgustada conmigo.

—Deje sus propios sentimientos de lado y haga lo correcto.

Julia se quedó callada un largo rato.

—No sé qué es lo correcto. Quizás nunca lo supe. —Miró a Ezer y sintió la calidez de su espíritu—. Pero haré lo que usted sugiere.

40

Los sirvientes de Marcus llegaron pocas horas después de que él se fuera. Julia se pasó la tarde escribiendo un documento apropiado para la manumisión de Prometeo. Le presentó el pergamino tan pronto como volvió del empleo que había conseguido en la ciudad. Pasó un momento antes de que él se diera cuenta de lo que le había dado.

—Mi señora —dijo, abrumado.

Julia sonrió temblorosa.

—Has sido un sirviente bueno y leal, Prometeo. Te deseo lo mejor. —Le tendió la mano. Él se la tomó y la besó fervientemente. Ella nunca había sentido el corazón tan liviano—. Vete en paz.

Julia vio que Ezer lo esperaba al otro lado de la puerta. Prometeo parecía estar a punto de abrazarla, pero retrocedió y miró rápidamente en dirección de Julia. Dijo algo en un tono de voz tan bajo que no pudo escucharlo, y se fue. Julia se incorporó débilmente en su cama.

Ezer vino y se sentó al lado de ella.

—Lo hice.

—Sí, lo hizo. —Ezer puso una mano sobre las suyas—. ¿Cómo se siente ahora?

—Maravillosa.

—Hizo algo bueno, mi señora. El Señor vio lo que hizo.

—Es raro —dijo Julia, perpleja. Rió suavemente—. No recuerdo haberme sentido tan feliz antes.

—Es mayor bendición dar que recibir.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, supongo que mejor será que disfrute esta sensación lo poco que dure, porque ya no me queda nada para dar. Se han llevado todo.

—Tiene mucho más para dar de lo que se da cuenta. —Hadasa quería decir algo más, pero uno de los sirvientes de Marcus vino hacia ellas.

—Casi terminamos de empacar, mi señora —le dijo a Julia—. Hay una litera esperándola y han preparado una habitación para cuando usted llegue .

Su mano sujetó la de Hadasa.

—Ezer vendrá conmigo.

—La litera tiene lugar para una sola persona.

—¡Entonces, consigan otra!

—Lo siento, mi señora, pero...

—No se preocupe —dijo Hadasa—. Está bien.

—¡No está bien! No es más que otra forma de castigo de Marcus. Quiere impedir que yo la lleve.

Ante un gesto de Hadasa, el sirviente se fue. Se dirigió a su ama.

—Yo la seguiré, mi señora. Vaya y no se preocupe.

—¿Lo promete? —dijo Julia con los ojos muy abiertos.

—Ya lo hice. Quédese tranquila. —Abrazó a Julia y la apretó un instante—. Los seguiré un poco después.

Tan pronto como Julia salió, Hadasa fue al pequeño rincón del peristilo donde Prometeo dijo

que la esperaría. Se levantó cuando ella se acercó.

—Sé que esto es obra tuya —le dijo, apretando en sus manos el documento lacrado.

—Es obra del Señor.

—Soñaba con recibir mi libertad —dijo, sentándose con ella—, pero ahora no estoy seguro. Quiero estar donde tú estés.

—Eso no es posible, Prometeo. El señor Marcus dio órdenes estrictas.

—Ah —dijo Prometeo con una expresión triste—. Entiendo.

—El Señor te ha dado esta oportunidad, Prometeo. —Sacó un morral de los pliegues de su faja. Tomó una de las manos del muchacho y se lo puso en la palma—. Un regalo para ayudarte a empezar tu nueva vida —dijo y le cerró la mano alrededor de la pequeña bolsa con monedas de oro. Le dio instrucciones para encontrar al apóstol Juan—. Confiésale tus pecados pasados y tu lucha actual. Él te instruirá en todos los caminos del Señor.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Oh, estoy muy segura. Juan te amará como Dios te ama. Búscalo, Prometeo. Si todavía no puedes moldear tu vida como la de Jesús, que sea como la del hombre que caminó con el Señor mientras estuvo en esta tierra. Observa cómo sigue haciéndolo.

—Iré —dijo Prometeo—, pero ¿qué harás tú?

—Me quedaré con la señora Julia mientras esté viva.

—Estoy agradecido por mi libertad, mi señora, pero este fue un acto aislado de bondad después de una larga lista de crueldades. Un capricho, no un cambio de carácter. Si alguna vez descubre quién eres realmente, tengo miedo de pensar qué te hará.

—¿Qué peligro real enfrento, Prometeo? Mi alma le pertenece a Dios. Renueva tu mente y recuerda lo que aprendiste. *Nada* puede separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús. —Tocó su rostro con ternura—. Y nada puede separarnos a los que somos de la familia de Dios.

Él puso su mano sobre las de ella.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

Hadasa bajó su mano a su falda.

—Estoy donde debo estar. —Se levantó lentamente—. Debo ir con la señora Julia. —Rengueó hacia el vestíbulo. Prometeo la acompañó, ajustando su caminar al de ella, que lo miró mientras caminaba hacia la puerta—. ¿Te quedarás aquí hasta que la villa se venda?

—Sí. ¿Qué será de tus cosas? —dijo él, buscando cualquier manera de retrasar su partida.

—Fueron empacadas y se las llevaron junto con las de Julia. No me queda nada por llevar, salvo este bastón. —Ella vio que estaba profundamente preocupado y trató de tranquilizarlo—. No es una gran distancia, Prometeo. Me las arreglaré muy bien.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—Iré a las reuniones siempre que pueda. Nos veremos allí.

Él tuvo miedo de la separación.

—No es suficiente. Me ayudabas a hacer el bien —dijo él, y ella supo a qué se refería.

—Salomón dijo: “Confía en el S EÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar”.

—Trataré de recordarlo.

—No *trates* . Repítelo una y otra vez para ti mismo hasta que lo tengas grabado en el corazón. Y también recuerda esto. —Le recitó el salmo del buen pastor—. Dímelo —lo repitió con él hasta que lo memorizó—. Repítelo continuamente en la mañana, al mediodía y en la noche, y fíjalo en tu mente como un modelo de pensamiento.

Hadasa abrió la puerta y salió. Prometeo le sirvió de apoyo mientras bajaba la escalinata.

Cuando llegaron a la reja, él se la abrió. Ella hizo una pausa y lo miró.

—¿Sabes qué pasó para que el señor Marcus odie tanto a su hermana?

—No —dijo él—. Yo estaba demasiado atrapado en mi propia miseria para notar la de alguien más. Además, me escapé no mucho después de que te enviaron a la arena.

Hadasa suspiró.

—Me gustaría saber qué pasó entre ellos.

—Tal vez fue por ti.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué piensas eso ?

—Él estaba enamorado de ti, ¿cierto?

Hadasa se entristeció profundamente por sus palabras, porque le despertaron recuerdos conmovedores. ¿Acaso Marcus la había amado de verdad alguna vez?

—Creo que simplemente fui diferente a las mujeres que él conocía. Una especie de desafío. Pero no creo que alguna vez me haya amado de una manera duradera. —Si la hubiera querido, ¿no habría escuchado lo que ella le decía acerca del Señor?

Recordó cuando Marcus le declaró su amor en la recámara de Julia. Recordó cómo se enojó cuando ella no quiso casarse con él. Había herido su orgullo, no su corazón. Y por eso, la maldijo y se fue. Nunca volvió a verlo, hasta aquel día que chocó con ella afuera de los baños públicos. Nunca pensó volver a verlo después de eso, y ahora iba a vivir bajo su techo. Estaba llena de temor... y de una emoción inquietante. Era posible que Marcus nunca la hubiese amado de verdad, pero ella todavía estaba enamorada de él.

—Primus pensaba que Marcus Valeriano te amaba —dijo Prometeo—. Él solía burlarse de la señora Julia con eso. Le decía que el señor Marcus venía a ver a una esclava y no a su propia hermana.

—Eso no era cierto. Él estaba completamente dedicado a Julia. Marcus siempre amó a su hermana. La adoraba.

—Ya no la ama.

Se quedó en silencio, asombrada.

—Quizás vuelva a hacerlo. —Estiró la mano y tocó el brazo de Prometeo—. Estarás en mis oraciones todos los días. Mantente firme en el Señor.

—Lo haré.

—Él te protegerá. —Se estiró y lo abrazó—. Eres mi querido hermano, Prometeo. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —le dijo él con voz ronca, y no pudo hablar más. Tenía los ojos húmedos.

Hadasa lo soltó y salió por la puerta. Él la cerró detrás de ella y apoyó su frente en la reja. —Dios, protégela. Señor, ve con ella. —Dándose vuelta, Prometeo subió las escaleras hacia la villa abandonada, repitiendo lo que Hadasa le había enseñado.

—El S EÑOR es mi pastor; tengo todo lo que necesito...

41

Marcus estaba saliendo del triclinium con Iulius cuando uno de los sirvientes hizo pasar a la mujer de los velos al vestíbulo.

—¡Rafa! —dijo Iulius sorprendido y con gusto, yendo a saludarla y dejando a Marcus solo.

La mujer se apoyaba con todas sus fuerzas en el bastón, pero estiró la mano para saludarlo.

—Iulius, te ves muy bien. ¿Cómo está la señora Febe?

—Igual que cuando usted se fue. No la esperábamos esta noche. La señora Febe se ha retirado.

—Estoy cuidando a la señora Julia.

—¿Usted es esa persona? La señora Julia dijo que estaba esperando a su criada personal, pero nunca me imaginé...

—Ni deberías haberlo hecho.

—¿Cómo sucedió esto?

—El Señor nos unió. ¿Dónde está ella?

—Estaba muy agitada cuando llegó. El señor Marcus le hizo subir vino. Fui a verla hace un rato y estaba dormida.

Marcus dio un paso adelante, sonriendo sarcásticamente.

—Como probablemente adivinaste, bebió hasta quedar inconsciente.

El corazón de Hadasa se aceleró al escuchar su voz y ante su acercamiento.

—Buenas noches, mi señor.

Él la estudió fríamente.

—No te esperaba.

—Le dije que vendría.

—Sí, lo recuerdo. —Frunció el ceño, sintiéndose súbitamente incómodo—. Pensé que mañana o pasado mañana.

—Con su permiso, ahora subiré a estar con ella.

—Como quieras.

Ella rengueó hacia la escalera. Se notaba que estaba cansada y adolorida.

—Rafa, espere —dijo Iulius y se acercó a ella. Le habló en voz muy baja, y Marcus no pudo escucharlo. Ella apoyó su mano en el brazo de él. Iulius sacudió la cabeza y la levantó en brazos. Marcus lo vio cargar a la mujer escaleras arriba .

Exasperado por su llegada, Marcus entró en el peristilo. Se sentó en el rinconcito que solía compartir con Hadasa y se recostó contra la pared. Cerrando los ojos, escuchó la fuente. Estaba perplejo por la mujer de los velos. Ella lo incomodaba.

Escuchó pasos bajando las escaleras. Abrió los ojos y se incorporó.

—Iulius, me gustaría hablar contigo.

Iulius entró rápidamente en el peristilo. —Ella vino *caminando* hasta aquí —dijo cuando llegó hasta él. Su tono era ligeramente acusador.

El comportamiento de Marcus se ensombreció.

—Yo le habría enviado una litera mañana.

—Me enteré de que había dejado a Alejandro Democedes Amandinus, pero no tenía idea de que estaba ministrando a la señora Julia. ¡Es increíble!

—¿Por qué? ¿Quién es ella para que a alguien le importe dónde está o qué está haciendo?

—Ella es *Rafa* . —Con un gesto adusto, Iulius le hizo señas a una de las sirvientas para que se acercara y le dijo que le llevara una bandeja al cuarto de la señora Julia.

—¡Oh! ¿Rafa está aquí? —dijo la muchacha, gratamente sorprendida.

Marcus la miró. ¿Toda la casa conocía a esta mujer?

—Así es —dijo Iulius—, y se quedará indefinidamente con la señora Julia. Haz que pongan una cama en sus aposentos y encárgate de que haya mucha ropa de cama abrigada. Rafa no pidió compresas calientes, pero creo que está muy adolorida por la larga caminata desde la villa de la señora Julia.

Marcus se enojó ante la segunda mención a la caminata.

—Dile que tiene la libertad de usar nuestros baños —dijo fríamente.

—Gracias, mi señor. Estoy seguro de que estará sumamente agradecida —dijo Iulius.

Marcus lo fulminó con la mirada.

—Una cosa más, Lavinia —le dijo Iulius a la sirvienta—. Pidió que ningún desconocido se entere de que está aquí. Avísales a los demás. No quiere que nada interfiera con su cuidado de la señora Julia.

—Les diré a todos. —La muchacha se fue rápidamente con un aire de entusiasmo que no le pasó desapercibido a Marcus.

—Cualquiera pensaría que el procónsul acababa de entrar en la casa, en lugar de una sirvienta tullida con velos —dijo Marcus secamente.

Iulius lo miró pasmado .

—¿Es posible que nunca haya escuchado hablar de ella?

—Estuve afuera mucho tiempo, Iulius. ¿Lo recuerdas? Y tengo muchas preguntas. Por ejemplo: ¿quién *es* ?

—Es una sanadora. Escuché hablar de ella en el mercado poco antes de que su madre fuera atacada por la parálisis. Se decía que Rafa podía curar a las personas con solo tocarlas. Hicimos un pedido para que viniera.

—Obviamente, no es la hacedora de milagros que todos dicen, o mi madre ya estaría levantada, caminando y hablando.

—Rafa no nos aseguró nada, mi señor —dijo Iulius rápidamente—, pero fue quien nos convenció de que su madre entendía qué estaba pasando a su alrededor. Los otros médicos que vinieron dijeron que era mejor ponerle fin a su desgracia con una dosis de cicuta.

Marcus se enfrió.

—Continúa.

—El médico que trajo a Rafa consigo también sugirió la eutanasia. Rafa se opuso. Ella insistía en que su madre estaba *consciente* , que su mente todavía funcionaba, aunque su cuerpo no lo hiciera. Entonces nos enfrentamos a un terrible dilema, mi señor. ¿Qué era lo mejor para su madre? ¿Se imagina qué agonía sería estar atrapado dentro de un cuerpo inútil? Yo veía mucho miedo y desesperación en los ojos de su madre, pero no sabía si ella siquiera se daba cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor. Rafa insistió en que sí lo sabía y que debía vivir. Pidió que la dejáramos a solas con ella y, cuando nos permitió entrar nuevamente, su madre estaba como está ahora. Lo que sea que Rafa haya dicho o le haya hecho a su madre, le dio *esperanza* . Igualmente importante, Rafa le dio un propósito para vivir.

—¿Qué propósito? —dijo Marcus, anonadado por todo lo que le había contado.

—Ella ora. Ora sin cesar, mi señor. Desde el momento que se despierta y que la llevamos a la terraza hasta la noche, cuando volvemos a llevarla a la cama, ora. Por supuesto, desde que usted

regresó a casa, ha pasado más tiempo con usted.

—¿Estás insinuando que yo interfiero con su *trabajo* ?

—No, mi señor. Discúlpeme si me expresé mal. Usted representa la respuesta a muchas de las oraciones de su madre. Su regreso a casa ha servido para reafirmar y fortalecer su fe. Usted es la sólida garantía de que Dios escucha sus oraciones y las contesta.

Marcus se levantó del banco de mármol con una expresión meditabunda.

—Me disculparás si sigo teniendo dudas sobre la mujer de los velos. La señora Julia le dice Ezer, no Rafa. Tal vez no sea la misma persona de quien hablas. Es bastante común que algunas mujeres se vistan con velos y estoy seguro de que, entre ellas, hay muchas lisiadas.

—Estoy seguro de que usted tiene razón, mi señor, pero aquí no hay ninguna confusión. Importa menos qué apariencia tenga Rafa, que cómo se siente uno cuando ella está cerca.

Marcus frunció el ceño.

—¿Qué sientes tú?

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo —dijo Marcus en tono cansino y sarcástico.

—Confianza. Reafirmación. Consuelo. —Extendió las manos—. De una manera extraña, su fe en Dios también le da a uno confianza en Él, incluso a los que no creen.

—¿Tú no crees?

—A causa de la fe de su madre, he empezado a creer, pero hay momentos en los que dudo.

Marcus lo entendía demasiado bien. Ahora él creía que Jesús había venido al mundo, que había permitido que lo crucificaran como expiación por el pecado del hombre y que había resucitado de entre los muertos. Sin embargo, a Marcus le costaba creer en que Cristo fuera soberano. El mundo estaba demasiado lleno de maldad.

Fueron esas mismas dudas las que lo indujeron a ser cauteloso.

—A pesar de lo que dices, Iulius, no estoy muy dispuesto a permitir que haya una persona extraña entre nosotros, especialmente alguien tan misterioso como ella.

—Estoy seguro de que ella tiene buenas razones para haber cambiado de nombre.

—¿Cuáles podrían ser?

—Si se las pregunta, estoy seguro de que se las explicará.

42

La oportunidad de hablar con Rafa-Ezer eludía a Marcus. Sus representantes se habían enterado de que Marcus había vuelto a Éfeso. Fueron a verlo, llevando consigo los documentos de los negocios que habían hecho durante su ausencia. Los días siguientes los pasó de la mañana a la noche encerrado con ellos en la biblioteca. Le rogaron con insistencia que tomara el timón nuevamente.

—Las oportunidades de hacer negocios ahora son infinitas, mi señor, y sus instintos siempre demostraron ser acertados —dijo uno—. Lo que a nosotros se nos escapa, para usted es claro como el agua.

La propia naturaleza y predisposición de Marcus lo tentaban a aprovechar las oportunidades que veía en los informes que le daban. Sería demasiado fácil volver a entrar al mundo de los negocios y enfocar su atención en otras cosas que no fueran los problemas familiares. Con solo escuchar a sus representantes y mirar los informes, se le llenaba la cabeza de ideas sobre cómo aumentar su riqueza.

Sin embargo, la voz en su cabeza hizo que Marcus resistiera su inclinación a abocarse al negocio de hacer dinero. ¿Cuál era su motivación? Ahora tenía riquezas suficientes para toda la vida. Y su madre lo necesitaba.

Y todavía estaba el asunto inconcluso con Julia.

Su consciencia lo atormentaba constantemente respecto a su hermana, mientras que la razón lo hacía mantenerse distante. Cada vez que subía las escaleras, sentía la urgencia de verla, de hablar acerca de lo que le había pasado en Palestina. Al mismo tiempo, otra voz le recordaba lo que Julia le había hecho a Hadasa.

« *Ahí está. Se terminó* », había dicho ella con el rostro distorsionado de alegría y de odio, y él volvía a recordar el cuerpo de Hadasa sobre la arena.

Esta noche estaba agotado. Había pasado la mayor parte de la tarde con madre. Estaba cansado del sonido de su propia voz, exhausto de tratar de pensar en cosas agradables para decirle y divertirla. Lo miraba fijamente de una manera que le hacía preguntarse si ella entendía sus sentimientos más profundos, esos que él intentaba ocultar desesperadamente.

Al pasar por la recámara de Julia para bajar las escaleras e ir al triclinium a cenar algo sencillo, volvió a sentir el impulso en su interior. La puerta estaba abierta y escuchó una voz suave. Se detuvo y dio un vistazo al interior.

Su hermana estaba sentada de costado en el diván, mientras que la mujer de los velos estaba sentada detrás de ella, cepillando el cabello de Julia con movimientos largos y suaves. Le hablaba a su hermana. Él apretó los ojos con fuerza, porque la escena le recordaba dolorosamente a Hadasa. Volvió a abrirlos y observó a Ezer mientras atendía a Julia. Había visto a Hadasa peinar el cabello de Julia con esos mismos movimientos pausados, mientras le cantaba algún salmo de su pueblo. La nostalgia le hizo doler el corazón.

Dios, ¿nunca la olvidaré? ¿Es esta tu manera de castigarme por lo que tuve que ver con su muerte?

Se quedó parado en la entrada, afligido de que algo tan común y corriente le causara tanto dolor. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el amor se atenuara y los recuerdos se hicieran tolerables? ¿Sentiría Julia al menos una pizca de remordimiento?

La mujer de los velos giró un poco la cabeza. Al verlo, dejó el cepillo sobre su regazo.

—Buenas noches, mi señor.

Julia giró la cabeza bruscamente y él vio lo pálida que estaba.

—Buenas noches —dijo, manteniendo la voz fría y controlada.

—Entra, Marcus —dijo Julia con ojos suplicantes.

Estuvo a punto de hacer lo que ella le pedía, y entonces se detuvo.

—No tengo tiempo esta noche.

—¿Cuándo tendrás tiempo?

Levantó las cejas al escuchar su tono enfadado y dirigió su atención a la sirvienta.

—¿Tiene todo lo que necesita?

—¿Por qué no me preguntas a *mí* , Marcus? *Sí* , su graciosa majestad, tenemos todas las comodidades *materiales* que podríamos querer.

Ignorándola, le habló con frialdad a Ezer.

—Cuando haya arropado a mi hermana para que se duerma, venga a la biblioteca. Tengo algunas preguntas que necesitan respuesta.

—¿Qué preguntas? —exigió Julia.

Hadasa también se lo preguntó, y el corazón le latió aún más rápido. Marcus se quedó parado rígidamente en la entrada, mirándola con sus ojos fríos y oscuros .

Julia sintió la tensión de Ezer.

—No tiene que decirle nada, Ezer. No tiene nada que ver con mi hermano.

—Ella contestará o se irá de esta casa.

Ante su frialdad, el frágil dominio propio de Julia se quebró.

—¿Por qué me trajiste de vuelta aquí, Marcus? —gritó—. ¿Para hacer mi vida más insoportable de lo que ya es?

Enojado por su acusación, Marcus dejó el umbral y se alejó por el pasillo.

—¡Marcus, regresa! Perdóname. ¡Marcus!

Él siguió caminando. ¿Cuántas otras veces había llorado ella para salirse con la suya? Esta vez no lo haría. Nunca más lo haría. Marcus le cerró su corazón y bajó los escalones.

La cocinera había preparado una comida suculenta, pero Marcus no tenía apetito. Molesto, fue a la biblioteca y trató de perderse en el repaso de algunos de los documentos que le habían dejado sus representantes. Finalmente, los apartó con impaciencia y se sentó, mirando tristemente hacia adelante, con sus emociones en un remolino.

Deseó nunca haber traído a Julia de regreso. Podría haber pagado sus deudas, ocuparse de que tuviera los sirvientes que necesitaba y dejarla en su propia villa.

—¿Mi señor?

Marcus vio a la mujer de los velos parada en la puerta. Apartó de sus pensamientos los recuerdos sombríos y se concentró en el problema que tenía que enfrentar.

—Siéntese —le ordenó y le hizo un gesto para que se sentara frente a él.

Así lo hizo. Le pareció sorprendente que una lisiada pudiera moverse con tanta gracia. Ella se sentó con la espalda derecha y el cuerpo un poco de costado para poder estirar la pierna lastimada.

—Iulius me dice que su nombre es Rafa, no Ezer —dijo él directamente.

Hadasa se mordió el labio, deseando poder calmar el estremecimiento que sentía en el estómago cada vez que estaba en la presencia de Marcus. Había tratado de prepararse para esta entrevista, pero estar sentada aquí, en esta pequeña sala con él, la inquietaba demasiado.

—Rafa es lo que me llamaban, mi señor. En hebreo, significa “sanadora”.

Hablaba con una voz suave y ronca que lo hacía recordar agradablemente a Débora. ¿Era por el acento?

—Entonces, es judía. Por boca de Julia entendí que es cristiana .

—Soy ambas cosas, mi señor. De raza, soy judía; por elección, soy cristiana.

Siempre a la defensiva, él se ofendió. Torció su boca en una sonrisa fría.

—¿Eso la coloca en un plano más elevado que mi madre, que es una cristiana gentil?

Anonadada por la acusadora pregunta, se consternó.

—No, mi señor —dijo, y explicó rápidamente—: en Cristo, no hay judío ni romano, esclavo ni libre, hombre ni mujer. Todos somos uno en Cristo Jesús. —Se inclinó un poco hacia adelante y su voz se suavizó como para tranquilizarlo—. La fe de su madre la hace tan hija de Abraham como soy yo, mi señor. *Toda persona* que elige, se convierte en heredera de la promesa. Dios es imparcial.

Sus palabras aliviaron sus recelos.

—Por toda persona, quiere decir que yo también.

—Sí, mi señor.

Estaba a punto de contarle que había aceptado al Señor en Galilea, pero el orgullo lo detuvo.

—Me dijeron que le salvó la vida a mi madre.

—¿Yo, mi señor? No.

—Iulius dijo que el médico con el que vino sugirió que pusieran fin a la vida de mi madre con una dosis de cicuta. Usted intercedió por ella. ¿No fue así?

—Su madre está viva porque es la voluntad de Dios que viva.

—Es posible, pero Iulius dijo que después de que usted estuvo a solas con mi madre, ella cambió.

—Hablé con ella.

—¿Solamente habló?

Hadasa agradeció que los velos ocultaran el calor que había subido a su rostro. A diferencia de lo que había hecho con Febe, sabía que nunca podría mostrarle su rostro a Marcus. Prefería que la mandaran de nuevo a la arena a que él mirara sus cicatrices con el mismo asco que había visto en el rostro de otras personas.

—Yo no hago hechizos ni digo encantamientos —dijo ella, creyendo que eso contestaba la pregunta que se ocultaba detrás de sus palabras.

Él levantó la mano. Podía sentir que ella se ponía cada vez más tensa, pero no lograba descifrar el motivo.

—No la estoy acusando, Ezer. Simplemente tengo curiosidad. Me gusta saber algo de la gente que está en mi casa.

Se quedó callada un momento.

—Cuando miré a su madre a los ojos, supe que estaba consciente. Ella escuchaba lo que hablaban y lo entendía. Estaba asus tada y muy angustiada por su condición. Creo que habría bebido con agrado la cicuta que Alejandro le ofreció solo por el hecho de ahorrarles a los demás la responsabilidad de cuidarla. Simplemente le dije lo que ella ya sabía.

—¿Lo que sabía? ¿Qué era?

—Que Dios la ama, mi señor, tal como está. Y que está viva por una razón.

Marcus pasó su mano por el borde del escritorio; sus pensamientos estaban agitados. Quería saber más sobre esta mujer.

—Iulius me dice que es muy conocida en Éfeso.

Hadasa no dijo nada.

—¿Por qué renunció a su puesto?

La fría brusquedad de su pregunta la sorprendió.

—Yo elegí estar con su hermana.

—Así como así. ¿Por qué cambió su nombre? —La pregunta salió más dura de lo que él quería.

—Porque no soy Rafa. Jesús es el sanador, no yo —dijo ella, repitiendo lo que le había dicho a Alejandro y esperando que él lo entendiera mejor.

—¿Y Ezer es su verdadero nombre?

—Ezer significa "ayudante". Ese es el puesto que tengo y lo único que espero ser.

Él captó la manera cauta en que ella había respondido.

—¿Por qué eligió a Julia?

—No puedo responder a eso, mi señor.

—¿No puedes o no quieres?

—Sé que estoy donde el Señor me quiere. No sé por qué Él me quiere aquí.

Marcus frunció el ceño con pesimismo porque sus palabras lo golpearon en carne viva, reviviendo la convicción que había sentido en Galilea. Dios también lo quería a él aquí. Con Julia. Se rebeló en contra de lo otro que sabía que Dios quería de él.

—Supongo, según su opinión, que Dios también ama a mi hermana y tiene un propósito para su vida, tal y como está ahora. —Antes de que pudiera responder, él la despidió haciendo un gesto con su mano—. Puede irse.

Tan pronto como ella se fue, él se levantó, frustrado.

Quizás solo necesitaba salir de la villa un rato. Salió al corredor.

—¿Quiere la litera, mi señor? —dijo Iulius al ver el manto que le había traído un sirviente.

Marcus se puso la prenda.

—Tengo ganas de caminar —dijo, y ajustó el broche de oro sobre su hombro—. Si mi madre se despierta y pregunta por mí, dile que me fui a los baños. —Caminó hacia la puerta y la abrió de un tirón. Bajó las escaleras y cerró la reja de un golpe detrás de sí.

Fue al club de hombres donde había pasado gran parte de su tiempo antes de irse de Éfeso, pensando que encontraría distracción al reestablecer contacto con los viejos conocidos. El aire de la noche enfrió su enojo y, para cuando llegó a su destino, se había relajado. Fue recibido con una bienvenida sorprendente y varios hombres que conocía le palmearon la espalda.

—Nos enteramos de que habías vuelto a Éfeso, pero no tuvimos señales de ti —dijo uno.

—¿Dónde has estado ocultándote, Marcus?

—Sin duda, estaba en su emporio estudiando sus libros contables para saber cuánto dinero ganó durante su ausencia. —Todos se rieron.

—Escuché que fuiste a Palestina.

—¡Palestina! —exclamó uno—. Por los dioses, ¿por qué alguien en su sano juicio iría a un país tan miserable?

Su eufórica compañía alteró los nervios de Marcus, en lugar de calmarlos. Se reía con ellos, pero su corazón estaba en otra parte. Sentía como si estuviera de nuevo en Roma con Antígono, deseando estar en otro lugar. ¿Era él el único que había cambiado? ¿Era él el único que sentía que la corrupción infame estaba carcomiendo el mundo?

—Deberías venir a los juegos mañana.

—Llevaré a Pilia conmigo.

—Ah, Pilia —gimió otro, entornando los ojos como si estuviera en éxtasis.

Los demás se rieron e hicieron comentarios procaces de cómo Pilia se grababa en los

recuerdos de cualquier hombre con el que pasaba la noche, especialmente después de los juegos.

Marcus pensó en Arria.

Pensó en su hermana.

Se zambulló en la piscina y agradeció que el agua le cubriera la cabeza y bloqueara el sonido de las voces de sus amigos. ¿Amigos? Ya no los reconocía. Nadó hasta el otro extremo de la piscina y se levantó para salir. Andando a zancadas entre las columnas, entró en el caldarium, donde se quedó hasta que la transpiración le corría por todo el cuerpo. Se saltó el tepidarium y se zambulló en el frigidarium, agradecido del impacto del agua fría que ahuyentó todo pensamiento.

Solo brevemente.

Antes de irse del club, se sometió a un masaje vigoroso. Caminó por la calle; era uno más en medio del caos impersonal de la muchedumbre que daba vueltas cerca del Artemision. Se detuvo para mirar el templo. Era ostentosamente hermoso, un inmenso monumento a la ingeniería humana.

Con su mente perspicaz, lo vio como la mayor empresa lucrativa de Éfeso. Los fabricantes de ídolos rodeaban el gigante complejo, ganando dinero con las estatuas vulgares de la diosa que supuestamente moraba en el templo. Otros amasaban monedas de oro por los animales sacrificiales. Y había otros que vendían amuletos y encantamientos secretos contenidos en relicarios costosos. Se vendían pizcas de incienso a precios tan altos como para poner a prueba la profundidad de la fe de los devotos. Se compraban oraciones.

Adentro había prostitutas y prostitutos del templo, con precios que iban en aumento dependiendo de la riqueza del hombre o de la mujer que hubiera acudido a rendir el homenaje adecuado a la diosa.

Marcus sacudió la cabeza con tristeza. ¿Cuánto cobraría un sacerdote por su bendición en estos días? ¿Cuánto por la esperanza que demostraría ser vacía?

Marcus vio calle abajo las posadas que atendían a los que habían venido desde lugares distantes a ver el templo y adorar a Artemisa. La mayoría llegaba, adoraba y se iba, mientras que otros se quedaban durante meses, profundizando en los tomos escritos por los sacerdotes acerca de las letras sagradas efesias esculpidas en el tocado de Artemisa. ¿Sabía alguien realmente qué significaban? ¿Tenían siquiera algún significado?

Se quedó mirando el Artemision. ¿Cuántos venían a este edificio para hallar una esperanza y se iban desesperados, sin respuestas a sus preguntas y sus necesidades insatisfechas? ¿Cuántos sentían el mismo vacío doloroso y la necesidad de dirección que él había sentido durante tanto tiempo, y estaban destinados a seguir de esa manera hasta la muerte y el más allá?

De pronto, en medio de su contemplación, sintió que alguien lo miraba. Se dio vuelta. Al otro lado de la calle, había un árabe de pie. La muchedumbre lo rodeaba por todas partes, caminando incesantemente hacia el Artemision o entrando al taller que estaba detrás de él. El hombre no se movió ni desvió la mirada. Marcus sintió advertencia en su mirada fija y se preguntó por qué. No lo reconocía y, por eso, no podía entender la intensidad de su escrutinio. Entonces, el árabe pareció esfumarse entre la multitud de gente.

Perplejo, Marcus empezó a caminar otra vez, tratando de divisar al hombre entre la gente que se movía hacia y desde el templo. ¿Había entrado en el taller del fabricante de ídolos?

Alguien le dio un golpe fuerte en el costado y casi lo derribó. Se quedó sin aliento y tropezó, logrando recuperarse antes de caer. Lanzó una maldición, sabiendo que había sido un acto deliberado, quizás con la intención de arrebatarle la cartera. Se dio vuelta para ver quién lo había golpeado y vio nuevamente al árabe, que se alejaba rápidamente en dirección al Artemision. Se mezcló tan rápido entre la multitud que Marcus no pudo alcanzarlo.

Sacudiendo la cabeza, Marcus se dio media vuelta y subió por la calle Kuretes hacia su casa.

El costado empezó a arderle de dolor. Cuando se tocó con la mano, lo sintió húmedo. Abrió mucho los ojos cuando vio que tenía sangre en la mano y maldijo. Sintiendo que la sangre goteaba por su costado, apuró el paso hacia su casa. Con una mueca de dolor empujó la reja y subió las escaleras. Tan pronto como entró en la villa, se quitó el manto. Apretando los dientes para contener el dolor, subió las escaleras.

Iulius salió de la recámara de la señora Febe.

—¡Mi señor! —dijo preocupado al ver la túnica de Marcus manchada de sangre.

—Fui atacado —dijo Marcus sombríamente, desdeñando su ayuda—. No es más que un corte.

Al llamado de Iulius, Lavinia se acercó corriendo.

—Trae agua y vendajes. El señor Marcus fue atacado —dijo, siguiendo a Marcus—. Muévete, niña. ¡Rápido!

Hadasa salió de la recámara de Julia y vio a Iulius ayudando a Marcus a entrar en su habitación. Alarmada, los siguió, pero cuando la vio en la entrada, él le hizo un gesto de enojo con la mano en despedida.

—Cuida a Julia. Yo me cuidaré a mí mismo.

Ella lo ignoró. Inmediatamente, Iulius retrocedió para que ella pudiera ver la herida. Marcus escuchó que se le escapó un grito ahogado.

—No es nada —dijo él y se rió mientras ella se tambaleaba un poco—. ¿Le molesta ver sangre?

Solo ver tu sangre, quería decirle ella.

—En general, no, mi señor. —Se acercó a él y se estremeció al ver el corte a lo largo de sus costillas—. ¿Cómo sucedió esto?

—Un árabe, creo. Sabe Dios por qué.

Ella retrocedió como aturdida. Lavinia entró con una palangana de agua y vendajes. Él contuvo la respiración mientras Hadasa empezaba a limpiar la herida. —Deje que Iulius se ocupe de esto —dijo él al ver cómo le temblaban las manos. Se rió en voz baja—. Me parece que sé por qué abandonó a ese médico —dijo él, divertido.

—Un poco más abajo y le habría dado en un órgano vital —dijo Iulius, haciéndose cargo.

Sintiéndose débil, Hadasa salió del cuarto.

43

Alejandro supo que algo andaba mal desde el momento en que Hadasa fue escoltada a su atrio. Estaba muy agitada.

—¿Dónde está Rashid?

—No está aquí —dijo alarmado—. ¿Qué pasó?

—¿Dónde está?

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque esta noche un árabe atacó a Marcus y debo saber si fue él.

Alejandro no intentó insinuar que había sido otro, en lugar de Rashid. El árabe no ocultaba su idea de que Marcus Valeriano era una amenaza para la vida de Hadasa y que debía morir. Rashid era firme en su lealtad a Hadasa, sin importar lo que ella quisiera.

—Salió a informarse sobre cómo estaba progresando la enfermedad de Julia...

—¿Progresando? —dijo Hadasa consternada, sabiendo muy bien que Rashid deseaba que Julia muriera pronto.

La boca de Alejandro se endureció.

—Se enteró por Prometeo que Julia había sido trasladada a la villa de su hermano. También le dijo a Rashid que te habías ido con ella.

—Porque yo lo decidí. ¿En qué está pensando?

—Él no habría hecho nada si no viera a Marcus Valeriano como una amenaza para tu vida.

Las evasivas de Alejandro solo sirvieron para convencerla.

—Marcus no es ninguna amenaza para mí. Ninguno de los Valeriano es una amenaza para mí.

—Rashid piensa lo contrario.

—Entonces, ¡corrige su manera de pensar!

Alejandro estaba sorprendido.

—Nunca te escuché hablar en ese tono. ¿Crees que apruebo la conducta de Rashid? No me culpes a mí por su naturaleza sanguinaria. Tú fuiste quien lo eligió entre todos los que estaban en las escalinatas del templo. ¿Recuerdas?

—Dios lo eligió.

—Entonces, es Dios quien dirige sus pasos .

—¡Dios no dirige el camino de un hombre al asesinato!

Rashid entró en la sala silenciando realmente a ambos. Mientras se quitaba la capa, Hadasa vio la empuñadura de un cuchillo metido hábilmente en su cinturón. El rostro de Rashid se ensombreció y sus ojos resplandecían.

—¿Valeriano?

Ella se estremeció al confirmar sus temores.

—Vivo, gracias a Dios —dijo Hadasa.

—La próxima vez no tendrá tanta suerte —dijo Rashid con una promesa funesta.

Hadasa se acercó a él.

—Si tienes alguna estima por mí, Rashid, no atentarás más contra la vida de Marcus.

Su rostro se endureció.

Hadasa apoyó la mano en su brazo.

—Por favor, Rashid. Te lo suplico. Prefiero que Dios me quite la vida en este momento, a que tú le quites la vida a otro.

—Le dije que la protegería y lo haré.

—¿Y cuál será el costo para mí, Rashid?

—Su sangre caerá sobre *mi* cabeza, no sobre la suya.

—Si matas a Marcus, me costará mi corazón.

Rashid frunció el ceño, sin entender.

—¿Su corazón?

Alejandro se puso de pie y la miró fijamente.

—Lo amas —dijo sorprendido.

—¿Usted lo *ama* ? —dijo Rashid, pasmado.

—Sí, lo amo —dijo ella en voz baja—. Desde antes de la arena. Y después de eso. Y mientras viva.

Alejandro se apartó; el dolor lo inundó al escuchar sus fervientes palabras.

Rashid se sacudió la mano de Hadasa y se alejó. Volvió a mirarla con ojos llenos de desdén. —¡Solo una tonta podría amar al hombre que trató de matarla!

—No tengo conocimiento de que Marcus haya tenido nada que ver con eso. Fue Julia.

—La mujer a la que usted sirve ahora —dijo Rashid con desprecio.

—Sí —dijo ella.

—¿Cómo puede hacerlo? —exigió, lleno de ira por lo que le había pasado y porque ella no quería tomar represalias.

—Cristo nos amó de la misma manera. Cuando todavía éramos pecadores, él murió por nosotros para que fuéramos salvos. ¿Cómo puedo hacer menos?

—Ah, entonces se refiere a otra clase de amor .

—Hablo del amor de una mujer por un hombre, también, Rashid —dijo—. Por favor, no lastimes a Marcus Valeriano.

Alejandro estaba parado en el otro extremo de la sala, debajo de la arcada.

—Haz lo que pide Hadasa, Rashid —dijo monótonamente, mirando hacia afuera a la ciudad —. Confía en que Dios se cobre su propia venganza.

Rashid se enderezó; su sangre de guerrero palpitaba en sus venas.

—¿No fue usted mismo quien dijo que fui escogido para protegerla?

Alejandro se dio vuelta.

—Tú sabes tanto como yo que Dios ha puesto sus manos sobre la madre y la hija. Ten la seguridad, Rashid: el hijo también está en las manos de Dios.

Rashid se quedó callado, con ojos oscuros y enigmáticos.

Hadasa se acercó rengueando.

—Por favor, amigo mío —dijo en un susurro—. Dame tu palabra.

Rashid le retiró los velos del rostro y estudió las cicatrices abiertamente.

—¿Usted suplica piedad para quienes le hicieron esto?

Ella se sonrojó.

—Sí.

Dejó caer sus velos como si lo quemaran.

—¡Usted es una tonta!

—Puede ser, pero, de todas maneras, dame tu palabra, Rashid. Sé que si lo haces, nunca romperás tu promesa.

Las palabras de confianza y lealtad que Hadasa le dijo le dieron qué pensar. Miró a Alejandro

y vio la mirada triste en el rostro del médico. Alejandro creyó que lo conocía mejor. El rostro de Rashid se endureció cuando volvió a mirar a la mujer pequeña que estaba parada frente a él, tullida y desfigurada. Tenía los ojos claros y confiados. Contra su voluntad, su corazón se ablandó. No parecía importante el hecho de que nunca la entendería. Ella lo entendía a él.

—Prometo no ponerle una mano encima hasta que él levante la suya contra usted.

Hadasa le tomó la mano.

—Esperaba un poco más, pero me conformaré con eso. —Sonrió y sus ojos se suavizaron con afecto—. Que Dios haga su voluntad contigo, amigo mío. —Volvió a dejar caer los velos sobre su rostro.

Alejandro le entregó las hierbas que necesitaba para tratar la herida de Marcus Valeriano. Le dio indicaciones sobre cómo cauterizar la herida antes de aplicar la cataplasma y vendarla .

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

—Sé lo que debo hacer.

La acompañó a la litera y la levantó para sentarla adentro.

—Cuídate —le dijo, temeroso por ella. Hadasa tomó la mano de él entre las suyas y la apretó contra su mejilla tapada por los velos. Cuando lo soltó, él cerró las cortinas y retrocedió. Los sirvientes la levantaron y se la llevaron. Alejandro nunca se había sentido tan solo en su vida.

Encontró a Rashid limpiando su cuchillo.

—¿Cumplirás tu palabra?

La mano de Rashid se detuvo. Levantó lentamente la cabeza y lo miró. Alejandro se sintió helado por las profundas tinieblas que vio en esos ojos oscuros. Sin decir una palabra, Rashid volvió a limpiar su cuchillo.

44

—¿Dónde está? —dijo Julia, angustiada cuando Lavinia respondió a su llamado, en lugar de Ezer.

—Salió de la casa, mi señora. No dijo adónde iba.

—¿Cuándo volverá?

—No lo dijo, mi señora.

—Por los dioses, ¿no sabes nada de nada? ¿Qué sucedió para que me deje?

—Su hermano fue atacado, mi señora.

Julia abrió grandes los ojos.

—¿Atacado? —Empezó a levantarse del sillón, pero la cabeza le dio vueltas y se hundió nuevamente. Se llevó una mano temblorosa a la frente.

—Él estará bien, mi señora. No se angustie.

—¿Cómo puedo no angustiarme? ¿Quién se atrevería a atacar a mi hermano?

—Dijo que fue un árabe, mi señora.

—¿Marcus lo conoce personalmente?

—No lo creo.

Quería ir al cuarto de Marcus para ver por sí misma que estuviera bien, pero se sentía muy mareada para hacerlo. Aunque pudiera llegar hasta su cuarto, él no la recibiría.

—Ezer dijo que no me dejaría —dijo Julia con tono de queja.

—Estoy segura de que volverá, mi señora. —Lavinia enderezó las mantas de la cama—. Quizás fue a ver al médico.

—Un paño frío —dijo Julia—. Me duele la cabeza.

Lavinia mojó un paño limpio en la palangana con agua y lo exprimió antes de ponerlo cuidadosamente en la frente y los ojos de Julia.

—Anda a ver qué puedes averiguar —dijo Julia y le hizo un gesto con la mano para despedirla.

Cuando Lavinia no volvió a los pocos minutos, Julia se inquietó y se preocupó. Se quitó el paño y se incorporó despacio, aferrándose al borde del sillón hasta que la cabeza dejó de darle vueltas. Después, se levantó y caminó con paso vacilante hacia la puerta. La casa estaba muy silenciosa. ¿Era la herida de Marcus más grave de lo que Lavinia le había dicho? ¿Había muerto Marcus ?

Julia salió al corredor descubierto. Se apoyó con todo su peso contra la pared. El mármol estaba frío. Deseó haberse puesto el chal, pero ahora no gastaría fuerzas en volver a buscarlo. Tenía que averiguar qué pasaba con Marcus.

Deslizando la mano por la pared, Julia caminó temblorosamente por el corredor hacia la recámara de Marcus. Podía escuchar voces. Llegó a la puerta y miró adentro. Iulius estaba agachado sobre la cama. Vio la pierna de Marcus levantada a medias. En el piso había una túnica desechada y manchada con sangre.

—¿Qué tan mal está? —dijo con una voz trémula. Juntó lo que le quedaba de fuerzas y entró en el cuarto.

Marcus vio que Julia acababa de entrar por la puerta de la habitación. Era obvio que recién se había levantado de la cama porque estaba vestida con una bata arrugada que no servía para

disimular su cuerpo cadavérico. Un revoltijo de cabello oscuro rodeaba su rostro pálido. Estaba temblando, pero él no sabía si era porque tenía miedo o porque estaba débil.

Tampoco le importaba.

—¿Estás bien? —dijo ella mirando la venda empapada de sangre que tenía en su costado.

—No me moriré.

—Estaba preocupada por ti. —Se bamboleó levemente, con una mano pálida y delgada sobre el pecho—. ¿Te gustaría que me sentara contigo un rato?

Marcus se recostó sobre el sillón.

—Acompáñala a su habitación —dijo, negándose a responder a su pedido trémulo. Iulius se dirigió a ella. Marcus había hablado en un tono suficientemente alto como para que Julia lo escuchara, y ella no protestó cuando el esclavo la sostuvo mientras la sacaba del cuarto.

Marcus apretó los dientes y luchó contra la lástima cada vez más honda que sentía por ella y contra el remordimiento de haberla apartado con tanta frialdad. Estaba muy demacrada y delgada, como si estuviera más disminuida cada vez que la veía. Ella siempre le había dado un alto valor a su belleza. ¿Qué sentiría ahora cuando se miraba al espejo y veía ese rostro cadavérico y pálido? En otra época se habría tomado el trabajo de vestirse y hacerse trenzar el cabello antes de salir de la habitación o de recibir visitas. Pero esta noche, había venido directamente desde su lecho de enferma para ver qué le había pasado a él.

Iulius volvió. No mencionó a la señora Julia. Marcus empezó a preguntar, pero contuvo la respiración cuando el sirviente le despegó el vendaje ensangrentado de las costillas.

—La herida todavía sangra, mi señor .

—Lávala nuevamente con vino y ponle una venda. Si me muero, me muero —dijo, molesto.

—Beba un poco de vino, mi señor —dijo Iulius, y le entregó a Marcus una copa llena. Cuando Marcus se enderezó, la herida empezó a sangrar nuevamente. Se recostó otra vez y Iulius empapó el paño en el vino fino. El cuerpo de Marcus se puso rígido cuando el esclavo enjuagó la herida y volvió a vendarla. Le dio otra copa de vino, notando que los ojos de Marcus se volvían más oscuros y turbios.

—No te preocupes tanto, Iulius —dijo Marcus, soñoliento—. Cualquier líquido que se haya derramado, lo has hecho entrar de nuevo. —Su cuerpo se relajó cuando quedó inconsciente. Iulius se inclinó sobre él, sin saber qué lo había afectado tanto: la sangre que había perdido o todo el vino que había bebido.

Hadasa entró. Iulius se apuró para tomar el pequeño paquete que traía.

—La herida todavía sangra, señora Ezer.

—Trae el brasero —dijo ella, y le recibió el paquete al llegar a la cama. Inclinándose, tocó el hombro de Marcus. No se despertó. Apoyó una mano temblorosa contra el pecho de él y sintió el latido firme y lento de su corazón.

Abriendo el paquete, sacó los pequeños atados de hierbas y el cauterio. Puso el extremo del cauterio sobre los carbones ardientes del brasero.

—Tenemos que sellar la herida y hacerle compresas con las hierbas— le dijo a Iulius—. Tendrás que mantenerlo quieto.

Sacó el cauterio del fuego, acercó el metal caliente a la herida y la chamuscó hasta cerrarla. Marcus gruñó y se despertó brevemente, solo para volver a desmayarse. Hadasa sintió náuseas por el olor a carne quemada, pero volvió a calentar el cauterio y terminó la tarea.

—Necesito un recipiente pequeño —dijo, y Iulius le trajo uno. Mezcló las hierbas con sal e hizo una cataplasma, con la que vendó la herida. Se sentó en el borde del sillón de Marcus y le pasó la mano por la frente—. Me quedaré con él —dijo.

—La señora Julia vino a verlo. El señor Marcus me ordenó que la llevara de vuelta a su habitación.

—¿Él habló con ella?

—No, mi señora.

Hadasa se sentó a pensar. Apoyó la mano sobre el pecho desnudo de Marcus y sintió el firme latido de su corazón.

—Fíjate si Julia está despierta, Iulius. Si está despierta, tráela aquí para que vea que su hermano está dormido. Eso la tranquilizará .

—Sí, mi señora.

Julia entró apoyada en el brazo de Iulius. Hadasa se levantó del borde del sillón de Marcus. Tomó la mano de Julia y le hizo una seña con la cabeza para que se sentara donde había estado ella. Julia tomó la mano de su hermano.

—Está muy pálido.

—Perdió sangre.

—¿Se pondrá bien?

—Creo que sí, mi señora —dijo y, para animarla, agregó—: No atacaron ningún órgano vital. Le cauterizamos la herida. La cataplasma debería prevenir la infección.

—Él no me quería aquí —dijo Julia y puso su mano sobre la de él. La suya se veía muy pequeña y blanca sobre la mano grande, fuerte y bronceada de él—. Le dijo a Iulius que me llevara de vuelta a mi habitación.

Hadasa se acercó y la abrazó. Acariciando el pelo de Julia, se lo retiró del rostro.

Julia se recostó contra ella y cerró los ojos, sintiéndose consolada.

—Tenía miedo de que me hubiera dejado, Ezer.

—No tiene que temer, mi señora.

—En mi cabeza, lo sé, pero mi corazón... —Suspiró, luchando contra la debilidad que la acometía. Este pequeño esfuerzo era casi demasiado para ella—. Estoy muy contenta de que esté aquí con nosotros.

Hadasa sintió que Julia temblaba. —Ahora tiene que descansar, mi señora. Su hermano se recuperará en unos días. —Se agachó para ayudarla a levantarse.

—Iulius puede ayudarme a volver a mi cuarto. Quédese aquí con él. Por favor. Confío en usted para que lo cuide.

Hadasa tocó su mejilla.

—Está pensando en los demás por encima de sí misma.

Julia torció la boca irónicamente.

—¿Es así? ¿O será porque mi última esperanza depende de él? —Se apoyó en Iulius para salir de la habitación.

Hadasa se quedó con Marcus durante la noche. Él se levantó una vez y la miró con ojos confundidos. Frunció el ceño y balbuceó. Ella se levantó y se agachó hacia él.

—¿Qué tiene, mi señor? —dijo y le puso la mano en la frente. Estaba fría.

Marcus se aferró al borde de sus velos y tiró de ellos débilmente. El corazón de Hadasa dio un salto. Enderezándose con rapidez, le soltó los dedos suavemente y volvió a sentarse, temblando.

Él se movió nuevamente y se relajó hasta quedarse dormido. Hadasa lo contempló, llena de asombro porque era fornido y hermoso. Pensó que podría quedarse sentada así por siempre, solo mirándolo. Las lágrimas le aguijonearon los ojos y miró hacia otro lado. Oró para que la pasión que sentía por él pudiera transformarse en amor como el que tiene Dios. El recuerdo de los besos

que le había dado hacía tanto tiempo todavía le aceleraba el pulso. Le pidió a Dios que se lo quitara de la mente. Pero el anhelo persistía. Él se movió otra vez, inquieto y adolorido. Ella se estiró y le tomó la mano. Cuando ella lo tocó, Marcus se calmó.

—¿Por qué, Señor? ¿Por qué me haces esto? —susurró desoladamente. No hubo respuesta.

Cuando el alba desplegó los rayos del sol sobre el muro de la terraza, Marcus se despertó. Débil y desorientado, giró su cabeza y vio a Ezer sentada al lado de su sillón. Se levantó un poco y contuvo la respiración, recordando inmediatamente el ataque de la noche anterior. Hadasa levantó la cabeza.

Haciendo una mueca de dolor, lanzó una maldición y se recostó.

Hadasa posó su mano ligeramente sobre la de él.

—Descanse tranquilo, mi señor, o se le abrirá nuevamente la herida.

Cuando ella retrocedió un poco, Marcus le atrapó la mano y la sujetó debajo de la suya.

—¿Se quedó conmigo toda la noche?

—La señora Julia estaba preocupada por usted.

—No tiene que preocuparse. Es una herida superficial. —Aflojó la mano y la retuvo suavemente, en lugar de tenerla atrapada.

—Tal vez, mi señor, pero si su atacante lo hubiera golpeado un poco más abajo, podría haber alcanzado un órgano vital.

—Y un poco más arriba, me hubiera cortado el cuello. —Frunció el ceño—. Está temblando —dijo con curiosidad. Ella retiró su mano y él frunció el ceño.

El corazón de Hadasa latía a toda velocidad mientras él la estudiaba atentamente. ¿Qué estaba pensando él? Bajó la mirada y la fijó en sus manos, que estaban apretadas sobre su regazo. Ella trató de relajarse. Ahora que él estaba despierto, podía decirle a Iulius que lo atendiera. Se levantó, pero había estado sentada durante demasiado tiempo. La pierna herida se acalambró y soltó un grito ahogado de dolor antes de poder evitarlo. Apretando los dientes, dio un paso atrás, avergonzada por su torpeza.

Marcus se dio cuenta, pero no le importó.

—No se irá, ¿verdad? —le dijo. Frunció el ceño y levantó la vista de nuevo hacia los velos. Veía la forma de su rostro debajo de ellos, pero no podía distinguir sus rasgos. Tenía cortada una línea delgada y los extremos bordados para poder ver hacia afuera, pero él no podía ver detrás de ese muro de gasa colorida. Ella bajó la cabeza y giró un poco y, aunque el gesto parecía lo suficientemente natural, se dio cuenta de que estaba evitando que la mirara y la tocara.

—Debería comer, mi señor. Le pediré a uno de los sirvientes que le suba la comida.

Marcus deseaba que se quedara. Quería saber más de ella. Se preguntó por qué despertaba su curiosidad. Cuando la vio caminar hacia la puerta, buscó cualquier excusa.

—La venda parece estar saliéndose de lugar. —Ezer regresó e inclinó la cabeza ligeramente para examinarla críticamente—. ¿Ve? —dijo él y le dio un tirón, apretando los dientes cuando sintió la punzada de dolor.

—Permanecerá lo suficientemente ajustada, mi señor, si deja de tirar de ella.

Él sonrió.

—Dejaré de tironearla si se sienta y habla conmigo.

—Usted ya no es un niño, mi señor.

Su sonrisa se volvió irónica.

—No, no lo soy, señora Ezer. —Señaló la silla—. Siéntese y hable conmigo como un hombre, no como un niño. —Usaría cualquier medio que tuviera para pasar más tiempo con ella,

hasta darle órdenes como amo de la casa. Ella despertaba su interés como nadie lo había hecho en mucho, mucho tiempo.

Hadasa se sentó donde había estado, pero él sintió la distancia que ella puso entre ambos.

—Usted habla con Julia todo el tiempo, pero parece que no soporta mi compañía ni siquiera unos pocos minutos.

—Acabo de pasar la noche con usted.

Él rió.

—Yo estaba dormido.

—Su hermana está muy enferma, mi señor.

Tuvo la sensación de que su interés la incomodaba.

—Solo tengo curiosidad por usted —le dijo con franqueza y se incorporó. Haciendo una mueca de dolor, apoyó los pies en el piso.

—Tiene que descansar...

—Me siento aletargado por el descanso. —Y le dolía la cabeza por tanto vino.

—Perdió mucha sangre.

—No tanta para mantenerme acostado como un inválido, como usted intenta tratarme. —Dejaría el arte de la autocompasión para su hermana .

Cuando Ezer volteó la cabeza, se preguntó si su apariencia física la molestaba. Él solo tenía puesto un taparrabos. Teniendo en cuenta su profesión, le pareció que la posibilidad era muy remota, pero, por las dudas, se cubrió las piernas con la manta. —Si la señora Julia la necesitara, estoy seguro de que mandaría a Lavinia corriendo a buscarla.

Ella lo miró nuevamente.

—¿Qué provocó la distancia que hay entre usted y su hermana, mi señor?

—Una pregunta audaz —dijo él, molesto—. Hablaremos de otras cosas.

—Eso es lo que más le perturba.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo, y sonrió de manera burlona—. ¿Cree que puede ver qué hay dentro de mí conociéndome tan poco?

Ella vaciló.

—¿Está en paz con las cosas como están?

—¿En paz? Mi madre está paralítica. Julia está bajo mi techo nuevamente, muriéndose de una enfermedad repugnante causada por su propia promiscuidad y su vida infame. Tiene que reconocer que circunstancias tan duras como estas no contribuyen a estar en paz, señora Ezer.

—¿Es usted tan puro que puede condenarla, mi señor?

Sus ojos se oscurecieron.

—Digamos que yo al menos limité mis experiencias al sexo opuesto.

Ella no dijo nada.

—¿Duda de mi palabra?

—No, mi señor, pero el pecado es pecado.

Él sintió que el calor le subía a la cara.

—¿Cuánto le ha contado mi hermana acerca de Calabá?

—Sé acerca de Calabá.

—¿El pecado es pecado? ¿Julia le contó que eran amantes? Eso solo debería decirle algo acerca de su grado de perversión. —Arqueó una ceja con arrogancia y desdén—. ¿Se tomó la molestia de contarle que su esposo también era homosexual y que tenía una debilidad por los muchachitos? Prometeo fue uno de ellos. Ese es el motivo por el que no lo quiero en mi casa.

—Prometeo se arrepintió y le entregó su vida a Dios —dijo ella en voz baja—. Volvió por su

propia voluntad para servir a la señora Julia. Ella me dijo que él había huido de Primus. Se hizo cristiano y volvió a la casa de su hermana. Si no fuera por él, mi señor, su hermana no habría tenido a nadie. Todos sus sirvientes la habían abandonado .

—Le concedo eso —dijo sombríamente y la observó con tristeza—. Esta no es la conversación que esperaba tener con usted.

—Es la verdad.

—Aun así.

—Se aferra a su enojo con ella como un escudo. Por qué, no lo sé. Quisiera que usted entendiera que su hermana estaba sola, excepto por Prometeo. Lo que sea que él haya sido antes...

—Muy bien —dijo impaciente, interrumpiéndola—. Mandaré a buscarlo, si es lo que quiere.

—No fue para eso que se lo conté. Prometeo está bien. La señora Julia lo liberó. Fue un acto sin interés propio de su parte. Él tiene un trabajo por hacer para el Señor. Es Julia quien me preocupa. Y usted. No debe abandonarla.

Él sintió una oleada de calor.

—No la he abandonado. Está aquí, ¿verdad?

—Sí, está aquí. Le ha dado refugio, comida y sirvientes para que la cuiden. Pero no le da lo que ella más necesita.

—¿Y qué es? —dijo él con sorna.

—Amor.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Discúlpeme por apartarla de sus obligaciones, señora Ezer. Puede irse.

Hadasa se levantó lentamente. Tomó su bastón. —Por favor, mi señor. Por el bien de ella y el suyo, perdónela por lo que sea que haya hecho.

—Usted no sabe lo que hizo —dijo, enfurecido y deseoso de que se fuera rápido.

—No hay nada tan terrible que no se pueda dejar de lado en nombre del amor, en el nombre de Dios.

—Es por causa del amor que no puedo perdonarla.

Sus palabras apasionadas la dejaron más perpleja que antes. En su mente, solo tenía una certeza.

—Hasta que pueda perdonarla, nunca conocerá plenamente qué es ser perdonado. Por favor, piénselo. No le queda mucho tiempo.

Marcus lo meditó mucho, después de que Ezer se fue. A pesar de que deseaba sacar esas palabras de su cabeza, seguía escuchándolas una y otra vez. Le habían llegado muy hondo. Recordó el alivio y el gozo que había sentido a orillas del mar de Galilea. Añoraba volver a sentir esas cosas porque, en algún lugar a lo largo del camino a su casa, perdió de vista lo que había encontrado. Necesitó las palabras de una lisiada cubierta por velos para recordarlo. Y no le gustó.

Se pasó los dedos por el cabello, se levantó y salió al balcón. No sabía si podía dejar de lado el pasado. No sabía si podía perdonar; mucho menos, olvidar. Él no era Jesús. Era un hombre, y la sole dad a veces era tan insoportable... Dios estaba tan lejano. Se había sentido cerca de él en Galilea. Aquí, se sentía solo.

Ezer tenía razón. La paz lo evitaría hasta que él obedeciera la orden que había recibido en Galilea. Había sentido brevemente el tremendo alivio del perdón a orillas del mar de Galilea. No podía retener el perdón que había recibido. Debía volcarlo en su hermana, sin importar si quería hacerlo o no.

Pero todavía luchaba con su deseo de castigarla por lo que había hecho, de hacerla sufrir

como ella había hecho sufrir a otros.

«No puedo...», agachando la cabeza, Marcus oró por primera vez desde que volvió a Éfeso, con palabras sencillas que salían de su corazón.

«Jesús, no puedo perdonarla. Solo Tú puedes. Por favor... ayúdame».

45

Julia estaba acostada sobre su sillón con un paño frío sobre los ojos. Hadasa había salido a hablar con la cocinera para que le preparara un caldo que le calmara el estómago. Julia no había podido comer en tres días, desde que Marcus le ordenó a Iulius que la sacara de su habitación. No podía dejar de pensar en Marcus y la manera en que la había mirado. Apoyó una mano temblorosa sobre el paño y lo presionó contra el dolor punzante de su cabeza. Deseaba morirse ya y terminar de una vez por todas con el dolor y la miseria de su vida.

Escuchó que alguien entraba en el cuarto y cerraba la puerta.

—No tengo hambre, Ezer —dijo lóbregamente—. Por favor, no me obligue a comer. Solo siéntese conmigo y cuénteme otra historia.

—No soy la señora Ezer.

Julia se quedó helada al escuchar la voz de Marcus. Bajó el paño, pensando que tal vez era su imaginación.

—Marcus —dijo como un saludo vacilante. Al ver que él era real, se preparó para el inevitable ataque.

Marcus la observó incorporarse temblorosamente y reacomodar las mantas y los cojines. Sus manos temblaban cuando se quitó el cabello de la cara. Estaba tan flaca y pálida como la muerte.

—Siéntate. Por favor —dijo Julia, haciendo un gesto elegante para que usara el asiento que habitualmente ocupaba Ezer.

Él se quedó parado.

Julia no podía interpretar nada de su expresión. El rostro bello de su hermano era como una fachada de piedra. Parecía estar bien de salud, a pesar del atentado reciente contra su vida. Ella, por su parte, empeoraba cada día. Quería llorar cuando él la miró con sus ojos oscuros. Ella sabía qué apariencia tenía en ese momento con su cabello desaliñado y escaso, su cuerpo esquelético y su piel tan pálida que era casi traslúcida. La fiebre había vuelto, debilitándola y haciéndola temblar como una anciana.

Ella le sonrió con tristeza.

—Antes estabas tan orgulloso de mi belleza como yo.

La boca de Marcus se torció con lástima .

El corazón de Julia latió fuertemente con temor por su silencio.

—¿Cambiaste de parecer, Marcus? ¿Me vas a mandar a algún lugar lejano donde puedas olvidar que tienes una hermana?

—No. Te quedarás aquí hasta que mueras.

Habló de su muerte como algo tan casual que Julia se quedó helada.

—Estás ansioso por ese día, ¿verdad? —Bajó la mirada porque los ojos de él estaban llenos de sarcasmo—. Yo también lo ansío.

—¿Una maniobra para que te tenga pena?

Lo miró, herida por su desdén.

—Prefiero tu pena a tu odio.

Marcus suspiró y caminó por la habitación. Se detuvo a los pies de su sillón.

—Vine a decirte que tomé la decisión de no odiarte.

—Difícil decisión, sin duda. Te lo agradezco mucho.

Su tono de voz lo hizo enojar.

—¿Esperabas algo más?

A Julia ya no le quedaban fuerzas para defenderse.

—¿Por qué vienes a mí ahora, Marcus? ¿Para ver cuán mal estoy?

—No.

—Estoy condenada —dijo, tratando de contener las lágrimas que sabía que él odiaba—. Puedes ver hasta qué punto ha llegado la condenación.

—Los dioses que invoqué no existen, Julia. Si estás condenada, es por tus propios actos.

Ella miró hacia otra parte.

—Así que por eso viniste. Para recordarme lo que hice. —Lanzó una risa débil y sin humor por la desesperación—. No era necesario. Yo misma rememoro mi vida con repulsión. Veo las cosas miserables que hice como si fueran escenas pintadas en estas paredes que miro todos los días. —Se llevó un puño pálido al corazón—. Lo recuerdo, Marcus. Me acuerdo de todo.

—Yo desearía de corazón no hacerlo.

Julia lo miró con sus ojos oscuros llenos de angustia.

—¿Sabes por qué mandé a Hadasa a la arena? Porque me hacía sentir *impura* .

Él sintió que un calor corría por todo su cuerpo, el tipo de calor que incitaba a la ira y los actos violentos. Apretó la mandíbula.

—Quiero olvidar lo que le hiciste.

—Yo también. —Las ojeras oscuras debajo de los ojos de ella proclamaban los estragos de la enfermedad—. Pero no creo que sea posible.

—Tengo que olvidarlo, o me volveré loco .

—¡Oh, Marcus, perdóname! No sabía qué estaba haciendo.

Sus ojos relampaguearon.

—Lo sabías —dijo fríamente, sin poder tolerar sus mentiras.

Julia cerró los ojos; su boca temblaba. Por una vez, fue sincera consigo misma.

—Está bien —dijo con la voz entrecortada—. Lo sabía. Lo sabía, pero estaba tan corroída por mi propia miseria que no me importaba lo que le hacía a los demás. Pensé que si Hadasa moría, todo volvería a ser como antes. —Lo miró desesperada—. ¿Puedes entenderlo?

Él la miró fija y fríamente.

—¿Y fue así?

—Tú sabes que no fue así. —Dejó de mirar su rostro frío—. Yo también la amaba, Marcus, solo que no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—¿La amabas? —dijo él con una mirada encendida—. Tú *amabas* a Calabá.

—Fui engañada por Calabá.

—Te metiste en esa relación sabiendo muy bien lo que hacías. Yo mismo te lo *advertí* , pero no quisiste escucharme. No me digas ahora que no lo sabías. —Marcus se dio vuelta y caminó hacia el arco de su balcón privado, sin poder soportar estar cerca de ella.

Julia miró su espalda rígida y quiso llorar.

—No espero que lo entiendas. ¿Cómo podrías? Después de que Hadasa murió, sentí este vacío horrible. No solo porque me maldijiste y me dejaste ese día, sino porque... porque Hadasa fue la única que alguna vez me amó de verdad.

Marcus se dio vuelta hacia ella.

—Me enferma tu autocompasión, Julia. ¿Qué me dices de padre y madre? ¿Acaso ellos no te amaron lo suficiente? ¿Y yo qué?

—No era la misma clase de amor —dijo ella con voz baja.

Marcus frunció el ceño.

—Tú sabes cómo era. Hadasa me amaba tal cual era yo, no por lo que esperaba que fuera. Sin expectativas. Sin condiciones. Me vio en mi peor momento y, sin embargo... —Sacudió la cabeza y miró hacia otra parte.

La habitación se llenó de silencio.

—Todo salió mal —dijo Julia débilmente—. La vida se echó a perder. —Lo miró con ojos que suplicaban su perdón.

—No quiero escuchar esto, Julia. —Se dio vuelta—. No puedo escucharlo.

—No sabía lo que faltaba hasta que llegó Ezer. Oh, Marcus, ella es como Hadasa. Es...

Marcus se dio vuelta y ella vio en sus ojos el dolor y la ira que tanto trataba de negar. Sabía que era su culpa que ambos estuvieran ahí. —Lo lamento. Lo lamento profundamente, Marcus —susurró quebrantada—. ¿Qué más puedo decir?

—Nada.

Julia tragó saliva.

—Si pudiera, la resucitaría.

Marcus se quedó callado un largo rato.

—No puedo estar contigo en este cuarto, a menos que lleguemos a un acuerdo. Nunca más volveremos a hablar de Hadasa. ¿Me entiendes?

Julia sintió como si le hubiera comunicado su sentencia de muerte.

—Entiendo —dijo, con el corazón tan pesado como una roca.

Ninguno de los dos habló por un largo rato.

—¿Has visto a madre últimamente? —dijo Marcus levantando apenas una ceja.

—Ezer me llevó a estar con ella ayer en la mañana —dijo Julia con una voz apagada—. Fue agradable sentarme con ella en el balcón, cerrar los ojos y fingir que las cosas eran como solían ser.

—Está contenta.

—Así parece. Es raro, ¿no? —La boca de Julia se movió como si luchara contra sentimientos tumultuosos. Pese a su conversación neutral, sabía que él la odiaba y la seguiría aborreciendo a pesar de lo que había dicho. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Ella tenía que aceptarlo. Casi deseaba que su hermano no hubiera venido a estar con ella. No verlo había sido suficientemente doloroso. Pero, ahora, verlo y sentir la pared que había entre ellos era una tortura.

La puerta se abrió y Lavinia entró con una bandeja. Sonreía y hablaba en voz baja con alguien que estaba detrás de ella. Se detuvo en la entrada al ver a Marcus y sus mejillas se ruborizaron.

Julia reconoció esa mirada. ¿Cuántas otras sirvientas de la casa se habían enamorado de Marcus? Hadasa solo había sido una de tantas.

—Pon la bandeja en la mesa, Lavinia. Gracias. —La muchacha obedeció rápidamente y se fue, pasando al lado de Ezer, que entraba al cuarto.

—Señor Marcus —dijo Ezer—. Buenas tardes.

Su voz era cálida y acogedora, y él le sonrió.

—Buenas tardes, señora Ezer.

Cruzó rengueando la habitación y dejó a un costado su bastón. Tocó el hombro de Julia. Solo la rozó con los dedos, pero Julia se relajó como si la hubiera tranquilizado. Le sonrió a la mujer de los velos y Ezer le tocó la frente.

—La fiebre ha vuelto, mi señora —dijo, y levantó el paño húmedo del lugar donde lo había dejado Julia. Lo puso a un costado, tomó uno limpio y lo mojó en la palangana con agua fría.

Después de estrujarlo, lo pasó suavemente por el rostro de Julia.

Julia se recostó nuevamente; la tensión que Marcus no había notado hasta ese momento se relajó. Julia estiró su mano y Ezer la tomó, sentándose en el borde de la cama. Suavemente, retiró los bucles de la frente de Julia y luego giró la cabeza hacia él.

—Hace unos minutos vi a su madre, mi señor. Iulius puso algunas semillas para los pájaros. Vienen y se posan en el muro donde ella puede verlos.

—Siempre le gustaron las aves —dijo él, agradecido por su presencia, que alivió la tensión entre él y su hermana.

—Había un par de tórtolas curioseando en el muro. Quizás aniden ahí.

—¿Recuerdas en Roma, Marcus, cómo le gustaba a madre trabajar en el jardín de flores y observar los pájaros? —dijo Julia con nostalgia—. Ah, Ezer, cómo me gustaría que hubiera podido verlo. Era tan hermoso. A usted le habría encantado.

Marcus recordó a Hadasa saliendo a la luz de la luna para postrarse ante el Señor.

—Había árboles que florecían en la primavera —siguió Julia— y un sendero empedrado que bordeaba los canteros. Madre incluso había hecho construir un *fanum* cerca de la muralla occidental. —Julia miró a Marcus—. ¿Estaba igual cuando volviste?

—Estaba igual, pero vacío. Cuando volví de Palestina, me dijeron que madre cedió sus derechos sobre la villa a uno de los viejos amigos de padre en el Senado, con la condición de que las ganancias se usaran para los pobres.

—Oh —dijo Julia, sintiendo una punzada por la pérdida—. Fui tan feliz allí de niña. Solía correr por los senderos. —Pensar que otros vivían ahí la inquietaba. Sin embargo, se dio cuenta de que era algo bueno. Quizás su madre había tenido la misma sensación agradable que ella cuando le otorgó la libertad a Prometeo.

Mientras escuchaba a Julia, Marcus también se llenó de recuerdos. Se acordó de su hermana, joven y llena de alegría, corriendo hacia él y saltando a sus brazos. En aquel tiempo, ella desconocía el mundo y ansiaba escuchar todos los detalles de las aventuras de Marcus. Absorbía los chismes de su amiga Octavia y lo engatusaba para que la llevara a los juegos a escondidas. Él había estado de acuerdo porque, en ese momento, pensaba que las restricciones de su padre eran poco razonables. Ahora se preguntaba si padre no había juzgado a Julia con mayor claridad que él. Nunca había tenido en cuenta qué consecuencias tendría su propio ejemplo no tan perfecto .

—¿Encontraste al hombre que te atacó? —preguntó Julia y él se sintió agradecido de que lo distrajera de sus pensamientos.

—No he tenido el tiempo ni la predisposición para buscarlo.

—Pero debes hacerlo, Marcus. Él podría intentarlo de nuevo.

—Lo reconoceré la próxima vez que lo vea. Eso será suficiente advertencia.

—¿Y si tú no lo ves primero? —dijo Julia, preocupada—. Hay otra posibilidad. ¿Y si el árabe es un mercenario contratado por otra persona? Debe haber una razón para un ataque tan disparatado. Tienes que encontrarlo y averiguar de qué se trata para poder destruir a tus enemigos, antes de que ellos te destruyan a ti.

Marcus miró de reojo a Ezer. Aunque no dijo ni hizo nada, percibía que ella estaba inquieta por el rumbo de la conversación. —Es posible que haya sido un ladrón, nada más —dijo, queriendo descartar del todo el incidente.

—No te faltan recursos, Marcus. Podrías encontrarlo, si decidieras hacerlo.

— *Si* decidiera hacerlo —dijo él explícitamente.

La expresión de ella decayó ante su brusquedad.

—No tenía la intención de discutir, Marcus. Lo único que quiero es que no te lastimen

nuevamente.

Él le sonrió irónicamente. Nadie lo había lastimado jamás tanto como ella.

Comprendiendo el gesto, Julia se sintió helada. Bajó la cabeza.

Ezer puso su mano sobre la de Julia y levantó la cabeza. Marcus podía sentir que lo miraba a través del velo. No podía ver su rostro, pero sentía la desilusión de Ezer. Un músculo se tensó en la mandíbula de Marcus.

—Tengo trabajo por hacer —dijo secamente. Inclinó la cabeza ante Ezer y cruzó la habitación hacia la puerta.

—¿Vendrás a verme otra vez, Marcus? —dijo Julia lastimeramente.

Marcus cruzó la habitación a zancadas y se fue sin responder.

46

Julia finalmente se durmió y Ezer dejó a Lavinia para que la cuidara y para poder bajar al rincón del peristilo y orar en soledad. Rashid tenía un lugar prominente en sus pensamientos, pero no era tan ingenua como para no reconocer el peligro que ella misma corría si Marcus rastreaba al árabe. El acto impulsivo de Rashid también podía poner en peligro a Alejandro.

Hadasa consideró la posibilidad de revelarle su identidad a Julia y oró pidiéndole al Señor que la guiara. Lo que vino a ella fue la convicción de que Julia imaginaría alguna conspiración contra los miembros de su familia si le decía quién era ella y qué relación tenía con el árabe. En el pasado, aun los males imaginados habían sido suficiente justificación para que Julia tomara represalias. Si ahora despertaba sospechas en ella, la calamidad caería rápidamente sobre todos. Si eso sucedía, ¿qué le pasaría a Julia?

Quédate quieta y conoce que Yo soy Dios, dijo el Espíritu dentro de Hadasa. Así que ella obedeció, esperando en él, mientras le exponía sus esperanzas.

Hadasa escuchó a un sirviente abrir la puerta principal y saludar a Marcus. Sintió que sus sentidos se aceleraban. Él había salido de la casa después de ver a Julia y había estado afuera toda la tarde. Mientras atravesaba el vestíbulo, Hadasa vio que él miró hacia donde ella estaba y se detuvo. Hadasa se apoyó contra la pared del pequeño rincón con el corazón latiéndole rápidamente.

Desabrochando el prendedor de oro a la altura de su hombro, Marcus dejó que el sirviente le quitara el manto. Cuando entró en el peristilo, Hadasa se levantó.

—Por favor, siéntese —dijo él y ocupó el otro lado del banco curvado de mármol. Se inclinó para atrás con un suspiro y se llevó la mano al costado.

Hadasa estudió su rostro pálido y cansado.

—Su herida...

—Está bien —dijo él bruscamente—. Iulius cambió el vendaje antes de que me fuera.

—Debe darse un tiempo para curarse, mi señor .

—No soy un hombre acostumbrado a quedarme sentado mucho tiempo.

—Eso veo.

Él escuchó que su voz se suavizaba y sonrió. Dio un vistazo al pequeño rincón recordando cuántas veces se había sentado aquí con Hadasa. Ella solía venir aquí a orar a última hora del día o muy temprano en la mañana.

—Gracias por ver a Julia —dijo Hadasa.

Traído de vuelta al presente, Marcus miró a Ezer.

—La visita no salió muy bien —dijo irónicamente. Le resultó raro sentirse tan cómodo con una mujer que apenas conocía. Cada vez que la veía, lo intrigaba más.

—Es un comienzo.

—Lo cual implica que debería continuar. —Torció la boca con sarcasmo—. No estoy seguro de querer repetir la experiencia. —Sus emociones habían estado en carne viva toda la tarde. Seguía viendo el rostro de Julia, pálido y fatigado, sus ojos suplicando algo que él sentía que no podría darle jamás—. Quizás sería mejor que la dejara tranquila.

—¿Mejor para quién?

—Usted es directa, ¿verdad? —dijo Marcus secamente—. Mejor para los dos. Es mejor que

algunos recuerdos permanezcan enterrados.

Hadasa lo comprendía muy bien. Desde el principio, había tenido que proponerse dejar de lado algunas de las cosas que Julia le había hecho a ella y a otros. No había sido fácil. Aunque se apoyaba en el Señor, había habido momentos de gran lucha. Pero, a veces, cuando menos lo esperaba, Julia la sorprendía con su dulzura. Marcus necesitaba ver eso y recordarlo.

—¿Cómo era su hermana de niña?

Marcus sonrió con amargura.

—Adorable.

—Háble me de ella.

Él lo hizo, remontándose a los primeros años de su vida en Roma. Habló de su espontaneidad y sus ansias de vivir, de su risa fácil y su entusiasmo. Mientras hablaba, su tristeza se hizo más profunda, porque había amado a su hermana entonces, la había amado con una actitud intensamente protectora y de orgullo.

—Y, entonces, conoció a Calabá —dijo él—. Octavia las presentó. Yo sabía de Calabá mucho antes de que Julia la conociera. Era muy famosa en Roma. Había muchos rumores de que había matado a su esposo, pero nada se confirmó jamás. Ella tenía amigos en las altas esferas. Julia no fue la primera en ser corrompida por su influencia, ni será la última .

—¿Cree usted que la corrupción de Julia fue todo obra de Calabá? —dijo Hadasa en voz baja.

Marcus la miró y sintió un sutil desafío. Reconociéndolo, dejó escapar un suspiro y volvió a recostar su cabeza.

—Yo tuve parte en eso —confesó.

—¿Qué parte, mi señor?

—Yo llevé a Julia a los juegos por primera vez, para disgusto de mi padre. Creo que él habría sido feliz con mantenerla alejada del mundo. Ahora, mirando hacia atrás, tal vez él tenía razón después de todo. Algunos logran darse cuenta de la perversión de lo que ven y se apartan de ella. A otros les cauteriza la consciencia, y se vuelven insensibles y ciegos al sufrimiento ajeno. Necesitan cada vez más excitación para sentirse satisfechos, hasta que nada los satisface. Julia es de esos.

—¿Usted dejó de ir a los juegos?

—No he ido en muchísimo tiempo. Perdí el gusto por ellos de manera repentina. —Así como dejaron de gustarle otras cosas que alguna vez le parecieron deseables.

¿Cómo podría haber sido la vida si Hadasa estuviera viva? Ahora, compartía la misma fe que ella...

Pero, si estuviera viva, nunca habrías ido en busca de Dios.

El súbito pensamiento lo perturbó.

—Parece confundido, mi señor.

—Muchas cosas han cambiado en mí desde que fui a Galilea.

—¿A Galilea, mi señor?

Él se rió.

—La sorprendí. Es entendible. Todos pensaron que me había vuelto loco. ¿Por qué iría un romano por voluntad propia a Palestina? —Su sonrisa desapareció—. Tenía mis motivos. Navegué hasta Cesarea Marítima y después fui a caballo hasta Jerusalén. Qué lugar de muerte es ese. No me quedé mucho tiempo. Pasé algunas semanas en Jericó con una familia judía y luego seguí mi viaje hasta Naín. —Sonrió con cariño y un poco de diversión al recordar a la vieja Débora.

—¿A Naín?

—¿Ha escuchado hablar de ese lugar? Es sorprendente. No es sino una mota de polvo y poco más. Una anciana me mostró el camino hasta el mar de Galilea. —Vio cómo Ezer cruzaba sus dedos apretadamente y se preguntó por qué su historia la perturbaba tanto.

—¿Por qué fue allá? —dijo ella.

—Hace tiempo había una joven esclava en esta casa —dijo, mirando a su alrededor—. Ella creía en Jesucristo como el Hijo del Dios vivo. Yo quería averiguar si Él realmente existía .

—¿Y lo averiguó?

—Sí —sonrió—. En el mismo instante que renuncié a mis esperanzas de lograrlo —dijo él—. Un hombre llamado Paracletos se me apareció y contestó mis preguntas. Me dijo que fuera a Capernaúm, donde habría un hombre esperándome en la puerta de la ciudad. Había tal hombre, y se llamaba Cornelio. Él me bautizó en el mar de Galilea y me dijo que Dios quería que volviera a Éfeso. Así que... —Lanzó una sonrisa con pesar y abrió sus manos en señal de censura—. Aquí estoy.

—Oh, mi señor —murmuró ella, y la calidez y el gozo de su voz lo hicieron recordar cómo se había sentido al salir del mar, una nueva creación—. No lo sabía.

Él se rió secamente.

—¿Por qué debería saberlo? No soy un gran cristiano.

—Ah, pero el Señor es fiel, Marcus. Él lo transformará en un recipiente para él.

La sonrisa de Marcus se desvaneció.

—Si no lo hago añicos primero. —Se inclinó hacia adelante y se apretó las manos entre las rodillas—. Yo sé lo que Dios quiere de mí. Solo que no estoy dispuesto a hacerlo. No ahora. Quizás nunca.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Hadasa. Se inclinó hacia adelante y le tomó las manos mientras las suyas temblaban.

—Por nosotros mismos, no podemos hacer nada. Es Dios en nosotros quien cumple su propósito.

El amor que había en su voz le calentó todo el cuerpo. Sus manos eran fuertes y suaves. No quería dejarla ir. Se le encendieron los ojos, porque Julia tenía razón: Ezer era muy parecida a Hadasa. Su corazón se aceleró. Deseó poder ver su rostro.

Hadasa retiró lentamente sus manos de las de él y se reclinó hacia atrás.

Marcus observó que Ezer se apretaba las manos sobre su regazo. Podía sentir que estaba tensa y deseó que se relajara y hablara con él como lo hacía con su hermana.

—Me gustaría saber más acerca de usted —dijo Marcus suavemente.

—Ya me conoce bastante bien, mi señor.

Él sonrió apenas, ladeando la cabeza. La misma sonrisa había ganado y roto el corazón de una infinidad de mujeres.

—Sé que usted ejercía la medicina con Alejandro Democedes Amandinus, pero muy poco más.

—Estoy aquí por Julia, mi señor.

—Ah, sí, Julia... —Suspiró y se recostó hacia atrás en la pared, con el rostro oculto por las sombras .

—¿Le ha dicho a ella que aceptó a Jesús como su Salvador, mi señor?

—Un claro giro de conversación. —Se rió en voz baja—. No.

—¿Por qué no?

—Porque nunca me creería. No estoy seguro de creerlo yo. Quizás todo fue un sueño y nunca sucedió realmente. Lo que sentí en Galilea, ciertamente no es lo que siento ahora.

—¿Qué siente?

—Que estoy peleando con la vida.

—Eso es porque ya no es más del mundo.

Su boca se arqueó irónicamente.

—Estaba peleado con la vida desde mucho antes del viaje a Palestina, Ezer. Mi descontento se remonta hasta donde puedo recordar.

—Dios elige a sus hijos desde antes de la fundación del mundo. Desde que nació, usted tuvo esta sed del agua viva, Marcus. Hasta que buscó a Cristo, no pudo encontrar la manera de llenar el vacío que había en usted. Solo Jesús es suficiente. Mi oración es que Julia también sea una de sus elegidas.

—Lo dudo.

—Entonces, ¿por qué siente ella tanta tristeza?

—Porque está muriéndose de una enfermedad que se provocó a sí misma. No cometa el error de pensar que está arrepentida de algo de lo que hizo.

—¿No es posible que el hambre que lo impulsó a usted a lo largo de su vida sea la misma hambre que está impulsando a su hermana?

—Hablemos de otra cosa.

—No hay nada más importante que usted perdone a su hermana.

—¡No quiero hablar de esto!

—Ella es carne de su carne. Si la tristeza de Julia es por la voluntad de Dios, producirá el arrepentimiento sin remordimiento que lleva a la salvación.

—¿Y si no? —la desafió con frialdad, enfurecido porque no obedecía su voluntad.

—Entonces morirá sin conocer a Cristo. Se presentará ante Dios todopoderoso y será juzgada por sus pecados. ¿Eso es lo que quiere, Marcus? ¿Que Dios la juzgue y la arroje al infierno para toda la eternidad?

Perturbado, miró hacia otra parte, con un músculo tensándose en su mejilla.

—Mi señor —dijo Ezer suavemente—, Dios lo mandó a casa para que le dé la Buena Noticia a Julia .

—Entonces, cuéntesela *usted* a ella.

—Lo he hecho. Se la he dicho una y otra vez. Y seguiré hablándole de ella mientras Dios lo permita.

Él escuchó las lágrimas en su voz.

—Si ella tiene hambre de Dios, lo encontrará de la misma manera que lo hice yo.

—No sin su perdón, Marcus.

—¡Que Dios la perdone!

—Él lo hará si ella se lo pide; pero, a veces, las personas necesitan que las lleven de la mano y las guíen a ese momento, porque tienen mucho miedo de dar el paso por sí mismas. Tómela de la mano.

Él cerró un puño.

—La maldigo—susurró—. La maldigo por hacerme esto.

Pasmada y herida, Hadasa se quedó en silencio.

Él sintió que se retraía.

—Perdóneme —dijo, y cerró los ojos—. No es usted con quien estoy enojado. Dios pide demasiado.

—¿Es así? Jesús perdonó a los hombres que atravesaron con clavos sus manos y sus pies. Perdonó a las personas que se burlaban de él mientras colgaba en la cruz. Hasta perdonó a los

discípulos por abandonarlo. ¿No somos todos así, Marcus? Falibles. Miedosos. Débiles en nuestra fe. Y, sin embargo, Jesús nos ama y nos señala el camino a la verdadera libertad y a lo que significa. —Se inclinó un poco y Marcus sintió su franqueza—. Dios lo perdonó a usted para que usted la perdone a *ella* .

Marcus se levantó, enojado de ser atormentado tanto. Había esperado tener unos minutos de charla interesante, no palabras que abrieran llagas en su conciencia y renovaran su dolor.

—Usted sabe una parte, señora Ezer. Yo sé *todo* . Si usted supiera todo lo que Julia hizo en su vida, entendería por qué me siento así.

—Entonces, dígamelo.

—¡Deje las cosas así como están!

—¿Así como están?

—Julia puede hacer sus propias confesiones. Y si es perdón lo que necesita, ¡que se lo pida a Dios!

Hadasa lo vio irse. Con el corazón apesadumbrado, una vez más agachó la cabeza para orar. Se quedó en el rincón hasta mucho tiempo después de que los sirvientes se fueron a dormir. Finalmente, se levantó y se fue a su propia cama.

Marcus, solo y herido, estaba entre las sombras del corredor superior, observándola.

47

Marcus estaba sentado con su madre en el balcón, charlando con ella de cosas cotidianas, mientras las tórtolas comían el pan que Iulius les había puesto en el muro. Marcus sostenía la mano de su madre, acariciándola y deseando que ella pudiera hablar lo suficientemente claro para entenderla. Cuando recién volvió a casa, ella había repetido «Ha... da...» una y otra vez. Lo miraba a los ojos con tal intensidad, que estaba seguro de que trataba de decirle algo. Pero que le recordara constantemente a Hadasa solo le causaba dolor. Ella seguramente se había dado cuenta de eso y, gracias a Dios, dejó de mencionar completamente a Hadasa.

—Ju... li... —dijo hoy.

—Vi a Julia y hablé con ella, madre —dijo, y no agregó nada más—. Ezer está ocupándose de todo lo que necesita.

Ella hizo un sonido suave. Marcus era consciente del gran esfuerzo que ella hacía por transmitirle sus pensamientos y de que solo se relajaba cuando lo lograba. Vio que ahora estaba relajada, descansando sus hombros sobre la silla con cojines. Tenía la boca un poco caída; Marcus le besó la mano y se quedó en silencio, con la cabeza agachada, sin saber qué decir.

Cada vez que venía a sentarse con ella, encontraba menos de qué hablar. ¿Qué podía decirle que le sirviera de consuelo? ¿Que todo estaba bien en la casa? ¿Que él era feliz? No, nada de eso. Sentía que sus luchas eran de él y que era mejor guardarlas para sí mismo. ¿Qué podía hacer su madre, limitada como estaba por su enfermedad, para ayudarlo? Él solo la agobiaría más.

Febe observaba a su hijo y sabía que no estaba bien. Sentía su intranquilidad. Sabía que su silencio no era una señal de alegría, sino de un corazón afligido. Él no se daba cuenta de cuánto le contaba Iulius de lo que estaba pasando en su familia. Ella sabía que Marcus había visto a Julia. También sabía que no la había perdonado. Iulius le había contado que Marcus le había informado a Julia que había decidido hacer a un lado el pasado. Febe sabía por qué: Marcus no quería enfrentarlo.

Febe solía orar cuando él estaba sentado junto a ella en el balcón. *¿Qué más puedo hacer, Señor? Permite que el Espíritu me dé las palabras. Te ruego con todo mi corazón por mis hijos. Daría mi vida por ellos, pero quién mejor que Tú para conocer esa clase de amor. Tú ya derramaste Tu vida por ellos. Oh, Dios, si solo pudieran ver, si solo supieran y se dieran cuenta de verdad. Oh, si yo pudiera vivir para ver ese día...*

—Ezer me intriga —dijo Marcus, interrumpiendo su oración—. Me gustaría saber más sobre ella, pero siempre parece cambiar de tema de conversación.

—Ju... li...

—Sí. Julia. Ezer no se aparta de su lado hasta que Julia se duerme. Tengo entendido que Ezer te visita a ti a diario, también.

Febe cerró los ojos y los abrió en respuesta.

—Supongo que ora contigo.

Nuevamente, Febe cerró y abrió los ojos.

—Parece que el único pasatiempo que tiene es la oración —dijo él con una leve sonrisa—. Se sienta en el rincón del peristilo y ora. Es el que solía usar Hadasa. Hace unos días, se pasó toda la noche allí. —Hizo una pausa y luego continuó—. Yo la disgusté.

Inquieto, besó la mano de su madre y la puso sobre su muslo al levantarse. Las tórtolas

salieron volando. Se quedó parado junto al muro y miró hacia la ciudad.

—Tal vez vaya a hablar con el médico. Parece que de ella no puedo obtener las respuestas que quiero.

Febe no emitió ningún sonido. Hacía mucho que se había dado cuenta de que Hadasa debía tener una buena razón para no revelar su identidad. Fueran cuales fueran esas razones, debían ser de Dios. Si era la voluntad de Dios que Marcus supiera que Hadasa estaba viva, confiaba en que Él decidiría cuál era Su tiempo para revelarla.

Iulius salió al balcón.

—Lamento interrumpir, mi señor, pero tiene visitas. Esdras Barjaquín y su hija, Tafita.

Sorprendido y feliz, Marcus se agachó para besar la mejilla de su madre.

—Volveré más tarde. Esas son las personas que te conté que me acogieron en su casa en Jericó.

Febe cerró los ojos y volvió a abrirlos. Si no hubiera sido por ellos, Marcus habría fallecido en el camino a Jericó. Ella ansiaba escuchar de qué hablaban. Cuando Marcus salió del cuarto, miró a Iulius. Él pareció leer sus pensamientos.

—Yo mismo los atenderé —le dijo con una sonrisa y le hizo una seña a Lavinia para que se quedara con ella.

Marcus bajó rápidamente las escaleras. Saludó a sus amigos con una risa animada. Esdras parecía haber cambiado muy poco, parado con sus túnicas en el centro del vestíbulo. La mujer joven que estaba junto a él era otro asunto.

—¡Esdras! —dijo Marcus, apretando la mano del judío en cálida bienvenida—. ¡Qué bueno verlo!

—Y a usted, Marcus —dijo Esdras, agarrándole el brazo.

Marcus dirigió su mirada a la muchacha parada justo detrás de él. Se acercó a ella con las manos extendidas. Ella las tomó con las suyas, temblando un poco.

—Tafita, eres más bella aún de lo que recordaba —dijo, sonriéndole mientras se agachaba para saludarla con un beso en la mejilla.

—Llegó sano y salvo a casa, mi señor —dijo ella—. Queríamos estar seguros.

—Lo logré sin más contratiempos. —Sonrió—. Vengan al triclinium. Iulius, haz que nos traigan un refrigerio. Nada con carne de cerdo y trae el mejor vino.

Marcus observó a Tafita mientras ella recorría con la mirada la sala elegante, los jarrones romanos, los cristales corintios, los sillones suntuosamente tapizados y las mesas de mármol; y entonces, finalmente, volvió a mirarlo con timidez. Él había visto esa mirada en los ojos de otras mujeres y supo que ella no se había olvidado de su obsesión. Sintió que su propio pulso se aceleraba y que su propia atracción hacia ella era fuerte.

—Mi casa es su casa durante todo el tiempo que se queden en Éfeso —dijo Marcus, haciéndole un gesto a Esdras de que se sentara en el sillón de honor—. ¿Su esposa vino con usted?

—Josaba murió poco después que usted se fue de Jericó —dijo Esdras, poniéndose cómodo. Estiró la mano hacia Tafita y ella se sentó junto a él.

Marcus le dio sus condolencias y hablaron brevemente de la esposa de Esdras.

—¿Qué los trae a Éfeso?

—Una obra de gran importancia —dijo Esdras, sonriendo nuevamente—. Antes de que se lo cuente, hay cosas de las que debemos hablar.

—He extrañado nuestros debates, amigo mío. Tienen que quedarse aquí, con nosotros. Hay

mucho lugar. Pueden ir y venir con sus asuntos como les parezca.

—¿Encontró a Dios? —le preguntó Esdras abruptamente.

Marcus se quedó callado un momento, percibiendo la importancia de la pregunta. Esdras y Tafita lo miraron, esperando, y supo que su respuesta determinaría si se quedaban o se iban, si confiarían en él o no .

—Usted recordará de quién hablábamos a menudo en su azotea —dijo Marcus.

—De Jesús —dijo Esdras, asintiendo.

Marcus le habló de su viaje a Naín y de Débora, quien lo envió al mar de Galilea, donde se encontró con Paracletos. Les contó que había corrido a Capernaúm, donde encontró a Cornelio esperándolo.

—Entonces creí que Jesús era el Cristo y fui debidamente bautizado en su nombre.

—¡Qué buena noticia! —rió Esdras—. Yo no fui bautizado en Cristo hasta que llegué a la iglesia de Antioquía. Para entonces, Tafita también había aceptado al Señor, y Bartolomé con ella.

—¿Bartolomé? —dijo Marcus y la miró. Ella bajó los ojos.

—Un joven de Jericó —dijo Esdras—. Solía acompañar a Tafita a casa cuando volvía del pozo. También ama a Dios de corazón. Cuando decidí que debíamos viajar a Antioquía y aprender más de Jesús en la iglesia local, Bartolomé decidió dejar a su padre y a su madre y venir con nosotros.

—¿Voy a conocer a este joven tuyo? —le dijo Marcus a Tafita.

—No estamos comprometidos, mi señor —dijo ella con demasiada rapidez y se sonrojó.

—Disculpa —dijo Marcus sonriendo ligeramente—. Pensé... —le dio un vistazo a Esdras.

—Bartolomé no quiso interferir de ninguna manera con nuestra reunión —comentó brevemente; luego, él y Tafita se quedaron callados.

Marcus miró al padre y a la hija y, entonces, su mirada se posó en el rostro de Tafita. Ella lo miró tímidamente a los ojos y él vio que los suyos estaban llenos de una profunda emoción... e incertidumbre.

—Usted dijo que estaban aquí por un asunto de gran importancia —dijo Marcus al fin, dejando de mirar a Tafita.

—En Antioquía me dijeron que el apóstol Pablo le escribió una carta a la iglesia de esta ciudad. Uno de los hermanos la escuchó y dijo que es una carta muy importante. Vine a escuchar su lectura en persona y a pedir permiso para copiarla y llevarla a la iglesia de Antioquía.

—No sabía acerca de esa carta, ni de la iglesia local.

Esdras pareció sorprendido.

—¿No se ha reunido con otros cristianos desde su regreso?

—No tuve el tiempo ni la predisposición. Mi madre y mi hermana están enfermas y, además, tengo la responsabilidad de mis barcos y del emporio. —Iulius sirvió el vino que les habían traído. Le entregó a Esdras una copa de oro y otra a Tafita. Cuando todos estuvieron servidos, se retiró y supervisó que trajeran la comida.

—Yo descubrí que mi fe se fortalece cuando recibo aliento de mis hermanos creyentes —dijo Esdras—. Nuestros hermanos y hermanas de Antioquía están orando por nosotros durante este viaje.

Hablaron con la misma facilidad que habían tenido en la azotea de Jericó. Marcus disfrutaba la conversación. Tafita hablaba poco, pero su presencia era agradable porque su belleza agraciaba la sala. Observándola de a ratos, Marcus recordó cuánto había pensado en ella durante las primeras semanas después de salir de Jericó.

Un movimiento le llamó la atención y levantó la mirada para ver a Ezer bajando penosamente las escaleras. Rápidamente, se levantó de su sillón.

—Hay una mujer que me gustaría que conozcan —le dijo a Esdras y salió al vestíbulo—. Señora Ezer, tengo visitas de Palestina. Por favor, únase a nosotros.

Ella rengueó lentamente hacia la arcada que daba al triclinium, donde él la esperaba. Marcus le tendió el brazo. Dudó y, entonces, apoyó la mano sobre él para sostenerse y entraron en la sala juntos. Marcus los presentó, esperando que durante el transcurso de la conversación, ella revelara algo de su pasado a los de su propio país. Esdras Barjaquín pareció sorprendido y complacido cuando Ezer lo saludó en arameo. Le habló en el mismo idioma y ella le respondió.

Marcus la sentó en el sillón más cercano a él.

—Preferiría que hable en griego —le ordenó en voz baja antes de enderezarse.

—Disculpe, mi señor. Su amigo me preguntó cuál es mi puesto en la casa y le dije que cuido a su hermana Julia. —Rechazó el vino que le ofreció Iulius y giró la cabeza hacia Tafita, que la miraba con franca curiosidad.

—Pueden hablar con libertad —les dijo Marcus—. La señora Ezer también es cristiana. —Les dedicó una sonrisa torcida—. Una mejor que yo, amigo mío. —Se dio vuelta hacia Ezer—. Esdras Barjaquín y su hija vinieron a Éfeso para reunirse con la iglesia local.

Hadasa asintió sin hablar y se dedicó a escuchar con interés, mientras Esdras le contaba por qué había venido a Éfeso.

—Si no fuera por el señor Marcus, todavía estaríamos en Jericó, viviendo bajo el peso de la Ley.

—Si no fuera por ellos dos, mis huesos blanqueados estarían tirados en un cauce junto al camino a Jericó. —Marcus le contó cómo lo habían atacado los ladrones y cómo lo habían arrojado para que muriera allí—. Tafita me cuidó hasta que recuperé la salud.

—Fue el Señor quien nos guió a usted —dijo Tafita suavemente—, y fue el Señor quien restauró su salud.

Sintiendo un dolor en el corazón, Hadasa vio cómo la joven y hermosa Tafita miraba a Marcus. Era obvio que durante las semanas que Marcus había estado en su casa, se había enamorado de él. ¿Él también la amaba?

Hadasa nunca antes había estado más consciente de sus cicatrices y de su renguera que en ese momento. No pudo mirar el rostro de Marcus, segura de que vería reflejados en él los sentimientos que resplandecían en el rostro de Tafita. ¿Cómo podría no enamorarse de una muchacha tan dulce y bella?

Lavinia se acercó a la arcada.

—¿Sí? —dijo Marcus, irritado, bastante seguro de por qué había venido.

—La señora Julia se despertó, mi señor. Preguntó por la señora Ezer.

—¿Me disculparía, mi señor?

—Desde luego —dijo él, ocultando su disgusto por la interrupción. Uno pensaría que Julia podría arreglárselas sin la mujer durante una o dos horas.

Hadasa se puso de pie, sabiendo que Esdras, Tafita y Marcus la observaban. Se sintió incómoda y avergonzada por llamar tanto la atención. Habló brevemente con Esdras y con Tafita, diciéndoles que era un placer haberlos conocido y deseándoles éxito en su encomienda. Cuando salió de la sala, habló brevemente con Lavinia para que le llevara comida a Julia.

—Tiene acento de Galilea —dijo Esdras.

—Me ha hablado muy poco de sí misma o de su tierra —dijo Marcus, observando a Ezer que rengueaba hacia las escaleras—. De hecho, a veces creo que es evasiva.

Esdras se puso pensativo.

—Quizás tenga un motivo.

Marcus frunció el ceño, preguntándose qué motivo podría tener.

Tafita dejó de mirar a Ezer que subía la escalera.

—¿Por qué se cubre así con los velos?

—Me dijo que está muy desfigurada. No la conocían por ese nombre hasta que vino a asistir a mi hermana. La gente la llamaba Rafa.

—La "sanadora" —tradujo Esdras.

—Ella se opuso a ese título.

Esdras levantó las cejas con interés, pero la charla pronto volvió a su misión .

—Al principio, cuando llegué a Antioquía, estaba ansioso por leer relatos sobre Jesús —dijo Esdras—. Sin embargo, me enteré de que solo un apóstol, Leví, escribió un relato completo de la vida de Jesús, y no he tenido la oportunidad de leerlo yo mismo, porque hay muy pocas copias. Lucas, el médico que viajó con Pablo, escribió una crónica. Juan Marcos, que acompañó a Pablo en su primer viaje misionero, dejó por escrito lo que le contaron.

Esdras inclinó el cuerpo hacia adelante.

—En Antioquía, recibí del Señor que se deben hacer copias de estos documentos para todas las iglesias. Las copias deben ser exactas, en cada punto y en cada tilde, para que el evangelio permanezca puro. Necesitamos los relatos escritos de los testigos oculares para instruirnos.

—Muchos creyentes creen que el Señor volverá en cualquier momento y que no hay necesidad de dedicar tiempo y dinero a esta misión —dijo Tafita.

Esdras apeló a Marcus.

—Por eso es que creo que lo que usted me regaló fue maná del cielo, Marcus. El oro que dejó en Jericó financió este viaje y está financiando otros. Si el apóstol Juan me lo permite, copiaré la carta de Pablo en su totalidad y me la llevaré a Antioquía, donde será nuevamente copiada por otros dos copistas que trabajan meticulosamente. Los documentos serán escudriñados y comparados cuidadosamente para asegurar que ni una sola letra o palabra hayan sido alteradas. *Debemos* preservar los relatos de los testigos oculares para las futuras generaciones.

Tafita no parecía compartir la convicción ni el fervor de su padre.

—Se dice que Jesús prometió que su generación no dejaría este mundo antes de su retorno.

—Sí —dijo Esdras—, pero el Señor Dios nos dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Por esa sola promesa, hija, sabemos que esta generación de creyentes *nunca* dejará de existir.

Miró a Marcus.

—Dios puso en mi corazón un fervor por Su Palabra, la Palabra que entregó a través de Sus apóstoles a los seguidores del Camino. No debemos vivir para el presente como hacen los gentiles. Debemos pensar en el mañana, en nuestros hijos y en sus hijos. Los relatos de los testigos oculares deben ser copiados y preservados.

Marcus vio cómo se encendían los ojos de Esdras con determinación y entusiasmo, y su propia sangre se aceleró dentro de él.

—Lo que sea que necesite para promover su propósito, amigo mío, se lo daré con mucho gusto.

Esdras asintió .

—Dios lo preparó para este día —dijo, sonriendo ampliamente y relajándose—. Si este viaje logra lo que espero, quiero buscar a otros escribas con la misma carga en su corazón y enviarlos a Corinto y a Roma. Dicen que la iglesia de Corinto ha recibido cuatro cartas extensas de Pablo.

Otro escriba podría ser enviado a Roma, donde escuché que hay una carta para todos los santos, que está bajo el cuidado de un matrimonio en cuya casa se reúne la iglesia.

Marcus sacudió la cabeza.

—Roma no es un lugar sano para un cristiano.

—Éfeso tampoco —dijo Esdras.

—No, no lo es —dijo, recordando la muerte de Hadasa—. Éfeso es el centro de la adoración a Artemisa y secunda a Roma en el culto al emperador como dios.

—Dios no nos dio un espíritu de temor, Marcus. Si esta tarea es del Señor, Él nos protegerá.

Preocupado, Marcus miró a Tafita. Si ella viajaba con su padre, correría mucho peligro. Parecía mucho menos convencida de esta misión que él, pero seguía obedeciéndolo.

Como Hadasa había sido obediente.

Marcus volvió a mirar a Esdras y se dio cuenta de que el hombre mayor estaba analizándolo cuidadosamente. Esdras tenía algo en mente, pero, al parecer, no estaba dispuesto a hablarlo en este momento en presencia de su hija.

Marcus tenía la sensación de que sabía de qué se trataba.

48

Muchas horas más tarde, después de que Esdras y Tafita se retiraron a descansar, Marcus subió las escaleras. Iba caminando por el corredor cuando escuchó hablar a Ezer. Marcus se quedó del otro lado de la puerta de Julia, escuchando.

—Sí, mi señora, pero tenga en cuenta al ratón que vive en el campo de trigo. Él tampoco piensa en el futuro. Las varas altas de trigo le dan comida y refugio, y no teme el porvenir. Pero, luego llega la cosecha y su mundo desaparece, y su vida con él. Ni una sola vez ese pobre ratón reflexionó en el dueño del campo ni reconoció su existencia. Sin embargo, el día de la cosecha llegó.

—Y está llegando —dijo Julia con un suspiro agotado—. Entiendo lo que está diciendo, Ezer. Yo soy el ratón.

—Mi señora... —dijo Ezer con una voz llena de esperanza.

—No. Por favor, escuche. Es bueno saber que algún día habrá justicia. Pero ¿no lo ve? La justicia se está impartiendo en este momento. Que yo reconozca a Dios o no, no importa, Ezer. Mi destino está escrito.

—No, Julia...

—Es demasiado tarde para mí. No me hable más del Señor —dijo Julia desoladamente—. Me duele escuchar de él.

—Él puede quitarle el dolor.

—El dolor se terminará cuando muera.

—No tiene que morir.

—Oh, sí. Yo *tengo* que morir. Usted no sabe las cosas que yo hice, Ezer. Cosas imperdonables. Marcus solía decirme que todo tiene un costo. Tenía razón.

Marcus cerró los ojos, acongojado por la total falta de esperanza que había en la voz de Julia. Había querido castigarla, y así lo había hecho. Ahora, escuchaba la angustia de su hermana, y resonaba en su interior. ¿Quería que su hermana muriera? Él había aceptado a Cristo. Era salvo. Tenía esperanza. ¿Qué tenía ella?

¿Qué le había dejado?

¡Oh, Dios, perdóname! Aun mientras oraba, supo que Dios estaba ahí... y supo qué tenía que hacer. Marcus entró silenciosamente en la habitación, inadvertido, pero, mientras se acercaba, Ezer levantó la cabeza. El rostro de Julia estaba volteado hacia otro lado. Ezer soltó la mano de Julia, tomó su bastón y se levantó, retrocediendo para que él ocupara su lugar.

—Por favor, no se vaya —dijo Julia, girando la cabeza. Entonces, vio a Marcus.

Él tomó el asiento que Ezer había dejado libre para él. Julia tenía la mirada apagada y sin vida, completamente resignada a lo que viniera. Él le tomó la mano.

—Julia, yo estaba equivocado —dijo con voz ronca.

La boca de ella se torció con tristeza.

—No lo estabas.

—Dije cosas enojado...

—Tienes todo el derecho de estar enojado conmigo —dijo ella—. Pero no volvamos a hablar de esto jamás. No puedo hablar del tema.

Él se llevó la mano a sus labios.

—Lo siento, pequeña —dijo, lleno de arrepentimiento. Sintió la mano de Ezer sobre su hombro, apretándolo con suavidad, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Julia apretó sus dedos alrededor de los de él.

—¿Recuerdas cuando me hice el aborto, el primero, en Roma? Calabá dijo que sería muy fácil; que una vez que se terminara el problema de mi embarazo, todo volvería a estar bien. Nunca fue así. —Miró desoladamente al techo—. A veces, me encuentro contando hacia atrás y pienso en cuántos años tendría ese niño hoy en día. Me pregunto si era un varón o una niña. —Trató de controlar las lágrimas.

Tragó convulsivamente y sus dedos apretaron la mano de Marcus, aferrándose a él.

—Yo maté a mi bebé. Como maté a Cayo.

—¿Qué? —dijo Marcus en voz baja, estupefacto.

—Lo asesiné. Calabá me dio el veneno y yo se lo di a él en pequeñas dosis para que su muerte pareciera natural. —Miró a su hermano con ojos angustiados—. Pero, al final, él supo lo que yo estaba haciendo. Me di cuenta por cómo me miró. Hasta ese momento, no me había inquietado, Marcus. Y entonces no pude dejar de pensar en eso.

Sacudió la cabeza contra las almohadas, con los ojos atormentados.

—Seguí diciéndome a mí misma que se había hecho justicia. Él me había sido infiel con otras mujeres, no una, sino muchas veces. Había sido cruel y malvado. ¿Recuerdas cuando viniste y me preguntaste si me había acostado con el griego dueño de los caballos? Lo hice. Lo hice para pagar las deudas de Cayo. Pero, sobre todo, lo hice para vengarme de Cayo por lastimarme. Él me golpeó por eso. Me habría matado a palos si... —Cerró los ojos, recordando cómo Hadasa la había cubierto y había recibido los golpes.

Marcus vio que se le aceleraba el pulso en la garganta. Ella tenía la piel blanca y salpicada con gotas de transpiración.

—Está bien, Julia. Continúa.

—Ella me cubrió. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, que se desbordaron—. Ella me *cubrió* —susurró, asombrada, como si acabara de recordar el incidente que había sucedido hacía tanto tiempo. Su rostro se contrajo, apartó la mirada y dijo, en voz muy baja—. ¿Sabías que yo le dije a Hadasa que pusiera al hijo de Atretes sobre las rocas aquí en Éfeso?

Julia volvió a girar la cabeza y escudriñó el rostro de Marcus.

—No lo sabías, ¿no es así? Estoy llena de secretos terribles, ¿verdad? Yo lo amaba tanto y él me odiaba porque me casé con Primus. Deseaba no haberlo hecho, pero no podía hacer nada. Lo que Calabá decía tenía mucho sentido, pero Atretes no quiso escuchar. Cuando él me dejó, yo también quise lastimarlo, y usé a mi propio hijo para lograrlo. Yo usé a mi propio hijo...

Marcus puso su mano sobre el cabello de Julia.

—Hadasa no lo habría hecho.

—Ella me dijo que mi bebé era un niño, un varoncito perfecto, y yo le ordené...

—Ella obedecía a Dios por encima de todos y de todo, Julia. Tú sabes que lo hacía. Tu hijo está vivo. Puedes estar segura de eso.

Las lágrimas corrían hacia los costados del rostro de Julia y caían en su cabello.

—Oh, eso espero —susurró roncamente—. Oh, Dios, por favor, eso espero... —Aspiró el aire y se curvó ligeramente de costado cuando el dolor la atenazó. Lloró en voz baja, inconsolable.

Ezer mezcló mandrágora en el vino aguado y se lo dio a Julia para que lo bebiera. Julia se relajó lentamente, mientras Ezer le secaba la transpiración de la frente y le hablaba en susurros, tocándole el rostro con ternura. Julia suspiró, se puso de costado y apoyó la mano de Ezer contra su mejilla.

—Ahora dormirá —dijo Ezer y empezó a limpiar la habitación.

Marcus se dio cuenta de que Ezer estaba exhausta porque, mientras recogía la ropa, su renguera era más notable. Le quitó el bastón y lo dejó a un costado. Antes de que pudiera protestar, la levantó en sus brazos.

—Usted también lo hará —dijo, y la llevó al sillón que estaba contra la pared.

Cuando la levantó, sintió su aroma sutil y el corazón comenzó a palpitarle fuertemente. Era delgada y liviana, y él recordó haber levantado en brazos a Hadasa una vez de la misma manera. Cuando dejó a Ezer en el sillón, sintió su tensión. El velo se había corrido un poco y él vio su garganta con cicatrices. Sin poder detenerse, estiró su mano para tocar suavemente su piel y ella se puso rígida; subió rápidamente las manos para apretarse los velos contra la cara.

Marcus retrocedió lentamente con el corazón acelerado. ¿Qué estaba pasándole?

—Ezer... —dijo con voz ronca.

— *Váyase* —dijo ella con la voz ahogada por las lágrimas—. Váyase, por favor.

Marcus hizo lo que le pidió, pero, en lugar retirarse a su propia recámara a pasar la noche, volvió a bajar las escaleras. Echándose un manto sobre los hombros, salió de la villa.

Tenía que saber más acerca de ella.

Caminando a largos trancos por la calle, se dirigió hacia el centro de Éfeso. Era tarde y las multitudes se paseaban por todas partes, reuniéndose en las esquinas y los portales a reír y charlar. Se metió entre ellos y siguió andando con pasos decididos. Cuando llegó a su destino, golpeó fuertemente la puerta con el puño. Un sirviente la abrió.

—Las horas de atención son...

Marcus abrió la puerta de un empujón y entró en el vestíbulo.

—Dígale al médico que Marcus Luciano Valeriano está aquí para verlo sobre una cuestión importante.

Mientras esperaba, caminó de un lado al otro del vestíbulo.

Alejandro entró con una expresión fría.

—¿Lo envió Rafa?

—No vine acerca de mi hermana —dijo Marcus, y notó que Alejandro lo miraba suspicazmente—. Tengo algunas preguntas que me gustaría que me responda.

Alejandro arqueó la boca irónicamente.

—¿Preguntas acerca de su salud?

—Preguntas sobre la mujer que usted mandó a cuidar a mi hermana.

—Yo no la mandé, Valeriano. ¡De hecho, si hubiera podido salirme con la mía, Rafa todavía estaría aquí conmigo! —Al decir eso, el médico se dio vuelta y se fue caminando.

Impávido, Marcus lo siguió hacia el patio interno. Alejandro giró para enfrentarlo con los ojos oscuros de ira.

—Rafa pierde el tiempo con su hermana. Se lo dije la primera vez que la vi. No hay nada que pueda hacer, a menos que pueda pedir otro milagro de Dios.

—¿ *Otro* milagro?

—Ni siquiera sabe a quién tiene en su casa, ¿verdad, Valeriano ?

—Pues, cuénteme.

—Comenzó hace unos meses, cuando nos pidieron que fuéramos a la casa de un fabricante de ídolos cuya esposa había pasado dos días en trabajo de parto. Cuando la examiné, supe que iba a tener que sacarle al bebé, o ella y el niño morirían. Rafa dijo que no. Tocó el vientre de la mujer. El bebé se dio vuelta y salió. Así de simple. —Chasqueó los dedos frente a Marcus y se rió con dureza—. Su hermana nos llamó porque sabía de la fama de Rafa. Ella también quería un

milagro. No lo consiguió.

Marcus entrecerró los ojos.

—Tiene una manera particularmente desagradable de hablar de Julia. Seguramente ha atendido a otras mujeres que han vivido con la misma libertad que ella.

—Más de las que quiero contar.

—¿Y a todas les recomienda que se echen al olvido?

—La promiscuidad tiene sus propias recompensas.

Los ojos de Marcus se estrecharon y, por un momento, consideró al otro hombre. Luego, sacudió la cabeza.

—Su desagrado por mi hermana va mucho más allá del rechazo general a su estilo de vida. Es *personal* .

—Nunca había visto a su hermana antes de la noche en que Rafa y yo fuimos llamados a su villa. Pero, aun en el poco tiempo que la traté, me pareció una de las mujeres más engreídas que he conocido en mi vida. Francamente, yo estaba más que dispuesto a abandonarla a su destino.

—Pero Ezer tenía otra manera de pensar.

Alejandro se quedó callado un momento. Quería golpear a Marcus, llamar a Rashid para que finalizara lo que había tratado de hacer con su preciado cuchillo. Pero sabía que ambas opciones eran imposibles. Estaba permitiendo que sus sentimientos interfirieran en su sentido común. Se obligó a responder con calma.

—No le gustaba la fama que estaba adquiriendo. La gente estaba empezando a mirarla como si fuera una diosa. Dijo que Dios es Rafa, no ella. Es por eso que se fue.

—Podría haber ido a cualquier parte. Podría haberse ido definitivamente de Éfeso. ¿Por qué eligió cuidar a mi hermana?

—Quizás sintió lástima de ella, Valeriano. ¿Por qué cuestiona su buena suerte? Su hermana no tenía dinero. Rafa tenía más del que quería.

—¿Qué? —dijo Marcus, anonadado.

—Rafa mantuvo a su hermana hasta que usted volvió y la mudó a su villa. —Alejandro vio que esa información era nueva para Marcus y deseó haberse quedado callado—. El dinero no significa nada para Rafa. Lo regala tan pronto como lo recibe .

—No lo comprendo. ¿Por qué ayudaría ella a Julia?

—Nunca lo entenderá, Valeriano. —Su risa tenía tono irónico—. No sé si yo mismo lo entenderé alguna vez. —¿Cuántas personas había en el mundo que renunciarían a la fama y a la fortuna para cuidar a alguien que había tratado de matarlas?

Después de un momento, Marcus murmuró en un tono de voz afligido.

—Ella me recuerda a alguien que yo conocía.

Alejandro se quedó helado, pequeños escalofríos de aprensión comenzaron a subirle por la espalda. Estudió el rostro de Valeriano.

—Sé que proviene de la región de Galilea —dijo Marcus.

El pavor de Alejandro creció.

—¿Cómo lo sabe?

—Reconozco el acento. Y es cristiana. —Sacudió la cabeza y miró de reojo a Alejandro; entonces, frunció ligeramente el ceño cuando vio la mirada que el joven médico tenía en sus ojos. ¡El hombre tenía miedo!—. Usted sabe algo sobre ella, ¿verdad?

Alguien entró en el vestíbulo. Cuando los pasos sonaron más cerca del patio, Marcus se dio vuelta y vio a un hombre con una larga túnica blanca y suelta. El hombre se detuvo y lo miró con ojos oscuros e imperturbables, bajo un albornoz rojo con una banda negra.

—¡ *Tú* ! —dijo Marcus, reconociendo al hombre que lo había atacado cerca del Artemision.

Rashid sacó su cuchillo.

—¡Guarda el cuchillo en su lugar, tonto! —gritó Alejandro.

—¿Quién es este hombre, Amandinus? —reclamó Marcus—. ¿Y qué tiene que ver con usted?

—Soy Amrafel Rashid Qued-or-laomer —dijo el árabe fríamente.

Marcus lo evaluó con desdén.

—Te sugiero que me informes por qué razón trataste de degollarme frente al Artemision. Entonces, quizás puedas *intentar* hacerlo de nuevo. —Sus ojos relucieron—. Pero te advierto: no soy tan fácil de asesinar, si me atacan de frente.

—¡Rashid, no seas tonto! —le dijo Alejandro.

Mientras Rashid medía a Marcus, se produjo un silencio denso y vibrante. Muchos jóvenes romanos disfrutaban el deporte de entrenarse para el combate mano a mano. Valeriano estaba fuertemente constituido, y Rashid no vio miedo en sus ojos.

—¿No respondes? —se burló Marcus. Las siguientes palabras se las dirigió a Alejandro, que se había interpuesto entre ambos—. ¿Quién es este hombre para usted, Amandinus ?

—Un tonto impulsivo —dijo Alejandro, enojado de que lo hubieran puesto en esta situación —. Guarda el cuchillo, Rashid.

Rashid ignoró la orden. Valeriano lo había reconocido. Con una sola palabra que dijera, Rashid sabía que estaría muerto. Si no fuera por el juramento que le había hecho a Rafa, lo mataría en este preciso momento.

—¿Qué quiere este cerdo romano?

—¡Respóndanme! ¡Ahora! —demandó Marcus imperiosamente—. ¿Quién es este hombre?

—Ya se le respondió —dijo Alejandro, enojado por la prepotencia innata de Valeriano. Quizás a los romanos los criaban con la idea de que podían darle órdenes a cualquiera que se les antojara. Le dirigió una mirada furiosa a Rashid—. ¿Olvidaste tu juramento?

Un músculo tembló junto al ojo derecho de Rashid. Le lanzó una mirada asesina a Marcus y deslizó con destreza el cuchillo dentro de la funda que llevaba sujeta de su cinturón. Dejó la mano suavemente apoyada en la empuñadura.

A Marcus le quedó en claro que no iba a recibir ninguna respuesta de Alejandro. El médico estaba parado, mirando a los dos hombres con aire de enojo.

—¿Qué tengo que ver contigo, Qued-or-laomer? —dijo Marcus, haciéndole la pregunta directamente al árabe de expresión pétrea.

Con los ojos negros encendidos como brasas, Rashid se quedó parado, despectivo y silencioso.

Alejandro sabía que al mínimo movimiento de cualquiera de las dos partes, uno de ellos, o ambos, morirían.

—Como Rashid es demasiado terco para decir lo que piensa, le diré que él juró no volver a levantar su mano contra usted. —Alejandro no aclaró en qué condiciones Rafa había logrado que le hiciera el juramento.

Marcus tenía una expresión burlona y desconfiada. Su mirada indicaba claramente que pensaba que Alejandro estaba detrás de todo esto.

—Piense lo que quiera, Valeriano, pero yo no tengo nada que ver con que lo atacara. Rashid actúa por su cuenta —dijo, mirando con furia al árabe impasible que lo había puesto en esta situación indefendible. Valeriano tenía amistades en los círculos más encumbrados. Si decía una palabra a la persona indicada, Rashid y Hadasa irían a parar a la arena. Y esta vez, ninguno saldría con vida.

—Como le pareció necesario que le hiciera un juramento, sabe más de lo que me está diciendo —dijo Marcus.

—¡Sé que es sanguinario e irracional! Pero eso quizás sea porque su amo romano lo abandonó en las escalinatas del Artemision para que muriera. —Alejandro soltó una risa crispada —. Mi destino fatal fue que Rafa lo eligiera entre todos los demás para recuperarlo en la caseta donde comencé mi consultorio. Allí lo curamos. —Le dirigió una mirada enigmática a Rashid—. Lamentablemente, sobrevivió.

—No todos los romanos son despreciables —replicó Marcus.

—¿Alguna vez fue usted dueño de un árabe? —le preguntó Alejandro para enredar el tema.

—Nunca en mi vida abandoné a un esclavo para que muriera en las escalinatas del templo, ni lo haría. Y para responder a su pregunta, no, nunca tuve un esclavo árabe. —Miró a Rashid con desprecio—. Ni tengo la intención de tener uno.

Rashid sonrió fríamente.

—Te dije que te habías equivocado de persona —le dijo Alejandro a Rashid, esperando que el tonto tuviera el suficiente sentido común para seguirle el ardid—. Quizás, ahora me creas.

—¿Debería creer en la palabra de un romano? —dijo Rashid.

Marcus se acercó.

—¿Cuál era el nombre de ese amo tuyo?

—Rashid es un hombre libre ahora —dijo Alejandro cuando fue obvio que Rashid no tenía la intención de honrar a Marcus respondiéndole a lo que le preguntara.

—¿Con la autoridad de quién? —exigió Marcus, sin darle la espalda a Rashid—. ¿Suya, Amandinus?

—¡Por todo lo que es decente y justo! ¿Debería yo salvar a un hombre y devolvérselo a los que casi causaron su muerte?

Marcus se sorprendió por la ira de Amandinus. Le parecía demasiado intensa, demasiado apasionada. ¿Qué motivo tendría para albergar una emoción tan profunda sobre los romanos y sus esclavos? Lo estudió y sopesó sus palabras.

—¿Usted acostumbra rescatar a los que son descartados de una manera tan despreciable?

Alejandro agradeció que el tema hubiera cambiado y no tuviera relación con Hadasa, aunque lo intranquilizaba tener que defender sus prácticas como médico.

—Necesitaba pacientes en quiénes practicar mis habilidades.

—¿Practicar? —dijo Marcus con repulsión.

—Como la mayoría de los médicos, aborrezco la vivisección —dijo Alejandro, enojado—. Esta parecía la única alternativa que me quedaba para estudiar la anatomía humana. Si alguien pierde un esclavo abandonado, a nadie le importa. Cuando lo hacía, elegía con mucho cuidado y trataba solamente a quienes pensaba que podría salvar. Era eso, o los casos difíciles que me daban la oportunidad de tratar de alcanzar una cura.

—¿Cuántos de estos experimentos suyos murieron?

Un músculo se tensó en la mejilla de Alejandro.

—Demasiados —dijo—, pero menos de los que hubieran sido si no hubiera intervenido. Tal vez usted es como tantos otros que no saben qué pasa más allá de su pequeño reino personal. Cualquiera que le preste atención a las prácticas del templo le dirá que los sacerdotes solo acogen a los que tienen altas posibilidades de sobrevivir. Ellos cuidan a los esclavos hasta que se curan para poder venderlos y quedarse con el dinero. El resto de almas desdichadas que dejan en las escalinatas son abandonadas por todos. He visto a algunos de los que padecían enfermedades particularmente repulsivas despachados por los sacerdotes antes del amanecer. De esa manera,

los cuerpos pueden ser retirados antes de la llegada de las multitudes con sus ofrendas votivas. —Torció la boca con cinismo—. Al fin y al cabo, no sería bueno para el negocio que los devotos vieran a tantos moribundos en las escalinatas del templo consagrado a la deidad de la buena salud y la sanación, ¿verdad?

—¿Así es como encontró a Rafa?

Alejandro se quedó helado ante la pregunta. Pensó rápidamente y vio una manera de proteger su identidad, sin dejar de decir la verdad. —Ella fue la primera —reconoció—. Nunca traté a nadie con tantas heridas y tan graves. Fue por la gracia de Dios que ella está viva, Valeriano, no por mis habilidades.

—Entonces, ¿qué lo llevó a elegirla?

—Ella diría que fue Dios. Quizás lo fue. Cuando la vi, lo único que supe es que debía hacer todo lo posible para mantenerla con vida. No fue fácil. Ella sufrió dolor durante meses y llevará las cicatrices de lo que le sucedió por el resto de su vida. Es por eso que se cubre con los velos, Valeriano. Cada vez que alguien veía su rostro, miraba para otro lado. —Sonrió sarcásticamente —. Es un rasgo lamentable de los seres humanos, ¿no es así? La mayoría no ve más allá de las cicatrices superficiales hacia la belleza interior. —Miró a Marcus fijamente a los ojos y con frialdad—. Y, algunos, solo quieren satisfacer su curiosidad morbosa.

Los ojos de Marcus relampaguearon.

—Usted piensa que ese es el único motivo por el que estoy aquí, ¿verdad? ¿Para satisfacer mi curiosidad?

—¿No es así? Cualquier misterio que crea que hay, está en su propia mente, Valeriano. Los motivos de Rafa para cubrirse son obvios y bien justificados. Cualquiera con una pizca de decencia respetaría sus deseos. Sería bueno para usted tener en cuenta sus sentimientos, ¡especialmente porque Rafa es la única que se interpone entre su hermana y las llamas del infierno!

Marcus miró a los dos hombres y supo que no se enteraría de nada más aquí. Cruzó el vestíbulo a zancadas y se dirigió a la puerta.

Cuando la cerró de un portazo, Rashid volvió a mirar a Alejandro.

—¿Piensa que le creyó?

—¿Por qué no? Le dije la verdad.

—No toda la verdad.

—Lo suficiente. —Su voz era fría, llena de ira—. Y mucho más de lo que merecía escuchar.

49

Marcus pasó a ver a Julia cuando volvió a la villa. Cuando vio a Ezer parada en el balcón, a la luz de la luna y con las manos levantadas al cielo, una puñalada de dolor lo golpeó. La observó un momento, tratando de calmar sus emociones. Sacudió la cabeza, apartó su atención de Ezer y se acercó a la cama de Julia.

Frunció el ceño. Aun mientras dormía, Julia parecía afligida. Quizás era porque la muerte estaba muy cerca. Se agachó y le retiró suavemente algunos mechones de cabello oscuro del rostro pálido. Se llenó de tristeza. ¿Cómo era posible que la hermana que él adoraba hubiera llegado a esto? ¿Cómo era posible que hubiera pensado que ya no la amaba?

Julia se movió cuando él la tocó, pero no se despertó.

Marcus se enderezó y salió a ver a Ezer, quien ahora estaba parada, apoyando la mano suavemente en el muro.

—Parece que duerme profundamente —dijo él, parándose al lado de ella.

El corazón de Hadasa golpeaba agitadamente como las alas de un pájaro atrapado. Esperaba que Marcus saliera de la habitación después de ver a Julia, pero, en cambio, se acercó a ella.

—Es la mandrágora, mi señor. No se despertará hasta la mañana —dijo, mirando hacia la ciudad porque no podía soportar el dolor de mirarlo. Cada vez que lo hacía, pensaba en la hermosa joven que había venido a verlo con su padre.

Los dedos de Hadasa empalidecieron en el muro mientras batallaba contra sus emociones turbulentas. Todavía estaba enamorada de Marcus. Lo supo la primera vez que volvió a verlo. Había tratado de dejar de quererlo a fuerza de voluntad, pero su amor solo se hacía más fuerte cada día. Cuando vio que Tafita lo miraba con ojos de amor había querido huir del dolor que crecía en ella.

Recién después, durante sus oraciones, se dio cuenta de cuán engañoso podía ser Satanás. Su amor por Marcus podía volverse una herramienta contra ella, porque cuando su corazón y su mente estaban atentos a Marcus, se olvidaba de Julia.

Nada ni nadie debía distraerla de la misión que tenía en este lugar. No debía perder el tiempo lamentándose por lo que podría haber pasado con Marcus ni dejarse vencer por el dolor de que él pudiera casarse con otra. Que se casara estaba bien y era natural. Dios había dicho que no era bueno que el hombre estuviera solo. Y Marcus estaba solo.

Tú también estás sola, fue el pensamiento traicionero que llamó a la puerta de su mente. Se rehusaba a darle lugar a esos pensamientos.

Oh, Dios, ayúdame a no perder ni un solo instante del tiempo de Julia pensando en mí misma y en las cosas que pudieron haber sido.

Sin embargo, el dolor le apretó el corazón otra vez cuando el hombre que amaba salió a pararse junto a ella.

—Está cerca del final, ¿no? —dijo Marcus tristemente.

—Sí.

—Se ha propuesto no creer en un Salvador, Ezer, en *ningún* salvador. —Él sabía cómo era eso. ¿Acaso no había hecho lo mismo todos esos meses que había viajado por Palestina?

—No me daré por vencida con ella.

Él miró hacia la ciudad oscura y dormida. A pesar de su opulencia y esplendor, sentía que

agonizaba a causa de su propia corrupción, así como Julia estaba muriendo por la suya. Sin embargo, había visto en ella la misma ansia que él había sentido. ¿Por qué no la había identificado antes por lo que era?

Marcus cerró los ojos. ¿Cuánto del rechazo de Julia a aceptar a Cristo se debía a su propia falta de perdón? En cierto momento, durante las últimas semanas, había pasado de la rebeldía y la autodefensa al autodesprecio y la aceptación de su destino. Pero para la salvación era necesario algo más que remordimiento. Era necesario el arrepentimiento. Era necesario Cristo. Julia tenía que seguir avanzando en el camino, pero ahora estaba tan cerca del fin que no parecía capaz de ver ningún otro camino abierto frente a ella, sino el que se había trazado para sí misma. El de la muerte.

Oh, Dios, ¿cuánto de esto es obra mía por no haber estado dispuesto a perdonarla como Tú me perdonaste a mí?

—Oh, mi señor —susurró Ezer suavemente—. Si tan solo yo pudiera hacerla ver.

Sus palabras detuvieron los pensamientos de Marcus sobre sí mismo. No estaba seguro de si ella estaba orando o hablándole a él.

—Lo ha intentado, Ezer —dijo, queriendo consolarla. Era él quien no había hecho lo que Dios lo había mandado a hacer.

Ella agachó la cabeza.

—Quiero que Julia entienda que la muerte no es el anochecer, sino el amanecer. Oh, Dios, ¿cómo hago eso?

Al escuchar las lágrimas en su voz, Marcus puso su mano sobre la de ella. Hadasa levantó la cabeza y retiró la mano que estaba debajo de la de él. Aunque no se alejó, Marcus sintió la distancia enorme que había entre ellos.

—¿Por qué tiene que ser así? —dijo él con voz ronca; ni siquiera estaba seguro de qué estaba preguntando ni a quién.

—Usted tiene que ayudar con Julia —dijo Ezer con la mano apretada contra su corazón—. Debe ayudarme.

—¿Cómo?

—Perdónela.

—Lo hice —dijo, enojado y a la defensiva—. ¿Piensa que yo quiero que mi hermana arda en el infierno? —Y, entonces, miró hacia otro lado, avergonzado. ¿No era lo que había querido? Hasta unas pocas horas atrás, ¿no había sido exactamente eso lo que quería?

—Perdónela otra vez, Marcus. Perdónela una y otra vez, sin importar lo que haya hecho para lastimarlo. Hágalo la cantidad de veces que sean necesarias para que ella crea que lo hace de corazón. Le he dicho y he hecho todo lo que sé y no llegué a ella. Quizás, Dios está esperando que usted le muestre el camino. Por favor, Marcus, muéstrele el camino.

Ella empezó a marcharse, pero él la agarró de la muñeca.

—¿Por qué la ama tanto?

—¿Tiene que haber un motivo?

—Sí.

—Jesús nos pide que nos amemos unos a otros como Él nos amó.

—No me responda con un mandamiento, Ezer. Para mí debería ser más fácil amarla. Es mi hermana. Sin embargo, es usted quien la ha amado. Todo el tiempo, ha sido usted, más que ningún otro. —Él sintió su tensión y deseó poder sacarle los velos, pero la advertencia de Amandinus seguía fresca en su mente. ¿Qué pasaba con los sentimientos de ella? ¿Y qué de Julia?

—No puedo darle respuestas cuando yo misma no las tengo —dijo ella con una voz suave y quebrantada por emociones que él sabía que quería disimular. ¿Por qué?—. Lo único que sé es que la primera vez que vi a su hermana, la amé como si fuera de mi propia sangre. Hubo momentos en los que deseé que Dios cediera, pero Él me puso la carga de amar a Julia. Y la amaré hasta que Dios me muestre algo diferente.

Marcus la soltó lentamente. Apartándose de él, caminó rengueando de vuelta a la recámara de Julia y se sentó en la silla junto a la cama. Marcus entró y se paró detrás de ella. Le había dejado entrever su propia lucha. Le puso las manos en los hombros y sintió que se ponía tensa .

Siempre se alejaba de él. ¿Por qué? ¿Y por qué él quería con tanta desesperación que las cosas fueran de otra manera? Confundido y perturbado, se retiró.

—Que me avisen cuando se despierte —dijo y salió de la recámara.

Julia se despertó solo brevemente durante la mañana y luego cayó en coma.

50

Esdras Barjaquín vino a hablar con Marcus esa misma tarde. Mientras estaban encerrados en la biblioteca, Alejandro Democedes Amandinus llegó por petición de Rafa.

—Ha estado así todo el día —dijo Hadasa—. La mandrágora dejó de hacerle efecto hace horas.

Él levantó los párpados de Julia y retrocedió.

—Es dudoso que vuelva en sí —dijo, francamente—. Es la etapa final antes de la muerte.

—¡No puede morirse, Alejandro! Todavía no. Debes ayudarme a sacarla de este estado.

—Es lo que estoy tratando de decirte. No hay nada que *podamos* hacer para sacarla de esto. Se *terminó* . Todo lo que podía hacerse ya se hizo. Déjala ir.

—Entonces, ¿simplemente se irá así?

—En paz.

Hadasa se hundió en la silla y lloró.

Alejandro frunció el ceño muy preocupado. Por más desquiciado que fuera el motivo, Hadasa se había consagrado a esta mujer egoísta y cruel, y lo había hecho con todo el corazón. Se sorprendió deseando que todo hubiera resultado como Hadasa había esperado.

Sus lágrimas lo perturbaron. Por ella, Alejandro volvió a examinar a Julia más en detalle. Desde la última vez que la había visto, se había consumido hasta casi ser piel y huesos. Las lesiones habían empeorado y la infección se había extendido por todo el cuerpo. Por primera vez desde que conoció a Julia Valeriano, sintió pena por ella. Más allá de lo que hubiera sido o hecho, era un ser humano.

Cuando se levantó, vio la bandeja de comida intacta.

—Si se despierta, no le des de comer nada sólido. Únicamente caldo —dijo, sin saber que la bandeja había sido traída para Hadasa—. Pero creo que lo más sensato sería no hacerse esperanzas.

Sacó una pequeña caja de drogas de su maletín y se la entregó. Ella le dio vuelta en su mano, reconociendo el tallado.

—Todavía me queda un poco de mandrágora —le dijo ella, devolviéndosela. Él la tomó y la apretó en su mano. Con un suspiro, la dejó caer en su maletín y lo dejó a un costado.

—Tenemos que hablar —dijo él, poniéndole la mano debajo del brazo y haciéndola ponerse de pie firmemente. Cuando estuvieron afuera, en el balcón, la dio vuelta para que lo mirara de frente—. Has hecho todo lo que podías hacer, Hadasa. Tienes que dejarla ir.

—No puedo. Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando acepte a Cristo...

—Si no lo hizo a estas alturas, no lo hará.

—¡No digas eso!

Alejandro la tomó en sus brazos, sujetándole la nuca con su mano.

—No puedes salvar a todo el mundo, pequeña.

Ella se aferró a su túnica.

—No puedo salvar a nadie —dijo, derrotada, apoyando su mejilla en el pecho de él. Estaba físicamente agotada. Se sentía vencida y desconsolada.

—Decidí tomar un barco a Roma y ofrecer mis servicios al ejército romano —dijo Alejandro sorpresivamente.

Anonadada, Hadasa retrocedió.

Alejandro no estaba preparado para decirle todas sus razones y eligió solo la que ella aceptaría fácilmente.

—Los médicos militares tienen menos restricciones que yo, y viajar con las legiones me servirá para desarrollar mis conocimientos y mi experiencia. Podré aprender sobre nuevas hierbas y recolectarlas. Piensa en las posibilidades, Hadasa. Sabes que el *barbarum* astringente fue descubierto en la frontera. También la *radix britannica* . Ha tenido éxito para contrarrestar los efectos del escorbuto. Necesitamos aprender más y no puedo hacerlo aquí, en la comodidad de Éfeso.

Alejandro la agarró de los hombros y sus ojos resplandecieron intensamente.

—Tu trabajo aquí ha terminado, Hadasa. Quiero que vengas conmigo.

Al mirarlo y ver su amor y su preocupación, se sintió tentada. Unos minutos antes que Alejandro llegara, había escuchado que Lavinia le contaba a otra de las criadas que Marcus estaba hablando con Esdras Barjaquín. Ahora estaba más segura de que Esdras Barjaquín había venido a ofrecerle a Marcus a su hija en matrimonio. Y lo mejor para que Marcus encontrara la felicidad sería aceptarla.

Ahora que Julia ni siquiera estaba consciente de su presencia, Hadasa se preguntó qué propósito serviría si se quedaba. Se preguntó por qué Dios la había traído a este lugar.

—Ven conmigo —dijo Alejandro. Ella quería hacerlo. Quería escapar del dolor y de la sensación de fracaso que la invadía ahora. ¿Qué más podía hacer por Julia? Y amar a Marcus como lo amaba no haría más que angustiarla porque nunca resultaría nada de eso. Dios tenía planes para él, planes que incluían a una hermosa joven judeo-cristiana de Jericó, no a una mujer desfigurada y renga.

—Piensa en todos aquellos a quienes podrías ayudar —continuó Alejandro de modo persuasivo, alentado por la incertidumbre que veía en los ojos de Hadasa—. Has estado meses aquí, cuidando a una mujer moribunda, mientras que podrías haber ayudado a vivir a diez personas o más. ¿Por qué te quedarás más tiempo, cuando es tan claro que no tiene esperanza?

Ella cerró los ojos, temblando como si estuviera parada contra un viento tenebroso.

—Ven conmigo. —Él levantó el velo y tomó su rostro entre sus manos—. Por favor, Hadasa. Ven conmigo.

Oh, Dios, ¿por qué no puedo decir que sí? ¿Por qué me retienes aquí? clamaba su corazón. Pero sabía, a pesar de lo que sintiera y de cuánto le doliera, que había tomado la decisión mucho tiempo atrás.

Sus ojos recorrieron el rostro de Alejandro, deseando que él entendiera.

—No puedo dejarla, Alejandro. Hasta que respire por última vez, debo quedarme con Julia.

Su rostro mostró los destellos de su dolor. Retiró sus manos de Hadasa.

—¿Estás segura de que no es Marcus Valeriano el que ahora te retiene aquí?

Ella bajó sus velos sin contestar.

Alejandro no permitiría que se alejara. La agarró de los brazos y la mantuvo con él.

—¿Qué dirías si te dijera que *yo* te amo? ¡Porque es así! ¡Hadasa, te amo! ¿Eso no cambia las cosas?

—Yo también te amo, Alejandro. —Al escuchar las palabras suaves de Hadasa, el espíritu de Alejandro se reanimó, solo para ser aplastado al segundo siguiente, cuando ella continuó—: Siempre te amaré por lo bueno que fuiste conmigo, por tu compasión para con tantas personas,

por las ansias que tienes de conocer la verdad...

—No estaba hablando de amor fraternal.

Ella estiró la mano y tocó su rostro tiernamente. No dijo nada por un largo momento y, entonces, sonrió con tristeza .

—Oh, Alejandro, desearía poder darte lo que quieres. Pero no te amo como a Marcus. —Las palabras traspasaron el corazón de Alejandro, y quiso apartarse, pero ella mantuvo su mano contra su mejilla, instándolo a mirarla. Él lo hizo y sus ojos se encontraron—. Tú tampoco me amas como amas a la medicina.

Él quería negarlo, discutir. Pero no pudo. Sabía que ella tenía razón. Suspiró suavemente y miró hacia otra parte.

—Sí que sabes cómo llegar al fondo de las cosas.

—No siempre —dijo Hadasa, pensando en Julia. Si hubiera sabido llegar al fondo de las cosas, ¿acaso no habría encontrado la manera de alcanzar a Julia? *Oh, Dios, excepto por Ti, Señor, me siento tan sola* .

Alejandro decidió contarle el resto. Soltándola, le dijo:

—Marcus Valeriano vino a verme anoche.

El corazón de ella comenzó a resonar.

—¿Qué quería?

—Quería saber más sobre ti. Está atando cabos, Hadasa. Rashid llegó en el momento indebido.

—¿Marcus lo vio?

—Sí, y hubo momentos en los que tuve que recordarle a Rashid el juramento que hizo. Marcus logrará saciar la curiosidad que tiene por ti de una manera u otra. Ignoro lo que hará cuando descubra quién eres. Pero nunca te olvides que estas son las mismas personas que te arrojaron a los leones. —Metió sus manos debajo de los velos y le acarició la mejilla—. Estarías más segura conmigo.

—Aun así, debo quedarme.

La miró, queriendo aceptar lo que le decía y respetar su decisión. Pero no podía. Siguió presionándola y usando cualquier medio para disuadirla de quedarse. Si se hubiera detenido a preguntarse por qué estaba tan decidido, habría pensado simplemente que era su preocupación por ella lo que lo impulsaba...

Nunca habría imaginado ni creído que había un motivo más profundo y oscuro en marcha.

—¿Y si me voy de Éfeso? —dijo él, desafiándola con ternura—. ¿Dónde irás cuando ella muera? Si ya no estoy aquí, ¿qué harás?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de pensar más allá en este momento.

—Debes pensarlo, Hadasa. Estamos hechos el uno para el otro. Piensa en lo que podríamos aprender y lo que podríamos hacer por los demás. Una vez que Julia no esté, tendrás que irte.

—¿Cuándo te irás?

—En unos días —dijo, mintiéndole por primera vez y sin tener reparos en ello, porque pensaba que era por el bien de ella—. Derivaré todos mis pacientes a Flegón y a Troas. —Sonrió con ironía—. No hace falta decir que ambos se sorprenderán de tener noticias mías. No estamos de acuerdo en muchas cosas, pero siguen siendo los médicos más especializados e informados de Éfeso. Prefiero confiarles los pacientes a ellos, a que busquen la ayuda de los sacerdotes del Asclepeion.

Hadasa sacudió la cabeza.

—Hice todo lo que sé hacer aquí —susurró.

Alejandro no estaba seguro si le hablaba a él o a sí misma, pero sintió que se estaba ablandando. Una fuerza desconocida lo urgió a aprovechar la oportunidad.

—Has hecho todo lo conocido por el hombre. ¿Qué más puedes hacer, además de eso?

—Confiar en Dios.

Él se apartó, frustrado.

—Me iré tan pronto como arregle el consultorio.

—¿Qué pasará con Rashid? —preguntó ella.

—Se quedará y observará.

—Llévalo contigo.

La miró sorprendido.

—Aunque quisiera que viniera conmigo, él no lo haría. Lo sabes. Y ahora que Marcus sabe que Rashid lo atacó, puede llegar a perder la vida. Ya sabes qué hacen con el esclavo que levanta la mano contra un romano.

—Entonces, debe irse contigo.

—No lo hará, a menos que tú lo hagas.

Hadasa estaba desgarrada; la situación de Rashid parecía opacar las preocupaciones que tenía por Julia.

Era lo que Alejandro esperaba, convencido de que estaba poniéndola a ella en primer lugar.

—Hazme saber qué decides. —Se agachó para besarla en la mejilla a través de los velos—. No puedes hacer nada más aquí. Deja que la pobre muchacha descanse en paz, Hadasa. Déjala ir.

Hadasa lo vio salir de la habitación, afectada por lo que le había dicho. *¿Dejarla ir? ¿Dejar que se vaya al infierno?* Por costumbre, fue al Señor. *¿Qué tengo que hacer? Muéstrame dónde está la verdad* .

Sabía que Alejandro se lo había dicho porque estaba sinceramente preocupado por ella y por Rashid. Pero, mientras oraba, supo que había algo que no estaba bien en todo lo que había dicho.

Y, entonces, lo supo. Vio claramente qué había detrás de su sensación de intranquilidad, porque el Espíritu que estaba en ella se lo reveló. No todo estaba perdido. Nada era demasiado difícil para Dios. Ni la muerte inminente podía alejarlo de aquellos que le pertenecían... y Julia todavía podía ser una de las elegidas de Dios. Si Hadasa se iba ahora, abandonaría a Julia cuando más la necesitaba.

Oh, Señor Dios, perdóname por mi duda y renueva Tu Espíritu en mí para que pueda cumplir Tu propósito aquí. No dejes que confíe en mi propio entendimiento ni en el de Alejandro.

Cuando se puso de pie, supo que Alejandro no había identificado las fuerzas ocultas que obraban en lo que acababa de intentar hacer. No había reconocido la semilla de la cizaña ni al enemigo oscuro y malévolo que le había dado las palabras que debía sembrar y, así, debilitarla.

Podría haber funcionado. Bien podría haberlo hecho. Pero por la gracia de Dios... sorprendida y agradecida, Hadasa ocupó una vez más su lugar junto a la cama de Julia, alabando a Dios por su protección.

Lavinia llegó con una bandeja de comida al anochecer. Miró la comida intacta que le había traído al mediodía y echó un vistazo a Ezer.

—¿La comida no era de su agrado, mi señora?

—Estoy segura de que la comida es maravillosa, Lavinia, pero, por favor, llévate esas bandejas. Mandaré a buscar algo cuando esté lista. —La muchacha hizo lo que le pidió, sabiendo por sus palabras que la señora Ezer ayunaría y oraría hasta que llegara el fin. Lavinia volvió y recogió la segunda bandeja—. ¿Puedo traerle vino, mi señora?

—Una palangana con agua fría de la fuente sería agradable.

Lavinia volvió rápidamente con lo que Hadasa quería.

—Gracias, Lavinia. —Mojó un paño fresco en el agua y lo exprimió. Limpió suavemente el rostro de Julia. Ella no se despertó.

Marcus vino durante la tarde siguiente. Hadasa se levantó y le hizo lugar para que se sentara al lado de la cama. Parecía preocupado y Hadasa se preguntó si estaría pensando en lo que Esdras Barjaquín había venido a hablar con él. Marcus tomó la mano flácida de su hermana entre las suyas y miró su rostro. Cuando habló, Hadasa supo que se dirigía a ella.

—Iulius dice que madre se rehúsa a comer. Se sienta en el balcón con los ojos cerrados. Dice que no sabe si está orando y ayunando, o si simplemente está dejándose ir. —Agachó la cabeza —. Dios mío —dijo con una voz ronca por la tristeza—, ¿voy a perderlas a las dos al mismo tiempo?

Los ojos de Hadasa se llenaron de lágrimas porque él tenía el rostro marcado por el agotamiento y la aflicción. Sintió dolor por él.

—No debemos dejar de tener esperanza, mi señor —dijo las palabras con total sinceridad, pero sonaron vacías en la habitación silenciosa con la silueta inmóvil de Julia sobre la cama.

—Esperanza —dijo Marcus sombríamente—. Creí que había encontrado la esperanza, pero ya no lo sé. —Se inclinó hacia adelante y con sus dedos peinó suavemente el cabello oscuro que reposaba sobre la almohada. Se levantó lentamente y se agachó para besar a Julia en la frente—. Avíseme si hay algún cambio.

Hadasa ocupó su lugar al lado de Julia.

El recipiente de oro

51

Marcus entró a la recámara cuando la luz de la mañana se desplazaba lentamente sobre la pared. Hadasa lo miró y vio lo pálido y fatigado que se veía su rostro. Se levantó de su silla junto a Julia para que él pudiera sentarse al lado de su hermana.

—¿Ningún cambio? —dijo.

—No, mi señor.

—Han pasado tres días —dijo tristemente—. Por favor, hable con mi madre, Ezer. Sigue sin querer comer y estuvo despierta la mayor parte de la noche. Estoy preocupado por ella. No tiene fuerzas como para ayunar.

—Oraré con ella, mi señor. —No haría más que eso, porque si Febe sentía que Dios la había llamado a ayunar y a orar, entonces, que así fuera. Marcus se sentó cansado. Ella sintió su angustia y le puso la mano en el hombro, presionándoselo con suavidad—. Confíe en el Señor, Marcus. Todos estamos en Sus manos y Él nos aseguró que todas las cosas obran para Su buen propósito.

—Yo no tengo su fe, Ezer.

—Tiene fe suficiente.

Cuando empezó a estirar la mano para tomar la suya, ella se retiró. La vio ir rengueando hacia la puerta y salir. Deprimido, apoyó los codos en el borde de la cama. Se pasó los dedos por el cabello y sostuvo su cabeza.

—Jesús... —dijo, pero no le salieron otras palabras—. Jesús... —Estaba demasiado cansado y abatido para orar o siquiera pensar. En los tres días desde que Julia se había quedado dormida, su madre también parecía ir desvaneciéndose. Iba a perderlas a ambas y tenía que resignarse a ello.

Jesús..., volvió a clamar su corazón.

Un viento suave entró por el balcón y, como un susurro bondadoso, acarició la frente de Julia. Ella lo inhaló despacio y lo exhaló, y giró su rostro hacia él. Abrió los ojos y vio a Marcus sentado junto a ella con la cabeza apoyada en sus manos. Su postura era de completo abatimiento; ella se estiró débilmente y le pasó los dedos por el brazo, deseando consolarlo. Marcus se sobresaltó un poco y levantó la cabeza .

—Julia —dijo con voz ronca y la miró fijamente.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo en voz baja. Él le tomó la mano y la sostuvo firmemente, besándosela. A Julia se le llenaron los ojos de lágrimas, por lo que apenas podía ver el rostro de Marcus. Él sí la amaba después de todo. ¡Oh, Dios, de verdad la amaba!

La brisa, extrañamente reconfortante, le rozó el rostro. Se sentía muy débil y ligera, como si ese viento suave pudiera levantarla y llevársela como una hoja otoñal. Pero no estaba lista. Tenía miedo de adónde podía llevarla. Unas tinieblas opresivas parecían asediarla y el abatimiento que había en su corazón no había cedido ni por un instante.

—En verdad lamento todo, Marcus —susurró.

—Lo sé. Te perdono, Julia. Todo está olvidado.

—Ah, si tan solo fuera así de fácil.

—Lo es, pequeña. Escúchame, Julia. He sido un verdadero tonto y tengo demasiadas cosas para decirte. —Y quedaba tan poco tiempo—. ¿Recuerdas cómo Hadasa solía contarte historias?

Quiero contarte una historia, *mi* historia. —Y, de esa manera, comenzó a hablar, empezando por los días de Roma en los que habían gobernado tres emperadores en el mismo año y la mitad de sus amigos habían sido asesinados. Habló de su lujuria por las mujeres, de su deseo por los banquetes interminables, por la bebida, por los juegos... todas cosas que había usado para saciar el hambre que había en él. Vivía conforme al adagio que decía «Comamos, bebamos y disfrutemos de la vida, pues mañana moriremos». Pero nada lo había satisfecho, nada había llenado el vacío doloroso que había en su interior.

Entonces Hadasa había llegado a sus vidas, amarrada entre otros sobrevivientes del holocausto de Jerusalén.

—Madre la compró y te la dio. Desde el primer momento, había algo diferente en ella. A pesar de todo lo que había soportado, había paz en ella. Me la encontraba en la noche en el jardín, bajo la luz de la luna, orando a Dios. Por ti. Por mí. Por todos nosotros. —Suspiró, apretando la mano de su hermana entre las suyas.

—No fuiste la única que la ridiculizaba.

Hadasa se acercó rengueando por el corredor desde la recámara de Febe. Mientras se acercaba a la puerta abierta de Julia, escuchó que Marcus hablaba con poca claridad. Entró en silencio y su corazón dio un vuelco al ver que Julia tenía los ojos abiertos. Estaba escuchando atentamente a Marcus, quien le hablaba de la desolación de Jerusalén y del anciano que lloraba parado junto a los restos del muro del templo .

Marcus levantó la mirada cuando Ezer entró en la habitación. Luego, siguió contándole a su hermana que había sido atacado por los ladrones mientras iba hacia Jericó. Le dijo cómo Esdras Barjaquín y su hija Tafita le habían salvado la vida.

—Le dije lo que Hadasa me había dicho acerca del Señor y vi que él cambió, Julia.

Hadasa escuchó que la emoción en su voz se hacía más profunda cuando le contó a su hermana que había seguido el camino hasta la aldea de Naín. Su mano empalideció sobre el bastón.

—Encontré la casa donde vivía Hadasa y me mudé a ella. Vagué por las colinas; después, compré vino y bebí hasta olvidarme de todo. La gente debe haber creído que estaba loco. Me dejaron solo. Nadie se atrevía a cuestionar a un romano. Nadie, excepto una anciana que me fastidiaba constantemente. —Se rió con voz ronca—. Débora.

Hadasa se desplomó sobre la silla al otro lado de la cama de Julia. Sin dejar de mirar a Marcus, Julia estiró su mano y encontró la de ella. Hadasa miró a Marcus a través de su velo... y de sus lágrimas.

Marcus continuó, contándole cómo Débora lo había llevado a las colinas y lo había enviado al mar de Galilea, donde conoció a Paracletos y, después, en Capernaúm, a Cornelio.

—Nunca había sentido lo que sentí aquel día, Julia —dijo él—. *Libertad* . Un gozo más allá de toda comprensión. Fue como si hubiera estado muerto toda mi vida y, de pronto, estaba vivo. —Puso su mano ligeramente sobre la frente de Julia—. Tú también puedes sentirte así.

—Tú no hiciste lo que hice yo —dijo Julia con tristeza—. Nunca pecaste como yo.

Hadasa le apretó la mano con suavidad.

—Todos pecamos, Julia, y no hay ningún pecado más grande que el otro. Dios considera que todos los pecados son iguales. Por eso envió a Jesús para que expiara nuestros pecados. Los de cada uno de nosotros.

Julia parpadeó tratando de contener las lágrimas y levantó los ojos al techo.

—Ninguno de ustedes lo entiende. Ustedes son buenos. Yo soy mala.

—Julia —dijo Hadasa. *¡Oh, Dios, abre sus oídos para que pueda escuchar con el corazón!* —. ¿Te acuerdas de la mujer samaritana en el pozo? ¿Recuerdas a María Magdalena? La mujer samaritana fue la primera en reconocer que Jesús era el Mesías; María, la primera que supo que había resucitado de su tumba.

—Ezer no entiende —le dijo Julia a su hermano—. Ella no sabe. Oh, Marcus, sé que nunca quisiste que volviera a hablar de ella, pero no puedo evitarlo. No puedo dejar de pensar en eso. No puedo...

—Entonces, di lo que debas decir.

Miró nuevamente al techo, sintiéndose despreciable y perdida.

—Ella era mi mejor amiga —susurró con la boca temblorosa, mientras confesaba el pecado que más le pesaba en el corazón—. Ella me amaba y yo la mandé a morir a la arena porque la envidiaba. Es posible que haya matado al amor mismo cuando maté a Hadasa.

Ezer se retiró como aturdida. Marcus la miró y sintió su agitación.

Julia trató de contener las lágrimas mientras miraba a su hermano.

—Marcus, tú la amabas. Te escuché pedirle que se casara contigo. En la arena, te dije que la había hecho matar porque ella te había rechazado, pero fue por más que eso. Maté a Hadasa porque ella era todo lo que yo no era. Era fiel. Era buena. Era *pura* . Sin importar cómo yo la tratara o cómo la trataran Calabá y Primus, ella nunca cambiaba.

Julia buscó a tientas la mano de Marcus y la apretó fuertemente.

—Le costó decirte que no, Marcus. Sé que tú creíste que no fue así. Estabas tan enojado que ni siquiera me viste al irte. Pero es cierto. Miré en mi habitación y la vi arrodillada, llorando. No quise decírtelo.

Marcus agachó la cabeza.

Julia también lloró, acordándose.

—Que su Dios me perdone. Aplaudí cuando ella murió, y cuando todo terminó y ella estaba muerta y tú te habías ido, lo único que hice fue gritar y gritar. Seguía escuchando el rugido de esos leones y podía verla tendida y muerta en la arena. Sabía lo que había hecho. Lo sabía. Oh, Dios, lo *sé* . Y Calabá y Primus se burlaron de mí por eso.

Se estremeció por el llanto.

—¡No puedo ser perdonada! ¿Cómo le pides perdón a alguien que asesinaste? Hadasa está muerta. Oh, se ha ido y es mi culpa. Mi culpa.

Angustiado, Marcus miró a Ezer.

—Dele un poco de mandrágora —dijo, sin conocer alguna otra manera de consolar a su hermana ni de ahorrarse sentir más dolor.

Hadasa temblaba violentamente.

—Déjeme a solas con ella, mi señor.

—¡Condenada sea, dele *algo* !

—Por favor —dijo ella; su voz suave transmitió una urgencia y una orden—. Haga lo que le pido.

—No me dejes —lloró Julia cuando él le soltó la mano y se levantó—. Tengo miedo.

— *¡Váyase!*

Marcus se fue para escapar del dolor, así como para hacer lo que Ezer le había dicho. Salió y se aferró a la baranda que estaba al otro lado de la recámara de Julia para recuperar el dominio sobre sus emociones. ¿Cuánto de esto era culpa suya?

Querido Dios, ¿cuánta muerte tenía que resultar de su ceguera?

Hadasa se sentó en el borde de la cama.

—Ahora tiene que tranquilizarse, mi señora —dijo, acariciando la frente de Julia—. En un instante, llamaré a Marcus para que vuelva, pero debo hablar con usted a solas.

Su corazón latió rápidamente cuando dejó la mano de Julia.

—Te perdono, Julia. —Vio que el ceño de Julia se arrugaba un poco—. Te perdono —volvió a decir y se levantó los velos.

Al principio, Julia se quedó mirándola sin reconocerla, viendo solamente las cicatrices horribles que la habían desfigurado. Entonces, miró a Ezer a los ojos y los suyos se abrieron muy grandes, perplejos, hasta que dominaron su rostro pálido. Tomando aliento, se echó hacia atrás.

Hadasa había vivido con miedo y sabía el poder que tenía sobre las personas.

—No me tengas miedo, Julia. No soy un espectro —dijo—. Estoy viva y te amo.

La respiración de Julia era rápida.

—Estás muerta. Yo vi a la leona. Vi tu sangre.

—Estuve gravemente herida. Dios le habló a Alejandro y él me reclamó en la Puerta de la Muerte para que yo pudiera vivir. —Apoyó su mano suavemente sobre la de Julia—. Te amo.

—Oh... —dijo Julia y, con dedos temblorosos, estiró la mano y tocó el rostro de Hadasa—. Perdóname. Oh, Hadasa, lo lamento tanto. —Volvió a llorar—. Perdón. Perdóname.

—Oh, Julia, ya no tienes que lamentarte más —la voz de Hadasa era nítida, a pesar de que temblaba por la emoción—. Te perdoné todo antes de caminar hacia la arena. Bendije tu nombre porque fue por ti, porque fui a la arena, que Dios me liberó de *mi* temor. —Le habló a Julia sobre el miedo que tenía en Jerusalén a la persecución si alguien descubría que era cristiana. Le habló de su lucha para hablarles a Julia y a su familia de la Buena Noticia, mientras sentía temor de contarle a alguien sobre su fe en Jesús.

—Y después te golpeé —dijo Julia, avergonzada—. Te insulté y te denigré. —¿Cómo podía decir Hadasa que todavía la amaba? ¿Cómo podía?

Hadasa tomó la mano de Julia y le besó la palma.

—No pienses más en eso. Ahora tenemos otros asuntos más importantes. Debes tomar tu decisión. Siempre oré por ti. Le supliqué a Dios que te abriera los ojos y el corazón. ¿Crees en Jesús?

—Oh, Hadasa —dijo Julia, sintiendo que el peso de sus cargas era levantado—. ¿Cómo puedo negar que existe, cuando solo él pudo haberte salvado de la muerte? —Le tocó las mejillas y los labios—. Estoy tan contenta. Estoy tan contenta de que tu Jesús te haya amado tanto que no pudo dejarte morir.

Los ojos de Hadasa se llenaron de lágrimas.

—No es *mi* Jesús, Julia. *Nuestro* Jesús. ¿No lo ves? Dios no me salvó la vida para *mí* . Me salvó la vida para *ti* .

Julia pestañeó, asombrada y, por primera vez desde que tenía memoria, sintió que la esperanza la invadía.

Hadasa tocó la mejilla pálida de la mujer enferma.

—¿Por qué otro motivo habría hecho Dios un milagro así? ¿Qué otro propósito podría haber? ¿Por qué otra causa me habría enviado aquí, a ti?

El rostro de Julia estaba transfigurado.

—¿A pesar de todo?

Hadasa rió dulcemente con gozo.

—¡Oh, sí! Así es el Dios todopoderoso. —Tomó firmemente la mano de Julia entre las suyas —. ¡A pesar de nosotros mismos, Él nos ama! Has confesado tus pecados, Julia. ¿Confesarás tu

fe en Él? Él ha llamado a la puerta de tu corazón durante toda tu vida. Déjalo entrar, querida. Por favor, Julia. Déjalo entrar.

—¿Cómo puedo no hacerlo? —dijo Julia, apretándole fuerte la mano y viendo el amor que resplandecía en sus ojos—. Oh, Dios, oh, Jesús, por favor. —Mientras pronunciaba esas mismas palabras, fue como si algo recorriera precipitadamente su ser, llenándola, levantándola, abrumándola. Se sintió más liviana. Se sintió libre. Y se sintió débil, sumamente débil. Su mano se soltó—. Tan fácil —dijo con un suspiro.

Hadasa le acarició la mejilla y sonrió.

—Despiértate, tú que duermes; levántate de los muertos, y Cristo te dará luz.

Julia sostuvo la mano de Hadasa contra su corazón.

—No debería ser tan fácil.

—Jesús hizo todo el trabajo.

—Debe ser bautizada —dijo una voz detrás de ella. Hadasa se puso rígida y su corazón dio un salto. ¡Marcus! Soltó la mano de Julia y se cubrió el rostro rápidamente con los velos .

—Sí —dijo, temblorosa, y se levantó; el dolor se disparó por su pierna herida. Agarrando su bastón, retrocedió de la cama. ¿Habría visto él su rostro? No podría soportarlo, si lo había hecho.

—Hadasa está *viva* —dijo Julia, sonriéndole radiantemente a Marcus cuando él se inclinó hacia ella.

Nunca había visto sus ojos brillar como ahora.

—Lo sé, Julia. Escuché. —No podía mirar a Hadasa, porque sabía que si lo hacía, se olvidaría de todo y querría saber por qué se había escondido de él. El corazón le latía descontroladamente y tenía la garganta súbitamente seca. El gozo y la rabia se agitaban dentro de él y su mente gritaba solo dos palabras: *¿Por qué?*

¿Por qué no se había revelado a él? ¿Por qué no le había dicho que estaba viva? ¿Por qué lo había dejado en su desesperación?

Pero ahora no era el momento de recibir las respuestas que ansiaba desesperadamente. Era el momento de concentrarse en Julia. Con que mirara una sola vez a Hadasa, Marcus sabía que se olvidaría de Julia y de su desesperada necesidad, así que no la miró ni le habló. Simplemente, levantó a su hermana con suavidad y la acunó contra su corazón. Julia estaba tan liviana que era como una niña en sus brazos.

Julia estiró su mano hacia Hadasa.

—Ven conmigo.

—Yo los seguiré —le prometió sin poder mirar a Marcus a la cara. Él dudó en la puerta y miró hacia atrás—. No me espere, mi señor —dijo—. Vayan. Vayan ahora.

Marcus cargó a Julia a lo largo del corredor de arriba y bajó las escaleras. Cruzó el peristilo, que estaba lleno de la luz del sol, y caminó por otro corredor que conducía a otras arcadas, hacia los baños familiares. Sin sacarse las sandalias, bajó los escalones de mármol. El agua fresca subió alrededor de sus piernas y sus caderas y mojó la delgada bata de Julia.

—Dios, perdóname si me excedo al hacer esto —dijo Marcus en voz alta—, pero no hay ningún otro aquí. —Levantó un poco a Julia, agachó su cabeza y la besó. Luego, bajó a su hermana al agua y la sumergió—. Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo, levantándola. El agua corría por su rostro, su cabello y su cuerpo—. Has sido sepultada con Cristo y has resucitado a la vida nueva.

—Oh, Marcus —dijo Julia suavemente, maravillada. Sus ojos parecieron ver más allá de él, enfocados en algo que él no podía ver.

Marcus retrocedió por el agua hasta que llegó a las escaleras. Subió por ellas y se sentó al

borde de la piscina con su hermana acunada en su regazo.

Escuchó los pasos de Hadasa y levantó los ojos cuando ella entró a los baños. El corazón le latía fuertemente. Ella titubeó y luego continuó hacia él, con su bastón golpeteando las baldosas de mármol.

—Todo ha terminado —dijo con voz ronca y su voz resonó suavemente en las paredes con murales.

—Alabado sea el Señor —dijo ella con un suave suspiro de alivio.

De pronto, la respiración de Julia cambió. Se aceleró como si estuviera emocionada por algo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh! ¿Pueden verlos?

—¿Ver qué, pequeña? —dijo Marcus, acercándola más; su mano tomó delicadamente su rostro mojado.

—Son tan hermosos —murmuró con el rostro lleno de asombro—. Tan hermosos. —Pestañeó de manera soñolienta—. Oh, Marcus, están cantando... —Su rostro se suavizó y volvió a ser hermoso. Dejó escapar un suspiro largo y profundo y cerró los ojos. Su cuerpo se relajó completamente en los brazos de Marcus y su cabeza quedó apoyada sobre su hombro.

—Todo está bien —dijo Hadasa e inclinó su cabeza para dar gracias. Se apretó la mano contra el corazón y cerró los ojos—. Ya está en casa.

—Gracias a Dios —dijo una voz conocida, temblando de emoción.

Marcus levantó la vista bruscamente y vio a la mujer parada en los arcos, con Iulius justo detrás de ella.

— *¡Madre!*

52

Febe se acercó sin ayuda.

—Supe el momento en que aceptó a Cristo —dijo, mirando el rostro de su hija: una niña dulce y hermosa que dormía—. La sensibilidad y la fuerza volvieron a mi cuerpo.

Marcus levantó a Julia, salió del agua y se la llevó a su madre. Las lágrimas corrían por las mejillas de Febe, pero estaba sonriendo y sus ojos brillaban.

—Oh, cómo oré para poder ver este día —dijo y besó a Julia en la frente—. Y así fue. Así fue... —Comenzó a llorar—. Oh, mi hija... mi hija...

Iulius se acercó a consolarla. Rodeó su cintura con su brazo y ella se dio vuelta hacia él. Hadasa los vio salir de la sala con Marcus, quien todavía sostenía a Julia cerca de su corazón. Después de un momento, Hadasa rengueó hasta un banco de mármol tallado que había contra la pared y se sentó. Estaba cansada por la prolongada vigilia. Recostó su cabeza contra la piedra fría. Quería danzar y saltar y cantar alabanzas, pero, por ahora, se conformaba con descansar.

Lavinia entró en los baños.

—¿Mi señora? ¿Está bien?

—Solo estoy cansada, Lavinia. Todo está bien. Estoy bien.

—¿Comerá ahora, mi señora? Ya pasaron tres días desde la última vez que probó comida.

Hadasa habría preferido su cama a la comida, pero vio que la muchacha estaba muy preocupada y se levantó, sosteniéndose con el bastón.

—El tiempo de ayuno terminó.

Lavinia sonrió alegremente.

—Le diré a la cocinera.

—Habla con Iulius primero, Lavinia. La señora Febe también debe estar hambrienta.

—Sí, mi señora —dijo ella, hizo una reverencia respetuosa y salió rápidamente.

Hadasa deseaba poder abandonar la villa y evitar volver a ver a Marcus, pero nuevamente era una esclava y pertenecía a esta casa. Ya no era libre de ir y venir como lo habían sido Ezer o Rafa .

Se levantó y caminó por el corredor y entró en el peristilo. Le dolía la pierna y se sentó en el pequeño rincón para descansar y tratar de pensar. El sol matinal calentaba el patio y siempre le había gustado el sonido relajante de la fuente. Vio a Lavinia y a otra sirvienta llevando bandejas a la planta alta. La casa estaba en silencio, con una tranquilidad pacífica, a diferencia de como había estado las últimas semanas. Las sombras habían desaparecido, las tinieblas se habían disipado.

Recordó algo que su padre le había dicho hacía mucho tiempo: los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. Julia estaba con el Señor, mientras que ella tenía que esperar. Cerró los ojos en agradecimiento.

Dios es misericordioso. La redención de Julia era la prueba de eso, y Hadasa sintió que su propósito aquí estaba cumplido, que su tarea había terminado.

Si solo pudiera morirse ahora mismo y estar con el Señor también. Estaba cansada, y le dolían el cuerpo y el corazón.

¿Qué hago ahora, Señor? De aquí, ¿adónde voy?

Escuchó pasos firmes en el corredor de arriba y quiso levantarse y huir. El corazón le latió

desbocadamente y después se calmó cuando vio que era Iulius, no Marcus, quien bajaba las escaleras y cruzaba el peristilo hacia ella.

—La señora Febe desea que se reúna con ella.

Hadasa se levantó y lo siguió.

Iulius miró hacia atrás cuando llegó a las escaleras. Cada paso que daba hablaba de su cansancio.

—Yo la cargaré —dijo. Cuando la levantó, escuchó que contenía la respiración por el dolor.

Febe estaba sentada en la silla que parecía un trono en su balcón. Cerca de ella estaba el sillón que usaban las amistades que venían a visitarla, y en el medio había una mesa servida con comida y vino. Iulius bajó a Hadasa y se fue.

Febe le sonrió al mirarla.

—Por favor, siéntate, Hadasa. Te ves tremendamente exhausta.

Hadasa se sentó, con la espalda derecha, la cabeza levemente agachada y las manos entrelazadas sobre su regazo. Se sentía mareada por el ayuno y apretaba los dientes para contener el dolor que subía por el muslo hacia su cadera.

—Has sido una sierva buena y fiel —dijo Febe. Sonrió y sus ojos resplandecieron con calidez —. Hace mucho tiempo, en Roma, te confié a mi hija. Te pedí que la vigilaras y la cuidaras. Te pedí que te quedaras con ella en toda circunstancia. Hiciste más que eso, Hadasa. A pesar de todo lo que Julia te hizo a ti y a sí misma, seguiste siendo su amiga. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Le doy gracias a Dios por traerte a nuestra vida y seguiré haciéndolo todos los días, hasta que me vaya de este mundo.

Hadasa bajó la cabeza, abrumada por semejante elogio y promesa.

—Fue el Señor, mi señora, no yo. — *Ah, sí. Tú, Señor* .

—Quiero pedirte una cosa más, Hadasa, pero sé que no me corresponde hacerlo —dijo trémulamente—. Es así como tú me alentaste meses atrás, cuando viniste con el médico. Aprendí a confiar en el Señor en todas las cosas. —Cualquiera fuera la voluntad de Dios para Marcus, se cumpliría. No le correspondía como madre interferir con los planes de Dios, intentando arreglar las cosas a la fuerza. Lo único que podía hacer era lo que sabía que debía haber hecho mucho tiempo atrás, y luego orar por aquello que su corazón deseaba. Podía tener esperanza.

—Así como tú nos diste, de la misma manera te doy yo a ti —dijo Febe y le entregó un rollo pequeño. Hadasa lo tomó con dedos temblorosos.

—El documento de manumisión, Hadasa. Eres libre. Puedes quedarte o irte, como tú desees.

Hadasa no podía hablar. La emoción la inundó, pero no era júbilo. Más bien, estaba abrumada por la tristeza. A lo mejor esta era, entonces, la respuesta de Dios. Era libre para dejar a los Valeriano, libre para volver con Alejandro y viajar con él, libre para estudiar las hierbas y las curas en la frontera.

Febe vio cómo estaba sentada Hadasa, con la cabeza baja, y su pequeña mano apretaba el documento sobre su regazo. Se le encogió el corazón.

—Mi esperanza es que te quedes —dijo suavemente—, pero sé que, hagas lo que hagas, lo harás conforme a la voluntad de Dios.

—Gracias, mi señora.

—Debes tener tanta hambre como yo —dijo Febe enérgicamente, pestañeando para contener las lágrimas. Partió el pan y le dio la mitad a Hadasa.

Hadasa mojó el pan en el vino que Febe le sirvió. Se retiró un poco los velos para poder comer sin dejar al descubierto su rostro.

Comieron en un amigable silencio.

—Marcus iba a reunirse con nosotras, pero decidió ocuparse personalmente de los preparativos para el entierro de Julia —dijo Febe.

—Prepararé su cuerpo, mi señora.

—No es necesario, querida mía. Ya lo están haciendo. Iulius y Lavinia se están ocupando de eso —dijo Febe—. Debes descansar. Tu trabajo ha terminado, Hadasa. Julia está con el Señor. —Estiró un poco la mano—. Por favor, ponte cómoda aquí, conmigo. Estírate en el sillón como si estuvieras visitando a una amiga. Así es como yo te considero. — *Y más aún*, dijo el corazón de Febe. *Te considero mi hija* —. Me agradaría mucho que te quedaras un rato. — *Oh, Señor, que se quede para siempre* .

Hadasa obedeció y se reclinó, suspirando aliviada, mientras distendía la pierna herida. Satisfecha, luchó contra el sueño y trató de escuchar a Febe mientras hablaba de la niñez de Julia. Sentía los ojos muy pesados.

—Ha sido un período largo y difícil —dijo Febe. Se levantó y pellizcó pedacitos de pan para ponerlos en el muro para las tórtolas. Un pajarito salió a la luz a unos pocos pasos de allí y saltó acercándose. Tenía el plumaje sencillo de un gorrión hembra. Cautivada, Febe estiró la mano, pero el ave levantó vuelo, posándose en una enredadera de flores cercana.

Febe se preguntó si Hadasa haría lo mismo: levantar vuelo. Miró hacia atrás para ver a la joven acostada en el sillón. Estaba tan tranquila y relajada, que Febe supo que se había dormido. Sonrió, se le acercó y se inclinó a besarle la frente a través de los velos. *Te he entregado una hija, Padre. Te pido que tu voluntad sea que esta se quede* .

Al escuchar los pasos de Marcus, se enderezó. Cuando él entró en la habitación, vio su rostro y su intención y se llevó la mano rápidamente a los labios para pedirle silencio; luego, se reunió con él debajo del arco. Lo tomó del brazo y lo hizo entrar a la recámara.

—Quiero hablar con ella.

—Déjala dormir ahora, Marcus.

—¡No puedo esperar!

—Está demasiado agotada. Lavinia dijo que ayunó desde que Julia cayó en coma y sabes muy bien cuántas horas ha estado sentada al lado de Julia.

—Hablaré con ella.

—Más tarde. No ahora, que estás cansado y enojado.

Él dejó escapar la respiración, viendo que lo que decía tenía sentido.

—¿Por qué no me lo dijo, madre? —dijo, profundamente herido—. Ha estado aquí durante meses. Me senté con ella en el rincón. Tuvo todas las oportunidades de decirme quién era. ¿Por qué guardó silencio?

—Debe haber sentido la necesidad de esconderse de ti, o no lo habría hecho.

—¿Pensaba que yo era una amenaza?

—¿Cómo podría hacerlo?

—Ese sirviente árabe suyo pensó que lo era. Ella debe pensar que tuve algo que ver con que la enviaran a los leones. La simple verdad es que no confiaba en mí.

—¿Tenía alguna razón?

—¡Le pedí que se casara conmigo!

—Y la dejaste enojado cuando te rechazó. —Febe se lo recordó dulcemente.

—No soy el muchacho superficial que alguna vez fui.

—Entonces, deja de actuar así, Marcus —dijo Febe más firme—. Pon sus necesidades por encima de las tuyas.

Marcus se pasó la mano hacia atrás por el pelo y se dio vuelta, en frustración. Pensó en la

mirada de desprecio frío de Rashid. Recordó cada palabra que Alejandro dijo acerca de los meses que ella había sufrido a causa de las heridas causadas por su ama. Ambos estaban convencidos de que él era parte de lo que le había pasado. ¿De dónde más se habrían formado esa impresión sino de Hadasa?

—Debe pensar que yo quería que muriera tanto como Julia.

—Tal vez sea algo menos complicado que eso. Algo mucho más humano.

—¿Qué?

—No lo sé, Marcus. Fue solo una idea. —Vio la presión emocional que estaba sufriendo—. ¿Recuerdas la primera vez que vimos a Hadasa? Era una pequeña delgada y patética, con esos ojos demasiado grandes para su rostro y el cabello que le estaba empezando a crecer en mechones. Tú dijiste que era fea, y tu padre y Julia tuvieron la misma opinión. Yo no sabía en ese momento qué tenía ella que me hizo sentir tan segura de que era buena para Julia. Simplemente, lo supe. Ahora sé que Dios obra en nuestra vida incluso antes de que creamos. Él pone en marcha Su plan y lo cumple en Su tiempo.

Se acercó a su hijo y le puso una mano consoladora en el brazo.

—Yo le creí acerca de Jesús, Marcus. Tu padre creyó al final. Tú fuiste a maldecir a Dios por haber tomado su vida y volviste alabándolo. Y Julia, nuestra rebelde y amada Julia, terca hasta el último momento, ahora está con el Señor. Cada uno de nosotros ha llegado a conocer a Cristo porque lo vimos obrar en la vida de Hadasa. Ella fue el regalo de Dios para nosotros.

—Lo sé, madre. —Incluso cuando pensaba que estaba muerta, Hadasa había sido el aire que respiraba—. La amo —dijo con voz ronca.

—Yo también. —Su mano apretó el brazo de Marcus—. Porque la amamos, la trataremos con el mismo cuidado y la misma delicadeza que ella nos mostró siempre. —Vaciló, sabiendo que lo que tenía que decirle lo sorprendería—. Le concedí la libertad .

Marcus se dio vuelta abruptamente.

—¿Por escrito? —dijo, alarmado.

—Desde luego.

Miró a Hadasa y vio el rollito que había caído a las baldosas de mármol.

—¡No tenías derecho, madre! —dijo, nuevamente enojado y temeroso.

—¿No quieres que sea libre?

—Aún no.

Febe lo vio con claridad.

—Ah, ya veo. No podrá ser libre hasta que haya respondido a tus preguntas y acceda a todas las demandas que puedas imponerle.

—¿Me crees tan insensible?

—A veces, eres muy insensible —dijo ella con tristeza—. Lo siento si esto te molesta. Hice simplemente lo que me sentí guiada a hacer, Marcus.

—Ese documento no vale el papiro en el que está escrito —dijo con el tono que solía usar cuando hacía acuerdos comerciales—. No, a menos que lleve *mi* firma. Legalmente, Hadasa me pertenece a mí, no a ti.

Febe le había dado pecho cuando era niño y no se dejó intimidar.

—Tu padre me entregó a Hadasa a mí y yo se la di a Julia. Ahora que Julia está con el Señor, siento que tengo el derecho de que Hadasa vuelva a mí. Y yo le he dado la libertad que ella se merece. ¿Vas a rescindir eso ahora? ¿Y qué hay de sus sentimientos?

—¿Y si se va?

Febe sonrió entendiéndolo completamente y le tocó la mejilla con suavidad.

—Tienes dos piernas, Marcus. No hay nada que te detenga de ir detrás de ella.

53

Hadasa se despertó a la luz de la luna, todavía acostada cómodamente en el sillón de Febe Valeriano. El aire era agradablemente refrescante, y el cielo de un añil oscuro con estrellas resplandecientes. «Los cielos proclaman tu gloria y el firmamento despliega la destreza de tus manos...», susurró, mientras miraba hacia arriba. Se levantó los velos y sonrió, contemplando maravillada la belleza que tenía por delante, observando cómo se iluminaba el azul. El amanecer estaba llegando.

Se levantó y extendió sus manos hacia el Señor, agradeciéndole por Julia y por Febe, ambas restauradas. Luego se bajó los velos nuevamente sobre el rostro. Entró silenciosamente en la recámara y vio una pequeña lámpara cobriza de aceite encendida sobre una mesa. Febe estaba dormida.

Hadasa salió de la habitación. Rengueó por el corredor superior y entró en la recámara de Julia. Habían retirado la cama de Julia y habían limpiado todo el cuarto. La habitación estaba vacía, a excepción de su propia cama, que todavía estaba junto a la pared, de las pocas posesiones que había traído consigo y de una mesa sobre la cual había una palangana y una jarra con agua.

Sintiéndose desaliñada, Hadasa se quitó los velos y la palla oscura. Vertió agua en la palangana y se lavó; luego, eligió una palla azul para ponerse y se cubrió el rostro con los velos que combinaban. Salió al balcón para ver el amanecer.

« *Tu trabajo ha terminado* », le había dicho Febe, y Hadasa supo que no tenía motivos para quedarse. El corazón se le hacía pedazos ante la sola idea de irse. Sin embargo, quedarse sería peor, infinitamente peor.

« *Es fea* », había dicho Marcus mucho tiempo atrás, en el jardín de la villa en Roma. Había sido la primera vez que lo vio, las primeras palabras que le escuchó decir. « *Es fea* ». Si había pensado que era fea en ese momento, ¿qué pensaría ahora, marcada como estaba, malherida y desgarrada por un león de Roma?

¿Qué dirían los demás, si tenían que ver a alguien como ella parada al lado de Marcus Luciano Valeriano ?

Inclinando la cabeza, luchó con sus sentimientos. Si no hacía lo que sabía que debía hacer, vacilaría y, sentiría mayor dolor aún. Hadasa se dio vuelta y atravesó la arcada hacia la habitación de Julia. Sin detenerse, cruzó el corredor que estaba sobre el peristilo. Bajó las escaleras y salió por la puerta principal.

Era larga la distancia hasta Alejandro, pero necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos y dejar atrás todo lo que podría haber sido con Marcus. Su padre solía decirle que encomendara su trabajo al Señor. Estaba tratando con todas sus fuerzas de hacer exactamente eso.

Un hombre que no conocía respondió cuando llamó a la puerta.

—¿Puedo hablar con Alejandro Democedes Amandinus, por favor?

La puerta se abrió abruptamente y vio a Rashid.

—¡Mi señora! —dijo, y llamó a gritos a Alejandro—. ¡Rafa ha vuelto, mi señor! —La levantó en sus brazos.

Alejandro vino corriendo.

—¿Viniste caminando desde allá? —le dijo, tomándola de los brazos de Rashid y caminando rápidamente hacia el patio, donde la sentó en un sillón cómodo—. ¿Por qué no me avisaste o viniste en una litera?

—No se me ocurrió —dijo ella sin entusiasmo, con la cabeza apoyada contra su hombro—. Solo quise salir de allí lo más pronto posible.

—Ya ve que yo tenía razón —dijo Rashid sombríamente, mirando furioso a Alejandro.

—Tráele un poco de vino —dijo Alejandro—. Después hablaremos de lo que hay que hacer.

—¿Quién era el hombre que me abrió la puerta? —dijo Hadasa.

—Alguien que encontré en las escalinatas del templo hace unas semanas. —Alejandro sonrió, retirándole los velos del rostro para poder ver si ella estaba bien. Se atenuó su sonrisa—. Has estado llorando.

Hadasa apoyó una mano sobre su brazo.

—Todo está bien ahora. Se terminó, Alejandro —dijo con los ojos encendidos—. Julia pasó a mejor vida. Aceptó a Cristo al final.

Él sonrió irónicamente.

—Me pondré contento si tú estás contenta.

—Lo estoy. Ella está con el Señor.

Rashid le alcanzó una copa.

—Se hizo justicia. Está muerta, y allí termina todo.

Hadasa levantó la vista hacia él.

—Una mujer que comió y bebió sangre hasta saciarse y vivió una vida de inmoralidad no recibirá recompensa —dijo él con seguridad.

—Ella se arrepintió.

—Un arrepentimiento conveniente a último momento no altera su destino.

—No fue conveniente, Rashid, fue sincero.

—¿Y usted cree que eso cambia las cosas para Dios, quien se cobrará venganza? —dijo él fríamente, con ojos oscuros y relucientes—. ¿Acaso no lo ha hecho antes? Mientras obedecieron, Dios los bendijo. Hijos de Abraham. —Torció la boca—. Mire a Sión. Jerusalén fue aplastada por su iniquidad. Ya no existe. Así como la mujer Valeriano ya no existe.

Hadasa lo miró y lo vio como lo que era: un hijo de la ira.

—Se arrepintió, Rashid. Proclamó su fe en Cristo. Es salva.

—Y entonces, a pesar de todo lo que le hizo a usted y a otros, ¿recibe la recompensa eterna? ¿Unas pocas palabras dichas con su último aliento y hereda el cielo igual que alguien como usted?

—Sí —dijo ella simplemente.

—Me parece que no. Dios es un Dios de *justicia* .

—Oh, Rashid, si Dios solamente fuera justo, todos pereceríamos; hasta el último ser humano sobre la faz de la tierra. ¿No lo ves? ¿Nunca has matado en tu corazón? Yo lo negué cuando me dio oportunidades de proclamarlo ante otros y dejé que mi miedo prevaleciera. Gracias a Dios porque Él es *misericordioso* .

Rechazando la Buena Noticia, el árabe miró a otro lado.

—Volviste —dijo Alejandro en medio del silencio y puso su mano sobre la de ella—. Eso es lo único que importa.

En ese momento entró Andrónico.

—Marcus Luciano Valeriano está aquí, mi señor. Pide ver a la señorita Hadasa.

Hadasa emitió un grito ahogado y se cubrió el rostro con los velos.

Alejandro se levantó y se paró delante de ella.

—Dile que se vaya al Hades.

—Dígamelo usted mismo —dijo Marcus, entrando al patio con pasos largos. Vio que Hadasa se levantaba del sillón. Hizo una pausa y habló en un tono bajo—. Te fuiste sin decir una palabra.

La mano de Rashid se dirigió al mango de su cuchillo, sacándolo con una facilidad que demostraba largos años de práctica, mientras avanzaba para impedirle el paso a Marcus.

—¿Y usted piensa llevársela de vuelta?

—Con pleno derecho, ella todavía le pertenece a mi familia. —Las palabras de Marcus fueron mucho más duras de lo que él se había propuesto .

—Mi señor, su madre me otorgó la libertad.

—¿Dónde está el documento que lo demuestra?

Alejandro y Rashid la miraron. Ella negó con la cabeza.

—No lo sé —tartamudeó—. Supongo que lo perdí.

—¿Lo perdiste? —dijo Alejandro, pasmado—. ¿Cómo pudiste perder algo tan importante?

Marcus sacó un rollo pequeño de su cinturón.

—Lo dejó tirado en el balcón. —Se lo tendió a Hadasa.

Sorprendido, Rashid miró fijamente al romano, como si estuviera debatiendo consigo mismo; luego, lentamente, se apartó y permitió que Marcus se parara frente a Hadasa. Alejandro se sorprendió al ver la mirada tierna que había en los ojos de Valeriano.

¡Está enamorado de ella!, pensó, anonadado por la revelación. *Y no le importa quién lo vea* .

—Te fuiste sin despedirte —dijo Marcus, y su voz volvió a suavizarse—. De Lavinia o de Iulius. Ni siquiera de madre.

—Lo siento. —Casi no podía respirar por la manera en que le palpitaba el corazón.

—¿Estabas huyendo de mí?

Ella bajó la cabeza, incapaz de mirarlo.

—Madre trató de decirme que estabas viva, pero no la entendí.

—Me pareció mejor que usted no lo supiera.

—¿Por qué, Hadasa? —Su voz se quebró—. ¿Pensaste que tuve algo que ver con lo que pasó? ¿Creíste que yo sabía que Julia te había enviado a la arena?

Abrumada con emociones confusas, Hadasa sacudió la cabeza en silencio. El amor por él la inundó al escuchar la tristeza desesperada que había en su voz, pero amarlo hacía que fuera muchísimo más difícil quedarse.

—Te juro que no sabía que te había enviado a la arena. Con Dios como mi testigo, no lo supe hasta que me senté en las tribunas con Julia y... —Se le apagó la voz y su rostro se convulsionó al recordarlo.

Alejandro miró a Rashid.

—Cuando te vi, no pude hacer nada —carraspeó Marcus—. Había estado sentado durante horas con Julia, bebiendo vino, riéndome de las bromas groseras de Primus, fingiendo divertirme porque quería olvidarte. —Se rió ásperamente, burlándose de sí mismo—. Entonces, sacaron a los cristianos para que se enfrentaran a los leones. —Respiró de manera entrecortada, viéndose con vergüenza tal como había sido.

—Había visto morir gente todo el día sin sentir nada, pero no podía ver cómo morían los cristianos. Sabía que tú podías ser una de ellos. —Suspiró desolado—. Me levanté con la excusa de ir a comprar más vino. Quería emborracharme y olvidar. Julia me detuvo. Dijo que tenía una sorpresa para mí. Dijo que había hecho algo que rectificaría todo. Cuando vi la mirada que había

en sus ojos, lo supe. —Hadasa vio que el dolor de lo que había entendido todavía se reflejaba en su rostro, en sus ojos atormentados—. Oh, Dios, en mi alma supe qué había hecho Julia, ¡pero no quería creerlo! Entonces, te vi. Te alejaste de los demás hacia el centro de la arena. ¿Recuerdas? Te quedaste sola. —Su rostro se contrajo nuevamente al recordar su angustia.

Él se acercó con el deseo de poder ver a través de los velos, deseoso de poder ver sus ojos y saber qué estaba pensando.

—¿Me crees o sigues pensando que fui parte de eso?

—Le creo.

—Pero me tenías miedo, sin saber qué podía hacer yo si descubría que estabas viva.

Ella negó con la cabeza.

—Otros tenían miedo por ti —dijo él, mirando a Alejandro y a Rashid—. Tuvieron razón de temer por tu vida. Al principio, Julia podría haberte mandado de nuevo a los leones.

—Lo sabía.

—Pero no sabías qué haría *yo* —dijo con tristeza—. ¿Cierto? —Cuando Hadasa se quedó callada, él pensó que había asumido lo correcto—. ¿Recuerdas que una vez me dijiste que orabas para que Dios me abriera los ojos? Lo hizo, Hadasa. Con divina determinación. Ese día *vi* . Todo. Vi a Julia y a sus amigos y a mí mismo como si se hubiera encendido una lámpara en una habitación a oscuras y todo hubiera sido iluminado de repente. —Apretó el puño.

—Cuando la leona te derribó, sentí que mi propia vida se apagaba. Todo lo que tenía algún sentido, todo lo que importaba, desapareció, como polvo ante un viento. Le eché la culpa a Julia. Me eché la culpa a mí mismo. Le eché la culpa a Jesús.

Alejandro no se movió del lado de Hadasa. Marcus lo miró y supo que él también la amaba. Había sido este hombre quien la había cuidado cuando más ayuda necesitaba. Por un instante, el orgullo de Marcus le dijo que se fuera y dejara que Hadasa se quedara con Alejandro. ¿Para qué desnudar su alma, solamente para ser rechazado? Pero no podía irse. Más allá de los sentimientos que pudieran existir entre Hadasa y el médico, Marcus tenía que decirle todo, y condenado sea su orgullo.

Respiró profundamente para calmarse y continuó.

—Fui a Palestina para condenar a Dios porque creía que Él te había abandonado como yo lo había hecho. Fui porque te amaba. Todavía te amo .

Alejandro frunció el ceño. Bajando la mirada, vio cómo temblaba Hadasa. Pero cuando Marcus estiró su brazo para tocarla, Hadasa retrocedió. ¿Qué la hacía mantenerse alejada del hombre? ¿Era miedo? ¿O había algo más?

Rashid también tenía el ceño fruncido; estaba afligido e incómodo por la súplica apasionada de Valeriano. El romano no tenía vergüenza de dejar al descubierto su corazón frente a una mujer. Y ese mismo hecho dejaba algo muy en claro: este hombre no pudo haber tenido responsabilidad de mandar a Hadasa a la arena. Habría preferido enfrentarse él mismo a los leones.

El silencio cayó en el patio, una quietud temblorosa.

Alejandro dejó escapar un suspiro lentamente y su boca se curvó con tristeza. Miró a Marcus a los ojos y dio un paso atrás.

—Lo dejaremos a solas con ella.

Reacio, Rashid volvió a meter el cuchillo en su cinturón.

Hadasa agarró el brazo de Alejandro.

—Por favor, no te vayas —susurró.

Él puso su mano sobre la de ella.

—Tú sabes que te amo —dijo en voz baja—, pero será mejor que lo escuches y luego decidas qué es lo que quieres realmente.

—No cambiará nada —dijo ella con lágrimas—. No puede.

—¿No puede? ¿Te has olvidado de tu propia afirmación, Hadasa? Dios puede lograr lo imposible. —Tocó los velos tiernamente—. ¿Es la voluntad de Dios la que te contiene, o es la tuya? —Cuando ella no respondió, él le tomó la mano—. Será mejor que lo averigües. —Le dio un beso en la palma de la mano, la soltó y le hizo un gesto a Rashid.

El corazón de Hadasa latió intensamente cuando Alejandro y Rashid salieron de la sala. Marcus seguía mirándola con una intensidad que la estremecía.

—Te amo —dijo él nuevamente—. Te amé en aquella época y te amo ahora. ¿No te das cuenta de que empecé a enamorarme de ti nuevamente, aun cuando creía que eras otra persona, alguien llamada Ezer?

Ella se sentía débil.

—Me siento honrada, Marcus —dijo temblorosamente, con los ojos ardiendo por las lágrimas.

—Honra —dijo él—. Una palabra vacía cuando lo que quiero es amor.

El estómago se le puso tenso.

—No supe qué era el perdón hasta que te quitaste el velo delante de Julia —dijo él, apesadumbrado—. Cuando acepté a Cristo en Galilea, me sentí perdonado, pero te tocó a ti enseñarme qué significa perdonar. —¿Lo perdonaría ella por no protegerla ?

—Yo no te enseñé, Marcus. Dios te enseñó.

—Tú fuiste su instrumento. Siempre fuiste la luz de mi casa, aunque me tenías tanto miedo que temblabas. Debería haberte sacado de la villa de Julia ese día, sin tomar en cuenta lo que me dijiste.

—Y, entonces, ¿qué habría sido de *nosotros* ? ¿Qué habría sido de *ella* ? —El tiempo de Dios había sido perfecto.

Él escuchó las lágrimas que había en su voz y avanzó los últimos pasos que los separaban. Con el corazón palpitante, le entregó el pequeño pergamino. La mano de Hadasa temblaba cuando lo tomó. Seguía con la cabeza agachada.

—Una vez te pedí que te casaras conmigo y me rechazaste. Dijiste que era porque yo no creía en Dios. Ahora creo, Hadasa.

—Eso fue hace mucho tiempo, Marcus.

—Para mí, fue ayer.

Se alejó de él.

—No soy la misma muchacha. —Le temblaba todo el cuerpo y sentía las rodillas flojas. Quería que se fuera... pero, si lo hacía, creía que se moriría.

—Dime que no me amas, Hadasa. Dime sin rodeos que no sientes nada por mí y te dejaré en paz.

Hadasa pestañeó para contener sus lágrimas.

—Te amo como a un hermano en Cristo.

Él pasó suavemente sus dedos por el velo y ella se alejó bruscamente.

—Júrame que es solo eso.

—Los cristianos no juran por nada.

—Entonces, dilo explícitamente. Dime que no me amas como yo te amo a ti.

Ella sacudió la cabeza, sin poder hablar.

—Quiero casarme contigo, Hadasa. Quiero tener hijos contigo. Quiero envejecer contigo.

Ella cerró los ojos.

—No digas nada más, por favor. No puedo casarme contigo.

—¿Por qué no?

—Te casarás, pero no te casarás con alguien como yo, Marcus. Te casarás con una hermosa muchacha de Jericó.

Le puso las manos en los hombros y la sintió tensa.

—Hay una sola mujer con la que quiero casarme en este mundo. *Tú* . Hay una sola mujer con la que me casaré en mi vida. *Tú* .

—Tafita está enamorada de ti.

—Ella cree que lo está —dijo él sin arrogancia—. Ya lo superará.

Hadasa giró y levantó los ojos hacia él.

—Debes pensarlo de nuevo. Ella es hermosa y buena y ama al Señor .

—Ya le dije a Esdras que no. Bartolomé es mucho mejor que yo como esposo para Tafita.

—¿Bartolomé?

—El joven que los siguió desde Jericó. Esdras no lo había tenido en cuenta antes porque el padre de Bartolomé es griego. —Se rió suavemente—. Yo le recordé que soy romano.

—No importa ahora que estás en Cristo. Todos somos uno...

—Bartolomé es cristiano. Es el segundo converso de Esdras. Esdras solo tiene que dejar de lado los viejos prejuicios. El muchacho ama a Tafita como yo te amo a *ti* . —Le tocó los velos y ella retrocedió, alejándose de él. Marcus frunció ligeramente el ceño.

—Hadasa, ¿recuerdas la primera vez que te pedí que te casaras conmigo? Dijiste que no podías estar en el mismo yugo con un incrédulo. Dijiste que yo era más fuerte que tú. Tenías miedo de que yo te apartara de Dios. ¿Te acuerdas?

—Lo recuerdo. —Ella le había dicho que su deseo por complacerlo, a la larga, llegaría a ser más importante que agradar a Dios.

—Ahora tiraremos para el mismo lado, Hadasa. Yo creo que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

Hadasa había anhelado escucharlo decir esas palabras. Durante los últimos años, había orado sin cesar por eso. Mucho tiempo atrás, en el jardín de la villa romana, había llegado a ser su mayor ilusión. Y, ahora, no podía hablar por las lágrimas que la ahogaban.

—En ese entonces, estabas enamorada de mí —dijo Marcus—. Lo sentía cada vez que te tocaba. Y lo sentí de nuevo el otro día, cuando estábamos sentados en el rincón y te tomé de la mano. —Vio cómo se agitaba suavemente el velo cada vez que ella respiraba y su corazón empezó a latir más rápido—. Déjame verte.

— *¡No!* —dijo ella, angustiada, y apretó los velos contra su rostro, alejándose de él—. ¡No!

Entonces Marcus supo qué era lo que la reprimía.

—¿Eso es lo que te aleja de mí? ¿Tus cicatrices? —La hizo darse vuelta firmemente y la tomó de las muñecas, obligándola a bajar las manos.

—¡Marcus, *no* !

—¿Crees que me importa?

—¡Por favor, no!

Ignorando sus protestas, levantó los velos y los dejó caer descuidadamente al piso. Llorando, Hadasa apartó su rostro. La tomó del mentón y la obligó a levantar la cabeza para poder verla. Ella cerró los ojos fuertemente.

—Oh, amada. —Las heridas la habían marcado profundamente. Las cicatrices bajaban desde la frente hasta el mentón y la garganta. Marcus soltó sus muñecas y le tocó el rostro tiernamente,

trazando la marca del león—. Eres hermosa. —Tomó el rostro entre sus manos y le besó la frente, la mejilla, el mentón, la boca—. Eres hermosa.

Hadasa abrió los ojos cuando Marcus retrocedió un poco y la miró a los ojos. Lo que ella vio derritió todo tipo de resistencia, borró toda su vergüenza.

—Para mí, eres más hermosa que todas las mujeres del mundo —dijo con voz ronca—, y más preciosa que todo el oro de mil barcos. —Borró las lágrimas de sus mejillas con sus besos y bajó su boca para cubrir la de ella. Cuando Hadasa se relajó en sus brazos, la acercó más a él. Cuando ella lo rodeó con sus brazos, él creyó que había entrado al paraíso.

—Oh, Hadasa —dijo, respirando su aroma embriagante. Retrocedió temblando y peinó el cabello de ella con sus dedos—. Cásate conmigo —dijo—. Cásate conmigo *ahora* .

Ella le sonrió; sus ojos brillaban a través de sus lágrimas. Una vez más, Dios la había puesto cara a cara frente a su mayor temor: Marcus había visto su rostro. Había visto sus cicatrices. Y el amor que había en sus ojos solo se había hecho más tierno.

¡Oh, Dios, qué maravilloso eres! Clamó su corazón con gozo mientras decía las palabras que había anhelado decirle a Marcus durante años.

—Me casaré contigo, mi señor.

Él se rió, empapándose del amor que veía en sus ojos.

—Oh, amada —dijo, acariciando su rostro—. Me siento igual que cuando me levanté del mar de Galilea. —El gozo que había sentido en aquel momento se había derramado sobre él en ola tras ola. Las lágrimas mojaron sus mejillas y ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando—. Te extrañé. Te extrañé como si me hubieran arrancado la mitad de mi ser.

Ella se estiró y tocó su rostro con asombro.

—Como yo te extrañé a ti.

La besó otra vez. Su deseo por ella era tan intenso como había sido siempre, aún más fuerte y creciente. Le encantaba la textura suave y sedosa de su piel. Amaba la mirada que había en sus ojos cuando él la tocaba, un reflejo del asombro y el placer que él experimentaba. Se sintió tan lleno de amor, que el espíritu que estaba dentro de él cantó, en celebración. Y supo que era un regalo, un regalo del Padre amoroso que había estado esperando que él llegara a casa.

El eco en las tinieblas no había sido la voz de Hadasa en absoluto, sino la de Dios, llamándolo, sin soltarlo en ningún momento.

Oh, Señor, Señor, qué cosa maravillosa has hecho. Me concediste el deseo de mi corazón. A mí, el hombre que menos lo mere cía. Oh, Señor Dios, mi Dios, Tu amor me asombra. Oh, Abba *, te amo. Te doy gracias. Cristo Jesús, Padre, te alabaré y adoraré mientras viva sobre esta tierra, y más allá de ella, arrodillado ante Tu trono en el cielo.*

Apretó a Hadasa contra su pecho, con el corazón rebosante. Al fin... después de tanto tiempo, estaba en casa.

EPÍLOGO

Pero tengo esto contra ti: que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepiéntete, y haz las obras que hiciste al principio; si no, vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, si no te arrepientes. (Apocalipsis 2:4-5, LBLA)

La boda de Marcus Luciano Valeriano y Hadasa, una mujer libre, fue dirigida y bendecida por el apóstol Juan y dio de qué hablar a la gente de Éfeso durante meses. Después de todo, ¿cuándo había sido la última vez que el heredero de una de las familias romanas más importantes se había casado con una exesclava judía? ¿Y cuándo habían socializado abiertamente generales y procónsules en servicio y jubilados, con trabajadores portuarios, exesclavos y exprostitutas? Porque eso había ordenado Marcus al final de la ceremonia: que sus esclavos fueran liberados e invitados a sumarse a la celebración de la boda con todos los demás.

Hadasa, radiante de gozo, se paró al lado de Marcus y prometió entregarle su vida y su amor. Los que estaban suficientemente cerca para ver su rostro, no pudieron evitar conmoverse por el amor que resplandecía en él. Dos de ellos fueron Alejandro y Rashid y, aunque Alejandro sentía un vacío extraño en el corazón mientras veía que Hadasa y Marcus se unían, estaba contento de saber que ella era feliz. Poco después de la boda, Alejandro cerró su consultorio y ofreció sus servicios como voluntario a una legión romana que partía en barco hacia Britania. Le envió a Hadasa una breve nota de despedida… y nunca volvió a Éfeso.

En cuanto a Rashid, desapareció inmediatamente después de la boda. Mucho tiempo después, algunos contaron que Rashid había vuelto a Siria, se había casado y había tenido una familia. Sin embargo, otros estaban seguros de que, de vez en cuando, veían a un árabe en las sombras de Éfeso, cerca del hogar de Marcus y Hadasa, vigilando a los que iban y venían, cuidando secretamente a Hadasa y a su familia. Y qué familia era, ¡porque Hadasa y Marcus fueron bendecidos con siete hijos y tres hijas! Y todos ellos le trajeron un gozo infinito a Febe en sus últimos años de vida. Pero Febe no podía negar su amor especial por una nieta en particular: una niñita hermosa y risueña de ojos oscuros a la que sus padres llamaron Julia .

Cuando la persecución a los cristianos se intensificó, Juan fue exiliado a la isla de Patmos. Marcus empezó a usar todos sus contactos políticos y económicos para proteger a su familia. Después de sepultar a su madre, oró dando gracias porque ella se había librado del conflicto por venir. Al poco tiempo, agregó un nuevo cargamento a sus barcos: los cristianos fugitivos que necesitaban transporte a un lugar seguro.

Cada día que pasaba, la iglesia de Éfeso volvía más y más a la doctrina y las prácticas mundanas. Finalmente, el Señor vino a Juan y le reveló el futuro. En su Apocalipsis escrito, Juan le advirtió a Éfeso lo que sucedería si no se arrepentía y volvía a su amor inicial y a su dedicación al Señor.

Marcus, que pasaba cada vez más tiempo en oración con Hadasa, se despertó una mañana con un mensaje claro en su corazón y en su mente: Salgan. Sin dudarlo, liquidó todos los activos familiares en Jonia, puso a Hadasa y a los niños a bordo de su mejor barco y, con una tripulación cuidadosamente escogida, partieron. Nadie en tierra supo su destino.

En menos de dos siglos, en el año 262, cayó Éfeso. La que había sido la segunda ciudad más importante del Imperio romano fue destruida por los godos, y hasta el Artemision, una de las Siete Maravillas del Mundo, fue incendiado y derribado. Hasta el día de hoy, solo quedan las

ruinas desperdigadas de lo que una vez fue una espléndida ciudad cosmopolita.

El Señor quitó el candelabro.

¡CONTINÚE LA AVENTURA!

No se pierda el tercer libro de la serie

LA MARCA DEL LEÓN



Disfrute ahora un adelanto del siguiente libro...

TYNDALEESPANOL.COM

TYNDALE FICCIÓN

CP 319

TAN CIERTO COMO EL AMANECER

Rizpa se dio vuelta y vio que Atretes caminaba hacia ella dando grandes zancadas. Sabía que estaba enojado. Todo su ser rebosaba su mal humor. Moviendo al bebé en sus brazos, suspiró. ¿Qué había hecho ahora para contrariarlo?

Señor, ¿alguna vez haré lo correcto a los ojos de este hombre?

Cuando la alcanzó, vio que los ojos de él brillaban peligrosamente.

—¡No debes salir de la villa a menos que yo te ordene hacerlo!

—¿Quiere convertir a su hijo en un prisionero, mi señor? —dijo ella, procurando calmarse.

—¡Quiero protegerlo!

—Yo también, Atretes. Estoy dentro de las murallas.

—¡Se quedará dentro de la *villa* !

—¿Qué peligro puede correr Caleb aquí afuera? Hay guardias…

—¡Mujer, haz lo que yo diga!

Al escuchar su tono imperioso, se le erizó el cabello en la nuca. Este hombre era imposible. Ella no era su sierva y no tenía ganas de que la tratara como tal. Nunca le había parecido bien que le dieran órdenes. Esteban siempre la había tratado de una manera más amable que este germano testarudo. Cuánto deseaba que su esposo aún estuviera vivo.

—Si usted fuera razonable —le dijo en un tono gélido—, yo obedecería. En este caso, ¡no lo es!

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente.

—Si me presionas, te echaré por esa puerta.

Ella le devolvió una mirada directa.

—No, no lo hará.

El rostro se le puso rojo oscuro.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque le preocupa el bienestar de Caleb tanto como a mí. Soy la única madre que él conoce, y me necesita. Además, no sé por qué está tan airado, Atretes. Ayer y anteayer me vio salir a caminar por el patio con Caleb y no tuvo ninguna objeción. Hoy, parece un melón a punto de explotar.

Atretes hizo un gran esfuerzo por contener su temperamento. Ella tenía razón, lo cual solo lo encolerizaba más. Era cierto que *la había* observado ayer y anteayer y le había sorprendido cuánto había disfrutado de la actividad, posiblemente por las mismas razones que Sertes acababa de disfrutar observándola. Era hermosa. Y él sabía, por el bien de su hijo, que no podía echarla por la puerta. Las manos le ardían con el deseo de estrangularla. Había visto la mirada de especulación de Sertes antes de que se fuera.

Rizpa notó las emociones en conflicto en el rostro del germano, la ira por encima de todo lo demás... y sintió remordimiento. Dios todavía tenía mucho trabajo por hacer con ella y con su lengua mordaz. Debería haber manejado las cosas de otra manera. Debería haber apretado los labios, entrado en la villa y elegido un mejor momento para manifestar sus opiniones. Con un suspiro de resignación, acomodó a Caleb sobre su cadera.

—¿Qué pasó para que considere necesario mantener a Caleb dentro de los confines de la villa?

Atretes vio que su hijo agarraba la parte delantera de su túnica y tiraba de ella suavemente.

—Es suficiente con que yo te lo ordene.

—¿Otra vez tenemos que pasar por esto? —dijo ella, al límite de su paciencia—. ¿Tiene algo que ver con el amigo que estaba visitándolo?

—¡No es un amigo! Se llama Sertes y es el editor de los juegos efesios.

—Oh —dijo ella—. Vino a convencerlo para que vuelva a luchar, ¿verdad?

—Sí.

Ella frunció el ceño.

—¿Tuvo éxito?

—No.

Ella sintió que había algo muy grave detrás de su ira. Lo intentó otra vez.

—Tiene que decirme en qué consiste el peligro, Atretes. Al parecer, cometí un gran error, pero no sé cuál fue.

Atretes no vio otra manera de convencer a la terca mujer que decirle la verdad.

—Si Sertes encontrara alguna manera de obligarme a luchar nuevamente, lo haría. Me preguntó quién eres. Le dije que eres una sierva. Me preguntó por *él* . —Señaló bruscamente a su hijo.

El corazón de Rizpa empezó a latir rápidamente cuando se dio cuenta del peligro.

—¿Y?

—Le dije que es tu hijo.

Rizpa dejó escapar la respiración y torció la boca con tristeza.

—Eso debe haberlo disgustado .

—¿Te parece una situación divertida? —dijo él entre dientes.

Rizpa suspiró. En un momento más, él no tendría posibilidades de pensar claramente a través de la neblina roja de su temperamento volátil.

—No —dijo Rizpa con calma—. No creo que sea divertida. Me parece muy seria y haré lo que usted me diga.

Su capitulación lo tomó por sorpresa. Era lo único que no esperaba. Ella siempre discutía con él, siempre tenía algo para decir en respuesta a sus exigencias. Atretes sabía que acercarse a ella implicaría una pelea; al menos, eso había pensado. Y se había preparado para eso. ¡Pero no estaba listo para que ella accediera con tanta tranquilidad! *¡Condenada mujer!* , pensó irracionalmente. *¿Qué se propondrá ahora?*

Mudo por la frustración, Atretes la vio irse. Ella rodeó la esquina de la villa. Todavía con ganas de tener una buena pelea, la siguió. Estaba entrando por la puerta trasera de la villa cuando él la alcanzó. Ella miró hacia atrás.

—¿Le gustaría jugar un rato con su hijo?

Él se detuvo dentro de la entrada.

—¿Jugar? —dijo, tomado por sorpresa.

—Sí, *jugar* .

—No tengo tiempo.

—Lo único que tiene es tiempo —dijo ella, y entró en los baños.

—¿Qué me dijiste?

Ella se dio vuelta para enfrentarlo y le sonrió dulcemente. Con demasiada dulzura.

—Dije que lo único que tiene es tiempo. —Atretes abrió la boca para responderle ferozmente, pero ella lo interrumpió—. Disfrutaría mucho más jugando con Caleb que corriendo por las colinas y saltando sobre las piedras, o pasando horas en su gimnasio levantando pesas y

aterrorizando a sus guardias.

Un rubor caliente cubrió el rostro de Atretes.

—Tenga —dijo ella y, antes de que él pudiera pensar en una réplica lo suficientemente candente, le entregó al bebé.

Su ira se ahogó en una ola de alarma.

—¿Adónde vas?

—Necesito buscar algunos paños limpios. Esos pañales están empapados. —Sonriéndole débilmente, se marchó.

Atretes hizo una mueca. Pudo sentir que la humedad traspasaba su túnica limpia donde había apoyado al niño contra su pecho. Cuando su hijo empezó a frotarse contra el vello de su pecho, Atretes lo alejó.

—¡Tiene hambre! —gritó, sin notar el tono ligeramente frenético que había en su voz .

Rizpa se detuvo debajo del arco.

—Relájese, Atretes. No tiene *tanta* hambre. —Ella rió y el sonido musical flotó alrededor de él en el cuarto de mosaicos de mármol. Los ojos de ella brillaban divertidos—. Además, no creo que logre sacarle mucha sangre. No hasta que le salgan los dientes. —Y, con eso, salió del cuarto.

Solo con su hijo, Atretes caminó de un lado al otro con nerviosismo. Sostenía al bebé a un brazo de distancia, pero Caleb se retorcía y parecía a punto de llorar, de manera que Atretes lo acercó a él nuevamente, mientras un sudor frío empezó a brotar en su nuca. Le pareció una ironía haber estado frente a la muerte cientos de veces y que nunca se hubiera sentido tan vulnerable como se sentía ahora, sosteniendo a un bebé... a *su* bebé.

Los deditos regordetes de Caleb sujetaron el pendiente de marfil que colgaba de la cadena que su padre tenía alrededor del cuello y se metió una punta a la boca.

Con el ceño fruncido, Atretes tiró del medallón que declaraba su libertad y lo sacó de la boca de su hijo. Lo guardó rápidamente dentro de su túnica, fuera del alcance de su mano, mascullando entre dientes contra las mujeres que abandonaban a sus bebés. El labio de su hijo tembló.

—No empieces a llorar —dijo bruscamente.

La boca de Caleb se abrió muy grande.

—Por los dioses, otra vez no —gruñó Atretes. Se estremeció al escuchar el alarido que llegó a continuación. ¿Cómo era posible que una criatura tan pequeña hiciera tanto ruido?—. Está bien, ¡cómetelo! —dijo, sacándose la cadena de debajo de la túnica y meciéndola tentadoramente delante de su hijo. Aun gimiendo, Caleb agarró el pendiente y lo mordió con las encías.

Atretes llevó a su hijo a la mesa para masajes y lo puso sobre ella. El niño realmente apestaba.

— *¡Rizpa!* —El nombre de la mujer resonó en los muros de mármol que lo rodeaban. Caleb nuevamente perdió su agarre de la placa y gritó. Apretando los dientes y conteniendo la respiración, Atretes desenrolló las telas sucias y las arrojó en una pila cerca de la pared—. Necesitas un baño, niño. ¡Hueles muy mal! —Levantó al bebé y lo llevó a la piscina. Caleb dejó de gritar cuando sintió que el agua caliente del tepidarium se arremolinaba a su alrededor. Balbuceando feliz, volvió a agarrar el pendiente y lo golpeó contra el pecho de su padre, salpicando la cara de Atretes con agua.

Sosteniendo a su hijo debajo de los brazos, Atretes lo alejó y lo sumergió una y otra vez en el agua. Caleb chillaba de placer y golpeteaba el agua con sus puños. La boca de Atretes se suavizó y esbozó una media sonrisa. Estudió a Caleb mientras chapoteaba. Tenía los ojos y el cabello

oscuro de Julia. Frunció el ceño y se preguntó cuánto más de ella habría en él.

De pronto se dio cuenta de que ya no estaba solo. Rizpa estaba parada en la arcada con unos lienzos doblados sobre el brazo.

—¿Me llamó, mi señor? —dijo ella secamente, con una mirada risueña. Se acercó al borde de la piscina y lo observó bañando a Caleb. Riendo, le dijo—: Es un bebé, Atretes, no una prenda.

—Necesitaba un baño —dijo Atretes mientras subía las escaleras para salir de la piscina. A Caleb no le gustaba el aire frío tanto como el agua caliente, y empezó a hacer un berrinche nuevamente—. Tenlo —dijo Atretes y se lo alcanzó a Rizpa.

Ella se puso los lienzos al hombro e hizo lo que le pidió. Besó la mejilla mojada de Caleb.

—¿Tuviste un baño agradable? —dijo, riéndose de su risita feliz. Lo hizo brincar suavemente mientras se dirigía a la mesa de masajes.

Atretes se quedó mirando a la mujer. Su voz era suave y dulce; y se rió y se inclinó, dejando que Caleb le agarrara los pulgares. Le dio besos en el pecho y le sopló aire en el ombligo. Caleb volvió a emitir esa risita divertida. Con una media sonrisa, Atretes se aproximó para observar a su hijo patear y mover los brazos con alegría. Rizpa ignoró su presencia y le habló todo el tiempo al bebé mientras lo envolvía en los lienzos, pero cuando alzó a Caleb, levantó la vista hacia Atretes. Su expresión denotaba que estaba consciente de él.

El pulso se le disparó y, con él, su cautela. Ya antes había visto unos hermosos ojos oscuros como los de ella.

La intensidad de la mirada de Atretes perturbó a Rizpa, porque sintió que la tocaba en alguna esfera instintiva y elemental. Cuando su mirada la recorrió, ella sintió que una oleada de calor se extendía por todo su cuerpo. *¡Señor, no!* Retrocedió un paso sosteniendo a Caleb contra ella como si fuera un escudo.

—Por favor, discúlpeme, mi señor —dijo, ansiosa por llevarse a Caleb y escapar de esos ojos depredadores.

—No, no te disculpo.

Ella pestañeó.

—¿Mi señor?

—Llévalo al triclinium.

—¿Por qué?

—¿Necesito una razón?

Ella dudó, insegura de los motivos de él, angustiada por las emociones que se agitaban en su interior.

—¿La necesito? —dijo él, entrecerrando los ojos.

—No, mi señor .

—Entonces, haz lo que te digo.

¿Por qué tenía que hablarle en ese tono? ¡Ella no era su sierva! Era cierto que estaba allí en su casa bajo contrato, que cuidaba a su hijo con su permiso... el bebé que ella amaba como si fuera suyo. Pero ella *no* era su sierva.

—Caleb está listo para que le dé de comer y lo haga dormir —dijo, tratando de mantener la calma.

—Puede hacer las dos cosas en el triclinium.

Al ver que él no tenía intención alguna de ceder, sacó a Caleb de los baños y Atretes la siguió. Afortunadamente, el pasillo interior estaba fresco. Entró en el comedor espléndidamente amueblado y se sentó en un sillón. A los pocos minutos, Caleb se durmió y ella lo envolvió con su chal, lo acostó en el sillón y lo rodeó de cojines. Las manos de Rizpa temblaban cuando las

entrecruzó fuertemente sobre su regazo y esperó.

Atretes la miró.

—¿Tienes hambre? —le dijo secamente.

—No mucha —le dijo francamente. Al sentir su mirada, Rizpa levantó a Caleb y se sintió reanimada por la tibieza de su pequeño cuerpo.

Atretes miró cómo acunaba a su hijo tiernamente sobre sus muslos.

—Se me ocurrió que sé muy poco sobre ti —dijo él, recostándose en el sillón que estaba frente a ella y estudiando su rostro. Era hermosa.

Aunque él estaba relajado, Rizpa sentía que Atretes se mantenía vigilante.

—¿Qué le pasó a tu esposo? —preguntó Atretes en voz baja.

Sorprendida y consternada por la pregunta, Rizpa dijo:

—Murió.

—Sé qué murió —dijo Atretes con una risa fría—. No serías viuda si él no hubiera muerto. Lo que quiero saber es *cómo* murió.

Rizpa bajó la mirada al rostro precioso de Caleb, aplacando el dolor que crecía dentro de ella. ¿Por qué tenía que preguntarle sobre tales cosas?

—Mi esposo murió atropellado por una cuadriga —dijo suavemente.

—¿Lograste descubrir quién conducía la cuadriga?

—Lo supe el día que sucedió. Era un funcionario romano.

—Apuesto a que ni siquiera se detuvo.

—No, no lo hizo.

La boca de Atretes se curvó ligeramente.

—Parece que tenemos un odio en común por los romanos.

Su observación la preocupó rápidamente .

—Yo no odio a nadie.

—¿No?

Se puso pálida, dudando. ¿No había superado sus sentimientos por lo que había sucedido? ¿Todavía albergaba ira contra el hombre cuya negligencia le había costado la vida al hombre a quien ella tanto había querido?

Señor, si es así, límpiame. Examíname y transforma mi corazón, Padre.

—No es la voluntad del Señor que yo odie a alguien.

—¿El Señor?

—Jesús, el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

—El Dios de Hadasa.

—Sí.

—No hablaremos de él —dijo despectivamente, levantándose del sillón. Sirvió vino en una copa de plata. En la bandeja había una segunda copa, pero no le ofreció nada.

—Es lo único que desearía hablar con usted —dijo ella con tranquilidad.

Atretes golpeó la jarra contra la mesa con tanta fuerza que ella dio un salto. Caleb se despertó y empezó a llorar.

—¡Tranquilízalo!

Ella apoyó a Caleb sobre su hombro y le frotó la espalda. Lloró más fuerte.

—¡Haz que deje de llorar!

Ella se puso de pie, afligida.

—¿Me da su permiso para salir de la sala?

—¡No!

—Él se dormirá de nuevo si le doy el pecho.

—Entonces ¡hazlo!

—¡No puedo! ¡No si usted me está mirando!

Atretes se paseó al otro extremo de la sala, con el rostro rígido mientras la miraba furioso.

—Por los dioses, mujer. ¡Siéntate y dale lo que quiere!

—¡Deje de gritar! —reaccionó igual de acalorada e, inmediatamente, se avergonzó de su estallido. ¡Este desdichado hombre sacaba lo peor de ella!

Estremeciéndose de frustración, Rizpa se sentó de golpe. Le dio la espalda a Atretes y se acomodó para atender al bebé. Su chal envolvía a Caleb y lo necesitaba para cubrirse por pudor. Le temblaron las manos mientras se lo sacaba.

Soltó un suspiro cuando Caleb empezó a amamantarse y la sala quedó en silencio. Escuchó el sonido de un metal chocando contra otro y supo que Atretes estaba sirviéndose más vino. ¿Tenía la intención de emborracharse? Ya era bastante amenazante cuando estaba sobrio. No quería ni pensar cómo sería tambaleándose por haber bebido demasiado.

La imagen de su propio padre se levantó como un demonio, aferrándose a sus pensamientos con odio y furia. Recordó la violencia. Se estremeció y la apartó de su mente. *No juzguen a los demás, y no serán juzgados. Perdonen a otros, y ustedes serán perdonados. Sigue pidiendo y recibirás lo que pides.* Se aferró firmemente a las promesas.

Señor, camina conmigo por este valle. Habla conmigo. Abre mis oídos y mi corazón para que pueda escuchar.

—¿Qué estás murmurando? —gruñó Atretes.

—Estoy pidiendo ayuda en oración —le dijo bruscamente con el corazón todavía palpitándole rápido y fuerte. Se sorprendió de que Caleb no notara su tensión.

—¿Ya se durmió? —dijo Atretes en voz baja desde atrás de ella.

—Casi. —Los párpados de Caleb parecían pesados. Su boca se aflojó y comenzó a succionar nuevamente. Por fin, se relajó completamente.

—Gracias a los dioses —dijo Atretes con un suspiro y se recostó. Observó la espalda de Rizpa mientras volvía a acomodarse la ropa. Sentada de costado sobre el sillón, empezó a envolver a su hijo con el chal otra vez—. ¿Qué le pasó a tu bebé? —Las manos de Rizpa se quedaron inmóviles y él vio que el color suave desaparecía de sus mejillas.

—Contrajo fiebre y murió en su tercer mes de vida —dijo ella trémulamente. Acarició con suavidad la mejilla de Caleb. Girando en el sillón, miró a Atretes con los ojos llenos de lágrimas —. ¿Por qué me pregunta estas cosas?

—Me gustaría saber un poco más sobre la mujer que cuida a mi hijo.

Sus ojos oscuros relampaguearon.

—¿Cuánto sabía sobre la mujer que compró para que lo alimentara, además de que era germana?

—Quizás mi interés en ti ha cambiado.

Su sonrisa fría y cínica tuvo un efecto desalentador en ella. Se puso colorada, pero, cuando habló, usó un tono frío y monocorde.

—Puede jugar con Caleb cada vez que quiera, mi señor. Pero no crea que puede jugar conmigo.

Él levantó las cejas.

—¿Por qué no?

—Porque eso tensionaría una relación que ya es frágil cuando yo le diga a usted que *no* .

Atretes se rió de ella.

—Soy sincera, mi señor .

—Así *parece* —dijo él secamente—. Sin embargo, la sinceridad es una característica muy poco común en las mujeres. En mi vida, solo he conocido a tres que la poseían: mi madre, mi primera esposa, Ania, y Hadasa. —Rió de manera triste—. Y las tres están muertas.

Rizpa sintió una oleada de compasión por él.

Atretes vio que sus ojos marrones oscuros se suavizaban y se llenaban de calidez, y su corazón reaccionó, aunque su mente se puso en su contra.

—Puedes irte —le dijo, y sacudió la cabeza despidiéndola con rudeza.

Aliviada, Rizpa alzó en brazos a Caleb y se levantó. Sintió que Atretes la seguía con la mirada mientras caminaba hacia la arcada. Allí, hizo una pausa y volteó la vista hacia él. A pesar de toda su ferocidad y la dureza de su corazón, Rizpa se dio cuenta de que estaba contemplando a un hombre que padecía un terrible dolor. Orando para que se liberara de lo que lo atormentaba, le ofreció lo que pudo.

—Le haré una promesa solemne, Atretes: yo nunca miento.

—¿Nunca? —dijo él, en tono de burla.

Rizpa miró directo a esos hermosos y vacíos ojos azules.

—Aunque me cueste la vida —dijo en voz baja, y luego lo dejó solo.

Haga clic aquí para comprar ahora.

G L O S A R I O

abaton: un dormitorio sagrado contiguo al Asclepeion; las personas que buscaban curarse eran «incubadas» ahí durante la noche

Afrodita: diosa griega del amor y la belleza. Identificada con la diosa romana Venus.

Apolo: dios griego y romano de la luz solar, de la profecía, de la música y de la poesía. El más bello de los dioses.

Artemisa: diosa griega de la luna. Su templo principal estaba en Éfeso, donde había caído un meteorito (el cual se conservaba en el templo), hecho que supuestamente designó a Éfeso como el lugar donde moraba la diosa. Aunque los romanos identificaban a Artemisa con Diana, los efesios creían que era la hermana del dios Apolo e hija de Leto y de Zeus, y la consideraban la diosa-madre de la tierra, que bendecía a los hombres, a las bestias y a la tierra con la fertilidad. A diferencia de Diana, la diosa del bosque y del parto, Artemisa era sensual y orgiástica.

arúspice (pl. arúspices) **:** una persona en un templo que supuestamente podía interpretar señales sobrenaturales examinando los órganos vitales de los animales sacrificados por los sacerdotes

Asclepeion: el templo de Asclepio

Asclepio: dios grecorromano de la curación. En la mitología, Asclepio era el hijo de Apolo y una ninfa (Coronis), y aprendió la curación de un centauro (Quirón).

atrio: el patio central de una vivienda romana. La mayoría de los hogares romanos consistían en una serie de habitaciones que rodeaban un patio interno.

áureo (pl. áureos) **:** moneda romana de oro equivalente a veinticinco denarios, y que pesaba entre cinco y once gramos

calidarium: en los baños, el cuarto más cercano a las calderas y, por eso, el más caluroso. Probablemente era similar a un *jacuzzi* o a un sauna de hoy.

Camino, el: un término usado en la Biblia (en el libro de Hechos) para referirse al cristianismo. Los cristianos probablemente se habrían referido a sí mismos como «seguidores del Camino».

Caronte: en el anfiteatro romano, Caronte era uno de los *libitinarii* («los guías de los muertos») y era representado por una persona que lucía una máscara con un pico y empuñaba un mazo. Esta representación era una combinación de las creencias griegas y etruscas. Para los griegos, Caronte era una figura de la muerte y el barquero que transportaba a los muertos por los ríos Estigia y Aqueronte en el Hades (pero solo por una tarifa y si habían tenido un entierro apropiado). Para los etruscos, Charun (Caronte) era la figura que daba el golpe mortal .

catamito: un muchacho usado por un hombre para propósitos homosexuales

Cibeles: la diosa frigia de la naturaleza, adorada en Roma. En la mitología, Cibeles era la consorte de Attis (el dios de la fertilidad) y representaba la maternidad universal. Parte de su culto incluía una fuerte esperanza en la vida después de la muerte.

cimitarra: un sable (espada) hecho de una hoja curva con el filo de corte en el lado convexo

civitas (pl. civitates) **:** una ciudad pequeña o un pueblo

corbita: un buque mercante de vela lenta

cuadrante (pl. cuadrantes) **:** moneda romana de bronce. Cuatro de ellas equivalían a una moneda de cobre, dieciséis equivalían a un sestercio y sesenta y cuatro equivalían a un denario.

cuajo: membrana que reviste el estómago o uno de sus compartimentos

denario (pl. denarios) **:** unidad monetaria romana equivalente a un día de pago para un trabajador común. (Vea también *áureo* , *sestercio* , *cuadrante*).

estola: una prenda larga, como de falda, usada por las mujeres romanas

fanum (pl. fana) **:** un templo más grande que un sagrario, pero más pequeño que los templos comunes

filacteria: una pequeña caja negra de cuero de becerro que contenía tiras de papiros donde había escritos cuatro pasajes selectos, dos del libro de Éxodo y dos de Deuteronomio. La *filacteria* era atada mediante largas tiras de cuero al lado interno del brazo de un judío devoto, entre el codo y el hombro, más cercano al corazón. Otra *filacteria* se ataba a la frente durante las oraciones. Esto era en respuesta a las palabras de Dios en Deuteronomio 6:6, 8: «Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. [...] Y las atarás como una señal a tu mano, y serán por insignias entre tus ojos» (LBLA).

frigidarium: el cuarto de los baños donde el agua estaba fría

Hades: dios griego del inframundo

Hera: reina de los dioses griegos. En la mitología, Hera era hermana y esposa de Zeus y era identificada con la diosa romana Juno.

Juno: diosa romana comparable a la diosa griega Hera. Juno era la diosa de la luz, el parto, las mujeres y el matrimonio. Como esposa de Júpiter, Juno era la reina del cielo.

Júpiter: el dios supremo romano y esposo de Juno. Júpiter también era el dios de la luz, el cielo/el clima, y el estado (su bienestar y sus leyes). Era comparable con el dios griego Zeus.

lararium: parte de la vivienda romana. El *lararium* era una habitación especial reservada para los ídolos.

mandrágora: una hierba mediterránea de la familia de las solanáceas, usada especialmente para promover la concepción, como catártico, o como narcótico y soporífero

Marte: dios romano de la guerr a

mensor (pl. mensores) **:** trabajador de los astilleros que pesaba la carga y luego registraba el peso en un libro de contabilidad

mezuzá (pl. mezuzót) **:** originalmente la palabra hebrea se refería al marco de la puerta, y llegó a significar también el estuche montado en el marco de la puerta o, de manera más importante, el rollo que estaba dentro del estuche. En los rollos había escritos ciertas Escrituras clave (dos pasajes de Deuteronomio) y también *Shaddai* , el nombre del Todopoderoso. Dios le había ordenado al pueblo judío (quizás metafóricamente): «Escríbelos en los marcos [*mezuzót*] de la entrada de tu casa y sobre las puertas de la ciudad». Los rollos eran reemplazados después de un tiempo y un sacerdote debía ir a bendecir la *mezuzá* y la casa. (Vea también *filacteria*).

Neptuno: dios romano del mar (o del agua). Su representación solía estar acompañada de siete delfines. Es comparable con el dios griego Poseidón.

palla: prenda que era como un manto, usada por las mujeres romanas por encima de una estola

peculio: una asignación de dinero que el amo entregaba a sus esclavos. Los esclavos podían usar el *peculio* como propiedad personal, pero bajo determinadas circunstancias, el amo podía reclamarlo.

peristilo: una sección de una vivienda romana (a menudo, una sección secundaria), que encerraba un patio y estaba rodeada de columnas en el interior. A menudo, en el peristilo se encontraban los dormitorios de la familia, el sagrario doméstico (*lararium*), el hogar y la cocina, el comedor (*triclinium*) y la biblioteca. En los hogares más ricos, el patio del peristilo se convertía en un jardín.

posca: una bebida hecha de *acetum* (un alcohol parecido al vinagre) y agua

procónsul: el gobernador o comandante militar de una provincia romana; respondía ante el Senado

propileos: (también llamados *propylaeum*) un término arquitectónico para una entrada monumental, un arco o un vestíbulo

sacrarii: trabajadores de los astilleros que sacaban la carga de las carretas y la dejaban caer sobre una balanza

sestercio: moneda romana que valía la cuarta parte de un denario

sicarii (sing. sicario) **:** zelotes que se dedicaban a atacar a los viajeros en los caminos de Judea

soferín: término judío utilizado para un escriba, un hombre que copiaba las Sagradas Escrituras para las *filacterias* y las *mezuzót*

statio (pl. stationes) **:** una parada en el camino, donde se podía alquilar caballos y en la que había cuarteles de soldados que patrullaban los caminos. Generalmente, había *stationes* cada diez millas a lo largo de los caminos.

stuppator: un trabajador de los astilleros que se balanceaba sobre andamios para calafatear los barcos cuando estaban en el atracader o

tabernáculo: una carpa pequeña o dosel que comúnmente se ubicaba en las azoteas de las viviendas judías

talit: un chal que los hombres judíos ortodoxos y los conservadores usaban sobre la cabeza o alrededor de los hombros durante las oraciones matinales. El chal estaba hecho de lana o de seda y era rectangular, con flecos en las puntas.

tepidarium: la habitación en los baños donde el agua era cálida y relajante

toga: la toga era la prenda exterior característica de los romanos (aunque su uso fue abandonado poco a poco). Era una pieza de tela suelta, con forma ovalada, acomodada encima de los hombros y los brazos. El color y el patrón de una toga estaban rígidamente prescritos: los políticos, las personas en duelo, los hombres y los niños tenían cada uno una toga distinta. Los niños llevaban una toga con borde púrpura, pero cuando alcanzaban la mayoría de edad, se les permitía usar la *toga virilis* , o toga de hombre, que era sencilla.

triclinium: el comedor de una vivienda romana. El *triclinium* solía ser muy recargado, con muchas columnas y una colección de estatuas.

usus: la forma de matrimonio menos vinculante para los romanos. Probablemente era similar a lo que hoy llamamos «unión libre».

Yeshúa: nombre hebreo de Jesús

Zeus: el rey de los dioses griegos y esposo de Hera, identificado con el dios romano Júpiter

GUÍA PARA LA DISCUSIÓN

Queridos lectores:
Esperamos que hayan disfrutado esta historia de Francine Rivers y sus muchos personajes. Es el deseo de la autora abrir el apetito por la Palabra de Dios y los caminos de Dios, y aplicar los principios divinos a la vida de cada persona. El siguiente estudio de los personajes ¡tiene ese objetivo! Hay cuatro secciones con preguntas para discutir sobre cada uno de los cuatro personajes principales:

- Repaso del personaje— para iniciar la conversación
- Profundizando— para adentrarse en el personaje
- Percepciones y desafíos personales— para pensar
- Búsqueda en las Escrituras— para introducirse en la Palabra de Dios

Al escribir esta historia, Francine tenía en mente un versículo clave de la Biblia: «Confía en el S EÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar» (Proverbios 3:5-6). Podemos actuar según nuestro propio entendimiento con respecto a las circunstancias de la vida, o podemos buscar la voluntad de Dios en cada situación. Pero solo una opción nos asegura que Dios dirigirá nuestros caminos. Tomar decisiones sabias es un proceso continuo. Con esto en mente, los animo a reunirse entre amigos y discutir las escenas y los personajes preferidos, y las nuevas perspectivas personales que sacaron de esta novela. Que las nuevas perspectivas nunca terminen, ¡y que el diálogo sobreabunde!

Peggy Lynch

HADAS A

REPASO DEL PERSONAJE

1. ¿Cuál es su encuentro favorito con Hadasa? ¿Por qué?
2. ¿Qué cambios son evidentes en Hadasa después de la arena (además de los físicos)?

PROFUNDIZANDO

1. Discutan cómo se percibe Hadasa a sí misma.
2. Describan cómo pasó Hadasa del miedo y la timidez al poder y al amor.
3. ¿Qué miedos les impiden a ustedes vivir el amor y el poder de Dios?

PERCEPCIONES Y DESAFÍOS PERSONALES

1. ¿De qué maneras se identifican con Hadasa? ¿En qué difieren?
2. ¿Qué creen que motivaba a Hadasa? ¿Qué los motiva a ustedes?
3. «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar» (Proverbios 3:5-6). ¿Cómo demostró Hadasa su confianza en Dios?

BÚSQUEDA EN LAS ESCRITURAS

Mientras discuten sobre Hadasa y cómo creció en la fe, lean los siguientes versículos bíblicos. Posiblemente arrojarán luz sobre el recorrido de Hadasa y también sobre el suyo.

> *Oh SEÑOR , mi Dios, clamé a ti por ayuda, y me devolviste la salud. Me levantaste de la tumba, oh SEÑOR ; me libraste de caer en la fosa de la muerte.* SALMO 30:2-3
>
> *No se interesen tanto por la belleza externa: los peinados extravagantes, las joyas costosas o la ropa elegante. En cambio, vístanse con la belleza interior, la que no se desvanece, la belleza de un espíritu tierno y sereno, que es tan precioso a los ojos de Dios.* 1 PEDRO 3:3-4
>
> *Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina.* 2 TIMOTEO 1:7

MARCU S

REPASO DEL PERSONAJE

1. Discutan el viaje de Marcus. ¿Qué creen que estaba buscando?
2. ¿Entendió Marcus el verdadero significado de la verdad? Describan su actitud hacia la verdad y cómo afectó eso sus actos y sus decisiones.

PROFUNDIZANDO

1. Describan algunos de los cambios que observaron en Marcus.
2. Contrasten el entendimiento y la respuesta de Marcus a la «verdad» con los de Julia.
3. Relaten la conversión de Marcus al cristianismo. ¿Cuáles fueron los pasos que lo llevaron hasta ese punto?

PERCEPCIONES Y DESAFÍOS PERSONALES

1. ¿De qué maneras se sienten identificados con Marcus? ¿En qué difieren?
2. ¿Por qué creen que Marcus comenzó su viaje en busca de la verdad? ¿De qué maneras buscan ustedes la verdad?
3. «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar» (Proverbios 3:5-6). ¿De qué maneras experimentó Marcus la guía de Dios en su vida?

BÚSQUEDA EN LAS ESCRITURAS

Mientras piensan en el recorrido de fe de Marcus, busquen los siguientes versículos bíblicos. Es posible que ellos les revelen sus intenciones y, además, expongan las de ustedes mismos.

> *El sabio tiene hambre de conocimiento, mientras que el necio se alimenta de basura. [...] Los hijos sensatos traen alegría a su padre; los hijos necios desprecian a su madre.* PROVERBIOS 15:14, 20

> *Podemos hacer nuestros propios planes, pero la respuesta correcta viene del SEÑOR .* PROVERBIOS 16:1

> *Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos.* ROMANOS 8:28

FEB E

REPASO DEL PERSONAJE

1. Describan su escena favorita con Febe y lo que muestra de ella.
2. Detallen la relación de Febe con sus hijos.

PROFUNDIZANDO

1. Discutan el estilo de vida y las prioridades de Febe. ¿Cómo cambiaron su estilo de vida y/o sus prioridades a lo largo del libro?
2. ¿De qué maneras demostró Febe su fe en Dios?
3. ¿Cómo serían sus propias listas de prioridades?

PERCEPCIONES Y DESAFÍOS PERSONALES

1. ¿En qué cosas se parecen ustedes a Febe? ¿En qué difieren?
2. ¿Les parece que la vida de oración de Febe era realista? ¿Cómo se compara con la vida de oración de ustedes?
3. «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar» (Proverbios 3:5-6). ¿De qué maneras aprendió Febe a confiar en Dios?

BÚSQUEDA EN LAS ESCRITURAS

Mientras piensan en el viaje de fe de Febe, lean los siguientes versículos bíblicos y vean si proveen las razones y la esperanza que la motivaron a ella y, esperemos, a ustedes también.

> *La religión pura y verdadera a los ojos de Dios Padre consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas en sus aflicciones, y no dejar que el mundo te corrompa.* SANTIAGO 1:27
>
> *Además, el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad. Por ejemplo, nosotros no sabemos qué quiere Dios que le pidamos en oración, pero el Espíritu Santo ora por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras.* ROMANOS 8:26
>
> *Confiésense los pecados unos a otros y oren los unos por los otros, para que sean sanados. La oración ferviente de una persona justa tiene mucho poder y da resultados maravillosos.* SANTIAGO 5:16

JULI A

REPASO DEL PERSONAJE

1. Elijan una escena memorable o conmovedora con Julia y hablen de qué les llamó la atención.
2. Describan el estilo de vida de Julia.

PROFUNDIZANDO

1. Detallen algunas de las decisiones de Julia y las consecuencias que tuvieron dichas decisiones.
2. ¿De qué formas trató Julia de justificar sus decisiones?
3. ¿De qué maneras justifican ustedes sus propias actitudes o actos?

PERCEPCIONES Y DESAFÍOS PERSONALES

1. ¿En qué se identifican con Julia? ¿En qué difieren?
2. ¿Cuándo creen que Julia empezó a ablandarse hacia Dios, y por qué?
3. «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar» (Proverbios 3:5-6). ¿De qué maneras luchó Julia contra su «propio entendimiento»? ¿De qué maneras lo hacen ustedes?

BÚSQUEDA EN LAS ESCRITURAS

Mientras reflexionan sobre el viaje que hizo Julia para encontrar al Salvador, busquen los siguientes versículos bíblicos. Posiblemente arrojarán luz sobre las luchas de ella y sobre las de ustedes también.

> *¿Quién podrá encontrar una esposa virtuosa y capaz? Es más preciada que los rubíes. [...] Esa mujer le hace bien y no mal, todos los días de su vida.* PROVERBIOS 31:10, 12
>
> *Esto es aún más urgente, porque ustedes saben que es muy tarde; el tiempo se acaba. Despierten, porque nuestra salvación ahora está más cerca que cuando recién creímos.* ROMANOS 13:11
>
> *Si declaras abiertamente que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo. Pues es por creer en tu corazón que eres hecho justo a los ojos de Dios y es por declarar abiertamente tu fe que eres salvo.* ROMANOS 10:9-1 0